



**UNIVERSIDAD PABLO DE OLAVIDE DE SEVILLA
DEPARTAMENTO DE GEOGRAFÍA, HISTORIA Y FILOSOFÍA
PROGRAMA OFICIAL DE POSGRADO EN HISTORIA DE AMÉRICA LATINA,
MUNDOS INDÍGENAS**

**LAS CELEBRACIONES CATÓLICAS Y LAS FIESTAS DE FIDELIDAD A LA
MONARQUÍA BORBÓNICA EN LA CONFORMACIÓN DE LA SOCIEDAD
SAMARIA DURANTE EL SIGLO XVIII**

**DOCTORANDO: ÉDGAR REY SINNING
DIRECTOR: DR. JUSTO CUÑO BONITO**

SEVILLA, ESPAÑA

2016

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	13
Objetivo General.....	18
Objetivos Específicos	18
Hipótesis	19
Justificación	19
Metodología.....	22
Estado del arte	23
Estructura general de la investigación	41
CAPÍTULO 1	53
SANTA MARTA, SUS ESPACIOS PÚBLICOS Y RELIGIOSOS EN EL SIGLO XVIII.....	53
1.1. Formación urbana de la ciudad.....	55
1.2. Santa Marta: sus espacios de celebración de lo profano y lo religioso	72
1.3. Las casas de Dios.....	76
1.3.1. La catedral	77
1.3.2. Las órdenes religiosas y sus conventos	117
1.3.2.1. Presencia de los dominicos.....	123
1.3.2.2. Los franciscanos	128
1.3.2.3. La presencia de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios	137
1.4. Conformación de la jerarquía social samaria	154
CAPÍTULO 2	162
LAS ELITES BORBÓNICAS DURANTE EL SIGLO XVIII EN SANTA MARTA	162
2.1. Los gobernadores del siglo XVIII y el inicio de la consolidación de familias clientelares	164
2.2. Jerarcas de la iglesia, protagonistas de la época.....	185
2.3. Las familias samarias, su formación intelectual.....	188
2.4. La familia Díaz Granados, expresión del poder clientelista en Santa Marta en el siglo XVIII	200

CAPÍTULO 3.....	233
LAS FIESTAS RELIGIOSAS Y SU INFLUENCIA SOCIAL	233
3.1. Las fiestas religiosas definen la vida social	235
3.2. Los oficios religiosos: asistencia controlada al clero.....	243
3.3. Fiestas anuales de tabla: viejas y nuevas liturgias católicas	260
3.4. El papel de las cofradías	285
3.5. Fiestas religiosas paradigmáticas	296
3.5.1. Corpus Christi	297
3.5.2. Inmaculada Concepción	310
CAPÍTULO 4.....	324
¡VIVA EL REY! ¡LARGA VIDA A SU MAJESTAD! FIESTAS DE FIDELIDAD AL MONARCA.....	324
4.1. El significado de las fiestas regias	326
4.2. Fiestas en honor a un rey distante, pero rey de todos	337
4.2.1. Proclamación, jura y fiestas populares por el ascenso al poder de Felipe V: primer Borbón.....	343
4.2.2. Proclamación, jura, festejos populares por el ascenso del segundo Borbón, Luis I, y desavenencias entre las autoridades	349
4.2.3. Proclamación, jura y festejos populares por la aclamación al trono de su majestad Fernando VI de Borbón.....	357
4.2.4. Proclamación, jura y festejos populares por el ascenso al trono de Carlos III y Carlos IV	363
4.2.5. Proclamación del último Borbón que gobernaría la Nueva Granada: Fernando VII	369
4.3. El pendón, símbolo del poder real	393
4.4. La ceremonia del Besamanos	405
CAPÍTULO 5.....	420
¡EL REY NUESTRO HA MUERTO! LA CIUDAD SE ENLUTA, LLANTO Y DOLOR	420
5.1 Significado y obediencia a la Real Cédula del 22 de marzo de 1693.....	421
5.2. El rey, aunque ausente, duele su muerte.....	429

5.2.1 La muerte y las exequias por Carlos II	437
5.2.2. La muerte y exequias de Luis I de Borbón	442
5.2.3. La muerte y exequias de Felipe V	447
5.2.4. Exequias por la muerte del rey Fernando VI.....	457
5.2.5. Exequias por el último Borbón en el siglo XVIII: Carlos III	459
5.3. Exequias de otros miembros de la realeza.....	465
5.4. Exequias por la muerte de autoridades eclesiásticas samarias	470
CONCLUSIONES	481
BIBLIOGRAFÍA	495
FUENTES PRIMARIAS	495
FUENTES IMPRESAS	512

LISTA DE FIGURAS

Figura 1. Plano de Santa Marta del siglo XVI.....	63
Figura 2. Plano de la ciudad de Santa Marta a finales del siglo XVIII	65
Figura 3. Plano de la catedral vieja de Santa Marta, 1647.	81
Figura 4. Planta de la iglesia catedral vieja de Santa Marta, 1679.	82
Figura 5. Perfil y plano de la iglesia vieja de Santa Marta arruinada, 1767.....	82
Figura 6. Plano y perfil de la nueva catedral, la actual, 1765.....	95
Figura 7. Planos y perfiles de la nueva catedral, la actual, año 1765.	104
Figura 8. <i>Catedral de Santa Marta</i> , acuarela de Edward Mark Walhouse, 1845.	116
Figura 9. <i>Interior de la Catedral de Santa Marta</i> , acuarela de Edward Mark Walhouse, 1844.	118
Figura 10. Iglesia de San Francisco de Asís.	130
Figura 11. Iglesia de San Juan de Dios.....	141
Figura 12. Casa de la Aduana de Santa Marta, siglo XIX.....	146
Figura 13. Casa de la Real Contaduría, Santa Marta, 1803.....	148
Figura 14. Casa destinada para la aduana, Santa Marta, 1804.	149
Figura 15. Casa destinada para la contaduría y aduana, Santa Marta, 1804.	150
Figura 16. Portada de la floresta de la Santa Iglesia Catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta.....	166
Figura 17. Portada de la primera edición de <i>La Perla de la América, provincia de Santa Marta</i> ,	169
Figura 18. Doctor Miguel Díaz Granados y Núñez Dávila, 1772- 1816.....	196
Figura 19. Portada de la real cédula en que su majestad el rey Fernando VI aprobó las reglas y constituciones para el gobierno de la iglesia catedral de la ciudad de Santa Marta, 1757	257
Figura 20. Portada de <i>El vasallo instruido en estado del Nuevo Reyno de Granada, y en sus respectivas obligaciones</i> , fray Joaquín de Finestrada, 1783.	367

Figura 21. Anverso de la moneda repartida en 1808 en Santa Marta por la exaltación al trono de España de su majestad Fernando VII	371
Figura 22. Reverso de la moneda repartida en 1808 en Santa Marta por la exaltación al trono de España de su majestad Fernando VII.	372
Figura 23. Presupuesto de gastos de la elaboración del túmulo por Felipe V, 1746.....	455
Figura 24. Presupuesto de gastos de la elaboración del túmulo por Felipe V, 1746.....	456
Figura 25. Oración fúnebre a las reales exequias al rey Felipe V, en Santa Marta en 1746.	457

LISTA DE TABLAS

Tabla 1. Valores de asientos y las sepulturas para el año 1710 en la catedral vieja.....	84
Tabla 2. Estudiantes del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario pertenecientes a la familia Díaz Granados	194

*DEDICATORIA
A LOS QUE SE ADELANTARON
A TRES GUILLERMINAS QUE MARCARON MI VIDA:
GUILLERMINA TURIZO, MI ABUELA MATERNA,
GUILLERMINA MARÍA, MI MADRE
Y GUILLERMINA CANDELARIO
TODOS SABEN PORQUE.
Y A MI PADRE MARIO ALFONSO.
(Q.E.P.D.)*

*AL FUTURO
A MIS NIETOS: VALENTINA Y SIMÓN,
A MIS SOBRINOS/NIETOS:
FABIANA Y FEDERICO.*

AGRADECIMIENTOS

Inicialmente debo expresar mis agradecimientos a la Universidad Pablo de Olavide, a los docentes del Departamento de Geografía, Historia y Filosofía y en particular a los del Programa Oficial de Posgrado en Historia de América Latina, Mundos Indígenas, doctores Juan Marchena Fernández, José Luis Belmonte, José María Miura, Francisco Rubio, Francisco Javier Laviña, George Lovell y en especial al doctor Justo Cuño Bonito, que como director de la tesis tuvo la paciencia para leer, corregir, sugerir y orientarme durante estos años de trabajo investigativo para lograr un producto digno. En la misma universidad a los funcionarios de la Biblioteca Central, así como a los amigos de la residencia Flora Tristán, siempre atentos a orientarme a las muchas preguntas que formulé, bien de la vida cotidiana sevillana o para ubicar material bibliográfico. En este último punto, mis agradecimientos para los amables funcionarios de la biblioteca de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, en Sevilla, y a los señores que en algún momento atendieron mis solicitudes en el Archivo General de Indias.

Asimismo, agradezco públicamente a los compañeros de curso, tanto de maestría como de doctorado, especialmente a Héctor Grenni, Rafael Jarvis e Ingrid Viviana Chávez por su ánimo permanente. Igualmente a los historiadores Jorge Enrique Elías-Caro y Joaquín Viloria de la Hoz, con quienes compartí durante los últimos dos años inquietudes alrededor del tema y la historia de la ciudad. Destaco y agradezco el ánimo permanente recibido de la historiadora Amparo Murillo, en la Universidad de Antioquia, los doctores en Historia Jorge Conde Calderón en la Universidad del Atlántico y Antonino Vidal Ortega en la Universidad del Norte. En ese mismo orden, a los profesores de la Universidad Sergio Arboleda, Santa Marta, magister Alfredo Avendaño y el abogado Marcos Rosado, con quienes comenté muchos de los aspectos del Concilio de Trento y los franciscanos en Santa Marta.

Este trabajo contó con la labor paciente de la búsqueda de legajos y folios en el AGI de la historiadora Esther González, la transcripción de los documentos del siglo XVIII, inicialmente de la magister en Historia Ruth Gutiérrez en la Universidad de Cartagena, durante los últimos tres años de la historiadora y especialista en Archivística Carmen Franco en Santa Marta. También a los amigos el humanista William Hernández Ospino director del Archivo Histórico de la Diócesis de Santa Marta y a su asistente César Bateman, quienes siempre estuvieron muy colaboradores en la búsqueda y transcripción de algunos documentos que reposan en ese archivo. Agradecimientos especiales a Mauricio Tovar González, Subdirector de Gestión del Patrimonio Documental del Archivo General de la Nación, en Bogotá. Como también a los dependientes de la biblioteca del Banco de la República, Agencia Cultural de Santa Marta, por su expedita colaboración en la consecución de libros y otros materiales.

En este trabajo, como siempre, la preocupación y los comentarios acertados de dos amigos entrañables: Javier Hernández García, filósofo de la Universidad de Cartagena y el magister en Desarrollo Social Javier Moscarella Varela, gracias por su apoyo permanente a los trabajos investigativos que he concluido. Además fueron claves las sugerencias recibidas del licenciado Martiniano Acosta Acosta, coordinador académico del Colegio Hugo J. Bermúdez, de donde egresé como bachiller y la paciencia para leer y corregir del magister Ricardo Tete Miele.

No puedo dejar de mencionar a dos historiadores de la fiesta que siempre estuvieron pendientes de absolver algunas dudas a lo largo de este trabajo, en primer lugar a Edgar Gutiérrez Sierra, fallecido hace dos años, con quien dialogamos y compartíamos documentos durante más de dos décadas, sobre ceremonias y fastos en Cartagena de Indias, en esa dirección agradezco los comentarios y sugerencias bibliográficas, temáticas y metodológica de Marcos González Pérez en Bogotá, gran animador de los estudios sobre fiestas y carnavales en Colombia.

Quiero expresar mis agradecimientos y disculpas a los amigos, los hermanos Gracia (Adaulfo, Efraín, Dimas, Abel, Marcos y Jairo), a Máximo Yanes, por comprender mi inasistencia a las reuniones a compartir los hechos de la vida cotidiana samaria y pescaitera, igual, a muchos otros amigos, en esa misma dirección a los familiares y amigos de Santa Bárbara de Pinto, Barranquilla, Cartagena, Mompox y Magangué. Un agradecimiento perenne al docente de varias universidades bogotanas licenciado e ingeniero Edgar Alfonso López Rodríguez, por su apoyo y ánimo constante.

Nada hubiera sido posible sin el apoyo brindado por la Universidad Popular del Cesar, en especial por la profesora socióloga Josefina Cuello Daza Directora del Departamento de Humanidades y Sociología, de los compañeros y colegas Simón Martínez Ubarnez, Luis Fernando Monsalovo, Rodrigo Aponte, Abel Carreño, Darío Ramírez Farfán, entre otros, y a los estudiantes que se congregan alrededor de la Plazoleta Jaime Garzón de esa institución, con quienes he compartido varios de los aspectos que en este trabajo se estudiaron referentes a la provincia de Valledupar, liderados por Jesús Urueta.

Por último, a la familia que se llenó de resignación al no poder corresponder a reuniones sociales y familiares, a mi esposa María Yolanda, por su paciencia al ser la primera lectora de este trabajo y a la familia Sabogal Santos, a mis hijos Camilo Vladimir y Guillermo Federico, que comprendieron la decisión de estudiar y animaron, por su ayuda en la búsqueda de material cartográfico. Ellos fueron los más sacrificados y con ellos, a mis nueras Marta Isabel Barrientos y Virginia Cecilia Martínez, aunque lejos de mí, pero pendiente de mis estudios, mi hermano Eddie Alexander y a mi hermana Marlene, por último a mis sobrinos Pedro Mario y Orietta Margarita, su esposo Fabián Pinedo, siempre atentos. Agradecimientos muy especiales a mis tíos: Luis Darío y Eladio Rey Gutiérrez. A la señora Ledy Ruth González, ella sabe el porqué, y a los hermanos Montes Sinning, en especial a Marcos Vinicio. A todos ellos mil gracias por su preocupación y comprensión.

INTRODUCCIÓN

El proyecto que se presentó como propuesta de investigación a la Universidad Pablo de Olavide, en el Doctorado de Historia de América Latina, Mundos Indígenas, fue el resultado de una reflexión que surgió después de algunas lecturas sobre los festejos que se realizaban en algunas ciudades hispanoamericanas y neogranadinas: Quito, México, Lima, Santa Fe, Cartagena de Indias, Popayán, Cali, Medellín, San Gil, Girón, El Socorro y Mompox. Se constató que eran escasas las referencias o los estudios sobre Santa Marta. Se decidió, entonces, analizar la sociedad y la cultura de Santa Marta durante el siglo XVIII, a partir de las celebraciones católicas y las fiestas de fidelidad definidas por las Cortes de España o los monarcas. Rituales católicos con el rigor que imponía la sobriedad de la ceremonia y el personaje fallecido, y por otra parte, fiesta política como un homenaje al nuevo rey, expresando su lealtad y fidelidad, no sólo por las autoridades, sino por toda la sociedad en su conjunto, estos eventos implicaban las juras. La ceremonia se constituía en el espacio propicio para expresar la adhesión al monarca y manifestar reconocimiento de legitimidad a la monarquía ibérica.

Además, la Corona solicitaba la celebración de otras ceremonias, donde los protagonistas eran los miembros de la familia real: es el caso de compromisos matrimoniales, matrimonios, preñez de la reina, nacimiento de los herederos de la Corona, bautizos, aclamación como príncipe o infanta. Asimismo se ordenaban exequias fúnebres de los familiares muy allegados a la monarquía. Todas estas ceremonias se organizaban en la ciudad de Santa Marta y en algunas de sus ciudades cercanas, como Riohacha, Valledupar, Ocaña, en la villa de Tenerife y en otros pueblos grandes de la provincia.

La obediencia por parte de las autoridades coloniales samarias y los grupos de peninsulares blancos y hegemónicos de la ciudad se expresó en cada una de las ceremonias ordenadas y organizadas con dedicación en el recinto urbano. Nunca hubo un no, siempre cumplieron en

medio de las necesidades básicas, a pesar del olvido y el ostracismo en que vivió la ciudad y su provincia por largos periodos de la colonia. La pobreza no fue un obstáculo para ello, todo lo contrario. Las autoridades se las ideaban para celebrar con alguna suntuosidad las ceremonias, bien sea a la hora de realizar las exequias reales, las aclamaciones y proclamaciones del nuevo monarca, celebrar los oficios religiosos en agradecimiento, como también las exequias de los reyes, príncipes, reinas, entre otros allegados a la familia real, e inclusive a la muerte de una autoridad eclesiástica. Pero las autoridades, el cabildo de la ciudad o el gobernador informaban que se había cumplido tal ceremonia en medio de las dificultades, que no tuvieron la pompa y suntuosidad que merecía el personaje, pero que la situación económica era crítica.

Por esta misma época, la ciudad, además, sufrió los ataques de piratas, bucaneros y filibusteros durante gran parte de la Colonia. Sólo hasta mediados del siglo XVIII, cuando cesaron los ataques, las autoridades lograron organizar las fortalezas y los fuertes. Además la Corona hizo un proceso de revisión de su política internacional mejorando la situación, tanto que los vecinos fueron renovando cada vez más la infraestructura de la ciudad. Se organizaron calles y carreras, casas bajas de una planta, luego de dos y de mampostería. Se concluyó la catedral, que aún hoy se mantiene en pie. Su construcción tuvo que vencer muchos obstáculos, por lo que la obra duró más de 30 años. Se proyectaron nuevas edificaciones como la casa de la Contaduría y de la Aduana, el cuartel, la Real Fábrica del Aguardiente, las Cajas Reales, el Colegio Seminario, el hospital San Juan de Dios y su iglesia. La iglesia y convento de San Francisco de Asís mejoraron su estado. En general, el aspecto de la ciudad cambió, aunque no como lo merecía una urbe tan antigua y fiel.

En cuanto a la actividad económica en la ciudad y la provincia, ésta fue escasa, reducida a algunas tiendas de abarrotes y otras mercaderías llegadas de contrabando. Esto no garantizaba un flujo de capital capaz de dinamizar la vida social y económica de la comunidad samaria. Sin embargo, en las ciudades provinciales Riohacha, Valledupar, Ocaña, Tamalameque y la villa de Tenerife, la ganadería, en estas cuatro últimas permitieron alguna actividad que benefició fundamentalmente a la provincia de Cartagena

de Indias, donde residían los hacendados y latifundistas. La población de la provincia y de la ciudad capital fue muy escasa y su desarrollo tuvo muchos altibajos para sostenerse en el tiempo y no sufrir el abandono total de sus vecinos, como sucedió con las dos ciudades fundadas en el territorio: San Sebastián de Urabá y Santa María la Antigua del Darién.

Asimismo, al interior de la sociedad samaria y en las ciudades de la provincia, se fueron consolidando familias enteras que acumularon abundante riqueza y poder político, tanto que al final del siglo XVIII eran reconocidas como una elite comercial y política, comenzaron a competir con las familias de peninsulares por los cargos públicos de alguna importancia. Fue una elite que se preparó académicamente en los Colegios Mayores existentes en Santa Fe, sobre todo en el Rosario. Entre 1773 y 1826 se matricularon, terminando sus estudios superiores, gentes blancas de Santa Marta y Valledupar, e inclusive un indígena de Mamatoco. De tal manera que la preparación universitaria al final del siglo XVIII e inicios del siglo XIX se constituyó en factor decisivo para fortalecer la presencia de criollos blancos en las esferas del poder colonial samario.

Este “poder criollo” aumentó progresivamente con las alianzas matrimoniales entre familias acaudaladas, acrecentando su predominio en los cargos públicos y el gobierno local.

Esta situación no se presentaba solamente en Santa Marta, era una constante en todas las ciudades del Nuevo Reino de Granada, incluyendo su capital Santa Fe: “... los candidatos más apropiados para los cargos provenían de cinco familias, relacionadas todas por consanguinidad o por matrimonio...”¹. Es decir, en la misma capital la situación era similar. Fueron verdaderas “roscas” que se establecieron y que lograron ascender a cargos importantes, aunque en el gobierno de Carlos III la participación criolla fue menor, frente al periodo de su sucesor, Carlos IV.

¹ Phelan, John Leddy (2009). El pueblo y el Rey. La revolución comunera en Colombia, 1781. Bogotá, Universidad del Rosario, p.32.

Por otro lado, la burocracia eclesiástica, igualmente, será perseguida como un botín burocrático asequible a los criollos de esas mismas familias “enroscadas”. En ambos casos, tanto en los cargos públicos como religiosos, se sintió con mucha fuerza la participación de la familia Díaz Granados. Esta familia, a pesar de no haber logrado que uno de sus miembros fuese nombrado obispo de la diócesis, en la práctica tuvo el control total del gobierno eclesiástico por las constantes vacancias del cargo, y don Domingo José Díaz Granados, como chantre y deán de la catedral, asumió varias veces el cargo de obispo interino. Inclusive fue él quien recibió las 22 llaves de la iglesia catedral, el día en que el gobernador don Antonio de Samper hizo entrega formal de la catedral de la ciudad en 1796. Varios miembros de esa familia controlaban el cabildo eclesiástico como deán, chantre o tesorero, por lo que hacían mayoría en ese cabildo. Esa situación originó enfrentamientos, acusaciones y recusaciones, con miembros de otras familias, donde intervenían el gobernador y otros funcionarios coloniales.

Si bien es cierto que, al iniciar esta tesis, se presentó una propuesta de estructura del trabajo, éste sufrió ajustes a medida que fueron encontrándose las fuentes. Esto permitió suprimir algunos temas y subtemas, fusionar otros y trabajar unos nuevos, los que fueron dando un hilo conductor al trabajo. Éste concluyó con un ejercicio académico/investigativo que muestra cómo la conformación de la sociedad samaria y sus elites tuvieron su mayor expresión en el comportamiento social, político y económico de la familia Díaz Granados, que se vio reflejado en la consolidación de su poder expresado en una red clientelar y familiar, que le permitió mantenerse en el poder desde mediados del siglo XVII hasta estos primeros años del siglo XXI. Uno de sus miembros, el doctor Miguel Díaz Granados Dávila y Núñez, protagonista de la historia local, regional y nacional, fue fusilado por el denominado Pacificador, Pablo Morillo, en Cartagena de Indias en 1816, convirtiéndose en mártir de la causa independentista nacional.

Por otra parte, esta investigación ha comenzado a tener sus productos académicos, investigativos y editoriales. En lo académico/investigativo, algunos de los temas del trabajo se han expuesto en seminarios, simposios y congresos de Ciencias Sociales. Igualmente

surgió la idea, convertida hoy en realidad, de organizar un seminario permanente sobre la historia de Santa Marta y su provincia con el título de *Tertulia Samaria*, que con el apoyo de la Caja de Compensación Familiar del Magdalena, CAJAMAG, se viene desarrollando con éxito desde junio del 2015, con una conferencia mensual (exceptuando diciembre de 2015 y enero 2016). En este periodo se está trabajando la historia de la ciudad del siglo XVIII. En el marco de la tertulia del 2015, el autor dictó la conferencia *Celebraciones en Santa Marta en el siglo XVIII en honor a un rey distante. Pero rey de todos* y en 2016 *La muerte del rey, exequias reales y el cumplimiento de la pragmática del 22 de marzo de 1693 en Santa Marta*. Este programa propuesto y coordinado por el autor tiene la responsabilidad de publicar sendos tomos de las memorias de cada siglo trabajado. Al final de 2025, cuando la ciudad cumpla 500 años, se deberán haber estudiado los cinco siglos de la historia de Santa Marta y su provincia, entregando las publicaciones respectivas. Recientemente, el 18 de noviembre del presente año se presentó una ponencia sobre los resultados de esta investigación en el marco de la Segunda Jornada Internacional de socialización de proyectos de investigación en la Universidad Popular del Cesar.

Asimismo, desde lo editorial se destaca la reciente publicación del artículo “Fiestas religiosas, vida social y excomunión en la ciudad de Santa Marta en el Siglo de las Luces”, en la revista *Teoría y Praxis*, número 28, enero-mayo de 2016, publicación de la Facultad de Ciencias y Humanidades de la Universidad Don Bosco de San Salvador, El Salvador. Adicionalmente, en el tomo de las memorias del evento que se coordina aparecerán dos artículos de las conferencias dictadas en 2015 y 2016. Además se prepara, en compañía del doctor en Ciencias Sociales Wilhelm Londoño, un artículo sobre exequias reales en Santa Marta, para someterlo a la evaluación de una revista indexada en alta categoría. Igualmente, se preparan dos artículos para someterlos a evaluación, uno sobre el Colegio Seminario y otro sobre la representación del poder regio en el pendón real y la ceremonia del besamanos. Lo que quiere decir, que a futuro los documentos revisados y analizados durante estos años, permitirán escribir varios artículos, ensayos y por lo menos un libro sobre la vida social, familiar, política y religiosa de Santa Marta.

Objetivo General

Analizar la conformación de la sociedad samaria durante el siglo XVIII, las celebraciones católicas y las fiestas de fidelidad a la monarquía borbónica, los oficios religiosos y fastos que ordenaban la Corona hispana y las autoridades virreinales y su cumplimiento en la ciudad de Santa Marta.

Objetivos Específicos

Para lograr ese propósito general, y como meta final, se definieron nueve objetivos específicos:

- Analizar los antecedentes legislativos sobre los cuales la monarquía borbónica ordenaba organizar los oficios religiosos por la muerte de su monarca y las fiestas de fidelidad al ser proclamado el nuevo rey.
- Reconstruir interpretativamente las prácticas religiosas de los samarios durante el siglo XVIII y sus implicaciones en la vida social/familiar.
- Interpretar la organización y desarrollo de la puesta en escena de los funerales, exequias, túmulos y lutos celebrados por la sociedad samaria en acatamiento a las órdenes impartidas desde España al morir el rey, y el papel de las elites en dichos oficios religiosos.
- Analizar las fiestas de fidelidad organizadas por las autoridades y las elites samarias, al ser proclamado y exaltado al trono un nuevo rey, fastos que buscaban consolidar la presencia de la monarquía hispana, esta vez, en cabeza de los Borbón en tierras americanas.
- Indagar sobre la situación socioeconómica de la ciudad y cómo la precariedad no fue un obstáculo para cumplir las Reales Cédulas que llegaban de España, ordenando los oficios religiosos y rituales que debían cumplirse por la muerte del rey y aquellos fastos que debían organizarse por el ascenso al trono de un nuevo rey.

- Analizar las relaciones de poder de las autoridades virreinales político/militares y las eclesiásticas con asiento en la ciudad durante el siglo XVIII, en el contexto de los procesos socio-culturales de las celebraciones reales.
- Estudiar la estructura urbana de la ciudad, diferenciando los espacios ocupados por las elites, los libres de todos los colores, los edificios de gobierno, los lugares sagrados, las plazas públicas y calles principales.
- Analizar el papel de la educación superior en el siglo XVIII en el Nuevo Reino de Granada y la formación intelectual de miembros de las familias de la elite samaria en los Colegios Mayores en particular en el de Nuestra Señora del Rosario.
- Revisar las redes clientelares de poder en la ciudad y sus relaciones con los representantes de la monarquía borbónica en el gobierno virreinal local y la familia Díaz Granados como expresión de ese poder.

Hipótesis

Como hipótesis de investigación se planteó la siguiente: la distintiva conformación de la jerarquía social samaria; la disposición de los cuerpos que articulaban dicha sociedad; el orden interno y sus redes clientelares; la norma legislativa externa, su aplicación en este contexto social y el grado de cumplimiento, según las coyunturas sociales y económicas propias, son caracteres definibles a través de una historia cultural que se centrará específicamente en la investigación y análisis de las Reales Cédulas, que ordenaban organizar exequias, guardar lutos por la muerte del rey y celebrar fastos por la exaltación y proclamación del nuevo monarca.

Justificación

El tema seleccionado como tesis de grado para optar al título de doctor en Historia de América Latina, Mundos Indígenas, obedeció al interés personal y teórico de estudiar las

ceremonias regias que se dieron en Santa Marta durante el siglo XVIII y que solamente aparecen reseñadas tangencialmente en los escasos estudios acerca de la ciudad, referentes a ese siglo. Indiscutiblemente es importante conocer con mayor precisión las celebraciones católicas, sus rituales y su influencia en la vida social y cultural de los samarios durante el siglo XVIII hasta 1808, cuando asumió el poder el rey Fernando VII. Trabajos similares se han realizado sobre la vecina Cartagena de Indias y otras ciudades latinoamericanas, pero poco se sabía de la forma cómo las autoridades civiles, militares y eclesiásticas de la ciudad organizaban dichos actos y cómo era la participación de los habitantes, situación afectada por la precariedad económica de la sociedad samaria y la puja por el poder en la ciudad y la provincia, expresado en el constante conflicto entre el gobierno eclesiástico y el gobierno civil. Con el trabajo se pretendió llenar un vacío histórico sobre estos fastos en Santa Marta y cómo se expresó la elite samaria dieciochesca.

La decisión de estudiar estos rituales fue el resultado de indagar por la vida social, cultural y religiosa de los samarios del siglo XVIII y la primera década del siglo XIX. La centuria en su conjunto es poco conocida, pero rica en actividades religiosas y festivas, según se lee en textos de la época como Floresta de la santa iglesia catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta del alférez real José Nicolás de la Rosa y La Perla de la América, provincia de Santa Marta del jesuita Antonio Julián. Más recientemente el libro *Historia de la Provincia de Santa Marta* de la autoría del historiador colombiano Ernesto Restrepo Tirado, nos ofrece una historia documental de la ciudad, desde su fundación hasta las dos primeras décadas del siglo XIX.

Además de los festejos cotidianos, calendados, estaban aquellos de obligado cumplimiento que surgían de hechos sociales, cívicos, políticos y religiosos, que se debían celebrar alegremente. Estaban, además, aquéllos como las exequias por la muerte de reyes y allegados, que debieron organizarse y cumplir, tal como lo ordenaban las reales cédulas; el no cumplimiento ameritaba algunas sanciones y llamados de atención. Así, dada la vida social de las cortes y las reproducciones de la misma en las colonias y en Santa Marta, el año tenía muchos días de diversión y otros de guardar riguroso luto por el fallecimiento de los reyes o de un allegado a la familia real, como lo estableció la Real Cédula del 22 de marzo

de 1693, elevada a la categoría de pragmática. Estas enunciaciones en los textos señalados son los que nos invitan a conocer el grado de compromiso de las autoridades virreinales y la sociedad samaria en la observancia de las Reales Cédulas. Ya conocíamos qué pasaba en Cartagena de Indias, por el trabajo de María Ximena Polanco, o cómo se realizaban en Caracas, por el trabajo de Carole Leal Curiel, y en otras ciudades del Nuevo Mundo. No pasaba lo mismo con Santa Marta, donde sólo se mencionaban los oficios religiosos y los festejos por la exaltación del nuevo rey. Es por esta razón que se indagó, si estos eventos tenían alguna significación para las autoridades virreinales y los habitantes. Esa situación justificaba una investigación profunda en la documentación existente en los archivos que se trabajaron, fundamentalmente en el Archivo General de Indias, donde se guardan muchos de estos documentos, no sólo las reales cédulas, sino también los informes de las autoridades virreinales residentes en la ciudad.

Al revisar algunas de las reales cédulas se apreció que las Cortes Hispánicas o el nuevo rey enviaban copias de las mismas a varias ciudades. Entre ellas, está justamente, Santa Marta. Por esa razón era más que justificable adelantar esta investigación en los archivos: Archivo General de Indias (AGI), Archivo General de la Nación (Colombia) (AGN), Archivo Histórico del Magdalena Grande (Santa Marta) (AHMG) y el Archivo Histórico de la Diócesis de Santa Marta (AHDSM). Desde luego, los actos no van a tener la suntuosidad de ciudades como Cartagena o Caracas. Serán expresión de la obediencia al rey como vasallos y súbditos. Dichos actos fueron el reflejo también de una sociedad empobrecida por los ataques de piratas, bucaneros y filibusteros y condenada al ostracismo de la Corona, ya que los galeones provenientes de España, sobretudo de Cádiz y los de otras colonias, no atracaban en el puerto samario, por lo que sus habitantes se vieron obligados a negociar con contrabandistas que se acercaban a sus playas. Es decir, los samarios o contrabandeaban o morían.

La actividad religiosa formaba parte de la vida diaria de la ciudad. En su texto, De La Rosa así lo señaló y la ciudad desde entonces será considerada dos veces Santa. Santa Marta es el nombre de la ciudad así se llama la protectora, la patrona. Ciudad muy cristiana, devota de

su patrona y cumplidora de los preceptos católicos. Consagrada a la Inmaculada Concepción, Reina de las Américas, segunda patrona de la ciudad. Esa condición de catolicidad samaria se manifestará en los oficios religiosos al momento de las exequias y no desaparecerá al momento de las celebraciones y de las fiestas de fidelidad, porque esos actos se iniciaban con la realización de un *Te Deum*: primero los oficios religiosos de rigor y luego los actos políticos.

Otros aspectos que se necesitaba estudiar a la luz de los documentos, era toda esa vida festiva samaria, cuyos efectos son un referente clave en los hechos político/patrióticos del siglo XIX y los constantes enfrentamientos entre las autoridades eclesiásticas y las políticas, que durante este siglo XVIII, no dudamos en calificar de fuertes.

Como se esboza arriba, estos aspectos y situaciones que vivieron los samarios en el siglo XVIII, justifican este trabajo. Se espera que este trabajo motive a otros investigadores a continuar indagando, en los documentos, la real dimensión de la vida social, política, cultural y religiosa de los habitantes de la ciudad de Santa Marta durante el siglo XVIII. Es abrir caminos, señalar senderos a futuros trabajos que la ciudad de Bastidas requiere. Estamos seguros de que esta investigación contribuirá a enriquecer el conocimiento sobre la historia de la ciudad.

Metodología

La metodología está basada en una historia cultural, y se concreta en el análisis pormenorizado de hechos a partir de fuentes primarias. Se ha intentado ver la conformación de un orden social en las celebraciones, las fiestas y las ceremonias regias. Complementaria a esta metodología se ha utilizado la hermenéutica, analizando, no sólo el contenido de la fiesta, sino también el conjunto de los planos y grafías, encontrados en el Archivo General de Indias en Sevilla, el Archivo General de la Nación (Colombia), el Archivo Histórico del Magdalena Grande y el Archivo de la Diócesis de Santa Marta.

En lo práctico consistió en un proceso basado en la búsqueda, recuperación, análisis, crítica e interpretación de datos primarios y secundarios. Los primeros, a través de una lectura de los documentos encontrados en los archivos. Los segundos, los datos secundarios, se estudiaron y se interpretaron las informaciones obtenidas y registradas por otros investigadores en fuentes documentales: impresas, audiovisuales o electrónicas.

Como técnica metodológica se utilizó el análisis de contenido cualitativo historiográfico, haciendo énfasis en aquellos textos (documentos oficiales y libros de la época) que tenían conexión entre sí, que permitieron una interpretación de textos y documentos existentes en los archivos señalados arriba.

Estado del arte

Por estado del arte la investigación documental que se realiza sobre un tema en particular trasciende los conocimientos acumulados a través de una revisión y reflexión crítica. Las investigadoras Olga Lucía Vélez Restrepo y María Eumelia Galeano Marín consideran que el estado del arte es una investigación sobre la producción existente, sobre un tema en tres aspectos fundamentales: investigativo, teórico o metodológico. De tal manera que se da cuenta de algunos trabajos investigativos y teóricos sobre oficios religiosos, con motivo de las exequias y lutos realizados en otras ciudades hispanoamericanas similares a los eventos cumplidos por los samarios al conocerse las reales cédulas que informaban del sensible fallecimiento del rey. Además, una interpretación de los festejos de fidelidad con carácter político, civil u oficial, para diferenciarlos de aquellos de carácter popular/alegres, como el carnaval o de recogimiento como la Semana Santa y el Corpus Christi. Aquellos en los que se reafirmaba la obediencia al rey, como vasallos y súbditos y en los juegos del carnaval que se permitía cierta igualdad social transitoria.

Para adelantar este estudio fue pertinente realizar una primera revisión bibliográfica en dos niveles. En grupo de libros, documentos y artículos sobre Santa Marta, su contexto histórico, social, político, religioso, cultural y económico que permitieron apreciar relaciones en las formas como se realizaban las exequias y los festejos en homenaje a los reyes Borbones del siglo XVIII y XIX, en varias ciudades hispanoamericanas. Ello permitió una primera aproximación a un estado del arte sobre el tema objeto de estudio. Se abordaron, además, trabajos sobre esas celebraciones en tiempos de los Austria, sobre todo en los siglos XVI y XVII.

Siguiendo un orden cronológico de los libros y documentos que permiten conocer el contexto histórico de la ciudad, sus actividades religiosas, culturales y socioeconómicas se señala el libro del alférez real José Nicolás de la Rosa publicado en 1742, *Floresta de la Santa Iglesia Catedral de la Ciudad y Provincia de Santa Marta*. Este autor ayuda a comprender la historia social, cultural, política, sobre todo religiosa, de la ciudad en la primera mitad del siglo XVIII a través de la historia de la catedral, e igualmente, el potencial económico de la ciudad y la provincia. Es sin duda, la obra más importante de la historiografía local de ese siglo y anteriores. El mismo autor fue testigo de la forma como se organizaban los eventos ordenados y él, en su condición de alférez real, cumplía una función importante en las ceremonias dieciochescas de la Santa Marta de la época.

En este mismo siglo, 1787, apareció en Madrid un libro de la autoría del sacerdote jesuita Antonio Julián, *La Perla de la América, provincia de Santa Marta*, obra integrada por tres partes. La primera, dedicada a informar “de las riquezas y ramos de comercio de la Provincia de Santa Marta”. La segunda parte trata el tema de la población de los nativos habitantes en la provincia; es decir, da cuenta de las riquezas naturales, el comercio de la ciudad, sus pueblos de indios. La tercera y última parte destaca la importancia de los puertos que existen sobre el mar Caribe y los ríos, la reciprocidad de los mismos en la actividad comercial.

El otro documento escrito en ese mismo siglo, en 1778, tiene características similares, y está redactado por un funcionario de la Corona como un informe/ensayo. Su autor es don Antonio Narváez y la Torre, un ilustrado, quien fue gobernador de la provincia, conocido como *Relación o informe de la Provincia de Santa Marta y Riohacha*. El autor es tal vez el primer economista nacido en el Caribe colombiano. Su informe muestra las bondades de las tierras samarias y guajiras, sus potencialidades económicas, la situación socioeconómica y una serie de estadísticas que nos permitieron inferir que el gobernador tenía buena información. Por ello, el nombre resume lo que contiene el documento total: *Relación o Informe de la Provincia de S.ta. Marta, y Río Hacha por lo que respecta al estado actual de su Comercio, Labranzas, Haciendas, y Frutas; que manifiesta los pocos que se cogen ahora, y los que pueden cultivarse, y conviene fomentar para aumento de su Comercio, y Agricultura; las causas de su decadencia, y medios que se consideran oportunos, para adelantar estos importantes objetos con beneficios dela Prov.a, de sus vecinos, y de todo el R.n.* Después de mostrar un diagnóstico sobre la provincia, propone algunas estrategias a tener en cuenta para mejorar la situación de la provincia de Santa Marta y Riohacha. Es un trabajo valioso para comprender el estado de abandono, de pobreza, la falta de vías de comunicación para acercar los pueblos a la capital Santa Marta y al río Magdalena, lo que determina cierto empobrecimiento económico y social.

En esa misma dirección, pero fundada en una excelente revisión documental, se encuentra la obra del historiador colombiano Ernesto Restrepo Tirado, *Historia de la provincia de Santa Marta*, publicado en 1929 en dos tomos. El recuento histórico de los hechos políticos, militares y religiosos, de los que da cuenta este historiador, son claves para conocer más y mejor la historia cultural de la ciudad, el papel de la iglesia católica, y los aspectos políticos y administrativos de las autoridades coloniales hasta los primeros años de la Independencia. Para este trabajo, la investigación de Restrepo fue significativa, porque señala pistas para estudiar las celebraciones de los samarios alrededor de las exequias y exaltaciones de los reyes de España. Sus referencias documentales han permitido ubicar en el Archivo General de Indias (AGI) documentos originales que informan u ordenan festejos.

Restrepo Tirado estructura su libro por partes y éstas a su vez en capítulos. Su hilo conductor no son las autoridades eclesiásticas, sino las civiles, la llegada de los gobernadores y sus ejecutorias durante el tiempo que ostentaron el poder. Restrepo muestra con suma claridad los conflictos entre las autoridades civiles y eclesiásticas, y da cuenta de las celebraciones que se realizaban en Santa Marta con motivo de las juras y proclamaciones de los nuevos monarcas, como también de las exequias. Además permite apreciar la situación socioeconómica de la ciudad y la provincia, la lucha de las autoridades civiles por defenderla de los piratas y bucaneros, la persecución a los contrabandistas y el proceso de reducción de los indígenas guajiros y chimilas, serios obstáculos para el logro de una “paz” entre todos los samarios.

A continuación se presentan algunos textos (libros y artículos) revisados sobre estas ceremonias reales en España, en Hispanoamérica y en el Nuevo Reino de Granada. Estos textos dan cuenta de la estructura de los rituales, tanto de las exequias como de las proclamaciones, aunque los mayores estudios están dedicados a las honras fúnebres. En general, los textos revisados fueron muchos, pero para efectos académicos se seleccionaron algunos que reseñaremos señalando sus principales aportes. La exposición comienza por los textos españoles y continúa por los trabajos sobre las ciudades hispanoamericanas, concluyendo con los que se refieren al antiguo territorio del Nuevo Reino de Granada.

De acuerdo con lo anterior, para poder comprender muchas de las prácticas y tradiciones culturales y religiosas que se daban en América y, en particular en Santa Marta, se hace necesario revisar el origen y la herencia que se recibió de las provincias hispánicas que conformarían más tarde a la conocida República de España. Para acercarnos a la España de los Borbones es necesario saber de la España de los Austrias. Por ello, el texto del profesor José Jaime García Bernal, *El fasto público en la España de los Austrias*, se constituye de obligada lectura para conocer, de la mano de este historiador, todas y cada una de las celebraciones (religiosas y cívicas) que se realizaron en varias ciudades hispánicas en los siglos XVI y XVII. Ciudades como Sevilla, Salamanca, Madrid, Toledo, Málaga, Granada,

Córdoba, Barcelona, entre otras, fueron grandes escenarios donde las autoridades civiles y eclesiásticas organizaron eventos celebrativos que buscaban consolidar la monarquía y la misma religión católica. Sin duda, la pedagogía desarrollada por el historiador García Bernal nos ayudó a comprender cómo todas esas celebraciones de los monarcas de los Austrias van a heredarse por los monarcas Borbones y esas prácticas ordenadas juiciosamente para conmemorar festejos, permiten a las monarquías hacerse reconocer por sus súbditos y vasallos, como sus amos y gobernantes. Estos aspectos están visibilizados en el texto a la hora de organizar los desfiles y recorridos celebrativos, como también las exequias reales.

Otro texto clave para comprender este último tema señalado es del historiador Javier Varela, *La muerte del Rey. El ceremonial funerario de la monarquía española (1500-1885)*. Provocador libro dedicado al análisis del papel de la muerte y el ritual de las exequias y los funerales con ocasión del fallecimiento de los reyes hispánicos y de otros personajes pertenecientes a la familia real. El autor en su introducción deja claro varias afirmaciones que han motivado a reflexionar sobre la evolución que ha tenido el valor de la muerte de un personaje. En el pasado era todo un acontecimiento que involucraba a todos los habitantes del reino.

Si bien es cierto, que cada monarquía tenía su propia forma de organizar las exequias, también es cierto que se importaban, imitaban o simplemente se copiaban elementos de otras sociedades. En otros casos se habla de la influencia que ejercían ciertas monarquías o sociedades sobre otras. Es el caso de la influencia de la casa de Borgoña sobre el ceremonial de la monarquía española. Éste es el inicio del texto que citamos, que lleva a conocer y reconocer las diferencias y cambios que sufrió el ritual de la muerte, como también las exequias reales, a través de la historia española.

Por su parte, el libro de la profesora María Jesús Mejías Álvarez *Fiesta y muerte regia. Las estampas de túmulos reales del AGI*, hace un recorrido por algunos documentos del Archivo General de Indias en Sevilla, donde la autora revisó varios legajos y folios que

contienen los informes con las descripciones de las ceremonias regias que se organizaron por el sensible fallecimiento de reyes y miembros de la familia real en ciudades de Hispanoamérica. En la parte introductoria, la historiadora Mejías plantea: “La muerte entendida como un fenómeno social de carácter lúdico, donde concluyen contenidos artísticos, religiosos y políticos, es un aspecto más de la fiesta. La exaltación del difunto es parte de la conmemoración y del festejo, que en el caso del fallecimiento de una persona de la Casa Real se convierte en una afirmación de poder,...las exequias fueron, de todos los festejos reales, las que mayor prestigio y difusión alcanzaron en el Antiguo Régimen tanto en la España Peninsular como Americana”². En esa cita se resume un poco el papel protagonista de las exequias y se sustenta lo anotado arriba, cuando se afirmó que fueron las exequias las ceremonias que los vasallos del rey en Hispanoamérica se esmeraban por organizar lo mejor posible. Por ello la Pragmática de 1693. En las exequias se elaboraban túmulos en el interior de las iglesias principales, se realizaban procesiones, oraciones fúnebres (sermones), se cantaba el *Te Deum* y otros cánticos y se guardaba lutos en los que toda la ciudadanía debía participar.

En cada uno de los túmulos, la autora destaca aquellos símbolos que marcaron el momento, el significado de cada una de las figuras dibujadas en ellos. El libro anexa los documentos consultados y las ilustraciones que se encontraron en la sección Mapas y Planos del AGI. El texto aportó al presente estudio datos muy significativos que permitieron apreciar las diferencias y similitudes de los túmulos que respondieron a las condiciones económicas de las ciudades, pero, en general; lo más importante –que es lo que sucedió en Santa Marta– es que todas las autoridades coloniales y los grupos hegemónicos en cada ciudad hicieron los esfuerzos necesarios para obedecer la pragmática, cumplieron como vasallos y súbditos de Su Majestad organizando los rituales acostumbrados.

² Mejías Álvarez, María Jesús. Fiesta y muerte regia. Las estampas de túmulos reales del AGI, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 2002, p. 15-16.

Una mirada similar gobierna el estudio *El discurso de la fidelidad. Construcción social del espacio como símbolo del poder regio (Venezuela, Siglo XVIII)* de la autoría de la investigadora venezolana Carole Leal Curiel. Este texto fue clave para el asunto de esta investigación, sobre todo al examinar el sentido de los actos de fidelidad a las autoridades españolas. Apoyada en documentación de archivo, la investigadora examina un conjunto de sucesos políticos que con cierta regularidad involucraban a la sociedad venezolana con motivo de la muerte de un rey y la jura de un nuevo monarca. Estos sucesos, por su naturaleza, tenían el carácter de público e institucional y recibían la designación de actos ceremoniales, inspirados en tradición inmemorial, elevada a norma por la legislación. En particular describe el ceremonial dispuesto para la celebración de las exequias de Carlos III y la jura de Carlos IV, además de otros actos de menor jerarquía, pero de igual valor simbólico, como los actos de fe (Actos de fe de Caracas, 1779), todos tendientes a mantener la fidelidad al imperio y a sus autoridades coloniales.

En esa misma dirección se encuentra el libro *El frenesí del vulgo. Fiestas, juegos y bailes en la sociedad colonial* del profesor Orián Jiménez Meneses, quien dedica un aparte de un capítulo (el segundo) a analizar las celebraciones monárquicas en los siglos XVIII y XIX. Las primeras, en Panamá, perteneciente al virreinato del Nuevo Reino Granada y las segundas en la ciudad de San Juan de Girón (departamento de Santander, Colombia). Interesante resulta el trabajo de Jiménez, porque permite apreciar que el mundo festivo en el Nuevo Reino de Granada en su conjunto, expresa su obediencia al rey a través de las juras, una forma de aceptar ser un vasallo de un monarca distante, que nunca vieron los criollos o los mismos peninsulares residentes en el Nuevo Mundo. En uno de los apartes afirma: “En el mundo hispanoamericano, las ideas, costumbres y representaciones en torno a la figura del rey acentuaron la fidelidad a la monarquía, recalcándose a la vez el papel de los vasallos, situaciones presentadas en distintas fechas según el lugar”³; fueron las

³ Jiménez Meneses, Orián. *El frenesí del vulgo. Fiestas, juegos y bailes en la sociedad colonial*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2007, pp. 74-75.

expresiones de fidelidad las que marcaron, en varias ceremonias regias, las expresiones de sumisión y vasallaje.

Uno de los más connotados historiadores colombianos, dedicado al estudio de las celebraciones coloniales y republicanas, es el profesor Marcos González Pérez, quien a través de libros y artículos ha trabajado las fiestas regias en Santa Fe y otras ciudades del Nuevo Reino de Granada, publicó en 2012 el libro *Ceremoniales, fiestas y nación. Bogotá: un escenario*, texto dedicado a informar con suficiente documentación de las ceremonias en Santa Fe de Bogotá desde la época prehispánica, narrando el ceremonial de los muisca, el encuentro con los nuevos sujetos peninsulares, los tiempos de la colonización, la mirada a los tiempos coloniales y el papel de los vasallos en las ceremonias. Al final, el texto nos acerca a entender los rituales de la independencia y la época republicana. El texto profundiza en las fiestas religiosas que por medio de tablas se publicaban en el periodo colonial, dado el número de ellas se presentaron querellas solicitando suprimir algunas y dejar otras para que el Nuevo Reino avanzara en la producción agrícola, agropecuaria y la administración pública no se detuviera, igual, la justicia. Tantos días festivos y de guardar que obligaban a no trabajar originaron una serie de retraso en estos asuntos. A pesar de la supresión de algunas fiestas, sectores de la Iglesia como las órdenes religiosas solicitaban se reconsiderara la decisión de volver a enlistar el día del santo patrono san Francisco, por ejemplo. El libro permitió esclarecer el tema de la Tabla de Fiesta y su obligada ejecución por todos los santafereños, samarios, cartageneros, payaneses, tunjanos, socorranos y los habitantes de las otras provincias que integraban el virreinato del Nuevo Reino de Granada.

Por otra parte, la tesis doctoral de la historiadora colombiana Verónica Salazar Baena, *Fastos monárquicos en el Nuevo Reino de Granada. La imagen del Rey y los intereses locales (siglos XVII-XVIII)*, publicada en el año 2013 por la Universitat de Barcelona, plantea desde el punto de vista teórico y sustentado con documentación histórica de los archivos General de Indias, Sevilla, Nacional de España, Madrid, General de la Nación en Bogotá y otros, el desarrollo y la apropiación política por parte de las autoridades locales de los fastos de la monarquía hispánica en los territorios del Nuevo Reino de Granada durante

los siglos XVII y XVIII. El trabajo, muy amplio territorialmente, estudia las audiencias de Quito y Santafé, que se aproxima a lo que hoy son las repúblicas de Colombia y Ecuador. El periodo que abarca es igualmente amplio, e incluyó las ceremonias regias de la casa de los Austrias y la casa de los Borbones, de gran interés esto último, porque el trabajo que se desarrolló fue exactamente sobre esa dinastía y el siglo XVIII en particular.

En esta revisión del estado del arte pasemos a reseñar algunos de los artículos que describen y analizan ceremonias reales, unos analizando las celebradas en ciudades españolas, otras en ciudades latinoamericanas y otras sobre las ciudades del Nuevo Reino de Granada. Se seleccionaron algunos autores atendiendo el interés teórico del trabajo y las similitudes con las ceremonias celebradas en Santa Marta, que coinciden en algunos aspectos, pero mantienen la estructura básica, que se describe al inicio de los capítulos cuarto y quinto.

En primer lugar se da cuenta de los contenidos de los textos sobre las ceremonias ejecutadas en ciudades españolas, comenzando con el valioso artículo “El estudio de las exequias Reales de la Monarquía Hispana: Siglos XVI, XVII y XVIII”, escrito por los profesores María Adelaida Allo Manero y Juan Francisco Esteban Lorente, donde hacen una aproximación a la metodología y fuentes de estudio empleadas para analizar las decoraciones fúnebres de las exequias reales españolas celebradas durante el Antiguo Régimen, y muestran el actual nivel de conocimiento que se posee sobre sus aspectos más significativos desde el punto de vista artístico. Precisa aspectos coincidentes con otros trabajos y las informaciones encontradas en la documentación revisada sobre Santa Marta, como la conciliación que se daba entre las autoridades civiles y eclesiásticas a la hora de organizar las exequias simbólicas, así como el papel que jugaban las jerarquías virreinales en la ceremonia religiosa.

Un aspecto que refuerza el planteamiento que se hace en esta tesis es lo planteado por los autores, cuando afirman “las exequias reales tenían carácter obligatorio y, por lo tanto, contaban con una normativa legislativa expresa que, llegado el caso, se materializaba a

través de cartas reales enviadas por el monarca ordenando su celebración. Dicha obligación afectaba a toda la jurisdicción administrativa, civil y religiosa, de la monarquía hispana, traspasando incluso los límites geográficos de los reinos peninsulares y alcanzando los pertenecientes a los estados de Italia, Flandes e Indias: ciudades con asiento en Cortes, Audiencias, Diputaciones, Tribunales de la Inquisición, Órdenes Militares y otras instituciones de real patronato (catedrales, capillas, universidades, hospitales, etc.)”⁴. Justamente el carácter de obligatoriedad es uno de los aspectos clave para poder entender el esfuerzo y el esmero que ponían las autoridades y las nacientes elites por organizar los eventos lo mejor posible, no obstante la pobreza de la sociedad samaria, en el caso particular de Santa Marta.

Otro trabajo esclarecedor sobre el papel de las ceremonias fúnebres es “La emblemática española en las decoraciones efímeras de los túmulos granadinos: siglo XVII y XVIII”, de la autoría de la profesora de la Universidad de Málaga Reyes Escalera Pérez. El artículo realiza consideraciones sobre el levantamiento de túmulos en iglesias y catedrales con motivo de la conmemoración de la muerte de reyes o de algún miembro de la familia en los siglos del Barroco, cómo estos eran ensalzados por medio de jeroglíficos, pinturas, imágenes, esculturas, cuyos autores se inspiraron en la Sagrada Escritura, libros de emblemas, y filósofos clásicos, entre otros. Muestra algunos aspectos como la forma de conciliar la organización de las exequias simbólicas entre los poderes y analiza la figura del Rey, como expresión de la unicidad terrenal del poder. Afirma: “En las ceremonias fúnebres barrocas el impresionante catafalco que se erigía en iglesias y catedrales para honrar la muerte del monarca o de algún miembro de su familia debía estar animado por imágenes –esculpidas o pintadas– y símbolos que enaltecieran al difunto al mismo tiempo que justificaran sus acciones. Sin duda, el más significativo adorno elocuente de los túmulos es el jeroglífico, entendiendo como tal el elemento decorativo que suele constar de

⁴ Allo Manero, María Adelaida y Esteban Lorente, Juan Francisco *El estudio de las exequias Reales de la Monarquía Hispana: Siglos XVI, XVII y XVIII*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza. En: Artígrama, núm. 19, 2004, p.39 – 94.

un lema o mote...”⁵. Es significativa, para este trabajo, la mirada a los jeroglíficos, puesto que en la descripción encontrada en el túmulo en homenaje a Luis I de Borbón en Santa Marta en 1724 se señalan algunos aspectos en ese sentido.

En lo que se refiere a las ciudades hispanoamericanas se revisaron varios artículos. De ellos, se escogieron cinco textos significativos para apreciar la dimensión histórica, social y cultural de las ceremonias fúnebres y fiestas de fidelidad. En esta dirección se ubica el texto del historiador Justo Cuño Bonito, profesor de la Universidad Pablo de Olavide, “Ritos y Fiestas en la conformación del orden social en Quito en las épocas colonial y republicana (1573-875)”. El estudio analiza el rol de las fiestas en la conformación del orden social y de las relaciones de poder en la ciudad de Quito, en un tiempo que abarca los períodos Colonial y Republicano, en el que se intenta hacer explícita las permanencias rituales de la fiesta como causa explicativa de una lógica continuista en la conformación de las distintas sociedades históricas. Cuño Bonito afirma al respecto: “El ámbito de la representación es también el ámbito de la recreación, por lo que lo simbólico que enmarca lo cotidiano, debe ser también su fiel reflejo. Cada cuerpo social asume una misión, una función, de igual modo que en el concierto social se deben a los deberes y derechos específicos que les caracteriza”⁶. El texto revisa el contenido de las reales cédulas del siglo XVIII y su transformación, como también el calendario festivo hispano y su importancia en Quito. Analiza la unión que definen, tanto el poder civil y el poder eclesiástico para el logro de objetivo común: obedecer a Su Majestad; igualmente comenta cómo las fiestas religiosas inciden en la vida social, da una mirada a las fiestas anuales de tablas que se organizaron en Quito y que eran un aporte clave para el resto de ciudades hispanoamericanas. El artículo nos muestra cómo los poderes civil y eclesiástico, no obstante las diferencias, debieron

⁵Escalera Pérez, Reyes. *La emblemática española en las decoraciones efímeras de los túmulos granadinos: siglo XVII y XVIII*, A Coruña, Universidade da Coruña, 2012, p. 429. <http://biblioteca.versila.com/11240769>.

⁶ Cuño Bonito, Justo. *Ritos y Fiestas en la conformación del orden social en Quito en las épocas colonial y republicana (1573 – 1875)*. En: *Revista de Indias*, 2013, Madrid: CSIC, vol. LXXIII, no. 259, p. 664.

armonizar y organizar lo mejor posible las exequias fúnebres de los reyes, que era la ceremonia más exigente por la participación protagónica por parte del clero.

Del autor chileno Jaime Valenzuela Márquez, historiador y profesor de la Pontificia Universidad Católica de Chile, se revisaron tres trabajos: el libro *Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)* y los artículos “Rituales y ‘fetiches’ políticos en Chile colonial: entre el sello de la Audiencia y el pendón del Cabildo” y “Poder y pirotecnia, artesanos y mapuches: apogeo barroco de las proclamaciones reales en Santiago de Chile, 1760-1789”. Estos trabajos fueron de mucha utilidad, tanto en lo teórico como en lo metodológico e histórico. Nos referiremos rápidamente a los dos artículos.

En el texto “Rituales y ‘fetiches’ políticos en Chile colonial: entre el sello de la Audiencia y el pendón del Cabildo”, aborda el autor las celebraciones de la monarquía en el siglo XVIII, evocados a cumpleaños, nacimientos, uniones, juras, la reorientación hacia la figura específica del monarca, a partir de la proclamación del Borbón Felipe V, y el aumento de la capacidad de gasto para los programas festivos en Santiago de Chile. El autor hace referencia a la integración simbólica del gobierno colonial y los principales caciques indios de las fronteras. Dos temas que se resaltan en este artículo es lo que hace referencia al papel que cumplió el poder eclesiástico en todas las ceremonias reales. Lo primero era la asistencia a la santa misa, con su *Te Deum*. Luego sí se podían iniciar las fiestas cívicas, políticas o públicas acompañadas de los festejos profanos como bailes, bebidas alcohólicas y refrescantes, terminando las fiestas con tardes de toros. En esa misma dirección se destaca la puja por la supremacía y el control de la ciudad por parte de las autoridades civiles y eclesiásticas, que en Santa Marta serán un constante a través de la historia colonial.

El segundo artículo del profesor Valenzuela, “Poder y pirotecnia, artesanos y mapuches: apogeo barroco de las proclamaciones reales en Santiago de Chile, 1760-1789”, realiza un análisis sobre la legitimación festiva del poder colonial que contaba en el Nuevo Mundo con dos aliados simbólicos fundamentales, dos objetos que representaban directamente al

monarca y que, por ese mismo hecho, eran recargados de la majestuosidad y rodeados de veneración. El sello y el pendón real se constituían así en soportes de su presencia intangible, pero ubicua, en todos los rincones del imperio a través de su panoplia litúrgica y, específicamente, gracias a estos objetos singulares. Recalca la idea del pendón como símbolo del poder real, al igual que el sello. Profundiza en el análisis del discurso de fidelidad del poder civil frente al púlpito, lugar dentro de las iglesias y catedrales para expresar las opiniones del gobierno eclesiástico. Esa confrontación tendrá a lo largo de la historia algunas manifestaciones de fuerza que afectaban a la feligresía y a toda la vecindad. Esa “competencia” tendrá otra expresión en la sociedad colonial. A las procesiones de santas, santos y vírgenes, ahora la autoridad civil en cabeza del Alférez Real, el cabildo de la ciudad y el Gobernador organizarán la procesión del Pendón como símbolo de Su Majestad en la ciudad respectiva. En Santa Marta, eso sucederá, y por ello, el papel significativo del Alférez Real.

Un artículo que se revisó y permitió un acercamiento a la forma cómo se realizaban las fiestas barrocas en Hispanoamérica es el texto escrito por el historiador y profesor de la Universidad de Sevilla, Rafael Ramos Sosa, “La Fiesta Barroca en Ciudad de México y Lima”. El artículo analiza las principales celebraciones barrocas –civiles, religiosas y festivas– en el siglo XVII y XVIII en las ciudades de México y Lima, y muestra cómo para estas sociedades, la mejor manera de celebrar una fiesta era sublimar la afirmación de la vida en la belleza de las formas, señalando el elemento festivo como la mejor manera de expresar, a través del arte. El texto contribuyó a entender el rol de las fiestas religiosas como definidoras de la vida social de estas dos ciudades capitales de los dos virreinos más fuertes de América Latina, y ratificó, igualmente, la obligatoriedad de las fiestas de fidelidad a Su Majestad, así residiera y ordenara desde Madrid o cualquier otra ciudad del imperio. El monarca no sólo era la figura central, con un poder unívoco, de la monarquía absolutista, sino que era considerado como el padre mismo de sus vasallos y súbditos, por eso había que rendirle pleitesía a pesar de la distancia. El texto adicionalmente muestra aspectos tan importantes para la interpretación de las ceremonias del papel de los poderes (civil y eclesiástico), que debieron asumir la responsabilidad de trabajar unidos para

obedecer a la monarquía y organizar las exequias fúnebres. Se constituyó en una tarea significativa y valiosa para las autoridades, porque estaban obligados a realizar rituales suntuosos, dignos del personaje fallecido.

Sobre Panamá se revisó el artículo del profesor Julián Andrei Velasco Pedraza, titulado “Fiesta y poder: Persistencias y significaciones de las representaciones sobre el poder en la ciudad de Panamá a través de las juras, 1747-1812”. El autor hace un análisis e interpretación orientado por dos conceptos: *símbolo* y *representación*. Velasco no duda en definir que las juras, las proclamaciones y las fiestas reales, sin duda se constituyeron en parte esencial de la vida sociocultural de los hispanoamericanos. Su análisis parte de la jura y proclamación al rey Fernando VI, el 29 de mayo de 1747, continúa con la de Carlos IV el 25 enero de 1790 y muestra que los elementos festivos de estas juras fueron similares al proclamarse la Constitución Gaditana en 1812. En su análisis utiliza dos dimensiones: la solemnidad y el espectáculo o la teatralidad, que abren el espectro hacia una mirada desde la óptica de la sociología del arte. Además, el artículo incluye en sus citas las fuentes consultadas en el Archivo General de la Nación de Colombia, que permitió ubicar más fácilmente algunos documentos sobre el tema objeto de estudio.

Por otra parte, para el caso de lo que hoy es Colombia, se revisaron cuatro artículos sobre estas celebraciones. Para presentar este Estado del Arte, metodológicamente iniciaremos con dos textos que trabajan el territorio antiguo del Nuevo Reino de Granada. En primer lugar se reseña el artículo de los historiadores Inmaculada Rodríguez Moya y Víctor Mínguez Cornelles, “Cultura simbólica y fiestas borbónicas en Nueva Granada. De las exequias de Luis I (1724) a la proclamación de Fernando VII (1808)”. El artículo realiza una interpretación de dos ejemplos de fiestas regias borbónicas en el Reino de la Nueva Granada: las exequias de Luis I (1724) en Santa Fe de Bogotá y la jura de Fernando VII en San Bartolomé de Honda en 1808. Se tiene en cuenta tres factores: importancia de la tradición de la cultura simbólica en Nueva Granada, las relevancias que la celebración de las exequias y proclamación tienen en la construcción de la imagen de la monarquía en la Edad Moderna, y el complejo trasfondo histórico y político en el que tienen lugar ambas

celebraciones. En los dos ejemplos que documentan los investigadores se manifiestan esas características encontradas por otros estudiosos de estos temas como los acuerdos a los que debieron llegar las autoridades locales para definir la fecha, la hora, el bando, la escogencia del sacerdote que debía preparar el sermón y pronunciarlo en el momento del ritual cristiano. Del mismo modo, el reconocimiento que hacían, tanto las autoridades, como los vecinos, de la importancia de la fiesta de fidelidad al monarca, por lo que no importaba la distancia y las diferencias socio raciales para reconocerlo como rey de todos; el pendón real como símbolo del poder real, también es objeto de estudio de los profesores autores del texto, como lo es el poder eclesiástico que exigía que primero eran los oficios religiosos, la misa con su *Te Deum*, y luego la fiesta profana con todos sus elementos festivos: música, baile, alcohol, refrescos, naipes, cañas, tarde de toros y otras diversiones.

Un artículo muy significativo para el estudio lo constituyó el escrito de la historiadora colombiana Verónica Salazar Baena, “Hacer presente al rey ausente. Ceremonias reales en la Nueva Granada. 1739-1810”. El artículo analiza los discursos y estrategias de legitimación simbólica del poder de la monarquía a través de las ceremonias reales en la Nueva Granada durante el año de 1739, cuando se creó el virreinato, y durante el año de 1810 cuando se inició el periodo independentista. El texto está integrado por dos partes: en la primera, la autora se aproxima teóricamente a los temas sobre la representación simbólica y discursiva del monarca Borbón; en la segunda, sobre la documentación revisada en el Archivo General de Indias denominada *Relaciones de Fiestas*, la profesora Salazar, muestra cómo se organizaba la ceremonia real del Nuevo Reino de Granada, reseñando rituales en Santa Fe, Popayán, Cartagena, Santa Marta, Mompox y Quito, entre otras ciudades de la colonia, señalando cuáles eran las intenciones, los escenarios y los símbolos utilizados para ellas. La estructura misma del informe ilustra el papel que jugaron las elites en el poder y cómo se dieron cambios sustanciales al fundarse el virreinato. Frente a esto afirma:

Antes de la fundación del virreinato, la Nueva Granada era un territorio marginal de los centros de poder y quizás por ello, las ceremonias suceden de manera caprichosa. De alguna manea celebrarlas estaba en manos de los funcionarios

locales y eran común los extremos. En unos cabildos, grandes celebraciones que dejaban deudas cuantiosas a las arcas reales y en otros, ninguna celebración porque se argumentaba la inconveniencia del asunto. Este hecho visibiliza también la ausencia de parámetros de corte similar a los de México o Lima como lo afirma un consejero real⁷.

Del profesor Marcos González Pérez, historiador con amplia trayectoria en el estudio de las ceremonias regias en Santa Fe de Bogotá, revisamos varios textos. Comentamos el artículo “Las Juras Borbónicas en Santafé de Bogotá”. En él, González describe las juras que se dieron en el siglo XVIII en Santa Fe de Bogotá, capital del Nuevo Reino de Granada, hasta Fernando VII en los inicios del siglo XIX y último de los Borbones con dominio en la Nueva Granada. Las juras borbónicas que describe y analiza González son: la de Luis I (1724); la de Fernando VI (1747); en 1760 la de Carlos III; la de Carlos IV en 1789 y la de Fernando VII en 1808, en reemplazo de Carlos IV quien abdicó. Los planteamientos de González permiten el acercamiento para entender cómo se daban estos festejos en el Nuevo Reino de Granada, en este caso en su capital, Santa Fe de Bogotá. La estructura de la organización de las ceremonias muestra una similitud con otras celebraciones que se realizaban para los mismos años y para los homenajeados en otras ciudades hispanoamericanas. Son juras que mostraban la obediencia que el pueblo santafereño expresaba al monarca distante, pero representado en el retrato y en el mismo pendón como expresión del poder monárquico. En este artículo se analizan las diversas festividades en el Nuevo Reino de Granada concebidas al rey, que no eran más que actos de fidelidad, regocijo y aflicción, los cuales tenían como objetivo celebrar los hechos más sobresalientes de la monarquía española.

En esa misma perspectiva está el artículo de la profesora Ana María Henao Albarracín, “Ceremonias reales y representación del Rey. Un acercamiento a las formas de legitimación y propaganda del poder regio en la sociedad colonial neogranadina. Cali S. XVIII”, texto

⁷Salazar Baena, Verónica. *Hacer presente al rey ausente. Ceremonias reales en la Nueva Granada. 1739-1810*. (Informe de investigación). Instituto Colombiano de Antropología e Historia-ICANH. Bogotá, 2010. Recuperado de internet, www.icanh.gov.co.../ agosto, 2014, p. 35.

que forma parte del resultado de su tesis de grado para obtener el título de historiadora de la Universidad del Valle en 2009. El texto hace un recorrido por las ceremonias oficiales que organizaban en la ciudad de Cali, que se constituyen en el medio de representación y propaganda a través de las cuales se exaltaban las virtudes políticas del poder real y se plasmaba un imaginario de Estado, promoviendo la adhesión y obediencia de los súbditos, quienes se incorporaban activamente en el ritual político. Este artículo avanza en la exploración de avanzar en la exploración de los mecanismos culturales que hicieron parte del ejercicio del poder colonial en ultramar, a partir de los cuales se construyó un tipo de representación del Rey y la monarquía. El escrito destaca temas centrales analizados en artículos anteriores, pero dando cuenta de las particularidades en Cali. En él se revisa el papel del calendario festivo hispano y su importancia en esa ciudad, la forma cómo se acondicionaron las fiestas en el calendario local; igualmente, documenta el papel de las jerarquías virreinales en las ceremonias religiosas, lo que se reflejaba en el posicionamiento de los personajes integrantes del gobierno colonial local y destaca el rol del alférez real en todas estas ceremonias caleñas. Esas ceremonias permitieron a los aristócratas, los peninsulares y los gobernantes ocupar los puestos de adelante, mostrarse como representantes legítimos de Su Majestad y de la monarquía borbónica.

Recientemente, en 2014, apareció publicado en Bucaramanga un texto con tres ensayos, uno de los cuales, el tercero, está dedicado a revisar “Las celebraciones monárquicas en Girón, Vélez, San Gil y Socorro”, dos ciudades las primeras y dos villas las últimas, que tuvieron un protagonismo importante en el periodo colonial. Precisamente, en esas tierras se originó la insurrección de los comuneros de 1781. El autor del libro es el profesor Roger Pita Pico, quien además de describir y analizar los rituales en esas ciudades, publica un apéndice documental sobre dichas celebraciones monárquicas. El ensayo plantea que estas celebraciones incluyeron homenajes a los reyes, a la familia real, agasajos y recibimientos que se ofrecían a los virreyes, como representantes máximos del monarca. Fueron festejos “percibidos como eventos de carácter político en los que estaban en juego propósitos

cruciales para mantener vigente el gobierno español: la simbología, la representación, la lealtad y la legitimidad”⁸. Ese tercer ensayo del libro afirma el interés que los nuevos historiadores vienen auscultando acerca de temas que en el pasado fueron mirados con desdén, y hoy se encuentran cada vez más estudios sobre estas facetas sociales y culturales de la vida colonial.

El balance de los artículos estudiados sobre Colombia para las ciudades del Caribe, es pobre en número, solo aparecen referencias en autores particulares. No obstante lo anterior, un estudio sobre el tema, en exclusivo sobre las ceremonias regidas por el calendario eclesiástico, es el realizado por María Ximena Polanco: “Fiestas políticas en Cartagena de Indias 1740-1810”. En él, la investigadora social hace una pormenorizada recuperación de las ceremonias celebradas en Cartagena de Indias, correspondientes a la muerte de Felipe V y la jura por Fernando VII, enfatizando en el carácter de norma que para las expresiones de duelo y de júbilo les otorgaba la legislación hispana, bajo la figura de la pragmática real, le legislación que regulaba las formas en que los grupos sociales debían participar en las celebraciones para expresar la pertenencia al reino y la fidelidad a la autoridad constituida. Así, Polanco analiza el sentido que estas fiestas tuvieron para la sociedad cartagenera de la última época de dominio español en la Nueva Granada.

Como puede apreciarse, la selección de los libros y artículos reseñados son aquellos dedicados a estudiar y documentar exequias y proclamaciones de reyes en España, Hispanoamérica, la Nueva Granada y en particular el Caribe colombiano. Lo anterior no excluye que la revisión fuera más allá de la temática que inspiró el trabajo, pero no es objeto de dar cuenta de otros textos de mucha utilidad.

⁸ Pita Pico, Roger. Tahúres, chicherías y celebraciones monárquicas en el Santander colonial. Bucaramanga: (Sic) Editorial Ltda., 2014. p. 8.

Estructura general de la investigación

En el primer capítulo, *Santa Marta, sus espacios públicos y religiosos en el siglo XVIII*, se examinó la formación de la ciudad, su población y las jerarquías sociales. En él se repasó la historia urbana de la ciudad y sus jerarquías espaciales. Sin duda, la dinámica urbana de la ciudad fue lenta, característica determinada por una serie de factores que incidieron negativamente para que la recién fundada ciudad se poblara y a la vez se estructurara urbanísticamente, de acuerdo a los cánones de la modernidad definidos por la monarquía absolutista ilustrada de los Borbones. Igualmente, se dio cuenta de cómo la formación de la ciudad estuvo sujeta a los vaivenes de la política internacional de las monarquías españolas, sobre todo cuando se declaraba la guerra a España. Es decir, la ciudad se enrumbo hacia un mejoramiento de su infraestructura física, no sólo en edificaciones oficiales, sino particulares. A pesar de las manifestaciones de optimismo de los vecinos, el arreglo de las viviendas, calles, plazas y todo el amueblamiento de la ciudad, ésta siguió poco poblada; avanzó, sin duda, pero su población creció muy lentamente.

Asimismo, influyeron en las pautas urbanas de la ciudad, las incursiones de piratas y corsarios, que arrasaban la ciudad, no dejando sino escombros y ruina total. Resultando de esas situaciones que los samarios no construyeran viviendas costosas y más bien se contentaron con unas edificaciones modestas de poca inversión.

Así sucedió con la construcción de la catedral, la cual sirvió como base para dar inicio al proceso de evangelización en estas nuevas tierras, al tiempo que se considera la fábrica de otros espacios para la evangelización de la población indígena y samaria. A finales del siglo XVI, la ciudad no contaba con una edificación digna para los oficios religiosos, y solo hasta mediados del siglo XVIII se comenzó a construir lo que sería la nueva catedral con el auxilio de Fernando VI, obra que se concluyó en 1796, y desde entonces es la “Madre de todas las jurisdicciones eclesiásticas de Colombia”.

El papel de las iglesias que se construyeron en la ciudad como los conventos estaba bajo la égida de las órdenes religiosas, las cuales desempeñaron una importante labor en el proceso de consolidar la conquista del nuevo continente. Los frailes pertenecían a las órdenes religiosas de San Francisco, Santo Domingo de Guzmán y San Juan de Dios; estas tres fueron las de mayor protagonismo en la ciudad y provincia. Lo anterior no quiere decir que otras órdenes no tuvieran asiento en la ciudad y provincia, como es el caso de los agustinos; los mercedarios, de efímera presencia como los jesuitas, y los bethlemitas, de los que muy poco se sabe.

La ciudad contó con poca población, pero a través de los años se deduce que un pequeño grupo de peninsulares se erigió como una elite que comenzó a controlar los principales cargos públicos y eclesiásticos, como también las actividades económicas, como el comercio y la producción agrícola y agropecuaria. Las familias samarias fueron conformando una red de clientelas teniendo como base el linaje, las relaciones familiares, el estudio y el matrimonio

El segundo capítulo, *Elites borbónicas durante el siglo XVIII en Santa Marta*, presentó el papel de las elites borbónicas durante el siglo XVIII en Santa Marta, y cómo desde la fundación de la ciudad se fue gestando un proceso de conformación de la sociedad que se consolidó en el siglo XVIII. Algunos herederos de los abolengos de los llegados en el siglo XVI con estos primeros peninsulares resistieron con tesón las situaciones adversas originadas por diferentes causas: naturales, ataques de los nativos y de piratas. Se ponen en evidencia los desafueros y desmanes de los gobernadores y muchos otros funcionarios que llegaron a la ciudad en busca de fortuna, se enriquecieron y volvieron a su tierra natal.

Los gobernadores y sus colaboradores, al igual que los empleados de la administración colonial, jugaron un papel determinante en la consolidación de la sociedad samaria y las familias que se fueron apoderando de algunos cargos públicos y eclesiásticos. Miembros de familias adineradas que se fueron fortaleciendo al interior de la sociedad con la fórmula de

matrimonios entre parientes y familias de la misma elite, que cada vez se volvió más fuerte y con más poder.

Se destacó el papel de dos gobernadores, que no se duda en calificar como ilustrados, que no solo cumplieron a cabalidad las funciones asignadas, sino que se preocuparon por elaborar propuestas que garantizaran el mejoramiento de la explotación de la tierra en beneficio de los samarios en general. Antonio de Narváez y José Astigárraga, y un hermano de éste, escribieron sendos documentos proponiendo proyectos que beneficiarían a la sociedad en general y a la misma monarquía borbónica. En esa línea se ubicaron dos “cronistas” tardíos como lo fueron el alférez real don José Nicolás de la Rosa y el jesuita Antonio Julián, quienes aportaron al conocimiento de la fertilidad de la tierra, y otros aspectos positivos de la provincia, incluida su capital.

Un tema clave para comprender la conformación de una elite ilustrada en la ciudad y provincia lo constituyó la educación superior que se abrió paso en Santa Fe y Popayán. Los samarios, cartageneros y nativos de otras regiones del Nuevo Reino de Granada llegaron a Santa Fe a estudiar, primero en el Colegio Mayor de San Bartolomé y más tarde al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, donde los samarios ingresaron en busca de una formación que les permitiera acceder al conocimiento ilustrado que estaba en boga desde la llegada a estas tierras del médico gaditano José Celestino Mutis en 1760. En el Colegio del Rosario se matricularon varios miembros de la familia Díaz Granados. Esa formación intelectual les permitió consolidarse como la familia clientelar por excelencia, expresión del poder en la ciudad y la provincia.

Cuando el siglo XVIII terminó y se inició el siglo XIX, eran los miembros de esta familia protagonistas de primera línea en varios procesos contra las autoridades virreinales nombradas en España; ellos, nacidos en América, pero con abolengos, se reclamaron como nobles y midieron fuerzas conceptuales con la formación que adquirieron en el Colegio del Rosario. En todas las actas de proclamación de independencia o patrióticas que se firmaron tanto en Cartagena como en Santa Marta aparecieron las firmas de miembros de esta

familia, siendo sin duda, el doctor don Miguel Díaz Granados y Núñez Dávila el mayor protagonista. Fue fusilado en Cartagena de Indias por Pablo Morillo en 1816.

El capítulo tercero, *Las fiestas religiosas y su influencia social*, está orientado a dar cuenta de algunos aspectos de la legislación eclesiástica, y cómo esas normas impactaron en la vida social y religiosa de los samarios. Sin duda, la normativización de la vida social, familiar y religiosa de todos los sectores de la sociedad fue una expresión del poder de la monarquía borbónica implantada en las ciudades hispanoamericanas y, por supuesto, en Santa Marta. La aceptación de esas reglas de convivencia y comportamiento socio/religioso mostró la importancia del cumplimiento de varios aspectos definidos como prioritarios para la propagación de la fe católica y extender por todas las tierras conquistadas el evangelio. Fue el compromiso que adquirieron los Reyes Católicos con la Santa Sede, por lo que todos los monarcas debían continuar en el tiempo.

Los residentes en Santa Marta, a pesar de las dificultades para poder gozar de la presencia de un alto jerarca de la Iglesia, como lo era un obispo, en los primeros años de su fundación, se mantuvieron concentrados en la pequeña iglesia que se comenzó a construir meses después de la fundación de la ciudad. La no existencia del obispo nunca fue un obstáculo para los vecinos de Santa Marta para asistir a los oficios religiosos que organizaban los frailes residentes en la ciudad y sus alrededores. Con el tiempo, la construcción de la catedral, las iglesias de las órdenes religiosas, los conventos, las dos o tres capillas, la organización de las cofradías y el cumplimiento estricto de las *Fiestas de Tabla*, contribuyeron para que los samarios tuvieran unas prácticas religiosas que fueron definiendo la vida social y familiar de todos, sin distingos de sectores socio raciales. Tanto los blancos peninsulares, las autoridades civiles y militares, como los sectores subalternos participaban activamente en todas y cada una de las ceremonias religiosas que se organizaban.

El control de la vida social de los residentes en la ciudad a través de las fiestas y oficios religiosos, era evidente, a pesar de no estar escrito como un reglamento. Sin embargo, los

encomenderos y las autoridades debían garantizar que todos sus subalternos debían asistir a los oficios religiosos. Inclusive en los parajes más apartados tuvieron que responder por tener entre sus predios un sacerdote o fray que suministrara el “pasto espiritual”, no solo a los propietarios de las haciendas, sino de los trabajadores. Todas estas exigencias estaban consignadas en las reales cédulas que se expedían en Madrid y que los vasallos de las colonias de ultramar cumplieron al pie de la letra, aunque fueron muchas las quejas, por no ponerlas en práctica. Lo que sí se escribió y se aprobó por Su Majestad Fernando VI, hacia 1757, fue el reglamento y constituciones de la forma como debía funcionar la catedral, los oficios religiosos que se celebraban en ella y el control de la asistencia a los miembros del clero samario.

La vida de los vecinos estuvo controlada por esas asistencias al culto, a santos y a vírgenes, que durante todo el año fue obligación celebrar, fueran viejas o nuevas liturgias. Los samarios estaban atentos al iniciarse el año para conocer las fiestas que la Corona establecía por medio de la tabla de fiestas. Fueron muchas las tablas que hubo que adecuar porque el número de días festivos afectaba la administración pública y de justicia. Todas las fiestas estaban relacionadas en la tabla donde se publicaban, días en los cuales no se trabajaba, eran días de “guardar”. Para los samarios fueron muy significativas las festividades patronales, la semana santa y sobre todo dos fiestas paradigmáticas: el Corpus Christi y la Inmaculada Concepción. Conjuntamente esta vida festivo-religiosa estuvo acompañada con las cofradías que jugaron un papel muy significativo en la sociedad samaria del siglo XVIII. Los miembros de estas organizaciones gozaron del privilegio de poseer un sitio en la catedral para ser sepultados a la hora de la muerte y, adicionalmente, un reconocimiento social en Santa Marta.

Un aspecto relevante de la vida de los samarios durante buena parte de la Colonia fue las tensas relaciones entre el obispo y el gobernador. Ambos nombrados por el rey, el primero en representación del papa y la Iglesia católica, y el otro en representación de Su Alteza Real. Las disputas por el control de la vida social, política y religiosa de la ciudad los enfrentaron varias veces, situación que afectaba el normal desarrollo de las actividades del

clero, de las autoridades civiles, militares y a la población en general. Controlar la población desde el púlpito les dio buenos resultados a los jerarcas de la Iglesia católica: les temían, les obedecían y odiaban a la vez, pues era un riesgo estar en contra del representante de Dios en la tierra, confrontarlo era caer en desgracia, la promesa del cielo se alejaba y su alma al morir fácilmente llegaría al infierno. Por lo tanto, era preferible desobedecer al gobernador y no al obispo. Era mejor estar en paz con Dios y no con el rey.

El capítulo cuarto, *Viva el Rey. Fiestas de fidelidad al monarca. Larga vida a Su Majestad*, presenta detalles de las fiestas de fidelidad a la monarquía y en particular a cada rey en su momento de ascenso al trono como monarca de todos los españoles y de los nativos de las colonias de ultramar. La pretensión planteada fue examinar cómo las fiestas regias tuvieron un significado simbólico muy importante, puesto que si bien es cierto que ningún monarca español visitó Hispanoamérica, sus vasallos y súbditos siempre obedecieron en medio de las situaciones críticas, de abandono y pobreza. Para ello debieron organizar fiestas en honor al rey, a los príncipes, a la preñez de la reina, al nacimiento, al bautismo y tantas otras expresiones que a juicio del monarca ameritaban ser festejados. Eran fiestas regias, que estaban por fuera de la tabla y que no se publicaban con antelación, sino cuando llegaba el documento de España indicando lo sucedido, el cabildo de la ciudad organizaba los actos conmemorativos previo acuerdo con el señor gobernador. De las fiestas regias, la más importante fue la realizada en honor al rey, que aunque estaba muy distante de Santa Marta, era el rey.

Todas las autoridades iniciaban los honores en medio del dolor por el fallecimiento del anterior monarca. La tristeza y el dolor por la muerte del rey, fueron prontamente remplazados por festividades, actos que se contemplaban por medio de real cédula. Al definirse la fecha y hora de los festejos un pregonero leía en las esquinas y plazas de la ciudad el bando convocándolos a los homenajes reales. La ceremonia se iniciaba con el ritual de transportar por parte del señor alférez real, el pendón real, luego la santa misa y el *Te Deum* en la catedral de la ciudad. Seguidamente caminaban en procesión llevando el pendón hasta el tablado que se construía en la plaza Mayor para la representación de los

actos festivos. El programa incluía lectura de versos, comedias, lanzamiento de monedas con la efigie del nuevo rey, y dando seguimiento al ritual establecido, una vez terminada la parte formal, se entraba al gozo de lo festivo, bailar y tomar bebidas alcohólicas.

Algunos de los festejos fueron muy suntuosos, con mucha pompa, y tanto las autoridades civiles como militares, con el apoyo irrestricto de las elites samarias, realizaban un gran esfuerzo por organizar una ceremonia a la altura de la circunstancia y, por supuesto, por el personaje. Otros festejos fueron modestos actos lúcidos en medio de las dificultades económicas que atravesaba la vecindad. Todas las proclamaciones de los reyes borbónicos del siglo XVIII y la exaltación de Fernando VII en el siglo XIX fueron festejadas por los samarios sin distingos sociales como lo exigía Su Majestad.

Adicionalmente, las ceremonias festivas en homenaje al rey eran festejadas e informadas en homenaje a la familia real y a sus allegados. De tal manera que en cualquier momento llegaba una comunicación informando de la preñez de la reina o el ascenso de un infante a príncipe u otros eventos dignos a juicio de la Corona que debían homenajearse y realizar alabanzas por el bien del sujeto de los festejos, o por la salud de la reina recién parida y del vástago nacido. Los más interesados en realizar las ceremonias fueron las elites y sus autoridades que siempre buscaban mostrarse obedientes, pensando en conseguir beneficios personales o para la ciudad en general.

Dos ceremonias con un alto valor simbólico lo constituyeron el pendón real y la ceremonia del besamanos. El pendón real fue, sin duda, el símbolo más importante de representación de Su Majestad en aquellas ciudades donde no residía la Real Audiencia, en el cual reposaba el sello real. El pendón permanecía en la casa o sede del alférez real, quien fue el responsable de cuidarlo y portarlo en todos aquellos eventos donde era obligatorio, su presencia emulaba la del rey, por ello la importancia de este funcionario.

Por su parte, la ceremonia del besamanos fue todo un ritual que cumplieron los vasallos y súbditos de Su Majestad y que obligaba a todos los funcionarios coloniales a participar en

los días especiales como el cumpleaños del rey. Simbólicamente, al besar la mano del gobernador se estaba besando la mano del rey, a quien debían obediencia, sumisión y respeto. Esta ceremonia tuvo algunos problemas en Santa Marta, aunque se celebraba de todas formas. Sin embargo, se encontraron expedientes que contienen información sobre sucesos que enfrentaron a las autoridades samarias entre sí. En la información se aprecia el valor que le daban los samarios a la ceremonia, las reclamaciones y exigencias de quienes debían cumplir con el mandato y no lo acataban. Permite inferir que los celos entre las mismas autoridades civiles y militares fueron una constante en el gobierno colonial samario.

En el quinto y último capítulo, *El Rey Nuestro ha muerto. La ciudad se enluta, llanto y dolor*, trata de establecer la importancia que tuvo para los samarios la Real Cédula publicada el 22 de marzo de 1693, y su obediencia. El origen de dicha cédula se remonta a los siglos XVI y XVII, y estaba dirigida a las ciudades pertenecientes a la monarquía española. Las ceremonias de las exequias reales y todo lo que con ella se realizaba (el túmulo, por ejemplo), así como los lutos que guardaban los miembros de las autoridades coloniales, los principales señores y los otros sectores socio raciales, en general toda la parafernalia de las honras fúnebres, se sufragaban con los dineros de las Cajas Reales, con préstamos que casi nunca se devolvían. Adicionalmente, los lutos que involucraban al núcleo familiar se hacían extensivos a los criados y esclavos que dependían de un amo y duraban varios meses, produciendo un derroche de dinero, una baja producción de alimentos, ausencia en los puestos de trabajo. En general, la muerte del rey se convertía en un período de parálisis de la sociedad.

Por esas razones y otras, el último rey de la casa de Austria (Habsburgo), Carlos II, el Hechizado, se vio precisado a corregir esas situaciones que algunos consideraban excesivas, en medio de las dificultades económicas de la monarquía y de los mismos vasallos que tenían que hacer un esfuerzo por cumplir con las costumbres, tradiciones y las normas que lo establecieron. De ahí que Su Majestad publicó la nueva norma señalando que los gastos que se generaran en los funerales y los lutos debían ser sufragados por las

mismas personas. En el caso de los lutos, los regulaba a los principales miembros de la familia y, no a toda, mucho menos extensivo a los criados y esclavos. Esta real cédula se le dio la categoría de Pragmática*, con el objetivo de darle más fuerza de ley.

Al expedirse la norma, su aplicación se hizo efectiva a la muerte de la madre del rey Carlos II, la reina doña Mariana de Austria en 1696, que continuó con la muerte del mismo rey Carlos II. Desde entonces, en todas las reales cédulas que se expedían anunciando la muerte de Su Majestad se indicaba el cumplimiento de dicha regla. Se señalaba taxativamente que los gastos ocasionados por las exequias, lutos y demás aditamentos debían ser asumidos por sus ministros y se aprovechaba para recordar la prohibición de la utilización de los fondos de las Cajas Reales, así como el préstamo a los otros funcionarios.

Obedecer la norma ayudó a las autoridades a controlar los desmanes que se presentaban: los actos fúnebres no perdieron la suntuosidad del pasado, pero los dineros gastados corrieron por cuenta de los ministros, los miembros del cabildo de la ciudad, los señores principales. Los lutos se limitaron al núcleo familiar: mientras que los familiares lejanos, la servidumbre y esclavos no los guardaron, sólo se expresaron condolencias y recogimiento mientras duraba el luto, y ya no fue una obligación lucir elegantemente, sino en los días que establecía la real cédula. No había por qué preocuparse por gastos excesivos y mejor era recogerse en casa, mantenerse encerrado y no salir a la calle, sino a lo meramente necesario.

Por eso desde que llegaban las reales cédulas informando del fallecimiento de la muerte del rey, el cabildo de la ciudad, todas las autoridades civiles, religiosas y en general, toda la

* “Pragmática. La ley o estatuto, que se promulga o publica, para remediar algún exceso, abuso o daño que se experimenta en la República. Derivase del griego *Pragma*, que significa negocio, o el estado de las cosas”, Diccionario de Autoridades Tomo V, p.345. Otra definición mucho más reciente de la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española en su Diccionario de la Lengua Española define: “Ley emanada de competente autoridad, que se diferenciaba de los reales decretos y órdenes generales en las fórmulas de su publicación”, recuperada de internet, consulta posible gracias a Obra social “la Caixa”, julio 11 de 2016.

población, iniciaba el proceso de organización de las exequias y las honras fúnebres. Era necesario definir la preparación del túmulo, acordar la fecha, escoger el orador en el oficio divino, redactar el bando, leerlo en las plazas de la ciudad y sus principales esquinas con la pretensión que todos los samarios se enteraran y asistieran. Nadie podía argumentar que no tenía conocimiento, puesto que todos debían asistir sin reparos como vasallos y súbditos del rey.

Muy significativo fueron otras exequias que no correspondían a la muerte del rey, pero sí a miembros de la familia real. Además tuvieron gran importancia las exequias que en la ciudad se realizaban por la muerte de alguna autoridad eclesiástica samaria. Estas prácticas, sin duda, formaban parte de la estructura de la vida religiosa y de obediencia a las orientaciones emanadas de las Cortes. En el caso de las exequias a otros miembros de la realeza, o cercanos a la familia real, aunque esas ceremonias no tuvieron la suntuosidad de las que se celebraban a la muerte de Su Majestad, sí se organizaron y todos los vecinos debieron asistir acompañando a las autoridades virreinales.

Por su parte, las ceremonias fúnebres organizadas para algunas autoridades eclesiásticas samarias, fueron rituales celebrados con mucha dedicación, obedeciendo el tradicional protocolo judeocristiano y las prescripciones para estos casos establecidas en las reales cédulas. En este trabajo se tomó un ejemplo de este tipo de exequias, por el valor de la información encontrada y las muchas veces que se mencionaron como una ceremonia importante para la feligresía samaria.

En esta introducción al contenido del texto, se permite inferir que el trabajo realizado y los documentos revisados nos acercaron perceptiblemente a la sociedad samaria del siglo XVIII. Sociedad que fue el resultado de un proceso histórico y social, atravesado permanentemente por celebraciones religiosas y fiestas de fidelidad que cumplieron el papel protagónico de sostener la monarquía absolutista borbónica, en una ciudad que sobrevivió a la penumbra, al abandono y al ostracismo monárquico. Rituales que garantizaron el ordenamiento institucional borbónico, que les permitió a los grupos

hegemónicos constituirse como tales y reafirmar una elite económica y política de pocas familias, siendo la Díaz Granados la expresión de ese poder local y provinciano.

Tras esta breve presentación inicial, se pasa inmediatamente a mostrar los resultados del estudio sobre *Las celebraciones católicas y las fiestas de fidelidad de la monarquía borbónica en la conformación de la sociedad samaria durante el siglo XVIII*, que se presenta como requisito para optar el título de **Doctor en Historia de América Latina, Mundos Indígenas** y continuar hacia nuevas indagaciones sobre la riqueza histórica de la ciudad de Santa Marta y su provincia.

CAPÍTULO 1

SANTA MARTA, SUS ESPACIOS PÚBLICOS Y RELIGIOSOS EN EL SIGLO XVIII

Este primer capítulo está dedicado a revisar la historia urbana de la ciudad y sus jerarquías espaciales. Sucintamente, para el interés de la tesis, es clave revisar cómo fue la formación urbana de la ciudad, sus calles y plazas.

Sin duda, la dinámica urbana de la ciudad es lenta, característica determinada por una serie de factores que incidieron negativamente para que la recién fundada ciudad se poblara y a la vez se estructurara urbanísticamente de acuerdo a los cánones de la modernidad definidos por la monarquía absolutista despótica ilustrada de los Borbones. La formación de la ciudad estuvo sujeta a los vaivenes de la política internacional de las monarquías españolas, sobre todo cuando se declaraba la guerra a España. Adicionalmente las incursiones de piratas y corsarios, que arrasaban la ciudad, no dejaron sino escombros y ruina total. Como resultado de esa situación, la población abandonaba la ciudad después de cada ataque, muchos de sus pobladores migraron y se establecieron en otras poblaciones no tan a la mano de los corsarios, como Valledupar, Ocaña en el interior de la provincia y otras familias completas se refugiaron en ciudades del Caribe insular, como La Habana, Santo Domingo y Portobello. Otros –los menos– se mudaron a vivir a sus haciendas, varias localizadas cerca de la ciudad. Como resultado de esas situaciones negativas, los samarios prefirieron no construir viviendas costosas, y más bien, se contentaron con unas edificaciones modestas con poca inversión.

Este capítulo reconstruye los espacios públicos y religiosos que a través de los años se fueron consolidando. Espacios de visita obligada para todos los samarios y samarias, que debían asistir a los oficios divinos, muchos de los cuales no solo estaban reglados por la tabla que los establecía como de guardar, sino también aquellos que se originaban

intempestivamente, como las exequias reales por la muerte del monarca o de un familiar y allegado. Los oficios por la proclamación del nuevo rey, dar gracias a Dios por la preñez de la reina, el matrimonio de una infanta o por el nacimiento de un heredero. Las ceremonias de todos estos eventos religiosos y políticos primero debían celebrarse en la catedral o en la iglesia que fungiera como tal. En el caso de Santa Marta, la iglesia de San Francisco de Asís y por corto periodo en Santo Domingo.

Igualmente se recogen aquellos aspectos importantes que rodearon la construcción de la iglesia catedral, fábrica que no fue nada fácil de lograrse en medio de disputas y desobediencias permanentes por parte de muchos funcionarios locales, cartageneros y santafereños; hasta el mismo Virrey tuvo que dar explicaciones por su oposición y sabotaje a la construcción de la iglesia catedral, por eso su construcción duró más de 30 años. Así sucedió con la construcción del Seminario Conciliar; aunque tuvo menos oposición, su construcción se retardó porque el rey había ordenado que se comenzara a edificar solo cuando estuviera lista la catedral.

En el siglo XVIII mejoró un poco la seguridad de la ciudad. Las incursiones de los piratas mermaron, lo que dio paso a las construcciones con materiales más resistentes y de mejor calidad, casas de mamposterías, de dos plantas, edificaciones muy significativas como la Casa de la Aduana, el Cuartel del Fijo Veteranas, la fábrica de aguardiente, entre otras.

A pesar de las manifestaciones de optimismo de los vecinos, el arreglo de las viviendas, calles, plazas y todo el amueblamiento de la ciudad, ésta seguía poco poblada. Avanzó, sin duda, pero su población creció muy lentamente, como lo demuestran los escasos censos y patrones que adelantaban los gobernadores y otras autoridades. La ciudad estaba despoblada, pero las ciudades de la provincia, como Valledupar y Ocaña, crecieron, especialmente esta última, que llegó a tener más habitantes que la propia capital. Sin embargo, la escasez de población no fue óbice para que en su interior no se gestaran unas redes sociales, clientelares y familiares que fueron conformando una jerarquía social samaria que controló la ciudad a través de actividades comerciales, políticas y eclesiásticas.

Esas redes funcionaron igual que en otras ciudades del Nuevo Reino de Granada y llegaron a cruzarse, vía matrimonio, con familias de la vecina provincia de Cartagena.

1.1. Formación urbana de la ciudad

Un breve recuento del desarrollo urbanístico y arquitectónico de la ciudad desde su fundación en 1525 (se acoge la fecha oficial¹) nos lleva a entender por qué hoy cuando la ciudad se apresta a conmemorar 500 años de su fundación su desarrollo es escaso y está muy por debajo de otras ciudades, como Cartagena de Indias, fundada unos años después, o Barranquilla, una ciudad republicana con mucho empuje en su gente, que hoy la ubica en el cuarto lugar en el país, después de Bogotá, Medellín y Cali. Santa Marta solo fue el punto, o mejor, en palabras de José Luis Romero, una ciudad considerada inicialmente como “un punto de etapa, un centro de reagrupamiento de personas y cosas para asegurar la prosecución de la marcha hacia regiones lejanas o peligrosas”². La ciudad cumplió el papel de ancla que utilizó la Corona española para iniciar un proceso de poblamiento hacia tierra firme, después de haber conquistado y fundado ciudades en las islas del Caribe, en territorio de México (Nueva España) y de Centroamérica.

Ya en 1789, en un informe presentado al rey Carlos IV por don Francisco de Silvestre, se reconoce ese papel. A pesar de haber sido el primer gobierno de ese Reino, no tuvo gran influencia de asentamiento en sus inicios, sino más bien, entró a jugar un papel de tránsito para quienes tenían como destino el Perú. Esta condición prontamente fue mejorando, lo cual permitió abrir paso al redescubrimiento de tierras y la posibilidad de establecerse en

¹ Sobre la fecha (real) de su fundación consúltense: Kalheen Romoli. Informe sobre la fundación de Santa Marta [Presentado a la Academia Colombiana de Historia]. En: Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. LXI. Vol. 705. Jul-Ago. 1974, Bogotá: Academia Colombiana de Historia, pp. 393-398. José J. Real Díaz. El sevillano Rodrigo de Bastidas. Sevilla: Imprenta Provincial, Separata de Archivo Hispalense, 2da. Época, Nos. 111-112, 1961, p. 40 y Gil, Juan. Marineros y mercaderes en Indias (1499-1504), Sevilla: Anuario de estudios americanos, 42, (1985), p. 297-499.

² Romero, José Luis. Latinoamérica. Las ciudades y las ideas. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2011, p. 50.

ellas, con las reglas de gobernabilidad que Su Majestad dispuso³. Es una autoridad la que elabora esa información por la validez que tiene para comprender exactamente el papel que definió la monarquía española para la ciudad. Apenas fue posible establecer la ciudad de Cartagena de Indias y luego Santa Fe, no fue casualidad, fue una decisión político-administrativa que se cumplió al pie de la letra.

Esa misma apreciación tiene el capitán de fragata Joaquín Fidalgo, cuando afirma a finales del siglo XVIII: “Los españoles la hicieron plaza de armas para la conquista del Nuevo Reino de Granada, y desde ella la emprendió Gonzalo Jiménez de Quesada”⁴. Como bien lo comenta Fidalgo, desde Santa Marta sale don Pedro de Heredia a finales de 1532 y el 20 de enero de 1533 fundó la ciudad de Cartagena de Indias, que con el tiempo se volvió en su gran rival; años después partió Don Gonzalo Jiménez de Quesada y el 6 agosto de 1538 fundó la ciudad de Santa Fe, perteneciente a la provincia de Santa Marta. Años más tarde el obispo de la diócesis samaria, el franciscano fray Juan de los Barrios y Toledo, salió de visita a Santa Fe y no volvió, erigió la catedral de Santa Fe como metropolitana el 20 de octubre de 1553. Después de muchas solicitudes, el papa Paulo IV erigió la iglesia de Santa Fe como obispado en 1562, despojando a la ciudad de Santa Marta de esa condición y reduciéndola a una simple abadía. Todo esto por el mal proceder del obispo Juan de los Barrios.

En el inicio del siglo XVIII, es decir, a los 175 años de la existencia de la ciudad, su desarrollo urbano y poblacional no era mucho, no había avanzado, en comparación con su vecina Cartagena de Indias y Santa Fe, las cuales se habían consolidado como las grandes ciudades del Nuevo Reino de Granada. Adicionalmente, es necesario señalar que los cinco últimos gobernadores de la provincia en los años finales del siglo XVII “la habían esquilado, sacando de la provincia más de 130.000 pesos, y la habían desmoralizando,

³ Colmenares, Germán. Relaciones e Informes de los Gobernadores de la Nueva Granada, T.II. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1989, p. 36.

⁴ Fidalgo, Joaquín Francisco. Derrotero y Cartografía de la Expedición Fidalgo. Por el Caribe Neogranadino. Bogotá: El Ancora, 2011, p. 70.

vendiendo los puestos militares y beneficiado los políticos, las residencias y las encomiendas”⁵.

El siglo XVIII, que en el mundo europeo se denominó la época de la Ilustración, el iluminismo, el Siglo de las Luces, centuria que contribuyó con avances significativos para la humanidad, tuvo sus repercusiones en el Nuevo Mundo. Siguiendo la mirada de John Lynch, “la Ilustración no era en esencia un instrumento revolucionario, sino que aceptaba el orden existente de la sociedad, apelando a una elite intelectual y a una aristocracia de mérito. Era hostil a los privilegios seculares y a la desigualdad ante la ley, pero poco tenía que decir sobre las desigualdades económicas y sobre la redistribución de los recursos en el seno de la sociedad”⁶. Bajo ese principio actuó la monarquía borbónica al asumir el control político-militar, económico, social y cultural tanto de España como de las colonias de ultramar. Para el caso que estudiamos, América hispánica, porque como lo afirma el mismo Lynch: “La monarquía española no vivía aislada” de las otras monarquías europeas. De hecho, al final del siglo XVII muere Carlos II y deja como heredero a su sobrino Felipe de Anjou, que entró a gobernar a España como Felipe V, primer Borbón de la nueva casa monárquica, hasta hoy, en cabeza de Felipe VI. Este rey reinó durante dos períodos, el primero entre 1700 y 1724 y volvió este mismo año, meses más tarde, gobernó hasta 1746. Fue el rey que más tiempo estuvo en el poder en España en el siglo XVIII: 45 años y tres días.

La llegada de la llamada casa de Borbón tuvo unos efectos importantes para Europa, España y las mismas colonias de ultramar. España era tal vez el país más rezagado en su dinámica económica, frente a países como Francia, Holanda e Inglaterra, que mantenían una tendencia modernizadora en sus economías, acordes con las políticas nacionales e internacionales; además, desde hacía muchos años le competían por el control del océano Atlántico. Por esa razón, y otras, a la llegada de los Borbones, el reto que se les presentó

⁵ Restrepo Tirado, Ernesto. Historia de la provincia de Santa Marta. Tomo I, p. 438.

⁶ Lynch, John. La España del Siglo XVIII. Barcelona: Crítica, 2010, p. 229.

fue cómo enfrentar la competencia y ponerse a tono con el mundo, es decir, superar una serie de factores internos que le impedían competir en igualdad de condiciones. Por ello, los Borbones definieron y aplicaron una serie de medidas para garantizar las reformas que España necesitaba.

El primer gran reto de Felipe V fue abocar la modernización del Estado español, y para ello concentró todo su esfuerzo en cambiar la obsoleta administración pública, “orientada a la defensa, a la diplomacia y al manejo del control de las instituciones”⁷. De tal manera que las reformas borbónicas, al contemplar la modernización de la administración, definieron qué acciones impulsar para acabar por siempre con el contrabando en la Nueva Granada, problema nada fácil de resolver por ser esta una práctica permisiva de las mismas autoridades civiles, militares y hasta eclesiásticas. Actividad que no garantizaba ingresos a las Cajas Reales de la monarquía y, tal vez por esa importante razón, no se retribuía en inversión significativa en la infraestructura de la ciudad.

Un aspecto que siguió afectando las actividades comerciales por el puerto de la ciudad fue la presencia constante de piratas, corsarios y contrabandistas que durante todo el siglo XVII y parte del XVIII atacaron la ciudad. Al inicio del siglo, en 1701, la merodeó el pirata inglés Pedro Cuero, al año siguiente, Juan Bodquin, quien además de pirata era contrabandista irlandés. Este personaje es bien interesante para la vida comercial de la ciudad por poseer su doble actividad: pirata y contrabandista, se movía entre varias islas del Caribe como Curazao, Jamaica, entre otras, y Santa Marta en tierra firme. Como contrabandista, dotaba a la ciudad de armas, ropas y variedad de comestibles importados.

Pero Santa Marta tal vez no merecía esa suerte, porque recibía del interior de la provincia una serie de productos como añil, algodón, cacao, palo brasil, sebo, cueros y algunos frutos exportables. En la ciudad, a pesar de tener un puerto natural ideal y con buen calado, el

⁷ Meléndez Sánchez, Jorge. Los Borbones y la región, Ocaña Siglo XVIII y primer decenio del Siglo XIX. Códice Ltda., Bogotá: 2007, p. 22.

comercio era muy pobre y menor, frente a la gran actividad comercial desarrollada en la vecina Cartagena de Indias. De tal manera que la ciudad reúne los factores naturales que le garantizaban una actividad comercial con el extranjero, sin necesidad de caer en prácticas económicas ilegales. De Narváez comenta que una ventaja que tenía la provincia para su actividad comercial era contar con ríos, ciénagas y caños, que eran claves para transportar los productos de la tierra hacia las otras provincias del Nuevo Reino. Santa Marta fue privilegiada por tan afortunada posición y con ella algunos otros puertos en estas costas, los cuales permitían el tránsito permanente en sus aguas para la exportación de productos a otras provincias, tanto españolas como europeas⁸. Con todas estas ventajas, el gobernador De Narváez consideraba que si se sabían aprovechar y fomentar, serían de mucha prosperidad para la provincia y todo el reino e inclusive para la monarquía borbónica, si bien “pudiendo ser la más rica, puede asegurarse es la más pobre de todo el reino”⁹. Lo cierto es que a pesar de contar con todos esos atributos naturales, la ciudad y la provincia se mantienen en el ostracismo.

Se puede afirmar que la ciudad, al quedar abandonada por las autoridades españolas, sobrevivió gracias al contrabando. Mientras la miseria y la agonía se apoderaban de la ciudad, su vecina Cartagena de Indias era atendida por la Corona española. Cuando llegó a la ciudad el obispo fray Luis Bernardo Martínez Gayoso en 1706, se sorprendió con la extrema pobreza de los habitantes y, por supuesto, de la forma de tratar el tema del contrabando por parte de las autoridades civiles. Lo que más le preocupó fue el estado de abandono y pobreza de la catedral. Cuando Juan Gutiérrez de Arce fue comisionado a Santa Marta para residenciar a don Cristóbal Vélez Ladrón de Guevara y Guzmán Lasso de la Vega, marqués de Quintana de las Torres, en 1712, la ciudad reflejaba la miseria económica de sus vecinos, las Cajas Reales vacías, el situado fiscal no llegaba desde el año anterior. Sus habitantes eran un poco más de cien, la mayoría militares; los cultivos,

⁸ De Narváez y la Torre, Antonio. El informe sobre la provincia de Santa Marta y Río Hacha de 1778, p. 32.

⁹ *Ibíd.*, p. 33.

abandonados; la actividad comercial, escasa y las perlas comenzaban a extinguirse de su costa.

Esta situación de crisis socioeconómica en Santa Marta y su territorio se manifiesta igualmente en el estado de abandono de sus construcciones de propiedad de la Corona ibérica. Las rentas habían caído en comparación con los primeros años de la fundación según palabras de De la Rosa, ya que para cuando escribió su libro, las rentas no llegaban a seis mil pesos, por lo que la Corona no destinaba mayores recursos para su sostenimiento o mantenimiento en pie. El contrabando era la única actividad que le daba vida a la sociedad, los escasos productos de consumo diario llegaban de la mano de los nativos vecinos, que se apoderaban de la ciudad todos los días con recuas de burros trayendo sus productos para ofrecerlos por las ocho principales calles de la ciudad y las plazas públicas que completaban el contorno urbano.

De la Rosa nos informa que la ciudad contaba con unas calles principales: la Veracruz, Santo Domingo, la Acequia, el Cuartel, la Iglesia Mayor, la Mar, Mamatoco y la última, Madrid. Los nombres de las calles obedecen a las descripciones que la identificaban con un lugar o una actividad que la distinguiera. Pero lo que sí es interesante saber es que las calles estaban intercomunicadas y cumplían funciones muy precisas, como por ejemplo, las calles la Acequia y el Cuartel, que desembocaban en la plaza Mayor.

La llamada calle Mamatoco recibió el nombre porque por ella se llegaba al camino que conducía hasta esa población vecina, habitada por los nativos con ese mismo nombre. Interesante el nombre de la calle Madrid, que recibió esa denominación porque siguiéndola se pasaba por el camino al río Manzanares, lo mismo que en Madrid, la capital de la monarquía española. Aunque no señaló el nombre de otras calles, se deduce que existen, porque en las principales solo viven los peninsulares y descendientes de los primeros grupos de conquistadores y mantienen sus privilegios. Es decir, en las “otras” calles viven los mestizos, pardos, algunos nativos, los libres de todos los colores y otra gente no identificada, tal vez, la escoria social de la sociedad samaria.

Uno de los defectos anotados por Hardoy de la cartografía colonial es la no demarcación, esta situación fue una constante en la Colonia, no solo en Santa Marta, sino en diferentes ciudades. El espacio habitado por la población marginada o menos favorecida se ubicaba por fuera de los extramuros o en áreas que poco o nada se evidencian en la construcción de los planos que se levantaron¹⁰. Ese detalle se aprecia en el primer plano de 1529 o 1534 de Santa Marta y en la enumeración realizada por De la Rosa. La razón para este “olvido” no es otra que esconder las precarias condiciones en las que un grupo de habitantes de todos los colores se refugiaban en las zonas periféricas de las recién fundadas ciudades, en límites del área rural, que cumplía la función de producir los alimentos necesarios para sostener la población urbana, tal como se señala más adelante.

De la Rosa comenta que de las ocho calles, siete –excluyendo la Madrid– son “*cruzadas por otras varias*”. Puede referirse a las que son conocidas en el lenguaje urbanístico de hoy como carreras o callejones. Como en el pasado, tradición que se mantiene en muchos pueblos grandes y pequeños del Caribe continental colombiano.

Al apreciar la ciudad hoy, las calles señaladas existen unas con el mismo nombre y otras fueron reemplazadas sus nombres, pero en general siguen siendo “derechas en línea, y de buena longitud” y “corren en línea de oriente a poniente”¹¹. Además de las calles y callejones, la ciudad cuenta con una gran plaza, la plaza Mayor, amplia, espaciosa y cuadrada. Al final del siglo XVIII se mantenían las mismas calles. Se podría posiblemente

¹⁰ Hardoy, Jorge E. La forma de las ciudades coloniales en la América Española. En: Estudios sobre la ciudad Iberoamericana, Francisco de Solano (Coord.), Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1983, p. 317.

¹¹ En 1834 el geógrafo e historiador venezolano Feliciano Montenegro Colón publicó en Caracas una “Geografía General”. Al referirse a Santa Marta, comenta: “Es de calles estrechas y arenosas, pero rectas, con algunas casas regulares cubiertas casi todas de teja y el resto de paja; es edificio bastante bueno su catedral; hay dos parroquias y dos templos de conventos habiendo habitado en el de dominicos san Luis Beltrán; seminario y aduana, plaza de armas y de la carnicería, fundada para mercado sobre un lago cegado recientemente; era la residencia de un gobernador intendente en tiempo de la dominación española”. Feliciano Montenegro, Geografía General para el uso de la Juventud de Venezuela, Tomo 3. Caracas: Imprenta de A. Damiron, 1834. p. 564.

agregar los tres callejones que existían organizados como tales: el Camellón, hoy carrera primera C; callejón Real, la actual carrera cuarta; calle del Río, callejón del Seminario, callejón del Cuartel, actualmente la carrera segunda.

Los nombres de algunas calles cambiaron, otros se mantuvieron. Lo cierto es que el punto de referencia para organizar las calles y las carreras fue a partir de la plaza Mayor vieja, cerca de donde quedaba la catedral de De Ocando, donde hoy está construido el edificio del Banco de la República. Actualmente la calle 12 era antes la de la Mar, la Marina o de la Cruz; la calle 13 era de la Iglesia Mayor, por lo de la catedral de De Ocando, más tarde San Francisco; la calle 14 tuvo dos nombres: del Cuartel, más tarde de la Cárcel; la calle 15 siempre se llamó de la Acequia; y la 16, Santo Domingo. La calle 17 primero se llamó Veracruz, luego, Real, y más tarde, Grande. La calle Mamatoco era una prolongación de la calle de la Iglesia Mayor, que seguía por el camino a Mamatoco, hoy avenida El Libertador. Y la calle Madrid era el camino a Gaira, hoy avenida Bavaria.

Ahora bien, los samarios construyeron las casas y edificios públicos bajos, de un solo piso, como una medida de precaución a las fuertes brisas que azotaban la ciudad, sobre todo desde el mes de septiembre hasta febrero o marzo. Pero también por la calidad de los materiales, que fue una constante queja de quienes pasaban o residían en ella. En la primera mitad del siglo XVIII, las otras edificaciones que se mantenían en pie con mucha dificultad son: la Catedral, construida en la época del obispo De Ocando, en muy mal estado, como también las iglesias y conventos de San Francisco, Santo Domingo y San Juan de Dios, que además administraba el hospital de la ciudad.

La situación seguía muy difícil en 1759, cuando tomó posesión del cargo de gobernador el capitán de dragones don Gregorio Rosales Troncoso y Osore, caballero de la orden de Santiago y capitán de los Reales Ejércitos. Encontró una ciudad sin edificios públicos y, como si fuera poco, “la Catedral abandonada, porque para arreglar las paredes de una

capilla la habían destechado [...]”¹². Indudablemente, la situación de la ciudad no era nada fácil. Eso muestra el ostracismo al que fue condenada por la Corona hispánica; y por supuesto, la única alternativa que tuvieron sus habitantes fue recurrir al contrabando como una forma de actividad económica.

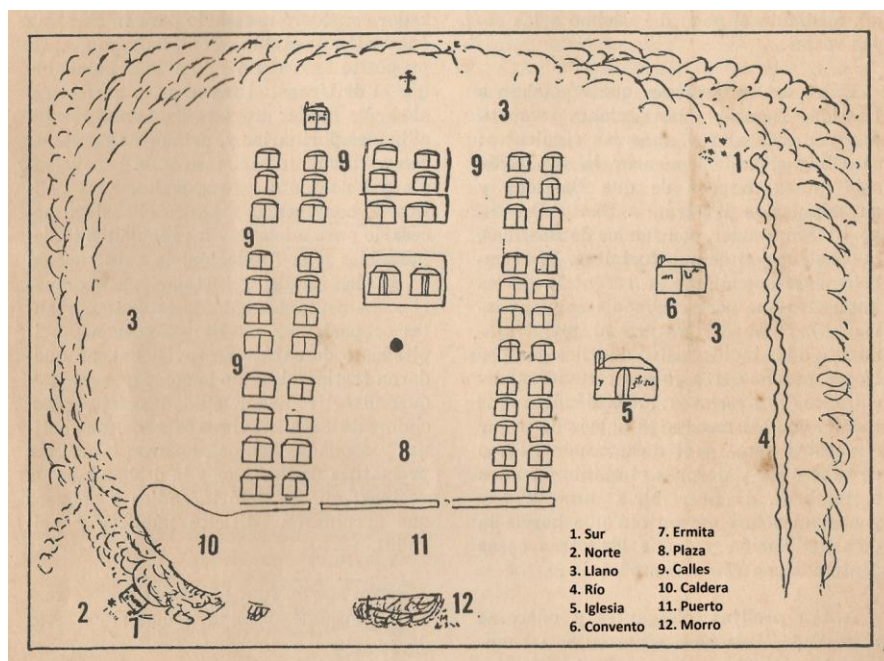


Figura 1. Plano de Santa Marta del siglo XVI.

Según Juan Friede, fue diseñado entre 1529 y 1534. Su autor es desconocido.

Fuente: Autoría de Carlos Martínez. Libro: *Apuntes sobre el urbanismo en el Nuevo Reino de Granada*.

Mientras esto sucedía en Santa Marta, en España ascendía al trono real Carlos III, quien regentó los destinos de la Corona y sus colonias entre 1759 y 1788. El monarca jugó un papel importante en la Santa Marta del siglo XVIII. En lo referente a la parte física, gracias

¹² Restrepo Tirado, Ernesto. Historia de la provincia de Santa Marta. Tomo II, 1953. p. 188.

a él, la ciudad adquirió un empuje en su desarrollo urbano. Algunas de las obras que pueden destacarse son: se mejoró la infraestructura defensiva de la bahía y de los pocos edificios públicos, se construyó la Administración del Aguardiente hacia 1765. El rey era muy católico y su compromiso con la religión fue destacable durante su reinado. Santa Marta recibió los beneficios de Carlos III en la construcción y mejoramiento de la infraestructura religiosa, entre las obras se pueden señalar: ordenó insistentemente la construcción de la actual catedral, se mejoraron las iglesias de San Francisco, Santo Domingo y San Juan de Dios, asimismo sus conventos y se ordenó la construcción del seminario conciliar. Además, se brindó apoyo a los vecinos para la mejora de algunas viviendas por parte del gobernador, que fue una estrategia de las autoridades civiles para que los habitantes no huyeran a otra ciudad como La Habana, Cartagena y ciudades en el interior de la provincia como Valledupar y Ocaña.

Muy posiblemente el apoyo que el rey le brindó a la ciudad obedeció a algunas promesas u órdenes que el rey anterior Fernando VI (quien reinó entre 1746 y 1759) había decretado y el virrey don José Solís Folch de Cardona (1753-1761) no había cumplido, sobre todo la que tiene que ver con una suma de dinero que el virrey debía entregar a la ciudad para la construcción de la catedral. Por la desobediencia de este, la obra estaba paralizada y si no se procedía a continuar su construcción, lo avanzado hasta ahora se perdería.

El rey tuvo aprecio por la ciudad y para que quedara constancia de su posición le repitió esas mismas órdenes al reemplazo de Solís Folch de Cardona, el virrey Pedro Messía de la Cerda (1761-1772), quien recibió del rey una cédula real dándole la orden de pagar sin demora la suma de dinero dejado de cancelar destinado a la construcción de la catedral de la ciudad. Todavía en 1768, transcurridos veinte años desde que se diera la orden, el virrey no entregaba el aporte destinado para la construcción de la catedral de Santa Marta, la obra seguía en suspenso. Al enterarse el rey de tal situación, reprendió al virrey, le ordenó, como

también a la Real Audiencia, que procediera a sacar el dinero de cualquier parte de los ramos de novenos, de vacantes mayores y menores o de mesadas eclesiásticas¹³.



Figura 2. Plano de la ciudad de Santa Marta a finales del siglo XVIII

Fuente: Banco de la República. Museo del Oro Tairona. Casa de la Aduana.

En medio de las situaciones difíciles de la ciudad y su gobernador, el virrey desde Cartagena de Indias se vio precisado a acusar al gobernador Rosales y encargar en 1763 a

¹³ Restrepo Tirado. Historia... Tomo II. Op. Cit., p. 213.

Andrés Pérez Ruiz Calderón como gobernador interino. Siguiendo las orientaciones del virrey y ordenadas por el rey Carlos III, Andrés Pérez como gobernador y fray Agustín Camacho como obispo colocaron la primera piedra para construir la catedral en el sitio que está localizada, hasta el día de hoy, el 8 de diciembre de 1766. Pérez murió repentinamente el 2 de enero de 1768 y asumió la gobernación don Manuel de Herrera Leyva, quien fue nombrado como gobernador interino desde el 17 de agosto de ese año. De Herrera trabajó de la mano del obispo y empujó con ahínco la construcción de la catedral, a tal punto que logró recaudar fondos que estaban destinados para tal fin, pero que no se entregaban rigurosamente. Concluido el tiempo de Rosales (concluido en cabeza del militar don Manuel de Herrera), el rey procedió a nombrar en su reemplazo a don Nicolás Díaz de Perea, quien se desempeñaba como gobernador del Chocó. Durante su gobierno fue muy poco lo que se logró en el mejoramiento de la arquitectura de la ciudad, tanto él como el virrey estuvieron enfrascados en la discusión sobre los dineros que debían enviarse para construir la catedral.

En junio de 1772 llegó a Cartagena de Indias el nuevo virrey, don Manuel Guirior (1772-1776), y entre las tantas solicitudes del rey estaba contemplado el cumplimiento de la entrega de los recursos para la catedral. Nada logró el monarca, a pesar del regaño al virrey, a quien en 1776 nombró virrey del Perú, es decir, lo ascendió; ese virreinato era, sin duda, más importante que el virreinato de la Nueva Granada. En reemplazo de Guirior fue nombrado el virrey Don Manuel Antonio Flórez (1776-1781), quien coincidía con la opinión de su antecesor frente al tema de la catedral. Nuevos enfrentamientos se suscitaron y la catedral seguía su construcción a medias, no obstante los llamados de atención de Su Majestad Carlos III a autoridades civiles virreinales en Santa Fe de Bogotá, quienes desobedecían sus órdenes, pero las autoridades civiles y eclesiásticas de la provincia apoyaban las decisiones del rey.

Mientras tanto, en Madrid, el 29 de mayo de 1776 se juramentó ante el Consejo de Indias como gobernador de la provincia don Antonio de Narváez y la Torre. Solo llegó a la ciudad en enero de 1777. Con el apoyo del rey Carlos III y el virrey Flórez, adelantó algunas obras

civiles y militares en la ciudad: fortificó el puerto y reorganizó la guardia, arregló caminos que comunicaban la ciudad con el resto de la provincia y abrió nuevas vías pretendiendo facilitar el comercio al interior de la provincia. Adicionalmente, animó nuevos procesos de desarrollo de la agricultura, las rentas de la provincia mejoraron, sobre todo del aguardiente.

A pesar de ello, la situación no mejoraba, las edificaciones para desarrollar los oficios religiosos seguían en mal estado, la catedral nada que se concluía. Asimismo, como lo afirma Delgado¹⁴, los designios de esta ciudad estaban empeñados a conservarla en un estancamiento, y que a pesar de haber contado con la dicha de ser de las primeras ciudades, estuvo anquilosada durante la Colonia y lo que siguió después de ella. Todavía en pleno siglo XVIII no contaba con rentas sostenibles y en puertas de la independencia su situación continuaba siendo de extrema pobreza. Naturalmente, la ciudad no presentaba un estado nada atractivo para las actividades comerciales y de residencia. Con todo, se mantenía gracias a la tenacidad de muchos de sus habitantes que se negaron a abandonarla y resistían al ostracismo.

Para estos mismos años el historiador Ernesto Restrepo Tirado señaló que la ciudad

No contaba más que con ciento cincuenta casas bajas y dos altas, la del cabildo (casa consistorial) y la de don Miguel de Vergara, con una plaza mayor y dos plazuelas, ocho calles delineadas de oriente a occidente, cortadas por otras dos casi en ángulo recto y algunas callejuelas. No tenía más renta propia que la del degüello, que cuando más alcanzaba a cuatrocientos pesos anuales. Se sacrificaban dos reses diarias y unos cuarenta cerdos por mes¹⁵.

Estos detalles resultan claves para comprender el desarrollo urbanístico de la ciudad. Agrega que cerca de la ciudad, en la parte rural, se habían organizado doce haciendas, atendidas por esclavos, nativos y libres de todos los colores. En ellas se cultivaban variados

¹⁴ Delgado, Álvaro. La Colonia. Bogotá: Fondo editorial Suramérica, 1976. p. 98.

¹⁵ Restrepo Tirado. Historia... Tomo II, Op. Cit., pp. 219-220.

productos de consumo diario que se ofrecían en el mercado público y por las calles principales, como verduras, hortalizas, frutas, bastimentos, flores, cacao, café y caña de azúcar.

Aunque la evolución urbanística de la ciudad había avanzado muy poco con respecto a las calles que la integraban en 1725, a los dos últimos gobernadores de la provincia, don José Ignacio de Astigarraga y Antonio de Samper, sus funciones y actividades definidas en España llegaban en cédulas reales, ordenándoles, casi siempre, aumentar los controles al contrabando. Fue una obsesión de la Corona exigir en forma permanente la lucha sin cuartel contra esa actividad económica ilegal. Pero el siglo concluyó y el contrabando sobrevivió. Al momento de posesionarse Astigarraga, en 1786, según el coronel Antonio de Alcedo, la población era reducida, la mayoría de las viviendas eran de madera con techo de paja, con excepción de algunos edificios administrativos, construidos para el momento y la catedral (en construcción), “dos conventos de religiosos, uno de San Francisco y otro de Santo Domingo, que tuvo la gloria de haber sido habitado de San Luis Beltrán”¹⁶ y cuenta con algunos edificios que funcionaban como oficinas para atender los negocios de Su Majestad.

Ahora bien, a Astigarraga se le abona el interés de continuar la construcción de la catedral que terminó su sucesor, igualmente el mejoramiento de las rentas del aguardiente, tabaco, naipes y en la de la Aduana en general, así como los diezmos. Se preocupó por el mejoramiento de la agricultura y el comercio, buscando mejorar las rentas reales que permitieran abocar obras de infraestructura física de la ciudad. Para lograrlo, abrió caminos que comunicaron los pueblos de la provincia con su capital para dinamizar el comercio interior y el intercambio de productos que se cultivaban con mucho éxito en la parte rural de la provincia, fue así como se inició el camino a Gaira, Ciénaga y Valledupar. Adelantó campañas para sanear la población, desmontó bosques, cegó pozos y retiró del centro de la

¹⁶ De Alcedo, Antonio. Diccionario Geográfico-Histórico de las Indias Occidentales Ó América, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1967, vol. II, p. 397.

ciudad tejares y el cementerio, puso a funcionar la carnicería, construyó un nuevo canal al río Manzanares previendo las crecientes del río, adicionalmente construyó un puente sobre él¹⁷. Realizó varios arreglos a algunas edificaciones públicas, como por ejemplo el Ayuntamiento, haciéndolo más presentable, propio para las funciones que cumplía en una ciudad tan importante por ser capital de provincia. Organizó una alameda frente al hospital San Juan de Dios. Fruto de su administración se realizaron otras acciones en beneficio de la ciudad, pero la más importante fue dejarla con unas rentas propias, que no tenía cuando se posesionó el 16 de marzo de 1786.

Don Antonio de Samper se caracterizó por la entereza por concluir la catedral, obra anhelada por la monarquía borbónica que debía terminarse para dar inicio al seminario, continuar otras obras para adorar a Dios, como el fortalecimiento en general de los conventos y sus respectivas iglesias. Un dato interesante es que durante este gobierno las rentas se consolidaron y en el periodo de 1795-1796 el producto líquido de las rentas sumó la cifra de 37 296 pesos, cifra nada despreciable para la época. Un punto a favor de la ciudad y su mejoría en la infraestructura física lo constituyó el mejoramiento de la renta y la cesación de la presencia de los piratas y corsarios, aunque el contrabando permaneció. De todos modos, como lo señala Fidalgo las edificaciones religiosas estaban bien. Igualmente, se da cuenta de la existencia de casas altas construidas con mejores materiales que los utilizados con anterioridad; las de dos plantas cumplen doble función, el primer piso es para el negocio y la parte alta se ocupa como vivienda.

A seis años de terminarse el siglo XVIII la ciudad aparentemente ha mejorado su situación económica, lo que se manifiesta en la mejoría de las viviendas, algunas de dos plantas, de algunas oficinas públicas y las casas para alabar a Dios, como fue la terminación de la

¹⁷ Fidalgo comenta sobre esta obra de hidráulica realizada por el gobernador lo siguiente: “Este río [el Manzanares] en sus crecientes inundaba la ciudad: pero en 1789 su Gobernador, (...) sangró el río y condujo sus aguas a la ciudad por medio de zanja estrecha que desde él abrió provisionalmente hasta la caldera del Puerto donde desaguaba, y construyó sobre ella puentecitos de comunicación en puntos principales los cuales existen en el día...”. Fidalgo, Joaquín Francisco. Derrotero y cartografía de La Expedición Fidalgo por el Caribe Neogranadino (1792-1810). Bogotá: El Áncora Editores, 2011. p. 70.

catedral y los dos conventos reseñados y el hospital de San Juan de Dios. Con la llegada del nuevo siglo, la ciudad contaba con una fuente en 1808, localizada “en la plaza de Armas que corre constantemente a beneficio del público habiendo sido conducida el agua desde la sierra [Sierra Nevada de Santa Marta] por conducto subterráneo costado por los propios de la ciudad”¹⁸, y así se verán algunos cambios reflejados en actividades comerciales y el mejoramiento de la calidad de vida de los samarios. Aunque las actividades portuarias siguen siendo pocas, pero permanentes, Fidalgo¹⁹ considera que el puerto es apto para un comercio menor y no para gran escala. Es decir, el volumen y el tipo de mercancía no garantizaban una actividad exportadora significativa para la Nueva Granada.

Otra actividad próspera en la ciudad es la producción de licores, en especial aguardiente. Tanto así que la Real Administración del Aguardiente estaba bien organizada, funcionaba con buenas oficinas, excelente ventilación y, sobre todo, ofrecía un producto de alta calidad y excelente destilación, según los catadores del momento. Es la mejor administración de todo el reino, tanto que para el periodo de 1790 y 1805 recaudó 90 mil pesos²⁰. Evidentemente, el consumo de bebidas alcohólicas siempre ha sido alto en estas ciudades, lo que genera unos ingresos vía impuestos que le permiten –hasta hoy– financiar el funcionamiento de los gobiernos seccionales. La ingestión de licor garantiza rentas. En general, en la ciudad se producía e introducía aguardiente de otros departamentos, que eran consumidos en grandes cantidades. El recaudo por este concepto era significativo frente a otros rubros, como puede apreciarse en el informe que el gobernador del departamento, Ramón Goenaga, presentó a la Asamblea Departamental un siglo después, en 1890²¹.

¹⁸ Fidalgo, Joaquín Francisco. Op. Cit. 2011, p. 71.

¹⁹ Fidalgo, experto en estos temas, no duda de las ventajas del puerto, por lo que señala: “está habilitado en el día para el comercio en calidad menor; y por él se exporta algodón, añil, cacao, palo de brasil, sebo y cueros; y parte de los frutos de esta provincia bajan por el río Magdalena a la playa de Cartagena”. Ibid., p. 71.

²⁰ Fidalgo agrega que está ubicada “en la orilla occidental del río expresado [Manzanares] y distante de la ciudad 7 décimos de milla está la Real Administración del Aguardientes, que aventaja a las demás del Reyno...”. Ibid., p. 71.

²¹ Goenaga, Ramón. Informe a la Asamblea Departamental en 1890, Tipografía La Voz, Santa Marta, s.f. pp. 88-89, 98.

Así que, al cambiar el siglo y sobrevenir la invasión napoleónica de España, la situación de Santa Marta, aunque hubiera mejorado ligeramente, no se compadecía de una ciudad portuaria situada en una provincia feraz. La pobreza en general de la población, la imposibilidad de los caminos y el contrabando de alguna manera sumaban fuerzas para evitar que la riqueza pública fuese mayor y tuviera efectos positivos sobre la ciudad y sus habitantes. Principalmente, para que la Corona española invirtiera en ella: fortaleciera la defensa, construyera edificios públicos dignos de una capital de provincia y autorizara medidas que beneficiara a los samarios.

Un papel fundamental y clave para entender la sociedad colonial en su conjunto se expresa en los habitantes vecinos de la plaza Mayor, puesto que desde el punto de vista social, quienes nacían y se criaban en el cuadro de la plaza eran muestra de personas distinguidas, de alcurnia, aristocráticas, de prestancia; en síntesis, personas con mucha riqueza atesorada. Ahí vivían los peninsulares, las autoridades civiles, eclesiásticas y militares, existía una línea imaginaria que dividía la ciudad colonial entre ricos y pobres. Línea que se borraba transitoriamente en los días de mercado, de fiestas religiosas, ceremonias reales, en las que a pesar de las restricciones se presentaba cierta “amnistía social”, “en que los vecinos se confundían y nivelaban sus categorías sociales en el ámbito de la plaza, aula magna de la democracia”²². Como señala el historiador Justo Cuño Bonito en su estudio sobre Quito: “La configuración jerárquica de la ciudad era particularmente visible en el entramado urbano y en sus edificios”²³. Así como en Quito se concentraban los sectores dominantes en las cuatro calles que atravesaban la plaza, en Santa Marta esos mismos sectores tenían su residencia en las ocho calles principales y sobre todo en dos calles que atravesaban la plaza Mayor: la Acequia y el Cuartel. Esa estructura jerárquica de domicilio de la actual aristocracia y burguesía samaria cambió y hoy se encuentra fragmentada en varios barrios exclusivos y de control social, con estricta vigilancia y seguridad: Avenida El Libertador, Ciudad Jardín, sectores del balneario El Rodadero y lo más exclusivo, El Prado, viejo

²² Martínez, Carlos. Apuntes sobre urbanismo en el Nuevo Reino de Granada. Bogotá: Banco de la República, 1967, p. 66.

²³ Cuño Bonito, Op. Cit. 2013, p. 682.

barrio fundado y construido para los ejecutivos y propietarios de las fincas bananeras de comienzos del siglo XX.

1.2. Santa Marta: sus espacios de celebración de lo profano y lo religioso

Así como se conformó urbanísticamente la ciudad a partir de los trazos de sus calles y callejones, se organizó, como queda dicho, una plaza mayor y otras plazas menores que se constituyeron en los espacios apropiados para las celebraciones profanas. Asimismo, como van a existir los lugares para las ceremonias religiosas, como la catedral y las iglesias, de las que se comentará seguidamente, en la ciudad, la plaza fue sin duda el escenario para los festejos populares. Pero las plazas cumplieron en las ciudades españolas varias funciones: mercado público, lugar para impartir justicia, correr toros²⁴, construir entablados, celebraciones reales, bailes... En general, se constituyó en sitio preferido para la recreación de vecinos habitantes. Así sucedió en Santa Marta.

La plaza Mayor de la ciudad fue el lugar de encuentro de los vecinos, en ella se publicaban los bandos de las autoridades civiles y por su amplitud se convertía en plaza para correr los toros durante las fiestas católicas y ceremonias festivas reales de las que se comenta más adelante. El sitio se convertía en un gran teatro público, donde se escenificaban muchos eventos recreativos, juegos de azar y tradicionales españoles, paradas y desfiles militares, a sus alrededores se realizaban procesiones, entre otras manifestaciones lúdicas que los samarios disfrutaban con gozo y alegría, ya que le servían de distracción en medio de la monotonía expresada por los visitantes y residentes al informar a las autoridades virreinales de la vida cotidiana de la ciudad.

²⁴ En el caso de Salamanca, “la actividad que más alboroto provocaría fue la celebración de corridas de toros y demás festejos”. García Figuerola, Miguel y otros. La plaza Mayor y el barroco en Salamanca. Salamanca: Turismo y Comunicación de Salamanca, 2005, p. 8.

La antigua plaza Mayor (tal vez era más amplia para los siglos XVII y XVIII, en los tiempos del alférez real De la Rosa) hoy como en la colonia cumple la función de servir de encuentro y desencuentro de los samarios raizales; actualmente se conoce con el nombre de parque de Bolívar. Antes se le denominó de la plaza de Armas de la Constitución, según Bermúdez, porque en ella, el 2 de febrero de 1859, “hubo una revolución pacífica, si se puede decir así, porque no hubo armas ni más ruidos que el traque, el estruendo musical y el bullebulle de la junta popular”²⁵ y en el acta que se suscribió se afirma que “reunidos pacíficamente en la Plaza de la Constitución”. De ello deduce el historiador señalado que recibió ese nombre. La plaza Mayor cumplió siempre la función de una especie de centro cívico, con atributos muy bien definidos.

Existían otros espacios de menor categoría urbana como las plazoletas, plazuelas y los atrios de las iglesias, pero su papel fue mínimo en comparación con la plaza Mayor. Las plazuelas servían para actividades como realizar ferias o mercados, tal fue el caso de la plazoleta de San Francisco que se convirtió en plaza de mercado o simplemente mercado público en el siglo XIX.

La plaza Mayor era el sitio preferido para convocar a los vecinos samarios a informarse de las novedades llegadas de España, de Cartagena de Indias o Santa Fe de Bogotá²⁶. Por eso su ubicación es al lado de la primera iglesia y primera catedral, hacia ella desembocaban dos calles, como se contó arriba. Fue tan importante para los asiduos visitantes que en el gobierno de don Antonio de Samper se tomó la decisión, en 1808, de colocar una fuente de agua que se nutría de la que caía desde la Sierra Nevada de Santa Marta. Fue en esa plaza

²⁵ Bermúdez Bermúdez, Arturo E. Materiales para la historia de Santa Marta. Bogotá: Canal y Asociados, 1981, p. 19.

²⁶ En la plaza de Santa Fe, “se pregonan ordenanzas y prohibiciones; se notifican tributos e impuestos, cabalgan las tropas; se inician procesiones y romerías arrodilladas; se castiga a malhechores y se exhiben las partes del cuerpo de los ajusticiados. De esta manera, la plaza va adquiriendo su significado simbólico de poder, soportando en la amenaza del castigo eterno o en el terror del castigo físico. Uno de los símbolos más visibles es, por supuesto, la cruz donde debe erigirse la iglesia y el Rollo Real que representa a la autoridad civil”. Páramo, Pablo y Cuervo Prados, Mónica. Historia social situada en el espacio público de Bogotá desde su fundación hasta el siglo XIX. 2006, p. 66.

mayor donde se dieron los desfiles de proclamación del rey Luis I en 1724 y Fernando VII en 1809, siendo ya gobernador el coronel de infantería don Víctor de Salcedo y Somodevilla. Ese papel de escenario para la fiesta lo seguirá cumpliendo durante la vida republicana, que se inició en 1819. Así lo testifica el viajero Hamilton J. Potter cuando afirma que en 1823:

El general Morillo, (posiblemente se refiere a Mariano Montilla) que vivía en el vecindario, dio una gran fiesta en la Plaza de Santa Marta a todas las tropas para celebrar la libertad del país del yugo español (se refiere al triunfo del almirante José Prudencio Padilla en el Lago de Maracaibo el 24 de julio de 1823). En esta ocasión los soldados estaban provistos en los cuarteles de una botella de clarete San Julián, una libra de carne de ternero, muchas legumbres y dulces a los cuales todas las clases sociales son muy aficionadas²⁷.

En ese lugar las samarias y samarios durante muchos años se concentraban para escuchar los discursos de los dirigentes locales y nacionales. Todas las ceremonias patrióticas del siglo XIX se desarrollaban en esa plaza.

En la ciudad se conoce como Parque de los Novios una hermosa plaza que según Bermúdez²⁸ ha tenido varios nombres como plaza de San Antonio, plaza de Bastidas, Placita Vieja y plaza de la Carnicería. A finales del siglo XVIII, cuando se abrió la carnicería, se convirtió en lugar de juegos, de conversaciones sobre temas diversos, lugar de encuentro de quienes se abastecían de carne y por horas intercambiaban ideas y opiniones con la vecindad. Por la fuerza de la costumbre y ocupación terminó convertida en una plaza más de la ciudad. Aunque se le llamó alguna vez Parque Santander, hoy es el Parque de los Novios, que con las reformas al Centro Histórico de Santa Marta se transformaron sus alrededores en el mejor lugar de la oferta de comidas internacionales en la ciudad.

²⁷ Hamilton, John Potter. Viajes por el interior de las provincias de Colombia. Bogotá: Biblioteca V Centenario-Colcultura, 1993, p. 24.

²⁸ Bermúdez, Op. Cit. 1981, p. 21.

En Santa Marta se fueron organizando otros escenarios que combinaban actividades lúdicas, religiosas y comerciales. La ciudad contó con una pequeña plaza o plazoleta, aún hoy existe, con el mismo nombre de San Francisco, localizada al frente, donde en el siglo XVI se construyó el templo y el convento de la comunidad de los franciscanos. Aunque jugó un papel importante en los actos religiosos y ceremonias reales, durante el largo periodo en que dicha iglesia cumplía las funciones de catedral, por el estado de pobreza y derrumbe de la de Ocando y luego durante la construcción de la catedral actual, la plaza no tenía una conformación acorde con el papel que protagonizaba la iglesia y sus frailes. Sin embargo, las ceremonias festivas en homenaje a la Inmaculada Concepción, Corpus Christi y otras fiestas católicas se celebraban hasta altas horas de la noche. Su máxima expresión de concurrencia era en tiempos de la fiesta del patrono san Francisco de Asís, el 4 de octubre y los días previos, cuando se celebraban las novenas y la víspera. Así mismo sucedió desde 1786 cuando el gobernador vasco José de Astigárraga plantó una alameda cerca del hospital San Juan de Dios, frente a la iglesia. En esa plaza se celebraba grandes festejos religiosos a santa Rita, por eso la actual calle 22 se conoce con el nombre de la santa.

Sin duda que la plaza de la catedral, concluida en 1795, se convirtió en el epicentro de las fiestas religiosas por excelencia. Los oficios religiosos eran muy concurridos, la feligresía samaria abandonó su asistencia habitual a San Francisco, Santo Domingo, que terminó extinguiéndose, y San Juan de Dios, que aún está en pie, y se trasladó masivamente a la catedral. Luego de finalizarse los oficios divinos, los samarios duraban un buen rato conversando. Fueron importantes las fiestas a la patrona santa Marta, con cantidad de juegos pirotécnicos, castillos, vacas locas y otras diversiones entre profanas y religiosas.

Si bien es cierto que en la conocida, a finales del siglo XVIII y fundamentalmente en el siglo XIX, como plaza de San Miguel se escenificaron grandes festejos a la Virgen del Carmen, cerca de ahí se afirma que existió una pequeña plaza donde se celebraban las novenas y demás oficios religiosos a la Virgen. Pero San Miguel se consolidó como escenario festivo religioso y profano después de 1808, cuando el obispo Miguel Sánchez Cerrudo construyó una capilla a la que asignó como patrono al arcángel san Miguel.

Además de las fiestas a la Virgen del Carmen, fue tradicional realizar grandes festejos profanos y religiosos durante la celebración del Corpus Christi, cuyos festejos eran después de los de la Virgen del Carmen. Hacían su aparición las danzas de diablos y cucambas, que después de mucha lucha por parte de los jerarcas de la iglesia fueron acabadas en 1873 por el obispo José Romero.

En esos espacios abiertos era donde los samarios concurrían a celebrar sus fiestas populares. Las noches samarias se iluminaban en tiempos de las ceremonias reales, patronales, días de guardar, las procesiones de los santos y vírgenes, como también los eternos pasos de la Semana Santa, que salía de la catedral haciendo un largo recorrido por las principales calles de la ciudad y casi a media noche se recogían, nunca antes de diez de la noche.

1.3. Las casas de Dios

Los lugares apropiados para adorar a Dios, el Todopoderoso, son las iglesias. De hecho, la Corona española, en cabeza de los Reyes Católicos, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, al recibir las bulas papales en 1493 se comprometieron conquistar las tierras para el Imperio español y las almas para la Iglesia católica. Por ello, la aliada más importante en el proceso de la Conquista y el establecimiento de la Colonia fue la Iglesia. El gobierno eclesiástico tuvo tanta importancia como el gobierno civil, lo que generó muchas controversias entre el interés de obispos, el cabildo eclesiástico y los frailes en defender su institución, y el interés del gobernador y el cabildo de la ciudad en preservar su parcela institucional.

Los compromisos de los reyes españoles se hicieron efectivos, y al lado de las construcciones públicas, para atender los negocios de Su Majestad, debieron fabricarse iglesias y catedrales, como sede de la silla obispal. Santa Marta no fue la excepción, así se aprecia en el primer plano de la ciudad que se ubica entre 1529 y 1534, en él se localiza la

primera iglesia. Luego fue trasladada a otro sector más apropiado. Después hubo necesidad de volverla a cambiar de lugar por los ataques permanentes de los corsarios y otras situaciones adversas. Hasta que por orden de Fernando VI se escogió un lugar para construir la actual catedral. Paralelo a los acontecimientos que rodearon la construcción del templo, las órdenes religiosas de San Francisco de Asís, Santo Domingo de Guzmán y San Juan de Dios construyeron las iglesias y conventos con el apoyo de la Corona, de las autoridades civiles y eclesiásticas.

A esos lugares son los que definimos como casas de Dios, pensadas, diseñadas, construidas y organizadas para adorar a Dios, venerarlo. La asistencia de la feligresía estaba controlada, era de carácter obligatorio, quien no participaba de los ritos católicos estaban desobedeciendo, eran sospechosos de herejía y de participar en otro tipo de prácticas religiosas diferentes a la oficial. Por la función que cumplieron en la vida social y religiosa de los samarios, es significativo revisar su valor. Igualmente, en esos escenarios abiertos al público, se celebraron las ceremonias regias en homenaje a la monarquía española. Primero los actos religiosos, luego los profanos, así sucedió en las proclamaciones y exclamaciones de los reyes, pero también cuando se celebraban otros acontecimientos de la familia real que el monarca exigía se realizaran. En esos escenarios se expresaba todo el sentimiento religioso y de dolor en las exequias reales, los túmulos que se construían, la ceremonia imponente, de recogimiento y el canto del *Te Deum*, todo como lo estableció el protocolo y la etiqueta del momento. La vida giraba alrededor de los templos y sus plazas, llamados atrios.

1.3.1. La catedral

El 25 de noviembre de 1795 el gobernador de la provincia, don Antonio de Samper, escribió al rey Carlos IV informándole que había concluido la obra material de la catedral de la ciudad. Lo hace con alborozo, con la satisfacción del deber cumplido, por lo que le comenta que puso todo su empeño en la culminación de una obra decidida desde los

tiempos de Fernando VI, en 1753. No era para menos el regocijo del gobernador, que llevaba en el cargo un poco más de dos años (se había posesionado el 5 de septiembre de 1793). Los tres últimos reyes estaban cansados de ordenar a los virreyes del Nuevo Reino de Granada, a la misma Real Audiencia y a los gobernadores nombrados para Santa Marta, la necesidad de terminar la catedral y darla al servicio de Dios. Era un sueño de los samarios esperado durante tantos años.

Por eso la alegría del gobernador Samper, él conocía la situación porque se lo había informado y solicitado el rey y las cortes. Era normal, una ciudad capital de la provincia más antigua de Tierra Firme no podía permanecer sin un templo digno de su condición, por eso la construcción de la catedral de Santa Marta se había convertido en una obsesión para los reyes borbónicos. Es que la construcción de la obra fue toda una tragedia o una novela moderna, en la cual, por una parte, desde España, se daban unas órdenes, pero desde la otra, en el Nuevo Reino de Granada, se discutían, se argumentaban situaciones en contra de la construcción. Por eso durante años se retuvieron en Santa Fe los dineros destinados por el rey para su construcción.

Los samarios ya podían asistir a las ceremonias reales, fiestas religiosas y patronales en una iglesia grande, espaciosa y cómoda, donde todos lograban concurrir a las funciones religiosas, los días de guardar y fiestas patronales. Y por fin abandonaban la iglesia de San Francisco, que por muchos años cumplió las veces de catedral en medio de unas condiciones muy precarias, sobre todo porque era un templo muy pequeño para la feligresía que acudía masivamente a las ceremonias religiosas. Entonces, fue un acontecimiento nada despreciable para no darlo a conocer, pero todavía faltaba la última etapa de la construcción: coger los detalles, ajustar puertas, colocar cada cosa en su lugar, por lo que solo hasta el 13 de julio de 1796, el gobernador entregó las 22 llaves de la catedral al deán*

* Deán: (En latín, *decanus*, el que preside a diez). Primera silla del coro y presidente del cabildo catedralicio. María Luisa Candau Chacón. *La Carrera eclesiástica en el siglo XVIII*, por otra parte en el *Diccionario de la Lengua Española*. El que hace de cabeza del cabildo después del prelado, y lo preside en las iglesias catedrales. Real Academia Española, Vigésima Primera Edición, Madrid, 1992, Tomo I.

don Domingo José Díaz Granados, gobernador del obispado. Al final, la construcción costó unos 77 665 pesos, fuera de donativos de personas naturales, que no se incluyeron en el total.

Para lograr la terminación de catedral moderna, los samarios tuvieron que padecer muchos inconvenientes, a los que se hará referencia más adelante. Antes de esa construcción, la ciudad contó con otras catedrales que al revisar su papel se encontró una serie de circunstancias necesarias de comentar. Desde sus inicios, la diócesis no solo tenía la amenaza material originada por la naturaleza y los piratas, sino que adicionalmente tenía la amenaza espiritual. Durante largos periodos, quedaba la silla del obispo vacía o en “vaca” por muerte del titular o porque este fuera trasladado o ascendido a otra diócesis, lo que causaba dejadez y apatía entre la feligresía. Sus reemplazos fueron deanes, arcedianos*, chantres* y hasta tesoreros, lo que daba la impresión de abandono y desidia. Las obras de recuperación del templo siempre necesitaron del liderazgo del obispo. Durante esos largos años sin él, se afectaba el buen desarrollo de la obra evangelizadora en la ciudad y en el área rural habitada por los nativos americanos.

En esa situación estaba la diócesis cuando el fray Luis Bernardo Martínez de Gayoso, de la Orden de San Bernardo, llegó a la ciudad en junio de 1706, en calidad de obispo, nombrado por la Real Cédula de diciembre de 1703. La diócesis estaba vacante y al frente del gobierno eclesiástico se encontraba el deán Antonio Barranco. Al final, tanto las

* Arcediano: (En latín, *archidiaconus*, el superior de los diáconos o ministros de la Iglesia). Dignidad en las iglesias catedrales y colegiales. Recuerdo honorífico en su autoridad antigua, al mando de cada uno de los arcedianatos en los que la archidiócesis había estado dividida. De autoridad limitada a raíz del Concilio de Trento, siendo parte de sus funciones asumida por los vicarios generales. María Luisa Candau Chacón. *La Carrera eclesiástica en el siglo XVIII* y En lo antiguo, el primero o principal de los diáconos. Hoy es dignidad en las iglesias catedrales, según el *Diccionario de la Lengua Española*. Real Academia Española, Vigésima Primera Edición, Madrid, 1992, Tomo I.

* Chantre: (En latín, *cantor*). Primitivamente director del canto en el coro. En el siglo XVIII, dignidad en las iglesias catedrales y colegiales, a cuyo cargo estaba antiguamente el gobierno del canto en el coro. En su origen, maestro o encargado de ceremonias. María Luisa Candau Chacón. *La Carrera eclesiástica en el siglo XVIII* y *Diccionario de la Lengua Española*. Real Academia Española, Vigésima Primera Edición, Madrid, 1992, Tomo I.

autoridades civiles y eclesiásticas como la vecindad quedaron felices y encantadas de que el señor obispo y sus compañeros, por fin, hubiesen logrado cumplir el sueño de tener una iglesia digna de la ciudad, que como tal pudiera ser la catedral de la provincia.

Al quedar terminada la catedral, además del regocijo de los samarios, el rey Felipe V de Borbón, quien conoció las dificultades que habían atravesado ellos para poder mantener en pie la iglesia catedral, a través de la Real Cédula del 23 de diciembre de 1714 dio a conocer que con el nuevo prelado fray Antonio de Monroy y Meneses “religioso de la Orden Real y Militar de la Merced”, enviaba una limosna de mil quinientos pesos, además le entregó “cuatro ricos ornamentos enteros, blanco, encarnado, morado y negro, guarnecidos de oro y plata con algunas piezas de ropa blanca fina y encajes, para la provisión de albas, amitos, manteles”²⁹. La iglesia material definitivamente se consolidaba a la par con la vida espiritual de los samarios, los piratas habían mermado los hostigamientos y algunos intentos de invadir la ciudad fueron rechazados.

Dos hechos históricos y religiosos vale la pena señalar, se dieron en ese templo apenas unos años de inaugurado. En lo religioso tiene que ver con el hecho que en 1716 fue traída desde Quito la virgen santa Ana, encargada por el deán Barranco y dos años más tarde, en 1718, llegó desde esa misma ciudad la imagen de la virgen santa Marta, encargada por el gobernador, el maestre de campo don José Mozo de la Torre. Respecto a lo histórico, en el templo se realizaron las ceremonias reales por la proclamación de Luis I de Borbón con la presencia del Señor Sacramentado y al final de la ceremonia se cantó el himno *Te Deum Laudamus*. Transcurría el mes de agosto de 1724, los samarios aún festejaban cuando llegó la infausta noticia de que el rey había muerto. De nuevo el templo albergó a la feligresía y vasallos del rey, quienes llenos de tristeza asistieron a las funciones de la iglesia, que fue adornada especialmente para las exequias reales con la construcción de un túmulo.

²⁹ De Rosa, José Nicolás. Op. Cit. p. 153.

Cuando termina la descripción de la vida religiosa, que incluyó la revisión de las actividades de los obispos y de otros miembros del gobierno eclesiástico de la Diócesis de Santa Marta, el alférez real don José Nicolás de la Rosa señala que la catedral, en 1725, estaba localizada donde la fabricó el obispo De Ocando. Es decir, daba la espalda al oriente, el frente y la puerta principal al ocaso (puesta del sol u occidente), “donde antiguamente estaba la plaza mayor”. Su cuerpo principal se soportaba sobre doce columnas cuadradas construidas en mampostería, rematada con una vara castellana de grueso cada cuadro. Las columnas estaban repartidas de seis de cada lado, formándose en el centro la nave mayor; adicionalmente ocho “solidas, dos embebidas en la testera del frente, y dos en los pilastrones del arco total”³⁰.

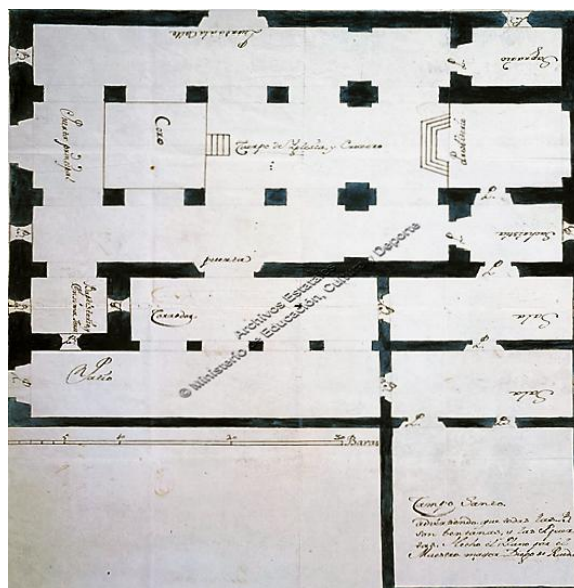


Figura 3. Plano de la catedral vieja de Santa Marta, 1647.

Fuente: AGI. Mapa Panamá. El maestro mayor Diego de Rueda.

³⁰ De la Rosa, José Nicolás. Op. Cit., p. 189.

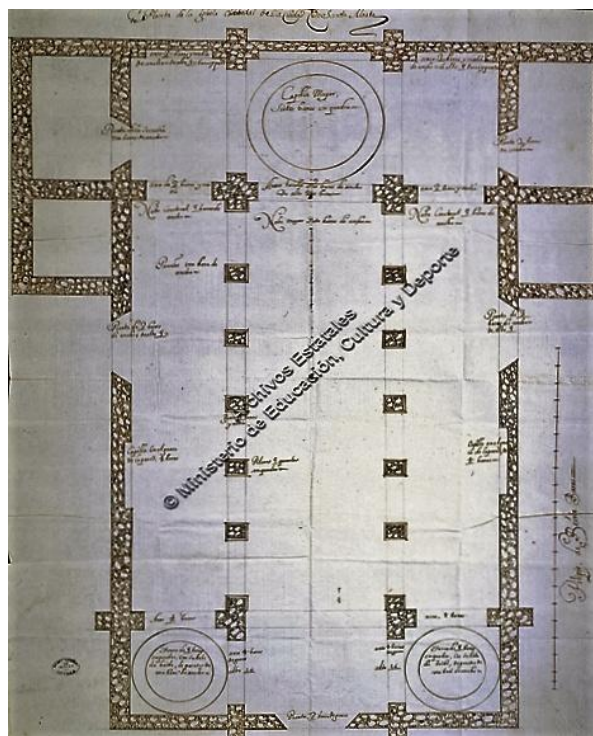


Figura 4. Planta de la iglesia catedral vieja de Santa Marta, 1679.

Fuente: AGI. Mapas Panamá.

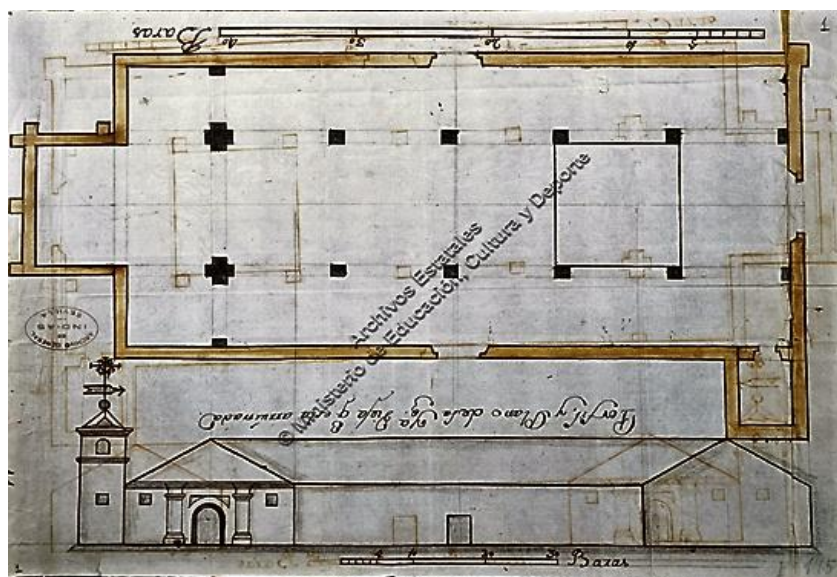


Figura 5. Perfil y plano de la iglesia vieja de Santa Marta arruinada, 1767.

Fuente: AGI. Mapas Panamá.

Ahora bien, el crucero que apreciaron los samarios ese lejano enero de 1712, se formaba sobre cuatro arcos principales, que sostenían igual número de pilares de mampostería cuádruples; al frente el arco era principal que se constituía en el cuerpo de la iglesia, en la parte interior estaba la capilla mayor.

En el altar estaba colocado el sagrario; más abajo, la patrona y titular, santa Ana; a la diestra, la imagen de Nuestra Señora de las Mercedes; en la siniestra, la titular de santa Marta, la efigie con el mismo nombre; en la parte alta del altar mayor pendía de un dosel de damasco carmesí revestido de plata la imagen de Cristo Crucificado. Este reparto de la iglesia mostraba que en los cruceros contiguos, en la parte derecha, se veneraba al Señor Crucificado y en el lado izquierdo, la Inmaculada Concepción. La iglesia tiene tres ventanas de este lado izquierdo que permitían que la luz penetrara iluminando la capilla mayor, cuyo presbiterio remataba con dos ambones de elegante escultura, ahí se cantaban tanto los evangelios como las epístolas. En la diestra de la puerta mayor quedaba la torre y el campanario en el tercer piso. El cuerpo principal de la catedral poseía 20 tramos, en los que se ubicaban los asientos y las sepulturas, su valor se verá en la página siguiente:

Tabla 1. Valores de asientos y las sepulturas para el año 1710 en la catedral vieja

NAVE MAYOR			NAVE COLATERAL		
Tramos	Valor Sepultura	Valor propiedad	Tramos	Valor Sepultura	Valor propiedad
1	70 pesos	280 pesos	1	52 pesos	216 pesos
2	65 pesos	260 pesos	2	49 ps. y 4 rs.	196 pesos
3	60 pesos	240 pesos	3	45 pesos	180 pesos
4	55 pesos	220 pesos	4	41 ps. y 2 rs.	165 pesos
5	50 pesos	200 pesos	5	37 ps. y 4 rs.	150 pesos
6	45 pesos	180 pesos	6	33 ps. y 6 rs.	135 pesos
7	40 pesos	160 pesos	7	30 pesos.	120 pesos
8	35 pesos	140 pesos	8	26 ps. y 2 rs.	105 pesos
9	30 pesos	120 pesos	9	22 ps. y 4 rs.	90 pesos
10	25 pesos	100 pesos	10	18 ps. y 6 rs.	75 pesos
11	20 pesos	80 pesos	11	15 pesos	60 pesos
12	15 pesos	60 pesos	12	11 pesos	44 pesos
13	10 pesos	40 pesos	13	7 ps. y 4 rs.	30 pesos
14	7 pesos	28 pesos	14	5 ps. y 4 rs.	22 pesos
15	5 pesos	20 pesos	15	3 ps. y 6 rs.	15 pesos
16	3 pesos	12 pesos	16	2 ps. y 2 rs.	10 pesos
17	2 ps. y 4 rs.	10 pesos	17	1 ps. y 8 rs.	7 pesos
18	2 pesos	8 pesos	18	1 ps. y 1 rl.	5 pesos
19	1 ps. y 4 rs.	6 pesos	19	1 peso	4 pesos
20	1 peso	4 pesos	20	0.....8 rs.	3 pesos

Fuente: De la Rosa, José Nicolás. *Floresta de la santa iglesia catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta*. p. 191.

La nave colateral izquierda se destinó para sepultar a los cofrades del presidio o sus descendientes. Esta catedral se constituyó en el nuevo emblema de los samarios, quienes gozaban de las buenas condiciones de la reedificación del templo, que se constituyó en la

única iglesia en la ciudad considerada como parroquia, dado el poco número de vecinos que tenía Santa Marta.

Fue por estos tiempos que el obispo don Antonio de Monroy, a pesar de su comportamiento permanentemente cuestionado, “organizó el culto divino en la Catedral, dotándolas de ornamentos y otros objetos que faltaban. Le dio órgano e hizo construir coro y silletería de cedro, escaños, confesionarios, bautisterio, atriles, campanillas, candeleros, sitiales de plata y vasos sagrados y mandó fundir dos campanas grandes que estaban quebradas”³¹. Los esfuerzos del obispo De Monroy por mantener en aceptable estado la catedral fueron muchos. Invirtió los recaudos de sus cuatro visitas que hizo a los pueblos de la provincia, igualmente destinaba parte de su salario para atender los asuntos de la iglesia catedral.

La catedral siguió durante casi veinte años en estado aceptable, pero el abandono se comenzó a sentir. En la década de los cuarenta, poco hizo el obispo don José Ignacio Mijares y Solórzano por mantener en buen estado la edificación. Sin embargo, en su reemplazo llegó el samario y chantre de la catedral de Popayán don Juan Nieto Polo de Ávila, quien fue consagrado obispo el 22 de octubre de 1744. Al año siguiente tomó posesión de su cargo y regaló a la iglesia dos imágenes fabricadas en Quito: san Pedro y san Felipe de Neri. El obispo era un hombre con recursos económicos, poseía haciendas, esclavos y otros bienes, por lo que el obsequio no fue sino una muestra de su poder económico. Con el entusiasmo de venir a servir a su tierra de Santa Marta, de atender del pasto espiritual que tanto necesitaban sus paisanos. Sintió cierta decepción cuando contempló atónito el estado lamentable y de ruina que presentaba la iglesia catedral, el colegio que cumplía la función de casa episcopal estaba destruido por culpa de la poca atención que prestaba a sus funciones el señor deán, al decir del mismo obispo Polo de Ávila. El Consejo aprobó y envió una ayuda de seis mil pesos para iniciar los trabajos de refacción de la catedral, el obispo con los fondos que produjo dos capellanías fundadas por

³¹ Restrepo Tirado. Historia... Tomo II. Op. Cit., p. 131.

Mijares y Solórzano. Adicionalmente, con otras ayudas de vecinos y congregaciones fabricó el palacio del episcopado.

Los ataques de los piratas habían mermado lo suficiente como para que la ciudad tomara un rumbo diferente al del siglo anterior y los primeros 50 años del siglo XVIII, pero la naturaleza persistiría en ensañarse contra la ciudad y sus habitantes. Fue así como en los años de 1749, 1750, 1751 y 1752 se dieron temblores que sembraron la zozobra en la ciudad; pero fue el temblor del primero de enero de 1752 el más fuerte, que afectó casas de viviendas, edificios públicos y la catedral. Ésta quedó totalmente “incapaz” de repararse, en ruina. Se constituyó en una amenaza para la feligresía que asistía a las funciones de iglesia. Por esa razón fue necesario informar a las autoridades reales en Madrid del estado en que quedó el templo. Se determinó que la iglesia debía construirse nuevamente.

El informe lo presentó el gobernador don Antonio Alcalá Galiano el 14 de octubre de 1752, en él cuenta del estado deplorable de la catedral, por lo que comunica que tomó la decisión, en común acuerdo con el señor obispo don Joseph Javier de Arauz, de suspender la reparación que se había autorizado por Real Cédula del 12 de mayo de 1751 con la destinación de 6000 pesos “para el reparo y ornato de esta iglesia Catedral, y el producto que en diez años sucesivos renten los dos novenos pertenecientes a Vuestra Majestad de los diezmos”³². La decisión obedeció al estado en que quedó el templo después del temblor de enero de 1752, por lo que el gobernador consideró que el estado del edificio era lamentable y no ameritaba seguir invirtiendo dinero en una infraestructura nada confiable, por lo que juzgó que la ciudad necesitaba una construcción, es decir, una nueva catedral. El gobernador Alcalá tenía el encargo de vigilar como vice patrono de la inversión que se estaba realizando en la reconstrucción de la catedral.

Cuando se suspende la reconstrucción de la anterior catedral, se habían invertido algunos de los recursos destinados para tal fin, por lo que el gobernador Alcalá y el obispo

³² AGI: (Sevilla). Legajo: Santa Fe 1188; Documento: Antonio Alcalá Galiano, Fecha: 15, 10, 1752, f. 2

consideraron oportuno detener la obra. Para ello se le solicitó al señor virrey que enviara a una persona con conocimientos suficientes en construcciones, porque en Santa Marta no existía una persona capacitada para conceptuar sobre la situación en que quedó la catedral, por lo que se tuvo que “esperar que llegase un ingeniero de la Plaza de Cartagena por orden del Virrey a reconocer el estado de las fortificaciones de esta plaza y reparos que necesitaban”³³. El ingeniero que le correspondió visitar la ciudad fue don Manuel Hernández, quien reconoció que definitivamente sería “ocioso cualquier reparo que se le hiciese” a la edificación, por lo tanto expidió un certificado que fue remitido a España para que se tomara una decisión definitiva sobre la catedral: reconstruir la destruida por los temblores o construir una nueva. A partir de ahí se dará una verdadera batalla entre los partidarios de la construcción y los que no lo son. De algunos detalles y enfrentamientos se dará cuenta en las siguientes líneas.

El gobernador Alcalá Galiano en su misiva al rey de octubre de 1752, le expone las razones para la construcción nueva. Señala el celo y preocupación del señor obispo por tener bien dotadas las iglesias de la provincia. Indica que el sitio para la nueva catedral debe ser más extenso y cómodo del vecindario “porque donde hoy esta da la espalda a la ciudad, y el frente a la Marina”, sector de la ciudad despoblada. Comunica igualmente que se puede utilizar la misma limosna y parte del material de la anterior iglesia para la nueva, porque la ciudad debe tener una catedral “más capaz y decente, en proporcionado sitio; y siendo la expresada asignación no solo para la reedificación de la catedral, sino también para ornatos”³⁴, puesto que se carecen de ellos y con las pocas rentas que recibe el gobierno eclesiástico no alcanza para mucho, mas el obispo Arauz dotó de dos ornamentos de Damasco guarnecidos de oro y plata, con sus correspondientes albas, otros accesorios necesarios para los días ordinarios “y otro de brocado para las funciones mayores”. El obispo además hizo traer desde Quito la imagen de santa Marta, porque después de tantos

³³ AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 1188, Documento: Obispo de Santa Marta, Fecha: 25.4. 1752, f. 4.

³⁴ AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 1188, Documento: Obispo de Santa Marta, Fecha: 25.4. 1752, f. 6.

asaltos, saqueos, destrucción y quemas de la ciudad, la efigie había desaparecido. La nueva imagen cuenta con marcos de plata con una cruz enjorada “de piedras amatista”.

Sin embargo, el sagrario no estaba a la altura de los accesorios. El obispo Arauz hizo construir uno mucho más majestuoso, acorde con la decoración de todo el conjunto del altar mayor de la catedral. El gobernador le informó a la Corona que el obispo había adelantado una actividad evangelizadora importante, tanto así que construyó parroquias en varios pueblos y en la importante ciudad de Ocaña hizo construir una nueva iglesia por el estado lamentable de la anterior. Comunicó el gobernador, en su informe justificatorio del obispo y su actividad pastoral, que era su obligación que el rey se encontrara informado del deseo y esmero que se tiene a bien en esta ciudad por parte de las instituciones eclesiásticas y civiles, así como de toda la población, en tanto estaban trabajando por establecer los gastos que se tienen a bien para la nueva construcción³⁵.

Con el informe, el gobernador justificó la validez de la solicitud que tanto él como el obispo Arauz hicieron a Su Majestad para desistir de reconstruir la vieja catedral e iniciar una nueva en otro lugar más pertinente para la ciudad y cerca de la vecindad. Aunque se toma la decisión de la nueva construcción, se advierte que es necesario enviar al Consejo de Indias un informe que señale los costos de la obra lo más rápido posible, para que se pueda tener una idea de cuál puede ser el valor de la inversión y que tanto el obispo como el gobernador elaboren un plan de trabajo, que definan los gastos y las obras que se requerirían para la construcción de la nueva catedral, el cual debe ser equilibrado y acorde como lo demanda una obra de esta naturaleza. Así mismo, notificar al Consejo acerca de estas informaciones e incluir en el informe los materiales que no se hallen en la provincia, así como los salarios de los obreros³⁶. De tal manera que el gobierno monárquico está de acuerdo en la construcción del nuevo templo, pero para poder tomar una decisión definitiva se deben cumplir ciertos requisitos.

³⁵ AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 1188, Documento: Obispo de Santa Marta, Fecha: 25.4. 1752, ff. 5-6-7-8.

³⁶ AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 1188, Documento: Obispo de Santa Marta, Fecha: 25.4. 1752, f. 4.

Mientras van y vienen oficios, cartas y reales cédulas, pasó el tiempo. Fue nombrado nuevo gobernador y nuevo obispo. Es evidente que esta situación era normal, puesto que los gobernadores eran nombrados para un periodo de cinco años, cuando se les nombraba reemplazo. Así sucedió en 1753 cuando el 8 de mayo de ese año se posesionó don Juan Toribio de Herrera Leyva, capitán de la compañía de Cartagena. Por su parte, en el gobierno eclesiástico fue nombrado don Fernando Camacho y Rojas, chantre de la catedral de Santa Fe, ya que el obispo Arauz fue ascendido a la categoría de arzobispo de Santa Fe. El nuevo obispo nunca llegó; murió el 18 de agosto de ese año en Tunja, su ciudad natal. Antes de su muerte se posesionó del gobierno eclesiástico don Francisco Muñoz, quien fungía como deán de la catedral.

Para el año de 1754 aún no llegaban los planos ni los costos de la construcción de la nueva catedral, por lo que el rey insistía con urgencia a los gobiernos civil y eclesiástico enviar lo solicitado. La ausencia de un obispo en propiedad no dejó de ser un inconveniente para tal fin, así que, para suplir tal necesidad, el Consejo de Indias presentó una lista de candidatos y de ella se nombró al licenciado Nicolás Gil Martínez Malo, que se desempeñaba como capellán de la iglesia de los Santos Reyes en Toledo. Se le permitió consagrarse en Madrid, por la ausencia de obispo en Cartagena de Indias. A finales del mes de abril (26) de 1756 llegó a la ciudad, fue recibido con mucha alegría y regocijo por parte de la feligresía que ansiaban tener su pastor en propiedad y que se hiciera cargo de los pormenores para la construcción de la nueva catedral. En el momento el estado del templo no garantizaba que se desarrollaran los oficios religiosos con tranquilidad, sino todo lo contrario, con zozobra, por lo que el señor obispo tomó la decisión de trasladar el culto a la iglesia de San Francisco.

De todas maneras, la armonía entre las autoridades civiles y eclesiásticas se mantenía, gobernador y obispo autorizaron el levantamiento de los planos del templo y el presupuesto aproximado que se debía invertir para garantizar una catedral digna de la ciudad. Obtenido el informe, fue enviado al rey Fernando VI por medio de carta firmada por ambas autoridades, fechada en Santa Marta el 13 de mayo de 1757. En la misiva se señalaba que el

valor total para construir una nueva edificación estaba por el orden aproximadamente de 54 mil pesos y que la reconstrucción de la vieja iglesia costaría aproximadamente 24 mil pesos.

Adicionalmente se solicitó construir un nuevo templo, porque durante algunos oficios religiosos las brisas y lluvias hacían a los prebendados abandonar el templo. Fue tanto el estropicio que los ornamentos, las imágenes, los vasos de consagrar y otros accesorios fueron llevados a la iglesia de San Francisco. Acto seguido el techo fue demolido, quedando el templo desguarnecido totalmente, a la intemperie. Definitivamente, la iglesia debía construirse nueva, no existía otra opción diferente.

Los planos fueron elaborados por la persona más calificada que residía en el Nuevo Reino de Granada, don Diego de Rueda, maestro mayor de las obras y fortificaciones que se adelantaban en Cartagena de Indias. Rueda era de entera confianza del virrey don José de Solís Folch de Cardona, quien lo comisionó para levantar los planos de la construcción que por exigencia del monarca Fernando VI se urgía en Madrid. Así se hizo, conocido el plano y el presupuesto, se autorizó la construcción de la iglesia el 23 de diciembre de 1757, Cuando llegó el nuevo gobernador, el capitán de dragones don Gregorio Rosales Troncoso y Osores, caballero de Santiago y capitán de los Reales Ejércitos, la catedral vieja estaba abandonada, el techo se había quitado para refaccionar una capilla.

Adicionalmente, el obispo Martínez Malo, con carta fechada en Santa Marta el 7 de enero de 1757, enviada al rey Fernando VI, informó que la catedral no tiene bula de su erección ni reglas ni constituciones para el gobierno de su cabildo en el coro y de las respectivas funciones del culto divino. La solicitud fue aprobada, igualmente la impresión, “a fin de que pudiese quedar un ejemplar en el Archivo de aquella Iglesia Cathedral”³⁷. Se ha tenido acceso al ejemplar que reposa, incompleto, en el Archivo de la Diócesis de la ciudad. Sin

³⁷ AHDSM: (Santa Marta): Número 1A, Administración del Ilustrísimo. Real Cédula de la catedral de Santa Marta, 1757. p. 1.

duda que resulta bien interesante su lectura, porque además de señalar algunos aspectos reguladores de la vida socio-religiosa de los samarios (se comenta en el capítulo tercero), se establecen normas que tienen que ver con las rentas producidas por la catedral.

Mientras eso sucedía, en el gobierno civil en Madrid se conoció una lista de seis candidatos para ser electos como obispo de la ciudad. Fue seleccionado el padre fray Agustín Manuel Camacho y Rojas el 26 de septiembre de 1764. Pero el obispo encargó al cabildo eclesiástico de Santa Marta para que gobernara, mientras llegaba a la ciudad. Por fin arribó en 1765 sin haberse podido consagrar, ya que tanto el obispo de Cartagena de Indias como el arzobispo de Santa Fe habían fallecido. Terminó posesionándose en Santo Domingo. Por estos días recibieron en Santa Fe la real cédula en la que se le exigía al virrey De la Cerda verificar la entrega de los recursos destinados y aprobados por el rey a la construcción de la catedral de la ciudad de Santa Marta.

Hacia siete años (10 de agosto de 1759) que había muerto el rey Fernando VI, quien tomó la decisión de la construcción del templo. Su sucesor, su medio hermano Carlos III, siguió con la misma entereza que su antecesor, por ello exige al virrey el envío inmediato de los recursos retenidos en Santa Fe cuya destinación había hecho Fernando VI. A pesar de estar encargado el gobernador Pérez Ruiz y posesionado en propiedad el señor obispo Camacho, trabajaron mancomunadamente para sacar adelante la edificación de la catedral que tanto necesitaba la feligresía de la vecindad. Fue tan fructífero el trabajo de las autoridades de la ciudad que el 8 de diciembre de 1766, día de la Inmaculada Concepción, se colocó la primera piedra de la edificación, que hoy luce imponente en el Centro Histórico de Santa Marta.

El gobernador murió repentinamente. Los vecinos pensaron que la obra se detendría, pero no fue así, el sucesor interino don Manuel de Herrera Leyva, hermano del fallecido don Juan Toribio de Herrera Leyva, siguió la obra de la mano del señor obispo. Empezó la recuperación de los fondos que estaban destinados por voluntad suprema de Su Majestad para la construcción de la iglesia. En conjunto con el obispo autorizaron la elaboración de

un plano de la futura catedral, que enviaron al monarca Carlos III. El costo se incrementó a 59 759 pesos.

A raíz de la situación de iliquidez para construir la obra sin contratiempo y que los recursos estuvieran a la mano en Santa Marta, el gobernador interino De Herrera y el obispo Camacho presentan un documento al rey el 1 de septiembre de 1768, en que se hace un detallado informe de la situación de la construcción, los problemas, los retrasos, las necesidades y demás datos que le permitieron al monarca tener claridad sobre el estado en que se encontraba la obra de la catedral.

Las autoridades civil y eclesiástica inician diciendo que el 31 de octubre de 1753 se libró una real cédula en la que se señaló la necesidad de la construcción de la catedral de la ciudad, por lo que era necesario elaborar mapas, establecer costos, progresos y el estado en que se encontraba, y que se autorizaron trece mil ciento ochenta pesos, lo que no se consideraba suficiente para la conclusión de la fábrica³⁸, por lo que le recuerda al monarca Carlos III que el secretario del Real y Supremo Consejo de Indias escribió al virrey del Nuevo Reino de Granada, De la Cerda, el 16 de octubre de 1766, para que “facilite la entrega, que se libró en el año de 1752 como también, para que informe, la que se considere necesaria, para la conclusión de dicha fabrica”³⁹. Señalan que están movidos por el interés de ver concluida la obra definida por la Corona y que en consecuencia les parece oportuno presentar al Consejo Real el informe donde se da cuenta que se han consumido los trece mil ciento ochenta pesos de la primera asignación, es decir, seis mil librados por las Reales Cajas del rey, y los restantes siete mil, de los Reales Novenos de los diezmos de la provincia de Santa Marta, “los mismos que ha facilitado vuestro virrey, y con ellos, ha

³⁸ El concepto de fábrica parroquial se define como: “Referente al edificio que alberga a la iglesia parroquial. Expresión utilizada para distinguir los aspectos materiales de los jurisdiccionales o espirituales que comportaba el término parroquia”. Candau Chacón María Luisa. La carrera eclesiástica en el siglo XVIII. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1993, p. 396.

³⁹ AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 1199, Documento: Gobernador y Obispo; Fecha: 1.9.1768, f. 7-8.

elaborado Vuestro ingeniero delineador don Juan Cayetano Chacón los principios de esta dicha Santa Obra”⁴⁰.

Como se anotó arriba, la primera piedra fue colocada en diciembre de 1766, sin embargo, en junio de 1767 se paralizó la obra y el obispo, el gobernador, funcionarios, los cabildos eclesiásticos y secular de los prelados, personas distinguidas y el vecindario asistieron a una reunión, dirigida por el ingeniero don Juan Cayetano Chacón. De tal manera que la reunión se celebró con la presencia del gobernador interino y el obispo. De los resultados de la misma se enviaron las evidencias al monarca para que tomara la decisión respectiva. En los documentos remitidos se incluyó un mapa y el costo aproximado de la obra, como también el informe del ingeniero. El escribano mayor del gobernador, don Joaquín Joseph de Robles, le pregunta al ingeniero “el estado en que se halla la consabida obra, por con él dar cuenta a Su Majestad, de lo ejecutado hasta el día de la fecha”⁴¹. De esta reunión y el informe resultado de ella, se da cuenta al rey que el gobernador ha jugado un papel importante en el seguimiento a la obra porque ha sido acucioso en visitar y vigilar de cerca la construcción, todo para que Su Majestad estuviera enterado de los avances y el estado en que se encontraba, señalando la necesidad de asignar los recursos para su feliz terminación.

Los vecinos se asomaban todos los días para apreciar los avances de la obra, igual que el gobernador. Al momento de redactar este informe se veían los cimientos, sobre los que se habían levantado los cuatro pilares florales a la altura de tres varas, a una y media vara el presbiterio, la sacristía, la sala capitular y demás partes de la “santa obra”. “Dejando fundados los pedestales de los pilares, de la Nave Mayor, según lo acredita, el dicho Vuestro Ingeniero, por el informe, que en testimonio, pasamos a vuestras Reales manos, quedando para proseguirla, solo el corto resto de doscientos pesos”⁴², los que se requerían en ese momento para continuar la construcción.

⁴⁰ AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 1199, Documento: Gobernador y Obispo; Fecha: 1.9.1768, f. 8.

⁴¹ *Ibíd.*, f. 22-23.

⁴² AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 1199, Documento: Gobernador y Obispo; Fecha: 1.9.1768, f. 8.

Después de mostrar el estado en que estaba la construcción, las autoridades le comentan al Consejo Real que por la falta de los recursos para terminar la “santa obra”, se verán precisados a suspender los trabajos. Efectivamente, los perjuicios que se presentaron por la suspensión de los trabajos fueron mayúsculos, así lo dice el ingeniero don Juan Cayetano Chacón en 1768: por ruina, daños por la inclemencia del tiempo y por vándalos de la ciudad, pronosticaron las autoridades que se podían perder “utensilios, que se prepararon para dicha fábrica, y ausencia de los oficiales que se entretenían en su elaboración”⁴³. Muchos de esos accesorios fueron elaborados en otras ciudades, por la no existencia en Santa Marta de personal calificado para construirlos. De igual forma, se señala que los albañiles⁴⁴ no viven en la vecindad y que al marcharse no deja de ser una dificultad, porque volverán a su lugar de residencia “causando doblado costo el hacerlos volver a este”. Sumando a esto, se pueden deteriorar los materiales que se consiguieron con gran esfuerzo (herramientas como cubos, bateas, andamios de madera, carros y bueyes), pues no es desconocida la difícil situación económica por la que atraviesa la ciudad y sus habitantes⁴⁵. Como se puede deducir, si la obra se detiene, no sólo aumentan algunos costos financieros, sino que el retraso de la misma sería considerable. Indiscutiblemente, los mayores costos serían los sociales y religiosos. Ya hubo un retraso considerable, si se tiene en cuenta que se aprobó su construcción en 1753 y solo se inició en diciembre de 1766.

En este mismo informe, el ingeniero Chacón considera que si llegan los recursos, el templo estaría construido en tres años y el monto de la inversión alcanzaría poco más o menos a unos cincuenta y nueve mil ochocientos cincuenta y nueve pesos. Este es el cuarto informe que realiza Chacón sobre la construcción del templo, está fechado en Santa Marta el 10 de agosto de 1768.

⁴³ AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 1199, Documento: Gobernador y Obispo; Fecha: 1.9.1768, f. 9.

⁴⁴ Al respecto afirma Zapatero que en 1770, “el ingeniero Arévalo, apremiado por la gigantesca empresa de Cartagena y por falta de personal recabó el regreso de los ingenieros destacados a Santa Marta. El virrey se lo pidió al ministro Arriaga, y aunque Narváez y Chacón estaban empeñados en los trabajos de la catedral hubieron de regresar a Cartagena”. Zapatero, Juan Manuel. Historia de las Fortalezas de Santa Marta y Estudio Asesor para su Restauración. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1980. p. 454.

⁴⁵ AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 1199, Documento: Gobernador y Obispo; Fecha: 1.9.1768, f. 32.

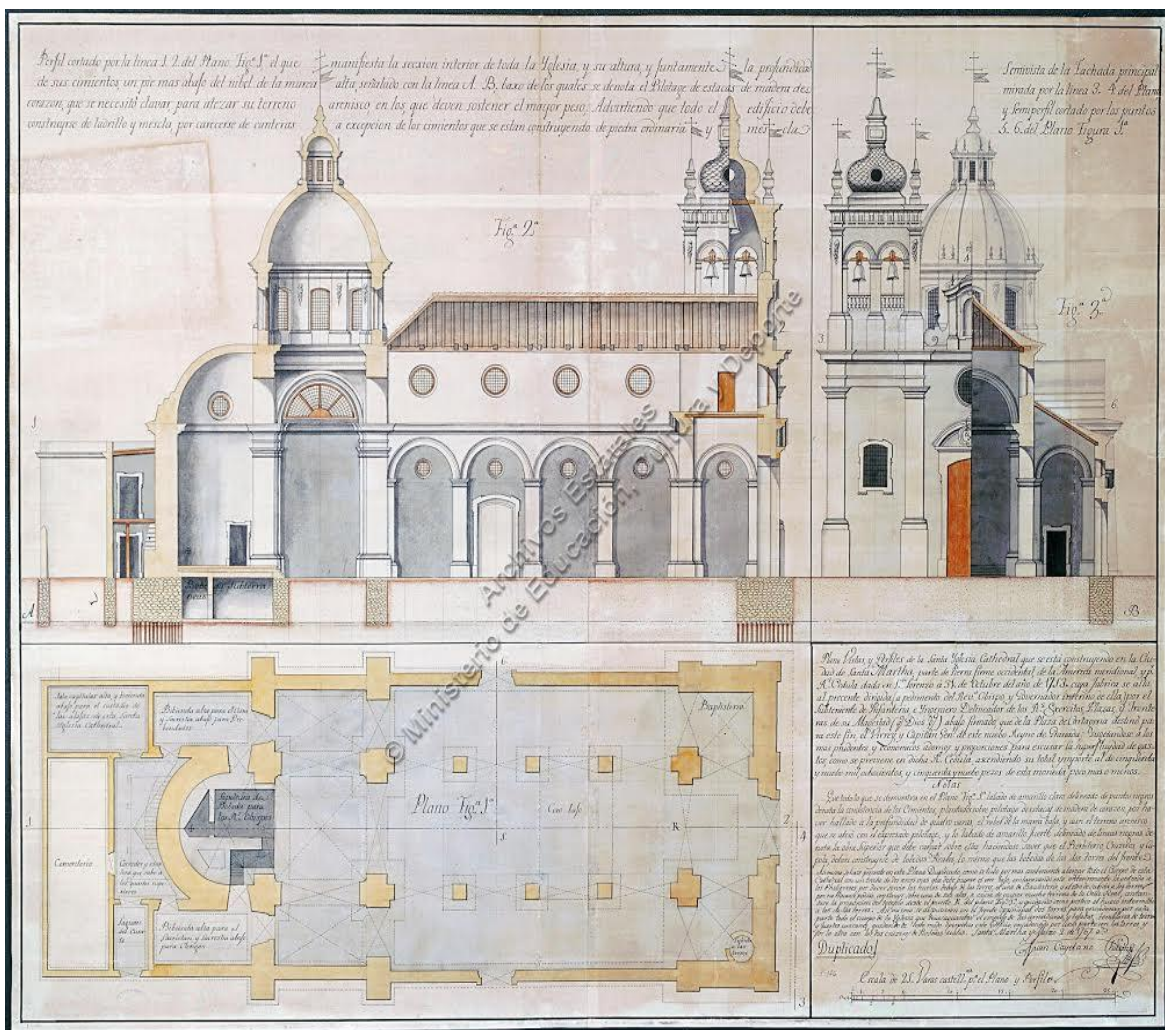


Figura 6. Plano y perfil de la nueva catedral, la actual, 1765

Fuente: AGI Mapas Panamá. Juan Cayetano Chacón, Santa Marta, marzo 2 de 1767

En síntesis, existen varias cartas fechadas en Santa Marta entre 1766 y 1769 enviando informes y solicitándole al rey la asignación de los recursos necesarios para no detener la obra que es tan necesaria para la feligresía. Un argumento permanentemente invocado es el de la vocación religiosa de la ciudad, la veneración a las patronas (santa Marta y santa Ana) y a la Inmaculada Concepción. Adicionalmente, se comenta de las incomodidades que

presenta el templo de San Francisco por ser pequeño, por lo que el señor obispo no puede atender, así como la vacante del deán y del cabildo, que no pueden realizar sus sagrados ministerios, como otros miembros del clero, que por lo reducido de los espacios se presentaba dificultad para desarrollar con normalidad las actividades propias de la iglesia, como la administración de santos y los oficios religiosos. Aún resultaba más difícil establecerse en ella al vacante cuerpo del clero, en tanto no contaba con distribuciones aptas para su establecimiento⁴⁶.

Así como era incómodo para el clero, más lo era para los feligreses. Por lo tanto, si la iglesia se concluía, matriz que era de todas las iglesias, el obispo podría “apacentar a sus ovejas, con el ejercicio de su sagrada mitra”, el vacante deán y cabildo podrían cumplir con sus funciones, siendo acompañados por los otros miembros del clero local, y los vasallos de Su Majestad podrían asistir cómodamente a los oficios religiosos en los días ordinarios, mayores y días de guardar.

Con estas cartas, informe, o solicitud de recursos para continuar la obra de la catedral, el gobernador y el obispo aspiraban a encontrar en las autoridades monárquicas una respuesta positiva. El procedimiento establecido en la Corte señalaba que el fiscal y la Contaduría de la Corona analizaran la situación y actuaran de conformidad. En todas las respuestas las autoridades en Madrid conceptuaban a favor. Para el rey Carlos III era claro que la catedral debía concluirse, mas otros pensaban en Cartagena de Indias, en Santa Fe y en la misma Santa Marta que no era necesario construir un templo tan grande para la poca población que habitaba en la ciudad.

En 1771 el obispo fray Agustín Manuel Camacho y Rojas escribe al Consejo Real sobre el estado de la construcción, la suspensión de los trabajos por falta de dinero y suplica se asignen los recursos necesarios para concluir la “santa obra”. A la fecha el virrey no había hecho efectivo lo que se le había ordenado en la Real Cédula del 16 de octubre de 1767, entregar los recursos a Santa Marta que habían sido autorizados desde 1752. El virrey De la

⁴⁶ AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 1199, Documento: Gobernador y Obispo; Fecha: 1.9.1768, f. 11.

Cerda respondió: “No haber ramo, de que verificarlo, por estar todos destinados”⁴⁷ a los trabajos de la plaza de Cartagena, de tal manera, que los dineros que se recogían se enviaban a Cartagena y no a Santa Marta, que era la orden del monarca.

Después de esta comunicación el rey reacciona y escribe al virrey De la Cerda para recordarle que aún no se da cumplimiento a lo ordenando en varias reales cédulas, entre ellas la del 25 de octubre de 1769⁴⁸; que el 4 de enero de 1771 el obispo de los vecinos de Santa Marta le señaló que no han recibido los recursos ordenados desde España, que la obra de la catedral estaba suspendida, que el obispo y el gobernador ya le habían escrito en 1768. El monarca fue fuerte con el virrey y con la Real Audiencia, los reprimió por la tardanza en enviar los recursos decretados y le ordenó al virrey que sacara el “dinero de cualquiera de los ramos de novenos, de vacantes mayores y menores o de mesada eclesiástica”⁴⁹.

Una de las causas de la demora en la construcción de la catedral era la situación crítica de los vecinos samarios, lo que determinaba el pago de muy poca renta al fisco local. Por eso Fernando VI había decretado que se le entregara a la ciudad para la construcción de la catedral unos recursos que los virreyes no habían hecho efectivos, lo que molestó mucho a Carlos III. Por la desobediencia del virrey, la obra estaba paralizada, y si no se procedía a continuar su fábrica, se perdería lo avanzado⁵⁰.

El virrey no pierde tiempo, necesitaba precisar algunas situaciones que tal vez el monarca desconocía, inmediatamente recibe la comunicación de Su Majestad, se sienta a responderla. Lo primero que le informa es que cuando arribó al cargo (24 de febrero 1761) ya se habían librado y entregado los recursos para la fábrica de la catedral. Aprovecha el

⁴⁷ *Ibíd.* f. 12.

⁴⁸ Se deben recordar las Reales Cédulas de 1752 y la del 16 de octubre de 1767.

⁴⁹ Restrepo Tirado, *Historia...* Tomo II. Op. Cit., p. 213.

⁵⁰ La ciudad recibió algunos beneficios durante su mandato, sobre todo en lo que respecta a la construcción y mejoramiento de la infraestructura religiosa, entre las obras podemos señalar: ordenó continuar la construcción de la actual catedral, se mejoraron las iglesias de San Francisco, Santo Domingo y San Juan de Dios, asimismo los conventos y se construyó el seminario conciliar.

virrey para informarle al rey que tanto el obispo como el gobernador interino don Andrés Pérez Ruiz Calderón habían calculado, con la ayuda del ingeniero Chacón, que la construcción realmente tenía un valor aproximado de “sesenta y cuatro mil seiscientos setenta y cinco pesos seis reales”, a los cuales se debía restar cuatro mil ochocientos seis pesos y seis reales que fue el evalúo que se realizó de los materiales de la ruina del templo anterior, faltando cincuenta y nueve mil ochocientos cincuenta y nueve pesos. De tal manera, se inició una obra mayor que la que se aprobó en 1753, sin embargo, la feligresía insiste en la construcción de la catedral, que puede resultar suntuosa, pero necesaria, dada la actividad religiosa; los vecinos dedicaban bastante tiempo al culto.

Es más, para algunas autoridades virreinales, entre ellas el mismo virrey, era exagerada la inversión en la construcción por los pocos vecinos que atendía y la escasa renta que producía la provincia. Además se quejaba de las muchas consignaciones a Su Majestad. En una carta dirigida al rey en 1772, el obispo Juan Francisco Javier Calvo señalaba: “los vecinos estaban tan pobres, que ni los más acomodados tenían facilidad para mandar a sus hijos a educar en Santafé”⁵¹. Tenía claro el prelado que no podía contarse con el apoyo económico de la feligresía, por lo que propuso el impuesto de medio real por cada botella de aguardiente. Esa carta le sirvió al rey Carlos III para expedir una real cédula con fecha del 14 de enero de 1774, por medio de la cual se estableció que se debía concluir la construcción de la iglesia catedral y el colegio seminario, construcción esta última solicitada por el señor obispo como una forma para preparar a los curas y al personal eclesiástico de la ciudad y provincia, con lo que se mejoraba el proceso de evangelización cristiana.

Carlos III produce una real cédula que envía al gobernador, al obispo de Santa Marta y a las autoridades virreinales, tanto en Santa Marta como en Santa Fe. La inicia haciendo un recuento de algunos acontecimientos que conoce y que el obispo le ha contado, el más importante es la escasez de ministros tanto para la catedral como para las otras iglesias.

⁵¹ Restrepo Tirado, Historia... Tomo II. Op. Cit., p. 213.

Igualmente, la falta de instrumentos para el canto, que los prebendados y capellanes son muy pocos, que no se poseen buenos ornamentos y vasos sagrados; que las funciones de iglesia se realizan en la iglesia de San Francisco, donde no cabe ni la cuarta parte de la feligresía. Lo único invertido son los recursos de las Cajas Reales, no existen fondos para continuar la construcción de la catedral. Algunos impuestos nuevos a los indígenas y españoles no ha sido posible generarlos, dada la pobreza de los mismos; el único impuesto viable es el de algún género o de un producto de consumo general, como por ejemplo el aguardiente, “*cargando a cada frasco medio real*”, con lo que se calculaba que podrían recabarse unos 22 pesos anuales.

El rey comentó que era necesario que la ciudad tuviera una gran iglesia. Señaló: “es grande la falta de culto en aquella Diócesis por no haber colegio seminario, pues habiéndole se obligaría a sus colegiales a que en los días feriados concurriesen a la catedral”⁵². Definitivamente la Corona no tiene mayor interés en “convertir a Santa Marta en plaza fortificada. Las preocupaciones por la ciudad tomaron otros rumbos; serían los edificios religiosos los que llamaran la atención”⁵³.

En Real Cédula de 1774, el rey ratifica la necesidad de continuar la obra, a pesar del informe y solicitud del virrey. Esa argumentación le sirve para informar a las autoridades samarias que la situación se presentó porque se inició una obra “más alta de lo prevenido en mi Real Cédula del año de 1753”⁵⁴. El tema central para continuar la construcción del templo es la escasez de fondos, ya que las rentas que se perciben son cortas y no alcanzan para cubrir los gastos que demanda la santa obra. Visto el panorama económico de la diócesis de Santa Marta, de las rentas del virreinato del Nuevo Reino de Granada y del mismo arzobispado, es el monarca quien tiene que definir el futuro de la construcción y así lo hizo. Ordenó que se impusiera por diez años más los dos reales novenos que se venían

⁵² AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 969: Doc: Real Cédula, Fecha: 14.1.1774, f.3.

⁵³ Zapatero, Juan Manuel. Historia de las Fortalezas de Santa Marta y Estudio Asesor para su restauración. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 1980. p. 240.

⁵⁴ AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 969: Doc: Real Cédula, Fecha: 14.1.1774, f.6.

confiriendo, así como destinar medio real por cada frasco de aguardiente que se comercializara en Santa Marta, recursos todos que se destinarían para la conclusión de la construcción de la catedral y el colegio seminario. Para tal evento, el virrey ordenó que debían ejecutarse en alianza con las instituciones eclesiásticas y civiles⁵⁵.

La construcción del seminario estaba sujeta a la terminación de la catedral, además debía localizarse cerca a la iglesia, “*en su inmediación*”. Pero el rey fue más dadivoso con la ciudad y el clero ordenó que las temporalidades de Santa Fe y Quito entregaran para la construcción de la iglesia catedral de Santa Marta 200 pesos, así como los ornamentos sagrados a esa diócesis por encima de otras parroquias. De tal manera que Carlos III se desprende de unas rentas importantes, y dándole prioridad a la construcción de la catedral, ordena a las dos arquidiócesis contribuir en la fábrica iniciada hacía unos años y que se encontraba paralizada por falta de recursos. La feligresía samaria se mostró satisfecha al conocer la decisión del rey, que para concluir lo más pronto esa santa obra, concede “*facultad para que sobre el importe de dichos dos reales novenos y el producto del medio real de cada frasco de aguardiente, se puedan tomar censo las cantidades que resten hasta completar los mencionados 59 y más pesos regulados para ella*”⁵⁶.

Sabiendo el rey que eran recursos muy importantes, cuya cantidad no era nada despreciable, tomó la decisión de que el virrey del Nuevo Reino de Granada, don Manuel Guirior, el reverendo obispo de Santa Marta, fray Agustín Manuel Camacho, y al gobernador de la Provincia de Santa Marta, don Nicolás Díaz de Perea, dándole funciones de administrador de los recursos y avances, que le dé razón de su inversión enviándole anualmente la relación de los caudales que entren y su inversión. En las exigencias el rey solicitó que el informe sea firmado por el gobernador y el obispo, concluyendo que todos los mencionados son responsables del cumplimiento de lo expresado en la real cédula.

⁵⁵ AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 969: Doc: Real Cédula, Fecha: 14.1.1774, f.7.

⁵⁶ AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 969: Doc: Real Cédula, Fecha: 14.1.1774, f. 8.

Como puede verse, la propuesta del obispo a Su Majestad tuvo eco, y de acuerdo a su compromiso con la iglesia de Roma, se desprendió de muchas de sus rentas, entre ellas la cesión de aproximadamente veinte mil pesos que cubrían las vacantes y las mesadas que recibía el gobierno eclesiástico. Aún así, Carlos III expresó claramente su intención de ayudar a fortalecer la infraestructura religiosa de la ciudad y provincia. El respaldo es total a la solicitud del obispo Camacho. El problema sustancial es el cumplimiento de lo ordenado, siempre se aceptaba, pero no se obedecía y esta providencia no fue la excepción: el pago del impuesto no fue acogido por todos y el gobernador don Nicolás Díaz de Perea y los oficiales pensaron excluir del impuesto a la provincia de Riohacha, que dependía espiritualmente de Santa Marta, pero temporalmente de Cartagena de Indias; no obstante, el Consejo consideró que la construcción de la catedral beneficiaba a todos y por lo tanto debía pagarse el impuesto.

Y como era de esperarse, el virrey don Manuel Guirior, presidente de la Audiencia de Santa Fe, alegó que la gente en Santa Marta vivía en un estado de pobreza tal que no era conveniente crear más impuestos y mucho menos este. Comenzó a torpedear la aplicación de la real cédula y se convierte, de hecho, en enemigo de la construcción de la iglesia catedral. Lo preocupante es que el virrey había sido nombrado para vigilar el cumplimiento de la norma real que garantizara la conclusión de la santa obra. Así que cuando las autoridades provinciales, los vecinos principales y la feligresía de la ciudad se enteraron de que el virrey solicitaba la supresión, nuevamente, de la diócesis y pedía que asignara las funciones a la mitra de Cartagena de Indias, se alarmaron muchísimo. Los samarios se sintieron impotentes cuando vieron que los trabajos que se habían reiniciado, de nuevo, se suspendían, sin saber hasta cuándo y los recursos que estaban captando se guardaran hasta que el rey decidiera.

Esta solicitud firmada en Santa Fe el 21 de marzo de 1775, no fue bien recibida en Madrid. El virrey estaba convencido de que triunfaría su propuesta en España, mas la respuesta del monarca fue contundente: lo reconvino por no ejecutar sus reales cédulas, lo acusó de excederse en sus funciones y dejó claro “que era su voluntad que se cobrase el impuesto,

que se terminase la catedral y que subsistiera el obispado de Santa Marta”⁵⁷. En medio de todas estas disputas por construir la catedral y con qué dineros se financiaría, hubo cambio de virrey y se posesionó don Manuel Antonio Flórez en mayo de 1776, aunque había sido nombrado desde agosto de 1775. Flórez coincidía con los planteamientos de su antecesor frente al tema de la catedral.

Carlos III firma en San Idelfonso una Real Cédula el 20 de julio de 1776 ratificando su querer y el de la familia real: que el medio real, que debía cargarse al frasco de aguardiente que se consumiera en Riohacha, se siguiera aplicando y exige a las autoridades coloniales cumplir y hacer cumplir dicha disposición. En consecuencia, el 5 de noviembre de ese mismo año se celebró el ritual de aceptación y obediencia de la disposición, para lo cual se reunieron: el teniente coronel de infantería de los Reales Ejércitos, el gobernador y comandante general de la ciudad y su respectiva provincia, don Nicolás Díaz de Perea, don Santiago López de Castilla, contador, y don Basilio García, tesorero, oficiales de la Real Hacienda en representación del rey. Todos al unísono tomaron la Real orden en sus manos, se pusieron de “pie y destocados lo abrieron con el recato debido, y habiendo visto la Real Cédula antecedente le dieron el puntual obedecimiento como corresponde a carta de nuestro Rey y señor natural”⁵⁸. Para demostrar su cumplimiento se sacaron testimonios. Por eso se incluye el auto de obedecimiento de los presentes. Se da cuenta al virrey don Manuel Antonio Flórez para que se cerciore lo que el rey ha dispuesto, es decir, que los moradores y vecinos de la provincia de Riohacha deben pagar lo estipulado en la real cédula, al igual que los vecinos de Santa Marta, y que ambos recaudos se destinarán a la construcción de la catedral y el colegio seminario. El otro testimonio se remitió al comandante gobernador y al contador oficial real de Riohacha para que se cumpliera y se le enviara al tribunal de la Real Hacienda lo producido por tal impuesto.

⁵⁷ Restrepo Tirado, Historia... Tomo II. Op. Cit., p. 215.

⁵⁸ AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 969: Doc: Real Cédula, Fecha: 14.1.1774, f. 16.

A pesar de que el virrey Flórez conocía la opinión del rey sobre el tema del impuesto al frasco de aguardiente, le escribió el 31 de marzo de 1777, e igual que el rey, el virrey expone ciertos considerandos sobre el impuesto, el que define como gravoso para la feligresía, sobre todo para los vecinos de Riohacha, por lo que consideraba que para dar cumplimiento a tan bondadoso acto ofrecido para los fervorosos católicos de estas tierras, le solicita al rey que reflexione acerca de la situación de miseria por la que atraviesa Río Hacha, así como el deterioro de las fortalezas de Santa Marta⁵⁹. Esto resultaría perjudicial para la Real Hacienda porque los ingresos decaerían, afectando la construcción de la catedral.

En su argumentación, el virrey manifiesta que la ciudad de Santa Marta está en un estado de “total indefensión”, como se lee en los informes del señor gobernador don Antonio de Narváez y la Torre⁶⁰ y del brigadier e ingeniero don Antonio Arévalo, quienes señalan que es difícil reparar las fortalezas de la ciudad por dos razones principales: por el poco tiempo y por las exhaustas cajas del reino, por lo que “obliga a suspender la construcción de un edificio que tal vez sirva de fuerte al enemigo, violando su sagrado y exponiéndole a su profanación, mediante a que no puede resistirse un corto ataque por sus pocas destruidas defensas, corta tropa y vecindario”⁶¹. Son aparentemente nuevos argumentos para impedir la construcción, en este caso se agrega el estado de indefensión, pero, además, se afirma que la catedral se podría convertir en refugio de los asaltantes.

⁵⁹ AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 1199. Doc. Virrey Santa Fe, Fecha: 31, 3. 1777, f. 4-5.

⁶⁰ Se refiere al conocido “Informe sobre la provincia de Santa Marta y Río Hacha”, de la autoría Antonio de Narváez y La Torre. En: Múnera, Alfonso. Ensayos Costeños. De la Colonia a la República 1770-1890, Bogotá: Colcultura, 1994, p. 27-73.

⁶¹ AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 969: Doc: Real Cédula, Fecha: 14.1.1774, f. 9.

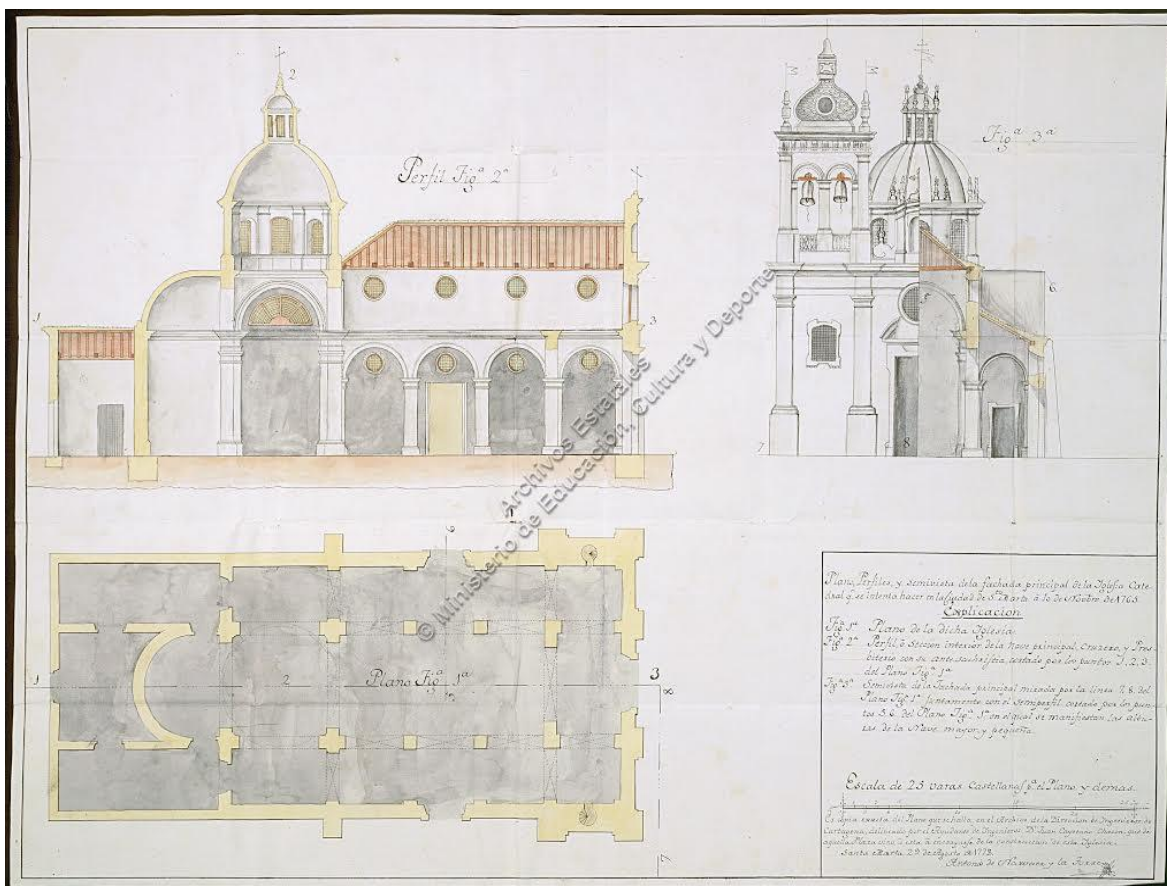


Figura 7. Planos y perfiles de la nueva catedral, la actual, año 1765.

Fuente: AGI. Mapas Panamá. Antonio de Narváez y La Torres, 1778.

Lo paradójico es que ahora, cuando Carlos III insiste, en que la obra debe continuarse, se le opongan sus mismos representantes en el Nuevo Reino de Granada. El virrey le señala nuevamente los problemas, le adjunta los argumentos que tuvo la Junta de Tribunales para las recomendaciones hechas y considera que el rey debería tomar la decisión más acorde para suprimir la mitra de Santa Marta, que la mayor parte puede agregarse a Cartagena de Indias. Por lo tanto, el virrey consideró innecesaria la construcción de la iglesia catedral. El oficio del virrey Flórez parece copiado y con algunos nuevos elementos del enviado por su antecesor, el virrey Guirior.

De nuevo, Carlos III le respondió al virrey en términos fuertes, lo reconvino en Real Cédula de junio de 1778. Le dijo que era su voluntad que la construcción de la catedral continuase sin interrupciones; por el contrario, debían acelerarse los trabajos, por lo que se debían entregar los recursos. El rey fue enfático en su decisión, era consciente de que cada vez aparecían obstáculos tras obstáculos que debió vencer para que la construcción de la catedral no se retardara. Su máxima representación en el virreinato de la Nueva Granada, el señor virrey, se había convertido en el principal enemigo de la fábrica de la santa obra, desde los tiempos de De la Cerda, su sucesor Guirior y en estos tiempos, Flórez. De tal manera que la situación se le tornaba a la Corona cada vez más complicada, era una madeja difícil de desenredar, solo era posible con una acción de fuerza. A través de las reales cédulas, Su Majestad fue reiterativo una y muchas veces: la catedral debía construirse sin más dilaciones. El impuesto al aguardiente en Santa Marta y Riohacha había que pagarlo, la mitra no se trasladaba por ninguna razón para Cartagena de Indias, por más presión que hubiese de las autoridades coloniales con asiento en esa ciudad, incluido el virrey, que varios meses administraba el virreinato desde Cartagena.

Desde finales de los años setenta del siglo XVIII hasta el primer quinquenio de la década de los noventa de ese mismo siglo, no hubo un año en que no se produjera un oficio, informe, solicitud, reclamo del gobernador, el obispo y demás autoridades coloniales de Santa Marta al virrey en Santa Fe o Cartagena de Indias o a Su Majestad en España. Consultas iban y venían, el virrey obstaculizando la obra, el rey exigiendo el cumplimiento de sus reales cédulas; en fin, no fue nada fácil para la vecindad de Santa Marta lograr la meta de terminar la catedral, una edificación digna de la primera ciudad fundada, de la Diócesis, que dio origen a otras, como a la de Santa Fe; a una feligresía cumplidora con sus deberes como buenos vasallos de Su Majestad y del papa. Siempre las autoridades coloniales samarias invocaron esta última característica.

Algunos de los documentos conocidos reposan en el Archivo General de Indias y en el Archivo Histórico de la Diócesis de Santa Marta, entre esos documentos es importante el enviado a Su Majestad por el cabildo eclesiástico: Francisco Muñoz Castellanos, Joseph

Joaquín Merino, don Galdeano del Real y Sosa y Don Luis de Robles, capellanes, y el secretario don Joseph María Castaño, fechado en Santa Marta el 18 de septiembre de 1777. El documento expone en forma contundente el estado crítico y lastimero en que se encontraba la iglesia de San Francisco, que fungía como catedral, por lo que se debía trasladar a la iglesia de Santo Domingo; que la construcción de la catedral estaba paralizada desde hacía cinco años y que estaban retenidos los veinte mil pesos que había destinado el rey desde 1774, pagaderos con las vacantes y de la mesada eclesiástica. Ya en agosto de ese mismo año se sabe por comunicaciones previas que el obispo de la ciudad, don Juan Francisco Navarro y Acevedo, cartagenero, y el cabildo eclesiástico quedaron autorizados para seleccionar la iglesia de Santo Domingo u otra iglesia. En la iglesia de Santo Domingo se celebraron los oficios religiosos del obispado durante un tiempo, mientras se arreglaban las instalaciones del templo de San Francisco y se reiniciaba la construcción de la catedral.

Unos años después de esta carta, en 1783, se produce en Santa Fe un decreto dirigido al obispo de la diócesis residente, para el momento en la ciudad de Valledupar, para que cumpla las reales cédulas que ordenan la construcción de la catedral. El gobernador don Antonio de Narváez y la Torre contrató la reedificación a cuatro vecinos principales nombrados: don Gabriel Díaz Granados, don Pascual Díaz Granados, don Nicolás Martínez y don Manuel José de Zúñiga, que se obligaron mancomunadamente, según un documento público que firmaron el 25 de junio de 1785. En consecuencia se les entregaron los \$59.859.00, “bajo la expresa condición de lo que faltase suplirlo de sus propios caudales, con calidad de reintegro siempre que Vuestra majestad fuese servido mandarla hacer”⁶². De tal manera que, dada la incapacidad del gobierno colonial para administrar los recursos que debían invertirse en la obra, decidieron entregarles el manejo de los dineros a unas personas, no funcionarios, del sector privado, para que se hicieran cargo de la misma; una especie de albaceas.

⁶² AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 1199; Doc: Gobernador de Santa Marta; Fecha: 25.11, 1795. f. 4-5.

En el decreto en mención se le comunica que ordene al oficial real de la ciudad de Ocaña y a su Tesorería, con previo conocimiento al gobernador y oficiales de Santa Marta, para que velen por el oportuno cumplimiento de su obligación de los dos reales novenos que se han cobrado durante años anteriores, a razón de la contribución para las obras de la catedral y del seminario de la capital⁶³. El documento señala claramente que se deben cobrar las contribuciones lo más pronto posible y remitirlas a Santa Marta para que se reinicie la construcción del templo. Similar documentación recibió el gobernador de Santa Marta y Riohacha don Antonio de Narváez y la Torre⁶⁴. El 9 de julio 1783 en Riohacha juró obediencia e hizo circular la orden por Santa Marta, igualmente a las otras autoridades coloniales de toda la provincia residentes en Valledupar y Ocaña, entre otras ciudades, para su cumplimiento. Llamó la atención de que esos recursos eran necesarios para terminar la construcción de la catedral y del colegio seminario, ambos localizados en la capital de la provincia.

Además de lo anterior, el informe recomienda que tanto el obispo como el gobernador y los oficiales reales tengan reuniones permanentes de común acuerdo con el cabildo eclesiástico para que evalúen y resuelvan lo conveniente según las necesidades y circunstancias. Para ello, se hace necesario que se destine un arquitecto que esté preparado, con conocidas habilidades y conducta para que dirija la obra, invirtiéndose en ella el capital acopiado que está en manos de los vecinos obligados a construirla, de los cuales ya se habían muerto dos.

Como puede apreciarse, la situación de la parálisis de la construcción de la catedral se convirtió en un tema de cada día. Las autoridades civiles y eclesiásticas estaban desesperadas por la situación, igualmente, los vecinos. La construcción de la catedral se convirtió en la comidilla de todos. Algunos pesimistas consideraban que no se concluiría y pensaban que era un elefante blanco, una especie del cuento del gallo capón.

⁶³ AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 1199; Doc: Cabildo Eclesiástico, Fecha: 25.12, 1796, f. 42.

⁶⁴ Las dos provincias se habían reagrupado nuevamente desde 1777, don Antonio de Narváez y la Torre asumió el mando de ambas el 18 de abril de 1778.

Pero otra cosa pensaba la Corte y Su Majestad, ya que a todos los gobernadores que llegaron a la provincia tenían el encargo directo del nuevo rey, Carlos IV, de reanudar la obra de la catedral y concluirla, así se le ordenó al capitán de fragata don José Ignacio de Astigarraga, al ser nombrado como gobernador en junio de 1785. Cuando llegó a Santa Marta al año siguiente, la obra seguía paralizada. Lo estaba desde junio de 1785 y lo estuvo hasta el 7 de enero de 1790, cuando se reiniciaron los trabajos bajo la dirección del arquitecto don Antonio Marchante, maestro aparejador y director, nombrado directamente por el virrey, el mariscal de campo don José de Ezpeleta Galdeano.

A pesar de ello, cuando llegó el reemplazo del obispo de Santa Marta, don Anselmo José de Fraga y Márquez⁶⁵, en octubre de 1789, encontró la catedral en estado lamentable, “triste y deplorable”, que los trabajos que se habían realizado eran muy escasos, opinó que si estuviera en sus manos desasía lo construido y la reiniciaría de nuevo. En un informe firmado en Santa Marta el 15 de noviembre de 1789, indica seis puntos que considera necesarios cumplir para que la diócesis tenga un colegio seminario.

Contrario a lo señalado por el obispo, el maestro aparejador Marchante, director de obras reales de Su Majestad, procedió a examinar lo construido. Su concepto fue favorable, consideró que lo avanzado hasta ese momento era sólido y garantizaba una obra de calidad. Marchante arribó a la ciudad, procedente de Santa Fe, el 15 de diciembre de ese año, según lo informa el gobernador don José de Astigarraga. Además de garantizar la estabilidad de la obra, se comprometió a entregarla terminada en tres años. Para tales objetivos se conformó un comité que contaba con la venia del rey, el cual se encargó del manejo de las finanzas y custodió para que se ejecutaran las obras. De este comité hacían parte el obispo, gobernador, oficiales reales y dos miembros del cabildo⁶⁶.

⁶⁵ El obispado de don Anselmo José de Fraga y Márquez duró muy poco, puesto que murió el 22 marzo de 1793.

⁶⁶ Restrepo Tirado, Historia... Tomo II. Op. Cit., p. 255.

Dos años después, en febrero de 1792, el rey Carlos IV ordenó que se dejara de cobrar el medio real por cada frasco de aguardiente que se destinaba a la construcción de la catedral, por haber cumplido el tiempo autorizado de 10 años. Esos recursos se orientaron para el sostenimiento de “dos escuelas de niños en Santa Marta y en los pueblos de indios”⁶⁷.

El reinicio de la construcción del templo fue una iniciativa valorada como muy positiva por los samarios, igual pensaban los miembros del clero. Fue tanta la aceptación del gobierno de Astigarraga que le solicitaron al rey que se le prorrogase el periodo como gobernador de la provincia.

Sin duda, la situación de la edificación de la iglesia catedral no había dejado de ser un problema para la familia real, muy a pesar de sus órdenes expeditas durante más de 33 años, no se concluía. Por esta razón cuando en reemplazo del gobernador Astigarraga se posesiona, el teniente coronel don Antonio de Samper, le informó al rey que, siendo consciente de la importancia que revestía la obra de la construcción de la catedral, desde el mismo momento en que tomó posesión de su cargo, el 5 de septiembre de 1793, con gran esmero y fervor, hizo frente a los procesos que se adelantaban en la obra, que tenía gran significación para la Fe y el catolicismo en estas tierras⁶⁸.

Como se ha repetido a lo largo de este trabajo, los gobernadores que se nombraban llegaban con la orden de atender el tema de la terminación de la catedral, algunos defendían la obra, otros desfallecían en el intento. Don Antonio de Samper tenía conocimiento de aquello, lo entendió así y procuró no perder tiempo en el cumplimiento de la decisión de la familia real. Llegó en el momento justo, cuando hacía escasos tres años se habían reiniciado los trabajos bajo la orientación del aparejador Marchante. Los vecinos de la ciudad creyeron de nuevo que por fin tendrían una iglesia digna de la diócesis, que la merecían, no sólo por su

⁶⁷ *Ibíd.*, p. 251.

⁶⁸ AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 1199; Doc. Gobernador de Santa Marta; Fecha: 25.11.1795, ff. 6-7.

condición de fieles súbditos del rey, sino porque confiaron en que el Todopoderoso les haría el milagro.

Conocedor del tema y de los problemas para su construcción, el gobernador De Samper asumió la responsabilidad de su terminación, por ello en el informe que preparó se remonta a los años 1777 y 1779, narra una serie de hechos de los que se han dado cuenta. Pero el tema principal ahora era lograr que los albaceas contratados por don Antonio de Narváez y la Torre, cuatro vecinos de la aristocracia samaria (don Gabriel Díaz Granados, don Pascual Díaz Granados, don Nicolás Martínez y don Manuel José de Zúñiga), quienes asumieron la responsabilidad mancomunadamente a través de un documento público firmado el 25 de julio de 1785, administraran los recursos recaudados hasta completar la suma establecida, 59 859 pesos.

Para los samarios fue una gran decisión, opinión que compartía el gobernador don Antonio de Samper. Para él no fue nada fácil lograr sacar adelante el proyecto, así se lo expresa al monarca. Se presentaron dificultades y zancadillas constantes para que renunciara a la continuidad de la fábrica, al punto de obstaculizar la entrega de los recursos por parte de quien se encontraban a su cargo⁶⁹. Los que tenían los recaudos autorizados por el rey no querían entregarlos; cada vez que los requerían para tal efecto, argumentaban cualquier pretexto para no hacer efectivo los dineros que atesoraban y se negaban a entregarlos. Algunos de los cuatro personajes obligados a cumplir el compromiso de garantizar los recursos para la construcción, argumentaba que los dineros se habían agotado, que ya se habían invertido.

De Samper sabía, como todos los samarios, que no era cierto. Por ello los albaceas obligados a aportar los recursos vivían contradiciendo las cuentas, las objetaban, a pesar de las razones que daba Marchante, quien planteaba, como el gobernador, que aún debían existir sobrantes de lo recaudado. Los obligados a entregar los aportes recaudados

⁶⁹ AGI: (Sevilla). Documento: Gobernador Santa Marta, Leg. Santa Fe 1181, Fecha: 25.11.1795, f. 7.

mantuvieron una disputa permanente y de fuertes agravios. De Samper lo reconoce, tuvo que vencer muchos obstáculos, tropezó, “pisó callos”, lo estorbaron para que se aburriera y lo fatigaron al punto que estuvo tentado a renunciar a su vigilancia en el cumplimiento de lo ordenado por el rey, pero no le vencieron, los samarios en su mayoría lo apoyaban en su empeño.

Pero otros, como los que tenían la obligación de entregar los recursos no le atendían, eran apenas expresión del poder de una aristocracia empotrada en el trono del Gobierno eclesiástico y civil como los Díaz Granados. Mas De Samper sabía cómo atacarlos y los amenazó con que secuestraría los bienes de los responsables si no suministraban los dineros. Aquellos se negaban a hacerlo argumentando “haberse consumido los caudales”, De Samper los contradecía apoyado por el maestro ajustador y, por el contrario, les señalaba que todavía quedaban recursos, que habían ingresado varios aportes y adicionalmente se habían creado “papeles”. Los venció, les ganó el forcejeo, tuvieron que entregarle los recursos necesarios y solicitados por el maestro, la obra avanzó, a “costa de un largo sufrimiento e incomodidades de aquella tranquilidad pacífica...” de la ciudad, no desfalleció, más bien, salió triunfante ante los opositores de la obra y de los que durante dos años le colocaron toda clase de trabas.

Interpretando parte del informe del gobernador De Samper, se deduce que desde el momento que se posesionó (septiembre de 1793) hasta cuando escribe han transcurrido dos años (1795), como él mismo lo señala. El 14 de octubre convocó a los samarios para que asistieran a la ceremonia de colocar las armas reales de Su majestad en la puerta principal del templo. Estuvo acompañado por las autoridades eclesiásticas, los blancos peninsulares, los militares, los pardos y los libres de todos los colores. Hubo regocijo general y no era para menos, la escogencia de la fecha tenía un propósito político importante: en ese día, pero en 1784, había nacido el hijo del rey Carlos IV, Fernando, quien para el momento había sido ascendido a la categoría de Serenísimo Príncipe de Asturias por las cortes en el monasterio de San Jerónimo el 23 de septiembre de 1789. Fue justamente Fernando a quien Carlos IV cedió el trono en 1808 y asumió el reinado con el título de Fernando VII. Pues

bien los samarios se levantaron bien temprano y concurrieron al templo para apreciar la colocación del escudo de armas de Su Majestad, contemplar la obra lo que hicieron con “indecible júbilo y alegría”, hubo música, refrescos y algunas bebidas. Las festividades se dieron con gran complacencia y devoción⁷⁰. La catedral comienza a convertirse en el espacio para las ceremonias reales y católicas.

Al final triunfó el Gobernador, al hacer un balance en el tema de los dineros recaudados por los contratistas. Aunque no se miró con “buenos ojos” el negocio con los señores Díaz Granados y compañía, resultó positivo porque vencidos los obstáculos se garantizó “la mayor celeridad” en la entrega de los aportes al reiniciarse la construcción⁷¹.

El hecho se convirtió en el tema de conversación de la vecindad, no podían creer que por fin después de tanta espera y de tantos obstáculos se concluyera la parte física de la catedral, porque quedaban pendientes los accesorios, es decir, los altares, vasos sagrados, campanas y otros menesteres. Por lo que el señor Gobernador en persona convocó a los principales vecinos, a los peninsulares que vivían en las ocho calles y los alrededores de la plaza mayor, para que contribuyeran con donativos para adquirir los accesorios necesarios, pero no le alcanzó lo recolectado, la pobreza fue la disculpa de los convocados. Don Antonio de Samper no se amilanó y decidió días después ir “de puerta en puerta con el fin de recoger algunos pesos”, no sólo a “los vecinos principales”, sino a la mayoría de las viviendas. Las familias no podían creer lo que veían: el gobernador en persona pidiendo limosna. Los samarios, como buenos súbditos de Su Majestad y fervientes creyentes, no se negaron. Le fue bien, las limosnas le alcanzaron para comprar la madera necesaria para la elaboración del retablo del altar mayor, con sus colores oro como correspondía, y le

⁷⁰ AGI: (Sevilla). Documento: Gobernador Santa Marta, Leg. Santa Fe 1181, Fecha: 25.11.1795, f. 8-9.

⁷¹ Un aspecto importante del informe del Gobernador De Samper al rey Carlos IV es que a pesar de haberse concluido la obra material no tiene aun totalizados los dineros (invertidos o gastados) en la construcción de la obra, argumenta que están pendientes que el ingeniero realice el cálculo definitivo del valor para así fenecer, aprobar y cotejar los recursos entregados y lo ejecutado. Por lo tanto está a la espera que llegue el ingeniero que debe nombrar el virrey don José Manuel de Ezpeleta y que sea él quien le informe de las cuentas de la construcción de la catedral.

quedaron más de mil pesos que destinó a los operarios que realizaron los trabajos en la elaboración del retablo mayor.

Resuelto el tema de la construcción del templo y la elaboración del altar mayor, quedaron pendientes otros accesorios necesarios, sin los cuales no funciona una iglesia y mucho menos una catedral, como es el caso de la campana, los vasos sagrados y otros ornamentos. Esta nueva dificultad no era nada fácil vencer, porque una nueva recolecta de limosna no era recomendable, ya los vecinos habían contribuido con el impuesto al frasco de aguardiente y las contribuciones que solicitó el gobernador De Samper. Adicionalmente, la iglesia catedral no contaba con los ingresos suficientes para sufragar la compra de los accesorios señalados arriba y que fueran dignos de la diócesis, no podrían desentonar con lo majestuoso de la construcción, debían tener la decencia necesaria. También quedaban faltando otros altares, si se esperaba a que se recaudaran recursos para dichos fines, no existía esperanza de que se lograra tales recursos en años, por lo corto de las rentas. El gobernador no encuentra otra alternativa que solicitarle al rey Carlos IV que destinara el sobrante de los cuatro novenos beneficiales que se hallaban en las Cajas Reales y de esta forma no habría persona alguna afectada⁷².

La propuesta del gobernador es clara y evita inquietar a los vecinos principales, que siempre se sentían afectados por algunas decisiones de las autoridades coloniales. Además de solicitar los cuatro novenos que reposaban en las Cajas Reales, hace lo mismo con los dos novenos de los diezmos durante diez años depositados en dichas cajas, para la fecha no se han gastado los dos mil pesos autorizados de 1794. Propone al rey que le permita utilizar adicionalmente los recursos recibidos por el impuesto al aguardiente establecido en 1774. El gobernador calcula que con esos dineros se puede dotar la catedral de los ornamentos necesarios y decentes que requiere la iglesia. Espera que Su Majestad lo respalde para

⁷² AGI: (Sevilla). Documento: Gobernador Santa Marta, Leg. Santa Fe 1181, Fecha: 25.11.1795, f. 11.

terminar “una obra tantos años hace emprendida”⁷³. Al final, De Samper recuerda el compromiso con la construcción, por lo que espera que le aprueben lo solicitado.

Como se narró arriba, el gobernador entregó formalmente la obra al deán Domingo José Díaz Granados, a falta de obispo. El electo en 1794 era don Alejandro de Egües y Villamizar, nunca llegó, murió en Cartagena de Indias el 2 de octubre de 1796⁷⁴. Antes de llegar ordenó “el traslado de la Catedral formal a su edificio material”⁷⁵. En este año de 1796 la actividad del cabildo eclesiástico y de todo el clero fue clave para lograr la meta de poseer una edificación digna para la ciudad y su feligresía. El cabildo eclesiástico conformado por don Domingo José Díaz Granados, Pedro Gabriel Díaz Granados y el doctor Luis Robles apoyó en todos los aspectos solicitados por el gobernador, al punto que el 25 de diciembre de 1796 presenta un memorial a su majestad el rey Carlos IV, donde se le dijo que entregara a la iglesia catedral los pontificales que le corresponden por el fallecimiento de tres obispos: doctores don Francisco Javier Calvo, don Francisco Navarro de Acevedo y don Anselmo José de Fraga y Márquez. El cabildo le recuerda a Su Majestad que es la Real Hacienda quien demanda el patrimonio que poseen los obispos una vez fallecen, levantando para ello un inventario de sus pertenencias⁷⁶. Esta distribución era necesario efectuarla lo más pronto posible, porque a la iglesia le pertenecía parte de las pertenencias de los obispos fallecidos.

No obstante los esfuerzos del gobernador, de la familia real y de los mismos samarios, todavía faltaban el tabernáculo, ornamentos, adornos interiores para los oficios divinos, para el culto mayor de la Majestad Sacramentada. Le solicitan también al rey que autorice que se puedan utilizar los dos novenos, los cuatro novenos y el medio real del frasco del aguardiente, porque el cabildo secular había solicitado su suspensión cuatro años antes. El

⁷³ AGI: (Sevilla). Documento: Gobernador Santa Marta, Leg. Santa Fe 1181, Fecha: 25.11.1795, f. 12.

⁷⁴ Así se lo comunica el Gobernador don Antonio de Samper, el 25 de noviembre de 1796, al rey de España Carlos IV.

⁷⁵ Restrepo Tirado. Historia... Tomo II. Op. Cit., p. 274.

⁷⁶ AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 1199; Doc: Cabildo Eclesiástico; Fecha: 25.12.1796, ff. 2-3.

cabildo eclesiástico coadyuva lo solicitado por el gobernador para poder tener lista la catedral a la altura de las grandes diócesis de las ciudades hispanoamericanas.

Pero a la catedral le faltaba el jefe, la máxima autoridad eclesiástica. El 24 de diciembre de 1796, el deán don Domingo José Díaz Granados le suplica al monarca que nombre obispo, porque hacía casi cuatro años no había un pastor para atender las necesidades propias de la diócesis. Al deán le tocó seguir encargado del Gobierno eclesiástico. El fray Diego de Santa María Ceballos fue nombrado y el 31 de agosto de 1799 llegó a Santa Marta, pero su gobierno duró muy poco, murió el 10 de octubre de ese mismo año. En 1800 fue nombrado don Juan Francisco Avendaño, confesor del Real Monasterio de la Visitación; no aceptó por problemas de salud. Los frailes del Hospital de Santa Marta propusieron al deán Domingo José Díaz Granados por sus actos caritativos; sin embargo, el rey Carlos IV, de una lista de 13 candidatos, nombró al fray Eugenio Sesé, quien llegó a su sede el 19 de marzo de 1803, murió ese mismo año. De tal manera que la silla del obispado de la diócesis de Santa Marta solo se logró estabilizar cuando llegó en 1808 el designado, desde 1804, fray Miguel Sánchez Cerrudo.

El alborozo del gobernador De Samper y el júbilo de los samarios son razonables, la construcción de la catedral fue un episodio significativo para conocer cómo funcionaba la sociedad colonial, el Estado monárquico de los Borbones y el cumplimiento de las cédulas reales y la poca aplicación en sus colonias. Igualmente, muestra la debilidad de esa monarquía al tratar de hacer cumplir sus órdenes y sobre todo cómo algunas autoridades reales, contradiciendo lo ordenado, buscaban argumentos para dilatar el cumplimiento de una norma. Una mirada a algunos hechos comprueba que una cosa se decidía en España y otra se ejecutaba en las colonias, aplicando el refrán de moda en la época de la Colonia: *se obedece, pero no se cumple*.



Figura 8. *Catedral de Santa Marta*, acuarela de Edward Mark Walhouse, 1845.

Fuente: Biblioteca Luis Ángel Arango, Banco de la República.

No obstante, en 1811, en carta conjunta, el gobernador don Tomás de Acosta y el obispo fray Manuel Redondo y Gómez informaron al rey que los reales novenos ya se habían empezado a utilizar para dar continuidad a la obra del seminario, la catedral no se encontraba provista de ornamentos y vasos sagrados⁷⁷, por lo tanto, solicitaron que para atender los gastos de la catedral, se les extendiera el plazo por 10 años más, para seguir recibiendo los reales novenos, lo que efectivamente sucedió.

⁷⁷ Carta de Tomás de Acosta, Gobernador y fray Manuel Redondo y Gómez, obispo de Santa Marta, 12 de septiembre de 1811, en Restrepo. Tomo II. Op. Cit., pp. 344-345.

Este templo debía convertirse en el principal escenario para los oficios religiosos normales y las ceremonias religiosas por la exclamación de un nuevo monarca y las exequias por el fallecimiento de los mismos, pero no lo pudo ser sino hasta 1808, cuando se coronó a Fernando VII como rey de España y sus colonias de ultramar. Empero, en esa catedral se realizaron las ceremonias en homenaje al triunfo español en la batalla de Bailén en 1808, las juras por la formación e instalación del Supremo Consejo de Regencia en 1812. Lo mismo sucedió un año después cuando las Cortes de España ordenaron el besamanos por el aniversario de la publicación de la Constitución política de la monarquía española; el 19 de marzo de 1816, la celebración aniversario de la Constitución de Cádiz por orden de Fernando VII, y las exequias del obispo el doctor fray Diego de Santa María Ceballos y Escobedo, quien murió el 10 de octubre de 1799.

Luego los samarios celebraron ceremonias republicanas, iniciando cada una de ellas con los oficios religiosos heredados de España, continuando con el *Te Deum* y luego los actos políticos, patriotas y cívicos en la plaza de la Constitución. Paradójico que el principal escenario por el que lucharon para su construcción varios reyes, gobernadores, obispos, cabildos, peninsulares y la comunidad, le sirviera a los patriotas independentistas samarios para festejar los fastos por los triunfos de las tropas encabezadas por Simón Bolívar, para sus propios funerales en 1830 y la exhumación de sus restos en 1842.

1.3.2. Las órdenes religiosas y sus conventos

Por otra parte, las iglesias y los conventos como construcciones dedicadas cada una a cumplir una función en la estructura de la Iglesia católica universal, fueron importantes en la Colonia, en las ciudades capitales de provincia, como las catedrales. Las iglesias o los templos son espacios religiosos abiertos al público, especialmente a la feligresía, que debían cumplir con los preceptos definidos por el Vaticano a través de bulas papales. Aunque comúnmente se habla de iglesias, es bueno precisar que esta es una institución y

como tal funciona, mientras que los templos son la edificación construida única y exclusivamente para el cumplimiento de los oficios religiosos, oficios divinos, culto a los santos y vírgenes; en síntesis, lugares sagrados para celebrar los ritos, lugar para profesar la fe.



Figura 9. *Interior de la Catedral de Santa Marta*, acuarela de Edward Mark Walhouse, 1844.

Fuente: Biblioteca Luis Ángel Arango, Banco de la República

La monarquía española, al recibir la Bula Papal de 1493, expedida por su santidad Alejandro VI, entiende que debe comprometerse garantizando en los nuevos dominios y en el propio la presencia de sacerdotes y frailes encargados de propagar la palabra de Dios, evangelizar a los nuevos vasallos de ultramar, enseñar tanto a nativos como a hijos de los conquistadores que llegan al Nuevo Mundo y se asientan en él. Esos espacios no solo serán las iglesias o las catedrales, sino también los conventos, casas de Dios destinadas a la preparación y formación de nuevos hijos de Dios. La prédica de los frailes va a jugar un

papel decisivo desde un primer momento de la implantación de la dominación española en América.

Por la importancia de los conventos, la Corona española siempre estuvo interesada en que las comunidades religiosas contaran con las garantías necesarias para que ejercieran sus funciones. Así mismo, buscó los mecanismos más adecuados para regular su presencia, expidiendo normas para vigilarlos, controlarlos y en algunos casos ayudarlos a través de limosnas, y también limitándolos y hasta expulsándolos, como aconteció en el siglo XVIII a los jesuitas.

Una regulación que nos permite comprender hasta dónde llegaba el celo de la autoridad del rey, se expresa en 1687, el 14 de julio, cuando el monarca Carlos II expide una real cédula dirigida a los virreyes, presidentes, audiencias de las Indias y los gobernadores, solicitándoles le informen acerca de las haciendas y bienes raíces que posean los conventos, tanto de religiosas como de religiosos, y el número de ellas que haya en cada parte, precisando cuántos poseían en el momento y cuántos tenían al ser fundados; las rentas que tienen y deben tener por su erección y otros aspectos concernientes a la administración de los conventos. Se les solicitó, igualmente, que informaran: ¿cuántos conventos existían de religiosos y religiosas?, ¿cuántos en su distrito de acuerdo a su erección?

El informe solicitado incluía que se determinara qué congrua era necesaria para la sustentación de cada convento en bienes raíces, satisfaciendo a cada uno con toda individualidad, claridad y distinción, para que el rey pudiera tener un exacto conocimiento de la situación.

Con esa norma la Corona intentaba poner freno a la forma afanosa y desmedida de las órdenes religiosas para esquilmar a los vecinos de sus conventos asentados en ciudades, villas y lugares, principalmente en Cuba. También el rey pretendía regular las pertenencias que cada convento requería para adelantar con eficiencia su función evangelizadora y de enseñanza en sus dominios.

Hacia 1720 el rey Felipe V les solicitó a los virreyes, presidentes y gobernadores de los reinos del Perú y Nueva España un informe sobre cuáles son las rentas de los conventos y le den a conocer cuáles tienen necesidades de recibir las limosnas de vino, aceite y cera. El monarca les recuerda que desde el 4 de marzo de 1696, se viene solicitando este informe y no lo han remitido, que igualmente lo volvió a solicitar el 14 de agosto de 1700, el 19 de enero de 1704 y el 14 de julio de 1713 sin recibir respuesta. La mayor justificación para exigir de sus autoridades civiles dichos informes obedecía a que los provinciales de las órdenes religiosas solicitaban ayuda de las limosnas de aceite, cera y vino, productos necesarios para las funciones de iglesia y prédica de la fe católica. El espíritu del rey Felipe V fue contribuir a apoyar a aquellos conventos que realmente necesitaban las limosnas y los que no debieran recibir un apoyo menor, pero para poder tomar una decisión objetiva se debían organizar juntas en cada reino, integradas por los presidentes de las audiencias, del ministro o ministros de ellas que les parecieren, los fiscales, los oficiales reales y el arzobispo u obispo de la diócesis.

Ante la falta del informe solicitado desde el 4 de marzo de 1696, a la fecha, 22 de septiembre de 1720, no se conocía la situación de las necesidades de los conventos, en especial en lo concerniente a la limosna de vino, cera y aceite. Por lo tanto, el rey solicitó que enviaran la información acerca de las subvenciones que se percibían, o quienes por su condición debían ser entregadas solo en la mitad o la tercera parte de lo que se ofrecía. Reconoce el monarca que sabía que Santa Marta, las islas de Santo Domingo, la Florida y Margarita, por su extrema pobreza, les correspondería la totalidad de las ayudas⁷⁸. De tal manera que la diócesis de Santa Marta estaba incluida entre las más pobres de Hispanoamérica, por lo que debían seguir recibiendo los frailes dominicos, agustinos, franciscanos y jesuitas las limosnas de cera, vino y aceite.

⁷⁸ Muro Orejón, Antonio. Cedulario Americano del siglo XVIII, Tomo II, p. 576.

El rey reclama que la junta que ordenó que se constituyera para que estudiara los casos de los conventos no se había organizado, por lo que advierte que era urgente su conformación. Sin embargo, a pesar de las amenazas y órdenes de Su Majestad, las autoridades coloniales residentes en Hispanoamérica no dieron respuesta a las comunicaciones llegadas de la capital de la monarquía.

Por ello, cinco años después, el 20 de enero de 1725, el rey Felipe V, de nuevo en el poder, repite la misma solicitud a los virreyes, presidentes y gobernadores de los Reinos de Nueva España y Perú, que incluía, para el momento, al territorio del virreinato del Nuevo Reino de Granada, ya disuelto hasta 1740. En esta real cédula les solicita a las autoridades civiles que le envíen el informe para conocer las rentas de los conventos existentes en sus dominios hispanoamericanos y que indiquen cuál de ellos necesita las limosnas de vino, cera y aceite. Sin embargo, todavía en 1742 no todas las autoridades coloniales habían remitido a Madrid lo solicitado, por lo que, de nuevo, el rey exige se cumpla, porque hasta ese momento solo el presidente y Audiencia de Guatemala habían reportado, así los territorios de Perú y Nueva España seguían en deuda con lo solicitado desde 1696, recordado en 1725, y que era necesaria tal información para poder socorrer a los conventos pobres de Hispanoamérica⁷⁹.

Uno de los temas que permanentemente exigía la Corona española es la necesidad de que para que exista un convento era necesario tener ocho frailes. Este aspecto entraba a jugar un papel importante al momento de las elecciones de provinciales, dado que los dominicos pretendían realizar las elecciones conforme a los usos tradicionales respaldados en un breve de Clemente XI. Por ello, Felipe V expidió la Real Cédula de 12 de julio de 1739, en la cual se introducen varias reales cédulas sobre este aspecto. En primer lugar, el monarca recuerda que Carlos II, en noviembre de 1693 y en marzo de 1698, emitió una real cédula en la que fijaba la forma en que se debía aplicar el Breve del 23 de diciembre de 1611 de su santidad Paulo V, donde se establecía que en los conventos de las religiones que funcionaban en Indias debían tener por lo menos ocho religiosos con asistencia permanente, lo cual le

⁷⁹ Muro Orejón, Antonio. *Cedulario Americano del siglo XVIII*, Tomo III, 1977, p. 301-302.

garantizaba los privilegios como conventos, por lo tanto, si esa condición no se garantizaba, no se podía nombrar el provincial que los gobernara.

El 3 de mayo de 1699, el monarca Carlos II dirigió una orden a los comisarios generales de la comunidad de San Francisco, a los vicarios generales de La Merced y provinciales de todas las religiones de las provincias de la Nueva España y el Perú para que cumplan y ejecuten puntualmente el Breve de su santidad Inocencio XII, por medio de la cual se suprimen grados y exenciones concedidos a los religiosos por sus superiores. La bula en cuestión es de fecha del 22 de septiembre de 1695, en la que el rey recuerda la aplicación de otra bula anterior, la del 20 de noviembre de 1677, del papa Inocencio X. La decisión del rey, por solicitud expresa del fray Juan Antonio Centeno, predicador y procurador general en la Provincia de España de la Orden de Predicadores, extendía la norma a los dominios de España en América.

En la ciudad de Santa Marta y su provincia del mismo nombre, las órdenes religiosas con mayor presencia y protagonismo fueron tres: San Francisco, Santo Domingo de Guzmán, San Juan de Dios. Aunque también tuvieron presencia, agustinos, los mercedarios, muy efímera, los jesuitas, y muy poco sabemos de los bethlemitas. Los obispos nombrados en el periodo colonial correspondían a cada una de las órdenes y en esa medida trabajaban por los intereses de su comunidad religiosa.

No había pasado mucho tiempo de la fundación de la ciudad cuando ya se registraban los primeros intentos de evangelizar a la comunidad de nativos de estas zonas, la primera incursión a estas tierras que se conoce se da por parte de los frailes de Santo Domingo; seguidamente los franciscanos, que sin duda jugaron un papel muy importante en la consolidación del proceso de evangelización y educación hasta hoy. En la primera mitad del siglo XVIII se establecen los frailes de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, que además dejaron como prueba de su paso por la ciudad el edificio donde funcionó por muchos años el hospital de la ciudad y una bella iglesia. Las otras órdenes religiosas muy importantes durante el periodo colonial son los agustinos, los mercedarios y algunos

bethlemitas. En la documentación y en la bibliografía revisada se encontraron menciones a todas ellas, sobre todo de los franciscanos, dominicos y agustinos, aunque al nombrarse al obispo siempre se señalará a que orden pertenece y cuál es su procedencia, qué cargo ocupaba anteriormente⁸⁰.

Para efectos de esta investigación se seleccionaron las tres órdenes que por diversas razones dejaron o quedan en la ciudad rastros físicos, como templos o el nombre de una calle, pero, además, porque la mayor información se refiere a tres de esas órdenes, a saber: Santo Domingo (una calle), San Francisco, (un templo, colegio y una calle) y San Juan de Dios (un templo); aunque existe el referente arquitectónico de la construcción donde funcionó, hasta finales del siglo XX, el hospital de la ciudad, edificación dedicada hoy a albergar oficinas públicas.

1.3.2.1. Presencia de los dominicos

Los primeros frailes llegados fueron los dominicos, 20 de ellos acompañaron al fray Tomás Ortiz, de esa orden, en 1531, considerado por algunos el primer obispo de la diócesis. Inmediatamente se inició la construcción del convento con una pequeña iglesia en honor a santo Domingo de Guzmán, localizada cerca a la casa del gobernador García de Lerma, parte del actual edificio donde funciona la Gobernación del Magdalena, calle 16 (Santo Domingo) entre segunda y primera C, o Paseo de Bastidas. El fray Gregorio Beteta de la orden de los dominicos fue comisionado por el gobernador don Diego García de Lerma para que fundara un convento de su orden en el pueblo de Bondigua, para que le sirviera de vivienda y sustento cerca de la ciudad. Así se inició la organización de conventos en esta parte de Hispanoamérica.

⁸⁰ Consúltase el libro de monseñor Luis García Benítez. *Reseña Histórica de los obispos que han regentado la Diócesis de Santa Marta, Primera Parte (1534-1891)*. Bogotá: Editorial Pax, Biblioteca de Historia Nacional, 1953.

Un hecho histórico y religioso relevante fue la presencia en este convento del fray Luis Beltrán, más tarde canonizado como san Luis Beltrán. La obra de este fray se remonta a 1562 cuando llegó a Cartagena de Indias acompañado de treinta dominicos, entre ellos su amigo fray Luis Vero. Su activismo evangelizador en la provincia vecina les dio los suficientes méritos para que el obispo Juan de los Barrios le solicitara a su provincial de Cartagena de Indias que lo enviara a la provincia de Santa Marta para que se dedicara a la enseñanza de la cristiandad. Al llegar a la ciudad fue recibido con alborozo por el prior de los dominicos fray Luis de Orduña y su compañero fray Luis Vero, que ya había sido traslado al convento de Santa Marta. Es indudable que la presencia de fray Luis Beltrán en la ciudad y luego en pueblos de la provincia le dio a la orden de los dominicos mucho protagonismo.

Pero el templo y el convento sufrieron por los ataques de los piratas así como los vecinos de la ciudad, la iglesia de los franciscanos y la catedral. A pesar de los golpes recibidos, el convento de Santo Domingo de Guzmán permaneció en pie hasta que fue abandonado por la comunidad. Siempre se consideró como un templo pequeño, en caso de trasladar hacia él las funciones de la catedral, pero en 1777 el cabildo eclesiástico y el señor obispo Don Juan Francisco Navarro y Acevedo le comunicaron al rey que les tocaría irse para Santo Domingo por el mal estado del templo de San Francisco, ya estaban autorizados desde agosto de ese año, sin embargo, no se realizó de inmediato. La crisis del hospicio de San Francisco empeoró.

En el cabildo eclesiástico, en su sesión del 14 de julio de 1789, celebrada en la iglesia de Santo Domingo, el deán expone el estado calamitoso de la iglesia de San Francisco, por eso el gobernador tomó la decisión de cerrar el templo después que maestros de obra y albañiles conceptuaron que no era recomendable utilizar el hospicio, porque podría suceder una desgracia. Siguiendo las órdenes del vice real patrono (el gobernador), el padre sacristán cerró las puertas y entregó las llaves, y se le ordenó que impidiera el uso y la concurrencia a la iglesia. Acto seguido le envió un oficio al cabildo informando la decisión

y que se trasladaran al otro hospicio que había en la ciudad en Santo Domingo, lo que había sucedido.

La mudanza de los utensilios de la catedral se llevó para el señalado templo. De tal manera que la nueva sede de la catedral, donde se comenzaron a celebrar los oficios religiosos, tenía algunos inconvenientes: pequeño, distante del vecindario y muy cerca al mar, ubicación que afectaba la salud de los feligreses por el aire frío y nocivo que recibía constantemente. A lo anterior se agrega la apertura de las sepulturas para enterrar a los muertos de la ciudad, ya que esa función no se realizaba en San Francisco. Por lo anterior, el cabildo no puede ejercer sus funciones y tampoco puede exigir a los otros ministros que asistan, por lo que no era oportuno imputar cargos hasta tanto no se les preparase la catedral conforme a lo determinado y ordenado por el rey, que ese era el lugar para que el cabildo eclesiástico cumpliera sus funciones.

Es indudable que el deán Merino fue a la reunión de ese día bien preparado, sus compañeros igualmente, tanto que señalaron que lo peor era que por la situación del templo, el obispo, el doctor don Juan Francisco Navarro⁸¹, pasó doce o trece años en Valledupar, lo que lamentaban, que lo habían aceptado con resignación, que sufrían por su ausencia, dado el carácter de superior del Gobierno eclesiástico. Cuando terminó el deán, sintió un alivio, había descargado toda su inconformidad y su rabia por el estado de abandono en que se encontraba la diócesis. Fue tan convincente su intervención que los asistentes aprobaron por unanimidad el informe y al final de la reunión dejaron constancia de que el hospicio de Santo Domingo no contaba con las condiciones adecuadas para recibir la palabra de Dios, bien por su estrechez, bien por su ubicación cercana al mar⁸².

No era para menos el reclamo del cabildo eclesiástico, ya que por las tardes penetraba el sol tan fuerte que los obligaba a cerrar las puertas y acabar las funciones religiosas. Como

⁸¹ Murió en Santa Marta el 19 de septiembre de 1788.

⁸² AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 1199; Doc: Cabildo Eclesiástico, Fecha: 3.2. 1790, ff.6-7.

puede verse la queja, la protesta y el reclamo de los miembros del cabildo está más que justificada. Además son taxativas sus advertencias al anunciar la decisión de no volver a sesionar en Santo Domingo hasta que no se contara con las garantías para desarrollar sus funciones como guardianes de las sanas prácticas religiosas.

Definidamente, como afirma el deán, no se sabía cuáles eran “las ocultas causas”, para que las autoridades coloniales con asiento en Santa Fe y a veces en Cartagena de Indias se opusieran a la construcción de la catedral de la ciudad. En el fondo había un interés: sabotear las decisiones de Su Majestad que beneficiaban a la ciudad y sus vecinos y, por otro lado, trasladar al obispado de Cartagena de Indias las funciones de la mitra de Santa Marta, poder que les daba facultades para intervenir en la provincia. Ya había sucedido cuando se nombró a don Juan Bautista de Mier y la Torre, residente en Mompos, quien como maestre de Campo se había desempeñado como pacificador de los pueblos no controlados como los chimilas. Justamente él recomendó a su sobrino don José Fernando de Mier y Guerra, momposino, para que lo reemplazara⁸³. De tal manera que los miembros del cabildo eclesiástico son expresión también de la inconformidad de los peninsulares, de los pardos, de los principales e inclusive de los libres de todos los colores que asistían con devoción a las funciones de iglesia.

Al acta que firmaron todos los miembros del cabildo y ratificada por el secretario del mismo, don Gaspar Antonio González, se le anexaron las reales cédulas de 1774, de la que ya se dio cuenta, en la que el monarca precisa que es su voluntad que se continúe la obra de la catedral y que para nada será trasladada la mitra a Cartagena de Indias; la Real Cédula de 1778, en la que se manda se entreguen los recursos asignados y que se cuiden, que no se hagan gastos superfluos; la Real Cédula de 1779, que se autoriza que se dé testimonio del

⁸³ El gobernador de la provincia don Juan de Vera Fajardo aceptó la recomendación y lo nombró en 1739, ratificado por el virrey don Sebastián de Eslava el 19 de octubre de 1743. Estas decisiones no eran bien vistas por los vecinos peninsulares de la provincia porque excluían a los samarios de los cargos importantes y de responsabilidad. De hecho, las mejores haciendas de la provincia de Santa Marta eran de propiedad de cartageneros, quienes se beneficiaban de la gran producción ganadera de la provincia samaria.

cumplimiento de la Real Cédula de 1777 que designó la suma de \$20.000.00 pesos que estaban destinados a la catedral y la construcción del colegio seminario; el Superior Decreto de 1788 del virrey firmado en Turbaco, provincia de Cartagena, donde se expresa claramente la necesidad de cumplir las órdenes reales, en las que se exige que se entreguen los dineros que retienen algunos oficiales reales sin permiso de nadie, los que deben entregarse con los respectivos intereses de tres años, ya que la demora en el desembolso de esos recursos son la causa de los retrasos de la fábrica de la catedral.

Tanto copia del acta como los anexos llegaron y fueron presentados a Su Majestad en Madrid el 3 de febrero de 1790, por poder dado a don Andrés Lidón. Adicionalmente, recuerda el poderdante que los recursos estaban en manos de cuatro vecinos que se habían ofrecido encargarse de la reedificación de la obra, que además uno de ellos había acopiado los materiales necesarios para los trabajos, que se habían adelantado diligencias para traer un arquitecto de una ciudad diferente, dado que Santa Marta no contaba con personal calificado. Que la actitud del Virrey no se comprendía, porque siempre aparecían nuevos argumentos para no ejecutar las obras. Con todas estas actividades, los vecinos de la ciudad estaban convencidos de que se habían vencido todos los obstáculos que se habían presentado con el fin de retardar u obstaculizar la construcción, y que por tanto el anhelo de ver concluida la iglesia por la que habían esperado tanto, finalmente habría de terminar. Lo cierto es que las obras volvieron a detenerse tres años más⁸⁴.

El representante del deán y el cabildo le dijo al rey y a las cortes que ni siquiera había valido la amenaza al virrey que se pronunció el 28 de julio de 1788, documento que reseñamos arriba y que hizo parte del informe y sus anexos de la reunión del cabildo eclesiástico que se cuenta arriba.

En el templo de Santo Domingo fueron sepultados los cuerpos del deán doctor Diego Fernández César y a finales del siglo XVIII el obispo doctor Anselmo Fraga y Márquez,

⁸⁴ AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 1199; Doc: Cabildo Eclesiástico, Fecha: 3.2. 1790. f. 23.

quien falleció el 22 de marzo del año de 1793. En el pequeño templo se celebraron pocas ceremonias reales, solo era ocupada para los oficios religiosos tradicionales de domingo, días de fiesta y de guardar, la incomodidad será la queja permanente del Gobierno eclesiástico y la feligresía. Al terminarse la construcción de la catedral todo se concentró en ella, Santo Domingo fue perdiendo importancia, hasta que por efecto de las crecidas del mar y el abandono de los propios frailes desapareció, quedaron solo dos iglesias (San Francisco en muy mal estado y San Juan de Dios) y la catedral.

1.3.2.2. Los franciscanos

Después de algunos intentos fallidos, la comunidad franciscana se estableció en Santa Marta hacia 1597 cuando entra a la ciudad una expedición de siete frailes recoletos a cargo del fraile Francisco Ortiz Orruño; hay que decir que estos frailes recoletos pertenecían a la misma rama franciscana. Según Mantilla⁸⁵, de los siete frailes llegados a Santa Marta, seis eran sacerdotes y uno era hermano lego: fray Cristóbal Orozco, del monasterio de Ávila; fray Cristóbal Merino y fray Juan García procedentes, del convento de Almonte; el fray Alejandro Meza llegó del monasterio de Castañar; fray Diego Gutiérrez y fray Juan Gutiérrez llegaron del convento de la Cabrera, y fray Martín de la Cruz vino a Santa Marta procedente del monasterio de Cadahalso. En cuanto a la situación que se encontraron en el momento de su arribo, hay que mencionar que fue muy desoladora, puesto que la ciudad había sido víctima de incursión de piratas. El escribano fray Pedro Simón es quien documenta el momento coyuntural por el que atravesaba Santa Marta.

Santa Marta en el siglo XVII fue víctima de varios ataques piratas, lo que impidió un avance social en ella, además de un temor constante ante una eventual nueva incursión. La

⁸⁵ Mantilla, Luis Carlos. Desolación y fidelidad. Los Franciscanos en Santa Marta (1597-1997), Bogotá: Editorial, Colegio San Luis Beltrán de Santa Marta, 1997, p. 161

comunidad franciscana también quedó inmersa en estas desproporcionadas asonadas por parte de los piratas, sus conventos sirvieron de refugio y en varias oportunidades fueron atacados. A finales del año de 1699, el 10 de septiembre, en el informe que redactó el provincial de la orden fray Antonio Chávez al presidente de la Real Audiencia sobre la provincia de Santa Marta, cuando se refiere al convento y la doctrina que atiende, manifestó que su jurisdicción cobija a la doctrina de Masinga y la de Mamatoco. Es importante resaltar el papel jugado por el franciscano fray Andrés Pico y Redín por su trabajo con los negros cimarrones tanto en Santa Cruz de Masinga como en San Antonio de Guachaca⁸⁶.

No menos preocupante fue la situación para las comunidades religiosas entrado el siglo XVIII, ya que se inició con el proceso de abolición de conventos que no contaran con más de ocho religiosos a su cargo, lo cual amenazaba a la comunidad franciscana de Santa Marta, que sólo contaba con tres. Para garantizar su permanencia hubo que levantar testimonios para que estos fueran objeto de estudio por parte de Su Majestad y así poder continuar con su labor.

Debido a la pobreza en la que se encontraba Santa Marta, fueron muy pocos los recursos que estaban destinados para la comunidad franciscana y en general a obras que se quisieran emprender en la ciudad para la fecha; la parte física donde funcionó el convento se construyó siempre muy humilde. Se muestra en un informe cómo la edificación se encontraba arruinada. La planta física del convento constaba, según informe de 1704, de solo dos celdas, una cocina, iglesia y sacristía. Como se puede apreciar por la descripción, espacios muy reducidos para considerar una buena y voluminosa asistencia, en ella solo tuvieron residencia, cuando mucho, cuatro sacristanes. “En 1711 la comunidad se componía del Padre guardián con tres discretos, cuyos nombres eran: fray Luis Martín de León, guardián, fray Antonio de Pico y Redín, predicador jubilado, fray Manuel de Erasso,

⁸⁶ Restrepo Tirado. Historia... Tomo II. Op. Cit., pp. 17-18.

discreto y fray Marcelo Navarrete, discreto”⁸⁷, esos mismos cuatro franciscanos que firmaron una carta el trece de abril de 1711 al rey Felipe V, ellos mismos aparecen firmando una recomendación en favor del capitán don Pedro Zarate, el 3 de agosto de 1712.

Dada esta situación al convento –cuyo titular era san Antonio de Padua–, se le consideró como convento menor, con la denominación de guardianía, se le cambió por presidencia y también hospicio. Un dato adicional que ayuda a comprender la situación de pobreza y de abandono de los templos y conventos de la ciudad al inicio del siglo XVIII lo constituye el hecho de que el obispo fray Luis Bernardo Martínez Gayoso de la Orden de San Bernardo encontró la catedral en tan mal estado que trasladó todos los oficios religiosos para el convento de San Francisco.



Figura 10. Iglesia de San Francisco de Asís.

Durante el Siglo XVIII ofició varias veces como catedral de la ciudad de Santa Marta.

Fuente: Cortesía del señor Gustavo Castañeda Castañeda.

⁸⁷ Mantilla, Luis Carlos. Op. Cit. p. 65-66.

Un aspecto importante es la protección que los reyes siempre les brindan a las órdenes religiosas con asiento en Hispanoamérica. Una muestra de ello fue la Real Cédula de junio de 1741 expedida por el monarca Felipe V, tiene que ver con la exoneración del pago del transporte de América a España; los frailes y en general las personas que se embarcaban en los puertos hispanoamericanos debían cancelar 14 doblones por el pasaje, además casi siempre iban acompañados, por tal razón, para transportarse hasta Cádiz o Sevilla de Cartagena de Indias o Santa Marta, un fraile y sus familiares debía tener suficiente dinero, por lo que le solicitaron al rey que los eximiera del pago de dicho valor. Su Majestad, en otro acto de protección a los frailes y para garantizar la difusión de la fe católica, aceptó tal solicitud y expidió la real cédula, mencionada arriba, por medio de la cual se señalaba que dada la notoria pobreza de los franciscanos, se autorizó a los presidentes y ministros asesores del Tribunal de la Casa de Contratación de las Indias y a capitanes que todos cuantos se embarcasen pertenecientes a la comunidad religiosa de los franciscanos quedaban libres de la contribución del piso, en tanto se reconocía la precaria situación económica que estos tenían. Por lo que era de imperiosa obligación que la orden se conociera para evitar el desconocimiento de las mismas, en tanto se advierte que esta potestad que de impresa en las licencias que se les otorgasen a partir de este momento a los franciscanos⁸⁸.

Esta norma es una expresión de solidaridad con las comunidades religiosas, que, como se ha dicho, cumplieron una tarea preponderante en la Conquista y durante el periodo colonial. Sin el papel de los frailes doctrineros y predicadores, la implantación del cristianismo entre los nativos hubiese sido mucho más complicada⁸⁹. A la final son ellos los que tenían el

⁸⁸ Muro Orejón, Antonio. Cedulario Americano del siglo XVIII. Tomo III, p. 286-287.

⁸⁹ Sobre algunas medidas que favorecían a los franciscanos en Hispanoamérica en el siglo XVII se pueden reseñar, por ejemplo, estas reales cédulas publicadas por Muro Orejón Antonio. Cedulario Americano del siglo XVIII. Tomo II, 1956: 7 de agosto de 1679; para el 31 de mayo de 1686 se expidieron dos cédulas; igual situación se presenta para el 24 de septiembre de 1688; cuatro más del 26 de marzo de 1689, y la mencionada arriba, el 11 de marzo de 1698. En algunas de ellas los beneficios solicitados por los franciscanos se hacen extensivos a las otras comunidades religiosas.

encargo de los rituales en las ceremonias reales y religiosas, esos son los escenarios apropiados para tal fin, por lo que era obligación protegerlos y garantizar su existencia.

Según el padre Mantilla, es posible que el convento no haya sufrido muchas modificaciones, ni siquiera bien entrado el siglo XVIII, pero de cierta manera sí se presentaron algunas refacciones menores debido al temblor del año 1752 que también afectó a la iglesia catedral y a las pocas edificaciones existentes. Ahora bien, el convento sufrió una crisis cíclica, sin embargo, en los informes económicos del guardián para los años de 1770 y 1772 se hicieron unas remodelaciones que le permitieron al claustro mejorar o fortalecer algunos de sus maltrechos lugares, así se consiguieron cuatro haces de cañas para su techo, algunos ladrillos, entre otros materiales⁹⁰.

En otro registro se describe cómo era el convento en 1789. Se ilustra que posee siete celdas pequeñas de claustros bajos. No tiene las comodidades para que los cuatro religiosos que lo habitan estén cómodos, la edificación no tiene un atractivo que la haga sobresalir sobre las otras construcciones. A pesar de las incomodidades y el estado lamentable, el templo servía de catedral.

La economía del convento al parecer tuvo una mejora en la segunda mitad del siglo XVIII. En 1772 fray Victorino García envía un informe dando relación del tiempo que lleva a cargo del convento, donde enumera los gastos e ingresos del mes. Las entradas del convento estaban constituidas por: los estipendios de las misas, limosnas, y los réditos por principales y memorias pías, es decir, obras piadosas. En la relación de gastos presentada, afirma Mantilla que los gastos que se cubren incluyen el pago de personal que apoyaba en las diversas labores, compra de alimentos, ornamentos, todos los objetos necesarios para adornos en épocas de celebraciones reales, de pascua, navidades, Semana Santa, donde se incluyeron iluminarias, además de pagos de correo durante todo el año⁹¹.

⁹⁰ Mantilla, Luis Carlos. Op. Cit. p. 66.

⁹¹ Mantilla, Luis Carlos. Op. Cit. p. 67.

Adicionalmente, en febrero de 1772, se hizo una relación de gastos para la celebración de la colocación del altar de Jesús. Dos pesos para comprar unos bizcochos, ocho reales que se utilizaron para la compra de un frasco de aguardiente, doce reales para el pintor de la cruz “*que tiene Jesús en el Camarín*”, se compraron dos cíngulos de cinta por un valor de cuatro pesos, compraron dos mudas de ropa para el padre presidente del convento y además se pagaron dos pesos por las dos mudas de ropa para el zambito del convento. Se aprovechó el momento para pintar de blanco la pared del respaldo del altar de Jesús, ese trabajo costó cinco pesos, y en el mes de marzo aparecen anotados ocho pesos por la compra de ocho libras de cera, para alumbrar la imagen de “Jesús en los tres días de carnestolendas en que se colocó el nuevo altar”⁹². En esta relación de gastos se muestra que la situación económica de la ciudad ha mejorado, además de los ingresos señalados arriba, se puede inferir que los gobernadores entregaron las limosnas autorizados por el rey y que no se cedían a las órdenes religiosas por las autoridades competentes. Cabe señalar que a pesar de la aparente “prosperidad” del convento, todo era sobrio y necesario, no había lujos.

A pesar de que el espacio donde funcionaba el convento constaba de una pequeña iglesia de 33 varas de largo por 14 de ancho, donde no había cabida para un gran número de feligreses, quienes acudían para grandes solemnidades religiosas, en varias oportunidades, bien fueran las razones por modificación o por desastres de la naturaleza, como lo fueron los temblores que se registraron en este periodo, el convento sirvió como sede a la catedral y en ella se realizaban los sagrados oficios religiosos. La primera ocasión se presentó con la llegada del obispo fray Luis Bernardo Martínez Gayoso en 1706, quien propuso la demolición de la catedral por el estado de ruina en que se encontraba. Un segundo momento se dio en 1745, cuando la nueva edificación comenzaba a presentar deterioro, el cual aumentó con el temblor sucedido en enero 1752, una vez más es movida la catedral al convento San Francisco y aquí funcionó por muchos años.

⁹² Ibíd.

Por su parte, en el Archivo General de Indias reposa un documento de 1790 que hace un recuento de decisiones reales e informes de las autoridades coloniales de Santa Marta. Este documento del cabildo eclesiástico recoge el acta de la junta de dicho cabildo del 14 de julio de 1789, del que ya se dio cuenta, en la cual se hace enumeración de una serie de situaciones sobre la construcción de la catedral. En él, el cabildo eclesiástico deja claro su posición y denuncia la malquerencia del virrey con la ciudad, que abusando de su autoridad no obedece las órdenes de Su Majestad. A la reunión de ese lejano día todos asistieron muy puntuales a la iglesia de Santo Domingo. El señor deán tomó la palabra, recordó a los participantes en la reunión que hacía más de 31 años un fuerte terremoto había terminado con lo que quedaba del templo catedral, afectado desde 1749 por sucesivos temblores. Que justamente a raíz del temblor del 1752, el ilustrísimo señor obispo don Nicolás Gil Martínez Malo, en 1756, en común acuerdo con el vice real patrono el gobernador don Juan Toribio de Herrera Leyva y el cabildo eclesiástico en pleno, destinaron provisionalmente el pequeño hospicio de San Francisco. Aunque su capacidad era para que un solo religioso atendiera los asuntos propios de sus funciones, se acomodaron los ornamentos y las otras pertenencias de la diócesis.

La decisión del obispo y las otras autoridades obedecía a la inexistencia de un templo en mejores condiciones en el centro de la ciudad, la opción más apropiada fue el templo de San Francisco. En esta sede transitoria se realizaba la administración de los santos sacramentos, la celebración de los divinos oficios y las reuniones más importantes de las autoridades eclesiásticas. El deán Merino aclaró que se había acordado que solo era por un tiempo, mientras se reedificaba la arruinada catedral. Refacción que la vecindad y las autoridades de la ciudad esperaban que se diera con los auxilios del rey Fernando VI. El rey era muy celoso de que sus súbditos, como en tiempos de su padre, cumplieran sus deberes con la religión católica y recibieran la asistencia espiritual necesaria. Consciente de eso, el deán dijo: “obra tan importante al culto de Dios, y en efecto puntualísimamente expidió sus

reales órdenes en los años de sesenta y siete y sesenta y nueve para que se efectuase sin pérdida de tiempo dicha reedificación”⁹³.

El deán en esta reconstrucción señala que el monarca libró prontamente diez y seis mil pesos que fueron consumidos al comenzar la obra, con esos recursos se alcanzó para cimientos y otras obras civiles. Inmediatamente después el rey con su bondad con la ciudad produjo otras reales órdenes que nunca se habían podido verificar que se hubieran cumplido, por lo que tomó la decisión de expedir dos reales cédulas, fechadas en Aranjuez en junio de 1778 y otra en San Ildefonso en agosto 1779. En ambas se autorizan recursos que el virrey debe enviar a Santa Marta para continuar la construcción de la iglesia catedral, pero el Virrey se mantenía mudo, sin atender lo ordenado, por lo que la obra seguía paralizada sin saber hasta cuándo.

Lo más aberrante es que dado el incumplimiento de dichas cédulas, el virrey había sido reprimido como otras autoridades coloniales con asiento en el virreinato de la Nueva Granada. Debido a esta situación de inacción en la ejecución de sus órdenes, el monarca tuvo que proceder a expedir un superior decreto, del que el cabildo tenía copia, que tampoco fue obedecido por el virrey. El deán, muy molesto, al igual que los otros miembros del cabildo, notifica que se ignoran cuáles son las verdaderas causas que han torpedeado el efectivo acatamiento de las reales órdenes, circunstancia que retrasó por más de tres décadas la fábrica de tan significativa obra y provocó alteraciones en la práctica espiritual para el buen desempeño de la fe y ceremonias de celebraciones a Vuestra Dignísima Majestad⁹⁴. La iglesia era tan pequeña que no permitía organizar el coro⁹⁵ y el bautisterio, que solo era posible albergar la cuarta parte de la feligresía; además, era una edificación

⁹³ AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 1199; Doc: Cabildo Eclesiástico, Fecha: 3.2. 1790, f.3.

⁹⁴ AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 1199; Doc: Cabildo Eclesiástico, Fecha: 3.2. 1790; f.4.

⁹⁵ Sin duda el Coro como parte de la catedral, la importancia de quiénes pertenecían a él y el lugar que ocupaban en las funciones de iglesia es un tema que suscitaba confrontaciones por el papel protagónico de sus integrantes.

muy mal construida, le penetraba el sol, la lluvia y el polvo que arrastraba las fuertes brisas, lo que obligaba a cerrar las puertas.

Después de este recuento de los hechos que permitieron mostrar el estado de atraso en que se encontraba la fábrica de la catedral, se le comunica al rey Carlos IV, que había asumido las riendas del poder el 14 de diciembre de 1788. En 28 de julio de 1789 se celebraron en la ciudad festejos por su ascenso como rey de España. En dicha ocasión se le suplicó al monarca que expidiera una real cédula, ya que se necesitaba una decisión pronta que aliviara definitivamente los padecimientos del clero en general y en particular a las vicisitudes que vivían los miembros del cabildo eclesiástico. Era menester “aplicar un remedio extraordinario y radical que sea capaz de poner en ejecución las Pías intenciones de Vuestra Majestad”⁹⁶, que no hubiera la menor dilación ni excusa para no cumplir con lo ordenado. Se le debe hacer seguimiento y debe concluirse lo más pronto posible la obra principiada.

Ni los obispos ni los frailes franciscanos se sentían cómodos, la convivencia no siempre fue buena. En 1789 en un informe del guardián del convento se dice que el obispo y los canónigos tenían el monasterio y la iglesia llena de trastos, de objetos que impedían que los frailes y su feligresía se movieran sin tropiezos; pero los obispos también se quejaban por no tener su propio espacio. Por esa situación crítica de la catedral los obispos trasladaron sus sedes a Valledupar y Riohacha porque una serie de oficios religiosos y reuniones del clero y del cabildo no se desarrollaban con la comodidad necesaria y acostumbrada. Inclusive estas relaciones tensas entre el obispo de turno y el guardián de los franciscanos llegó a su máxima expresión del conflicto cuando se enfrentaron el vicario general de la diócesis, doctor Luis de Robles, y fray Manuel Celada, el guardián de la orden, todo porque el fraile había trasladado una pieza del convento que se encontraba en la catedral. Esta acción fue reprobada porque el franciscano no había pedido permiso y por lo tanto no estaba autorizado. Este hecho y otros disgustos determinaron que la catedral se trasladara

⁹⁶ AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 1199; Doc: Cabildo Eclesiástico, Fecha: 3.2. 1790, f. 25.

para la pequeña iglesia de Santo Domingo⁹⁷, más incómoda y menos apropiada para la serie de funciones religiosas, pero el obispo no tenía otra cosa que hacer.

Sin duda que fue en esta iglesia y convento de San Francisco donde se realizaron la mayoría de las ceremonias reales, bien por la proclamación o por la organización de las exequias de los reyes borbónicos. Porque fue el templo que desde 1753 y por casi treinta años albergó las imágenes y todos los accesorios de la catedral cuando ésta cayó por siempre y se comenzó a construir la nueva. Ya había cumplido tal misión en otros momentos de la historia eclesiástica de la ciudad, después que los piratas quemaban y saqueaban la vieja catedral edificada frente al mar. En esa casa de Dios, se organizaron las ceremonias reales por el ascenso al poder de Fernando VI, Carlos III y Carlos IV, así mismo se celebraron las exequias de Felipe V, Fernando VI y Carlos III. También los fastos por la preñez de la reina, el nacimiento de infantas e infantes, bautismos de los mismos, matrimonios de ellos en los momentos oportunos, y por supuesto, las honras fúnebres de familiares de la realeza. Fue la iglesia de San Francisco, en medio de la estrechez, el lugar para que las autoridades civiles y eclesiásticas, acompañadas de los peninsulares y la comunidad en general, rindieran los honores a la monarquía borbónica dieciochesca, es decir, celebraban las fiestas de fidelidad mandadas y exigidas a los vasallos y súbditos del rey.

1.3.2.3. La presencia de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios

Es innegable que la necesidad de contar con un lugar para la atención de enfermos es tan necesaria como tener una iglesia. En la primera se salva la vida o se alivian los males que

⁹⁷ Si nos atenemos a la ubicación del Real Seminario y sus linderos en 1789, que dice que el seminario lindaba “por la parte de arriba con la de los herederos de Joaquín de Robles, por la de abajo con la de Eduardo de la Guerra y calle Real [17] de por medio, por el frente [ilegible] y por la cola con el convento del Patriarca Santo Domingo”. AHDSM: (Santa Marta). Tomo III, f. 1, 1790.

aqueja la salud de los habitantes de una población en particular; en la segunda, la Iglesia y sus pastores tienen como misión “salvar almas”, por ello la importancia de la iglesia, las órdenes religiosas, los conventos y por supuesto la catedral en las capitales provinciales dentro del cuerpo social de la sociedad. De acuerdo a las anteriores consideraciones, las ciudades fundadas por los españoles en su proceso de conquista y colonia se preocuparon por organizar y mantener tanto iglesias como hospitales. Por supuesto que la principal preocupación de los conquistadores fue organizar iglesias, como símbolo de conquista de territorio, y luego organizar los hospitales, que indudablemente tienen un componente fundamental, contar con personal calificado para asumir las tareas propias de la profesión; fue más fácil enviar y formar curas o sacerdotes que médicos y enfermeras. Para poder analizar la presencia de los miembros de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios⁹⁸ en Santa Marta, se revisará la organización y puesta en marcha del hospital.

El doctor José Mijares Solórzano y Tovar toma su cargo de obispo en 1739. Cuenta con el acierto de tener buenas relaciones con el gobernador, lo cual le sirvió para retomar la idea de la construcción de un hospital en la ciudad de Santa Marta, desafortunadamente el obispo no alcanza a ver materializado su proyecto, la muerte le sorprende en 1742. Para gracia de la ciudad, el virrey Sebastián de Eslava le dio continuidad a la erección de la obra hospital introduciendo en las reales casas un impuesto del noveno y medio de diezmos para la edificación del hospital. El rey Fernando VI, por Real Cédula de 7 de marzo de 1751, autorizó a la Orden de San Juan de Dios para que se fundara en ella un hospital y destinó para su fabricación y sustento el noveno y medio de diezmos correspondiente de toda la provincia pertenecientes a hospitales⁹⁹. A pesar de que tal impuesto estuvo destinado por

⁹⁸ El enfermero católico portugués Joao Cidade Duarte, nació el 8 de marzo de 1495 en Montemor –o- novo (Portugal) y murió el mismo día de su nacimiento en 1550, Granada (España), fue canonizado en 1690, el papa León XIII lo declaró patrono de los hospitales y de todos los que trabajan como enfermeros. Con el nombre de San Juan de Dios, el 8 de marzo se celebra en el mundo católico su fiesta. Fue el fundador de la Orden católica con ese nombre.

⁹⁹ Campo Mier, Enrique y Padilla Pinedo, Wilfredo. Historia del Hospital San Juan de Dios. Dentro de la dinámica colonial de Santa Marta. Santa Marta: Gobernación del Magdalena, 2014. p. 62.

mucho tiempo para fábricas de hospitales, estos siempre tuvieron otros destinos, como construcción de escuelas o adecuaciones de iglesias.

La entrada de los religiosos de la Orden de San Juan de Dios a Santa Marta se da 1746. En ellos quedaría la responsabilidad de la fundación y organización del hospital, ya que no había quién se hiciera cargo de los enfermos ni dónde atenderlos. El prelado autorizó reedificar unos cuartos que estaban contiguos a lo que fue la casa episcopal y el gobernador fijó salarios a los religiosos¹⁰⁰. Al principio se llamó convento hospital del Arcángel San Rafael, los médicos que quedaron al frente de la salud de los samarios fueron Juan de Heredia y Josef Joaquín González “y a partir de 1760 se le siguió llamando como Hospital San Juan de Dios, mientras que el Convento conservó el nombre San Rafael”¹⁰¹.

Después de la orden que estableció la organización del hospital y por lo tanto garantizar la presencia de los frailes de la Orden de San Juan de Dios en la ciudad y su provincia, se expidieron dos reales cédulas, una el 26 de octubre de 1748 y otra el 27 de octubre en 1749, en tiempos del obispo Juan Nieto Polo de Águila y el gobernador don Antonio de Alcalá Galiano. Un aparte de las reales cédulas señala que por licencia concedida en 1746 del reverendo obispo, el gobernador y el cabildo secular, un religioso construyó el Hospital San Juan de Dios en la calle llamada del Río. Con solo 12 camas iniciaron sus labores, y algunas oficinas propias para su funcionamiento, pudiéndose llegar el número de camas a 20, si se dispusiera de los \$ 2393 y \$3000 que se hallaban en las cajas, así como lo concedido por el deán y el cabildo correspondiente de otros sitios de la provincia que reunirían \$5000, considerando que sean utilizadas estas cantidades para la conclusión de la obra como para su manutención¹⁰².

En el estudio realizado por Campo y Padilla, ofrecen una relación sobre el tipo de materiales utilizados para la construcción del hospital/convento. Cuando se describe el

¹⁰⁰ Campo Mier, Enrique y Padilla Pinedo, Wilfredo. Op. Cit. p. 63.

¹⁰¹ Bermúdez, Op. Cit. 1981, p. 68.

¹⁰² Bermúdez, Op. Cit. 1981, p. 70.

material de construcción de la edificación, se dice que “presenta paredes gruesas, con hiladas dobles de ladrillos de tablón, pegados con barro crudo en parte y en otras con mezcla de cal conseguida a base de corales fosilizados molidos o pulverizados, después de ser sometidos a altas temperaturas en hornos que ellos hacían en la tierra...”¹⁰³. Estos corales se traían del vecino pueblo de Taganga, donde eran muy abundantes, y se utilizaban en la mayoría de las viviendas que se construyeron en la ciudad, entre ellos, el hospital/convento.

Parece ser que el proceso de entrega de los dineros enviados por Su Majestad para la construcción del hospital no se ejecutó de forma inmediata. Por lo informado, se puede interpretar que el convento y la iglesia se hicieron a solicitud de los religiosos, a pesar de que no percibían nada de las cantidades destinadas para estos. De todas maneras, los frailes de San Juan de Dios lograron construir el templo y mejorar las condiciones, dada las gestiones del “Prior del Convento y padre fundador fray Josef Joaquín González, quien con abnegación y laboriosidad logró terminar la construcción del Hospital y Convento de la Iglesia y fundió las campanas con un poco de cobre que encontró”¹⁰⁴. Pero la labor no fue nada fácil, a pesar de las diligencias del Prior fundador, que debía recibir anualmente el noveno y medio autorizado por el rey desde 1751 para la atención de los pobres.

Hay que indicar que tanto la iglesia como el convento fueron una empresa de religiosos, donde el convento cumplía funciones de hospital. El nombramiento del médico cirujano de la plaza estaba a cargo de los religiosos de la Orden de San Juan de Dios, quienes daban esta labor a religiosos con poca experiencia y habilidades. La edificación estuvo a cargo del Gobierno civil. Si bien la edificación del hospital fue una iniciativa del Estado, eran los religiosos de la Orden de San Juan de Dios quienes tenían a su cargo la administración del hospital, así como el nombramiento de los médicos cirujanos. Esta puede ser una razón para

¹⁰³ Campo Mier, Enrique y Padilla Pinedo, Wilfredo. Op, Cit., 2014. p. 89.

¹⁰⁴ Bermúdez, Op. Cit. 1981, pp. 68-69.

que desde 1786 se registre en los documentos de archivo como edificación con el nombre convento hospital San Juan de Dios, como si a estos concerniera su fabricación¹⁰⁵.



Figura 11. Iglesia de San Juan de Dios

Fuente: Cortesía del señor Gustavo Castañeda Castañeda.

La historia de la administración del convento hospital de Arcángel San Rafael está envuelta en medio de las desavenencias, dado el hecho que ambos poderes, eclesiásticos y civiles, tenían potestad en toma de decisiones, lo que ocasionó choques entre estos dos, como ya se ha dicho arriba. Pero en medio de esas contradicciones la orden siguió controlando el nombramiento del médico cirujano para el hospital. Lo importante para la Orden de San Juan de Dios fue mantener abierto el hospital, el convento y la iglesia. Aunque ni hospital

¹⁰⁵ Campo Mier, Enrique y Padilla Pinedo, Wilfredo. Op. Cit. 2014. pp. 65-66, 89.

ni el convento existen, sí se mantiene abierta la iglesia, siendo una hermosa edificación colonial en la que se siguen prestando los oficios religiosos diarios.

El virrey del Nuevo Reino de Granada, don Pedro Messía de la Cerda, quien concentraba el poder de la monarquía borbónica en el virreinato, ordenó un informe sobre la situación del virreinato a don Francisco Antonio Moreno y Escandón, quien se desempeñaba como fiscal protector de indios, de la Real Audiencia, juez y conservador de rentas reales en 1772. Este contenía temas como la situación del territorio y del gobierno del virreinato, el comercio, la situación de la Real Hacienda, el estado militar, literario, y al final, el Estado eclesiástico, señala que la Orden de San Juan de Dios relacionó entre sus fábricas 14 conventos y otros tantos hospitales, los cuales contaban con 700 camas y ofrecían ayuda a la misma cantidad de personas. El número de religiosos era de 88, sin embargo, hay ciertos conventos que no cumplían con las cantidades de religiosos requeridos por la Ley de Indias para ser considerados conventos¹⁰⁶. Dentro de los hospitales y los conventos/iglesia existentes en el Nuevo Reino de Granada, se encuentra el de Santa Marta, y es muy posible que fuera uno de los conventos que no cumplía con la norma establecida de tener como mínimo ocho frailes.

Como puede apreciarse, las órdenes religiosas cumplieron papeles claves para la consolidación de la conquista y la colonización de las tierras del Nuevo Mundo. La catedral fue regentada por obispos de varias de ellas, los dominicos tuvieron el privilegio y la constancia para que en medio de las dificultades fundaran la primera iglesia y se iniciara un proceso de evangelización católica, lástima que su templo y convento desaparecieron como consecuencia de las invasiones de piratas, la acción del mar y el abandono. La orden de los franciscanos es la que mayor fuerza mostró desde su llegada, hoy no sólo está el templo, sino un colegio con el nombre de San Luis Beltrán, que como se sabe, era dominico, pero no se le cambió el nombre cuando fue asumido por los franciscanos. Este plantel educativo,

¹⁰⁶ Colmenares, Germán. Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada. Tomo I. Bogotá: Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular, 1989. p. 265-266.

de mucho reconocimiento, fue donde por mucho tiempo se prepararon los hijos de las elites samarias; hoy, por la competencia de colegios bilingües, sus alumnos son de clase media y alta.

Por su parte, el hospital desapareció como institución con el nombre de San Juan de Dios, ha cambiado de nombre varias veces (Julio Méndez Barreneche y hoy Fernando Troconis), su presencia en la ciudad la constituye, como se dijo, la iglesia de San Juan de Dios; por el contrario, el edificio alberga oficinas públicas.

De los agustinos, los mercedarios, bethlemitas y jesuitas se mencionó, en las reales cédulas, que realizaban actividades propias de su sacerdocio. Hubo obispos, chantres, deanes, presbíteros, curas doctrineros, no sólo en la ciudad, sino en varios pueblos de la provincia samaria pertenecientes a esas órdenes religiosas.

Incuestionable es señalar que dentro de las edificaciones religiosas de la Colonia en Santa Marta se encuentran tres construcciones muy importantes: iglesia de San Francisco (1597), iglesia de San Juan de Dios (1746) y la catedral, terminada en 1795. Lo que no quiere decir que no existan templos coloniales en el resto de la provincia, como en el pueblo cercano a la ciudad, Mamatoco, y la pequeña iglesia de Bonda. En el resto de la antigua provincia se encuentran en pie iglesias en Valledupar, Riohacha, Ciénaga, Ocaña, entre otras. 1.4. Dificultades para la consolidación de una casa de Gobierno, la Casa de la Aduana, La Casa Consistorial.

Aunque desde la llegada de Bastidas se comenzó a pensar en una casa de Gobierno, sólo fue con el nombramiento de Diego García de Lerma cuando, por su propia iniciativa, se pensó seriamente en la construcción de una casa para esos fines; sin embargo, los esfuerzos fueron en vano. Es posible que desde el siglo XVII, cuando ya la población se hubiera asentado e iniciado un proceso de urbanización, se construyera una casa para los asuntos de Su Majestad y que a la vez fuera vivienda para el gobernador. Pero lo cierto es que en 1759, cuando tomó posesión del cargo de gobernador el capitán de dragones don Gregorio

Rosales Troncoso y Osore, no había casa de Gobierno ni cárcel ni archivo ni ministro que adelantara las diligencias de justicia, ni cuartel para 150 soldados, ni Sala de Contaduría, indispensables para ejercer las funciones político-administrativas que requería la provincia. La Casa Capitular estaba en ruinas, sobre todo siendo Santa Marta un puerto de entrada al Nuevo Reino.

La ciudad estaba indefensa, por lo que la primera solicitud a las autoridades virreinales fue recursos para fortificarla y organizar su defensa ante las tentativas permanentes de saqueo por parte de piratas y bucaneros, como si fuera mucho pedir. Es decir, a pesar de los años de haberla fundado la ciudad no dejaba de ser un villorrio muy pobre, con viviendas construidas en barro y material de muy mala calidad.

Al momento de posesionarse Astigarraga (1786), según el Coronel Antonio de Alcedo, la población es reducida, la mayoría de las viviendas son de madera con techo de paja, con excepción de algunos edificios administrativos. Registró que la catedral se construye y que cuenta la ciudad con algunos edificios que funcionaban como oficinas para atender los negocios de Su Majestad. Astigarraga realizó varios arreglos a algunas edificaciones públicas, como por ejemplo el ayuntamiento, haciéndolo más presentable, propio para las funciones que cumplía en una ciudad tan importante por ser capital de provincia. A seis años de terminarse el siglo XVIII, la ciudad aparentemente ha mejorado su situación económica, lo que se manifiesta en la mejoría de las viviendas, algunas de dos plantas, y de la existencia de algunas oficinas públicas mejor dotadas.

Lo interesante de esta situación es que mientras los reyes, obispos, el cabildo eclesiástico y la misma feligresía exigían su catedral para asistir a los oficios religiosos y recibir el pasto espiritual, no sucedía lo mismo con la construcción de los edificios públicos, por eso en la ciudad no existe un edificio de la época colonial donde funcionen las oficinas públicas hoy. Por ejemplo, donde está localizada la Alcaldía Mayor del Distrito hoy, quedaba en el siglo XVIII la Casa Consistorial, sobre esa base se construyó el nuevo edificio en 1930 por iniciativa del gobernador, general Gabriel Bermúdez, para que funcionara la gobernación,

pero en 1975 ésta se trasladó para el antiguo Hotel Tayrona, cediéndole el espacio a la alcaldía.

Juan Friede publicó en la revista *Hojas de Cultura Popular*, que dirigía Arango, un primer plano de la ciudad, que el historiador ubica hacia 1529 y 1534. Es posible que este mapa refleje la organización de la ciudad dada por Bastidas. Después de todos estos percances, los vecinos no la abandonaron del todo, hasta que en 1544 Juan de Céspedes fue comisionado para replantearla en forma ordenada. Asumiendo que el plano publicado por Friede se sitúa en los años señalados, se puede retomar una reflexión del arquitecto Carlos Martínez, cuando afirma que el plano cuenta con un diseño bastante complejo, donde no se olvida ningún detalle. Concibe una organización de las zonas muy bien delimitadas, resaltando de forma simétrica la gran plaza y casas principales destinadas para la administración y el gobierno; define además el trayecto de las calles, las manzanas se distribuyen en un rectángulo alargado y, dentro de ellas, se muestra la disposición de cada solar donde serían levantadas las viviendas. Por último, intencionalmente y un poco por fuera de la parte central del mapa, quedó constituido la ermita, la iglesia y el convento, para mantenerlos lejos del ruido atormentador del muelle y la plaza¹⁰⁷.

El plano establece una numeración que localiza cada una de las zonas, indicando el sur, el norte, la parte llana, el río (Manzanares), El Morro, el puerto, la caldera. Además, indica dónde quedaba la iglesia (catedral), el convento, la ermita, la plaza y las calles. Lo cierto es que el segundo gobernador de la provincia nombrado por la Corona, don García de Lerma, en 1529 le informa a la reina Juana Primera de Castilla que no ha construido una casa de calidad, por no existir cal, pero que por el contrario edificó “una casa llana de ladrillo y barro y piedra, que dizque basta para la defensa de esa ciudad y puerto”¹⁰⁸. Así escribía la reina el 22 de diciembre de 1529 y a renglón seguido les solicita a los oficiales reales que le

¹⁰⁷ Carlos Martínez. Op. Cit., p. 26.

¹⁰⁸ Cedula de las Provincias de Santa Marta y Cartagena de Indias (Siglo XVI), Carta de la Reina que solicita “Que se envíe relación de lo que costó a García de Lerma un fuerte que había construido”. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, 1913, p. 26.

envíen una relación de cuánto cuesta la casa, que le expliquen si es fuerte y si realmente puede cumplir la función de defender la ciudad. Ese mismo día la reina redacta una cédula real señalándoles a los oficiales reales de Santa Marta que vieran la conveniencia de edificar algunas casas fuertes, como lo hizo don Diego García de Lerma¹⁰⁹.



Figura 12. Casa de la Aduana de Santa Marta, siglo XIX.

Fuente: Tomado del libro: *Compendio de historia del departamento del Magdalena*, de la autoría de José C. Alarcón, edición 1963.

Muy temprano el espacio de la naciente ciudad comenzó a urbanizarse. Hoy se discute en la ciudad si el lugar donde se localiza la que se conoce como Casa de la Aduana fue el sitio donde García de Lerma construyó su casa en 1529, que dio inicio a la conquista y colonización del Nuevo Reino de Granada. La conocida Casa de la Aduana, donde funciona

¹⁰⁹ Cedula, Op. Cit., pp. 27-28.

el Museo Tairona en la ciudad. Ubicada en las calles San Francisco (13) y de el Cuartel o Cárcel (14), con carrera segunda, fue el lugar donde arribó Bastidas y sus acompañantes, además de esa casa, el territorio primigenio ocupaba la casa del general Carlos Soubllette, quien vivió en ella desde 1848, (desapareció para darle vida al Parque Venezuela; luego, Café del Parque, hoy, Juan Valdez) y una parte del actual Parque Bolívar.

Se vuelve a saber de la casa en 1730, como propiedad de los hermanos españoles Domingo Donato y José Nicolás Jimeno, quienes la habían adquirido, la reconstruyeron y le adicionaron el segundo piso. Se convirtió en casa de familia y sede de sus negocios. Aprovecharon la reforma para construir un minarete o torre, que les permitía a los hermanos Jimeno controlar en la distancia la llegada de los barcos transportando sus mercancías, proceso que terminaba con el cargue y el descargue de las mismas. Hacia 1789 había muchas más edificaciones altas, por lo que se deduce que la Casa de la Aduana fue construida en el siglo XVIII. Primero fue de una planta y luego le agregaron la segunda planta. Ahora bien, lo cierto es que la casa fue registrada por Joaquín Fidalgo en 1789, al igual que la Casa de Correos, la Casa Consistorial y la Real Fábrica del Aguardiente de Caña de Santa Marta.

Diez años más tarde aparece como propiedad de Nicolás Jimeno y su esposa Francisca Martínez. En 1799 la heredó José Nicolás Jimeno Martínez, hijo de Nicolás y Francisca, quien vivirá allí con su esposa Ramona Oligós. En 1817 la heredó Ramona, hija del comerciante catalán Pablo Oligós, capitán del ejército del cuartel del fijo de Santa Marta. En 1830, cuando El Libertador Bolívar se hospedó en la casa, era conocida como el Consulado Español y el Tribunal de Comercio. En esta casa se alojó Bolívar entre el 1 y 6 de diciembre de 1830. Luego de su muerte, fue traído de nuevo para ser velado en cámara ardiente del 17 al 20 de diciembre. De ahí la casa tuvo varios propietarios y varios usos, hasta que el Gobierno Nacional en 1970 la declaró Monumento Nacional, en 1973 fue expropiada a Enrique Fuentes y pasó a la Nación. Por último, la adquirió el Banco de la República en 1979, iniciando las obras de restauración integral para instalar allí el Museo del Oro Tairona, recientemente reinaugurado. A lo largo de la historia se le ha conocido

como Palacio Verde, Castillo de San Lázaro (porque fue residencia de don Lázaro María Herrera, alguacil mayor de la Santa Inquisición) Casa de la Aduana, Casa del Consulado; y más recientemente, en el siglo XX, Comisariato de la United Fruit Company, Hotel Colonial, Museo del Oro Tairona y hoy Museo del Oro Tairona-Casa de la Aduana.

Ahora bien, en la Sección de Mapas y Planos de la Mapoteca del Archivo General de la Nación se encontraron tres planos que indican que en esas edificaciones funcionaba la Casa de la Real Contaduría. La figura 13 es el plano de la edificación que estaría destinada como Casa de la Real Contaduría, para 1803, según la leyenda informativa del mismo plano que dice “Plano de la Real Contaduría de Santa Marta con Especificas. n de sus Piez.s y al a q. e se dirige cada una...”¹¹⁰.

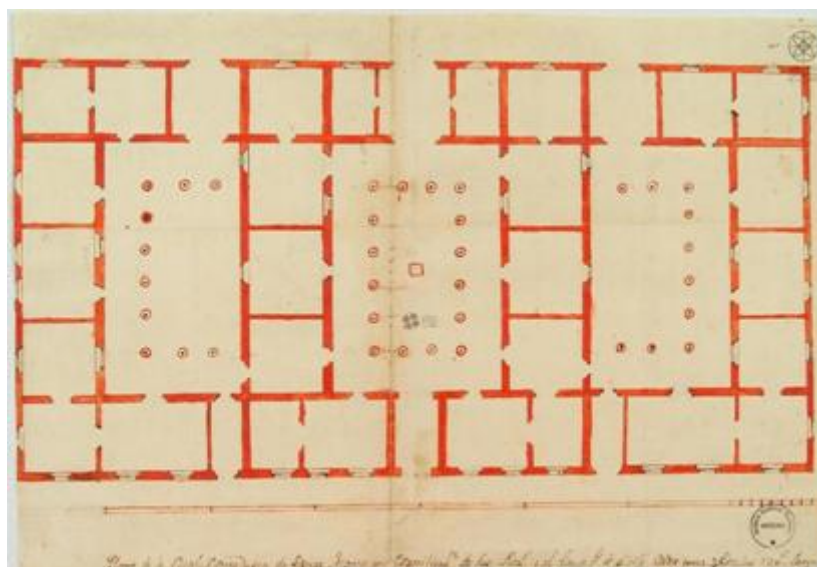


Figura 13. Casa de la Real Contaduría, Santa Marta, 1803

Fuente: AGN. Mapas y planos.

¹¹⁰ AGN: Mapoteca No. 4, Ref.: 429-A. Dimensiones: 31x45 cms.

Los otros dos planos (figuras 14 y 15) con fecha de 1804 indican que son edificaciones que están destinadas para la Contaduría y Aduana. En la figura 14, el plano tiene una leyenda aclaratoria de los dos planos, señalando que es el “Perfil de la casa que demuestra el plano adjunto; y así mismo del solar anexo a esta q.e tamb.n se demuestra en otro Plano, y en el que debe tener fabricado q.e sea”¹¹¹; en el segundo plano (figura 15) se identifica que es una casa “Destinada para la Contaduría y Aduana”¹¹², indicándose en la parte superior que es el “Plano de la Casa del S. D. José María Martínez de Aparicio. Fabricada en 30 ½ varas de frente y 56 de fondo, cuyas piezas de q. e se compone, son las que van estampadas de Pintura rosada. Otro agregado á el antec.d.te del Solar anexo a dha. Casa de 14 var.s de frente, y 56 de fondo, cuyas piezas q. en él se han de construir, van demarcadas con color azul”¹¹³, el plano tiene unas letras que señalan lugares de la edificación. Esta casa estaba ubicada entre la calle Grande (17) y la calle del Pozo (18).

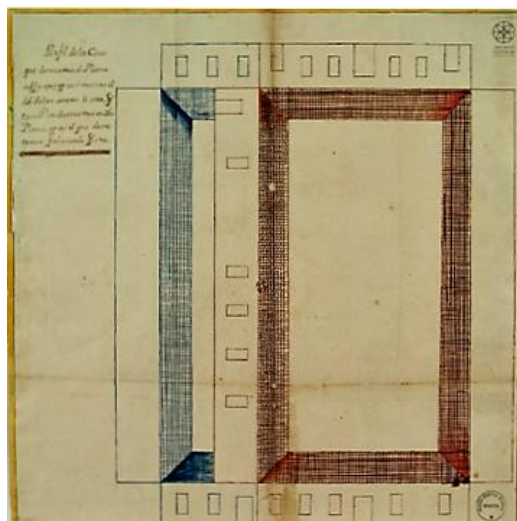


Figura 14. Casa destinada para la aduana, Santa Marta, 1804.

Fuente: AGN. Mapas y planos.

¹¹¹ AGN: Mapoteca No. 4, Ref.: 430-A. Dimensiones: 45x44 cms.

¹¹² La oficina de aduana se organizó en Santa Marta en 1776, eso explica la necesidad de construir una edificación con las especificaciones anotadas.

¹¹³ AGN: Mapoteca No. 4, Ref.: 425-A. Dimensiones: 35x44 cms.

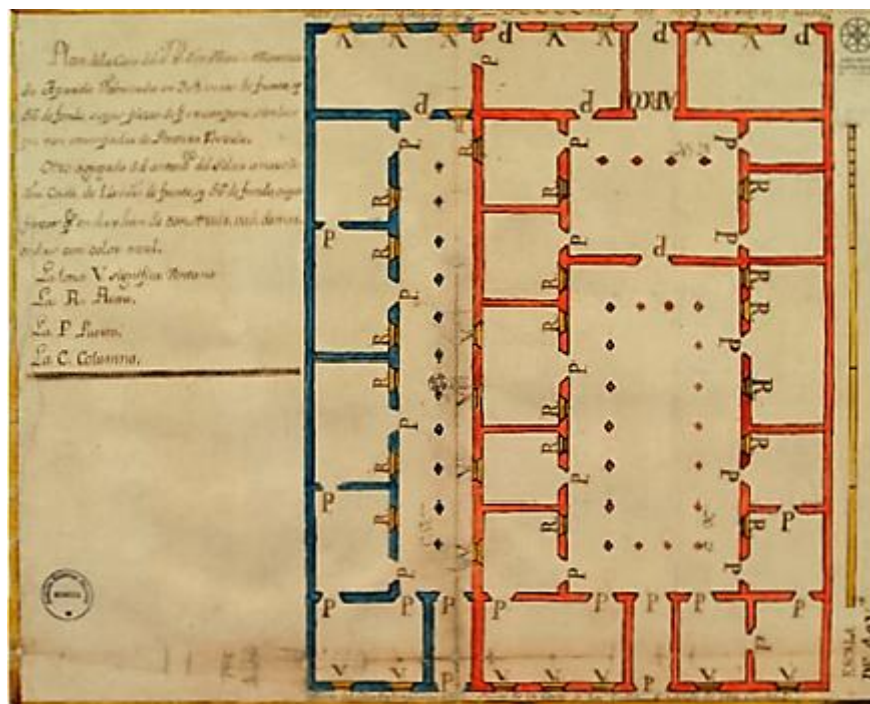


Figura 15. Casa destinada para la contaduría y aduana, Santa Marta, 1804.

Fuente: AGN. Mapas y planos.

Es interesante -solo a nivel de información- apreciar cómo se inició el proceso de urbanización de un territorio ocupado por siglos por los nativos taironas. Santa Marta sigue en pie en el mismo lugar escogido por Bastidas en el siglo XVI, por las potencialidades que avizoró a diferencia de las dos primeras ciudades fundadas en tierra de los urabes y darienses, que desaparecieron. La ciudad nunca necesitó ser trasladada como otras en Latinoamérica: Veracruz fue trasladada dos veces, Santo Domingo, que fue destruida por un huracán, cambió de lugar. Frente a este proceso José Luis Romero señala que “en busca de mejor sitio fue abandonada Nombre de Dios en 1596, en reemplazo de la cual surgió muy cerca Portobello. San Juan de Puerto Rico y Quito fueron mudadas, como también por diversas razones, La Victoria, Mariquita, Huamanga -hoy Ayacucho-, Arequipa, Santiago del estero, Tucumán, Mendoza y Buenos Aires, entre otras”¹¹⁴. Por el contrario, Santa

¹¹⁴ José Luis Romero, *Op. Cit.*, p. 64.

Marta no, por lo que la escogencia del sitio correspondía a las premisas establecidas en el manual de instrucciones para fundar ciudades¹¹⁵.

Fue una ciudad-puerto con una bahía excelente para atracar barcos y salir, pero esa condición fue, tal vez, su principal problema, porque se convirtió en objetivo militar de los enemigos de la monarquía española, y presumiendo los piratas que se guardaban riquezas, fue objeto de muchos saqueos por parte corsarios antes de cumplir los primeros años de existencia.

Una característica que se destaca es la calidad de las viviendas existentes, casi siempre de una planta, de materiales muy regulares, y sólo más tarde, cuando los piratas dejan de “visitar” la ciudad, se aprecian algunas mejoras en las viviendas. Las primeras casas son de paja, madera, bajas y de poca consistencia. Después se realizan construcciones en mampostería, edificaciones de dos plantas, la primera para los negocios y la planta de arriba para el hogar. Un ejemplo de ese tipo de vivienda lo constituyó la conocida Casa de la Aduana, de la que se hizo referencia anteriormente. Se sabe de la existencia de varias casas de mampostería por el informe del brigadier Joaquín Francisco Fidalgo, es decir, al final del siglo XVIII. El aspecto arquitectónico de la ciudad ha cambiado, muy lentamente, pero se comienzan a notar. Otras edificaciones que a finales del siglo se mencionan son: la Administración del Aguardiente, la Casa Consistorial, la Administración de Correos, Casa del Tesorero de las Cajas Reales, Casa del Alguacil de la Inquisición, Casa del Abogado de la Real Audiencia, la carnicería, estaba terminada la construcción del Cuartel de Infantería Fija Veterana y en construcción el cementerio. Después de la terminación de la catedral, su plaza se comienza a utilizar para algunos actos religiosos y de conversación de los samarios, no se abandona la plaza Mayor, como hoy, pero la ciudad contará con cinco plazas, además de las anteriores, la plaza menor de San Francisco, la de la iglesia de San Juan de Dios y la placita al frente de la carnicería.

¹¹⁵ José Luis Romero, Op. Cit., p. 62.

Conjuntamente con las iglesias, conventos, catedrales, ermitas, plazas, calles, callejones, caminos para comunicarse con los vecinos pueblos de Concha, Gaira, Mamatoco, Bonda, Masinga y Taganga, se construyó el palacio episcopal y desde 1529, el gobernador García de Lerma construyó la Casa de Gobierno e inició un fuerte, como lo informa la reina¹¹⁶. En los documentos revisados del AGI y AGN, así como en los textos de De la Rosa y Restrepo Tirado, se referencian las construcciones de edificios con funciones político-administrativas, como la casa de gobierno; por el contrario, el cabildo secular tuvo dificultades para tener una sede propia. La edificación donde funcionó el gobernador de la provincia se identificó como casa del gobernador, localizada entre las calles de la Acequia y el Cuartel. Su existencia data de finales del siglo XVI y comienzos del siglo XVII, desde entonces se identifica como tal. Sin embargo, en el año de 1622, cuando al exgobernador don Francisco Martínez de Rivamontan Santander, el gobernador reemplazante, don Pedro de Castro, quiso conducirlo a la cárcel, aquel se refugió en el convento de San Francisco, de donde “sin miramiento alguno, Castro le hizo sacar por la fuerza y, medio desnudo y arrastrándolo por el suelo, lo hizo meter en la cárcel del cabildo”¹¹⁷, es decir, la Casa Consistorial tiene cárcel. No obstante, muchos gobernadores, al llegar a posesionarse del cargo, se sorprendían del mal estado del edificio o que no había una edificación destinada a las labores propias del cargo, por eso el edificio del seminario cumplió esa función en algunos momentos.

Todavía hacia 1760, al posesionarse Gregorio Rosales Troncoso y Osoreo del cargo de gobernador, la ciudad no contaba con una casa capitular, que se había comenzado a construir pero ya amenazaba ruinas, tampoco había cárcel ni sala de contaduría, el cuartel estaba en ruinas, por lo que se usaba el primer piso de la casa consistorial. Años después, hacia 1776, en la ciudad se destacan dos casas altas, la del cabildo (casa consistorial) y la del señor don Miguel de Vergara, como se comentó arriba.

¹¹⁶ Cedula de las provincias de Santa Marta y Cartagena de Indias. Real Cédula 22 de diciembre de 1529, p. 26.

¹¹⁷ Restrepo Tirado. Historia... Tomo II. Op, Cit, p. 347.

El 10 de agosto de 1810, cuando se instaló la primera Junta Superior Provincial de Santa Marta, en el acta que se redacta, cuya copia reposa en el AGN, fotocopia de la cual se conserva, publicada por don Manuel Ezequiel Corrales, dice: “... Un numeroso pueblo que compareció al frente de las casas consistoriales...”¹¹⁸, por lo que el gobernador don Víctor Salcedo de Somodevilla procedió a convocar cabildo abierto. Frente a este hecho, el académico Rafael Amarís Maya comenta que el 10 de agosto de 1810 “... a las seis de la tarde, se reunió cabildo extraordinario en el sitio que hoy ocupa el Parque de Bolívar, en el edificio que sirvió durante varios años de cuartel y que había sido la casa consistorial...”¹¹⁹, es decir, el cuartel ya no cumplía esa función, lo que hace pensar que la casa consistorial es la que se viene reseñando¹²⁰. Es más, en los sucesos del 22 de diciembre de ese año de 1810, cuando se eligió e instaló una nueva junta, el acta registró que “a efecto de tratar los asuntos de su instituto, en cuyo estado se presentó en la plaza pública un numeroso concurso del pueblo, a cuya novedad, habiéndose avisado a la misma Superior Junta, salió el señor Presidente al balcón de esta sala consistorial...”¹²¹. Esa información es más precisa para la época de los sucesos. La edificación era de dos pisos, es decir, tenía balcón, como se registró para 1776 y 1777. A finales del siglo XIX, aún se conservaba la casa consistorial, que constaba de dos pisos: en el primero servía de cárcel y en el segundo había un “espacioso salón con pavimento de jaspe, adaptable para actos de solemnidad”¹²². Por tradición se ha señalado que el edificio de la actual alcaldía se construyó sobre la base de las ruinas de la casa consistorial.

¹¹⁸ Corrales, Manuel Ezequiel. Documentos para la historia de la provincia de Cartagena de Indias, hoy Estado Soberano de Bolívar. En la Unión Colombiana Vol. I, Cartagena de Indias, Universidad de Cartagena-Instituto Internacional de Estudios del Caribe-Alcaldía Mayor de Cartagena-Instituto de Patrimonio y Cultura de Cartagena, 2011, p. 212.

¹¹⁹ Amarís Maya, Rafael. La Junta Patriota de 1810, Santa Marta, Fotocopia suelta, p.39

¹²⁰ Restrepo, al respecto señala: “...Víctor de Salcedo convocó a su casa a los miembros de los dos cabildos en la tarde del 10 de agosto, y después de darles cuenta de la petición (que nombrara una junta), todos juntos pasaron a las casas consistoriales”, Restrepo Tirado. Historia... Tomo II. Op. Cit., p. 310. Las negrillas son nuestras.

¹²¹ Corrales, Op. Cit., 2011, p. 287.

¹²² Alarcón, José Concepción. Compendio de Historia del Departamento del Magdalena (1552 hasta 1895, Bogotá, Voto Nacional, 1963, p. 257.

Después de esta revisión documental se concluye que las autoridades civiles, en cabeza de los gobernadores como directos representantes de la monarquía española en la provincia de Santa Marta, no pudieron consolidar una edificación que prestara las funciones administrativas de los negocios de Su Majestad. Queda claro que se luchó más por construir una catedral para los asuntos de Dios que un edificio para atender los asuntos oficiales de la monarquía.

1.4. Conformación de la jerarquía social samaria

En el panorama poblacional de la ciudad y la provincia no es difícil de deducir que las elites samarias estaban conformadas por los blancos, quienes tenían acceso a tres aspectos que proporcionaban distinción y poder en general en la sociedad colonial del siglo XVIII: el trabajo, la educación y el matrimonio¹²³. Fueron ellos los que ocuparon los cargos denominados “oficios nobles”, que no eran más que los cargos públicos, escribanías; y los pocos negocios comerciales que existían en la ciudad estaban en manos de los blancos peninsulares, los “limpios de sangre”. Solamente más tarde, al final del siglo XVIII, con el ascenso de los mestizos, que cada vez aumentaban en número, fueron apropiándose de pequeños comercios, casi informales; luego asumieron cargos burocráticos. Estaban en la cúspide de la jerarquía social de la ciudad y provincia¹²⁴.

¹²³ Delgado, Álvaro. La Colonia. 1976. p. 146.

¹²⁴ En la provincia se dilatava un número nada despreciable de hacendados que poca comunicación mantenían con la capital de la provincia dado el mal estado de las vías de comunicación, a pesar de la preocupación de varios gobernadores por abrir nuevos caminos y mantener limpios de rastrojos y transitables los ya existentes. Hacendados que en su gran mayoría vivían en la provincia de Cartagena de Indias, como Mompos, por lo que la mayoría de la producción se trasladaba –cruzando el río– a dicha provincia, por lo que sus mayores beneficios los recibían los cartageneros o momposinos que usufrutuaban de las ganancias de la comercialización del ganado vacuno. Algo llegaba a Santa Marta, sobre todo de haciendas cercanas, para ser consumido y exportado como la carne salada, los cueros y el sebo, pero el grueso de la producción salía por los varios puertos existentes a orillas del río Magdalena. En muchos casos debieron vencer los obstáculos puestos por los chimilas, que impedían que se transitara libremente por su territorio ancestral, el centro de la provincia, por los alrededores del fuerte de San Ángel, hoy municipio del departamento del Magdalena, donde mantienen dos resguardos y sus autoridades tradicionales.

Por su parte, los oficios destinados a los plebeyos o “manuales”, entre los cuales se incluían los artesanos, la práctica de medicina, el sangrado, magisterio público, eran oficios mal remunerados y poco valorados socialmente. Estos oficios estaban destinados a los mestizos, pardos, indios y negros. Lo que quiere decir que los burócratas de carrera eran los nobles, los de alcurnia, “los limpios de sangre”. Evidentemente, esta discriminación de clases visibles en las actividades laborales y sociales generó una serie de tensiones y disputas permanentes, formando conflictos, enfrentamientos personales y familiares. En muchos casos los recién llegados a los cargos nacidos en Santa Marta se enfrentarán pública y privadamente con las autoridades que llegaban nombradas desde España, como el caso de la familia Díaz Granados, que mantuvo varios incidentes con los gobernadores de la provincia. De ello se hablará más adelante.

Todas estas expresiones de inconformidad tuvieron su clímax general en los varios brotes de insurrección en el Nuevo Reino de Granada, comenzando en el territorio guajiro (provincia de Santa Marta) en el mes de mayo de 1769¹²⁵, la insurrección de los comuneros en 1781 y otras manifestaciones de inconformidad por medidas antipopulares que desembocaron en los sucesos que se iniciaron en Santa Fe el 20 de julio de 1810.

Un segundo aspecto de la vida social determinante del estatus social es la educación. El acceso a la enseñanza fue un verdadero privilegio para los blancos, eran los únicos que cumplían el principal requisito: “sangre limpia”, que no estuvieran mezclados con la “sangre de la tierra”. Asimismo, ni los estudiantes ni los padres de familia se desempeñaban en los denominados “oficios bajos” o “infames por las leyes”.

La educación se centró en los llamados colegios mayores, los seminarios y la universidad. “Las únicas profesiones existentes entonces eran la jurisprudencia y el sacerdocio, y en

¹²⁵ Rey Sinning, Édgar. Actores políticos en el Magdalena Grande (Sublevación Militar Política: Dos Momentos). En: Patrimonio documental del Caribe colombiano. Memorias Primer Encuentro (Barranquilla - 14 y 15 de octubre de 1994). Bogotá: Archivo Histórico de la Nación, 1996, pp. 153-160.

menor escala la medicina y la pedagogía”¹²⁶. En Santa Marta la educación formalmente organizada fue muy tardía. Para Arturo Bermúdez, “la enseñanza era muy deficiente en los siglos XVI y XVII, reducida a unas pocas personas que vinieron ya con algunos conocimientos, como los religiosos, quienes los transmitieron a otras personas. El analfabetismo era dominante y los mismos obispos se quejaban de la ignorancia de sus religiosos, por lo que consideraron indispensable la fundación de un Seminario”¹²⁷. Fue el obispo doctor Lucas Fernández de Piedrahita quien propuso la necesidad de fundar un seminario en la ciudad.

Fueron los jerarcas de la iglesia los que más se preocuparon por la educación de los jóvenes samarios. Desde 1663 se iniciaron las clases de gramática por iniciativa del obispo Francisco de la Trinidad y Arrieta; en 1670 otro obispo, Gregorio Jaimes Bazar Pastrana, fundó un colegio en su propia casa. El obispo Antonio de Monroy organizó y sostuvo con su propio dinero escuelas públicas hacia 1733. Por su parte, el gobernador ilustrado don José Ignacio Astigarraga en 1786 fundó dos escuelas y algunas en poblados de indígenas, aunque no lo financiaba con su dinero, sino con los impuestos que se recaudaban de lo que le correspondía a la construcción de la catedral. Las instituciones jugaron un papel fundamental en la educación de la juventud samaria.

Sin embargo, la fundación del colegio seminario fue, sin duda, la institución que entró a llenar el vacío que existía en la ciudad y la provincia para desarrollar los planes educativos de la monarquía borbónica, en su afán por consolidar una monarquía ilustrada. El seminario surge a finales del siglo XVIII y entra a funcionar de inmediato, lo que permitirá a los samarios blancos y limpios de sangre ingresar y prepararse para poder aspirar a estudiar en Bogotá, donde ya existían universidades y colegios mayores. A estos llegaron samarios que por cumplir los requisitos de exclusión social fueron admitidos y se formaron en las profesiones de moda como la jurisprudencia.

¹²⁶ Delgado, Álvaro. La Colonia. 1976. p. 146-147.

¹²⁷ Bermúdez Bermúdez, Arturo E. Materiales para la historia de Santa Marta. p. 193.

El último aspecto social significativo a la hora de garantizar la estabilidad de la sociedad colonial fue el matrimonio. Los matrimonios fortalecieron a los peninsulares, fueron enlaces en muchos de los casos por conveniencia social y económica, pero también una forma de no cruzarse con los de la tierra, lo que garantizaba cierta estabilidad en las instituciones familiares, sociales, políticas, culturales y religiosas. Los matrimonios entre los blancos entre sí se convirtieron en una fórmula necesaria, con lo que no se ponía en riesgo los beneficios como vasallos “de primera” del monarca. Los familiares blancos del prometido o prometida podían vetar el matrimonio por inconveniente, sobre todo por diferencias raciales, o lo que se llamaba “linaje desigual”, todas estas consideraciones se vigilaban “porque el matrimonio estaba enfocado a mantener la integridad de las ‘buenas familias’ frente el desarrollo del mestizaje, para defender fortunas y posiciones burocráticas. Por lo mismo, profundas divergencias, pugnas y enemistades entre españoles europeos y criollos americanos eran públicas y constantes desde hacía decenas de años...”¹²⁸.

Definitivamente, el matrimonio como una institución conservadora se convirtió en la fórmula predilecta de los peninsulares para no perder el poder, para seguir controlando los cargos públicos y confrontar cada vez más a los criollos y mestizos que empujaban por participar de la administración colonial. Los mestizos y criollos con el correr de los años atesoraron suficientes tierras, ganados, defendiendo su abolengo y alcurnia, su nobleza; pero eran igualmente críticos de las medidas de los peninsulares que los menospreciaban, quienes les ponían toda clase de obstáculos para evitar su ascenso social y político, aunque económicamente eran fuertes.

Estos tres aspectos jugaron un papel fundamental para entender la sociedad samaria del siglo XVIII. Fue, como se dice anteriormente, una población muy escasa con relación a las otras capitales provinciales como Cartagena de Indias, Santa Fe y Popayán, pero las

¹²⁸ Delgado, Álvaro. La Colonia. 1976. p. 147.

jerarquías sociales existían y su conformación como sectores hegemónicos de la sociedad se fueron consolidando a través de los años.

Una revisión de los peninsulares que ocuparon los principales cargos demuestra que los primeros conquistadores, a pesar de su situación social y económica en España, al llegar a América cambiaron su estatus, se convirtieron en nobles, con abolengos, descendientes de familias nobles, con títulos académicos, desempeñando cargos administrativos, en muchos de ellos, no ciertos, como el caso de “don” Rodrigo de Bastidas, a quien se le asignó el título de notario (escribano) de Triana, hoy barrio de Sevilla (España), y no era sino un simple vecino y aventurero. Así como él, muchos más, que no cumplían funciones precisas y al llegar a América le antepusieron al nombre de pila el “don”¹²⁹, y así comenzaron a ser tratados. Por si fuera poco, muchos de ellos eran totalmente analfabetas, los que sabían leer y escribir lo hacían con muchas limitaciones, su formación educativa era poca, lo que medio sabían era porque lo habían aprendido en la casa o asistiendo a las escasas escuelas públicas existentes en su ciudad o villa. Algunos se han acusado de estar en cárceles pagando penas, ser vagos o sin ocupación conocida. En síntesis, el bajo nivel educativo de estos primeros conquistadores era la característica principal.

No es el interés de este trabajo mostrar las genealogías de los españoles que llegaron con nombramientos como administradores de la cosa pública, ni mucho menos del clero. Pero sí exponer que el control de la política, el comercio y la vida religiosa estuvieron bajo el manejo de unas elites sin mayor formación intelectual, pero que con el correr de los años y los vientos, ilustrados de Francia y otras sociedades europeas fueron llegando. Ilustrados

¹²⁹ El *Diccionario de la lengua castellana*, editado en 1732, define ‘don’ como: “Título honorífico que se daba en España antiguamente a los Caballeros, y constituidos en dignidad: aunque Covarrubias dice se daba a los Nobles, se ve poco usado en nuestras Historias en los hombres de esta clase, aun entre los que hacen en ella gran papel. Hoy ya está indistinto a la mayor parte de los sujetos, que el descuido ha permitido se le tomen; no obstante se practica aún en Cataluña no consentir a ninguno que tome este tratamiento, sin que esté declarada noble su familia por el rey: lo que hace ver era señalamiento y merced de los reyes. Viene del Latino *Dominus*, y, que después se sincopó y se dijo *Dominus*, y últimamente se quedó Don, y los franceses conservan aún el *Dom* con m en algunas Religiones: lo que denota ser su origen el propuesto. Es título de distinción, y se conserva en algunas Comunidades Religiosas...” p. 334.

que asumieron papeles significativos en la toma de decisiones para modernizar la administración colonial de ultramar y en las mismas provincias de España. Por lo menos dos de los gobernadores del siglo XVIII formaron parte de esa elite ilustrada, que orientó los destinos de la ciudad y su provincia: don Antonio de Narváez y la Torre y don José Ignacio de Astigárraga¹³⁰, aunque no se puede desconocer la importancia del jesuita Antonio Julián y el alférez real José Nicolás de la Rosa, autores de sendos libros reseñados en este trabajo.

La ciudad sufrió una lenta transformación desde su fundación hasta finales del siglo XVIII, como consecuencia de una serie de situaciones adversas que sufrieron los testarudos habitantes que se negaron a abandonarla, sobreviviendo a los ataques de los enemigos internos, los nativos bondas, masingas, tagangas, mamatocos y gairas, los foráneos piratas y corsarios, pero fundamentalmente al abandono de la Corona española, que la mantuvo en un ostracismo total.

Las fortalezas construidas para defender la ciudad nunca fueron lo suficientemente fuertes, tampoco respondieron a las exigencias de quienes la atacaban, con armas más potentes, con soldados y mercenarios mejores dotados y bien alimentados, frente hombres desmotivados por la irregular paga de sus sueldos. Fueron confrontaciones desiguales, los invasores no tenían nada que perder, todo era ganancia; por el contrario, para los samarios, cualquier pequeña pérdida era significativa, era retroceder, tenían que volver a empezar. A pesar de estas circunstancias contrarias a su voluntad, salieron adelante y mantuvieron la ciudad, poco poblada, con escaso desarrollo urbanístico, con poca infraestructura física en edificaciones para el desempeño de las funciones públicas de la Corona. Al final del siglo XVIII algo había avanzado, sobre todo con los tres últimos reyes, Fernando VI, Carlos III y Carlos IV, especialmente durante el periodo de Carlos III.

¹³⁰ El académico José M. De-Mier, en su libro *Historia de Colombia según sus protagonistas*, Tomo III. Escribe el apellido con esta ortografía: Astiejárraga.

No obstante, se conformó una sociedad de pocos y para pocos, pero cohesionada social, familiar, religiosa y políticamente. Fue una sociedad elitista, integrada por pocas familias que se casaron entre sí. En muchas ocasiones, estos matrimonios se dieron por conveniencia entre familiares, ya que garantizaban el control político y social, más que todo el económico, porque las riquezas de los contrayentes no salían de las manos de la familia, lo que permitía mantenerse en el poder y consolidarse como clase dirigente, y así permanecieron hasta hoy en algunos casos.

CAPÍTULO 2

LAS ELITES BORBÓNICAS DURANTE EL SIGLO XVIII EN SANTA MARTA

La pretensión de este capítulo es analizar la evolución de los gobernantes y demás funcionarios de la Colonia que fueron llegando a la ciudad y el proceso de conformación de la sociedad samaria a partir de los protagonistas del siglo XVIII, que sin duda fueron actores de las pocas transformaciones que sufrió la ciudad no sólo en su vida social, sino también, y sobre todo, en la infraestructura física, cuyos vestigios aún se aprecian en el conocido Centro Histórico de la ciudad. Sin duda, los gobernadores y sus colaboradores, al igual que los funcionarios de la administración colonial, jugaron un papel determinante en la consolidación de la sociedad samaria y las familias que se fueron apoderando de algunos cargos públicos y eclesiásticos. Miembros de familias adineradas que se fueron fortaleciendo al interior de la sociedad con la estrategia de matrimonios entre parientes y familias de la misma elite, que cada vez se volvió más fuerte y con más poder.

Pero así como se fueron consolidando familias de gobernadores, muchos de ellos fueron cuestionados, aunque otros lucieron por su solidez como administradores de la cosa pública, educados en las escuelas del imperio. Igualmente se encuentran dentro de la jerarquía eclesiástica protagonistas por su comportamiento, contradictores de las autoridades civiles, pero interesados en adelantar obras en beneficio de la feligresía, la organización de escuelas públicas y la dotación de los accesorios necesarios para desarrollar en forma su papel como evangelizadores. Obispos protagonistas dentro de la sociedad samaria que se esmeraron en sacar adelante proyectos tan importantes como la catedral, el hospital y el colegio seminario, que al final del siglo estaba casi concluida su

parte física, convirtiéndose al iniciarse el siglo XIX en epicentro de la educación de los jóvenes samarios.

Un tema clave para comprender la conformación de una elite ilustrada en la ciudad y provincia lo constituyó la educación superior que se abría paso en Santafé, Cartagena de Indias y Popayán, donde los hacendados y ricos provinciales enviaron sus hijos a prepararse para el presente y el futuro. Los samarios, cartageneros y nativos de otras regiones del Nuevo Reino de Granada llegaron a Santafé a estudiar, primero en el Colegio Mayor de San Bartolomé y más tarde al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, donde los samarios ingresaron en busca de una formación que les permitiera acceder al conocimiento ilustrado que estaba en boga desde la llegada a estas tierras del médico gaditano José Celestino Mutis en 1760. Al Colegio del Rosario se matricularon varios samarios, sobresaliendo en número los miembros de la familia Díaz Granados (como se muestra), constituyéndose en la familia que, para los años de 1773 y 1826, tiene el mayor número de matriculados y, por ende, de profesionales, sobre todo abogados. Esa formación intelectual les permitió consolidarse como la familia clientelar por excelencia, expresión del poder en la ciudad y la provincia. Sus tentáculos familiares se extendieron a toda la provincia y la vecina Cartagena, sus lazos matrimoniales y relaciones con miembros de las elites de otras ciudades les permitió una serie de prerrogativas que ninguna otra familia tuvo en la ciudad.

Como se verá al final del capítulo, cuando el siglo XVIII termina y se inicia el siglo XIX, son los miembros de esta familia protagonistas de primera línea en varios procesos contra las autoridades virreinales nombradas en España, y ellos, nacidos en América, pero con abolengos, se reclamaron como nobles y mostraron fuerza conceptual con la formación que adquirieron en el Colegio del Rosario. Ese hecho, acrecentado con las inmensas propiedades que poseían a lo largo y ancho de la provincia, les permitió apoderarse de algunos cargos públicos que remataban y varios de sus miembros ocuparon los cargos más importantes en la jerarquía eclesiástica. Aunque nunca se nombró a don Domingo José Díaz Granados como obispo, por muchos años ocupó la mitra como deán, es decir, como gobernador del obispado. Cargo desde donde se manipulaban los asuntos referentes a la

diócesis que para los tiempos de la Colonia era la institución más fuerte de la sociedad y aliada indisoluble de la Corona española.

El papel de algunos de los miembros de esta familia es clave en el proceso independentista que se dio después de 1808 con la eclosión juntera que se inició en Hispanoamérica y que concluyó con la independencia inicialmente de Cartagena de Indias y luego de toda la Nueva Granada. En todas las actas de proclamación de independencia o patrióticas que se firmaron tanto en Cartagena como en Santa Marta aparecen las firmas de miembros de esta familia, siendo, indudablemente, el doctor don Miguel Díaz Granados y Núñez Dávila el mayor protagonista.

2.1. Los gobernadores del siglo XVIII y el inicio de la consolidación de familias clientelares

Los gobernadores que llegaron durante los siglos XVI, XVII y XVIII vinieron con sus esposas e hijos, con criados, con hermanos, sobrinos, cuñados; con cargos de dirección y responsabilidad, es decir, en el grupo privilegiado que los acompañaba estuvieron siempre incluidos familiares que jugaron un papel protagónico en la consolidación de una primera red clientelar que garantizó cierta estabilidad a las familias peninsulares, pero también a la monarquía. Así comenzó a consolidarse una red familiar que en el siglo XVIII se fortaleció en cabeza de algunas familias, cuya presencia en la vida política, económica y religiosa fue muy fuerte en el siglo XVIII, se fortalecieron en lo político en el XIX y perduran hasta el siglo XXI, como es el caso de la familia Díaz Granados.

El siglo XVIII puede considerarse como la centuria que consolidó la ciudad en todos los órdenes, no obstante, la situación crítica que vivieron sus habitantes mejoró en parte la vida social y cultural. Las edificaciones dejadas de construir fueron posibles en la segunda mitad del siglo: catedral, seminario, cuartel del fijo, y se conservaron en buen estado otras, como la conocida Casa de la Aduana, aunque la población no creció significativamente. Varios de

los gobernadores acataron las reales cédulas que exigían aspectos relevantes pero imposibles de cumplir, como frenar a los piratas y corsarios, eliminar el contrabando y reducir a los chimilas para poder transitar libremente y sin temor por el río Magdalena y el interior de la provincia, entre otros. Pero la avaricia de los gobernadores seguía latente, llegaron pensando en enriquecerse. Adicionalmente, los gobernantes tuvieron que soportar los ataques, insultos y excomuniones que imponían los señores obispos y algunas familias nobles de criollos que se habían enquistado en los órganos de poder: civil, militar y eclesiástico.

A pesar de este panorama triste y vergonzante, hubo gobernadores que formaron parte del grupo de hombres ilustrados que llegaron a América a regir los destinos de las ciudades. En Santa Marta, dos de esos ilustres estuvieron al frente de la ciudad y la provincia: Antonio de Narváez y la Torre y José Ignacio de Astigarraga. Pero, principalmente, deben agregarse dos intelectuales que escribieron sendos libros sobre la ciudad y la provincia: el alférez real José Nicolás de la Rosa y el sacerdote jesuita Antonio Julián. Asimismo, cabe destacar la presencia del vasco don Luis de Astigarraga, hermano del gobernador.

El último gobernador del siglo XVII fue el maestre de campo Francisco García De la Barcés (Labarcés), quien murió el 25 de junio de 1700. Inmediatamente el cabildo de la ciudad se reunió el mismo día del sepelio y nombró como gobernador, nuevamente (había ocupado varias veces el cargo), al obispo Vítores, sin embargo, este se rehusó alegando que estaba muy ocupado y enfermo. El cabildo tuvo que nombrar, siguiendo la tradición, al alcalde más antiguo, Fernando Gómez Gallego, y como gobernador militar al capitán de mayor autoridad, Domingo Pérez Ruiz Calderón. El encargo de estos dos personajes residenciados en la ciudad no duró muchos meses, porque desde La Española se nombró interinamente a don Diego de Peredo, capitán de una escuadra de navíos. Le tocó organizar, cumplir y hacer cumplir la pragmática del 22 de marzo de 1693, con motivo de las exequias y lutos por la muerte de Carlos II y la proclamación de Felipe V, como también el inicio de la monarquía borbónica.

Al rey Felipe V le llegaron varias hojas de vida con certificaciones de haber servido a la monarquía, pero ya el 11 de mayo de 1701 había nombrado al sargento mayor y capitán de infantería don Alonso Varela, caballero de la Orden de Santiago. Asumió la responsabilidad de organizar los festejos por la preñez de la reina y el nacimiento del príncipe de Asturias Luis de Borbón.



Figura 16. Portada de la floresta de la Santa Iglesia Catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta.

Fuente: Universidad de Valencia. Valencia, imprenta de D. José Estevan, 1820.

La actividad de la economía ilegal seguía campante. La recomendación del obispo fray Luis Bernardo Martínez Gayoso era que se nombraran personas honestas y honradas, que el clero tuviera la facultad de castigar a los delincuentes. El rey tomó la decisión de enviar a don Vicente de Aramburu, que estaba en Cartagena de Indias, para que se trasladara a Santa Marta e intervenir en este problema.

Al vencerse el periodo de Valera, Felipe V nombró de gobernador al capitán de caballos don Diego Rodríguez Ovalle de Manzano, después de haber pasado por Portobello. Sin embargo, el Consejo en pleno le hizo saber a Su Majestad que dada la importancia de la plaza de Santa Marta, el nombrado no era la persona adecuada porque no tenía la formación y la experiencia militar requerida, además, era natural de Indias; por el contrario, Valera era un curtido militar. El rey no escuchó argumentos, ya Manzano había depositado 3000 pesos para que se le asignaran a la gobernación. Tuvo muchos inconvenientes, por lo que tomó la decisión de llamar a Diego Rodríguez de Manzano para que asumiera el cargo para el cual había sido nombrado. El gobernador en propiedad arregló todos los asuntos y se embarcó rumbo a Cartagena de Indias, con tan mala suerte que su galeón naufragó y por supuesto no llegó. Para reemplazarlo, se nombró con el título de gobernador y capitán general de la provincia a don Bartolomé de Aponte, quien había depositado 5000 pesos en las Cajas Reales. Tampoco alcanzó a llegar a la ciudad, murió el 21 de marzo de 1709, mientras se preparaba para partir hacia América. Es decir, dos nombramientos fallidos. Mientras tanto, a la Audiencia seguían llegando las quejas del cabildo contra Aramburu. En vista de esa situación, nombró interinamente al capitán de caballos corazas Manuel García de Salcedo, caballero de la Orden de Santiago.

El nuevo gobernador encargado por la Audiencia permaneció en el cargo muy poco, pues Felipe V, desde el 26 de febrero de 1709, nombró a don Cristóbal Vélez Ladrón de Guevara y Guzmán Lasso de la Vega, marqués de Quintana de las Torres, coronel de caballería de los Reales Ejércitos. El título que se le firmó fue el de gobernador y capitán general de Santa Marta, Riohacha y la Granjería de las Perlas, para reemplazar a Aponte cuando se le

venciera el periodo de los cinco años o para sustituirlo en caso de fallecimiento. Como se retrasó el viaje la provincia fue gobernada por don José Jiménez Manjarrez y don Manuel García de Salcedo, por segunda vez, por estos tiempos se desempeñaba como tesorero don Alonso de Munive. Aunque el marqués estaba casado en España con doña Ángela de Caycedo y Velasco, no la trajo, por lo que el arzobispo de Santa Fe, por intermedio del obispo de la diócesis, Martínez Gayoso, le comunicó que tenía dos meses para traer a su esposa y a sus hijas, de lo contrario sería excomulgado. El marqués entró en cólera. Su vida era ejemplar, pero lo más preocupante era que no poseía los recursos para trasladar a la familia, por lo que le solicitó al rey que le permitiera dejar el cargo. En 1712, el 6 de diciembre el Consejo aceptó la renuncia del marqués y encargó para hacerle una corta residencia a don Juan Gutiérrez de Arce, quien se desempeñaba como teniente general de la provincia de Cartagena. Por lo tanto debió trasladarse de inmediato a Santa Marta, para embargar los bienes del marqués y aclarar las acusaciones que se le hacían.

Antes que se designara al marqués gobernador de Santa Marta, la Corona había nombrado el 14 de agosto de 1709 al maestre de campo don José Mozo de la Torre como gobernador y capitán general de Santa Marta, Riohacha y Pesquería de las Perlas, para que reemplazara a Aponte cuando cumpliera los cinco años del periodo. Tenía los méritos suficientes, pero además entregó de contado trescientos doblones y ofreció 3000 pesos más apenas estuviera en el cargo. En una de sus visitas a los pueblos de la provincia dejó como encargado del gobierno a su pariente, José Sebastián Mozo, capitán comandante de las tropas de la ciudad. Entre los cargos que se le hicieron, se le acusó de haberse entregado a tratos ilícitos en compañía de su hijo Pedro y su sobrino Juan Sebastián.

Dos años antes del retiro de Mozo y de la Torre, el Consejo presentó como candidato para sucederle al capitán de caballos coraza don Juan Beltrán de Caicedo, en premio a los servicios prestados a Su Majestad en Andalucía. Llegó a Santa Marta llevando a su esposa y varios criados. Por algunos inconvenientes y problemas con el obispo De Monroy, de cuya confrontación se habló en otra parte de este trabajo, el virrey don Jorge de Villaloga nombró a Simón Francisco Urbina y Gamboa como gobernador civil y a don Francisco

Alcantud y Gaona, gobernador de armas y juez. Después de que se aclararon los hechos materia de investigación en el año 1722, el virrey en Santa Fe dictó auto para que Juan Beltrán de Caicedo fuese restituido a su cargo.

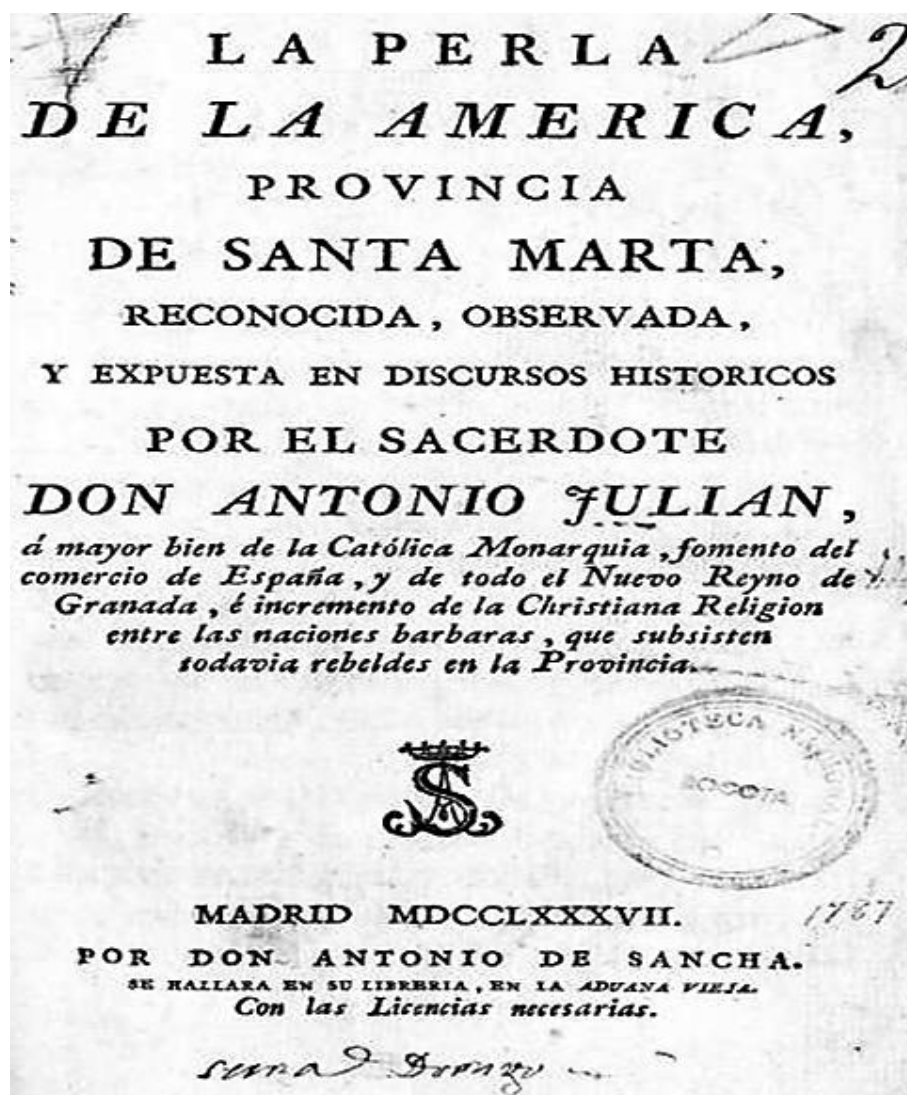


Figura 17. Portada de la primera edición de *La Perla de la América, provincia de Santa Marta*, Madrid, 1787.

Fuente: Biblioteca Nacional de Colombia. Libro, mapas.

Don Beltrán de Caicedo fue muy acatado por los españoles y los indios le tenían gran respeto, todos excepto el obispo. Un ejemplo claro de ello fue cuando en diciembre de 1724 se celebró el *Te Deum* en honor del cumpleaños de don Felipe V, su retrato como de costumbre fue colocado sobre el altar al lado del Evangelio. El obispo De Monroy, en un acto de soberbia, mandó a retirarlo y colocarlo en un atrio, por no ser un santo para que figurara allí. En el tiempo que estuvo retirado de su cargo, tuvo el desafortunado evento de perder a su esposa, De Caicedo consoló su viudez en brazos de doña Antonia Mozo, hija del ex gobernador Mozo de la Torre, mujer casada, generadora de constantes escándalos entre los vecinos.

Estando cerca la terminación del gobierno De Caicedo, se fijaron edictos por quince días para llamar a concurso a las personas que quisieran presentarse a su desempeño. Fue escogido don José de Andía y Rivero, “capitán de Granaderos del Primer batallón de Regimiento de Lombardía, el título de gobernador y capitán General le fue expedido en Madrid 1 de junio de 1726. El 9 de diciembre tomo posesión de su empleo previo el pago de la media anata”¹. La situación para el gobernador no fue nada agradable al tener que enfrentarse con el señor obispo De Monroy. Ni siquiera pudo asistir a oficios religiosos como los de Pascua del Espíritu Santo y la celebración de desposorio del príncipe con la infanta María de Portugal y de la infanta con el príncipe de Brasil. Después de muchas quejas del obispo y de vecinos, fue removido de su cargo. Para reemplazarlo en 1731 se fijaron edictos llamando a pretendientes para ocupar su cargo. Fue escogido el teniente coronel don Juan de Vera Fajardo, quien se desempeñaba como gobernador de la isla de Margarita. Poco se podía adelantar con la pelea que les armó el obispo. Don Juan de Vera pidió a Su Majestad que si el obispo se iba a mantener en la provincia, contuviera los límites de su jurisdicción, más tarde suplicó a Su Majestad autorización para sacarlo de la ciudad.

¹ Restrepo Tirado. Historia... Tomo II. Op. Cit., p. 98.

Al cabo de muchas discusiones, el Consejo aceptó la renuncia de fray Antonio de Monroy, después de haber gobernado por 24 años, y se le reconoció renta vitalicia por 1000 pesos, pero aun en los años 1736, 1737 y 1738 se dictaron varias cédulas reales para que el fray Antonio se embarcase e incluso se autorizó al gobernador para hacer uso de la fuerza. Para reemplazar al gobernador se nombró al capitán de infantería en el Regimiento de Zamora don Fermín de Zaraza en 1736. Como faltaban dos años para terminar el mandato de Vera, el cabildo no lo posesionó, por lo que resolvió irse a Cartagena de Indias, se fue a vivir al convento de la Merced, en compañía de Antonio de Monroy. Continuó recibiendo el salario de capitán que ganaba en España. Finalmente murió el 8 de febrero de 1738 sin posesionarse como gobernador.

El 3 de julio de 1738 se cumplió el tiempo de gobierno de Juan de Vera. Entre los pretendientes que se presentaron se eligió a don Gregorio Espinosa de los Monteros, luego se le dio el gobierno de Cumaná y se nombró para gobernar a Santa Marta a don Domingo Bernardi, quien no aceptó por estar muy anciano y enfermo. Muchos vecinos y el mismo obispo don José Mijares y Solórzano, que había reemplazado a De Monroy, estaban de acuerdo con que el gobernador Vera debía continuar, por ello Su Señoría escribió una larga carta al rey, argumentando la necesidad de darle continuidad a la labor del gobernador. De todas maneras, don Juan de Vera estuvo en el poder hasta febrero de 1743, fue encargado de tomarle la residencia don José Antonio de Pazos.

En septiembre de 1741 se nombró como gobernador a don Antonio de Alcalá Galiano, capitán del Regimiento de Infantería de Sevilla. No obstante, fue nombrado para desempeñar el mismo cargo don Juan de Aristegui y Avilés, capitán de fragata de la Real Armada, quien además de haber servido a Su Majestad por veintitrés años, había entregado en las Cajas Reales 4000 pesos como donativo. A Aristegui se le autorizó realizar nombramiento de teniente en la ciudad, este debía ser letrado y que no hubiere desempeñado ese cargo en anteriores oportunidades. Además, que no fuera natural de estas tierras de la provincia de Santa Marta, así como a los demás ministros y oficiales. Don José

Fernando de Mier y Guerra, vecino de Cartagena, fue comisionado para residenciar a don Juan Aristegui.

El coronel don Antonio de Alcalá Galiano tenía 41 años de servicio de Su Majestad cuando llegó a Santa Marta como gobernador, lo hizo el 29 de febrero de 1748. Se preocupó por cumplir reales cédulas: una que prohibía los juegos de suerte y envite; otra que ordenaba que los dueños de géneros que se decomisaran no pudieran reclamarse; además una que mandaba que cesasen las hostilidades contra Francia, Inglaterra y Holanda por haber ya firmado la Paz de Aquisgran y otras tantas. Las diferencias con la autoridad eclesiástica no se hicieron esperar, el obispo no se encontraba de forma permanente, por lo tanto, quien estaba al frente era el arcediano, quien también interfirió en decisiones tomadas por el gobernador, a lo cual el virrey recomendó mucha prudencia y que como no se encontraba el obispo, levantara su voz de queja a la Audiencia o a Su Majestad, el cual mandó encausar al arcediano.

A De Alcalá le correspondió reconstruir los informes que dieron cuenta a Su Majestad de las exequias organizadas por la muerte de Felipe V y la proclamación de Fernando VI. El reemplazo de Galiano fue don Juan Toribio de Herrera Leyva, capitán de una compañía de Cartagena. Fue nombrado en octubre de 1748, el título se lo expidieron en el año siguiente, pero sólo en 1753 tomó posesión del cargo. Después de muchos años el gobernador y el obispo don Nicolás Gil mantuvieron buenas relaciones, aseguraba no le veía defecto alguno, pensaba que era un hombre virtuoso de buen ejemplo y cumplidor de su deber, Don Juan Herrera murió el 19 de julio de 1760, dejando viuda a su esposa, María Mercedes Rocha.

Para reemplazarlo interinamente, mientras llegaba el titular, se nombró como gobernador en lo político a los alcaldes ordinarios don Gabriel Díaz Granados y don Francisco Díaz Berrío, porque el alcalde más antiguo, don José Antonio Díaz Granados, el que se había desempeñado como alférez real, estaba muerto. A ellos les correspondió organizar los festejos de la proclamación del rey Carlos III. Estos alcaldes duraron pocos días, porque el

virrey don José de Solís Folch de Cardona nombró interinamente a don Andrés Pérez Ruiz Calderón. En 1758, teniendo en cuenta los méritos y servicios del capitán de dragones don Gregorio Rosales Troncoso y Osores, caballero de la Orden de Santiago y capitán de los Reales Ejércitos. El monarca le concedió título de gobernador de la provincia y presidió de Santa Marta, por haberse cumplido el término de don Toribio de Herrera. De las cédulas importantes que recibió este gobernador se destacan dos: por la que se le comunicaba la Proclamación al Ministerio de la Inmaculada Concepción y la del indulto general con motivo de exaltación al trono de Carlos III.

Rosales fue muy criticado por los vecinos y por el mismo virrey, quien lo convino a presentarse a Cartagena de Indias, pero no atendió los varios llamados que le hizo; cuando por fin accedió, quedó en su reemplazo el capitán Andrés Pérez Ruiz Calderón, quien recibió el título de gobernador civil y militar, despachado por el virrey el 21 de enero de 1763. Ruiz servía a Su Majestad desde el año de 1728 en la guarnición de Santa Marta, de ahí había llegado a Cartagena con el grado de alférez. Entre las cédulas que fueron de obediencia se destacan: para la publicación del matrimonio del príncipe de Austria con la princesa María Luisa de Parma. Obtuvo gran mérito Ruiz. Fue alcanzado el grado de teniente coronel, el cabildo lo apoyó, incluso elogiaron su modestia y esmero realizados en su plaza, el virrey inclusive pedía se le diese el gobierno en propiedad, lo que no sucedió: Ruiz murió el 2 de enero de 1768, repentinamente.

Tomó las riendas don Manuel, uno de los heroicos defensores de Cartagena en el año 1740, capitán de una de las compañías de infantería de la Plaza. Los alcaldes de la ciudad asumieron las funciones del gobierno político. Sin embargo, el 9 de julio fue despachado a Santa Marta don Manuel de Herrera y Leyva por el virrey en calidad de gobernador interino. Era hermano de don Toribio, otros cuatro hermanos más estaban al servicio del rey.

En reemplazo de don Gregorio Rosales se nombró a don Nicolás Díaz de Perea. Se le concedió el mando de la provincia de Santa Marta en septiembre de 1768, hasta entonces

ejercía en el Chocó. Hacía 44 años que Perea estaba al servicio del rey en la guarnición de Cartagena de Indias, acompañado de doña Margarita de Santana, su esposa, y sus hijos, el año anterior había sido ascendido a teniente coronel. Su gobierno fue muy aplaudido por los vecinos, por otras autoridades provinciales y por el mismo virrey don Manuel Guirior. Al entregar el mando a su sucesor, se embarcó para España, llevando a su hijo y cuatro hijas menores de edad. Al llegar al puerto de Coruña murió repentinamente el 7 de julio de 1777. A doña Margarita le asignó Su Majestad una pensión anual vitalicia de 400 pesos.

La preparación intelectual de los gobernadores y de otros funcionarios que comienzan a llegar al virreinato desde 1760, le van a dar un cambio a la forma de administrar los virreinos y las gobernaciones. Eso se expresó en Santa Marta cuando fue nombrado en remplazo de Perea el cartagenero don Antonio de Narváez y de la Torre, quien estaba en Madrid con ganas de volver a América. Aunque su deseo era gobernar a Popayán, tuvo que aceptar Santa Marta. Tenía sus abolengos, era hijo de don Juan Salvador de Narváez y doña Antonia de la Torre, condes de Santa Cruz de la Torre. Se había desempeñado como ingeniero en el batallón fijo y participó en varias batallas, defendiendo la causa de Su Majestad. Le tocó asumir la autoridad de las dos provincias: Santa Marta y Riohacha, por orden del rey al virrey don Manuel Antonio Flores.

Además de las labores propias del cargo, De Narváez pasó un informe a la Corte del estado de la provincia, donde expuso sobre el comercio ilícito como causa de la miseria, resaltó la importancia de un trabajo sobre el comercio, el establecimiento de fábricas de algodón. Propuso el monopolio en la extracción de palo brasil, el cultivo de ganadería y elaboró un cálculo aproximado de la población. Un año después, en otro informe, cuenta los resultados de algunos ensayos en la siembra de cacao, en el artículo explica ideas de cómo mejorar las finanzas de la provincia. El rey, seducido por la propuesta, le pidió al virrey pasar un proyecto oficial.

Mientras se desempeñaba como gobernador escribió una *Relación o Informe sobre la Provincia de Santa Marta y Río Hacha de 1778*², documento que ha merecido toda clase de comentarios de académicos e historiadores modernos y contemporáneos, se considera un referente para comprender y explicar las razones de atraso de la provincia en el siglo XVIII. En el mismo momento de su presentación a las autoridades del Consejo de Indias, en particular al ministro, se convirtió en un proyecto que se debatió ampliamente, hasta que más tarde se autorizó ejecutarlo.

El gobernador en el inicio del informe señaló claramente el contenido de la relación: donde menciona la buena posición, lo fértil de sus tierras y lo ventajoso para el comercio de la agricultura. Hace mención también de la situación de miseria en que se encuentra por estar desprovista de población. Dentro de las soluciones a esta situación propone la introducción de esclavos y el fomento del desarrollo de las haciendas³.

Dos comentarios sobre este informe son más que suficientes para sustentar su carácter moderno e ilustrado, el primero del historiador Sergio Elías Ortiz, cuando dice:

Lo más sorprendente al leer esta magnífica Relación de Narváez es que se traten todos los asuntos a base de estadística, pudiendo decirse que fue este ilustrado neogranadino el primero que habló en números en la apreciación de las cualidades y riquezas de nuestro suelo, como también fue el primero en proponer, adelantándose en más de un siglo a los economistas, las transacciones en especie para evitar la fuga del oro, solo que él se refería a la mercancía “negro”, de aquellos tiempos, a cambio de ganado⁴.

² El nombre completo y correcto es: Relación o Informe de la Provincia de Santa Marta y Río Hacha, por lo que respecta al estado actual de su comercio, haciendas y frutos, los pocos que se cogen ahora y los que pueden cultivarse y fomentar para aumento de su comercio y agricultura, las causas de su decadencia y medios para adelantar estos importantes objetos con beneficios de la provincia y de todo el reino. En: Colección de Documentos inéditos sobre la geografía y la historia de Colombia. (Comp.) Basilio Cuervo, Antonio. Bogotá: Casa Editorial de J.J. Pérez, 1892, Tomo II, pp. 175-202.

³ De Narváez y La Torre, Antonio. El informe sobre la Provincia de Santa Marta y Río Hacha de 1778. 1994. Vol 2. p.33.

⁴ Ortiz, Sergio Elías. A propósito de un gran economista colonial don Antonio de Narváez y la Torre. En: Boletín Cultural Bibliográfico Vol. V, No. 9, 1962, Bogotá: Banco de la República, pp. 1130-1150.

Más cercano a nuestros tiempos, el historiador cartagenero Alfonso Múnera Cavadía, refiriéndose a De Narváez, considera que como conocedor de lo que sucedía en la parte del Caribe insular, se le exaltó como el hombre ilustrado del siglo XXVIII; y estudioso del planteamiento del progreso, estaba convencido de que implantando un sistema económico reformador en esta provincia, donde se incluye el trabajo aportado por parte de los esclavos, se presentaría un mejoramiento económico significativo así como en Jamaica⁵. El trabajo del gobernador es bastante avanzado para el momento, la forma de abordar los temas muestra que no es un gobernador cualquiera, por el contrario, luce como un verdadero ilustrado, lo que reafirman los anteriores historiadores citados.

El gobernador De Narváez fue reconocido como uno de los mejores que tuvo Santa Marta. Fortificó el puerto hasta donde pudo; para facilitar el comercio interno, hizo limpiar los caminos y abrir nuevas rutas; persiguió el contrabando; propendió por la agricultura ensayando nuevos cultivos; bajo su mando aumentaron las rentas a 16360 y pico de pesos en 1748. Por resolución del 2 de junio de 1785 se le concedió el destino de teniente del rey en Cartagena, de aquí pasó de ser brigadier a ejercer el gobierno de Panamá⁶.

El 11 de julio de 1785, en Aranjuez, se le concedió a un capitán de fragata de la Real Armada, al vasco don José Ignacio de Astigarraga, el gobierno de Santa Marta y Riohacha. Se le reconoce como el segundo gobernador ilustrado que llega a regir los destinos de la provincia. Inició sus servicios desde 1770 en calidad de guarda marino. En 1775 estuvo en la expedición de Argel y costas de África. En la fragata Santa Marta trajo al virrey Flórez, cuando se le destinó a la guerra con Inglaterra. Con él llegó su hermano don Luis de Astigarraga, otro ilustrado, quien escribió una disertación sobre la agricultura en el Nuevo Reino de Granada.

⁵ Múnera, Alfonso. Prólogo. Los ensayistas costeños y la formación de la Nación. En: Ensayos costeños. De la Colonia a la República 1770-1890 (Comp.) Múnera, Alfonso. Bogotá: Colcultura Vol. 2, 1994, p. 15.

⁶ Restrepo Tirado. Historia... Tomo II. Op. Cit., pp. 248-249.

En el tiempo de permanencia de De Astigarraga, el rey nuevamente autorizó que Riohacha fuera separada de la provincia de Santa Marta, este punto fue de notoria importancia para el virrey Gil y Lemus, quien nombró como encargado a don Juan Álvarez de Bariñas y así lo comunicó a Astigarraga. Bariñas no estuvo por mucho tiempo en su cargo por malos tratos para con los indígenas, así que se nombró a José María Galindo como encargado por parte del virrey, el rey le extendió título en Madrid el 11 de septiembre de 1790.

De Astigarraga se mostró satisfecho con las labores adelantadas, escribió un informe dando cuenta de las potencialidades del cultivo de la tierra en la provincia, como buen fisiócrata; como todos los ilustrados llegados a Santa Marta, estaba convencido de la necesidad de un proyecto que podría mejorar el fomento de la agricultura. Destacó los mismos aspectos señalados por su antecesor y los escritos por José Nicolás de la Rosa y Antonio Julián. Su informe, fechado en Santa Marta el 22 de marzo de 1789, presenta detalladamente la situación de la provincia de Santa Marta. Fue documento menos conocido y difundido como los anteriores, pero no por ello deja de ser fundamental para conocer la realidad de Santa Marta como capital y la provincia en general a finales del siglo XVIII.

Siguiendo los aspectos tratados por De Narváez y Antonio Julián, Astigarraga enumera las potencialidades con las que cuenta la provincia, describiendo la tierra, sus productos, los acuíferos, la producción ganadera y todas las riquezas de la provincia, aunque también las dificultades para protegerlas. Recoge información de las virtudes de estas tierras tanto por su fertilidad como por la variedad y calidad de frutos debido a la diversidad climática que ella posee, pero por alguna razón hasta ese momento no había sido aprovechada tan ventajosa situación, en tanto no hay una agricultura de fuerza ni haciendas. Siendo que como actividad económica se torna próspera y segura, una potencialidad más de ella es la comunicación existente para el movimiento de lo que se cultive en ella, por contar con

caudales de aguas en toda su extensión, así se encuentra los ríos Magdalena y Cesar, ciénagas y otros más, que hasta ahora se están habilitando⁷.

El río San Sebastián, que el gobernador informó con alegría de ponerlo al servicio como vía de transporte, es el actual río Fundación. Limpiarlo y adecuarlo para transitar por él, ayudó a conducir productos que podrían llegar a la Ciénaga Grande y transportar al mar Caribe. Otro aspecto reiterativo de los informes de los gobernadores y de las obras de los “cronistas tardíos” es la fertilidad de la tierra samaria y de la necesidad de fomentar el cultivo de ella como fuente de la riqueza de los pueblos. Postura defendida por los economistas fisiócratas.

Por otra parte, el profesor Antonino Vidal Ortega, en un reciente trabajo aún por publicar, revisa el documento. A manera de conclusión, considera que José Astigarraga fue un hombre de mucha firmeza, aunque le fue fiel a la Corona, presentó algunas desavenencias en cuanto a las políticas de contrabando. Sin embargo, trabajó incansablemente por el aumento de la población, así como por mejorar la economía, en especial todo lo concerniente a la agricultura, de la cual la provincia estaba bien dotada⁸.

Dentro de las órdenes recibidas desde España para el gobernador, una le solicitaba que cuidara que no se introdujeran a la provincia negros comprados o prófugos de las colonias francesas ni otras personas de esta casta, pues ya se conocían los excesos de la Revolución Francesa. Sobre De Astigarraga se dice que fue fiel ejecutor de las reales cédulas, veló por controlar el contrabando, resolvió los litigios de la tropa para que se siguiese el antiguo sistema de cargo y data, y dio gracias a Dios por el nacimiento del infante Carlos Isidro, hijo de los príncipes de Austria.

⁷ AGI: (Sevilla). Informe del Gobernador de Santa Marta don José Ignacio de Astigarraga, sobre el estado de la provincia, 22 marzo 1789, Santa Fe, 118, fs 3.

⁸ Vidal Ortega, Antonino. Comercio y mercado regional en la gobernación Santa Marta a finales del siglo XVIII: informe de José de Astigarraga. (1789). 2016, p. 22. Inédito.

Al sentir que se acababa su gobierno, solicitó la gobernación de Panamá. En su periodo fueron pocas sus disensiones con las demás autoridades, supo mantener en paz a los guajiros, dedicó mucho de su tiempo a acrecentar la agricultura y el comercio, empujó el trabajo de la catedral y el contrabando, abrió caminos a Gaira, a la Ciénaga, a Valledupar, saneó la población con el desmonte de bosques y cegando pozos, terminó la carnicería e hizo abrir un nuevo canal del río Manzanares para evitar inundaciones y levantó un puente sobre él, puso en navegación el río San Sebastián (que desagua en la Ciénaga), fundó un pueblo entre Valledupar y Santa Marta, solicitó la construcción de dos escuelas de niños en Santa Marta y en los pueblos de indios (del impuesto de aguardiente que se cobraba para la catedral, Su Majestad le concedió 120 pesos anuales para cada una de las escuelas de los niños y niñas).

El último gobernador del siglo XVIII fue el teniente coronel don Antonio de Samper, capitán del regimiento de infantería de Guatemala. Se le nombró gobernador, comandante general y vice patrono real de la provincia de Santa Marta. Aunque no se le consideró un ilustrado, sí era un hombre bien educado, sus ejecutorias obedecieron al cumplimiento de las reales cédulas.

Una de las primeras cosas de las que se hizo cargo, fue de la fiscalización de la catedral, en 1795, se terminó la parte material. Y se entregó la edificación completa el 13 de julio de 1796. Correspondió a don Antonio de Samper entregar al deán don José Díaz Granados, gobernador del obispado, hecho que ya se comentó.

Entre las principales reales órdenes recibidas por Antonio de Samper durante su gobierno, una de las que se destacó fue la que se le solicita que se dieran las gracias al Todopoderoso por el alumbramiento de la reina, que había dado a luz al infante Fráncico de Paula Antonio Juan.

Estando De Samper en su mandato el erario aumentó considerablemente, los indígenas estuvieron tranquilos debido a la facilidad que se les otorgó a sus vecinos de Riohacha para

comerciar. No se pudo señalar a De Samper sobre mala conducta, ya que se le consideró hombre culto y que se hizo querer.

De esta larga lista de gobernadores del siglo XVIII, pueden destacarse algunos que por sus acciones se convirtieron en protagonistas de primer orden en la ejecución de las políticas emanadas de la monarquía borbónica. Entre los gobernadores se destacaron: Antonio de Alcalá Galiano, Juan Aristegui y Avilés, Juan Beltrán de Caicedo, Juan Toribio de Herrera Leyva y su hermano Manuel de Herrera y Leyva, José Mozo de la Torre, Andrés Pérez Ruiz Calderón, Antonio de Samper, Juan de Vera Fajardo, y los ilustrados: el ingeniero don Antonio de Narváez y la Torre y el capitán de fragata don José Ignacio de Astigarraga.

A don Gabriel Díaz Granados, en calidad de alcalde más antiguo de Santa Marta, junto con su colega Francisco Días Berrío, le correspondió desempeñarse como gobernador de la provincia de Santa Marta a la muerte del titular, don Juan Toribio de Herrera y Leyva, el 19 de julio de 1760. Su encargo llegó hasta el 6 de septiembre del mismo año, cuando el virrey encomendó la gobernación a don Andrés Pérez Ruiz Calderón. Algunas de estas familias se sostuvieron con mucha presencia e influencia comercial y política durante el siglo XIX y XX, en Santa Marta hasta hoy, como es el caso de la familia Díaz Granados, de la que se hablará más adelante.

De esta lista de gobernadores existen en el AGI documentos que se levantaron para mostrar los méritos que poseían dos de estos mandatarios para hacerse merecedores de tal dignidad. Los primeros documentos que se elaboraron para relacionar la lista de los méritos es la del capitán comandante de la plaza de Santa Marta, don Andrés Pérez Ruiz Calderón. Esta relación de méritos y servicios fue redactada por el señor virrey don Pedro Messía de la Cerda. El virrey tomó tal determinación porque había nombrado interinamente al capitán como gobernador en lo político y militar, para que reemplazara al titular don Gregorio de Rosales, a quien los vecinos de Santa Marta acusaban ante el virrey y luego se había negado trasladarse a Cartagena de Indias, donde funcionaba el virreinato en el momento.

El argumento principal fue que Ruíz Calderón era “comandante de su Guarnición, sujeto de acreditado merito, y fidelidad, que contempló ya posesionado en este destino; donde subsistirá, hasta nueva providencia”⁹. Varios son los testimonios que recoge Ruiz Calderón de funcionarios civiles y eclesiásticos de Santa Marta, Riohacha, Ocaña, Valledupar y Tenerife en busca de que se le conceda el grado de teniente coronel y se le nombre gobernador en propiedad. En algunos de ellos se argumentaba que el capitán era hijo de otro capitán, don Domingo Pérez, adicionalmente había servido a Su Majestad por más 30 años, durante los cuales se había desempeñado como gobernador de las armas de la ciudad por tres ocasiones, recibiendo el aplauso de sus vecinos y de las autoridades reales.

El otro funcionario que necesitó documentar los méritos suficientes para ocupar el cargo de gobernador de la provincia fue don Manuel de Herrera y Leyva, hermano del ex gobernador don Juan Toribio de Herrera y Leyva. Don Manuel era capitán de infantería de la plaza de Santa Marta, fue nombrado gobernador interino en 1770, había estado al servicio de la monarquía por más de 49 años, con sucesivos ascensos como era la costumbre, desde cadete hasta capitán. Consideró el señor obispo fray Agustín Manuel Camacho y Rojas que no habiendo en la ciudad y provincia personas con las calidades de jefe militar o político, era el más apropiado para ocupar dicho cargo, argumentando, además, que no existía en él crueldad ni falsedad alguna, en todos los cargos que se había desempeñado fue con lealtad y responsabilidad, por lo que ha sido merecedor de respeto y nobleza, trabajador de la paz y de los más necesitados, hasta donde su humilde estipendio le permitía. Aparte de ser un fiel cumplidor de la palabra del Omnipotente¹⁰, el obispo argumentó otras cualidades del capitán Manuel de Herrera y Leyva para que fuera nombrado como gobernador en propiedad, lo que no sucedió porque al poco tiempo hizo su arribo al puerto samario el titular, don Nicolás Díaz de Perea, quien se posesionó el 19 de enero de 1772.

⁹ AGI: (Sevilla). Tira: 7; Leg. Santa Fe 1233; Doc.: Virrey Santa Fe; Fecha: 22.1. 1763, ff. 9-10.

¹⁰ AGI: (Sevilla). Tira: 15; Leg. Santa Fe 1192; Doc.: Meritos Gobernador; Fecha: 16.1. 1770, ff. 4-5.

A nivel de ejemplo, otro funcionario que necesitó recomendación en 1765 del obispo de la diócesis fray Agustín Manuel Camacho y Rojas fue el doctor don Joseph Francisco Mozo, abogado de la Real Audiencia de la Corte de Santa Fe. El obispo se vio precisado a enviar al rey Carlos III los méritos que posee el abogado. El monarca solicitó a las autoridades virreinales (civiles y eclesiásticas) que le enviaran información sobre los méritos, las calidades, grados y literatura que acreditaban algunos funcionarios, para merecer formar parte del cuerpo político, administrativo y eclesiástico de la monarquía española en sus colonias.

El obispo, en cumplimiento de tal solicitud, le contestó al rey el 20 de julio de 1765 en los siguientes términos: que además de desempeñarse como abogado de la Real Audiencia, el hecho de tenerlo a su lado le daba consuelo y confianza en las cosas que se había desempeñado por contar con la formación necesaria. Ostentaba sus estudios en los sagrados cánones y leyes consiguiendo el título en ambos derechos, los cuales adelantó en el Real y Mayor Seminario de San Bartolomé, valiéndole así los merecidos cargos desempeñados como abogado de la Real Audiencia y secretario de Cámara¹¹. Además de estos pergaminos, tenía otros logros, como el de profesor de la Universidad Javeriana y el de haber ejercido la profesión de abogado impecablemente, sin multas o suspensión de su ejercicio, por el contrario, recibiendo la admiración de todos y el reconocimiento de ser un gran abogado.

Estos tres ejemplos son solo una muestra de la forma como los funcionarios públicos buscaban adaptarse a las exigencias que demandaba ingresar en la carrera política y militar en la sociedad colonial. El ascenso a estos cargos para los nacidos en Indias, como se decía, tenía un filtro supremamente riguroso que tanto los gobernadores como los virreyes y el Consejo de Indias en España usaban para controlar y garantizar la estabilidad institucional, no sólo familiar, sino de la sociedad y la administración de las colonias.

¹¹ AGI: (Sevilla). Tira: 9; Leg. Santa Fe 1188; Doc.: Meritos Francisco Mozo; Fecha: 20. 7. 1765, ff. 2-3.

Estos mestizos y criollos entraron a competir con los blancos peninsulares por los cargos de importancia, situación que cada día se hizo más insostenible por el aumento de la población mestiza que comenzó a prepararse. Entendieron que era necesario hacerse reconocer, lo que se puede considerar como “capital social” local, porque para poder aspirar a dichos cargos se combinaban una serie de variables que se iniciaba con los orígenes de padres, abuelos y tal vez más atrás. Se daba cuenta del carácter de la familia, la preparación intelectual, las relaciones familiares y con el resto de la parentela que los rodeaban. Igualmente, era necesario demostrar el tipo de amistades que se mantenían. Todo ello permitía la conformación de una red social y clientelar que funcionó y funciona hoy, como se verá más adelante.

Estos hombres con sus hogares formados en España o en Hispanoamérica fueron consolidando una red de familias clientelares que, como lo señala Vázquez al estudiar el comportamiento de las sociedades acaudaladas del Antiguo Régimen, resultaba interesante. Rarificaba el hecho de que para ser parte de las altas instituciones y cargos importantes (y garantizar su permanencia en ellos), no solo se debía contar con un título profesional, sino que dependía de poseer la cualidad de pertenecer a familias aristocráticas u ostentar parentescos con ellos. Esto indudablemente influyó en la capacidad económica que se requería para tener un lugar exclusivo dentro de la sociedad¹².

Esta consideración que establece la historiadora Vázquez en su estudio “*De la primera sangre de este reino*”. *Las Elites dirigentes de Santa Fe (1700-1750)*, se ajusta a la realidad de la ciudad de Santa Marta y su provincia, los gobernantes van a originar una serie de relaciones a partir del parentesco, la amistad, el clientelismo y una institución con mucha fuerza en el Caribe, el compadrazgo, todas ellas unidas cohesionaron a una elite. En la actualidad, unos descendientes de esta flor y nata disfrutaban de un reconocimiento social y político, otros, social, político y económico. Muchos viven aún de los recuerdos de los

¹² Vázquez Varela, Ainara. “De la primera sangre de este reino”. *Las Elites dirigentes de Santa Fe (1700-1750)*, Bogotá: Universidad del Rosario, 2010, p. 14-15.

abolengos del pasado: Linero, Manjarrez, Bermúdez, Labarcés, Herrera, Núñez, Mozo, Munive, Zúñiga, Díaz Granados, pertenecientes a esa primera sangre que pobló la provincia y controló los cargos públicos y los eclesiásticos en algunos casos.

De esas familias, sin duda la Díaz Granados constituyó toda una institución que con el correr de los siglos se sostuvo en el poder hasta hoy. Los matrimonios entre parientes y con las otras familias señaladas consolidaron su estructura familiar, social, económica y política, que llegó la frontera de la provincia y se cruzó con familias de Cartagena y Mompox. A estas familias fundantes de la ciudad y la provincia se le agregaron con el correr de los siglos otras con las que aumentaron su poder a través de matrimonios: Vives, Dávila, Alzamora, Méndez, Urueta, Campo, Goenaga, Cotes, Abello, Pinto, Fernández de Castro, entre otras.

Al final del siglo, algunos de los cargos del Cabildo Justicia y Regimiento están en manos de esas familias. Por ejemplo: don José Francisco Díaz Granados, don Julián Urueta, don Pablo Oligós, don Julián Ramón Castaño, don Jorge Rodríguez y Abello, don Fernando Manuel del Río, don Juan Núñez Dávila, don Rafael Zúñiga (que se desempeñó como alcalde mayor provincial), etcétera. Otros funcionarios con cargos importantes fueron el administrador del Ramo de Aguardiente don Antonio Moré y el escribano público don Antonio de Rosales. Así, se encontraron a través de la historia de la ciudad estos mismos apellidos ocupando cargos de relevancia política o administrativa desde el inicio del siglo XIX hasta bien entrado el siglo XX, incluso hasta hoy.

Estos funcionarios se convirtieron en unas verdaderas elites que han manejado los destinos de Santa Marta y toda la provincia, hoy departamento del Magdalena. A pesar de los escarceos de grupos emergentes, las familias tradicionales manejan la economía, la política, la vida social y cultural de la ciudad y el departamento. Siguen siendo la representación de la sociedad magdalenense a nivel nacional e internacional.

2.2. Jerarcas de la iglesia, protagonistas de la época

Inconcluso quedaría este aparte del capítulo si no se mencionan rápidamente algunos de los jerarcas de la iglesia católica que gobernaron la diócesis en el siglo XVIII. Algunos de ellos fueron ascendidos a la categoría de arzobispo en Santa Fe, otros fueron nombrados a ocupar nuevos cargos en Hispanoamérica y el Caribe, unos murieron en Santa Marta. Algunos fueron más protagonistas que otros, pero todos fueron celosos en el cumplimiento de las bulas papales y de las reales cédulas expedidas por la monarquía borbónica, siempre y cuando les convinieran.

Siguiendo a monseñor García Benítez y otros autores, se encontró que el siglo XVII termina e inicia el siglo XVIII con el señor fray Juan Vítores de Velasco, perteneciente a la Orden de San Benito, regentando los destinos de la diócesis (1694-1703). Lo sucedió el fray Luis Fernando Martínez Gayoso entre 1706 y 1713, de la Orden de San Bernardo. Pero no pudo consagrarse, murió en Santa Marta el 21 de agosto de 1713, fue sepultado en la capilla mayor de su reedificada catedral vieja.

El protagonismo del obispo fray Antonio de Monroy y Meneses, perteneciente a la Orden de la Merced, fue muy significativo. Mantuvo constantes enfrentamientos con los gobernadores, aunque se preocupó mucho por los vecinos pobres de la ciudad y provincia. Su obispado fue largo, desde 1716, cuando llegó a la ciudad, hasta 1739.

Su sucesor fue el fray José Ignacio Mijares Solórzano y Tovar, quien murió en Ocaña a los pocos años en 1742. Fray Juan Nieto Polo del Águila, lo sucedió en 1744, algunos consideraban que era natural de Popayán, otros afirmaban que era oriundo de Santa Marta. En 1746 fue trasladado al obispado de Quito, llegó a esa ciudad el 6 de diciembre de 1749.

Entre 1747 y hasta 1753 los destinos de la diócesis estuvieron en las manos del señor doctor don José Javier de Arauz y Roja. Llegó consagrado de Quito, donde se desempeñaba como canónico de la catedral. Regaló una hermosa imagen de santa Marta. Tuvo gran

interés por las misiones de los nativos chimilas y guajiros, luego fue nombrado como arzobispo de Santa Fe.

La segunda mitad del siglo XVIII comenzó con De Arauz y Rojas, el nombrado para sucederlo no alcanzó a hacerlo, el doctor don Fernando Camacho y Rojas, quien murió en su ciudad natal, Tunja. Mientras llegaba el Gobierno eclesiástico encargó al deán don Francisco Muñoz, que lo entregó al titular el 26 de abril de 1756, el fray licenciado Nicolás Gil Martínez Malo, quien se desempeñaba como capellán en la iglesia de los Santos Reyes en Toledo. Se consagró en Madrid, elaboró e hizo aprobar por Su Majestad las reglas y constituciones de la catedral de Santa Marta, de la que se comenta más adelante.

Para reemplazar a Martínez Malo se presentaron seis candidatos, Su Majestad nombró al hermano del extinto obispo de Santa Marta, el no posesionado fray Fernando, el doctor Agustín Manuel Camacho y Rojas (1764-1771). Era provincial de Santo Domingo en Santa Fe, pero oriundo de Tunja, pertenecía a la Orden religiosa de los Predicadores. Muy dedicado a su formación en ciencias religiosas y filosóficas, se preocupó por la ilustración del clero samario, visitó parte de la diócesis, aunque tenía proyectos para ejecutar en su diócesis. Más tarde fue nombrado arzobispo de Santa Fe de Bogotá. Para reemplazarlo fue elegido el canónico de la Colegiata de San Ildefonso, el señor fray Francisco Javier Calvo. Se posesionó el 28 de diciembre de 1771 y murió el 22 de diciembre de 1773.

El ilustrísimo señor don Juan Francisco Navarro y Acevedo, cartagenero, rigió los destinos de dicha diócesis entre 1774-1788. Por los múltiples problemas existentes en Santa Marta, sin tener una iglesia catedral y otras razones, vivió la mayor parte de su gobierno en Valledupar, donde murió el 19 de septiembre de 1788. Para reemplazar al obispo Navarro, el Consejo de Indias le presentó a su majestad Carlos IV nueve nombres de una lista bastante grande compuesta por 20 deanes, 27 sacerdotes regulares y 28 seculares. El rey nombró a don Anselmo José de Fraga y Márquez, quien para la época se desempeñaba como arcediano de la catedral de Cartagena de Indias y había ocupado el cargo de rector del seminario de esa ciudad. Se presentó a su diócesis el 26 de octubre de 1789 e

inmediatamente se posesionó, luego volvió a Cartagena para hacerse consagrar el 12 de septiembre de 1790. Llegó muy enfermo, murió en 1793; el deán don José Joaquín Meriño estuvo durante mucho tiempo ejerciendo el cargo de gobernador del Gobierno eclesiástico.

El primero que nombraron para reemplazar a Fraga no aceptó, el deán de la catedral de Guatemala, don Juan José González Batres, las razones expuestas fueron la avanzada edad y la salud deteriorada. El Rey de otra larga lista procedió a designar al doctor don José Alejandro de Egues y Villamar, deán de la catedral de Cuenca. Aceptó a través de apoderado en 1794, murió en Cartagena de paso a Santa Marta el 22 de octubre de 1796, por eso no pudo recibir las llaves de la catedral y la misma obra. Encargó en su nombre al deán Domingo José Díaz Granados, quien estuvo en el cargo hasta que llegó fray Diego de Santa María Ceballos, de la orden seráfica, el 31 de agosto de 1799; pero su gobierno fue muy corto, falleció el 10 de octubre de ese mismo año.

Esta cortedad de los prelados nombrados como obispos de la diócesis de Santa Marta seguiría hasta después del siglo XVIII; aún en los inicios del siglo XIX, la situación no se estabilizaba.

La lista para ocupar el cargo vacante fue: 22 deanes de las diferentes catedrales de la Nueva Granada, –entre ellos don Domingo José Díaz Granados, recomendado por los frailes del hospital San Juan de Dios de Santa Marta– y el Perú; 36 eclesiásticos seculares y 15 regulares, en total aspiraban al cargo 73 candidatos, de los cuales la Cámara seleccionó seis. Su Majestad se inclinó por el confesor real del monasterio de la Visitación don Juan Francisco Avendaño, mas este no aceptó por su estado de salud. Al final de una nueva lista de 13 candidatos, Carlos IV escogió al ilustrísimo señor fray Eugenio Sese, agustino recoleto. Aunque fue nombrado en 1801, se consagró el 30 de enero de 1803. Se presentó en Santa Marta el 19 de marzo y falleció el 31 de octubre del mismo año.

Como se puede apreciar, algunos de estos obispos sus gobiernos fueron fugases, por ello los deanes samarios, como el caso de don Domingo José Díaz Granados, van a mantener el

control del Gobierno eclesiástico e incidir en decisiones políticas o administrativas. Algunos prelados contribuyeron con sus iniciativas a mejorar las condiciones sociales de la población, por educar, construir el seminario. La catedral consumió la vida de todos los obispos entre 1753 y 1796 cuando se concluyó, algunos se enfrentaron a los gobernadores excomulgándolos, como De Monroy y otros. El último gobernador del siglo XVIII y comienzo del siguiente, don Antonio de Samper, vivió en carne propia la furia, el mal genio, la soberbia del deán Díaz Granados y de toda su familia, como se verá más adelante.

Por otra parte, en la última década del siglo se encontraron protagonistas pertenecientes a las mismas familias: don Domingo Josef Díaz Granados, arcediano; su hermano, el presbítero don Pedro Gabriel Díaz Granados, cura de la catedral; el presbítero don Manuel Antonio Alemán, dueño de una capellanía; el notario eclesiástico era don Francisco Antonio Linero. Otros personajes importantes de la sociedad samaria vinculados al Gobierno eclesiástico con propiedades eran: el reverendo fray Pedro Gil Martínez, presidente guardián del hospicio del convento de San Francisco en interinidad por fray Antonio Vidal, dueño de otra capellanía, de la cual fue capellán el presbítero don Pedro Gómez Gallegos. Adicionalmente, el síndico del hospicio con propiedades fue don Santiago López de Castilla. Con estos personajes del clero se presentaron las mismas situaciones que los miembros del Gobierno civil: sus familiares retuvieron las capellanías, haciendas y tierras que traspasaron de generación en generación. No siguieron la tradición de ocupar cargos en el Gobierno eclesiástico, pero sí se integraron a la sociedad civil samaria y magdalenense.

2.3. Las familias samarias, su formación intelectual

Entre 1525 y 1800 la educación que se brindó fue muy deficiente, las pocas escuelas públicas fueron auspiciadas por el clero, algunos obispos defendieron la necesidad de la enseñanza en la ciudad y en los pueblos indios. Esa educación con una carga ideológica, impartida, regida y controlada por la Iglesia católica, se brindaría escasamente a algunos

hijos de los peninsulares y más tarde a sus nietos. La educación cumplió un papel determinante en el comportamiento social, cultural, familiar y religioso de los samarios.

La educación muy deficiente fue una preocupación para el obispo, que reclamaba del clero un mejor comportamiento con la feligresía, ya que en muchos casos son totalmente analfabetas y solo saben algunas oraciones y pocos oficios religiosos, por lo que su protagonismo en las parroquias a su cargo presentaba graves problemas. Todo porque muchos religiosos no tenían el menor conocimiento de las cosas sagradas y se comportaban como individuos comunes y corrientes.

Es por esa razón y otras, como la necesidad de preparar el recurso humano que requería la ciudad y la provincia, que se reclamaba en forma reiterada la construcción y puesta en marcha del real seminario. Los obispos que defendían la necesidad de construir el seminario no dudaban de plantear que era necesario formar individuos que cumplieran las funciones esenciales de la atención a la feligresía y que pudieran ocupar cargos de responsabilidad en el pequeño aparato burocrático de la ciudad. Adicionalmente, con la preparación que se impartió en el seminario, los samarios pudieron aspirar a estudiar en las universidades, que desde el siglo XVI y XVII funcionaban en Santa Fe.

A pesar de que la ciudad no contaba con esta institución, los samarios viajaban hasta Cartagena de Indias para educarse en el Colegio San Carlos¹³, luego remontaron el río Magdalena y Los Andes para nutrirse de los conocimientos que se impartían en las universidades que ya funcionaban en Santa Fe, como la Santo Tomás de Aquino, El Colegio Mayor de San Bartolomé, El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y la Pontificia Universidad Javeriana. En ésta, el jesuita Antonio Julián regentó una cátedra cuando fue trasladado de Santa Marta a Santa Fe.

¹³ Por Real Cédula de 1774 firmada por el rey Carlos III fue creado con el nombre de Real Colegio Seminario, en esa institución se educaran varios samarios cuya preparación les permitirá habilitarse para ingresar a los Colegios Mayores que funcionaban en Santafé.

El colegio que jugó un papel preponderante en la educación de los neogranadinos y hacia él caminaron las elites samarias, fue el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Institución fundada en 1653 por el dominico fray Cristóbal de Torres, arzobispo de Santafé, cuyo manejo administrativo y educativo estuvo bajo la Orden de Santo Domingo de Guzmán.

La realidad de la institución seguiría siendo ruinosa. A finales del siglo XVII, ya en el inicio de la década de los ochenta, el arzobispo se opuso a una propuesta para salvar al Colegio, que consistía en que se entregaran rentas de los “indios vacos” de las encomiendas. No obstante, en 1684 los administradores del Colegio insistirían al rey Carlos II para que se financiara la permanencia del plantel educativo, puesto que era el único que brindaba la posibilidad de educar a los nobles, ya que el Colegio ofrecía cátedras que formaban hombres capaces de asumir la administración, abriendo el conocimiento a las ciencias. En síntesis, varones con una alta formación académica que beneficiaban a la sociedad virreinal.

No obstante los esfuerzos, continuaban en el Colegio los problemas financieros y académicos. Después de 1715, mejoró gracias a los aportes reales y de algunas subvenciones que recibía. Las cátedras se mantuvieron en forma irregular, como la de medicina, la colegiatura bajaba y subía entre quince y once estudiantes. Todavía a mediados del siglo XVIII, el Colegio no había salido de la crisis, aunque se mantenían las 15 becas. Adicionalmente, al comienzo del siglo, el arzobispo Antonio Sanz Lozano, quien había gobernado la diócesis de Cartagena de Indias, donó para esa ciudad dos becas para jóvenes interesados en continuar estudiando. Además, el clérigo fray Claudio Álvarez Quiñones fundó dos becas más. Con estas cuatro becas se le garantizó a la institución unas rentas estables, poca, pero ayudaron en algo a solucionar la crisis en la que el Colegio se mantenía sumido.

Todavía en 1758 el Colegio solicitó al virrey don José de Solís Folch de Cardona que se le entregara parte de los diezmos de cuatro curatos para solventar la crisis, el virrey negó la

petición y se comprometió a gestionar “una nueva prórroga de los 500 ducados por veinte o treinta años más”¹⁴. El Colegio continuó su marcha en medio de muchas dificultades, pero vale la pena señalar que nunca antes una institución educativa universitaria había recibido tanto apoyo económico de la Corona como el Colegio del Rosario. El historiador Renán Silva, cuya producción intelectual es sumamente importante para conocer y saber la historia de la educación superior en el Nuevo Reino de Granada, considera que a la Administración del Antiguo Régimen le convenía para sus intereses inmiscuirse en algunas de las áreas de conocimiento, para contar con un grupo de intelectuales preparados para el manejo de cargos públicos, reconociendo que en la sociedad la idea de hegemonía cultural estaba cubierta por instituciones sesgadas de lo eclesiástico¹⁵.

A pesar de la crisis el Colegio se resistía a cerrar sus puertas, hubo años en que los festejos celebrados por el día de Nuestra Señora del Rosario, el 7 de octubre, no fueron más que una misa, frente a otros años en que se hicieron grandes ceremonias y festejos donde participaron, no solo los estudiantes, catedráticos y administrativos, sino funcionarios públicos y miembros del clero santafereño. La constancia de muchos funcionarios en ayudar a resolver la crisis permitió que el Colegio siguiera abierto, los más beneficiados eran justamente los hijos de los ministros, miembros de los cabildos, de la Real Audiencia, de los alcaldes y en general de los miembros del gobierno virreinal, quienes estudiaban becados y bajo el amparo del Colegio, por eso el apoyo de la Corona no decayó y se sostuvo.

Los datos que presenta Silva muestran que el Colegio Mayor del Rosario entre 1716 y 1764 tuvo matriculados 384 estudiantes en la facultad de Filosofía, de los cuales terminaron 252 y se retiraron, por diversas razones, 132; entre 1719 y 1767 ingresaron a Teología, Cánones y Medicina 154 alumnos, previo haber cursado Filosofía. Ese número fue superado entre 1773 y 1803 cuando en tres facultades se registran los siguientes

¹⁴ Silva, Renán. *Universidad y Sociedad en el Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Banco de la República, 1992, p. 86.

¹⁵ *Ibíd.* p. 86.

matriculados: 946 en Filosofía, 248 en Teología y 585 en Jurisprudencia, para un total de 1779 estudiantes. Al final del siglo XVIII, el Colegio se había consolidado como un bastión de la ilustración con la presencia del médico José Celestino Mutis y toda esa pléyade de ilustrados e intelectuales que contribuyeron a forjar la independencia de España. Pero el Colegio, al asumir la cátedra de Derecho Civil, preparó el recurso humano necesario para acceder a los cargos que estaban prohibidos para los clérigos, situación que enfrentó a la administración con los nuevos profesionales aptos para ocupar los oficios en las diferentes dependencias del virreinato.

Esa institución supo rodearse de personajes importantes al nivel académico y laboral de Santa Fe, a quienes se nombraron como rectores, lo que se convirtió en un atractivo cargo por la dignidad del mismo y el papel preponderante que tenía en la sociedad santafereña y en general del Nuevo Reino de Granada. Un aspecto que favoreció mucho la continuidad del Colegio fueron las becas que la institución ofrecía a los aspirantes a ingresar a él.

Desde 1700 el obispo de Cartagena de Indias, Sanz Lozano, fundó dos becas, 16 más se fundaron entre arzobispos, canónigo, presbítero y dos doctores. En ocasiones con apoyo de familiares, estas becas en su mayoría fueron ofrecidas a los mismos parientes de quienes las conferían, solo se destinaron seis de ellas a niños pobres que no tenían parentesco¹⁶. Como puede verse, estas becas garantizaron al Colegio unas rentas buenas y permanentes, los estudiantes accedían a ellas y disfrutaron de las enseñanzas que se impartían en sus aulas. A pesar de ellas, el Colegio tenía más atención en los chicos de oficiales medios que a los chicos más necesitados, los cuales, generalmente, al no ser tenidos en cuenta para las becas, no lograron adelantar sus estudios¹⁷. La aspiración de quienes se educaban, sobre todo los abogados, era buscar el ascenso social, pero para lograrlo era necesario cumplir otros requisitos como poseer “antecedentes de elite, recursos económicos y buenas

¹⁶ Guillen Iriarte, María Clara. Los estudiantes del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario 1773-1826. Bogotá: Universidad del Rosario, 2006, pp. 82-83.

¹⁷ Uribe-Urán, Víctor M. Vidas honorables. Abogados, familia y política en Colombia 1780-1850. Medellín: Universidad EAFIT-Banco de la República, 2008, p. 65.

relaciones”¹⁸, de tal manera que, además de preparación intelectual, era menester tener aspectos muy importantes como los señalados.

Dentro del listado de personajes que fundaron becas se encuentra el arzobispo don Agustín Manuel Camacho y Rojas, tunjano, quien fue obispo de la diócesis de Santa Marta de donde partió a Santa Fe a regentar los destinos de arquidiócesis del Nuevo Reino de Granada. Resulta interesante revisar esta beca que fue fundada el 2 de abril de 1774; el arzobispo pertenecía a la Orden de Santo Domingo de Guzmán, el fondo de la beca arrancó con mil patacones nombrando como patrono al padre provincial de la comunidad dominicana. La beca la fundó a beneficio de las generaciones futuras (hasta la cuarta) de don Francisco Camacho, y en caso de no poderse cumplir por haber vacante, quedará ofrecido a algún hijo de la ciudad de Santa Marta¹⁹. La beca la usufrutuaron cinco familiares, ningún samario alcanzó a disfrutarla.

Sin embargo, los samarios, valduparenses y santafereños de apellidos de Santa Marta accedieron a otras becas. A pesar de la apreciación del obispo Juan Francisco Javier Calvo, quien dijo al rey, en 1772, que los samarios estaban tan pobres que no contaban con los recursos suficientes para enviar a sus hijos a estudiar en Santa Fe, la familia Díaz Granados, propietaria de grandes haciendas y negocios en la ciudad, tenían los suficientes recursos para enviar sus hijos a educarse, de hecho, fue la familia que más se destacó en el periodo de 1773 a 1826 por estudiar en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Al revisar la lista de estudiantes de esa institución, sobresale por encima de las demás como una familia que se esmeró por estudiar, invirtió en la educación de sus vástagos, y es así como de 16 matriculados, 12 pertenecieron a esa familia. Los otros estudiantes eran de las familias De Zúñiga, Núñez, Munive, De la Sierra y esos mismos apellidos cruzados con los Díaz Granados.

¹⁸ Ibíd. p. 65.

¹⁹ Ibíd. p. 65.

Definitivamente, los miembros de esta familia, a mediados del siglo XVIII, ya habían hecho su aparición, en cabeza de don José Antonio Díaz Granados como alférez real de Santa Marta. Con él se inicia un proceso de ascenso a cargos civiles y eclesiásticos a personas con ese apellido, lo que con el correr de los años la consolidó como una de las familias más influyentes en la costa Caribe e inclusive en Santa Fe.

Tabla 2. Estudiantes del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario pertenecientes a la familia Díaz Granados

FECHA DE NACIMIENTO	AÑO DE INGRESO	NOMBRE	AÑO DE EGRESO	CATEGORÍAS	ESTUDIO/TÍTULO
20 de enero de 1752	8 de agosto de 1772	Sebastián Ramón Díaz Granados y Pérez	1778 1779	Capista* Colegial* Porcionista* becado	Bachiller Doctor/Derecho
30 de septiembre de 1772	1784	Miguel José Díaz Granados y Núñez Dávila	1790	Colegial porcionista	Bachiller Licenciado en Derecho Canónico
29 de mayo de 1773	8 de octubre de 1781	Juan Nepomuceno Núñez Dávila y Díaz Granados	1793	Colegial porcionista becado	Bachiller en Filosofía Licenciado y Doctor en Derecho Canónico y Civil
8 de noviembre de 1756	24 de enero de 1787	Nicolás Díaz Granados y Núñez	1787	Colegial porcionista de Gramática de Menores	

* Capistas y manteístas: "... 'llamábase así a la generalidad de los escolares para diferenciarlos de otros de familias distinguidas que tenían beca en los colegios mayores'. Por vivir fuera del Colegio no se les exigían los requisitos de limpieza de sangre y nobleza, y por ente no formaban parte de la comunidad". Guillen, 2006, p. 97.

* Colegial interno: "...se denominaba colegiales al grupo de los alumnos que vivían dentro del Colegio Mayor del Rosario, bajo ciertas reglas similares a los colegios mayores españoles. (...) El colegio impartía educación gratuita, por tanto, no se cobraba ningún dinero por asistir a las clases... Los colegiales internos tenían que pagar por la alimentación y el hospedaje dentro del claustro. Estaban exentos de dicho pago los colegiales becados". Guillen, 2006, p. 49.

* Colegial porcionista: "Cuando el Colegio Mayor del Rosario inició labores en el siglo XVII se denominaba convictores a los alumnos internos que costeaban su alimentación y hospedaje, el número máximo fue más o menos de treinta estudiantes, '... habiendo de llevar cada uno para sus alimentos cien pesos". Para la época estudiada, el apelativo de convictor se había trocado en porcionista, sinónimo de pensionista. Dicho nombre se originó en virtud de la 'porción' que pagaban por su manutención dentro del Colegio". Guillen, 2006, p. 55.

4 de septiembre de 1774 en Valledupar	24 de enero de 1787	José de Jesús Díaz Granados y de la Guerra	1793	Colegial becado	Bachiller, Licenciado y Doctor en Derecho Canónico y Civil
31 de diciembre de 1778	1791	Manuel Silvestre Díaz Granados y Díaz Granados	1792	Colegial porcionista de Gramática de Menores	
	18 de noviembre de 1794	Rafael Díaz Granados y Castro	1802 1803	Colegial porcionista becado	Bachiller en Filosofía. Derecho
29 de noviembre de 1780	26 de octubre de 1799	Esteban Díaz Granados y Díaz Granados	1803	Colegial porcionista becado	Bachiller en Filosofía Derecho Civil, Licenciado y Doctor en Derecho Canónico
17 de mayo de 1783	26 de octubre de 1799	Pascual Díaz Granados y Núñez	1801	Colegial porcionista	Derecho Civil

Fuente: El autor.

Algunos comentarios adicionales se pueden hacer a la tabla anterior. En general, los integrantes de esta familia se prepararon para ocupar los cargos públicos que demandaba la administración virreinal de la segunda mitad del siglo XVIII. Varios regresaron a Santa Marta a disputarles los cargos a los peninsulares llegados de España o de otras ciudades coloniales. Sin embargo, vale la pena destacar a dos miembros de la familia por su protagonismo en la Universidad del Rosario y luego en Santa Marta. El primero, el doctor Miguel Díaz Granados, quien al terminar los estudios se puede afirmar que su formación estaba a la altura de los docentes que regentaban cátedra en el Colegio. Por ello, entre 1794-1795, como doctor fue pasante de Derecho Canónico, vicerrector y primer consiliario de la Universidad. Entre 1795 y 1796, doctor y pasante de Derecho Canónico. Luego ocupó cargos en la administración virreinal, en 1804 se regresó a Santa Marta y se desempeñó como abogado de la Real Audiencia.

Siguiendo los pasos de su primo Miguel, el doctor Esteban Díaz Granados fue vicerrector y consiliario primero del Colegio del Rosario entre 1806 y 1807, siendo el segundo de la familia de ocupar ese importante cargo en la estructura administrativa de esta universidad. Con toda esa preparación académica y experiencia administrativa regresó a Santa Marta, donde desempeñó varios cargos en el gobierno colonial y más tarde en el inicio de la

República. Dos de ellos, Nicolás y Manuel Silvestre, ingresaron por poco tiempo, buscando una mínima preparación en gramática que les permitiera ocuparse en los negocios personales de la familia.



Figura 18. Doctor Miguel Díaz Granados y Núñez Dávila, 1772- 1816

Fuente: Museo Nacional de Colombia. Autor: Constancio Franco Vargas, 1880.

Otras personas pertenecientes a familias de la elite samaria que estudiaron en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en el periodo revisado de 1773 a 1826 son: Juan José Munive y Mozo, estuvo muy poco tiempo, llegó en 1773 y en abril de 1774 se retiró, regresó a Santa Marta; y don Ramón Zúñiga y Núñez, ingresó 1784 y en 1793, se recibió como bachiller, licenciado y doctor en Derecho Canónico.

En los tiempos de la República ingresó al Colegio Blas Núñez un indígena de Mamatoco, en la provincia de Santa Marta. Se matriculó en 1824 y 1825 como “estudiante de Filosofía, aprobando con “plenitud”. Entre los años de 1825 y 1826, fue estudiante de Filosofía, presentó “examen público” de matemáticas sobre ‘los principios, reglas y demostraciones de la Aritmética, según el compendio de Cristiano Wolffio, con solo la exclusión de los párrafos 39 y 40’”²⁰. Existían otros estudiantes con el mismo apellido, sin identificar el lugar de nacimiento. Pueden ser también de Cartagena de Indias de donde provinieron varios estudiantes pertenecientes a una familia Núñez, tal vez familiares del ex presidente Rafael Núñez. No obstante, se resalta el hecho que un indígena de Mamatoco esté estudiando en el Colegio, y con el apellido Núñez nos hace suponer que era un familiar muy cercano al cacique Antonio Núñez, condecorado por don Pablo Morillo en representación del rey Fernando VII.

En la lista de estudiantes del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, se encontró a don Manuel Esteban de la Sierra y Maestre, oriundo de Valledupar, quien estudió con beca como colegial porcionista entre 1801 y 1802 en la cátedra de Filosofía. Antes, en 1799, había cursado bachiller en Filosofía, todos los estudios los aprobó.

Al revisar la lista de estudiantes en esa Universidad, foro de la intelectualidad neogranadina, donde se formaron los líderes y agitadores de las ideas independentistas, se encuentran los Díaz Granados, así como se repiten otros apellidos por provincias y de la misma Santa Fe. Refiriéndose a Popayán, el historiador Germán Colmenares señala: “Durante el siglo XVII y gran parte del siglo XVIII la educación superior se había reservado prácticamente para los que optaban las órdenes sagradas. (...) Sin embargo en el último tercio del siglo se observa una tendencia muy clara entre las familias, particularmente de comerciantes e inmigrantes recientes a procurar una educación a sus

²⁰ Guillen Iriarte, María Clara. Los estudiantes del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario 1773-1826. 2006, p. 418.

hijos”²¹, lo cual se ajusta a la realidad de los pertenecientes a esta familia y a las otras que salieron de Santa Marta y Valledupar a educarse a Santa Fe; eran hijos de comerciantes y grandes hacendados. En el caso de los Díaz Granados, fueron dueños de grandes extensiones de tierra en toda la provincia, sobre todo don Pascual Vicente Díaz Granados y Pérez Ruíz. Por apropiarse de inmensos territorios de los nativos vecinos a la ciudad y en otras partes de la provincia, estuvieron involucrados en conflictos con los indígenas, a quienes el rey les reconoció la propiedad. Además, tenían el control de algunos cargos públicos y eclesiásticos que habían comprado a perpetuidad.

A pesar de contar con los recursos económicos para ir a estudiar a Santa Fe, a más de mil kilómetros de distancia de Santa Marta, algunas veces con beca, es decir, internos, otras veces sin ella, por fuera de la institución, acceder a esta formación significó para los estudiantes y sus familiares un esfuerzo importante que no todos los samarios y provincianos del Nuevo Reino de Granada estuvieron dispuestos a acceder por algunas razones que van más allá de la económica: para ingresar al Colegio se requería cumplir una serie de pasos y requisitos que muchos no tenían, entre ellos limpieza de sangre. “Para ingresar como estudiante interno al Colegio Mayor del Rosario, bien fuera en calidad de porcionista o becario, eran necesarios tres requisitos: 1) certificados de ‘limpieza de sangre’, tanto para colegiales, como para familiares; 2) probanzas de ‘hidalguía’ y ‘nobleza’ para los colegiales; 3) un examen de conocimientos o el título correspondiente”²².

Indiscutiblemente no eran condiciones que podían reunir muchos neogranadinos y en Santa Marta escaseaban. Sin embargo, la participación de los pocos estudiantes referenciados muestra la preponderancia de una familia que entendió que educarse era la forma expedita para ascender en la estructura social de la sociedad colonial, esto es, ocupar los cargos de importancia en la superestructura político-administrativa de la ciudad y provincia de Santa Marta. Eso explica la presencia de miembros de esa familia desempeñando los “oficios

²¹ Citado por Silva, Renán. Universidad y Sociedad en el Nuevo Reino de Granada. 1992. p 129.

²² Guillén Iriarte, María Clara. Los estudiantes del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario 1773-1826. 2006. p. 49.

nobles”, pero también cumpliendo las principales funciones como miembros del clero: deanes, arcedianos, tesoreros, chantres.

Al finalizar los estudios, los samarios, como los de las otras provincias y los santafereños, constituyeron un grupo importante de ilustrados que se esparcieron por las provincias del Nuevo Reino de Granada, pero que durante su permanencia en el Colegio Mayor y en la capital del reino “se encontraban relacionado[s] y conectado[s] por un número grande de vínculos que, con el paso del tiempo y en el proceso mismo de su actividad, fueron adquiriendo solidez... En el grupo de los ilustrados se encuentra también un principio de identificación regional, no abandonado por lo menos hasta 1808, lo que hace que esta forma de pertenencia funcione continuamente como una referencia obligada”²³. Para Silva, los ilustrados formados en Santa Fe y Popayán mantuvieron relaciones a través de una correspondencia fluida a pesar de las distancias regionales, lo que consolidó una amistad con un alto valor incorporado a la cultura regional.

Los ilustrados cumplieron una función muy importante, la de ser una especie de intermediario cultural, se mostraban en público y privado luciendo prácticas culturales. Se apropiaban de las formas de expresión y de relacionarse con los demás, haciendo uso de fórmulas de cortesía como “don”, “vuestra merced”, “ilustrísima señoría” y con ellas “se abren paso las menciones del ‘señor’, del ‘querido amigo’, del ‘afectísimo’, del uso de apodos cariñosos...”²⁴.

En definitiva, era un grupo importante en la sociedad colonial. Innegablemente, fue una “minoría ilustrada”. Una elite que se formó en las aulas universitarias, que al volver a sus lugares de origen se fortalecieron como un sector hegemónico de la sociedad y contrapeso a la burocracia peninsular, cada vez más decadente.

²³ Silva, Renán. Los ilustrados de Nueva Granda 1760-1808. Genealogías de una comunidad de interpretación. Medellín: Banco de la República-EAFIT, 2008, p. 613.

²⁴ Silva, Renán. Op. Cit. 2008, p. 618.

El conflicto se generó en las provincias a partir del regreso de estos jóvenes ilustrados, letrados, con conocimientos nuevos que comenzaron a circular en las universidades y más allá con el nacimiento del *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, donde se empezaron a publicar artículos y noticias sobre arte, ciencia y agricultura, como el ensayo de don Luis de Astigarraga, hermano del gobernador y residente en Santa Marta. Se escribía sobre comercio, industria, caminos, economía política y literatura. Sumado a lo anterior, aparecieron las tertulias literarias y políticas. Y los miembros de la familia Díaz Granados se formaron en ese ambiente santafereño y supieron cómo era el funcionamiento del sistema colonial. Al volver a Santa Marta lo supieron utilizar y así convertirlo en una forma de vida que les garantizaba una estabilidad familiar, política, social, cultural y económica. Concentraron poder, por eso confrontaban pública y privadamente a los gobernadores, sus asesores y demás funcionarios coloniales.

2.4. La familia Díaz Granados, expresión del poder clientelista en Santa Marta en el siglo XVIII

Estudiar se constituyó en la colonia en uno de los tres aspectos fundamentales de la vida social, prepararse para el trabajo se entendió como educarse para desempeñar los “oficios nobles”. A eso le apostaron los Díaz Granados, como se infiere de la relación extraída de los listados de los estudiantes del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario entre 1773 y 1826. Esa preparación les permitió ocupar cargos de importancia y de mucha responsabilidad en Santa Marta desde la colonia hasta el inicio de la República, como se verá más adelante. El trabajo como otro de los aspectos fundamentales de la vida social colonial, permitió a los integrantes de esta familia establecer una serie de relaciones de amistad, familiares y clientelares que se afianzaron y consolidaron con el tercer aspecto clave para entender la vida social de la colonia, los lazos matrimoniales.

Familiares entre sí, o de esta familia con otras que tenían alguna importancia social, económica y política. Los enlaces de parentesco por medio del matrimonio entre las clases

puddientes de la provincia como con los vecinos de Cartagena e inmigrantes fue una constante porque encontraron en ella la mejor forma de preservar sus apellidos e intereses y aumentar sus riquezas. Los miembros de esta familia se extendieron según los diferentes tiempos, pasando de encomenderos a estar posesionados en cargos eclesiásticos, públicos y hasta militares, Las fuentes registran información de uniones entre la misma familia y con grados de consanguineidad tan cercanos que ocasionalmente requerían aprobación de los obispos, construyendo así grandes clanes de poder²⁵.

En un trabajo inédito de Bermúdez Gutiérrez, se muestra con lujo de detalles los matrimonios de la familia Díaz Granados desde que llegaron a la provincia de Santa Marta, mostrando los tentáculos que fueron creando para apoderarse de tierras baldías de la provincia de Santa Marta²⁶. Igualmente se pueden consultar otros trabajos como el del historiador noruego Steinar A. Saether, *Identidad e Independencia en Santa Marta y Riohacha, 1750-1850* (varias veces citado en esta investigación); también el artículo de Miguel Wenceslao Quintero Guzmán, “Díaz Granados (Genealogía)”, publicado en el *Boletín de Historia y Antigüedades*; el historiador samario Joaquín Viloria de la Hoz publicó un ensayo en el 2000 con el título *Empresarios de Santa Marta: El caso de Joaquín y Manuel Julián de Mier 1800-1896* y un texto publicado en internet sin fecha de la autoría de Gilberto E. Díaz-Granados Molina, *Los Díaz Granados. Genealogía*. No obstante, existen dos estudios anteriores, uno realizado por los hermanos Alfonso y Guillermo Hernández de Alba, *Estudios Históricos*, en 1926 y el otro trabajo es el de José María Restrepo Sáenz y Raimundo Rivas, *Genealogías de Santafé de Bogotá*, de 1928.

Pero las preguntas que surgen son: ¿Cuándo llegaron los Díaz Granados a la provincia de Santa Marta? ¿Por qué se consolidaron como una familia que logró jugar un papel importante en la vida política, social, económica y religiosa al final del siglo XVIII, durante la Independencia y en los inicios de la República? ¿Cómo se explica que aún en el siglo

²⁵ Bermúdez Gutiérrez, Aramis Venancio. Endogamia, poder y administración pública en el Magdalena Grande. Fundación: Inédito, 2014, p. 19.

²⁶ Bermúdez Gutiérrez, Aramis Venancio. Op. Cit. 2014, p. 60.

XXI sea la única familia samaria que mantiene una tradición política local y nacional? Y una pregunta tal vez sin respuesta precisa: ¿en qué momento unieron los dos apellidos para originar uno solo: Díazgranados?

Todos los estudiosos del apellido coinciden que el primer Díaz Granados llegó procedente de España y entró a la provincia por Riohacha, donde se casó. Igualmente, que el tronco es el de Don Gabriel Díaz Granados y Gómez, bautizado en la Villa de Navalmoral, perteneciente al Consejo de Santa María de la Mata, en Extremadura, un 13 de marzo de 1655. Era hijo legítimo de don Francisco Díaz Granados y Granada y de María de la Concepción Gómez, “hermana de un familiar del Santo oficio”²⁷, él de Navalmoral y ella de Jaraicejo.

Don Gabriel llegó a la provincia de Santa Marta en 1685 como alférez de infantería²⁸, en esta ciudad conoció a doña Josefa Rosa de Mendoza y Castellanos, riohachera, quien había nacido entre 1670 y 1672, con la que se casó en Santa Marta el 15 de agosto de 1787, como dote aportó “‘quinientos pesos de ocho reales en momento usual y corriente, dos esclavos varón y hembra y varias prendas de oro y plata’ por escritura dada ante don Julián Jiménez de Alarcón el 11 de agosto de 1687”²⁹. De esa unión nació un solo hijo, don José Antonio Díaz Granados y Mendoza. Debe agregarse que doña Josefa era, igualmente, hija legítima

²⁷ Ibíd. p. 60.

²⁸ María Dolores Pérez Murillo, por el contrario, afirmaba en 1981 “como familia arquetípica del patriciado terrateniente, señalamos a los ‘Díaz-Granados’, de cuya presencia en Santa Marta no poseemos pruebas hasta bien avanzada la primera mitad del siglo XVIII. Casi nos ha sido imposible fechar la aparición del primer miembro de este clan en tierras samarias. Hemos consultado la obra heráldica de García Caraffa y nada ilustrativo hemos hallado al respecto. Mantenemos la hipótesis de su origen peninsular. Es decir, se trata de una familia muy nueva en el área de la costa Atlántica norte del virreinato de la Nueva Granada, pues estos apellidos no aparecen ligados a la oligarquía local encomendera de esta zona, de ello nos da fe la obra de Trinidad Miranda... en la que alude pormenorizadamente a las encomiendas y a sus titulares”. Santa Marta durante la emancipación (1810-1820), Tesis para optar el título de la Licenciatura en Historia, Universidad de Sevilla, 1981, p. 129.

²⁹ Quintero Guzmán, Miguel Wenceslao. *Díaz Granados* (Genealogía). En: Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. LXVI, Abr., May. y Jun. 1979, No. 725, Bogotá: Academia Colombiana de Historia. p. 253.

de don Pedro Juan de Mendoza y Castellón, encomendero y vecino de Santa Marta, la mamá era doña María de Castellanos y Peñalosa, casados en la iglesia de Riohacha.

Doña María, la suegra del primer Díaz Granados, don Gabriel, tenía profundas raíces en la sociedad samaria y riohachera. Ella era:

Nieta paterna del gobernador don Juan de Mendoza, sargento Mayor, alcalde ordinario, regidor y encomendero de Santa Marta, y de su esposa doña Juana de Castellón y Osma; nieta materna del alguacil mayor don Francisco de Castellanos y Peñalosa Villafañe y de doña Manuela de Mendoza, su mujer, vecinos de Riohacha; tataranieta paterna legítima del capitán don Rodrigo Cordero, a quien en 1576 el ilustrísimo señor obispo don Juan Méndez le despachó título de una sepultura y tres asientos situados en la catedral de Santa Marta³⁰.

De manera que los abolengos y la presencia de la familia de la esposa de don Gabriel tenían reconocimiento público en la provincia y en la sociedad colonial samaria. Son las relaciones sociales y familiares, sumado al poder económico y político que posee la familia de la esposa de don Gabriel, la que le permite a éste, con su cargo de alférez de infantería, iniciar una carrera en ascenso social y económico, en principio, sin desligarse del poder político-militar que le ofrecía el cargo que regentaba.

Aunque la historiadora Pérez Murillo no encuentra un miembro de esta familia para el siglo XVII, se arriesga a afirmar que muy posiblemente el traslado a tierras samarias de esta familia se da alrededor del siglo XVIII y pudo haber obedecido a algún nombramiento de carácter militar o administrativo por parte del rey, y una vez establecido da inicio a la acumulación de su fortuna³¹. Según lo anterior, la familia Díaz Granados comienza a tener presencia y prestancia casi al final del siglo XVII. Desde ahí comienzan las actividades económicas lícitas e ilícitas y políticas de la familia, en cabeza de don Gabriel. Para ilustrar la anterior afirmación, el profesor Venancio Bermúdez señala que en el año de 1747 ya se

³⁰ *Ibíd.*, p. 253.

³¹ Pérez Murillo, María Dolores. Santa Marta durante la emancipación (1810-1820), Tesis para optar el título de la Licenciatura en Historia, Universidad de Sevilla, 1981, p. 129.

comienzan a registrar algunos movimientos de contrabando por parte de don José Antonio Díaz Granados y Mendoza y de su padre, don Gabriel Díaz Granados y Gómez, los cuales introdujeron aguardiente Tafiato de contrabando que había sido traído desde Riohacha, y fueron estos proferidos por el guarda mayor del Real Estanco de Aguardiente de Caña, don Pedro Guerrero Zambrano, acto que molestó tanto a don José Antonio que golpeó a Guerrero. El proceso fue llevado a última instancia (gobernador y al virrey) los cuales determinaron su presencia en el Superior Gobierno, así como el embargo de algunas de sus propiedades, en las cuales se contaban desde reses hasta negros esclavos³². Es decir, don Gabriel y su familia eran propietarios de grandes haciendas. Cincuenta años después de su arribo al Nuevo Reino de Granada, tenía mano esclava, ganado vacuno, mular, caballares y trapiches, además se dedicaba al contrabando con su hijo don José Antonio³³, quien ocupaba el cargo de alférez real, alcalde ordinario de Santa Marta entre 1739 y 1747³⁴. En 1748 remató el empleo de regidor alférez real del cabildo de Santa Marta, adjudicado a su hijo don Pedro Norberto Díaz Granados y Núñez Velásquez. Y a partir de esa fecha hasta final del siglo XVIII y el inicio del XIX, la familia Díaz Granados no ha dejado de participar en la vida política, social, religiosa y económica de la ciudad y provincia.

Como una muestra del poder clientelista de las elites samarias, blancos criollos o mestizos, se escogió como ejemplo a los integrantes de la familia Díaz Granados. Familia que además de detectar poder en la estructura social de la sociedad colonial en el Nuevo Reino de Granada, también fue protagonista de hechos de abuso de ese poder. En algunos casos las situaciones, dada su complejidad, se atendieron en la Corte y en última instancia el rey

³² Bermúdez Gutiérrez, Aramis Venancio. Endogamia, poder y administración pública en el Magdalena Grande. 2014, p. 20.

³³ Don José Antonio Díaz Granados y Mendoza, nació en Santa Marta en junio de 1688, fue alcalde ordinario de esta ciudad. Se casó en junio de 1707 con Cecilia Núñez Velásquez de Quero, descendiente del capitán y gobernador de Santa Marta don Diego Núñez Velásquez, uno de los hombres más acaudalados de la provincia, por lo que fue llamado el Buey de Oro. El gobernador Núñez Velásquez y su esposa María de Quero se establecieron en Santa Marta hacia el año 1550, siendo de los primeros encomenderos de Mamatoco y más tarde propietarios de la Hacienda Curinca, en la cercanía a Santa Marta. Joaquín Viloria de la Hoz. *Empresarios de Santa Marta: El caso de Joaquín y Manuel Julián de Mier 1800-1896*. Cartagena: Banco de la República, Cuadernos de Historia Económica y Empresarial, No. 7, 2000, pp. 72-73.

³⁴ Restrepo Tirado. Historia... Tomo II, Op. Cit., p. 164. Cf. Bermúdez Gutiérrez, Aramis Venancio. Endogamia, poder y administración pública en el Magdalena Grande. 2014, p. 20.

decidía dándole la razón a los contrarios a los Díaz Granados. Como se afirmó arriba, los matrimonios con otras familias empotradas en el poder les garantizó estabilidad y ventaja frente a personas sin las relaciones sociales y familiares que ellos poseían. Para enriquecer este trabajo y mostrar la conformación de la sociedad samaria durante el siglo XVIII y cómo se expresaron las elites borbónicas, se seleccionaron unos hechos que permiten apreciar las formas de ejercer el poder por parte de miembros de esta familia y el establecimiento de redes clientelares y sociales.

Prueba del poder que comenzó a consolidar la familia Díaz Granados como expresión de las familias pudientes de Santa Marta y sus relaciones matrimoniales con otras familias de la provincia, es la asignación de los terrenos del ejido de Gaira, que fue una “encomienda que fue de don Pedro Juan de Mendoza y Castellón, por litigio de don José Antonio Díaz Granados y Mendoza y su hijo don Pedro Norberto Díaz Granados y Núñez Velásquez, con los indígenas gairas, hubo sentencia definitiva el 20 de mayo de 1743”³⁵. El dictamen del protector general de naturales del pueblo de Gaira y el promotor fiscal, proferido en razón de esas tierras en Gaira donde participaron los señores don José Antonio y don Pedro Norberto Díaz Granados, favoreció a los señores Díaz Granados, a los cuales entregan en propiedad tanto las tierras como sus acequias y aguas para que dispongan de ellas según su parecer.

No obstante, con la sentencia del gobernador en 1743 los nativos de Gaira no quedaron contentos y en 1771 inician una nueva lucha jurídica por lograr que se les restituyan las mismas tierras. Esa era una de las disputas que mantenían los nativos de la provincia contra la familia Díaz Granados. Exigían que se les devolvieran las tierras del ejido de San Jacinto de Gaira al virrey don Manuel de Guirior. Los Díaz Granados con el correr de los años se habían convertido en grandes terratenientes, señores feudales, que abusando de su

³⁵ Bermúdez Gutiérrez, Aramis Venancio. *Endogamia, poder y administración pública en el Magdalena Grande*. 2014, p. 20.

condición social y política manipulaban a su antojo a los funcionarios provinciales haciéndoles cometer errores y convirtiéndolos en corruptos.

En marzo de 1771, el cacique Diego Joseph Ruíz, el alcalde y capitán Pedro Joseph Hincapié y demás naturales de San Jacinto de Gaira presentaron al señor gobernador, capitán y comandante de la plaza, don Manuel de Herrera y Leyva, una solicitud para que se hiciera justicia restituyéndoles sus tierras. Aprovechando que el virrey don Manuel de Guirior estaba en Cartagena de Indias, le exponen la preocupante situación, porque el gobernador no les resolvía el problema, no les contestaba y habían transcurrido 20 meses y no se había obtenido respuesta a la solicitud que fue enviada, por lo cual solicitaban le fuera resuelta su condición, en tanto se habían visto perjudicados como nativos de los pueblos de Gaira por no contar con tierras para cultivar, es por eso que levantan su auxilio a Su Majestad por medio de un representante, que es el alcalde del pueblo³⁶.

En diciembre de 1772 el virrey es informado por el protector de los naturales de Cartagena don Julián de Antadilla. Evidentemente existe concepto favorable para los indígenas de Gaira desde el 26 de enero de 1771, pero estaban siendo extorsionados por las autoridades samarias, por lo que le solicita que le exija al gobernador el cumplimiento inmediato de lo ordenado. Así mismo, le solicitó al virrey que permitiera que la comisión que viajó a Cartagena de Indias regrese a Gaira, por no tener los recursos necesarios para su manutención en esa ciudad.

Pero se presentó un hecho fruto de la clientela de los Díaz Granados y la red de poder que mantenían: el fiscal de la Real Hacienda don Antonio Joseph Vélez Ladrón de Guevara se declara impedido para actuar como fiscal de la causa, por ser uno de los dueños de las

³⁶ Hernández Ospino, William y Bateman Campo, César. Patrimonios Históricos Restaurados Indios del Pueblo de Gaira piden al virrey la restitución de sus tierras, Año de 1772. Santa Marta: Diócesis de Santa Marta/ Olímpica, 2015, p. 47.

tierras en litigio; estaba casado con María Manuela Díaz Granados y Núñez Dávila³⁷, hija de don Gabriel Díaz Granados, los hijos herederos de don Pedro y de doña Francisca Díaz Granados, igualmente hermanos de don Gabriel. Se acepta el impedimento, el virrey actúa inmediatamente y nombra como abogado defensor de la Real Hacienda en esa causa al doctor Joseph Antonio Berrío, quien se desempeñaba como abogado de la Real Audiencia del Nuevo Reino de Granada.

Dos días después de ser nombrado Berrío, el 9 de enero de 1773 conceptúa: es obligación que se proteja de cualquier ultraje y se entreguen las tierras en las condiciones necesarias para su cultivo, en tanto sirvan para ellos como manutención y cumplimiento de los tributos de Su Señoría, por eso es necesario que estas tierras se les mida, deslinde y amojone en leguas en cuatro y así evitar cualquier extorsión por parte de los españoles³⁸. Así las cosas, el virrey actúa en rigor y con prontitud. Días después, el 14 de enero de ese año, le ordena al gobernador que dé cumplimiento, sin más dilaciones, a lo solicitado por los naturales y su protector. Le agrega que con la mayor brevedad posible se ejecute todo cuanto se ha solicitado y se eviten a futuro nuevas perturbaciones sean estas de españoles o cualquiera en su lugar, se eviten querellas y reclamos de manera rotunda³⁹.

Al resolverse este litigio a favor de los nativos de Gaira en contra de algunos miembros de la familia Díaz Granados, se le estaba dando un golpe muy importante a la arrogancia y prepotencia de esta familia. Igualmente, un fuerte llamado de atención al gobernador don

³⁷ María Manuela Díaz Granados y Núñez Dávila hija de Don Gabriel Díaz Granados, en segundas nupcias con Doña Isabel Agustina Núñez Dávila y Mozo de la Torre (Hija de Don Francisco José Núñez Dávila y Nieves, Alcalde de Santa Marta en 1724, y Doña Ana Teresa Mozo de la Torre y Ramírez de Arellano), era hermana del doctor Miguel Díaz Granados y Núñez Dávila. Por su parte el Doctor Antonio Joseph Vélez Ladrón De Guevara, bogotano, fue Doctor en Jurisprudencia Civil y Canónica del Colegio de San Bartolomé, en 1752. Hijo de Don Antonio José Vélez Ladrón de Guevara, Alguacil Mayor de Santafé de Bogotá, y Doña Josefa Gertrudis de Salazar y Agüero. Información suministrada por Venancio Bermúdez Gutiérrez y William Hernández Ospino.

³⁸ Hernández Ospino, William y Bateman Campo, César. Patrimonios Históricos Restaurados Indios del Pueblo de Gaira piden al virrey la restitución de sus tierras, Año de 1772. 2015, p. 49.

³⁹ *Ibíd.*, p. 50.

Manuel de Herrera y Leyva y demás funcionarios para no burlar las normas y las órdenes que se expedían en defensa de los indígenas.

Existen otros casos similares donde las autoridades coloniales terminan concediéndoles la razón a los nativos, no sólo a los miembros de la familia Díaz Granados, sino a varias de ellas. No siempre salían triunfantes los nativos, en muchos casos la balanza se inclinaba a favor de los blancos, así se hicieron a grandes fortunas que se materializaron en inmensas haciendas ganaderas en el interior de la provincia, donde los peninsulares imponían su ley con el apoyo de las autoridades locales, por eso la lucha de los chimilas en el siglo XVIII, que ofrecieron resistencia a la ocupación de su territorio⁴⁰.

Un ejemplo de abuso de poder o de la utilización del poder equivocadamente es el comentario que hace el historiador Restrepo Tirado de una carta que envía el virrey don Sebastián de Eslava a Fernando VI, fechada en Cartagena de Indias el 20 de abril de 1749. En ella se informa de un desagradable incidente en el que estaban envuelto varios funcionarios civiles y miembros del clero samario, entre ellos el gobernador don Antonio de Alcalá Galiano, el alférez real don José Antonio Díaz Granados, el alcalde Joseph Fernández Castro y de Bermudo y el arcediano de la catedral. El alférez y el alcalde “penetraron a casa de un pobre vecino de nombre Calderón y lo molieron a palos, causándoles una herida en la cabeza. Alcalá los puso presos en las casas de su morada”⁴¹.

El asunto no quedó ahí porque el arcediano, amigo personal del alférez real, entró a la casa de don Pedro José Mozo de la Torre, quien estaba enfermo, en el momento en que el gobernador Alcalá lo visitaba. El arcediano la emprendió con insultos al gobernador acusándole de haber actuado indebidamente contra Díaz Granados, y a pesar de las ofensas Alcalá salió de la casa que visitaba. El arcediano lo persiguió y cuando iba a entrar a su

⁴⁰ Rey Sinning, Édgar. Poblamiento y Resistencia. Los chimilas frente al proceso de ocupación de su territorio. Siglo XVIII. Santa Marta: Gobernación del Magdalena, 2012, p. 379.

⁴¹ Restrepo Tirado. Historia... Tomo II. Op. Cit., p. 164.

casa le gritó, jurando por Cristo, que debía de matarlo⁴². El virrey Eslava, muy prudente, le aconsejó al gobernador que ya que no había obispo se quejara a la Real Audiencia o a Su Majestad. Alcalá aceptó la recomendación y el real consejo mandó a encausar al arcediano. Por su parte, el virrey había hecho la consulta al rey Fernando VI, señalando un argumento que reflejaba la situación que vivían los gobernadores con algunos miembros del clero cuando le expresaba que era necesario poner remedio a tal situación “... debido a los gobernadores que envía Su Majestad a tan infeliz destino para padecer y sufrir a obispos y eclesiásticos, como se ha experimentado en los tiempos anteriores”⁴³, se refería, sin duda, a las situaciones generadas por el obispo fray Antonio de Monroy y Meneses, el obispo fray don Juan Polo de Águila y otros.

Ahora bien, dos últimos casos de la forma como los Díaz Granados ejercieron el poder que le daba la pertenencia a ciertas instituciones coloniales, que varios miembros de la familia ocupaban cargos o cumplían funciones. El primer caso estudiado tiene que ver con la forma de proceder agresivamente contra un miembro del clero, no perteneciente a la familia y que esa familia controlaba. El expediente en cuestión tiene que ver con la actuación del gobernador del obispado, el deán Domingo Josef Díaz Granados, al dar por concluido el encargo de deán Josef Gregorio de las Bastidas, ya que había sido nombrado interinamente y por no haberlo nombrado arcediano. Esta situación generó un cruce de cartas y reclamos en los que se involucró el señor gobernador Antonio de Samper y otros funcionarios civiles y clericales. Proceso que llegó al Consejo de Indias.

El resumen elaborado por el Consejo presentado al fiscal es el siguiente: que estando el cargo de deanato vacante se nombró a don Josef Gregorio de las Bastidas por parte del anterior gobernador del obispado, para que interinamente hiciera frente de dicha vacante; no obstante, deliberadamente, el entonces arcediano don Domingo Josef Díaz Granados

⁴² Carta de don Antonio de Alcalá Galiano al virrey, noviembre 21 de 1748, acompañada de declaraciones, todas contestadas con su contenido. Citada por Restrepo Tirado. Historia... Tomo II. Op. Cit., pp. 164-165.

⁴³ *Ibíd.* pp. 164-165.

tomó de manera arbitraria el cargo asegurando luego ya haber terminado el encargo⁴⁴, adicionalmente se expone por parte de don Domingo Díaz Granados la mala actitud por parte de De las Bastidas, por tanto, no es persona grata para la consecución del cargo de arcediano.

En la carta fechada el 25 de agosto de 1796 por el señor gobernador del obispado, Domingo Díaz Granados, se informa que al morir el deán de la catedral de Santa Marta, don José Joaquín Merino, fue nombrado en calidad de interino el presbítero don José Gregorio de las Bastidas hasta que el rey nombrara en propiedad. Su Majestad ascendió al arcediano Díaz Granados. Al posesionarse éste, De las Bastidas aspiraba a que le dieran el cargo que don Domingo Josef dejaba vacante, lo que no sucedió. Dice Díaz Granados que el título que se había entregado a De las Bastidas era limitado y de poca duración, y una vez cumplido su tiempo volvía a quedar cesante el cargo de deán⁴⁵.

Si bien es cierto que Don Domingo Díaz Granados fue elevado con esta prebenda por parte de Su Majestad, la manera como tomó posesión “despojando” de este cargo es la que genera contrariedad entre las partes, además de su constante descontento y malos tratos para con los presbíteros. Se señala que era el gobernador Antonio de Samper quien insistía no haber sido comunicado del retiro de De las Bastidas, alterando los derechos del patronato, tal cosa es arbitraria a consideración de Díaz Granados⁴⁶. Don Domingo expone en su carta que en anteriores nombramientos no ha sido necesario dar cuenta al vice patrono (el gobernador) para su intervención, y que si tal fuera el caso, no hubo una remisión voluntaria, pero tampoco un nombramiento oficial, esto siempre se ha hecho por parte de los prelados, aclarando que aplicó la forma tradicional de proceder.

Sin embargo, anota, el gobernador hace insistencia en la permanencia de De las Bastidas como deán, aún contra lo dispuesto por la curia eclesiástica y que se dé cuenta a Su

⁴⁴ AGI: (Sevilla). Tira: 1, Leg. Santa Fe 1258, Doc, Domingo José Díaz, Fecha: 25. 8, 1796-1797, f. 3.

⁴⁵ AGI: (Sevilla). Tira: 1, Leg. Santa Fe 1258, Doc, Domingo José Díaz, Fecha: 25. 8, 1796-1797, f. 7.

⁴⁶ *Ibíd.*

Majestad. Mas se decidió no darle el curso correspondiente a la apelación propuesta por el interino para el metropolitano y no verificarse el nuevo nombramiento, sufriendo el peso del coro, iglesia y altar el nombrado por Díaz Granados “y nuestro hermano el chantre (don Pedro Gabriel Díaz Granados), quien por acta de 24 de enero de 1795... ofreció servir la prebenda vacante con la misma eficacia, y puntualidad que la suya dejando a beneficio de Vuestra Majestad la renta que le tocase en la distribución de derechos”⁴⁷. Sin duda, la actitud del deán ofrece las características propias del nepotismo en el ejercicio del poder desmedido en beneficio personal y de la familia. A todas luces lo que se aprecia es la utilización de ese poder para controlar el cabildo eclesiástico, ya que su hermano Pedro Gabriel tendría dos cargos (chantre y arcediano), es decir, dos votos, y el deán otro, serían tres, hicieron mayoría absoluta en las importantes decisiones que se tomaban. El otro miembro del cabildo era don Felipe Maldonado.

El deán sigue argumentando una serie de situaciones presentadas mientras ejerció las funciones de obispo encargado (no había titular) como el silencio que actuó en varios casos, por ejemplo, el ascenso que obtuvo un hermano de De las Bastidas de nombre José que estaba en el Regimiento de Milicias, sin los méritos suficientes. Sumado a esto, Díaz Granados le cuenta al rey Carlos IV que su nacimiento “es bajo”, que no tenía los pergaminos exigidos para ocupar el cargo, como tampoco su hermano, por esa razón le habían escrito anteriormente, el 25 de febrero, y un mes después, el 25 de marzo de 1795, exponiéndole las situaciones que presentaban los De las Bastidas. Al final le informó a Su Majestad sobre este tema. “La tolerancia que se presentó con su nombramiento en aquel tiempo nunca pudo perjudicar a nuestros canónigos, porque en el conflicto y apurado extremo en que se hallaron no tenía otro recurso capaz de contener el demasiado favor de Vuestro Provisor”⁴⁸. Como ya se había mencionado, el gobernador tenía cierto descontento con el presbítero don José Gregorio de las Bastidas y su familia, esto se evidencia en el final de la carta.

⁴⁷ AGI: (Sevilla). Tira: 1, Leg. Santa Fe 1258, Doc, Domingo José Díaz, Fecha: 25. 8, 1796-1797, f. 8.

⁴⁸ AGI: (Sevilla). Tira: 1, Leg. Santa Fe 1258, Doc, Domingo José Díaz, Fecha: 25. 8, 1796-1797, f. 9.

Por otra parte, el gobernador intendente don Antonio de Samper presentó tres certificaciones del notario eclesiástico Francisco Antonio Linero el 25 de noviembre de 1796 que sirven de prueba de los excesos cometidos por el deán gobernador del obispado Domingo Díaz Granados: ultrajes a De Las Bastidas, a don Josef Osío y la celebración de unos matrimonios sin autorizaciones adecuadas⁴⁹, actuación que contrariaba a las leyes preestablecidas para esos casos. Esta pugna por el control de la vida social, religiosa y política de los samarios es una constante por parte de las autoridades, como se ha podido apreciar en los casos que se han señalado a lo largo de este trabajo.

En escrito redactado por el señor presbítero, examinador sinodal del obispado, promotor fiscal y canónigo interino de la Santa Iglesia Catedral, don Josef Gregorio de las Bastidas, relata al gobernador del obispado Díaz Granados su nombramiento como deán, ante el fallecimiento del deán José Merino, por parte del tesorero don Luis de Robles, siendo provisor vicario general y gobernador del obispado encargo de dicha vacante para cumplimiento de los cuatro prebendados, que debe haber, y facultad que le concede la Ley 13, título 6 del libro primero de Municipalidades. Y es así como desempeñó su cargo por tiempo de un año y cinco meses, hasta cuando fue sorprendido al enterarse de que había sido relevado del cargo sin conocimiento alguno en vísperas de las festividades de san Pedro, siendo excluido de todos los honrosos eventos, hecho que es inaceptable en tanto no le fue comunicada ni explicada razón alguna. Esto lo puso en conocimiento del ilustrísimo señor metropolitano de la ciudad de Santa Fe, solicitando el restablecimiento del cargo en tanto no hubo razón alguna para tal despojo⁵⁰. El escrito tiene fecha del 30 de junio de 1796. Al conocerlo al día siguiente, 1 de julio, Díaz Granados le pidió a De las Bastidas que exhibiera el título que decía tener.

⁴⁹ AGI: (Sevilla). Tira: 1, Leg. Santa Fe 1258, Doc, Domingo José Díaz, Fecha: 25. 8, 1796-1797, f. 4.

⁵⁰ AGI: (Sevilla). Tira: 1, Leg. Santa Fe 1258, Doc, Domingo José Díaz, Fecha: 25. 8, 1796-1797, f. 11.

Seguido a esto el presbítero don José Gregorio de las Bastidas expuso que contaba con el título de nombramiento, el cual fue presentado ante el notario eclesiástico Francisco Antonio Linero. El título que evidenciaba la vacante para deán interino era de conocimiento del señor gobernador de esta plaza y que de ser necesario este podría ser solicitado por Vuestra Señoría en el momento que se requiriera⁵¹. Este documento tiene fecha del 2 de julio. Así mismo, se presentó la certificación del notario eclesiástico (2 de julio 1796) donde se confirma que con la muerte del deán José Merino el 23 de enero de 1795 es nombrado como interino hasta la provisión de Su Majestad al cura José Gregorio de las Bastidas.

En decreto presentado por don Domingo Díaz Granados de la versión de lo que antes se expuso ante el notario eclesiástico Francisco Antonio Linero, se sustenta que el título que se le expidió a don José Gregorio de las Bastidas no fue de canónigo interino, sí para que sirviese interinamente el deanato y que tal otorgamiento fue provisional. Si bien la ley municipal facultaba a los prelados en estos nombramientos sin títulos, solo eran otorgados como *amovibles admitum*, por lo cual el cargo de deán que estuvo en cabeza de De las Bastidas ya no se encontraba en vacancia por haberse cumplido su tiempo en ella, por lo cual el reclamo que adelantaba De las Bastidas no era aceptable⁵².

En este punto de la confrontación por el cargo de arcediano se pronunció el asesor del gobernador doctor Manuel Campuzano. Dijo que cuando don José Gregorio fue ascendido a deán, le fue notificado a Vuestra Señoría por parte del tesorero, provisor gobernador del obispado don Luis de Robles, recurso que es presentado en esta actuación, como se requiere por institución de Ley 13, título 6, libro 1 de las Municipalidades, el cual consta de mantener siempre cuatro ministros en la Iglesia donde no hubiesen más prebendados. Así mismo aclaró que puede haberse o considerarse novedad si uno de los mismos propietarios ascendía a otra silla; dicha novedad debe presentarse siempre con la intervención del vice

⁵¹ AGI: (Sevilla). Tira: 1, Leg. Santa Fe 1258, Doc, Domingo José Díaz, Fecha: 25. 8, 1796-1797, f. 12.

⁵² AGI: (Sevilla). Tira: 1, Leg. Santa Fe 1258, Doc, Domingo José Díaz, Fecha: 25. 8, 1796-1797, f. 13.

patrono, como queda dispuesto en Cédula Real de 14 de junio 1740, tomo 1, capítulo 14 del número 53.

Campuzano señaló que los prelados eclesiásticos contaban con cierta facultad, limitada solo a calificar causas de renunciaciones y enterarlas al vice real patrono, pero todas las demás disposiciones se regulaban por medio de real cédula. Como por ejemplo la del 25 de agosto de 1768, que provee facultades al vice real patrono para que encargue de las provisiones interinas de las vacantes o sustitución de propietarios, y la Cédula de 4 de abril de 1794, que regulaba la renuncia a los cargos eclesiásticos que se daban en propiedad por parte del rey, como era el caso de los prebendados y dignidades de las iglesias metropolitanas y catedrales⁵³.

Luego, el asesor del gobernador Antonio de Samper coloca algunos ejemplos de casos similares que se dieron en el pasado. Lo importante para el asesor Campuzano era el cumplimiento de la Ley 13, título 6, libro 1 de las Leyes que demanda la permanencia de los cuatro ministros para el mejor culto del altísimo y servicio de la Iglesia, lo que no podrá verificarse subsistiendo únicamente tres, o tal vez uno, o ninguno en ausencia por enfermedad o cualquier impedimento. Esa era su preocupación.

Siendo consecuente con lo que se ha expuesto, aporta su dictamen con fecha 6 de julio de 1796, donde sugiere al gobernador que restituya al presbítero José Gregorio de las Bastidas. Por lo cual, por medio de un oficio, se comunique al señor gobernador del obispado, en nombre de Su Majestad, para que sea restablecido en su cargo el presbítero don José Gregorio de las Bastidas al servicio como lo ha venido ejecutando en la pieza vacante al cual le fue asignado para completo de los cuatro ministros, hasta que Vuestra Majestad lo tenga a bien⁵⁴. Indicándole, además, los decretos y sus autos que indicaban que Su Majestad es el patronato universal de todas las iglesias de las Indias, el encargado de la

⁵³ AGI: (Sevilla). Tira: 1, Leg. Santa Fe 1258, Doc, Domingo José Díaz, Fecha: 25. 8, 1796-1797, f. 15.

⁵⁴ AGI: (Sevilla). Tira: 1, Leg. Santa Fe 1258, Doc, Domingo José Díaz, Fecha: 25. 8, 1796-1797, f. 17.

intervención en los nombramientos por mínimos que estos sean considerados. Por esa razón, no puede ejecutarse sin noticia al vice patrono (el gobernador), así que se le pidió por medio de ese decreto la continuación del presbítero José Gregorio de las Bastidas y que no se sustituyera por ningún otro en su lugar⁵⁵.

El presbítero examinador sinodal don José Gregorio de las Bastidas en un escrito le hace ver al deán Díaz Granados que si a pesar de haber presentado solicitud de su restitución ante el ilustrísimo señor metropolitano de Santa Fe, para que revisara el expediente de apelación y éste fuere negado, se emplease el auxilio real ante la Audiencia. De las Bastidas considera que no se podía esperar éxito, ni de la provisión de interino ni a la restitución, ni la orden al recurso⁵⁶, porque supone que el abogado Díaz Granados incide en la decisión.

La petición es llevada el 8 de julio con el doctor Miguel Díaz Granados, abogado de la Real Audiencia del Reino para que dictamine lo conveniente, quien se declara impedido porque son dos de sus parientes los que están involucrados en el negocio. Entonces le solicita al presbítero doctor Francisco Ignacio de Arias que asuma la responsabilidad como promotor fiscal a quien se le notifica. Este aceptó tal distinción y juró cumplir las funciones encomendadas. El doctor Arias de inmediato avoca el tema y conceptúa que la solicitud de apelación elevada por don José Gregorio de las Bastidas ya ha sido objeto de entrega del concepto final, en tanto no hay razones contundentes para que tal auto sea modificado, pero como había un recurso de restitución ante el gobernador, se sugiere a Vuestra Señoría se abstenga de hacer un nuevo nombramiento, y para que no se impida el ejercicio de su jurisdicción, se nombre algún súbdito suyo⁵⁷. Ese fue el concepto expresado por el fiscal encargado de la causa. Se firmó el informe en Santa Marta el 13 de julio de 1796.

Entonces, como se aprecia, el funcionario le da la razón al deán Díaz Granados y éste actúa en consonancia con la opinión de los miembros de la familia, que no sólo está enfrentada a

⁵⁵ AGI: (Sevilla). Tira: 1, Leg. Santa Fe 1258, Doc, Domingo José Díaz, Fecha: 25. 8, 1796-1797, f. 19.

⁵⁶ AGI: (Sevilla). Tira: 1, Leg. Santa Fe 1258, Doc, Domingo José Díaz, Fecha: 25. 8, 1796-1797, f. 20.

⁵⁷ AGI: (Sevilla). Tira: 1, Leg. Santa Fe 1258, Doc, Domingo José Díaz, Fecha: 25. 8, 1796-1797, ff. 23-24.

José Gregorio de las Bastidas, sino también al gobernador y su asesor, confrontación que se mantendrá por muchos años. Lo cierto es que las relaciones de clientela aparecen, De las Bastidas no podía esperar que el doctor Arias estuviera a su favor. Obsérvese la correlación de fuerzas al interior del cabildo eclesiástico de cuatro miembros, dos Díaz Granados tienen tres votos, es decir, mayoría absoluta, y al entrar a mediar como Fiscal de la Real Audiencia un miembro de la misma familia, las cargas estaban desequilibradas.

Toda esta documentación llega a las manos del doctor Miguel Díaz Granados, abogado de la Real Audiencia del reino, quien elaboró un concepto basado en las normas legales a favor de la postura del deán, su pariente, el 22 de julio 1796. En su escrito recogió el estado del caso en ese momento, los argumentos esgrimidos concluyen que se debe, para mayor tranquilidad, oficializar un escrito por parte de Vuestra Señoría al gobernador comandante general donde se argumente que por tal decisión en nada se afectan los derechos del real patronato, ni se comete falta alguna a las regalías de Su Señoría y a la franca jurisdicción eclesiástica⁵⁸.

En apariencia se piensa que el tema quedó concluido, pero no fue así, subió a Santa Fe y más tarde a España. Los argumentos de las partes, sus escritos, las declaraciones de los afectados, de las tropelías cometidas por el deán (Domingo Díaz Granados) y del chanre (Pedro Gabriel Díaz Granados), entre otras situaciones de abuso de poder, testimonios sobre los matrimonios indebidos que realizó el deán, en fin, toda serie de anomalías fueron remitidas a Su Majestad. El expediente consta de 150 folios. Las calles de Santa Marta, los sitios públicos, las oficinas públicas, la catedral, en dondequiera que se encontraban los Díaz Granados y De las Bastidas se insultaban.

Todos estos testimonios se recogieron y se enviaron a su majestad Carlos IV por el gobernador don Antonio de Samper y con el respaldo jurídico/legal del asesor del doctor Manuel Campuzano. La opinión del gobernador sobre la situación generada por el deán y

⁵⁸ AGI: (Sevilla). Tira: 1, Leg. Santa Fe 1258, Doc, Domingo José Díaz, Fecha: 25. 8, 1796-1797, f. 29.

su hermano se resume en las siguientes palabras: “De las tres dignidades, que en la actualidad existen, las dos de ellas don Domingo y don Pedro Gabriel Díaz Granados, son hermanos enteros, y como de mayor partido entre los tres logran dominar en el mando de la iglesia”⁵⁹. Por supuesto, al gobernador, como vice patrono real, esa situación lo incomoda. Si bien es cierto que la Iglesia fue la principal aliada de la Corona en el proceso de colonización, también lo es que muchos de sus clérigos se convirtieron en contradictores de los gobernantes locales y provinciales y tuvieron mucha influencia en sectores importantes de la sociedad colonial. Tal fue el caso de los jesuitas, que como se sabe merecieron la expulsión del territorio español y de sus colonias.

En este caso, el gobernador, funcionarios civiles y miembros del clero sufrieron en carne propia los abusos del deán y del chantre. Al final del escrito, el gobernador afirma “Ambos son de un genio imperativo, no poco perjudiciales, por proceder de una familia muy dilatada, en donde se hayan refundido casi todos los empleos visibles de esta ciudad”⁶⁰. Don Domingo Díaz Granados se conoce por ser una persona indiscreta y apasionada, de su hermano Pedro se dice que hasta la fecha no ha querido rendir cuenta de lo cobrado como colector nombrado por el difundo obispo don Anselmo Fraga. Así mismo, es importante mencionar los ultrajes a los que han sido sometidos don José Gregorio De las Bastidas y Alexo Osío, en testimonio del abuso de autoridad por parte del referido don Domingo Díaz Granados y su hermano.

Una situación que preocupó a todo el Gobierno civil es que mientras siguiera encargado del Gobierno eclesiástico el deán don Domingo Díaz Granados, las relaciones con el gobernador seguirían tensas. En medio de todas estas peleas, De Samper le entregó las 22 llaves de la catedral fue al deán, pero lo que más le preocupaba al gobernador era que el obispo nombrado doctor don Josef Alejandro de Egües y Villamar murió el 2 de octubre de 1796 en Cartagena de Indias, viajando para Santa Marta a tomar posesión del cargo. Por

⁵⁹ AGI: (Sevilla). Tira: 1, Leg. Santa Fe 1258, Doc, Domingo José Díaz, Fecha: 25. 8, 1796-1797, f. 118.

⁶⁰ AGI: (Sevilla). Tira: 1, Leg. Santa Fe 1258, Doc, Domingo José Díaz, Fecha: 25. 8, 1796-1797, f. 119.

ello, el gobernador escribe una carta fechada el 25 de noviembre de 1796. Inicia diciendo que debido a la muerte del obispo en propiedad, es urgente que se nombre otro lo más pronto posible porque Díaz Granados, quien había sido encargado desde Cuenca por el obispo titular del gobierno eclesiástico, seguía y se le iba a extender su encargo, lo que era perjudicial para todos por “los lamentables perjuicios que ocasionan las vacantes a los vasallos son notorios a Vuestra Majestad...Esta Santa Iglesia, más que otra se hace acreedora a que se le dispensen los auxilios necesarios a la provisión inmediata de su Prelado...”⁶¹. Sin embargo, la solicitud solo fue atendida más tarde, se nombró, como se dijo en otro lugar, al doctor fray Diego de Santa María Ceballos. Se posesionó el último día de agosto, pero murió el 10 de octubre de 1799. De tal manera que el deán siguió de gobernador del obispado hasta la entrada del siglo XIX.

Al llegar toda esta información a Madrid al Consejo de Indias, el 16 de agosto de 1797, esta institución expresó su concepto indicando que se le solicite al virrey de Santa Fe y a la Real Audiencia le digan qué decisión han tomado al respecto sobre las diversas acusaciones contra el señor deán, y en el caso de los matrimonios sin el lleno de los requisitos que “proceda en ese caso conforme a derecho dando cuenta sencillamente de la determinación que tomase”⁶². Pero su majestad Carlos IV señala que ha recibido las acusaciones contra De las Bastidas, por lo que, sin tomar una decisión de fondo, simplemente traslada la responsabilidad a las autoridades virreinales asentadas en Santa Fe, solicitándoles que le informen de la determinación tomada⁶³. Como se infiere, el fiscal y el Consejo sugieren al rey que esos asuntos se debían arreglar dentro del virreinato, que para eso existían, ya que tenían las competencias suficientes para tomar las decisiones aplicando las leyes.

⁶¹ AGI: (Sevilla). Tira: 1, Leg. Santa Fe 1258, Doc, Domingo José Díaz, Fecha: 25. 8, 1796-1797, ff .116-117.

⁶² AGI: (Sevilla). Tira: 1, Leg. Santa Fe 1258, Doc, Domingo José Díaz, Fecha: 25. 8, 1796-1797, ff. 116-146. Real Cédula del 5 de septiembre de 1797.

⁶³ AGI: (Sevilla). Tira: 1, Leg. Santa Fe 1258, Doc, Domingo José Díaz, Fecha: 25. 8, 1796-1797, f. 149. Real Cédula del 8 de octubre de 1797.

Por otra parte, esta confrontación es una muestra de cómo las familias criollas durante la sociedad colonial entraron a competirle los cargos a los peninsulares, entre ellos los miembros de la familia Díaz Granados, que se prepararon para asumir el control de los cargos más importantes del gobierno colonial, como lo señala Viloria parafraseando a Steiner Saether⁶⁴. En Santa Marta se encontraron familias con características particulares desde finales de la época colonial. En un lado, dentro de las familias criollas estaban los que no eran, pero que con gran altruismo se creían, de la nobleza, de estos hicieron parte los Díaz Granados, Núñez Dávila, Guerra de la Vega, Fernández de Castro y Pérez Calderón. Del otro lado estaban los españoles blancos, los cuales cumplían cargos de jerarquía en estas tierras.

Esos poderes que concentraron los “nobles” Díaz Granados, criollos, descendientes de peninsulares legítimos se enfrentaron, como se aprecia en este pleito, con blancos peninsulares cumpliendo funciones oficiales, nombrados por Su Majestad, pero que eran minoría en la ciudad. A pesar del cargo que ocuparon, no tenían el peso de los nacidos en Santa Marta, eran funcionarios que llegaban, prestaban sus servicios, y si no eran enviados a las cárceles de Su Majestad, eran nombrados a ocupar cargos similares en otras gobernaciones. De tal manera que eran transitorios, su poder era efímero, duraba el periodo como gobernador, cinco años o un poco más, nunca fueron reelegidos y al irse seguían gobernando los mismos. Y así se fueron formando redes clientelares que cada vez crecían más a su alrededor a través de matrimonios y negocios (comercios y haciendas)⁶⁵.

Redes que traspasaron las fronteras de la ciudad y de la misma provincia, matrimonios con familias peninsulares en Riohacha y Valledupar, o en Mompox y Cartagena de Indias, en la

⁶⁴ Steinar, Saether, “Identidades regionales y proto-nacionales y el matrimonio en la ciudad de Santa Marta a finales de la colonia”, Memorias XI congreso colombiano de historia, agosto 22 al 25, Bogotá, 2000, s.n... Citado por Viloria de La Hoz, Joaquín Empresarios de Santa Marta: El caso de Joaquín y Manuel Julián de Mier 1800-1896. Cartagena: Banco de la República, Cuadernos de Historia Económica y Empresarial, No. 7, 2000, Nota 112. p. 73.

⁶⁵ Consúltense los trabajos de Steinar A. Saether. Identidades e Independencia en Santa Marta y Riohacha, 1750-1850. Bogotá: ICANH, 2005, 300p., y Juana María Marín Leoz. Gente decente. La elite rectora de la capital 1797-1803. Bogotá: ICANH, 2008, 280p.

provincia vecina. Caracterizando la sociedad colonial de Santa Marta y Riohacha, Saether declara que siempre Santa Marta estuvo dominada por estos dos grupos de redes de familias: unos nobles, no muy numerosos, que contaban con posiciones sociales y políticas, el otro grupo, mayor en número, de los cuales hicieron parte las elites blancas, quienes tenían relaciones con la península ibérica, pero que contaban con características hispanas y toda una variedad étnica, estos ocuparon en estas provincias altas posiciones sociales, pero en grado menor que las que pertenecían al primer grupo⁶⁶.

Estos pleitos por tierras o por la lucha por el control del poder civil o eclesiástico en la ciudad tuvo otra expresión en la medición de fuerzas entre el mismo gobernador, don Antonio de Samper, y su nuevo asesor, el doctor Josef María de Avilés, enfrentados con el mismo abogado rosarino samario, don Miguel Díaz Granados. Esta vez la discusión giró alrededor por unas presuntas calumnias e injurias contra Díaz Granados, hechas por el asesor De Avilés. El primero en su carácter de abogado de la Real Audiencia (Real Hacienda del Reyno) y el segundo como asesor del gobernador.

El expediente que reposa en el Archivo General de la Nación ofrece la información pertinente. Muestra nuevamente el poder que tuvo dicha familia en la ciudad. Definitivamente, el gobierno de don Antonio de Samper vivió en una constante confrontación con miembros de esta familia, con la que no pudo tener acuerdos sobre varios temas. Bien interesante resultó revisar este negocio porque la discordia fue entre funcionarios que servían a los intereses de la monarquía borbónica. Por añadidura, es un conflicto generado por situaciones similares, ya que están involucrados miembros del cabildo eclesiástico, que son en su mayoría de la familia Díaz Granados. Los protagonistas eran los mismos: el deán Domingo José y el arcediano, su hermano Pedro Gabriel. No puede perderse de vista que la familia samaria Díaz Granados empujó para acceder a los cargos, por ello se preparó, buscando desplazar a los peninsulares que se creían superiores y con más derechos. No es una “pelea” aislada, es una generalidad en el Nuevo Reino de

⁶⁶ Steinar A. Saether. *Identidades e Independencia en Santa Marta y Riohacha, 1750-1850*. 2005, p. 253.

Granada, lo mismo sucedió en Santa Fe, Cartagena de Indias y Popayán, para sólo mencionar tres de las principales ciudades del virreinato. Estos conflictos son los que agitaron las ideas por la independencia: criollos contra peninsulares.

El abogado Miguel Díaz Granados, en su escrito del 24 de abril de 1804, se presenta ante el señor gobernador intendente don Antonio de Samper, solicitándole que el señor asesor doctor De Avilés le explique si los comentarios consignados en el dictamen sobre una acta celebrada por el señor deán Domingo José Díaz Granados y el cabildo de la santa iglesia catedral se refieren a él. El asesor aseguró, según el abogado Díaz Granados, que en la redacción del acta participó y direccionó lo consignado en ella, “suponiéndome autor de dicha acta, bajo la general denominación de un letrado, se me trata de ignorante, caviloso, satírico, intrigante, provocativo y atrevido”⁶⁷. El abogado Díaz Granados consideró que esos calificativos eran ofensivos en contra del buen nombre de su persona y calumniosas porque él no intervino en la redacción del acta a la que se refiere el doctor De Avilés.

El reclamante asume que tales expresiones son contra él, por ser este el único letrado en la ciudad, así como la relación que alude al parentesco familiar entre deán y arcediano. Dichas expresiones son injuriosas no solo a su persona, sino que golpean a la integridad del Tribunal de la Real Hacienda, por hacer nombramiento de este cargo a persona indigna para el ejercicio de las funciones, por lo cual este agravio afecta su buen nombre, honor e integridad de su oficio, el cual ha llevado con mucho decoro, y que esos “epítetos únicamente pueden adaptarse al carácter de un abogado ciertamente prostituido...”⁶⁸.

Por lo tanto don Miguel Díaz Granados le solicitó al gobernador que el asesor aclarase si esas palabras injuriosas se referían o no a su persona. “Suplico a la justificación de Vuestra Señoría que compulsándose a esta continuación por ser papel correspondiente testimonio del expresado dictamen se sirva Vuestra Señoría pasar al expediente al referido señor

⁶⁷ AGN: (Bogotá). Título y Signatura: Pugna entre abogado de Real Audiencia y Asesor de Santa Marta. MISCELANEA: SC. 39, 5, D.8. Títulos universitarios, abolengos, apelación y sentencia. f. 305.

⁶⁸ Ibíd.

asesor, para que efectivamente diga si soy yo el letrado que retrata con tan feos coloridos en dicho dictamen y fecho se me entregue con objeto de deducir y promover lo conveniente a mi justicia”⁶⁹. Indiscutiblemente la actitud del rosarino tiene un profundo sentido de defensa del honor, de su formación, de su imagen como funcionario del máximo tribunal, la Real Audiencia. Cuestionar y descalificar a uno de sus abogados era cuestionar la institución colonial más importante del Nuevo Reino de Granada. Pero también era solicitar respeto a los ilustrados samarios, que se reclamaban “nobles” como los Díaz Granados, que podían ocupar los cargos en las instituciones coloniales; todos, tanto servidores del rey como funcionarios profesionales querían y se consideraban merecedores de tener las mejores prebendas, como lo son los cargos burocráticos, ya que hasta la nobleza deseaba estar al servicio del Estado. Quienes más reclamaban este derecho eran los nobles que se habían educado titulándose como abogados⁷⁰ y los Díaz Granados se sentían con todo el derecho a aspirar a los cargos burocráticos disponibles en la ciudad y provincia.

Ahora bien, ¿cuál es el origen del dictamen del asesor que produjo la reacción del rosarino Díaz Granados? De Avilés cuestiona y descalifica el acta de la reunión en la que haciendo uso del poder clientelar de la familia afectada, dos de los miembros del cabildo eclesiástico, los hermanos Domingo José y Pedro Gabriel Díaz Granados, deán y arcediano, nombran a su pariente don José de Jesús Díaz Granados como vicario capitular de la catedral. Esa decisión fue duramente cuestionada por el asesor y por el gobernador De Samper, puesto que el Gobierno se vio obligado a denegar el 20 de marzo el reconocimiento por vicario capitular de don Josef de Jesús Díaz Granados. La decisión fue tomada de forma legal y justificada, en tanto “en la circunstancia de presentarse un acta celebrada, por solo los señores deán y chantre, en que discorde en sus votos, el gobierno reconoce las mismas facultades en uno y otro vocal, y que el voto del uno no prevalece en el otro”⁷¹. Aunque se sabía que se debían conformar votos o solicitar terceros para dirimir la discordia del

⁶⁹ AGN: (Bogotá). Título y Signatura: Pugna entre abogado de Real Audiencia y Asesor de Santa Marta. MISCELANEA: SC. 39, 5, D.8. Títulos universitarios, abolengos, apelación y sentencia. Sin foliar.

⁷⁰ Uribe-Urán, Op. Cit. 2008, p. 79.

⁷¹ Ibíd. p. 79.

nombramiento para uniones de votos, estas como gestiones propias son permitidas y reservada la decisión a su superior con conocimiento de su causa.

Hay que indicar que estas inspecciones o anulaciones de cargos, como lo es el caso de don Josef de Jesús Díaz Granados, no son competencia del Gobierno, pero en este caso efectúa la intervención en que existió la votación, habiendo vínculos de carne y sangre, como lo establecieron las Reales Cédulas de 8 de julio de 1773 y 1 de abril de 1774, las cuales son explícitas al establecer la prohibición para que los canónicos ejerzan votos para canonjías, curatos y sacristías entre parientes hasta con cuatro grados de consanguinidad, en tanto los lazos parentales son de gran fuerza, en otros casos no solo se prohíbe establecer voto, sino hacer acto de presencia en el momento de sufragar⁷².

Es por esto que se estableció la prohibición de votaciones entre sangre (familiares), para evitar elecciones por pasiones, por lo tanto esas leyes eran de conocimiento de letrado, “no solo el presente asesor ha sido injuriado por los señores hermanos deán y arcediano, notándosele de apasionado a causa de servir el señor chantre lo que no es permitido ni aun a los litigantes en caso de recusación, por el decoro que se debe a los jueces y asesores nombrados por el rey...”⁷³. El dictamen se levantó para manifestar al Tribunal de Justicia de la Real Audiencia, para que su Alteza, en vindicación de la injuria, tomara la providencia que fuere de su superior agrado. Firma el concepto el asesor Josef María de Avilés. Visto el dictamen por parte del gobernador comandante vice patrono real, se conformó con dicho dictamen, se mandó testimonio de él con copias al deán y cabildo de la Santa Iglesia Catedral de Santa Marta.

El gobernador le trasladó al asesor la solicitud de aclaración, este contestó que no estaba obligado a declarar y emitir concepto por una proposición general, menos si los dictámenes

⁷² Ibíd. p. 79.

⁷³ Ibíd. p. 79.

habían sido sancionados por Vuestra Señoría por auto, a través de una providencia del Gobierno que debía atenderse conforme a las leyes y personas que se hallan agraviadas.

En escrito dirigido al deán y arcediano, el abogado Díaz Granados solicitó que se certifique que él no ha tenido nada que ver con el acta que se ha celebrado al cabildo eclesiástico con motivo del nombramiento del vicario capitular. “Y que siendo apreciable testimonio de Vuestra Señoría el único comprobante con que puedo conseguirlo; espero que en obsequio de la verdad se sirvan Vuestras Señorías contestarme a esta continuación si he tenido intervención o influjo en estos asuntos”⁷⁴. Con toda esta documentación la querella subió a la capital del reino para que fuera atendida y resuelta por la Real Audiencia en Santa Fe, previo poder que otorgó el doctor Díaz Granados al doctor don Juan del Castillo, quien presentó sus alegatos a través del doctor José de Vargas como procurador del Número de la Real Audiencia de Santa Fe.

El doctor Del Castillo presentó el 23 de agosto de 1804 el poder que le fue otorgado por parte de Don Miguel Díaz Granados con su expediente y una certificación donde se expone la queja civil y el cargo de injuria contra el asesor del gobierno de Santa Marta. En ella recuerda el dictamen del asesor de gobierno con motivo del acta dirigida al Gobierno donde se injuria el buen nombre del rosarino Díaz Granados. El escrito es claramente un documento consentido por los parientes que participaron en la votación, el cual está cargado de ofensas, intrigas y sátiras dirigidas en contra de los jueces por haberse adelantado apelación contraria a sus intereses⁷⁵.

Estas fueron las circunstancias con las cuales se adelantaron las diligencias, una vez revisado este expediente que referencia la importancia de verificar la magnitud de las expresiones presentadas en el dictamen por parte del asesor, las cuales revisten mayor

⁷⁴ AGN: (Bogotá). Título y Signatura: Pugna entre abogado de Real Audiencia y Asesor de Santa Marta. MISCELANEA: SC. 39, 5, D.8. Títulos universitarios, abolengos, apelación y sentencia, f. 315.

⁷⁵ AGN: (Bogotá). Título y Signatura: Pugna entre abogado de Real Audiencia y Asesor de Santa Marta. MISCELANEA: SC. 39, 5, D.8. Títulos universitarios, abolengos, apelación y sentencia, f. 316.

gravedad por la persona a quien se dirigieron y por la deshonra que causaba a su persona estos términos vertidos contra el derecho que tiene todo hombre a una buena reputación. Son palabras injuriosas, dirigidas especialmente a un letrado, que adquieren toda la gravedad calificándolas de atroces. “En efecto el honor de un abogado es más delicado que el de cualquier otro particular; porque aquel por su profesión debe ser un hombre lleno de instrucción en la ciencia de las Leyes...por la santidad de su ministerio debe ser un hombre de buena fe, ingenuo, sumiso a los jueces, enemigo de sátiras...”⁷⁶. Es una pieza jurídica la escrita por el abogado defensor, pero también un documento lleno de palabras elocuentes a la figura del abogado rosarino, quien había sido vicerrector de la Universidad del Rosario. Se resaltó en el escrito sus valores éticos y morales, de manera que el doctor Del Castillo argumentaba en su defensa que cualquier ofensa levantada contra el abogado era un hecho cuestionable dentro de la sociedad, y en especial contra Díaz Granados, quien se había destacado por ser persona respetable, honorable y culta, muy apreciado en la ciudad de Santa Marta⁷⁷.

Don Juan del Castillo advierte que el asesor del gobernador no tuvo ninguna necesidad de vulnerar con esas descargas de dicterios al único abogado de la ciudad, ya que dicho asesor no contaba con ningún fundamento para juzgar que hubiese intervenido en dicha acta. Incluso si este fuera el caso, no eran dignos de una persona con este ministerio tales señalamientos, y como acto de vergüenza era considerado el hecho que a dicho asesor se le pidiera compulsar testimonio del dictamen y este contestara con negativas y evasivas. O por el contrario, podía tomarse como prueba de error ante el hecho acontecido. Afirma don Juan del Castillo que este asunto era grave, debido a la importancia que Don Miguel tenía para la sociedad, dado el hecho que era el único abogado de la ciudad, así como también era pariente de los autores del acta en mención. ”Pero mi objeto es conseguir la correspondiente satisfacción de mi poderdante, en cuyo nombre me quejo civil y

⁷⁶ AGN: (Bogotá). Título y Signatura: Pugna entre abogado de Real Audiencia y Asesor de Santa Marta. MISCELANEA: SC. 39, 5, D.8. Títulos universitarios, abolengos, apelación y sentencia. Sin foliar.

⁷⁷ AGN: (Bogotá). Título y Signatura: Pugna entre abogado de Real Audiencia y Asesor de Santa Marta. MISCELANEA: SC. 39, 5, D.8. Títulos universitarios, abolengos, apelación y sentencia, f. 318.

criminalmente contra el asesor del gobierno de Santa Marta, para que Vuestra Excelencia en esfuerzo de lo alegado y en vindicación del honor de mi constituyente se sirva declarar que las expresiones injuriosas vertidas en el dictamen citado no debe obstarle a la buena reputación que ha sabido adquirir”⁷⁸.

Sería largo citar más apartes del escrito por la defensa del doctor Díaz Granados, fue un documento con muchos argumentos legales, citando normas de las leyes de Indias, de las reales cédulas y defendiendo la formación intelectual, recta y honrada de su defendido. En síntesis, es una pieza jurídica, un alegato en el marco de las normas que regían las relaciones entre las instituciones, entre estas y las personas.

El fiscal del crimen aseguró que el expediente con los antecedentes pedidos por el jurista se encontraban en manos del doctor José Ignacio San Miguel, abogado de la Real Audiencia. El señor don Manuel Martínez Mansilla, fiscal del crimen, continúa su anotación el 4 de enero de 1805. Que una vez revisado el dictamen del asesor sobre el cual recae la queja de don Miguel Díaz Granados, consideraba no encontrar razón para dar continuidad a tan dilatada situación porque no existían méritos para adelantar un juicio por el tema de la elección del provisor de la diócesis, el cual había sido conocido por el superior provincial el 28 de septiembre⁷⁹. Con estos argumentos pasa al asesor doctor don Eustaquio Galvis, nombrado por enfermedad del titular.

Fue analizado por el señor Galvis el concepto que manifestó el señor fiscal del crimen en su antecedente. Una vez conocidas las consideraciones necesarias acerca de las manifestaciones de desprestigio y perjuicio a la persona del doctor Díaz Granados, por

⁷⁸ AGN: (Bogotá). Título y Signatura: Pugna entre abogado de Real Audiencia y Asesor de Santa Marta. MISCELANEA: SC. 39, 5, D.8. Títulos universitarios, abolengos, apelación y sentencia. Sin foliar.

⁷⁹ AGN: (Bogotá). Título y Signatura: Pugna entre abogado de Real Audiencia y Asesor de Santa Marta. MISCELANEA: SC. 39, 5, D.8. Títulos universitarios, abolengos, apelación y sentencia, f. 323.

parte del Asesor del Gobierno de Santa Marta, se determinó la anulación del expediente, solicitando se le informe de dicha determinación al señor gobernador⁸⁰.

Cerrado el caso a favor de Díaz Granados, en lo concerniente a que el gobernador De Samper actúe de conformidad a lo ordenado, el 22 de octubre de 1805 el provisor del Número, don Joseph María del Castillo, solicitó, en representación de Díaz Granados, certificación de lo resuelto para que se aplicaran los correctivos del caso.

Así concluyó este pleito generado por las injurias del asesor del gobernador contra uno de los ciudadanos más representativos de la elite samaria. Díaz Granados había regresado a la ciudad de Santa Marta a mediados de 1796, en abril de ese año se elaboró una certificación redactada por el escribano de Su Majestad don José María Mutien, en la que se señalaba que al doctor Díaz Granados, abogado de la Real Audiencia, se le otorgaba por medio de Instrumento Público amplias facultades para actuar en todos los procesos en juzgados y tribunales tanto eclesiásticos como seculares, aun hallándose los abogados de la Real Audiencia o los procuradores del Número de ella⁸¹.

El rosarino regresó a la ciudad investido de reales poderes jurídicos para actuar en todos los pleitos, bien fueran civiles, criminales y ejecutivos, presentando testigos y demás elementos probatorios en los juicios que él adelantara ante los juzgados y tribunales.

Es incuestionable el rol del abogado en la sociedad colonial. Uribe-Urán plantea que los abogados veían en la prestación de servicios burocráticos, la forma eficaz para lograr no solo reconocimiento personal, sino, y en especial, el reconocimiento o ventajas económicas, culturales, así como su permanencia en el poder social y trato preferencial tanto para ellos

⁸⁰ AGN: (Bogotá). Título y Signatura: Pugna entre abogado de Real Audiencia y Asesor de Santa Marta. MISCELANEA: SC. 39, 5, D.8. Títulos universitarios, abolengos, apelación y sentencia, f. 310.

⁸¹ AGN: (Bogotá). Título y Signatura: Pugna entre abogado de Real Audiencia y Asesor de Santa Marta. MISCELANEA: SC. 39, 5, D.8. Títulos universitarios, abolengos, apelación y sentencia, f. 314.

como para la futura generación familiar, así como a sus allegados⁸². Esta situación se evidenció en Santa Marta al ser fusilado en 1816 el doctor Miguel Díaz Granados en Cartagena de Indias por orden de Pablo Morillo. Su pariente Esteban Díaz Granados, abogado rosarino, ocupó cargos de abogado en el Gobierno colonial y en el republicano que se inició después de 1819.

Incuestionable el poder de esta familia, con una sólida estructura familiar en la ciudad y en la región Caribe y en la capital del reino donde los miembros de esta familia mantenían excelentes relaciones sociales, políticas y familiares. Como se expuso anteriormente, uno de ellos contrajo matrimonio con una santafereña, cuyos hijos estudiaron también en la misma Universidad del Rosario. El doctor Miguel fue muy reconocido como estudiante y funcionario en los círculos sociales y políticos durante su estadía en Santa Fe. Mantuvo buenas relaciones con funcionarios de las instituciones coloniales que tenían su asiento en la capital como el caso de la Real Audiencia.

Esta familia se consolidó tanto en la sociedad samaria que varios de los que firmaron la primera y segunda Junta Superior Provincial de Santa Marta, organizadas en la ciudad, la primera el 10 de agosto de 1810 y la segunda el 22 de diciembre del mismo año, pertenecían a ella: vocales, el arcediano de la catedral doctor Pedro Gabriel Díaz Granados y cuatro de sus sobrinos también ocuparon dichos cargos: Estaban, Venancio, José Ignacio y Francisco Javier Díaz Granados, pero el vicepresidente fue el coronel de milicias don José Francisco Munive y Mozo, suegro de Francisco Javier Díaz Granados. Como vocales participaron en dos de las tres secciones que se organizaron: Sección de Guerra, don José Ignacio y don Francisco Javier Díaz Granados con don José Munive; y la Sección Política: el doctor Esteban y Venancio Díaz Granados compartieron la responsabilidad con don Miguel María Martínez de Aparicio y con el doctor don Ramón Zúñiga. En la segunda Junta la participación fue menor porque se redujo el número de integrantes, de ella hizo parte don José Ignacio Díaz Granados.

⁸² Uribe-Urán, Op. Cit., 2008, p. 79.

Otros hechos que marcan la importancia de esta familia samaria, ya no al servicio de la monarquía borbónica, sino de la independencia, lo constituyen el escrito que envía el gobernador don Thomas de Acosta, que reemplazó a don Víctor Salcedo y Somodevilla, al virrey don Benito Pérez. Dice que no quiso moverse de Panamá, que se tuvo información sobre un reducido grupo de personas que dieron pasos importantes reflexionando acerca de cambios de forma y de fondo en la administración colonial. Algunas de las personas que adelantaron los “cambios administrativos” fueron José Munive, los capitanes don Pascual y don Francisco Díaz Granados y don Venancio Díaz Granados, que cumplía funciones de cura. Como es de notarse, los nombres que figuran en este primer intento de rebeldía a la Corona son personas con reconocimiento social e hijos de la ciudad⁸³, por ello el académico Rafael Amaris Maya consideró que la primera independencia de Santa Marta estuvo encabezada por don José Munive, los Díaz Granados, don Basilio García, don Manuel María Dávila y otros. Algunos fueron detenidos en el castillo/cárcel de El Morro⁸⁴.

Dos años después, en la toma de la ciudad por las tropas patriotas, bajo la dirección de Pedro Labatut, el 6 de enero de 1813, el cabildo de Santa Marta, en su sesión del 11 de febrero de ese año, tomó la decisión de rechazar la actitud de las autoridades cartageneras por subyugar a los samarios, por lo que nombró sus representantes en una reunión que se preparaba en Cartagena de Indias. Como principal fue elegido el doctor Miguel Díaz Granados; para reemplazarlo por si faltase, don Domingo Díaz Granados, y en tercera opción don José Munive y Mozo. Ahora bien, el cabildo estaba conformado, entre otros, como siempre, por una significativa participación de los Díaz Granados: alcalde ordinario de primera nominación Venancio Díaz Granados, el regidor don Francisco Javier Díaz Granados, el ciudadano regidor don José Ignacio Díaz Granados, el doctor Miguel residía ya en Cartagena donde ocupaba el cargo de alcalde ordinario de primer voto.

⁸³ Jiménez Molinares, Gabriel. Los mártires de Cartagena de 1816. Ante el Consejo de Guerra y ante la Historia. Cartagena: Imprenta Departamental, 1947, p. 211.

⁸⁴ Amaris Maya, Rafael. La Junta Patriota de 1810. Fotocopia: p. 48.

Don Miguel fue protagonista de la Independencia de Cartagena de Indias. Jiménez Molinares considera: “De Narváez, desde 1809, venía ya empeñado con García de Toledo, Germán Piñeres, Díaz Granados y demás compañeros en el plan de la independencia”⁸⁵. Con él también participaron en las actividades independentistas de Cartagena los samarios José Munive y Mozo, Basilio del Toro y su pariente don Domingo Díaz Granados, quien igual vivía en Cartagena como suplente, según se dijo, nombrado por el cabildo samario el 11 de febrero de 1813. Su activismo político fue tal que Pablo Morillo lo mandó a fusilar el 24 de febrero de 1816 con todos los demás. En ese momento tenía 44 años, era viudo de María de San Diego, vivía en Cartagena de Indias hacia diez años, “proporcionó gran parte del raciocinio intelectual detrás de la elaboración de la Junta de Cartagena”⁸⁶, así piensa uno de los testigos: “El alcalde Llamas y los testigos, uno a trece, que señalan a José María García Toledo y a Miguel Díaz Granados como los autores, cerebros y brazos de la insurrección”⁸⁷. De tal manera que el rosarino jugó un papel definitivo, según algunos, en la Proclamación de la Independencia de Cartagena de Indias. Fue tanta su figuración que en Wikipedia, la enciclopedia libre, cuando se menciona a Díaz Granados en el aparte dedicado a la Independencia de Cartagena, se afirma que fue condenado “a la pena de ser ahorcado y confiscados sus bienes, por haber cometido el delito de alta traición”, es decir, su condena fue mayor, se degradó a la persona como una forma de amedrentar a los luchadores que aún quedaban en la sociedad cartagenera, sobre todo en sus elites.

Bien vale la pena señalar que así como el sabio Francisco José de Caldas, Antonio Nariño y otros que habían pasado por las aulas del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario luchaban en Santa Fe por la independencia del Nuevo Reino de Granada, hombres ilustrados como ellos eran el doctor don Miguel Díaz Granados y Núñez Dávila, quien como muchos de sus compañeros y amigos murió a manos de la monarquía borbónica, a la que había servido como abogado de la Real Audiencia por mucho tiempo. Fueron las elites provincianas que al igual que las santafereñas se prepararon para derrocar a la monarquía,

⁸⁵ Jiménez Molinares, Gabriel. Los mártires de Cartagena de 1816. 1947, p. 50.

⁸⁶ Saether, Steinar A. Identidades e independencia en Santa Marta y Riohacha, 1750-1850. 2005. p184.

⁸⁷ Jiménez Molinares, Gabriel. Los mártires de Cartagena de 1816. 1947, p. 11.

primero al competirles por los cargos públicos y luego al confrontarlos intelectual, política, social y económicamente.

Ciertamente, la pequeña elite samaria conformada por las familias de los Munive, Zúñiga, Núñez y Dávila se fortaleció como una clase social que hizo “respetar” sus abolengos y su formación intelectual. Así como los Díaz Granados, estaban los Zúñiga y los Munive, que también estudiaron en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Al final del siglo XVIII todos los que habían estudiado en Santa Fe, al concluir el ciclo de estudios, “se encontraron situados en las principales provincias y ciudades del virreinato”⁸⁸. Aunque el autor de esta cita, Renán Silva, no menciona a Santa Marta, somos del parecer que tal mención amerita tanto como la de Cartagena de Indias, Buga, Neiva, El Socorro, Mariquita y otras ciudades del Nuevo Reino de Granada.

⁸⁸ Silva, Renán. Los ilustrados de Nueva Granada 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación. Medellín: Banco de la República-EAFIT, 2008, p. 615.

CAPÍTULO 3

LAS FIESTAS RELIGIOSAS Y SU INFLUENCIA SOCIAL

Este tercer capítulo está orientado a revisar el cumplimiento de una parte de la legislación eclesiástica y cómo esas normas influyeron en la vida familiar, social y religiosa de los habitantes de la ciudad. El cumplimiento de las normas expedidas para que los súbditos de los reyes de España asistieran a los oficios religiosos que estableció la Iglesia católica al organizar el calendario de sus fiestas religiosas día a día, cuyo fin, sin duda, fue imponer una fe y una práctica religiosa de adoración, respeto a Dios, a los santos y vírgenes, para lo cual se colocó a cada pueblo fundado un patrono o patrona para su advocación. De tal manera que estas fiestas definían la vida social de los samarios, la asistencia y participación en los rituales católicos eran de estricto cumplimiento, tanto en los festejos patronales como en aquellos oficios religiosos ordenados por la monarquía, obligando a los vecinos a concurrir a ellos con toda la familia y esclavos. Igual sucedió con el control que se mantenía a la asistencia de la misa el día domingo y otros días de guardar.

Otro aspecto sumamente importante para garantizar una vida religiosa plena en la ciudad, no solo en el control a los pobladores, sin importar el color de la piel o el cargo en la cúpula militar o de las autoridades civiles, lo constituyó el reglamento propuesto por el señor obispo de la diócesis de Santa Marta, fray Nicolás Gil Martínez Malo, en 1757 y aprobado por el rey Fernando VI. En él se señalaba textualmente el comportamiento que debían guardar los miembros del clero. El reglamento es, evidentemente, expresión de la forma como los miembros del clero samario tenían el compromiso de asistir a todos los oficios religiosos y el papel que cada uno de los miembros del cabildo eclesiástico debía desempeñar. Las normas que se establecieron en el reglamento garantizaban un control

absoluto al clero, era minucioso en cada uno de los procedimientos, desde cuando se debía tocar la campana para los oficios religiosos, tanto que nadie podía retirarse de la reunión hasta que el presidente no daba por terminada la misma, y así muchos comportamientos estuvieron reglados a través de la expedición de la real cédula que firmó el monarca.

Un tercer punto que se trata son las fiestas de tabla que se establecían desde España y que las autoridades virreinales hacían cumplir en su respectivo territorio. Fueron fiestas de obligada aceptación y participación de los vecinos, fiestas anuales que se publicaban a través de bandos leídos en las plazas de la ciudad, fijados en las oficinas públicas en una tabla que todas y todos los samarios acataban porque eran de guardar; es decir, no se trabajaba, pero debían asistir a las ceremonias que se organizaban para tal fin. Todos los meses había varias fiestas, nuevas y viejas liturgias católicas que tenían el compromiso de concurrir, así como también a aquellas fiestas alegres como el carnaval que los samarios disfrutaban en las casas y calles de la ciudad. Esta fiesta de tabla se alteraba cuando fallecía un rey o un allegado a la familia real, porque se realizaban exequias por el alma del monarca o del familiar, lo que obligaba a guardar lutos por meses, ceremonia muy triste y de recogimiento total. Situación similar, pero esta vez de júbilo, lo constituyeron las exaltaciones de los reyes, príncipes y otros eventos festivos en homenaje a la familia real, sobre todo cuando se trataba de la persona del monarca, donde todos los vasallos debían asistir luciendo sus mejores trajes.

Las cofradías jugaron un papel determinante en la vida religiosa de los samarios, la participación en ellas garantizaba ciertos privilegios sociales y religiosos, además de tener un espacio preferencial en las ceremonias religiosas, que llegaba a su máxima expresión cuando tenían la responsabilidad de organizar los oficios divinos en conmemoración a su patrono. En la catedral poseían un pequeño altar donde realizaban en forma permanente la adoración a su patrono o patrona. Otro privilegio que adquirieron fue el de tener derecho a una tumba dentro de la misma catedral. Adicionalmente, estaban investido de cierto reconocimiento social muy importante, quienes formaban parte de las cofradías eran personas con respaldo económico y social.

Un aspecto clave en la vida religiosa de la ciudad lo constituyeron varias fiestas que por su valor místico se destacaban, por lo que no se dudó de definir las como paradigmáticas. Dentro de estas fiestas se escogieron dos, que a nuestro juicio, durante el siglo XVIII y aún en el siglo XIX, tenían presencia en la ciudad. La feligresía samaria, además de la patrona Santa Marta, tuvo una gran devoción por el Corpus Christi y la Inmaculada Concepción, fiestas donde los habitantes de la ciudad expresaban su alegría y entrega total a alabar a Cristo y a la Virgen. La Inmaculada fue asumida como la segunda patrona de la ciudad, además la Corona la nombró como Reina de las Américas y de Santa Marta. Su advocación estuvo muy presente en los devotos samarios, en algunos momentos en la iglesia de San Francisco, pero tuvo su propio altar en la catedral, tanto en la vieja como en la nueva. Cada una de ellas contó con sus propias cofradías que eran las más importantes. La fiesta que acarrearba más costo para los cofrades samarios fue la de la Inmaculada Concepción.

3.1. Las fiestas religiosas definen la vida social

La primera diócesis creada en Tierra Firme fue Santa María la Antigua del Darién en el año de 1514, su primer y único obispo fue Fray Juan Quevedo. Luego, en 1519, Pedrarias Dávila fundó Panamá, por lo que cinco años más tarde se traslada allí la capital de la diócesis. En consecuencia, Santa Marta se instauró como decana de las diócesis del Nuevo Reino de Granada, eso explica lo que se lee en latín en el frontis de la catedral: “*Ditionis Columbianae Mater omnium ecclesiarum*”*. Se cree que fray Tomas Ortiz (1528) fue su primer obispo pese a que nunca fue consagrado¹. Aunque esta primera edificación fue considerada como catedral, la diócesis solo se solicitó oficialmente en 1532 y las bulas llegaron dos años después, en 1534. En ellas se nombró como obispo al dominico fray

* Madre de todas las jurisdicciones eclesiásticas de Colombia.

¹ De la Rosa, José Nicolás. Op. Cit. 1975, p. 55.

Alonso de Tobes, que desafortunadamente no alcanzó a consagrarse. El siguiente obispo nombrado fue fray Cristóbal Brochero, quien renunció al cargo.

Lo cierto es que sólo hasta el mes de agosto de 1538 llegó el primer obispo consagrado a Santa Marta, su nombre: fray Juan Fernández de Ángulo. Es importante señalar aquí que a pesar de la falta de obispo, la actividad religiosa formaba parte de la vida diaria de los habitantes samarios, villa muy cristiana, devota de su patrona y cumplidora de los preceptos católicos. La ciudad desde entonces es considerada dos veces santa: santa Marta su protectora, la patrona y quien da nombre a la ciudad, y a la par está consagrada a la Inmaculada Concepción, Reina de las Américas y segunda patrona de la ciudad.

El poder de la Iglesia y de sus autoridades eclesiásticas fue siempre un punto de referencia en la Nueva Granada. Los constantes enfrentamientos con las autoridades civiles y militares estaban al orden del día, las divergencias y acusaciones mutuas por el mal manejo del poder eran pan de cada día, asimismo la desobediencia del obispo a reales cédulas y órdenes del gobernador y de otras autoridades virreinales, fue una constante. Una acusación permanente que hacían los obispos en aquel tiempo se refería al contrabando que realizaban o permitían los mismos gobernadores. El púlpito se convirtió en el lugar preferido para promulgar estas denuncias y un Domingo de Ramos el obispo de la ciudad, fray Antonio de Monroy (1716-1738), no dudó en señalar de “[...] ladrones a los ministros de Su Majestad”², asimismo decidió excomulgar³ al cabildo⁴ de la ciudad, a los gobernadores Juan Beltrán de Caicedo y

² Restrepo Tirado. Historia... Tomo II. Op. Cit., p. 89.

³ Juan Carlos Garavaglia considera: “La excomunión era peor pena que la propia muerte, como se puede ver en el párrafo de las Ordenanzas Reales de 1484.... En pocas palabras: en la Monarquía Católica hispana la calidad de súbdito no podía escindirse de la condición de católico”. *La cruz, la vara, la espada Las relaciones de poder en el pueblo de Areco*, p. 89. En: Barrera, Darío (Comp.) Justicias y Fronteras. Estudios sobre historia de la justicia en el Río de la Plata. (Siglos XVI-XIX). Murcia: Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones. Red Columnaria, 2009.

⁴ Existían dos cabildos: eclesiástico y secular: “Corporación o colegio de clérigos, instituido por la autoridad eclesiástica y adscrito a determinada iglesia para promover el culto divino, con beneficios anejos. Los cabildos eclesiásticos pueden ser catedrales, metropolitanos y colegiales. Los primeros se componían exclusivamente de dignidades y canónigos, siendo auxiliados por beneficiados y capellanes. Los metropolitanos son propios de aquellas archidiócesis que son también metrópoli y comprenden provincia eclesiástica con sufragáneas de hecho y de derecho. Los colegiales son corporaciones o colegios erigidos en

José de Andía y Rivero y a otros subalternos, situación que no fue bien recibida por los vecinos y mucho menos por las autoridades civiles y militares. Los documentos registran un hecho muy diciente que permite evidenciar ciertos desacuerdos; incluso cuando el acto de colocar el retrato de los reyes en el Altar Mayor como honra a su Majestad era una costumbre, en 1724 en el *Te Deum* celebrado con motivo del cumpleaños de don Felipe V, se dio la orden por parte del obispo de retirar el retrato por considerarse que no eran santos para reposar en ese lugar sagrado⁵.

Como esa, eran muchas las contrariedades que se presentaban y que afectaban el diario devenir de la vida familiar, social, política y religiosa de los habitantes de Santa Marta. Las discrepancias que enfrentaban a estos dos poderes eran, sin lugar a dudas, la expresión de la puja por la supremacía y el control de la ciudad. Toda la evidencia señala que no era fácil mantener buenas relaciones con el señor obispo De Monroy, los hechos religiosos y la persecución constante contra las autoridades civiles, políticas, inclusive contra algunos miembros del clero durante su gobierno eclesiástico. Esto tuvo duras consecuencias en la población, ya que a raíz de esos enfrentamientos, muchas familias migraron hacia otras poblaciones o se trasladaron a vivir a sus haciendas.

Después de mucho tiempo, en el año de 1796 se dio por finalizada la construcción de la catedral e inmediatamente se trasladó desde la capilla de San Francisco hacia el nuevo recinto, y desde entonces es todo un símbolo de la cristiandad samaria, ya que no sólo se va a venerar a la santa patrona, sino que hacia ella concurrían fieles devotos de muchas santas, vírgenes y santos. Ella y las otras iglesias en la ciudad (San Francisco, San Juan de Dios,

ciudades importantes por razones históricas o demográficas”. María Luisa Candau Chacón. *La Carrera eclesiástica en el siglo XVIII*. Según el *Diccionario de la Lengua Española*, “cuerpo o comunidad de eclesiásticos capitulares de una iglesia catedral o colegial”. Real Academia Española, Vigésima Primera Edición, Madrid, 1992, t. I.

⁵ Restrepo Tirado. Historia.... Tomo II. Op. Cit., p. 88.

Santo Domingo) permitían a los samarios asistir disciplinadamente a los oficios religiosos, tal como lo establecía el calendario cristiano y promulgado en las “fiestas de tabla”⁶.

Fervientes practicantes de los oficios religiosos establecidos, los samarios cumplían al pie de la letra sus mandatos. De la Rosa deja testimonio del exacto cumplimiento de las fiestas anuales de tabla en las que “concorre el cabildo de Santa Marta a su catedral en forma de ciudad”⁷. En el mismo sentido, señalaba que las tablas establecían cuantiosas fiestas a los samarios, quienes celebraban un porcentaje muy alto de ellas.

Las fiestas de tabla y en general toda la actividad festiva católica impuesta por la conquista y la introducción del cristianismo produjeron una ruptura en la vida festiva de las poblaciones nativas en el Nuevo Mundo. De esa inserción resultaron nuevas prácticas culturales que provocaron una transformación en los modos de vida autóctonos que llevó a un cambio sustancial en la vida social, familiar y religiosa de los aborígenes americanos. Este proceso tuvo su propia dinámica social en cada uno de los territorios habitados por los naturales de este Nuevo Mundo, lo que permitió la reelaboración de muchas prácticas propias y el surgimiento de unas nuevas como fruto de un proceso creativo significativo que involucraba no solo para los nativos, sino principalmente a los españoles recién llegados, como lo plantea Berta Ares Queija⁸. La fiesta fue un evento tan influyente en la

⁶ Susana Friedmann plantea: “En la época de la Colonia, se acostumbraba fijar en tablas de madera, colocadas cerca de la iglesia o en lugar de acceso común como la plaza mayor, la lista de las festividades sagradas oficiales, que por eso mismo tomaron el nombre de ‘fiestas de tabla’”. Las fiestas de junio en el Nuevo Reino, Bogotá: Kelly-Instituto Caro y Cuervo y Patronato Colombiano de Artes y Ciencias, 1982, p. 131. Definición similar brinda el profesor Marcos González Pérez cuando afirma: “Desde la época colonial se acostumbraba fijar en tablas de madera, colocadas a la entrada de las iglesias, el calendario con las festividades del año, lo cual se conocía con el nombre de ‘fiestas de tabla’”. El calendario festivo. En: Los imaginarios y la cultura popular, Bogotá: CEREC, 1993, pp. 23-24. El profesor Jaime Valenzuela Márquez señala: “La ‘tabla’ hacía referencia a la materialización del listado de las fiestas a las que debía asistir obligatoriamente cada institución. Se colgaba en la entrada o en una de las salas principales del organismo con el fin de tenerlas a la vista y no olvidar insertarlas en la programación mensual de sus actividades oficiales”. Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile Colonial (1609-1709), Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana/LOM Ediciones, 2001. Nota 479, pp. 217-218.

⁷ De la Rosa, José Nicolás. Op. Cit. 1975., p. 351.

⁸ Ares Queija, Berta. Las danzas de los indios: un camino para la evangelización del virreinato del Perú. En: Revista de Indias, 1984, vol. XLIV, núm. 174, p. 445.

sociedad, que sirvió como herramienta de inclusión en todos los sectores sociales fueron y aprovechadas por los curas para el fortalecimiento de la religión. Sin duda, las fiestas eran y son la mejor forma de control social sobre la población marginada, los sectores populares y medios de la sociedad.

Al respecto, la antropóloga colombiana Mercedes López plantea que el papel de la iglesia fue clave “en el establecimiento de un sistema colonial basado en la hegemonía⁹ del cristianismo”¹⁰. Así, después de la Conquista y en los primeros momentos de la Colonia, se convirtió en un objetivo primordial “... imponer las costumbres y prácticas del cristianismo en los individuos”. En este sentido, la Iglesia logró establecer relaciones entre colonos e indígenas mediante la implantación del cristianismo con su poder, a estos últimos instituyéndolos como la única forma aceptable de entender el mundo y consentir las desigualdades de las relaciones coloniales.

Si bien es cierto que esta observación se refiere a los inicios de la dominación española sobre los nativos del Nuevo Mundo, sabemos que estas prácticas hegemónicas se mantuvieron durante toda la sociedad colonial, ya que garantizaban un control sobre los vasallos y súbditos, fueran estos nativos, esclavos, libres de todos los colores, blancos peninsulares e hispanoamericanos. Como afirma el historiador Juan Carlos Garavaglia “la Iglesia católica cumplió entonces un papel central en la consolidación de una forma peculiar de “espacio público” en el marco del Antiguo Régimen ibérico: el cura párroco era el principio y el fin de casi todos los actos ‘públicos’ que ritmaban la vida de cualquier súbdito de la monarquía¹¹”. La Iglesia, representada por los curas y demás miembros del

⁹ La autora precisa que la noción de hegemonía que utiliza es de origen gramsciano. “Es decir que [entiende] por hegemonía el fenómeno que toma lugar cuando un grupo ha logrado conseguir, por medio del consenso o de la dominación, el control del aparato coercitivo y de los instrumentos educativos con los cuales consigue difundir su visión del mundo”. López, Mercedes. *Tiempos para rezar y tiempos para trabajar. La cristianización de las comunidades muiscas durante el siglo XVI*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2001, nota 60, p. 89.

¹⁰ López, Mercedes. *Tiempos para rezar y tiempos para trabajar. La cristianización de las comunidades muiscas durante el siglo XVI*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2001, p. 89.

¹¹ Garavaglia, Juan Carlos. *La cruz, la vara, la espada. Las relaciones de poder en el pueblo de Areco*, p. 90.

clero, fueron los encargados de bautizar, casar y sepultar, nadie más tenía ese derecho convertido en poder.

Las ceremonias festivas celebradas en aquella época en Santa Marta respondían al pensamiento monárquico imperante en España y les garantizaba seguir gozando del reconocimiento de sus súbditos en la lejanía, al mismo tiempo les permitía a los blancos peninsulares mostrarse y establecer las diferencias sociales entre quienes representaban el rey y ocupaban cargos administrativos (gobernadores, alcaldes, alférez real, entre otros) y los otros, los sectores marginados de la sociedad que cumplían funciones subordinadas. De tal manera que los funcionarios coloniales eran los más interesados en organizar las celebraciones, ya que, por un lado, les permitía cumplir lo ordenado por la Corona y la Iglesia; por otro lado, los mostraba como el sector hegemónico de la sociedad colonial, dándoles suficiente poder simbólico ante los otros sectores sociales.

Así que garantizar, organizar y financiar las fiestas religiosas, lucir las mejores prendas, ocupar los primeros lugares, les daba la suficiente fuerza simbólica para seguir detectando el poder, reafirmando la autoridad revestida por la norma monárquica, mostrándose ante los subalternos como los representantes del rey, con mando en la ciudad y provincia de Santa Marta. En este caso particular, eran los intocables a quienes había que obedecer. En síntesis, estas celebraciones de carácter religioso (tristes o alegres) permitían reflejar de la mejor forma las diferencias sociales, de clases o de sectores de clase.

Paralelo a las fiestas que se definían estrictamente como religiosas y que incluían rituales cristianos y funciones católicas/romanas (misas, novenas y procesiones), se encontraba el carnaval, que llegó a estas tierras “cristianizado”, es decir, formaba parte del calendario festivo traído por los europeos. Sin embargo, al llegar al Nuevo Mundo se enriquece con los aportes, inicialmente de los nativos, y, más tarde, con las prácticas culturales de los negros traídos a la fuerza de África. Estas fiestas convocaban a todos los vecinos de las poblaciones grandes y pequeñas de Hispanoamérica, en el caso colombiano comenzaron a celebrarse pocos años después de iniciarse la Conquista y se consolidaron con la Colonia.

Santa Marta fue, naturalmente, el primer territorio donde las fiestas europeas cristianas se practicaban; la anterior afirmación se desprende del hecho que recién fundada la ciudad se encuentran narradas fiestas, orgías y borracheras patrocinadas por las mismas autoridades civiles y eclesiásticas¹². El carnaval en toda Hispanoamericana se convirtió en un tiempo y espacio creativo, que con el correr de los años se transformó en la fiesta alegre más importante en el Nuevo Mundo, tanto que se mantiene con mucha fuerza en ciudades como Río de Janeiro y Barranquilla, sólo por nombrar los más representativos.

Al respecto, don José Nicolás de la Rosa reseña que en Santa Marta se trasladó los días de carnestolendas de 1682 para el mes de diciembre de 1681, en los días de festejos de la Inmaculada Concepción. Igualmente, hace alusión a que para el siglo XVIII se usaron aspectos carnavalescos en la proclamación del rey Luis I de Borbón (1724). Lo mismo sucede con el texto del jesuita Antonio Julián que menciona las fiestas de la Virgen de los Remedios en Riohacha, en el siglo XVIII, asociadas al carnaval. La fiesta se arraigó tanto en la provincia y su capital que hacia el siglo XIX la celebración carnavalesca es registrada por viajeros europeos. En ciudades como Riohacha, Valledupar y Santa Marta, y poblaciones como Chiriguaná, El Banco, Tenerife, Guamal, Tamalameque, entre otras, la tradición se mantiene hasta nuestros días.

A pesar de la importancia de las celebraciones festivas para garantizar control social y permitir ciertas libertades, algunos blancos peninsulares, autoridades civiles y eclesiásticas se oponían a las mismas. El carnaval como fiesta popular y colectiva que incluía a toda la sociedad, permitía transitoriamente cierta “igualdad social”, una especie de “amnistía social”, en la cual todos se consideraban iguales durante los tres días de festejos (domingo, lunes y martes de carnestolendas). Se convirtió, pues, en una fiesta que “borraba” las diferencias sociales, el mundo se volvía al revés, se permitía la sátira y las máscaras para

¹² Rey Sinning, Édgar. El Carnaval. La segunda vida del pueblo. Bogotá: Plaza & Janes-Universidad Simón Bolívar, 2004, p. 107.

burlarse de los poderosos, de los hegemónicos. Los subordinados lograban por un momento rebelarse contra las autoridades, burlarse de ellas y estas no podían actuar porque la fiesta lo permitía.

Por estas actitudes y otras expresiones de protesta y denuncia social y política de los sectores populares, las autoridades civiles y eclesiásticas iniciaron una persecución sobre ellas. Se acusaban mutuamente las autoridades por permitir desórdenes, libertades no consentidas, mixturización de los cuerpos, borracheras y grandes orgías en las que participaban no sólo indígenas, esclavos negros, libres de todos los colores, sino también militares y varios servidores públicos. Esta situación no fue particular de Santa Marta, sino también varias ciudades hispanoamericanas como el caso de México, donde el carnaval durante el siglo XVIII simbolizaba para el pueblo una tradición cultural representativa de un imaginario; sin embargo, percibieron el asedio por parte de las autoridades a lo largo del siglo, en los días de carnestolendas el orden social se veía alterado, de manera que lo burlesco, la crítica, el placer, la música, la danza, la parodia, el baile, el cambio de los roles sociales y el desenfreno total eran los principales actores de la fiesta ¹³.

Los grupos de nativos, esclavos, libres de todos los colores y algunos blancos criollos participaban en las danzas y bailes que apreciaban como espectadores las autoridades y las familias pudientes de la sociedad samaria, pero la celebración carnavalera permitía la participación de todos los sectores sociales. Esta fiesta para los samarios fue importante, no sólo en el siglo XVII y XVIII, sino que el arraigo que tuvo en la época colonial llegó intacto y tal vez con más fuerza en la República. Es habitual encontrar referencias elaboradas por viajeros europeos desde la década de 1820, y más tarde, en la década de 1840, la prensa local lo registraba como una gran fiesta con mucho esplendor. Asimismo, los viajeros nacionales y los decretos (depositados en el Archivo Histórico del Magdalena Grande) que autorizaban los festejos o prohibían, por ejemplo, algunas prácticas culturales

¹³ Viquiera, Juan Pedro. *Diversiones públicas y cultura popular en la ciudad de México durante el siglo XVIII*. Madrid: En: *Anuario de Estudios americanos*, no. 44, 1987, p. 204.

“obscenas” como el disfraz de Adán y Eva. La grandiosidad de esta fiesta llegó hasta la década de los años sesenta del siglo XX, donde la creatividad del samario se manifestaba en comparsas, disfraces, danzas y bailes en el Centro Social (hoy Club Santa Marta) y bailes populares, reinas, tamboras por toda la ciudad. En conclusión, es una celebración heredada de los españoles que aún se mantiene en los sectores populares¹⁴.

Como se señaló anteriormente, el carnaval llegó a América cristianizado, aceptado y patrocinado por la Corona y sus representantes, fueron ellos los principales animadores de los tres días de antruejo y aparecían en las fiestas de tablas como domingo, lunes y martes de carnestolendas, y por lo tanto días de guardar, de no trabajar. Si bien es cierto que es una fiesta que pretendía reflejar la sociedad colonial igualitaria, también servía para definir la vida social. En este sentido, se observa que celebraciones religiosas alegres y tristes (Semana Santa, Corpus Christi) formaban parte del andamiaje ideológico transportado al Nuevo Mundo por la Conquista y que se consolidaron en la Colonia. Fue en esta época cuando se fortaleció un sector social hegemónico que garantizaba el control social, político, económico y cultural que respondía a las órdenes monárquicas emitidas desde España y ejecutadas en la sociedad hispanoamericana.

3.2. Los oficios religiosos: asistencia controlada al clero

De la misma forma que se controlaba a la sociedad seglar a través de las reales cédulas y demás normas de la monarquía, también se ejercía control sobre el comportamiento y la disciplina que debían tener los miembros del gobierno eclesiástico y por ende la sociedad

¹⁴ Consúltense a: Rey Sinning, Edgar. Apuntaciones para un estudio del carnaval samario. Santa Marta: Asociación de Escritores del Magdalena-Fondo Mixto de Promoción de la cultura y las Artes del Magdalena-FOMCULTURA, 1997, p. 54 ; El carnaval de Santa Marta, la fiesta de todo. En: Textos Escolhidos de cultura e arte populares, Rio de Janeiro: Universidade do Estado do Rio de Janeiro. V. 6/Outubro, 2009, pp. 31-49. y La elite samaria y el disfrute de su carnaval (1930-1960). En: Cultura, ciudades y economía en el Caribe: Una mirada al litoral. Memorias II Conferencia Internacional de la Asociación Colombiana de Estudios del Caribe Compiladores: Jorge Enrique Elías-Caro y Raúl Román Romero. Barranquilla: ACOLEC. 2016. pp. 99-119.

en general. El reglamento que se redactaba en las diócesis llegaba al Consejo de Indias, donde previo estudio y concepto del fiscal, el monarca de turno aprobaba y devolvía a las sedes catedralicias para que clérigos y seglares cumplieran rigurosamente. Era la forma de aplicar los controles necesarios para que las funciones que se daban en la iglesia catedral se celebraran guardando un orden previamente normativizado. Para el caso de Santa Marta, que no tenía reglamentos ni constituciones que regularan los oficios religiosos para la segunda mitad del siglo XVIII, la situación era irregular y se corrigió cuando se aprobó el documento/norma por parte del rey Fernando VI a mediados de 1757.

En 1756, al llegar a la ciudad el obispo fray Nicolás Gil Martínez Malo, encuentra que el edificio del templo no tiene las condiciones apropiadas para cumplir el papel de catedral de la diócesis de Santa Marta y su provincia, por lo que inicia una fuerte labor por lograr avanzar en la construcción del edificio, tema que se desarrolló en el capítulo primero. Otra observación importante que hace fray Martínez se refiere a la parte organizativa de los oficios religiosos y en general las reglas que se debían seguir en la catedral, por esto le comentó al rey Fernando VI que no existían reglas de constituciones que indicaran cómo se debía comportar el clero en general y la feligresía samaria. El obispo le envía el reglamento aprobado el 29 de diciembre de 1756, en reunión realizada en la casa episcopal, convocada por él mismo y el venerable deán y cabildo de la ciudad el 22 del mismo mes. En la reunión participaron el obispo don Nicolás Gil Martínez Malo; el arcediano don Juan Antonio de Velasco y Peynado; el tesorero don Pedro Regalado García Peñate y don Joseph Joachin Merino Canónico de Merced, ya que eran los únicos capitulares que estaban en la ciudad, pues el deán no se encontraba y el chantre había muerto¹⁵.

La reunión se inició presidida por el señor obispo, procedieron a leer y discutir cada uno de los capítulos del reglamento propuesto, a pesar de algunas consideraciones y observaciones, las que se arreglaron inmediatamente. El reglamento se aprobó por unanimidad y se

¹⁵ AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. ff. 55-56.

convocó una nueva reunión para el día siguiente, 30 de diciembre de 1756. Así se hizo y tanto el deán como el cabildo y todos los ministros se congregaron para que conocieran las disposiciones que se habían aprobado y se cumplieran puntualmente en forma interina mientras se recibía la aprobación del rey Fernando VI. Su Señoría envió el documento, previa revisión, al Consejo de Indias, quien lo pasó al fiscal y este conceptuó positivamente, por lo que el monarca procedió a aprobarlo, se imprimió y se dejó copia en Madrid, la otra se remitió a Santa Marta, documento al que hemos tenido acceso. Sin duda, la actitud del rey Fernando VI, al dar su consentimiento a “Las Reglas y Constituciones” elaboradas por el obispo Gil Martínez reconocía la importancia para que la diócesis de Santa Marta contara con dicho reglamento.

En la parte introductoria y justificadora que contiene la real cédula se lee que el ministerio y pastoral empleo se apegaba de la sentencia dada del señor Isaías: *Speculatores coeci* para su buen funcionamiento, la cual se halla plasmada en la bula de erección y reglas, que cobijan desde la asistencia al coro hasta la distribución de renta a cargo del cabildo y deán, así como el trabajo para el incremento al culto divino¹⁶.

En la visita que realizó el nuevo obispo de la diócesis a los archivos y documentos, no encontró ni el estatuto ni las reglas a seguir ni constituciones que se estuvieran aplicando. Como no existían normas previamente establecidas, algunos prebendados no cumplían a cabalidad con sus funciones, como la obligación que tenían de asistir puntualmente al coro y demás oficios divinos, y además no existía apuntador. En este sentido, el monarca creyó que era su obligación y encargo precaver la relajación y reglamentar que se incorporen en la asistencia al coro y en los otros oficios divinos. Por todo lo anterior, el rey consideró que mientras se declaraban las reglas, la bula de erección de la catedral y otros documentos que dispone el estatuto, debía disponerlas los venerables deán y cabildo de la catedral de Santa Marta y aplicar estrictamente.

¹⁶ AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757.

El reglamento al que se ha tenido acceso consta de veinte capítulos¹⁷, en los que se lee cómo el rey con el beneplácito del Papa estableció un control sobre la vida religiosa del clero y de la feligresía de la catedral de Santa Marta. El primer capítulo está consagrado a establecer el “orden, y horas en que se deben tocar las campanas”, y por supuesto el clero y la feligresía debían estar atentos a su cumplimiento. De tal manera que los días comunes del año se tocaba el esquilón desde las siete y media hasta las ocho para alcanzar el Coro y en un cuarto de hora se daban tres repiques con campanas menores. En días de fiesta se repicaba la campana grande a las ocho, sin que esta pasara de media hora, así mismo en vísperas a las dos y media de la tarde, en el día de la misa mayor de la Pascua, día de Nuestro Señor, san Juan Bautista, san Miguel Arcángel a medio día. En las dominicas de Adviento y Cuaresma se tocaba la misa mayor con el uso de la pulsación, se repicaba el jueves de renovación y sábado. En Cuaresma, de vísperas se tocaba poco antes de medio cuarto de hora, elevación de hostia y cáliz, se daban tres golpes, luego venían las plegarias, alternándose dos campanas hasta haber consumido; esto solo en las misas mayores. Y por último, para los sermones de fiestas se tocaba a las ocho de la noche, las avemarías se tocaban al amanecer, medio día y al cerrar la tarde¹⁸.

El segundo capítulo estableció “lo que se debe observar en los divinos oficios y asistencia al coro”. El texto exigía a los prebendados, capellanes y a todos los ministros asistir antes que terminara el esquilón con reverencia al Santísimo Sacramento. Si estuviere presente baja mangas, tomaban asiento seguido de una oración, cuando se daba inicio se colocaban en sus pies rezando el padrenuestro y el avemaría. Y en maitines, si los que estaban obligados asistir al coro no se presentaban, se anotaba su inasistencia en el apuntador, estos

¹⁷ Aunque estamos seguros de que son más, puesto que el ejemplar encontrado solo tiene 56 páginas y parece estar incompleto, ya que al final no aparece la fecha de expedición.

¹⁸ AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. ff. 4-7.

debían estar vestidos de sobrepelliz y bonete, y la ubicación en sus asientos dependía de sus dignidades y antigüedad de sus prebendas¹⁹.

El tercer capítulo de este reglamento señalaba explícitamente en qué momento “se ha de estar en pie, hincado de rodillas, y sentare en el coro”, norma que las autoridades eclesiásticas controlaban severamente, puesto que era determinante guardar la debida compostura. De este modo se establecía que los asistentes a los oficios religiosos debían estar de pie, al igual que al maitines, al *Gloria Patri* de los Salmos, y permanecer así hasta el *sicut erat*, a las capítulas. También para el Evangelio maitines, símbolo Quicumque, al *Te Deum laudamus*, a la confesión, al salmo *Laudate Dominum omnes gentes*, en las bendiciones y en la bendición para alguna lección. Se sentaban a la lectura de todos los Salmos excepto los versos, como también al maitines, a las lecciones, oficios de difuntos, y a todo lo que advertía la rúbrica misal, los cuales se entendían con los prebendados y clero-coro. Debían hincar sus rodillas todos los del coro, excepto los prebendados y cantores, al introito que dice el prelado y a la bendición, también al *Te ergo quaesumus* y al *Veni Creator*²⁰.

Otra medida normalizada por el reglamento señalaba en qué momento “[...] se han de bajar las mangas de los prelados”, aprobado en el capítulo cuarto, porque los prebendados debían bajarse sus mangas de las sobrepellices, siempre que esté descubierto el Santísimo Sacramento. Además en las procesiones, a la elevación de la hostia y cáliz, al recibir y despedir al prelado, al introito, al credo, a la bendición, cuando se incensare; en todos estos apartes del ritual, los prelados debían cumplir a cabalidad el mandato de la real cédula²¹.

¹⁹ AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. ff. 8 -10.

²⁰ AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. ff. 10 – 13.

²¹ AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. ff. 13 – 14.

El capítulo siguiente estableció las normas “del modo con que se deben decir los oficios divinos, y asistir a la misa conventual”, el control que se hacía era riguroso porque exigía un absoluto silencio, se evitaban las conversaciones en todo momento ajenas al acto religioso porque había que respetar que era la casa del Señor. El presidente del coro tenía la responsabilidad de celar con mucho cuidado ese silencio que se guardaba, estaba en todo momento vigilante de que no se quebrantara la norma. En cumplimiento de sus funciones colocaba multas a aquellos feligreses que incumplían la orden, asimismo se vigilaba a los asistentes que no tenían la reverencia debida “[...] a tan sagrado lugar, cruzando las piernas, o de otro modo menos decente”²² o impedir que el coro iniciara su verso, o que los Salmos se leyeran sin precipitación.

En uno de los apartes se señalaba taxativamente que al leer los Salmos no se podían trucarse las palabras, que se debía hacer pausa en medio del verbo, “[...] y finalmente, que todo se haga con tal devoción, que el pueblo pueda excitarse a compunción, oyendo las divinas alabanzas [...]”²³. Así se ordenaban normas de comportamiento que las autoridades eclesiásticas aplicaban severamente, lo que les permitía un control total de los asistentes a los oficios religiosos. Es decir, la vida religiosa no solo estaba regulada desde Madrid, sino que se cumplía y se hacía cumplir en Santa Marta, en Hispanoamérica.

La asistencia obligada “al coro y cual deba ser” se regula en el capítulo sexto, que dispone que la presencia de los prebendados al coro debe ser oficiosa y no desidiosa, como dice Fagnano²⁴: obligados a rezar o cantar todo el oficio divino en el coro, como lo estipula el concilio tridentino, estas declaraciones se encuentran en las Sagradas Congregaciones del Concilio de Trento, aprobadas por Benedicto XIV, donde aclara que si alguno fuere

²² AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. f. 15.

²³ AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. ff. 14 – 16.

²⁴ AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. ff. 16 – 17.

omisivo a sus deberes, el apuntador debía quitarle la renta que le correspondía a la hora u horas que no acompañara al coro.

Ahora bien, la norma en cuestión estableció cuáles eran los días en que se debían cantar el oficio divino en el capítulo séptimo. Dado el hecho de que la catedral de la ciudad no contaba con recursos económicos suficientes, los cantos no podían darse en todos los oficios religiosos. Por esa situación se estableció que se cantara en los maitines en las Pascuas de Navidad y en la de Resurrección del Señor solemnemente, en el triduo de Semana Santa, en los oficios del Día de los Fieles Difuntos; y en las vísperas, el Día de la Ascensión del Señor, en la nona. Los domingos de fiestas de precepto de año se cantaba en la tercia y primeras vísperas.

Todos los días del año se cantaba la misa conventual. Cuando el prelado asistía a maitines, al decir la última lección en pie en su silla, se levantaba todo el coro y se mantenía en esa posición hasta que se concluía, adicionalmente, otras más se daban por el prebendado que alternaba por semanas y el semanero daba todas las misas de las fiestas que en su hebdómada cayeren, a excepción de las funciones que al prelado pertenecían, como bendiciones de palma, ceniza y candelas. Funciones de Jueves y Viernes Santo, dominica de la Resurrección del Señor. Las lecciones de maitines debían decirlas los capellanes, y la de los últimos nocturnos, los prebendados²⁵.

Otro ritual que recibió reglamentación fueron las misas conventuales, las cuales eran muy importantes para la cristiandad por lo que tenían un ceremonial especial y gozaban de cierta ampulosidad. Estos oficios divinos eran cantados por el prebendado semanero. Según su alternativa, se oficiaba siempre en el altar mayor con diácono y subdiácono, habiendo capellanes a la hora y forma señalada. Esta misa conventual se celebraba diariamente por los bienhechores, además, se celebraba las misas cantadas todos los meses. Se oficiaban el

²⁵ AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. ff. 18 – 21.

primer lunes por las almas del purgatorio; la segunda, el primer viernes por los Reyes Católicos difuntos; la tercera, el sábado por la honra y gloria de María Santísima; por la salud de Su Majestad y prosperidad del Estado real, días de témporas, vigiliass, letanías y Cuaresma. Es importante destacar que se prohibió que en el altar mayor se celebraran misas rezadas, excepto el prelado cuando este la oficiaba de pontifical.

El reglamento estableció que las misas instituidas los domingos y los días de precepto se debían efectuar y aplicar por el pueblo, aun cuando la renta del curato de la santa iglesia se encontrara agregada al cabildo para aumentar la congrua de sus prebendas. El cumplimiento de este acto estaría a cargo del cura rector de ella, como aparece estipulado por el Padre Benedicto XIV en la bula indicada²⁶. La norma recuerda el decreto de 17 de diciembre de 1695, expedido por la Sagrada Congregación de Ritos, que regula cómo deben concluir el símbolo en la misa, porque debía finalizar el coro sin dejarlo y el sacerdote debía esperar que se concluyera para decir cantando el *Dominus vobiscum*, y que no se debía interrumpir el rezo.

Todos los domingos se hacía el aspersionio por parte del prelado, cabildo, gobernador, ciudad y pueblo por el cura, o por el cura antes de la misa conventual, para su presentación salía revestido de sobrepelliz y estola, lo iniciaba cantando el presbiterio y proseguía el coro, al concluir la función el cura volvía al presbiterio y cantaba la oración, esto estaba normalizado en el capítulo noveno del reglamento aprobado por el rey Fernando VI²⁷.

Las procesiones particulares también estaban reguladas según se lee en el capítulo décimo. Este ritual era muy importante para peninsulares blancos y criollos, quienes constantemente organizaban este tipo de eventos religiosos a los que asistían no sólo las personas que las contrataban, sino vecinos de todos los sectores sociales. Estas procesiones se realizaban en

²⁶ AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. ff. 22 – 26.

²⁷ AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. f. 27.

los días de san Pedro, santa Ana, y la titular santa Marta con sus respectivas imágenes, cada una de ellas salía por una puerta colateral y entraba por otra. Al momento de la procesión de santa Marta lo precedía el real estandarte, como la de la patrona; en días de precepto de primera y segunda clase, la procesión se hacía después de la *tercia intralimina ecelesie*, donde se cantaba el himno de ese día y se llevaba una cruz cargada por el subdiácono entre los ciriales y después cargada por el clero y cabildo eclesiástico. Por su parte, los prebendados usaban capas de coro negras en los domingos de la Cuaresma, el Viernes Santo a la procesión del Santo Entierro y calado del capuz sobre el bonete. Al entrar a la capilla mayor se ponían de rodillas, cantaban el himno *Vexilla regis* y el verso *O crux*, y mientras duraba el verso el prebendado se colocaba capa pluvial si era interino²⁸.

Del mismo modo, la norma regulaba el traje que usaba el predicador de los prebendados. Se establecía que los canónigos sólo usarían para predicar del vestuario y traje que usaban en el coro, incluso cuando asistía el obispo y así se debía considerar como abuso el que los prebendados prediquen con capa pluvial. Ésta sólo era permitida por el mismo ceremonial, cuando el prelado celebraba y el que predicaba era el presbítero asistente y no en otro caso. Esta regulación se estableció en el capítulo once, en el siguiente capítulo se define el ceremonial de los obispos²⁹.

Un oficio muy importante para la fe católica lo constituye, aún hoy, el del Jueves Santo, la forma cómo debe proceder el clero y la feligresía fue, igualmente, regulado por medio de la real cédula que se comenta, así se aprecia en el capítulo doce del reglamento. En él se estableció claramente que en este día se tocaban las campanas a prima algo más temprano, igualmente las “horas” se tocaban en tono bajo. En la consagración del crisma y santos óleos, se hacía la función como lo indicaba el pontifical romano, al terminar comulgaba el cabildo y todos los eclesiásticos, y besaban la mano al prelado ante la sagrada comunión.

²⁸ AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. ff. 27 -30.

²⁹ AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. f. 30.

Terminada la misa, se ponía en depósito la Divina Majestad de Nuestro Señor Sacramentado, y al terminar la procesión el coro se colocaba el traje coral. En las vísperas, en tono bajo, de una a dos de la tarde, se tocaba la campana grande, que anunciaba la lectura de la Bula de la Cena, posteriormente se daba inicio al lavatorio y sermón, vestidos los canónigos con capa de coro entonaban las Maitines de Tinieblas. Adicionalmente, en las funciones de Semana Santa se hacía tabla por el provisor y el vicario general que fuere, para que cada uno supiera su obligación y no faltara ningún ministro³⁰.

Un aspecto de mucho control a los prebendados era su residencia y recreación, ello se regula en el capítulo trece. Es preciso al señalar que el derecho de los prebendados a la residencia personal no se presentaba en Santa Marta, era una obligación que en las iglesias catedrales, por derecho común, los prebendados tenían que habitar en las residencias personales. Por lo tanto, para restablecerlo, el Concilio de Trento determinó que esta asistencia a residencia y asistencia al coro fuera cada año, nueve meses como poco, los otros tres meses corresponderían a recreación (anual), no obstante, sólo se autorizó dos meses, por tener poco número de prebendados. Esta recreación (vacaciones) se tomaba previo aviso al presidente para que se anotara en el reple del apuntador, para que residiera y asistiera tres al coro, con el objetivo de tener uno más en caso que alguno de ellos faltare. Estos lo tomaban por voluntad al faltar a la residencia del coro, aún en estos dos meses de recreación su asistencia se calculaba como si estuviera presente para el goce de todo. Sin embargo, se reglamentó que ninguno podía hacer uso del período de vacaciones estando en la ciudad los domingos, tiempos de la Cuaresma, fiestas de precepto, en el Adviento, octava de la Natividad y Resurrección, Pentecostés y del Señor Jesucristo así estaba declarado por la Congregación del Concilio de Trento en el año de 1640. De tal manera que quien faltara le quitaban los emolumentos por las horas de inasistencia³¹.

³⁰ AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. ff. 31 – 32.

³¹ AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. ff. 33 – 35.

Un precepto importante de control al clero era el tema de las excusas y los enfermos, normativizado en el capítulo catorce de las reglas y constituciones de la Santa Catedral de Santa Marta, puesto que este tema está presente en el Concilio de Trento. El reglamento señalaba que el que se declaraba enfermo debía anunciarlo al presidente para que éste diera aviso al apuntador para que supiera la causa del porqué no asistía. Ahora bien, el tiempo que permanecía enfermo se le reconocía en horas, como si asistiera para el pago de su renta, el que se excusase de asistir por enfermedad no podía salir de casa hasta presentarse en coro vivo, en el traje y vestuario que se usa en él, ya que es menester dar gracias a Dios en su propia casa, estuviese enfermo o excusado, y así pasaba de su casa directo a la iglesia, y si éste no caminaba derecho hasta la iglesia, sino que se desviaba en otro lugar, se le quitaban los honorarios de los días que había estado excusado. El apuntador estaba en la obligación de celar y vigilar sobre la legitimidad de las excusas y si no se encontraba causa alguna se le quitaba su renta. Cuando había enfermedad y luego convalecencia, se solicitaba al cabildo excusas y des-excusas (sic), las cuales se daban por número de votos entre los prebendados precedido de un médico o cirujano, la incapacidad no se concedía por más de un mes y si se necesitaba más, debía volver a realizar las mismas diligencias, de tal manera que se debía justificar la enfermedad y comprobarse la situación real del enfermo³².

Por otra parte, el reglamento contemplaba en su capítulo quince las rentas y las distribuciones cotidianas. Desde un principio de la iglesia se estableció que todas las rentas eclesiásticas estaban reducidas a distribuciones cotidianas, que se repartían solo entre los que se hallaban presentes y asistían a los divinos oficios. Por ello, el Concilio de Trento mandó que en todas las catedrales se separase la tercera parte de todos los fondos, frutos, proventos y obvenciones, y que se pusiesen en distribuciones para repartirlos entre los presentes, desterrando la tibieza y flojedad de algunos miembros del ministro y que se garantizase el castigo para quien incumplieran en su obligación. Además, se ponía todas las rentas de la Iglesia en distribuciones cotidianas, y se repartían entre horas y misas

³² AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. ff. 36 – 38.

conventuales en la siguiente forma: “[...] la mitad de la renta que corresponde al día a cada prebendado, se distribuirá en primera misa, misas, Tercia, Sexta, Nonas y la otra mitad en vísperas, Maytines y Laudes, a proporción del trabajo, y tiempo, que se consume, y tiene en cada horas [...]”³³.

El décimo sexto capítulo del reglamento regulaba el oficio del presidente del coro, responsabilidad que recaía en el prebendado, que tenía la dignidad del decanato. Por su falta lo reemplazaría la más antigua dignidad hasta el canónigo, su obligación era mandar en él todo lo ceremonial expresado y todo lo que pertenecía a las rúbricas de culto, incluso estaba encomendado para multar a quien contraviniera las normas. La regla dejó claro que la mejor forma de mantener el orden era el ejemplo por parte del presidente del coro, por lo que se pidió fuera el primero en asistir, con la finalidad de acudir en lo necesario a lo concerniente a la limpieza, aseo y el fiel cumplimiento de horario por parte de los ministros. Todo esto para velar que la participación en misas y oficios divinos se realizara con el fervor y reverencia que la Soberana Majestad es digna de recibir³⁴.

Así como existían apuntadores en las otras iglesias catedrales, la de Santa Marta debía tener su apuntador que cumplía funciones claves a la hora de llevar el registro de las horas de asistencia del clero a los oficios divinos. El apuntador anotaba y señalaba las horas de los que faltaban a los oficios divinos, registrando a los enfermos y los que estaban en recreación (vacaciones), para que a fin de año se observara si habían excedido los dos meses que estaban establecidos para el retiro de sus rentas. Además, daría cuenta de los que voluntariamente faltaban, de que las dos partes se repartieran entre los presentes y la otra se aplicaría a la fábrica. Se hacía hincapié que así estaba mandado por la Ley 6, Libro I, de “La recopilación de Leyes”. El apuntador era un ministro nombrado cada año por el cabildo, también debía hacer el juramento de *fideliter exercendo* poniendo las manos sobre

³³ AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. ff. 39 – 40.

³⁴ AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. ff. 41 – 42.

los santos Evangelios y pronunciando un juramento en latín redactado especialmente para quien ocupara tal cargo en la iglesia catedral de Santa Marta³⁵.

En la Ley 21, título 6, libro I, de la Recopilación de Leyes está consignado que el beneficio del sacristán mayor es representación real, y propuesto por el prelado o por el cabildo de sede vacante. Se estableció que por el cargo era obligación asistir al coro y dar el tono en los días en el que se cantaban los divinos oficios, además debía acudir a todas las funciones propias de la parroquia. Asimismo, tenía la función de realizar el examen para el canto llano, cuidando del servicio de la iglesia y culto divino. Cuando tomaba posesión se le entregaba por inventario todas las alhajas y ornamentos de la iglesia. A su cargo y responsabilidad quedaba lo que por descuido perdiese o faltase, poner un sacristán menor para su ayuda, limpiar los ornamentos, vasos sagrados, corporales, purificadores, manteles y *cornu altaris*. A su vez, era el encargado del aseo de la ropa blanca, cada sábado mudaba dichos purificadores corporales y *cornu altaris*, y colocaba los ornamentos según los colores que correspondían al rito.

También era obligación del sacristán mayor o del clérigo la limpieza de la iglesia, la que se barría dos veces por semana, acompañaba al prebendado en el altar y coro en los oficios divinos. Entre otras responsabilidades, señaladas en el capítulo dieciocho del reglamento, el sacristán mayor tenía la función de no entregar ornamentos para celebrar a ningún sacerdote, ni permitía que en la sacristía se hicieran “[...] corros de conversación de seglares y clérigos, con motivo de esperar la misa, y sólo se mantendrán dichos clérigos con el recogimiento, y silencio debido para prepararse, y dar gracias después de celebrar”³⁶. Como puede verse, las funciones que cumplía el sacristán mayor expresaban el orden que el gobierno eclesiástico exigía para que la catedral permaneciera limpia, aseada y ordenada y

³⁵ AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. ff. 42 – 44.

³⁶ AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. ff. 44 - 48.

se cumplieran estrictamente las normas establecidas en el reglamento, como el silencio que se debía mantener en la sacristía.

El penúltimo capítulo de las reglas y constituciones de la catedral de Santa Marta regulaba el oficio de maestro de ceremonias y capellanes, una función trascendental en el andamiaje de la estructura del gobierno eclesiástico de la diócesis de Santa Marta, dado que el maestro de ceremonias asistía a todas las festividades de la catedral y dirigía el ceremonial al preste y a los ministros del altar y renovaba todos los meses del año la tabla del rezo en el coro para el rito del divino oficio. Tenía su asiento, aunque fuera capellán, con el celebrante y asistente y en el coro cuando no asistía al altar. Los capellanes asistían diariamente a los divinos oficios, administraban las misas cantadas de diácono y subdiácono, se vestían con capas en las fiestas.

Por su parte, el apuntador estaba a cargo del fiel cumplimiento a estas obligaciones, si estos llegaban a presentar dos amonestaciones por parte del apuntador, el prelado tomaba la debida corrección. Los capellanes no podían ausentarse ni en fiestas ni sin licencia y como sanción se le retiraba la renta a la que tenían derecho por el papel que cumplían. Si se registraba su ausencia registraba su ausencia, no podía exceder un año, en tal caso se le privaba de la capellanía y se debía proceder a nombrar otro en su lugar. Aquí también se destacaba el papel del apuntador del coro porque tenía la responsabilidad de vigilar, cumplir y hacer cumplir las normas establecidas³⁷.

³⁷ AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. ff. 48 – 49.

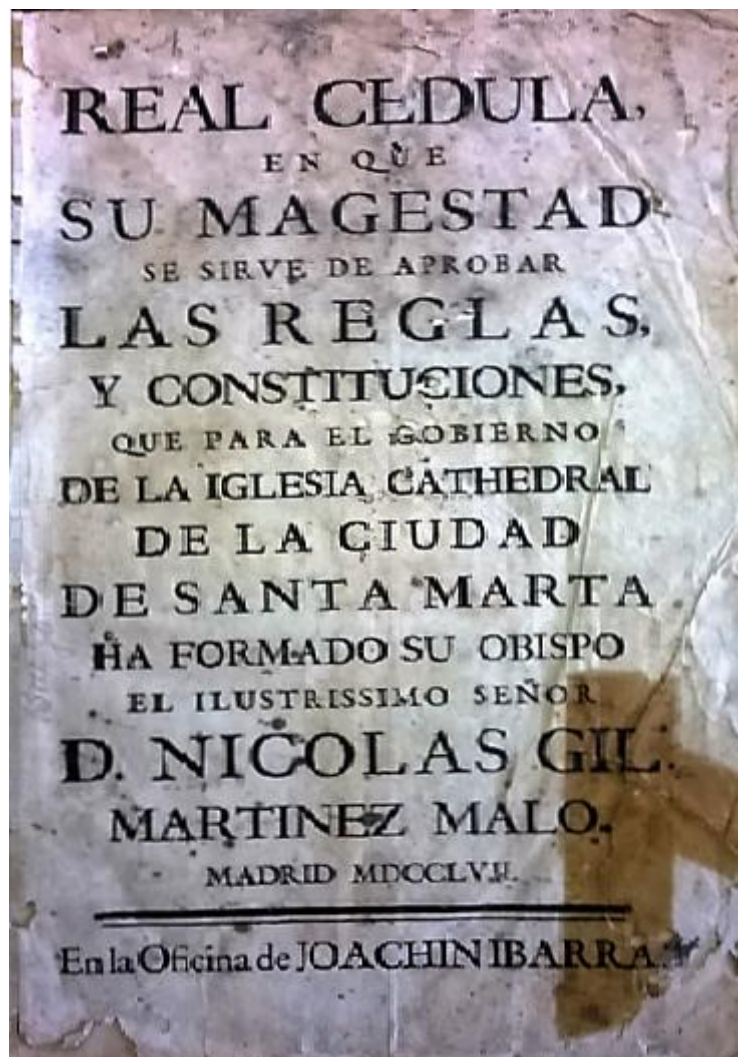


Figura 19. Portada de la real cédula en que su majestad el rey Fernando VI aprobó las reglas y constituciones para el gobierno de la iglesia catedral de la ciudad de Santa Marta, 1757

Fuente: AHDSM.

El último capítulo, el veinte, estaba destinado a regular el papel de los cabildos. Es un capítulo bastante extenso que permite percibir el papel determinante de los cabildos en la administración de la catedral. En todas las iglesias catedrales estaba establecido juntarse a cabildo todas las semanas un día señalado para tratar temas relacionados a negocios temporales y derechos de la misma iglesia, por ejemplo, sobre adelantamiento del mismo culto. Como el obispo no encontró en su visita la reglamentación del funcionamiento del

cabildo, procedió a reglamentarlo, asumiendo que en la bula de erección de la diócesis debía estar contemplado, por ello estableció que el día martes de todas las semanas y el primer viernes de cada mes se reuniera el cabildo de la catedral de Santa Marta. En estos encuentros se trataba solamente temas atinentes al culto divino, a la enmienda de las costumbres, la observancia de las ceremonias sagradas y todos los aspectos concernientes a la disciplina eclesiástica dentro de la iglesia como fuera de ella. Los martes se trataban los temas temporales pertenecientes a la iglesia; si no había temas temporales, se trataban temas de cosas espirituales, para de esta forma mejorar cualquier defecto en cuanto a la celebración de los divinos oficios y el santo sacrificio de la misa³⁸.

Ahora bien, la norma estableció que la celebración de las reuniones de cabildo de la catedral, se celebraran los días que se señalaron y que no fueren de fiesta. Si este fuere el caso, los encuentros tendrían lugar los días inmediatos y no en otro momento, la excepción se contemplaba si concurriera algún negocio extraordinario. Si se presentaba esta novedad, el deán o el presidente del cabildo se llamaba para asistir de la mano del coro, el cual siempre tenía que encontrarse presente. El evento se daría en la sala capitular o sacristía una vez concluida la misa conventual³⁹, donde tomaban asiento según su antigüedad presidiendo el decano, siendo el presidente quien determinaba el tema a tratar. Los votos se daban por el prebendado más antiguo haciendo venia con el bonete y si el tema fuere de gravedad se haría necesario un siguiente cabildo. Siempre que hubiera un negocio que tratar en junta capitular, el presidente citaba a todos *ante diem* y les daba a los asistentes la cédula sobre el asunto. Una vez atendido o contados los votos o llegados a una decisión todos los presentes, firmaban el libro. El presidente cuidaba de anular toda disputa que podía interrumpir la paz reinante. Así mismo, se guardaba el secreto de lo que sucedía en estos cabildos. Quien se ausentaba sin ninguna licencia se le quitaba la mitad de su salario⁴⁰.

³⁸ AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. f. 50.

³⁹ AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. f. 51.

⁴⁰ AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. f. 52.

Adicionalmente, la norma estableció que durante la reunión y en el momento de tomar una decisión ejerciendo el derecho al voto, se haría con toda moderación, expresando cada uno su opinión con sencillez, sin alzar la voz “ni porfías”, sin ofender al opositor, sin causar sentimiento de resentimiento en otros colegas. Por lo tanto, era función del presidente cuidar que no se dieran fuertes disputas conceptuales sobre los temas tratados, evitar por todos los medios encender los ánimos, con lo cual se buscaba que reinara la paz y existiera una sana convivencia entre los ministros.

Si en una reunión se tocaba un tema que tenía participación un prebendado o si se discutía un tema en el que tenían intereses dos capitulares, no podían asistir⁴¹. En todas las reuniones era de carácter obligatoria la asistencia del secretario del cabildo, quien debía realizar sus funciones como tal y no participaba en las discusiones, es decir, no tenía ni voz ni voto⁴².

Ahora bien, el reglamento regulaba el cumplimiento estricto de la asistencia de sus miembros, por ello, a quien dejaba de asistir a una reunión por su propio querer, sin estar enfermo o en vacaciones, le quitaban la mitad de la remuneración que le correspondía como miembro de la junta capitular. Nadie podía abandonar la reunión sin autorización del presidente, era él quien hacía la señal de que la reunión había terminado⁴³ y sólo así se podía retirar del lugar.

Como puede apreciarse, el reglamento regulaba la vida social y religiosa de la diócesis de Santa Marta y de los miembros del gobierno eclesiástico. La vigilancia que se definió era una muestra del protagonismo de la Iglesia católica en el control de la vida religiosa de sus

⁴¹ AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. ff. 53-54.

⁴² AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. f. 54.

⁴³ AHDSM: (Santa Marta). Número 1ª, Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, 1757. f. 55.

miembros en la ciudad de Santa Marta y su provincia. Con este reglamento se garantizaba una mayor disciplina de los ministros y de los mismos feligreses, súbditos y vasallos de Su Majestad, pero también creyentes de Dios.

3.3. Fiestas anuales de tabla: viejas y nuevas liturgias católicas

En este apartado se pretende hacer una aproximación al estudio de las fiestas religiosas anuales de tabla, dada la importancia de estas liturgias católicas para los conquistadores europeos y la práctica religiosa como una necesidad para sentirse en paz con Dios en el Cielo y con la monarquía en la tierra. Comprendiendo que son y se comportan como vasallos y súbditos de esas dos majestades a las que deben servir por igual. Por ello, cumplir al pie de la letra las reales cédulas emitidas desde la sede de la Corona en España, se convirtió en un deber para los vecinos de Santa Marta y de celo en el cumplimiento de esas obligaciones por parte de las autoridades tanto civiles como eclesiásticas. En este sentido, Cuño Bonito⁴⁴ asegura que las fiestas se convirtieron en uno de los aspectos más importantes en el Nuevo Mundo, además contaban con un nivel jerárquico bien definido, siendo las fiestas de tabla las de mayor relevancia, ya que conmemoraban eventos militares, religiosos o políticos y jugaban un papel significativo en la reproducción de la ideología española.

No obstante, no era sólo una necesidad de respeto, obediencia y fidelidad por parte de los españoles (andaluces, gallegos, vascos, catalanes, valencianos), sino para aquellos nativos que desde el mismo año de 1525, cuando se fundó la ciudad y se ofició la primera misa, fueron conquistados no solo para el rey, sino para Dios. De ahí que se encuentren, ya en 1529, oficios de la reina Juana I al gobernador don Diego García de Lerma y al obispo fray

⁴⁴ Cuño Bonito, Op. Cit. p. 668.

Tomás Ortiz solicitándoles protección y cuidado para los aborígenes convertidos, a quienes no les debía faltar la enseñanza de la fe católica, “el pasto espiritual”.

Efectivamente, las fiestas religiosas fueron un elemento sustancial en la vida de estos primeros europeos desde el mismo momento del arribo de los conquistadores a las tierras de los Tayronas. Existen registros de que don Rodrigo de Bastidas, al aceptar conquistar para la Corona española nuevos territorios, adquirió el compromiso de difundir las ideas católicas, para ello, según parece, autorizó la construcción de una pequeña iglesia. En ese reducido espacio ubicado en Tierra Firme se inició la adoración a Dios, para lo cual colocó una cruz en símbolo de tierra conquistada. Desde esos primeros meses de la presencia hispana, los oficios religiosos se iniciaron con la celebración de la primera misa a cargo del presbítero don Juan Rodríguez. Años más tarde, cuando el cristianismo se había consolidado en la ciudad, la preocupación de los obispos y los miembros de las órdenes de los dominicos y franciscanos partía del hecho de querer consolidar un templo digno de la ciudad, y así mantener la fe en los primeros habitantes europeos y en los nativos recién convertidos al cristianismo.

Las primeras fiestas católicas fueron las advocaciones a santa Ana y santa Marta⁴⁵ en el mismo año de la fundación de la ciudad. Sin embargo, es importante señalar aquí que el 22 de marzo de 1529 es un día trascendental para la cristiandad de la naciente ciudad. En la iglesia que se había logrado construir se colocó el Santísimo Sacramento, se ofició misa y se celebró una procesión a la que concurrieron todos los habitantes, nadie se quedó en casa, todos fueron convocados por las campanas de la catedral. Con estas primeras celebraciones religiosas se inició en Tierra Firme el proceso de conquista y cristianización de los nuevos

⁴⁵ “Entre la enorme gama de prácticas rituales de que disponían los ciudadanos que crearon identidades de las ciudades, hubo dos de especial utilidad: el culto de los santos y la procesión cívica. Cada ciudad tenía su propio santo patrono y, a veces, varios santos patronos que, según se creía, favorecían a una ciudad por encima de las otras y vigilaban e intercedían en su favor ante Dios...” Muir, Edward. *Fiesta y rito. En la Europa moderna*, Madrid: Editorial Complutense, 2001, p, 293.

territorios. Son estas, tal vez, las más antiguas fiestas católicas registradas de todo el Nuevo Reino de Granada.

Resulta interesante saber que el 31 de julio de 1529, la reina Juana I envió varias cartas a Santa Marta. Una de ellas dirigida al gobernador don Diego García de Lerma agradeciéndole por la labor evangelizadora que estaba adelantando en beneficio de la “*santa fe católica*”, convirtiendo a los naturales a la religión católica. Le agradece por el buen desempeño y esmero que este había demostrado en su labor de cristianizar en estas tierras, y requería se le fuere comunicado todo cuanto sea necesario para ofrecer apoyo absoluto, en bien de dar continuidad a tan meritoria obra que contribuía al bien de estos territorios y a su población⁴⁶. Es claro cómo la iglesia como institución comienza a jugar un papel primordial en la ciudad recién fundada, por eso se debía atender a los nativos para convertirlos a la fe como un objetivo significativo de la Monarquía Católica. Así, Santa Marta sería, desde ese momento, el sitio en Tierra Firme que entró a jugar un papel de primer orden.

Una segunda carta de ese día estuvo destinada al fray Tomás Ortiz de la Orden de Santo Domingo, primer obispo de la diócesis, que no alcanzó a consagrarse. La reina Juana I le escribió solicitándole similar actuación que al gobernador, diciéndole que se trabaje con atención y sumisión con los naturales para su cristianización y preservación en ella, con la devoción y lealtad⁴⁷. Era claro que la reina Juana I sabía que los Reyes Católicos habían adquirido un compromiso inmenso con la Iglesia católica y se debía honrar la palabra empeñada por sus predecesores, los reyes Isabel I y Fernando V. Es ese conocimiento y su práctica religiosa de mucha devoción lo que la llevó a ordenar la protección a los nativos y el celo, porque se les convirtiera al cristianismo.

⁴⁶ Cedula de las provincias de Santa Marta y Cartagena de Indias (Siglo XVI), Tomo 1, 1913, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, pp. 14-15.

⁴⁷ Cedula, Op. Cit. 1913, pp. 15-16.

Ahora bien, las fiestas religiosas fueron definidas en el Diccionario de la Lengua Castellana publicado en 1791 como el festejo con mayor devoción, entusiasmo y amor, celebrado los domingos, además de los días en los que la Iglesia recordaba el sufrimiento de algún santo, Pascua y días de apóstoles. El festejo consistía en establecer la asistencia a misas y la inversión en obras pías. Estas celebraciones se realizaban con la concurrencia del pueblo, lo que era un descanso de sus agobios⁴⁸.

La definición de finales del siglo XVIII contemplaba las fiestas de guardar aquellas que se dedicaban al Señor, a la Virgen y a los santos. Los domingos eran días de misa obligatoria y de descanso, recordando que el Creador se dedicó a descansar el séptimo día. Lo mismo sucedía con aquellas fiestas que aunque no eran de precepto se obligaba a asistir a la misa, recorrer la procesión, no trabajar. Estas celebraciones se establecían en la tabla de las fiestas, el rey de turno estipulaba tal obligación y se constituían en un privilegio para el santo o la Virgen incluida en dicha tabla.

Esas fiestas se establecían anualmente para que los vasallos y las elites locales respetaran y organizaran festejos religiosos con obligatoriedad de asistir a las funciones religiosas en la iglesia y procesión. Adicionalmente, se establecían festejos populares que incluían juego de caña, naipes y sobre todo tardes de toros. Además eran días no laborables, días de guardar, es decir, de cumplir lo que se ordenaba. Según el historiador y geógrafo Norman Pounds, no es fácil determinar qué tanto se cumplía en Europa esas medidas antes de la Edad Moderna, pero lo que sí es cierto, y lo destaca, es que desde la Edad Media esta es una costumbre arraigada en los países católicos, “celebrar las fiestas religiosas importantes no trabajando”⁴⁹. Es por eso que ni los domingos ni los días del patrono o los patronos se trabaja en Europa.

⁴⁸ Citado por Hartmann, Hedwig y Velásquez, María Cecilia. *Cofradías, Rogativas y fiestas religiosas en Popayán*. Bogotá: Archivo General de la Nación de Colombia, 2004. p. 31.

⁴⁹ Pounds, Norman J. G *La vida cotidiana: Historia de la cultura material*. Barcelona: Crítica, 1992, p. 492.

A propósito de esto, en el siglo XV los días laborables de los albañiles fueron máximo 280 al año o menos porque se incluían las vacaciones y los sábados. Encima, durante las vísperas de las festividades importantes, no siempre se trabajaba y si sucedía el ritmo no era el mismo de un día normal. Sin incluir los domingos, los albañiles gozaron de casi de cincuenta (50) días al año en que no trabajaban. Pounds considera que la Reforma protestante produjo importantes cambios, ya que varias fiestas fueron retiradas del calendario⁵⁰.

Sin duda que este es un tema complejo para el desenvolvimiento normal del gobierno y la sociedad colonial. En el Archivo General de la Nación de Colombia reposan varios expedientes y documentos tratando de atender las quejas de los mismos funcionarios públicos, los terratenientes, hacendados, comerciantes y gremios en general buscando que se estableciera una reducción en el número de fiestas de guardar y no trabajar. La preocupación se originó por el atraso de los negocios administrativos y de justicia, como también la baja productividad en los campos del Nuevo Reino de Granada.

En relación a este asunto, el rey, hacia la segunda mitad del siglo XVII, expidió una Real Cédula el 13 de septiembre de 1647. En ella señaló que había sido informado de los abusos que algunos de sus ministros de las Audiencias Reales de las Indias habían introducido, contraviniendo la Ley 104. Por ejemplo, se exigía la asistencia a las funciones de entierros, entradas de religiosos, monjas, fiestas y demás convites de los parientes de los ministros. Además, era de su conocimiento que se participaba luciendo capas, sombreros, no con gorras, garnachas⁵¹. El monarca consideró que estas asistencias eran inútiles porque los ministros gastaban el tiempo que debían dedicar a atender en sus despachos los expedientes de los casos y negocios que requerían especial aplicación. Así las cosas, se vio precisado a llamar la atención de apegarse a lo estipulado en las leyes que se presentaron para normativizar la concurrencia a las diversas funciones, en donde solamente las fiestas de

⁵⁰ Ibíd. p. 492.

⁵¹ Garnacha: "Vestidura talar que usan los togados, con mangas y un sobrecuello grande, que cae desde los hombros a las espaldas" Diccionario Real Academia de la Lengua Española, p. 1024.

tabla aparecían autorizadas por parte del monarca. El rey era preciso al señalar que no habían excepciones algunas, ni como audiencia ni como particulares en cuerpo de la comunidad; si este fuere el caso de transgresión de la ley, se le otorgaría potestad a los virreyes y fiscales de audiencias y a cualquiera de los ministros a tomar una dura resolución contra el transgresor⁵².

Queda claro que el rey fue estricto en la decisión de frenar los excesos de los funcionarios coloniales en ambos virreinos durante fiestas y otras ceremonias que no debían asistir ni permitirse. El historiador Justo Cuño, al estudiar las celebraciones en Quito, reseña que fue tanto el número de festividades que se realizaban en estas tierras, que en el año de 1672 los presidentes y oidores presentaron una solicitud a Vuestra Majestad para que se les convocase solo a las ya oficiales fiestas de tabla, solicitud que fue aprobada por el rey⁵³. La situación no sólo era para la administración colonial en el Nuevo Reino de Granada, sino en todas las colonias españolas en ultramar.

A partir de esta real cédula, las autoridades virreinales en las Audiencias tomaron decisiones frente a lo solicitado por el monarca. En aplicación de la norma, el 16 de abril de 1689 el señor maestro de campo don Gil Cabrera y Dávalos, caballero de la Orden de Calatrava, presidente, gobernador y capitán general del Nuevo Reino de Granada, envió un comunicado dirigido a los porteros de la Real Audiencia, Tribunal de Cuentas, al cabildo de ciudades y al fiscal mayor de la real caja para que en el término de la distancia le llevasen a su presencia las tablas donde se señalaban las fiestas para reconocerlas y mandar guardar las que legítimamente la Iglesia romana autoriza, conforme⁵⁴ a la Ley 18 del libro II, contenida en la Nueva Recopilación de las Indias. La anterior solicitud obedeció a que Su Señoría había sido informada sobre los excesos de dicha ley en los días de guardar. Los

⁵² AGN: (Bogotá). Historia Eclesiástica: SC. 30. Fecha de inicio 1559, Fecha final 1830; f. 996; imágenes: 1CZ46-48.

⁵³ Cuño Bonito, Op. Cit. 2013, p. 670.

⁵⁴ AGN: (Bogotá). Historia Eclesiástica: SC. 30. Fecha de inicio 1559, Fecha final 1830; f. 972; imagen: 1CZOB.

funcionarios asistían a las celebraciones, afectando el buen desempeño de la Administración tanto en su parte económica como de justicia. “[...] Y en las ciudades donde cada una residiere se guardaren; y porque Su Señoría tiene entendido se excede en lo dispuesto por dicha Ley (18) guardándose más fiestas de las que la ciudad guarda y celebra, que embarazan a la administración de justicia y el expediente en las causas y negocio que en la Real Audiencia (están pendientes)”⁵⁵.

Dando cumplimiento a la anterior solicitud, días después los señores don Pedro Roque de Gauna, oficial real mayor de la real caja, y Luis de Casalla, portero del Tribunal y Audiencia de cuentas del Nuevo Reino de Granada, hacen entrega de las tablas solicitadas, presentadas “con la solemnidad necesaria la tabla de dicha fiesta por estaba en el Tribunal de Cuenta que es la misma que sigue la Real Caja...”⁵⁶. Al revisar las tablas de las fiestas de las instituciones coloniales existentes en el Nuevo Reino de Granada, se concluyó que las fiestas que guardaba la Real Hacienda eran 34 hasta el mes de agosto y compartía con la Real Audiencia 31 días de fiestas de septiembre a diciembre.

Con base a los documentos presentados, el gobernador y capitán general tomó la decisión de expedir un decreto el 23 de abril de ese mismo año, firmado en Santa Fe para todo el territorio del Nuevo Reino de Granada, en este puntualizaba el tema de las fiestas de tablas. La norma iniciaba haciendo algunas consideraciones como que una vez verificadas las tablas presentadas por la Real Audiencia, donde aparecían inscritos los días de fiesta que se venían conmemorando por la Real Audiencia, se dejó de manifiesto que una cantidad importante no se encontraban citadas en la ley. Por tanto se demandó se realizara una nueva tabla donde se inscribiera lo estipulado por ley, solo con los días que estaban permitidos. El objetivo era evitar prolongaciones en pleitos, causas, negocios en la Real Audiencia debido a la introducción de días de celebraciones que no eran reconocidos por la santa Iglesia. Una

⁵⁵ AGN: (Bogotá). Historia Eclesiástica: SC. 30. Fecha de inicio 1559, Fecha final 1830; f. 972; imágenes: 1CYZP-1CZOB.

⁵⁶ AGN: (Bogotá). Historia Eclesiástica: SC. 30. Fecha de inicio 1559, Fecha final 1830; f. 975; imágenes: 1CZ1F.

vez se encontró terminada, se hizo copia autorizada por el escribano para que ésta se llevara a la sala pública de la Real Audiencia, así como en el Tribunal de Cuentas, juzgados de bienes de difuntos, cabildo de la ciudad y Casa Real para conocimiento público de los días de guardar⁵⁷.

El gobernador y capitán general del Nuevo Reino de Granada salvó su responsabilidad publicando la norma y exigiendo a las autoridades bajo su dominio la necesidad de cumplir y hacer cumplir lo decretado. Solicitó que se colocara en los sitios acostumbrados comenzando con la sala pública de la Real Audiencia para que todos los vasallos y súbditos del rey conocieran la decisión y actuaran en concordancia con lo ordenado y no seguir contraviniendo las leyes que establecían cuáles eran las fiestas que se debían guardar y no trabajar.

Según la nueva tabla, las fiestas que debían guardarse en la Real Audiencia eran: tres en enero, dos en febrero, dos en marzo, ninguna en abril, tres en mayo, dos en junio, cuatro en julio, once en agosto, cinco en septiembre, cuatro en octubre, cinco en noviembre y cuatro en diciembre; en total, 49 fiestas, eliminó cuatro o cinco días festivos de la anterior. Adicionalmente, el decreto estableció que las fiestas movibles y de obligada asistencia eran: Miércoles de Ceniza, cuando se debía concurrir a la catedral de Santa Fe, igual situación se presentaba para los días Jueves y Viernes Santo. Además, estaban obligados a asistir los segundos días de Pascua de Jesús, Resurrección y Natividad, y el primero del Espíritu Santo. Era obligación asistir el lunes inmediato al domingo del Sínodo, que incluía a la asistencia a las vísperas y misa en la iglesia de Santo Domingo y la Ascensión del Señor. Por último, la norma estableció que estaban obligados asistir al día de Corpus Christi con sus vísperas y el día de la octava, por la tarde se debía asistir a la catedral. El último aspecto de la norma señalaba que las vacaciones se iniciaban el Sábado de Ramos (sic) hasta el lunes después del domingo de Resurrección.

⁵⁷ AGN: (Bogotá). Historia Eclesiástica: SC. 30. Fecha de inicio 1559, Fecha final 1830; f. 973; imágenes: 1CZ22-23.

A pesar de esta reglamentación, en años sucesivos se seguían presentando inconvenientes sobre la aplicación de la norma sobre la tabla de fiestas. En las siguientes líneas se verán algunos ejemplos ilustrativos de tal situación.

La Orden de San Agustín, en cabeza del maestro fray Francisco Moreau (quien ocupaba los cargos de calificador del Santo Oficio y prior del convento de la Corte), presentó una solicitud suplicando que no se retirara el Día de San Agustín, dado que su santidad el papa había concedido como el 28 de agosto como día de guardar o de fiesta. El maestro respaldó su súplica con palabras contenidas en una bula presentada que daba constancia que tal autorización se había dado en todos los dominios de España por parte de Su Santidad. Y que ahora se presentaba para que siendo de conocimiento de Vuestra Alteza devuelva la autorización, sea incluida en la tabla y se llenaran de beneplácito las fiestas de guardar de san Agustín con la asistencia de Vuestra Alteza⁵⁸.

Esta preocupación resultó significativa dado que la Orden de San Agustín consideró que se le estaba desconociendo la observancia de una norma papal de su grado como era la bula que designó a san Agustín como patrono de todos los reinos de España. De manera que se exigió volver a enlistar en la tabla de fiesta al doctor de la Iglesia y que el gobernador como máxima autoridad del Nuevo Reino de Granada y como representante del rey de España debía asistir. Esto ratificaría el real empeño del gobernante como vasallo y súbdito del monarca y mostraría la unidad de las autoridades coloniales alrededor de una celebración tan importante para difundir y preservar la fe católica entre los granadinos y las provincias que integraban el Nuevo Reino de Granada, que incluye por supuesto a Santa Marta.

Es evidente que las órdenes misionales no quedaron satisfechas con la tabla publicada por el señor gobernador don Gil de Cabrera y Davalo, por ello el fray Francisco del Rosario, procurador de la Orden de los Agustinos Descalzos, argumentó que el 10 de septiembre era

⁵⁸ AGN: (Bogotá). Historia Eclesiástica: SC. 30. Nivel Fondo 1559-1830, Sin Foliar, Imagen. 1CZ2P.

la festividad de san Nicolás de Tolentino, patrón de la comunidad, por lo que solicitaba que se volviera a incluir en la tabla y se mande como día de guardar. Así se hizo. Días después son los franciscanos quienes solicitaron que se anotara en la tabla el día de San Diego a través de una solicitud firmada por fray Thomas de Céspedes, predicador presidente y procurador general de esa orden. En uno de los apartes del texto dijo: “Está acordado, se guarden por esta Real Audiencia las fiestas de los Santos Patronos de los conventos”⁵⁹. Como respuesta a esas solicitudes, el gobernador accede a enlistar a san Diego de Alcalá en la tabla de fiestas para el Nuevo Reino de Granada. Aquí es importante destacar que estas exigencias se realizaban en Santa Fe, capital del reino, donde funcionaba la Real Audiencia y despachaba el capitán general, más tarde virrey.

El gobernador Cabrera tuvo que atender una situación más complicada que las anteriores solicitudes. Fue la que se presentó en la Real Audiencia, porque en la sala pública de esa institución colonial estaba fijada una tabla cuya lista de fiestas no correspondía con la aprobada por él. Frente a ese hecho, en enero de 1690 le requirió al señor escribano de Su Majestad y teniente de la Cámara y mayor del Gobierno de la Real Audiencia, don Francisco Antonio de Reynalte, que le certificara cuáles eran las fiestas que aparecían en la tabla que se aplica por la Real Audiencia.

El escribano le informó que en la tabla se añadieron las celebraciones de los patriarcas y fundadores de la santa Iglesia y le transcribe al gobernador que el 24 de noviembre de 1690 los señores presidentes de oidores de la Real Audiencia y cancillería Real le señalaron que la Ley 10 del título XV del libro II de la Recopilación de las Indias estableció cuáles eran los días de guardar. En ella se convino que hacen parte las fiestas de la santa Iglesia romana y las que se guardan como tradición en las ciudades respectivas. Por cuanto esta es la información que se encontró en la tabla dispuesta en la Real Audiencia desde su fundación, posteriormente se agregaron a la tabla las fiestas de los patriarcas y fundadores, para lo cual se estableció una tabla nueva. Tabla que se situó en los lugares de costumbre con la debida

⁵⁹ AGN: (Bogotá). Historia Eclesiástica: SC. 30. Nivel Fondo 1559-1830, f. 985, Imag. 1CZ2R.

autorización de don Domingo Gómez y don Bernardino de Ángel, caballero de la Orden de Santiago⁶⁰.

Así, después de agregar las festividades de los patriarcas y los fundadores, la tabla de los festivos ascendió a 75, además de los tradicionales días movibles, como el Miércoles de Ceniza, Domingo de Ramos, Jueves y Viernes Santo; segundo día de Pascuas de Resurrección y Navidad. También se guardaba el Lunes de Cuasimodo y sus vísperas en la iglesia de Santo Domingo, a Nuestra señora del Rosario por patrona que es de las batallas y el día Corpus Christi, con sus vísperas y octava que se daban en las catedrales de todas las ciudades del reino en las horas de la tarde. Y como si fuera poco, la Real Audiencia señaló que las vacaciones se establecían a partir del Sábado de Ramos hasta el Martes de Cuasimodo, Pascua del Espíritu Santo, “más el miércoles consecutivo de concurrente”. Adicionalmente, había otro período de vacaciones comprendido desde las vísperas de Navidad hasta Reyes, es decir, se volvía al trabajo el siete de enero.

Hecha la certificación, el gobernador consideró que era inconveniente que no se atendieran oportunamente los litigios, los negocios públicos a pesar que él había reformado la tabla reduciendo los días festivos. No obstante, hace la aclaración del porqué se habían aumentado los días festivos, ya que debió aceptar los argumentos de la Real Audiencia, por lo que procedió a autorizarlos, según el Oficio del 16 de enero de 1691.

En este expediente revisado sobre la tabla de fiestas se encontró un documento del 29 de octubre de 1715 en que el presidente y los oidores de la Real Audiencia y cancillería real, licenciados don Vicente de Aramburu, Caballero de la Orden de Santiago; don Mateo de Yepes Mijares, de la Orden de Calatrava y el doctor don Manuel Antonio Zapa, fiscal de Su Majestad. Obedeciendo las Reales Cédulas del 30 de marzo de 1634, 13 de septiembre de 1647 y Autos acordados del 18 de marzo de 1649 y 13 de enero 1661, donde se resolvió no asistir por parte de los ministros en forma de audiencia a otras fiestas de galas asignadas por

⁶⁰ AGN: (Bogotá). Historia Eclesiástica: SC. 30. Nivel Fondo 1559-1830, Sin Foliar, Imagen. 1CZ2E.

reales órdenes. Reflexionaron los funcionarios que esto tenía como propósito evitar que se alteraran o afectaran las resoluciones requeridas en los negocios de justicias y causas pendientes, por las reducciones de los tiempos laborales. Por lo tanto, era indispensable que bajo ningún motivo se concurriera en forma de audiencia a fiestas con tablados que se encontraran por fuera de lo establecido en las leyes o en los autos. Por tal razón, era importante que ese auto se presentara en la sala de audiencia pública, para que quedara como constancia en los libros de los acuerdos públicos⁶¹.

La Real Audiencia entendió la situación que preocupaba al rey por la oportuna atención de los negocios de justicia y administrativos, que por la demora en las decisiones se dilataban los procesos. Frente a este tema, el rey se había pronunciado el 2 de febrero de 1715 recordando normas anteriores y recogidas en la recopilación de leyes que “[...] prohibían a los oidores asistir a otras fiestas que no fueran las de tabla a fin de que no se demore el despacho de los asuntos”⁶².

El rey, no contento al conocer las decisiones de la Real Audiencia del Nuevo Reino de Granada, comunicó el 2 de febrero de 1716 que la Audiencia debía concurrir a las fiestas de los patrones de las religiones, como también a los conventos de monjas y los respectivos patronos del Nuevo Reino de Granada, los cuales se celebraban en la catedral de la ciudad capital. Todo debía realizarse como era tradición, para lo cual la Real Audiencia podía ofrecer testimonios de quienes infringían su real deliberación⁶³. De esta manera, el monarca definió cómo hacer el seguimiento al cumplimiento de las normas sobre el tema de la asistencia a las celebraciones de las órdenes religiosas por parte de los miembros de la Real Audiencia.

⁶¹ AGN: (Bogotá). Historia Eclesiástica: SC. 30. Nivel Fondo 1559-1830, f. 992, Imagen. 1CZ3N-Sin Foliar; 1CZ3P y f. 993 Imagen 1CZ3R.

⁶² Ots, José María. Instituciones de Gobierno del Nuevo Reino de Granada durante el siglo XVIII. p.84.

⁶³ AGN: (Bogotá). Historia Eclesiástica: SC. 30. Nivel Fondo 1559-1830, f. 992, Imagen. 1CZ3N- Sin Foliar, Imagen 1CZ3Z y f. 97, Imagen 1CZ4A.

El tema de la fijación de un número determinado de fiestas que debían guardarse, y por lo tanto de no trabajar, en las colonias de América hispana no fue nada fácil. A mediados de 1733 el cabildo de la catedral de Santa Fe solicitó al rey “[...] se ordenase a la Audiencia que asistiera a la fiesta de san Pedro y a la de santa Isabel, patrona de [esa] iglesia, así como que celebrase las octavas del Sacramento y Concepción de Nuestra Señora”⁶⁴. La respuesta a la petición se dio el 11 de abril de 1734, negándola, “[...] ordenando que no se aumentasen las fiestas de tabla, para que no se quitase tiempo al estudio y despacho de los pleitos”⁶⁵. Definitivamente, son varias las cédulas reales y despachos oficiales de la Corona que intentaron regular e impedir el extenso número de fiestas a la que los funcionarios virreinales asistían.

Cada gobernador, obispo, oidor y provincial de las órdenes religiosas tenían intereses que, al verse afectados por decisiones político administrativas de las autoridades superiores, eran cuestionadas y demandadas, tal fue el caso de la Real Audiencia o de las Órdenes de San Francisco, San Agustín, Compañía de Jesús y San Juan de Dios. En Santa Marta, las dos principales organizaciones religiosas, los franciscanos y los dominicos, se beneficiaron de las quejas resueltas a favor de cada una de esas órdenes presentadas en el Gobierno central residente en Santa Fe. A pesar de los esfuerzos que se hacían desde la monarquía española, aún para el siglo XVIII se mantenían muchas festividades, por lo tanto, días de guardar en los que no se trabajaba.

Esa situación originaba retraso a nivel administrativo, político y jurídico. Similar situación se reflejaba en el siglo XIX, tanto que se consideraba que una de las razones que determinaban el escaso desarrollo de algunos países como la naciente Nueva Granada, respondía en gran medida a la cantidad de fiestas que implicaba descanso. España no es indiferente a esta situación y varios monarcas en su respectivo reinado establecieron normas que entraron a regular la vida festiva de los vasallos. Esta decisión encontró sustento en el

⁶⁴ Ots, José María. Instituciones de Gobierno del Nuevo Reino de Granada durante el siglo XVIII. p. 84-85.

⁶⁵ Ibíd, p. 85.

papa Benedicto XIV, quien manifestó, a través de una bula papal, una tabla básica de las fiestas de guardar⁶⁶. Con esta tabla se pretendía frenar las continuas celebraciones que afectaban la vida cotidiana de la sociedad colonial. El establecimiento de fiestas de guardar en el Nuevo Reino de Granada tuvo una fuerte incidencia en la aplicación de las normas.

A mediados del siglo XVIII seguía la preocupación por establecer una tabla de fiestas que no solo se debía cumplir en el territorio del Nuevo Reino de Granada, sino que no afectara de manera significativa los intereses de las instituciones públicas, la producción agropecuaria y agrícola, el gremio de los comerciantes, artesanos y otros sectores de la sociedad granadina. En este sentido, en la sección de libros Raros y Curiosos en la Biblioteca Nacional de Colombia se encontró una tabla de fiestas de 1750, elaborada siguiendo lo ordenado por el papa en la bula señalada anteriormente. En esta, los reyes borbónicos intentaron frenar y reducir el número de días festivos con el ánimo de aumentar la productividad en España y sus colonias de ultramar. Además, si se tiene en cuenta que en estas celebraciones las autoridades utilizaban recursos de las reales cajas para financiar gastos suntuosos, despilfarro que no se justificaba según los Borbones, ya que preferían que los recursos se invirtieran en obras necesarias para las ciudades y que beneficiaran a los vecinos.

De esta manera, las fiestas ocasionales por el embarazo y alumbramiento de la reina, el ascenso al poder de un príncipe a rey, la iniciación de un príncipe, la muerte del rey o de alguien de su familia real, los lutos, las exequias, el túmulo y todo lo necesario para la ocasión debían costearlos los funcionarios y los vecinos con sus propios recursos. Los Borbones tomaron esa decisión porque en la época de los Hamburgo⁶⁷ todo era costeadado por las cajas de Su Majestad, incluso se realizaban préstamos para algunos funcionarios con

⁶⁶ Consúltese: Hartmann, Hedwig y Velásquez, María Cecilia. Cofradías, Rogativas y fiestas religiosas en Popayán. p. 32-33.

⁶⁷ Aquí es importante resaltar, que los reyes Borbones tenían una forma de pensamiento que difería sustancialmente de la de sus antecesores, los reyes de la Casa Austria (Hamburgo), quienes fueron derrochadores al máximo.

el fin de que adquirieran los vestidos que debían lucir en las celebraciones, sobre todo en las fiestas de fidelidad a la Corona española.

Aunque no se ha encontrado en los documentos revisados del AGI, AGN, Archivo del Magdalena y de la Diócesis de Santa Marta información acerca de la tabla de fiestas en la ciudad y su provincia, el texto del alférez real don José Nicolás de la Rosa⁶⁸ suministra información relevante sobre las fiestas que para el siglo XVIII se celebraban en la ciudad. Sin duda, las celebraciones referenciadas por el autor tenían una gran importancia en la vida sociorreligiosa de la ciudad, por esta razón, casi todas pasaron al siglo XIX con la misma fuerza cristiana y el mismo sentimiento religioso, en su mayoría subsiste desde los años de la colonia. Un elemento de no menor importancia es pensar que estos fastos católicos estaban acompañados de nuevos elementos culturales, aportados por los nativos y las personas negras arrancadas del continente africano, traídas al Nuevo Continente en calidad de esclavos. En este sentido, eran las ceremonias católicas las que determinaban el ciclo de la vida festiva de todos los sectores sociales de la ciudad y a las cuales debían asistir tanto los peninsulares (blancos) como los pardos, nativos, negros y libres de todos los colores.

El año arrancaba con el Año Nuevo, fiesta de la Circuncisión del Señor, luego los Santos Reyes o Epifanía; el 23 de enero había fiesta en honor a san Ildefonso y santa Emerenciana, "[...] votada por la ciudad antiguamente, para contener la violencia con la que la brisa asolaba los maíces y sembrados; y según la tradición, se experimentó en este día el beneficio por intercesión de estos Santos". El 2 de febrero, la Purificación de Nuestra Señora, después la Virgen de la Candelaria o de "los Remedios". En este mes o comienzos de marzo se realizaba el carnaval, fiesta católica alegre por excelencia, lunes y martes de guardar.

⁶⁸ La obra del alférez real don José Nicolás de la Rosa se convierte en una de las más significativas, ya que por su posición en la organización en el gobierno colonial, él tuvo acceso a la documentación básica que utilizaba. Dicho texto se escribió en la primera mitad del siglo XVIII, por ello la información que se utiliza está referenciada hacia esas fechas. Sin embargo, muchas de esas festividades se mantienen en el tiempo y franquean el siglo XIX con tanta o más fuerza que las se celebraron en el siglo XVIII.

Después se guardaba el Miércoles de Ceniza, “polvo eres y en polvo te convertirás”. Los samarios concurrían temprano a colocarse la santa cruz, después del goce colectivo del carnaval.

En marzo se celebraba con mucha pompa la fiesta en homenaje al “Patriarca San José, uno de los patronos generales de España”, el 19 de ese mes. Es interesante comentar la situación que se presentó en el siglo XVII con esta celebración, cuando se tomó la decisión de declarar a san José como titular de todos los dominios de España. El rey Carlos II, el 3 de julio de 1679, envió una real cédula dirigida a los virreyes, presidentes, audiencias, gobernadores, arzobispos y obispos, cabildos eclesiásticos y seculares de las Indias, remitiéndoles el breve papal por medio del cual se confirmaba que san José se declaraba como el santo tutelar de todos los dominios de la monarquía española y en consecuencia se debió atender “para celebrarle con especial devoción”⁶⁹. Sin embargo, esta disposición fue reversada meses después, porque la iglesia de Santiago Apóstol de Madrid le hizo ver a Su Majestad que la monarquía dependía de la protección del santo apóstol Santiago y que de él se habían recibido innumerables bendiciones, por lo que no era prudente dejar de celebrarle sus fiestas en los dominios de la Corona española.

Así, para la sola Nueva España se imprimió 200 cédulas, que tienen fecha del 31 de diciembre de 1679⁷⁰ y el 18 de marzo de 1680. Su Santidad concede un rezo para que se haga en los dominios de la monarquía española, por lo que el 5 de noviembre de ese mismo año, el rey Carlos II expidió una real cédula ordenando que en todas las catedrales e iglesias de sus territorios se ejecutara “el rezo de los depositarios de Nuestra Señora con San José”⁷¹.

⁶⁹ Muro Orejón, Antonio. *Cedulario Americano del siglo XVIII*. Tomo I Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos-CSIC, 1956), pp. 25-26.

⁷⁰ *Ibíd.*, p. 63-64.

⁷¹ *Ibíd.*, p. 112.

Terminadas las celebraciones en homenaje a san José, el 25 de marzo se realizaba la fiesta de la Encarnación del Señor⁷². La Iglesia católica festejaba en este día la denominada Solemnidad de la Anunciación Encarnación, o sea, el día en que el ángel san Gabriel fue enviado a Nazaret para que anunciara a María que sería la Madre de Dios⁷³. Tanto para los samarios como para el mundo católico, éste sigue siendo un día muy importante, aunque hoy no se festeje con la pompa del pasado. En el mismo mes de marzo o abril era la Semana Santa; el Domingo de Ramos era el inicio de la Semana Santa y los oficios religiosos eran celebrados con suntuosidad.

Los días Jueves y Viernes Santo había encierro del Señor, lavatorio, adoración de la cruz, desencierro y procesión del santo encierro, tocándole al cabildo el palio. La Semana Mayor terminaba con el Domingo de Resurrección, primero de Pascua de Flores, se hacía procesión del Señor Resucitado y Patente del Santísimo Sacramento. Sin duda que la Semana Santa fue durante gran parte de la historia el suceso más importante del año, ya que en el transcurrir de la semana se rememora el padecimiento del Señor Jesucristo, hecho que en el imaginario colectivo de la sociedad es traído para la confesión de sus propios sufrimientos⁷⁴.

Se puede decir que actualmente esta celebración ha perdido mucho el carácter emocional y el recogimiento del pasado, no obstante, en el siglo XVIII, cuando la Iglesia católica ejerció control sobre la vida social y familiar de los samarios, las autoridades civiles y eclesiásticas cuidaban celosamente que los fieles vasallos y súbditos cumplieran a cabalidad con los mandatos de la Iglesia. Sumado a lo anterior, como se ha señalado

⁷² Aunque cabe destacarse que el 17 de diciembre de 1679, el rey Carlos II expidió una Real Cédula ordenándole a los arzobispos y el clero que se celebrará la fiesta en conmemoración de Santo Toribio de Mogrovejo, que la iglesia festeja el 23 de marzo, en Santa Marta no aparece referenciada por José Nicolás De la Rosa, en su obra varias veces citada.

⁷³ Según el legado bíblico, la respuesta de la Virgen María fue: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”. Lucas 1, 38.

⁷⁴ Muir, Edward. Fiesta y Rito en la Europa moderna. p. 70.

anteriormente, estos “días santos” estaban establecidos en las tablas como días de vacaciones.

En el mes de abril, si la Semana Santa caía en marzo, aquel mes pasaba en blanco. Pero al iniciarse mayo, la situación cambiaba sustancialmente. Desde el primer día, debería ser el tres de mayo, se festejaba a los apóstoles Santiago y Felipe. Para cuando De la Rosa escribió su libro, Felipe V era el rey de España y lo destacó. El primer domingo, “primero de Pentecostés, con la bendición de pila y cirio la mañana de su víspera, como el Sábado Santo”⁷⁵. El día domingo se celebraba el Domingo de la Santísima Trinidad⁷⁶, en que la catedral hacía las primeras honras fúnebres del año por su antiguo obispo fray Juan de Espinar y Orozco. Interesante resulta la celebración de las honras fúnebres al obispo, quien había sido jerarca de la Iglesia católica de Santa Marta entre 1643 y 1651. La celebración de estos oficios religiosos se justificaba por sus acciones al frente de la diócesis, además porque antes de morir había dejado toda su herencia a la iglesia, que era bastante abundante, ya que solo las alhajas valían más de cuatro mil pesos.

El jueves siguiente a este Domingo de Trinidad (puede ser mayo o junio), se celebraba la fiesta de Corpus Christi “en conmemoración de la Presencia Real de Jesucristo”⁷⁷. De la Rosa dice que la fiesta tenía todos los componentes de la tradición católica, es decir, “con toda su octava y procesiones, en las que toca al cabildo el palio”⁷⁸. El mes festivo finalizaba el 30 de abril con la fiesta en homenaje de “Fernando, Rey de España, y nombre del Serenísimo Príncipe de Asturias, nuestro señor”⁷⁹.

⁷⁵ *Ibíd.*, p. 352.

⁷⁶ Domingo de la Trinidad: “El domingo siguiente a Pentecostés. El domingo de la Trinidad da comienzo a la temporada litúrgica más largo del año, llamada <post Pentecostés>, que dura hasta el Adviento”. *Ibíd.*, p. 348.

⁷⁷ Muir, Edward. *Fiesta y Rito en la Europa moderna*. p. 347.

⁷⁸ De la Rosa, José Nicolás. *Floresta de la santa iglesia catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta*. p. 351.

⁷⁹ *Ibíd.*

El establecimiento de la fiesta en honor a San Fernando, rey de España, y de santa Isabel, reina de Portugal, fueron concedidas por el papa Benedicto XIV, por lo tanto, el rey le envió al obispo de la diócesis, doctor Joseph Xavier de Araux, un despacho el 23 junio de 1749, anexándole los decretos de Su Santidad. La real cédula exigía el cumplimiento inmediato, para lo cual debía ser publicado en todos los dominios de Su Majestad para que se ejecutara lo solicitado, que incluía misas y otros oficios divinos, lo que sucedió en Santa Marta el 15 de febrero de 1750 en la iglesia de San Francisco, con la asistencia de todo el gobierno eclesiástico, el señor gobernador y los dos cabildos. El obispo, obedeciendo lo ordenado, expidió un edicto público el 14 del mismo mes dando a conocer el contenido de los despachos reales. Días después firmó otros edictos similares que remitió a los vicarios de la provincia, y el 22 de abril de 1750 escribió al Consejo de Indias dando cuenta del cumplimiento de lo ordenado, documento que fue recibido con los testimonios que justificaban su puntual cumplimiento el 17 de marzo de 1751⁸⁰.

El tres de mayo se festejaba la "Invención de la Santa Cruz" o "La Cruz de Mayo", que aunque no está listada por De la Rosa, tenía mucha fuerza en el siglo XIX y sus festejos duraban hasta el diez del mismo mes. Lo mismo sucedía con la fiesta en honor a san Isidro Labrador, patrono de Madrid. El rey Felipe V, a través de la Real Cédula del 10 de mayo

⁸⁰ El edicto público en una parte decía: “movido de las piadosas y religiosas instancias de nuestro católico monarca Fernando el sexto (que Dios guarde) se ha servido conceder por sus decretos expedidos el seis de agosto de mil setecientos cuarenta y ocho años; y primero de marzo de mil setecientos cuarenta y nueve el rito de doble de segunda clase con la octava en la festividad de San Isabel reina de Portugal y en el doble de primera clase con la octava en la de san Fernando rey de España en todos los dominios de su majestad católica y deseando su real piedad llegue a esta práctica la noticia de sus vasallos en la América por la aceptación que merezca de su católico celo resolvió remitirnos copia autorizada de los expresados decretos para que nos tuviésemos por bien mandarlos publicar dando para ello las más prontas y eficaces providencias para su cumplimiento; por tanto y para que nuestros súbditos les conste y se guarde y cumpla y ejecute como dichos decretos apostólicos y Real Cédula se expresa: mandamos se lea y publique este nuestro despacho en esta nuestra Santa y Católica el día de mañana que se contará quince del corriente al ofertorio de la misa conventual y se saquen otros semejantes que firmaremos para remitir a los vicarios de la provincia y dar cuenta al rey nuestro señor de estar obedecidos los decretos de Su Santidad y Real Cédula de Su Majestad. Dado en Santa Marta a catorce de febrero de mil setecientos y cincuenta años”. AGI: (Sevilla). Santa Fe, 523, Carta de Joseph Xavier, Obispo de Santa Marta a Su Majestad. 22 de abril de 1750, F. 1-2.

de 1727, envió el breve de su santidad Benedicto XIII estableciendo que el día 15 mayo fuese fiesta de precepto en todos sus dominios en Indias⁸¹.

El primer semestre festivo terminaba el 26 de junio con los festejos en honor a San Juan y San Pablo Mártires, en que se hacían las segundas anuales honras fúnebres por el prelado de la Orden de los Predicadores, señor Juan de Espinar y Orozco. Antes, el día 22, se celebraba “[...] la fiesta de San Paulino, votada por la ciudad en memoria de haber resistido victoriosamente al enemigo pirata que acometió en este día el año de 1692” *⁸².

El mes de julio contaba con tres días bien importantes: el 25 de julio se celebraba la fiesta del apóstol Santiago, patrón principal de España⁸³; el 26, San Joaquín⁸⁴ y Santa Ana, padres de la Virgen María; y luego, en 1584, se instituyó la festividad a santa Ana “[...] patrona general del obispado titular de la Catedral, con vísperas por convite del cabildo

⁸¹ Muro Orejón, Antonio. *Cedulario Americano del siglo XVIII*. Tomo III, Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos-CSIC, 1977. p. 51.

* En el año de 1692 la ciudad fue atacada varias veces por piratas y corsarios europeos. El 22 de junio (Bermúdez dice que fue en julio) hubo un ataque fuerte contra la ciudad y ella salió victoriosa sobre los atacantes. Bermúdez afirma: “En la madrugada del 22..., los piratas entraron por el lado de Taganga, subieron por el cerro detrás del muelle y atacaron por sorpresa a los soldados que estaban en la playa del Espino, los que disparando se retiraron a la ciudad seguidos por el enemigo. Estos llegaron en dos bandos, uno que se dedicó a saquear los templos y la ciudad, y otro que corrió para tomar por la retaguardia el fuerte de San Vicente, pero fueron rechazados luego de cruenta lucha en la que el gobernador Royo atacó con las baterías del fuerte de San Juan. Los piratas tuvieron que retirarse por donde habían venido, con algunas pérdidas y muchos heridos”. Bermúdez Bermúdez, Arturo E. *Materiales para la historia de Santa Marta*. Bogotá: Canal y Asociados, 1981. 245-246.

⁸² De la Rosa, José Nicolás. *Floresta de la santa iglesia catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta*. p. 352.

⁸³ “Según una tradición, no anterior al siglo VI, el apóstol Santiago fue el primer evangelizador de España. Refuerza esta tradición la afirmación del obispo Teodomiro de Iria en el siglo XI, según la cual él encontró las reliquias del apóstol, y desde ese tiempo Iria, que tomó el nombre de Compostela (hoy Santiago de Compostela), se convirtió en meta de todos los peregrinos de Europa”. Sgarbossa, Mario y Giovannini, Luis. *Un Santo para cada día*. Bogotá: San Pablo. 1994, p. 281-282.

⁸⁴ El rey Luis I le solicita al papa que se declare como fiesta de precepto el Día de San Joaquín, así lo hace el su santidad Benedicto XIII, con el Breve del 14 de agosto de 1724. El monarca Felipe V ordena por medio de Real Cédula del 14 de noviembre de 1724 que “se celebre la fiesta de San Joaquín, como las demás de precepto que tiene señaladas la Santa Romana Iglesia, y se guardan generalmente en todos mis dominios, así en los Reinos de España como en los de las Indias” Muro Orejón, Antonio. *Cedulario Americano del siglo XVIII*. Tomo III .p. 17-18.

eclesiástico”⁸⁵. El último día festivo era el 29, Día de Santa Marta, patrona de la ciudad, en las vísperas se realizaban oficios religiosos y festejos populares. Las autoridades civiles, eclesiásticas y militares hacían alardes de sus poderes, luciendo sus uniformes de gala y los samarios estrenaban, es decir, vestían ropas nuevas.

También se encontraron documentadas fiestas religiosas como la de Santa Rosa de Lima, patrona general de “*nuestra América*”, se celebra (aun) el día 30 de agosto. Para el mes de septiembre no hay enlistada ninguna fiesta religiosa. En octubre, el día diez, se celebraba San Luis Beltrán, “patrón general del Nuevo Reino de Granada. Hacía la catedral las terceras anuales honras fúnebres por el señor Espinar”⁸⁶. Como puede apreciarse, además de las celebraciones en homenaje a san Luis Beltrán, los jerarcas samarios cumplían lo definido en su momento, celebrando las honras fúnebres al obispo de la Orden de los Predicadores Juan de Espinar y Orozco.

A pesar de que en noviembre el mundo cristiano celebraba varias fiestas como el primero de ese mes, Día de Todos los Santos, el dos la Common a los difuntos o el Día de las Ánimas, otros santos y apóstoles, De la Rosa nos informa que sólo se festejaba el Patrocinio de Nuestra Señora el segundo domingo del mes. Igual situación se presentaba con diciembre, sólo aparecen referenciadas tres fiestas, aunque no dudamos que a santa Bárbara se le oficiaba misa y procesión el 4 de este mes. Sin embargo, la fiesta más importante del mes y tal vez del año era la dedicada a la Purísima Concepción de Nuestra Señora, que se desplegaba con su octava, haciendo parte de esta celebración el domingo infraoctavo. En estos días y en los siguientes tres días se ponía patente Su Majestad Sacramentada, al igual que el día quince se realizaba una celebración a la Protectora, con procesión general en las horas de la tarde. Estas fiestas fueron conocidas e instituidas en todos los dominios del rey don Felipe V.

⁸⁵ Ibíd. p. 352.

⁸⁶ De la Rosa, José Nicolás. Floresta de la santa iglesia catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta. p. 353.

Las descripciones reseñadas en los documentos no dejan duda de la importancia de esta celebración para los samarios. La Inmaculada Concepción fue nombrada Reina de las Américas⁸⁷ y segunda patrona de la ciudad de Santa Marta. Al terminar los oficios religiosos de ese día, se procedía a escoger al mayordomo de las festividades del año siguiente, situación que se comenta más adelante. En el libro del alférez real se encontró abundante información acerca de interesantes hechos de la vida cristiana de los samarios y su profunda devoción por la Inmaculada. A tal punto que hubo un año en que el carnaval se trasladó para los días 8, 9 y 10 de diciembre, días consagrados para homenajear a la Virgen.

El año festivo terminaba con la celebración de la Natividad del Señor, con sus maitines la víspera a media noche, antes el día 19, se celebraba el cumpleaños del rey Felipe V, con el Señor Sacramentado patente, y el himno *Tedeum laudamus*.

A comienzos del siglo XIX, 1808, cuando se establecieron los aranceles de derechos parroquiales con arreglo al sinodal de Caracas y costumbres del país, el pago debía hacerse en las celebraciones que se realizaban en la Iglesia Catedral. En la lista se enumeran las principales fiestas así: San Idelfonso el 23 de enero a cargo de uno de los dos cabildos; Corpus Christi un jueves de mayo (movible), la festividad de San Paulino 22 de junio, por un acuerdo entre los dos cabildos, uno se hacía cargo de los festejos, lo mismo que con San Idelfonso; Festividad de San Juan Bautista 24 de junio; Festividad de Santa Marta (patrona de la ciudad), aclarándose que los cabildos (eclesiástico y secular) se ponían de acuerdo para la realización de las vísperas y con solemnidad en diversas horas del día 29 de julio; Festividad de la Asunción de Nuestra Señora (la Virgen María) 15 de agosto; Fiestas de los

⁸⁷ Ya en el año de 1686 el 7 de febrero se había expedido una real cédula de la que dio cuenta y se transcribió parte de ella más adelante; el rey Carlos II, el 19 de agosto de 1695, expide dos reales cédulas ordenándole al virrey del Virreinato del Perú, que incluye el Nuevo Reino de Granada, para que en todos los dominios de Su Majestad se recen y celebren misas de octava de precepto de la Inmaculada Concepción según breve papal y en ese mismo sentido se expide la otra real cédula dirigida al Arzobispo de la Iglesia de Lima. Muro Orejón, Antonio. Cedulario Americano del siglo XVIII. Tomo I. p 549-550.

Fieles difuntos, benditas almas del purgatorio el dos de noviembre⁸⁸; el 8 de diciembre la Inmaculada Concepción con su respectiva octava; Fiesta de Santa Lucía el 13 de diciembre; Natividad el 25 de diciembre, además de otros aranceles se señalaba la realización de “Fiestas de Desagravios”⁸⁹.

El calendario festivo de la ciudad durante el siglo XVIII permite inferir que los habitantes, de todos los sectores sociales participaban en los festejos. Muestra una ciudad consagrada a la vida cristiana, una sociedad controlada por unas prácticas religiosas que se iban fortaleciendo con el transcurrir de los años. El clero, en cabeza del obispo, tenía control total de la vida samaria. Además de estos festejos cotidianos calendados, estaban aquellos de obligado cumplimiento que surgían de hechos sociales, cívicos, políticos y religiosos que se debían celebrar alegremente, por otro lado estaban otros como las exequias por la muerte de reyes y allegados, que debían organizarse y cumplir, tal como los ordenaban las reales cédulas. El no cumplimiento de estas ameritaba sanciones y llamados de atención. Es evidente pues, que dada la vida social de las cortes y las reproducciones que debían darse en las Colonias y en Santa Marta, el año abarcaba numerosos días de diversión y otros de guardar riguroso luto.

En todo el territorio del virreinato del Nuevo Reino de Granada se celebraban con mucha pompa varios festejos religiosos de obligada asistencia. En estas ocasiones las autoridades virreinales lucían lujosos atuendos que permitían identificarlos como “distintos” y superiores en la escala del cuerpo social colonial. La Audiencia de Santa Fe, un tanto abrumada por el excesivo número de fiestas religiosas a las que estaba obligada a asistir y que afectaban el normal desarrollo de los asuntos de su cartera, solicitó a España realizar un pronunciamiento al respecto. La respuesta del monarca no se hizo esperar; el 14 de noviembre de 1771, mediante una cédula real, ordenó al virrey que no debía de asistir a

⁸⁸ El rey Carlos II, expidió el 20 de septiembre de 1695 una Real Cédula adjuntando un Breve de Su Santidad concede a perpetuidad se ganasen en las Indias indulgencias el día de la conmemoración de los difuntos. *Ibíd.*, p. 551.

⁸⁹ AHDSM: (Santa Marta). Tomo VIII, ff. 6-17.

otras fiestas que no fueran de ley y que no estuvieran en la tabla, si bien debía hacerlo “a las de Jesús Nazareno, Desagravio del Santísimo Sacramento y a la de Nuestra Señora”⁹⁰.

De esta manera, el monarca dictaminaba los comportamientos sociales que debían tener sus representantes en las diferentes actuaciones. La pérdida de tiempo por asistir a eventos religiosos y festivos se reflejaba en la lentitud para resolver los negocios del Estado colonial y de los vecinos no solo de Santa Fe, sino de todo el virreinato. Así pues, evitando asistir a estas funciones de iglesia, se lograba un mayor cumplimiento de las obligaciones administrativas y de justicia⁹¹. La monarquía le definió al virrey a qué tipo de celebraciones debía asistir y a cuáles no, adicionalmente le prohibió que participara, a menos que tuviera otros funcionarios públicos para garantizar que los negocios que atendieran se les dé pronta solución. Ocho años después, el 26 de diciembre de 1779, el rey Carlos III ordenó por medio de una real cédula “reducir los días feriados de los tribunales gubernamentales a las fiestas que la Iglesia celebraba como precepto”⁹². En estas se incluyó el Día de la Virgen del Carmen el 16 de julio, la Virgen de los Ángeles el 2 de agosto, Nuestra Señora del Pilar el 12 de octubre, así como el Domingo de Ramos y el martes de Pascua. Así mismo, se establecieron las vacaciones, que se iniciaban en Navidad y se extendían hasta el primero de enero; las vacaciones de las carnestolendas solo iban hasta el Miércoles de Ceniza⁹³. En este sentido, el profesor González encontró para 1784 un Almanak o Calendario que lista “los santos, Fiestas movibles, y de Precepto que se guardan en este Reino [...] los que se puede trabajar con obligación de oír misa antes o después de sus labores van con esta voz. Misa”⁹⁴.

⁹⁰ Ots, José María. Instituciones de Gobierno del Nuevo Reino de Granada durante el siglo XVIII. p. 85.

⁹¹ González Pérez, Marcos. Ceremoniales. Fiesta y Nación. Bogotá: Un escenario. Bogotá, Intercultura, 2012., p.104.

⁹² Ibíd. p.104.

⁹³ Ibíd. p.104.

⁹⁴ González, Marcos. Op. Cit. 2012, p.105. También se puede consultar el libro de Susana Friedmann, Las fiestas de junio en el Nuevo Reino, Bogotá: Kelly-Instituto Caro y Cuervo y del Patronato Colombiano de Artes y Ciencias, 1982, pp. 131-132-133-134.

Todavía al final del siglo XVIII, ya en el trono real el rey Carlos IV, el 2 mayo de 1789 volvió a insistir en la regulación de los días festivos. Esta vez se redujeron nuevamente los días festivos “a las fiestas que la Iglesia celebra como de precepto, aunque sólo sea de oír misa; a los días de la Virgen del Carmen, de los Ángeles y del Pilar; a las vacaciones de Resurrección desde el Domingo de Ramos hasta el martes de Pascua; a las de Navidad, desde el 25 de diciembre hasta el 1 de enero; y a las de Carnestolendas, hasta el Miércoles de Ceniza inclusive”⁹⁵.

A los oidores, se les señalaron las obligaciones protocolarias que debían cumplir y se ordenaba que los despachos judiciales y de las otras instituciones de gobierno sólo se podían cerrar en los días de fiestas que celebraba la Iglesia⁹⁶. Además de esos días feriados, se incluía el 2 de noviembre de los Fieles Difuntos y la fiesta de santa Teresa de Jesús⁹⁷. En esos días “no se ha de hacer nada, pues se ha de observar en estos días la costumbre que ha habido hasta aquí, lo cual mando guardaréis”⁹⁸. Todas estas órdenes reales eran atendidas por algunas instituciones coloniales, aunque no fue fácil hacer el seguimiento a su aplicación. Por esta razón, el rey Carlos IV les pidió a los ministros residentes en Indias que se dedicaran a cumplir sus funciones según una real cédula de 1790; adicionalmente le solicitaba a la Real Audiencia que era su deber enviar anualmente un reporte de los negocios atendidos y fallados, que evidenciaban el real desempeño de la institución.

⁹⁵ Ots, José María. *Instituciones de Gobierno del Nuevo Reino de Granada durante el siglo XVIII*. p. 85.

⁹⁶ Jaime Jaramillo Uribe, y Colmenares, Germán. *Estado, administración y vida política en la sociedad colonial*. En: *Manual de historia de Colombia*, Tomo 1, Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1978, pp. 347-415.

⁹⁷ A propósito de Santa Teresa de Jesús, resulta significativo para la cristiandad en Hispanoamérica la Real Cédula del 28 de septiembre de 1700, cuando el rey Carlos II, antes de morir, la expide señalando que ha resuelto se haga una fiesta anual y votiva a santa Teresa de Jesús, declarándola por patrona de la provincia del Darién. Decisión que tomó porque el 15 de octubre de 1699 los escoceses que tenían bajo su control esa parte del territorio lo habían abandonado, por lo que además de celebrarse grandes festejos en Hispanoamérica “y en señal de mi reconocimiento, os prevengo que en caso de hacerse fortificación en aquel paraje, o dejando señal, se ha de llamar de aquí en adelante Santa Teresa del Darién, para que siempre quede esta memoria, y os mando que participéis esta resolución a todos los presidentes, Audiencias, corregidores y demás oficios de ese Reino, para que se tenga entendido”, Muro Orejón, Antonio. *Cedulario Americano del siglo XVIII*. Tres tomos. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos-CSIC, Tomo I, p. 670-671.

⁹⁸ González, Marcos. *Op. Cit.* 2012., p. 106.

El esfuerzo de la monarquía borbónica por controlar los días festivos obedecía a la definición de una política fiscal acompañada de funcionarios idóneos y el ideal de la monarquía de una burocracia profesional. Nada de eso se podía garantizar en sus colonias lejos del Gobierno central, ya que sus representantes en las instituciones coloniales no tenían mayor interés en cumplir las leyes que se expedían desde la metrópoli. Una cosa sucedía en España y otra en Hispanoamérica, lo que dificultaba la pronta aplicación de las leyes. En este sentido, Lynch⁹⁹ considera que si bien las leyes eran sancionadas y pregonadas a la población para su inmediato cumplimiento, hubo lugar para que estas fueran evadidas y alteradas por parte de los súbditos coloniales, otras tantas veces fueron obedecidas. Esa situación se presentaba también al momento de aplicar las órdenes de reducir los días festivos y aumentar la productividad, en los procesos administrativos que le generaba a la Corona la necesidad de recaudar mayores impuestos. Mientras tanto, en estas tierras, ministros y demás funcionarios coloniales preferían dedicarse al ocio y al relajamiento.

3.4. El papel de las cofradías

A pesar de las dificultades con los obispos y otros miembros del clero, los vecinos de la ciudad eran fieles creyentes y obedientes de los preceptos religiosos expresados por las autoridades eclesiásticas en las Bulas papales. Los samarios cumplieron con perseverancia sus obligaciones en medio de las dificultades propias de una ciudad saqueada permanentemente y abandonada a su suerte por las mismas autoridades monárquicas, a pesar de ello constituyeron organizaciones religiosas con la participación de seglares y religiosos. En medio de esa vida religiosa de Santa Marta se crearon las cofradías. En el

⁹⁹ Lynch, John. La España del siglo XVIII. Barcelona: Crítica, 2010. p. 295.

Diccionario de la Lengua Castellana¹⁰⁰, publicado en 1791, se definió a la cofradía como una agrupación que gozaba de la bendición del ordinario eclesiástico, el cual le confería anuencia para desempeñar obras piadosas que se dejan de manifiesto con el apoyo, dedicación y veneración a los rituales festivos, los cuales eran preparados con gran suntuosidad. Así mismo, aportaron la adquisición de ornamentos y decoraban a nombre de la cofradía¹⁰¹. Una de las características de este tipo de organización sociorreligiosa era que podían participar en ellas miembros religiosos y laicos, fueron estos últimos los que le dieron una dinámica fundamental a este tipo de organización que cumplió un papel protagónico en la vida religiosa de las ciudades.

Al respecto, Harmann y Velásquez afirman que las cofradías comenzaron a surgir porque aquellos que pertenecían a comunidades religiosas tenían normas previamente establecidas; sin embargo, en este tipo de organización “[...] los laicos formaban parte con libertad de los devenires sociales, políticos y económicos propios de su entorno. Estos factores a su vez influyeron directamente en el funcionamiento y la organización”¹⁰². Fue gracias a la participación activa de los laicos que las cofradías dinamizaron procesos muy importantes para la cristiandad española. A la par, patrocinaron la elaboración de esculturas barrocas y las procesiones esplendorosas que se daban en muchas ciudades españolas y se dedicaron a socorrer a los pobres y desvalidos de la sociedad cortesana y colonial.

Las cofradías tienen su origen en la devoción de los católicos hacia un culto en particular y tenían como objetivo principal difundirlo y engrandecerlo. Para poder adquirir reconocimiento y autorización para actuar, la cofradía debía iniciar un procedimiento ante el gobierno eclesiástico de la respectiva localidad donde funcionaba la organización. Solo si se adquiría tal permiso la organización podía actuar de forma legítima, lo que les

¹⁰⁰ En la edición vigésima primera del Diccionario de la Lengua Castellana de 1998 define la cofradía como una “congregación o hermandad que forman algunos devotos, con autorización competente, para ejercitarse en obras de piedad...Gremio, compañía o unión de gentes para un fin determinado” p. 500.

¹⁰¹ Hartmann, Hedwig y Velásquez, María Cecilia. Cofradías, Rogativas y fiestas religiosas en Popayán. p. 63.

¹⁰² *Ibíd.*

brindaba mayor estatus a los asociados en ella. Ser cofrade era un privilegio en la jerarquía eclesiástica de cualquier localidad (grande o pequeña) donde tenían asiento. Por otro lado, cuando una organización no adquiría el reconocimiento como cofradía y quedaba relegada a la categoría de hermandad o pía unión, no daba el mismo estatus del cofrade.

Esa distinción es clave para comprender por qué en la sociedad colonial hispanoamericana y samaria se organizaron y fortalecieron las cofradías, tanto que en algunos casos llegan hasta hoy. Pertenecer a una cofradía definía la ubicación social en las jerarquías sociorraciales de la Santa Marta colonial, pues al momento de estar afiliado a una de esas organizaciones, se producían nuevas redes de poder clientelar. En este sentido, se dieron varias pujas por su control, ya que las cofradías funcionaban como prebendas, que se definían como un conjunto de frutos y emolumentos percibidos en razón de oficios eclesiásticos realizados, o sea, dotación económica del beneficio eclesiástico¹⁰³.

El rey Felipe V, muy católico y comprometido con la propagación de su fe, expidió Real Cédula del 3 de mayo de 1741, dirigida a los virreyes, presidentes y gobernadores del Perú, Nueva España y Nuevo Reino de Granada. Reiteró el estricto cumplimiento de la Ley 25, título IV del libro I de la Recopilación de Indias que ordenaba “... que no se funden cofradías sin Real licencia, ni se reúnan –previa la aprobación de los estatutos por el Consejo de Indias- sin estar presente un representante de la autoridad y el Prelado superior del templo”¹⁰⁴. Se conoce que la celebración se originó por iniciativa del abad de Cluny, san Odilón, en el año de 998. Más adelante, en 1311 se estableció en forma oficial en Roma, capital del cristiano católico. Una característica significativa de esta celebración es la autorización que permite a los sacerdotes celebrar hasta “tres santas Misas en

¹⁰³ Candau Chacón, María Luisa. La carrera eclesiástica en el siglo XVIII. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1993. p. 400.

¹⁰⁴ Muro Orejón, Antonio. Cedulario Americano del siglo XVIII, Tomo 1, Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1956, Tomo III, p. LXXIV.

sufragio de los fieles difuntos. Este privilegio de las tres misas el 2 de noviembre, concedido sólo a España en 1748, Benedicto XV lo extendió a toda la Iglesia en 1915”¹⁰⁵. La primera noticia que se tiene sobre la existencia de las cofradías en Santa Marta, se remonta hacia 1663, cuando se da referencia de la existencia de una cofradía de las ánimas. Tenía la responsabilidad de organizar los festejos todos los años de la conmemoración de todos los fieles difuntos el 2 de noviembre¹⁰⁶. Esta celebración tenía mucha importancia para los samarios, quienes, como se ha dicho, estaban comprometidos con las prácticas religiosas. Se sabe que para ese lejano 1663 se realizó, como era costumbre, en la catedral organizada por la cofradía de las ánimas, la función de iglesia con su respectivo túbulo. En el templo se congregaba la población para un acontecimiento cargado de espiritualidad y fidelidad, entre los actos de consagración se encontraba la misa mayor, el sermón, ofrendas, procesión y misas rezadas. Adicionalmente se organizaba la infraoctava con asistencia masiva de los fieles católicos samarios, con la solemnidad propia de esta cofradía que se esmeraba año tras año en mostrar el valor que tenía la feligresía en esta celebración.

Interesante resulta leer la escritura de reconocimiento de 500 pesos a favor de la Cofradía de las Benditas Ánimas de la ciudad en 1767. Es un documento público revisado en el Archivo Histórico de la Diócesis de Santa Marta. Muestra claramente la importancia de este tipo de organización religiosa, igualmente la base económica que garantizaban las actividades que cumplía dicha cofradía. En este caso en particular se refiere a la venta de dos esclavos: Francisco y Ángela Francisca, pertenecientes a dicha organización religiosa. El guarda mayor de la ciudad y vecino de la misma, don Joseph Antonio Manjarrez, entregó al obispo de la catedral, don José Javier Araux y Rojas (1746-1753), la escritura que lo acreditaba como propietario de dichos esclavos, argumentando que el mayordomo

¹⁰⁵ Sgarbossa, Mario y Giovannini, Luis. *Un santo para cada día*. Santa Fe de Bogotá: San Pablo, 1994. p. 423.

¹⁰⁶ En el libro *Un Santo para cada día* se lee: “A los que han muerto ‘en el signo de la fe’ la Iglesia les reserva un puesto importante en la liturgia: siempre está el recuerdo cotidiano en la Misa, con la memoria de los muertos, y en el Oficio divino con una breve oración en las preces de las vísperas”, p. 422.

principal de la cofradía de las Ánimas y tesorero de la iglesia catedral, el señor don Juan Antonio Velasco y Peynado, reconocía la tal adjudicación. El valor tasado fue de 500 pesos por los esclavos y para garantizar el pago entregaba en hipoteca algunos bienes.

El señor obispo admitió lo ofrecido. Con el derecho que se le confirió, mandó que una vez concedida la escritura de reconocimiento y seguro de los quinientos pesos, más sus réditos, la cual quedaba declarada por estancia que se constituye de las cláusulas requeridas por el guarda mayor, se le entregaran los dos esclavos, uno varón y una hembra, de nombre a cargo de la Cofradía de las Ánimas, con la respectiva aprobación del señor obispo para el consentimiento. Se incluyeron las diligencias con la asistencia del señor don Juan Antonio de Velasco y Peynado, tesorero dignidad de la catedral mayor¹⁰⁷. La escritura fue anotada en el libro de cuentas de la cofradía, documento firmado por el señor obispo el 28 de julio de 1752.

Ahora bien, resulta interesante revisar las propiedades y bienes que poseía el guarda mayor del puerto y reales costas de Santa Marta, don Joseph Antonio Manjarrez, que hipoteca como garantía de cumplimiento del pago de los 500 pesos del valor de los esclavos y los respectivos intereses del 5% anual, equivalentes a 25 pesos cada año¹⁰⁸. Esta escritura pública se firmó en Santa Marta el 9 de octubre de 1752 ante el señor don Joaquín Joseph

¹⁰⁷ AHDSM: (Santa Marta). Tomo No. 1, f. 93.

¹⁰⁸ Lo que el guarda mayor hipotecó fue “sobre todos mis bienes, y especialmente sobre cuatro fanegas de tierra de que se compone parte de una huerta que tengo en las inmediaciones de esta ciudad, inmediata al río de ella (Manzanares), con una caja de agua, un negro nombrado Pedro Joseph y su mujer nombrada Juana María, otro nombrado Antonio y su mujer Felipe, con tres hijos nombrados Joseph, Tiburcio y Juan de Dios, otro zambo nombrado Antonio Claro y su mujer Marta, mis esclavos que son con dichas tierras y caja de agua (ilegible)... Memoria e hipoteca, señorío y obligación especial o general y por tal lo aseguro para hacerlos pagar mi costa y riesgo en esta ciudad al plazo de un año que ha de correr y contarse desde el día veintiocho de julio pasado de este año [1752], con las costas de su cobranza para que se me ejecute con esta escritura y el juramento de quien fuere parte de que lo difiero y relevo de otra prueba por precio o cuantía de quinientos pesos de principal que en el valor de los dichos dos esclavos nombrados Francisco y Ángela Francisca, me entregó de presente como pertenecientes a bienes de dicha cofradía por los motivos y causas que vienen referidos, habiendo precedido sus aprecio por la Real Justicia como contará de la causa mortuoria de dicha Doña Juana de Dios Melena, de cuya entrega (ilegible) porque se le hizo por el señor Arcediano, dignidad de la Santa Iglesia Catedral de esta ciudad, Don Juan Antonio de Velasco y Peynado, como Mayordomo de la citada Cofradía en mi presencia y la de testigos de esta escritura, cuyo dicho otorgante guardaré y cumpliré las obligaciones y constituciones siguientes...”. AHDSM: (Santa Marta). Tomo No. 1, f. 93.

de Robles, escribano público de la ciudad y provincia, y los signatarios fueron los señores don Joseph Antonio Manjarrez, el otorgante; y don Juan Antonio de Velasco y Peynado, tesorero de la catedral y mayordomo. Actuaron como testigos don Juan de Lozada, don Domingo de Castañeda y un señor de nombre Francisco, el apellido es ilegible por deterioro en el documento original.

Para aquella misma época (1660) también se encontró constituida con mucha fuerza la Cofradía de la Soledad, que pertenecía a la catedral. Tanta importancia tuvo que el 25 de febrero de 1664¹⁰⁹ se celebraron funciones de iglesia con mucha solemnidad y pompa, organizada por dicha cofradía. Los recursos que se utilizaron para tal fin fueron trescientos seis pesos, fruto del censo que había dejado al demolerse la iglesia del pueblo de Córdoba, una parroquia de españoles adscrita a la catedral de Santa Marta con advocación a la imagen de Nuestra Señora del Rosario¹¹⁰. La decisión de gastar los recursos económicos en esta celebración fue del sargento mayor don Pedro Juan de Mendoza. Sin embargo, el día más importante para esta cofradía lo constituía el 15 de agosto, cuando la cristiandad celebra la Asunción de la Virgen, fiesta decretada para Oriente en el siglo VII por el emperador bizantino Mauricio¹¹¹. En Santa Marta esta fiesta se celebraba con mucha formalidad y esplendor, como se encuentra reseñado en varios textos.

Una cofradía importante fue la de Jesús de Nazareno, que por considerarla substancial para este trabajo, se hace un recuento de su imagen en la ciudad y de cómo se originó la

¹⁰⁹ “En este acto –comenta De la Rosa– se despidió de sus venerables compañeros el deán D. Roque de Miranda, para pasar a su provista prebenda de Cartagena. Con este motivo ascendió al deanato Simón Antonio de Ada y Tejera, y luego al arcedianato nuestro Dr. César, con la comisaria de Cruzada, que había tenido el deán D. Roque”, p.101.

¹¹⁰ La cristiandad hace un homenaje a Nuestra Señora del Rosario el día 7 de octubre de cada año. “El Rosario nació del amor de los cristianos por María en época medioeval, probablemente en tiempo de las cruzadas de Tierrasanta. El instrumento que sirve para rezar esta oración, es decir, la camándula, tiene origen muy antiguo” Sgarbossa, Mario y Giovannini, Luis. Un santo para cada día. p. 385.

¹¹¹ “En el mismo siglo la fiesta del Tránsito fue introducida también en Roma por un Papa oriental, Sergio I. Pero pasó otro siglo antes que el término “sueño” o “Tránsito” cediera el puesto al más explícito de “Asunción”... Definición dogmática, pronunciada por Pío XII en 1950, declarando que María fue elevada al cielo en cuerpo y alma quiso relieves el carácter único de su santificación personal, puesto que el pecado nunca la contaminó, ni siguiera por un instante” *Ibíd.*, p. 311

cofradía. La llegada de esta imagen a Santa Marta se ubica hacia 1668, siendo gobernador el sargento mayor don Salvador Barranco en carácter de interino. La imagen llegó en un navío el 7 de febrero de ese año, de la mano del fray Alejo de la Concepción, portugués de la Orden Seráfica, quien se dirigía al Brasil, pero las tormentas y huracanes del Caribe hicieron que parte de su embarcación se afectara. El navío se llamaba Nuestra Señora del Rosario, con 70 hombres, entre pasajeros y marineros, todos portugueses. Prefirieron llegar a Santa Marta y no a Jamaica o Curazao, para no ponerse en manos de herejes, por lo que decidieron entregarse al “muy Católico Rey”. Estaban seguros de que ofrecería su misericordia permitiendo su estancia, y en gracia ofrecieron a Vuestra Señoría la nave con su cargamento. Las solicitudes del fray y la tripulación del navío fueron aceptadas y cumplidas a cabalidad por el gobernador Barranco.

Entre las cosas que se desembarcaron estaba un cajón de pino con la efigie de Jesús Nazareno, que hubo de armar ya que estaba empacado por partes. Fue tanta la alegría del señor gobernador que celebró tan venerable encuentro. La imagen fue prontamente ensamblada, fortuna que se compartió con la población, los cuales se regocijaron con gran fervor ante loable acontecimiento, la esfinge fue llenada de reverencias y admiración por su belleza.

Admirada la efigie por todos los que acompañaban al señor gobernador, procedieron a armar la imagen y colocarla en seráfica catedral, acompañados por los feligreses samarios y los miembros de la tripulación en una solemne procesión. Seguidamente se dio una gran fiesta en toda la ciudad. El rey Carlos II (Regencia de Mariana de Austria) fue informado de todos estos hechos y autorizó que la efigie se agregara al convento de San Francisco, donde se inició su veneración. Así se fundó una cofradía responsable de organizar su celebración el Jueves Santo en la noche, para lo cual el señor gobernador debía sacar el estandarte, para el siglo XVIII se mantenía viva la tradición.

Hacia 1678, en los aportes que estaban establecidos en los gastos anuales de la catedral de la herencia dejada por el señor obispo don fray Juan de Espinar y Orozco, se destinaban a

la Cofradía del Santísimo Sacramento media arroba de cera todos los Jueves Santos para colaborar con el monumento que se consumía. Así mismo, el deán don Antonio Barranco, samario, afectísimo cofrade, miembro muy activo de la Cofradía de Jesús Nazareno, bienhechor de ella, dispuso que, al morir (1724), el fruto de la venta de sus pertenencias se destinaran a esa institución para garantizarle sus funciones en la vida religiosa de la ciudad.

Ni más faltaba que la Inmaculada Concepción no tuviera su propia cofradía, la que fue fundada y organizada por el gobernador, el capitán general y maestre de campo don Pedro Gerónimo Royo de Arce, que desde marzo de 1681 dirigía los destinos de la provincia. Los testimonios de la época dan cuenta de que era un ferviente devoto de la Inmaculada Concepción, así se evidenció cuando se estaba reconstruyendo la iglesia catedral, al estar atento a los pormenores del altar donde se colocó la imagen de la Virgen, y aprovechando la oportunidad, el gobernador dispuso y fundó la cofradía, que puso “al cuidado del presidio que de orden de Su Majestad se había establecido”¹¹². La cofradía entró a funcionar con la aprobación de sus estatutos por el señor obispo don Diego de Baños. Esta congregación, aún en el siglo XVIII, se encargaba de todos los preparativos de la celebración de la infraoctava el 15 de diciembre. A la par, esta cofradía de Nuestra Señora de la Concepción estaba a cargo del presidio y donó ochocientos pesos para la reedificación de la iglesia catedral que bajo el mando del obispo, el ilustrísimo y reverendísimo señor maestre don fray Luis Martínez de Gayoso, se reparaba. Así, se logró recuperar tres cuerpos de la iglesia, por lo que se les concedió a los cofrades entierro en la nave colateral izquierda. Prerrogativa que adquirieron por tener, además, el carácter de cofrades, estatus que les permitía acceder a ese y otros privilegios en la red clientelar del cuerpo social de Santa Marta.

La quinta cofradía que se encontró es la de la mártir santa Lucía, a quien los negros de la ciudad le habían construido una ermita, que fue quemada por los piratas conocidos como

¹¹² De la Rosa, Op. Cit. p. 127.

Enemigos del Abra en 1679. El pequeño templo estuvo ubicado a la entrada del río Manzanares, y hasta ese lugar llegaban los peregrinos durante las rogaciones de mayo. Más tarde la imagen se trasladó a la catedral, adonde se adscribió la cofradía que se había organizado. No obstante lo anterior, para el siglo XVIII la santa mártir no poseía su propio altar en la iglesia catedral de la época.

Terminada la reedificación de la catedral vieja que fabricó en su momento el obispo Ocando, se repartieron las naves y los altares. A las cofradías se les asignó su respectivo lugar en las naves menores colaterales, constaba de cuatro altares: el de la derecha se le asignó a san Juan Bautista, el precursor, que tenía su propia cofradía, que quedó encargada de todos los asuntos correspondientes al mantenimiento. Otro altar dedicado a las Benditas Ánimas bajo la responsabilidad su propia cofradía. El altar asignado a santa Bárbara, quedaba en la nave colateral izquierda y era atendida en todo por la Cofradía de los Artilleros Presidarios, porque el gobernador Royo era devoto de la Virgen. En otra parte de la catedral, cerca al altar mayor, y específicamente en la parte derecha de los colaterales del crucero, se colocó la imagen del Señor Crucificado, que tenía su propia cofradía denominada Cofradía de la Soledad, sus cofrades eran los encargados de organizar todas las funciones del Viernes Santo. En la parte izquierda estaba ubicada la Inmaculada Concepción, cuyo altar era atendido por la Cofradía del Presidio y colaboraba la hermandad del vecindario.

En las principales ciudades de la provincia se constituyeron diversas cofradías, por ejemplo en Riohacha, Valledupar, Valencia de Jesús, Ciénaga y con mucha fuerza en Ocaña. Una muestra de la presencia de estas organizaciones religiosas lo constituyó la Cofradía de Nuestra Señora del Rosario, organizada en el marco de las normas establecidas. En un oficio fechado en Ocaña el 2 de diciembre de 1773, firmado por don Manuel Antonio Maladriaga, vecino de esa ciudad, y dirigido al señor obispo, doctor Juan Francisco Javier Calvo, como respuesta a la solicitud de las mayordomas de la Cofradía de Nuestra Señora del Rosario, se pidió el pago de 275 pesos por la utilización de la casa que era de don Felipe Sánchez de la Mota, cofrade que fue de esa organización. La vivienda antes había estado

arrendada al señor don Joseph Tiburcio Ravelo por la suma de 225 pesos, y quien la poseía, señaló en su oficio, no estaba de acuerdo con el valor que se le solicita (275 pesos), por lo tanto anunció que devolvería la casa prontamente a las mayordomas de dicha cofradía¹¹³.

En las indagaciones realizadas sobre las cofradías en la ciudad para el siglo XVIII, no se encontró alguna dedicada a la patrona Santa Marta, sin embargo, en el siglo XX apareció una cofradía con el nombre de asociación, inscrita y certificada por el obispo Joaquín García Benítez el 29 de agosto de 1934. En el documento eclesiástico se certificó que autorizaban a las damas que figuraban en un listado ubicado en el inicio del libro para que bajo el amparo fervoroso de la Asociación a la Advocación de Santa Marta, patrona de esta ciudad y titular de la iglesia catedral, se encargasen con gran esmero y devoción trabajar por el honroso culto a la gloriosa virgen¹¹⁴.

Según se lee en el documento, las fundadoras fueron Dolores de González, Antonia de Guerrero y Finita de Noguera. Además de las fundadoras, el documento certifica quiénes y dónde habitaban las señoras y señoritas que conforman la asociación. Es importante destacar que las integrantes habitaban entre las calles Grande (calle 17), la calle Cangregalito (calle 10), Santo Domingo (calle 16); calle de la Acequia (calle 15); calle de la Cárcel (calle 14); calle de San Francisco (calle 13); calle de la Cruz (calle 12) y la calle Cangrejal (calle 11). Es decir, que las socias habitaban en el centro de la ciudad, donde residían las familias tradicionales de la sociedad samaria, la aristocracia heredera de los rancios abolengos españoles y descendientes de familias europeas, sobre todo italianas y francesas. Así se evidenció al revisar los apellidos de las señoras y señoritas que pertenecían a la organización religiosa reconocida y autorizada por el gobierno eclesiástico de la diócesis.

¹¹³ AHDSM: (Santa Marta). Tomo 1, f. 35.

¹¹⁴ Archivo Personal. Antonia Magri De Guerrero. Certificación Expedida por el obispo Joaquín García Benítez el 29 de Agosto de 1934, p.1.

Además de los apellidos anotados arriba se encontraron, entre otros: Díaz Granados, De Andreis, Pinto, Lafaurie, Escarraga, Infante, Bermúdez, Del Gordo, Mozo, Tache, Tribín, Robles, Iguarán, Abello, Arrazola, Zúñiga, Palacio, Orcasitas, Magri, Monsalvo, Simonds, Coello, Alzamora, Serrano, Ceballos, Capella, Riascos, Motta, Cotes, Sánchez, Cormane, Martínez, Rocha, Vives, Acosta, Correa, Llánez, Aponte, Castro, Manjarrés, Nieves, Elías y Salazar. En la lista no se encontró una mujer perteneciente a la familia tradicional Dávila y sólo una con el apellido Vives, doña Mercedes, residente en la calle Cangregalito, es decir, calle 10, límite entre la ciudad histórica y los nacientes barrios populares Norte y Pescaíto.

Otro aspecto a destacar es que muchos apellidos se repiten en una calle en particular, situación que se puede dar por dos situaciones: uno, porque residen en la misma casa, o dos, son familias agrupadas en casas vecinas, que obedece a una tradición Caribe de casarse e irse a vivir cerca a la casa de los padres, sobre todo de la mujer. Este era el caso de la familia Pinto que en su mayoría residían en la calle Santo Domingo, además existen otros apellidos que aparecen en la mayoría de las calles como la familia Díaz Granados y la familia Robles. Lo anterior no quiere decir que otros apellidos no se repitan, solo que estos eran los más numerosos.

Ahora bien, como se señaló anteriormente, los cofrades tenían el privilegio de ser sepultados en la catedral, por ello se estatuyó que sólo el cofrade podía ser sepultado y éste a su vez debía ser soldado u oficial presidiario o algún descendiente de aquellos. Entregaba a la fábrica un peso por cada sepultura que allí se rompiera, sea alta o baja. La parte destinada fue la nave colateral izquierda, que iba del arco que divide el crucero hasta la puerta colateral de ella y pila, midiendo sus partes a disposición de los cofrades del presidio por tener en el distrito su entierro. Sin duda, pertenecer a una cofradía traía consigo un status social alto y de muchos privilegios dentro de la jerarquía de la sociedad colonial. Los integrantes de dichas organizaciones religiosas tenían reconocimiento de la autoridad eclesiástica superior de la ciudad, por lo que eran vigiladas y controladas por las autoridades coloniales.

Los asociados a las cofradías cancelaban cuotas que se asentaban en los libros de cuentas. Un dato interesante es cuando se solicitó al señor tesorero del real decimal, don Gabriel Díaz Granados, que le exigiera a aquellos que estaban en la obligación de contribuir con los diezmos lo hicieran para la construcción del colegio seminario. Además, que el señor provisor y vicario general permitiera a los mayordomos de las cofradías de Santa Marta facilitaran los libros de cuenta, y estando al corriente de lo recaudado el año anterior, se demandara el tres por ciento como aporte para el colegio seminario. Así mismo, se anunciaba a los vicarios del obispado para que esta solicitud se cumpliera en las cofradías y clérigos, haciendo entrega jurada del listado con el producido de ellas y de las cofradías¹¹⁵.

Aunque no se pudo acceder a estos libros, por no existir en el Archivo de la Diócesis de Santa Marta y en los otros archivos consultados, se conoce que las cofradías en Santa Marta, capital y provincia, eran varias y con recursos significativos. Puede verse que las cofradías no sólo tenían el compromiso con su patrono o patrona, sino que debían aportar el tres por ciento de sus ingresos a la construcción del colegio seminario. Su construcción debía iniciarse cuando quedara lista la catedral.

Además de las contribuciones que los asociados a las cofradías hacían en vida, fue común que los cofrades, seglares y clérigos, dejaran en su testamento propiedades y bienes a las organizaciones a las que pertenecían, lo que garantizaba su permanencia en el tiempo. Restrepo anota que el 12 de diciembre de 1811, se concedió una licencia a los feligreses de la Parroquia de San Miguel, fundar una Cofradía al santo y a las Ánimas del Purgatorio en el cementerio, que para el momento quedaba en los extramuros de la ciudad¹¹⁶.

3.5. Fiestas religiosas paradigmáticas

¹¹⁵ AGI: (Sevilla). Legajo: Santa Fe 1199; Doc.: Cabildo Eclesiástico; Fecha: 25. Dic. 1796; ff. 86-87-88.

¹¹⁶ Restrepo Tirado. Historia... Tomo II. Op. Cit., p. 345.

El profundo fervor religioso de los habitantes de Santa Marta, no es más que una muestra de la forma como asumieron los samarios el compromiso con la Iglesia católica. Un papel preponderante lo jugaron las elites de la ciudad encabezadas por los peninsulares que intentaron garantizar su permanencia en la ciudad responsabilizándose de los procesos de evangelización iniciados en el siglo XV en Hispanoamérica. Para ello, no sólo debieron cumplir sagradamente el calendario y las fiestas de guardar, sino también las celebraciones reales solicitadas por los reyes y las Cortes españolas.

Ese fervor religioso en el que jugaron un papel determinante las elites y las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, se daba con mayor fuerza y devoción en dos de las tantas fiestas del calendario cristiano, en este aparte se pretende dar cuenta de ellas: la fiesta de Corpus Christi y la celebración a la Inmaculada Concepción. Festividades que tuvieron en la ciudad un espacio significativo en la vida religiosa de los samarios, a tal punto que en algunos momentos del siglo XVIII opacaban la conmemoración a la patrona santa Marta.

3.5.1. Corpus Christi

Es posible considerar la fiesta de Corpus Christi como una celebración triste, de recogimiento, de adoración al Santísimo Sacramento, con una profunda significación para el mundo cristiano. En el Nuevo Mundo fue de las primeras conmemoraciones católicas, que dentro de una lógica nueva y diferente impusieron los conquistadores. De ahí que su celebración tuvo desde sus inicios un matiz disímil, pero igualmente de alta participación de los nativos porque les permitía expresar sus prácticas culturales propias, las que hacían su aparición anualmente. Fiesta de recogimiento, de adoración al santísimo, rito sagrado y rito secular (profano) se confunden y mezclan en esta ceremonia. En la América hispánica, el gobierno eclesiástico y civil organizaba las funciones religiosas con exactitud, no obstante no sucedía lo mismo cuando permitían cierta licitud de los nativos y de otros

sectores sociales, quienes participaban con danzas y bailes sugeridos por los peninsulares, que eran quienes conocían perfectamente la tradición de la fiesta del Corpus Christi en Barcelona y otras ciudades de la península ibérica.

Una breve historia de la fiesta señala su origen en Bélgica, específicamente en la ciudad de Lieja. En el siglo XIII se producen hechos prodigiosos, “especialmente eucarísticos”, entre ellos se destacan los milagros de Bolsena en Italia y de Daroca en España y la visión de la beata Juliana de Lieja, quien interpreta que debe incorporarse al año litúrgico una fiesta para homenajear el triunfo de la Eucaristía. “Consecuencia inmediata de la exaltación eucarística promovida por los milagros y de la necesidad de contrarrestar las herejías fue la institución de la festividad del Corpus Christi”¹¹⁷. La primera fiesta se realizó en la diócesis de Lieja y luego se expandió al mundo católico en 1262, dos años después el papa Urbano IV la instituyó, más tarde la confirmó el papa Clemente V hacia el año de 1311 y aún más en la bula papal de 1316.

Al extenderse animadamente desde el papado tal festividad, los católicos del mundo comenzaron a celebrar el triunfo de la Eucaristía (Dios) frente al mal (el demonio). Fue así como llegó a la península ibérica. Se sabe que en muchas provincias y ciudades se hacían grandes festejos: Toledo, Valverde de los Arroyos, Barcelona, entre muchas otras. En esta última ciudad los festejos se iniciaron 1320, constituyéndose en la primera ciudad española en organizar la fiesta, desde ese mismo momento adquirió un importante significado religioso e igualmente una “extraordinaria valoración ciudadana”.

Sin duda, la procesión del Santísimo Sacramento se constituyó en el eje central de la celebración, sin desconocer la importancia de los oficios religiosos con toda su ritualidad celebrativa. Durán¹¹⁸ señala que al inicio se engalanaban con las suntuosidades que ofrecían en las procesiones y sus comitivas, las cuales iban cargadas de alusiones

¹¹⁷ Durán y Sanpere, Agustín. La fiesta del Corpus. Barcelona, Ayma, 1943, p.7.

¹¹⁸ Durán y Sanpere, Agustín. Op, Cit. 1943, p.8.

espirituales, pero que paulatinamente fueron perdiendo su esencia hasta quedar reducidas a unidades simbólicas y casi sin una fidelidad.

En sus inicios, la festividad tenía una fuerte presencia de la sociedad cortesana, sin embargo, con el correr de los años, otros sectores de la sociedad barcelonesa se incorporaron dándole a la fiesta una dinámica diferente y de amplia participación, convirtiéndose en una fiesta ciudadana, cívica. Aunque no se conoce una descripción de la procesión en Barcelona, sí se sabe que se leían pregones, el primero de ellos fue leído por orden de los concellers y hombres en las calles de Barcelona en 1320. Desde ese año la fiesta tuvo una gran acogida y durante todo el siglo XIV se fue consolidando. El año de 1391 fue clave en la conformación de la fiesta, su solemnidad aumentó. El pintor local Berenguer Lleopart suministró los elementos y accesorios y el ajuar completo que necesitaron los personajes protagonistas de la procesión. Durán¹¹⁹ piensa que el esmero por lucirse en la celebración ese año obedeció a que en la ciudad estaba el infante don Martín, duque de Gerona, quien después fue exaltado como rey de Aragón.

La fiesta barcelonesa del Corpus Christi tuvo avances significativos durante el siglo XV y hacia 1424 se encontraban descripciones completas de las procesiones. Para ese año ya era de público conocimiento el papel que jugaba la fiesta en la vida cristiana de los catalanes y en la sociedad en general. La conmemoración había incorporado nuevos aditamentos, por lo tanto, se había consolidado como tal, tanto que el rey don Alfonso V, el Magnánimo, asistió ese año a la fiesta. Para ese momento ya era una costumbre establecida, con más de un siglo de festejos, nada aparece como fortuito, todo se mostró organizado, con una estructura previamente establecida.

Sin profundizar en la descripción de la fiesta barcelonesa, se puede señalar que desde el día anterior la ciudad se llenaba de gentes de todas partes, el centro, la catedral y la iglesia de San Jaime se transformaban. La participación del consejo de la ciudad era fundamental,

¹¹⁹ Durán y Sanpere, Agustín. Op, Cit. 1943, p.17.

dos obreros de ellos y cuatro ciudadanos elegidos por los concellers, al lado de los canónigos que el cabildo señalaba, encabezaban la procesión que iniciaba su recorrido cuando finalizaba el sermón en la catedral. En la descripción elaborada por Agustín Durán y Sanpere¹²⁰ se señalan varios momentos. En el primero: la catedral, la ciudad y las cofradías, en el segundo; la participación popular con sus entremeses y las representaciones de personajes de la Antigua Ley y del santoral cristiano. Aunque no es interés de este trabajo extenderse en estos aspectos históricos de la fiesta del Corpus Christi en Barcelona, sólo se señalaran algunos aspectos y fechas para conectar la fiesta con la llegada de la misma a la América hispánica.

Antes que el papa Urbano IV estableciera oficialmente la fiesta cristiana del Corpus Christi, en 1264, ya se había festejado en el año 1230 (Toledo, España), pero no fue sino hasta mediados del siglo XVI y XVII cuando adquirió su verdadero esplendor. Desde el siglo XV, el Corpus fue la principal fiesta celebrada en Sevilla, en aquel tiempo era una costumbre barrer, regar, limpiar las calles y las plazas de la ciudad. También era común utilizar la juncia y el arrayán, así como el romero y el brezo (entre otras plantas aromáticas) para alfombrar las calles de Sevilla (1446). Cabe aclarar que las dos últimas plantas mencionadas eran utilizadas en menor medida, en comparación con la juncia o el arrayán. De esa forma, en el Corpus sevillano, los adornos de juncias, espadañas y mastranzos hacían parte de toda una tradición decorativa. Se afirma que “en el siglo XV el condestable Miguel Lucas de Iranzo mandaba barrer la calle delante de su casa jiennense, cubrirla de ramos y juncia, así como engalanar las paredes con paños”¹²¹. Indudablemente, Sevilla acogía la celebración, sus representaciones solemnes y espectaculares, mostraba la jerarquía social y religiosa. En general, en dicha ciudad tendría más arraigo que en los pueblos cercanos por la fastuosidad de los espectáculos exhibidos, donde se mostraba la división entre espectadores y actores, en cambio en los pueblos la participación de la vecindad era activa.

¹²⁰ Durán y Sanpere, Agustín. Op, Cit. 1943, pp. 19-20.

¹²¹ Del Campo Tejedor, Alberto y Ana Corpas García. El mayo fiestero. Ritual y religión en el triunfo de la primavera. Sevilla, 2005, p. 304.

Efectivamente, la fiesta adquiere un mayor auge en el siglo XV, es en esa centuria cuando los españoles llegaron al Nuevo Mundo, América, y entre las tradiciones católicas importantes estaba en primer orden la fiesta al Santísimo Sacramento. Es decir, aunque la fiesta tiene menos de 200 años de estar celebrándose en la península ibérica, se extiende rápidamente por América, de hecho se encuentra en México, Puerto Rico, Venezuela, Bolivia, Ecuador, Colombia, entre otros.

En Colombia la fiesta ha tenido presencia desde la época colonial. Desde 1550 se encuentra referenciada en Tunja, Santa Marta, Mompox, Cartagena de Indias, Santa Fe de Bogotá, Santa Fe de Antioquia, Popayán, más tarde en Valledupar y en poblaciones como Guamal (Magdalena), Antaquez (Cesar), Natagaima (Tolima), el Guamo (Tolima), Sutatausa (Cundinamarca), Chiriguaná (Cesar) y otros poblados. En Santa Marta la fiesta aparece enunciada en un informe que elabora el licenciado Montaña, miembro de la Audiencia de Santa Fe, texto firmado en la ciudad el 6 de noviembre de 1554, donde esboza una serie de irregularidades del obispo fray Juan de los Barrios, quien había trasladado la diócesis para Santa Fe en 1553, al poco tiempo de haber llegado de Santa Marta. En lo pertinente señala: son tantas las fallas que una gran cantidad de nativos, e indios ladinos, algunos con tachas y sin un amo, traen consigo a otros que se encuentran en su misma condición. Da cuenta el texto de borracheras celebradas por estos con previo consentimiento del obispo De los Barrios, llegando a contar con la asistencia de más de doscientos indios e indias en la fiesta de Corpus Christi del año 1554¹²².

Según esto, el obispo De los Barrios permitía y animaba las borracheras de los nativos en la fiesta de Corpus Christi en Santa Fe, seguramente en su paso por Santa Marta lo había autorizado igualmente. Por esta razón es que una objeción que siempre se hace a la cultura popular tradicional, tiene una base moral, porque “las fiestas eran denunciadas como

¹²² Friede, Juan. Fuentes documentales para la historia del Nuevo Reino de Granada, desde la instalación de la Real Audiencia en Santafé. Tomo II. 1553-1555. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, vol. 90, 1975. p. 211.

momentos propicios para el pecado, especialmente los de embriaguez, glotonería y lascivia, y como aliento a la servidumbre del hombre al mundo, el demonio y –sobre todo– la carne”¹²³. Por ello, el licenciado Montañó, celoso en el cumplimiento de sus deberes como miembro de la Real Audiencia, condenó el comportamiento permisivo del obispo De los Barrios.

El texto *Las fiestas de junio en el Nuevo Reino* de la autoría de la profesora Susana Friedmann¹²⁴, plantea que al comienzo, durante la España renacentista, las procesiones de Corpus Christi mantuvieron su carácter religioso mediante actos solemnes dirigidos y concertados por la Iglesia. Tiempos después, la ceremonia recibió algunos elementos recreativos adoptados por la misma Iglesia para redefinir así buena parte de la naturaleza tradicional del Corpus. De esa manera, ya no se trataría meramente de una actividad litúrgica, sino también dramática, y con el tiempo, incluso permitiría la incorporación de los ciudadanos. Afirma que se incluyeron representaciones de artes, teatro, danza, juegos y diversidad de competencias donde el pueblo llegó a ser el invitado principal y el comisionado para rendir homenajes y acompañar con sus aplausos¹²⁵.

Con estas características, la fiesta es acogida por el mundo católico de Hispanoamérica hasta nuestros días. Las procesiones llenas de colores con danzas de moros, cabezones, enanos, paragüeva, animales diversos, unos personificando el Mal y otros el Bien, como las cucumbas. Los enmascarados fueron un elemento fundamental de la celebración bailando y danzando durante el recorrido de la procesión. Estas expresiones carnales fueron reprimidas en España y Santa Marta, sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX. A pesar de ello, la celebración se siguió realizando en pueblos de la antigua provincia de Santa

¹²³ Burke, Peter. *La cultura popular en la Europa Moderna*, Madrid: Alianza, 1991, p. 301.

¹²⁴ Friedmann, Susana. *Las fiestas de junio en el Nuevo Reino*. Bogotá: Kelly-Instituto Caro y Cuervo y Patronato Colombiano de Artes y Ciencias, 1982, p. 208.

¹²⁵ *Ibíd.*, p. 22.

Marta y Cartagena. En la primera, se celebraba en poblaciones como Atánquez, Guamal, Santana, Chiriguaná, Valledupar y Ciénaga; en la segunda, en ciudades como Mompox¹²⁶.

Era costumbre limpiar en las vísperas las calles por donde pasaba la imagen del Santísimo, asimismo, la plaza de la iglesia en los pueblos o la plaza mayor en las ciudades grandes quedaba impecable y la población vestía sus mejores galas. En su recorrido, el Santísimo y la procesión que lo acompañaba se detenían en los lugares donde los vecinos arreglaban un altar alusivo al ritual utilizando material reciclable y figuras efímeras. También productos naturales como frutas, hojas de grandes árboles y palma sará o amarga, allí el sacerdote que presidía la procesión colocaba el santísimo y se entronizaba.

Desde los tiempos de la Colonia, un repique de campanas y el redoble de tambores anunciaban que el día de Corpus había llegado. El pueblo se congregaba en la plaza mayor para escuchar la santa misa y los eventos particulares de la festividad, en los actos se utilizaban máscaras y pitos, habitantes de diferentes lugares asistían con sus mejores prendas, vestidos de seda o telas extravagantes y mucho colorido con arandelas. Ahora bien, los más humildes acudían bien presentados y aseados con sus mejores mantas, se daba un último repaso de las danzas y comparsas, cada uno iba ocupando el lugar en que se presentaría en la procesión.

Durante el siglo XVIII la fiesta tuvo en Santa Marta toda la fuerza y tradición católica traída de España. El día jueves, de acuerdo al calendario cristiano, en el mes de mayo la

¹²⁶ Sobre este tema pueden consultarse los libros de Gnecco Rangel Pava, *Aires Guamalenses*, Bogotá: Kelly, 1948; Enrique Pérez Arbeláez. *El Magdalena. La cuna del porro*, Bogotá: Antares, 1953; Manuel José del Real. *Rasgos históricos de Santa Marta*, Santa Marta: Academia de Historia del Magdalena, 1992; Luis Eduardo Cabrales Jiménez, *Mompox, historia y tradición religiosa*, Medellín: Lealón, 2008; Edgar Rey Sinning. *Virgenes, máscaras y tambores. Religiosidad popular en el Caribe colombiano*. Cartagena de Indias: Ediciones Plumas de Mompox, 2011; Patrick Morales Thomas. *Los idiomas de la reetnización. Corpus Christi y pagamentos entre los indígenas kankuamo de la Sierra Nevada de Santa Marta*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2011; Jairo Enrique Soto Hernández. *El diablo en la cultura popular del Caribe colombiano. Del Corpus Christi al Carnaval de Barranquilla*, Barranquilla: La Iguana Ciega, 2012.

celebración de Corpus Christi se organizaba con procesión y octava, el palio le correspondía llevarlo al cabildo¹²⁷.

Si bien es cierto que en la documentación revisada para el periodo no se encontró una descripción de la fiesta, sí aparece en la tabla de arancel de los derechos parroquiales que se exigían en la iglesia catedral de Santa Marta para 1808, teniendo en cuenta las decisiones del sínodo de Caracas y las costumbres en la ciudad. La fiesta de Corpus Christi tenía los siguientes costos por cada actor importante en ella: contribución al cofre, 10 pesos; además, dos pesos al preste, uno se le pagaba al diácono, otro al subdiácono, uno al chantre, uno al turibulo y monaguillo, dos al campanero para repicar el octavario y cuatro al sacristán por el cuidado de la cera, en total los gastos equivalían a 22 pesos¹²⁸. Aunque no aparezca la descripción, en la ciudad sí existía la tradición de celebrar con grandes festejos la fiesta en honor al Santísimo Sacramento desde 1529, como bien lo testimonia De la Rosa.

El 22 de marzo de 1529 se celebró la primera misa en honor al Santísimo Sacramento en la recién construida catedral de paja, oficio religioso que estuvo a cargo del padre dominico fray Tomás Ortiz. A partir de ese momento, las celebraciones se realizaron con toda la pompa en medio de los escasos recursos y de la poca población siguiendo la tradición de celebrar el 22 de marzo de cada año los festejos en honor al Santísimo Sacramento. Así se hizo en 1549 cuando regentaba la diócesis el fray Martín de Calatayud, quien mejoró las condiciones materiales de la iglesia que encontró y construyó otra en un lugar más cercano a la ciudad, dejando la anterior como hospital de San Sebastián. Ese traslado se realizó el 22 de marzo de 1549, como dice De la Rosa, que lo encontró en documentos antiguos de la fábrica de la catedral. Pocos años después se encontró que la festividad tenía tanta importancia que el provisor Pedro García Matamoros, al morir en 1572, en la población de Tocaima, dejó una partida para que se celebrara una misa cantada con su respectiva procesión al Santísimo Sacramento cada primer domingo del mes.

¹²⁷ De la Rosa, Op. Cit., p. 380.

¹²⁸ AHDSM: (Santa Marta). Tomo 8, f. 6.

Al obispo fray Martín de Calatayud lo sucedió el fray Sebastián de Ocando, perteneciente a la orden de los franciscanos. Fue él quien reedificó la nueva catedral, trayéndola hacia donde se estaban concentrando los vecinos, que era hacia la parte oriental. “Y por seguir la secuela de las otras erecciones de la catedral, hizo y celebró la de su nuevo templo el día 22 de Marzo del año de 1617, trayendo en procesión con solemnísima fiesta, de la catedral vieja a la nueva, al SANTÍSIMO SACRAMENTO, que se colocó en ella, dejando la otra para hospital, con el título de San Sebastián”¹²⁹. Los festejos fueron en grande, los vecinos se alegraban pensando que la ciudad se consolidaba con la construcción de la nueva catedral, por eso todos los oficios religiosos del día se ejecutaron con los honores posibles, hubo regocijos y fiesta por este nuevo episodio de la cristiandad.

Siguiendo el curso a estos festejos se encontró que cuando estuvo de obispo el limeño fray Juan Espinar y Orozco¹³⁰, de la orden de los dominicos, quien llegó consagrado en el año de 1643, impuso una capellanía en la catedral al Santísimo Sacramento. El objeto definido fue que se renovara el pan eucarístico por medio de una misa cantada por el maestro de capilla, el cual había sido contratado para tal fin. Los actos se debían realizar todos los jueves del año, contando, además, con el acompañamiento musical del órgano y cuatro chirimías las cuales eran ejecutadas por cuatro negros de propiedad del señor obispo. Interesante resulta la presencia de negros ejecutando las chirimías, es posible que el obispo Espinar los haya traído desde Lima o que vivieran en la ciudad, lo cierto que este aspecto es importante destacarlo porque nos permite apreciar el valor de esta práctica religiosa entre los samarios, la que sin duda llegó con mucha presencia religiosa y profana hasta finales del siglo XIX.

Hacia 1663, el obispo Francisco de la Trinidad y Arrieta, miembro de la orden de los franciscanos, al viajar a Cartagena a su consagración, dejó encargado de la obra de

¹²⁹ De la Rosa, José Nicolás. Op. Cit. p. 79.

¹³⁰ Recuérdese que este obispo, al morir, dejó destinados unos recursos para que se le celebraran tres misas anuales en su nombre.

reparación de la catedral al doctor César. Se esmeró en concluir los trabajos para que en Semana Santa de ese año estuviera lista, coincidentalmente el 22 de marzo fue Jueves Santo. Por supuesto, la celebración fue muy emotiva por todo lo que significaba el Santísimo Sacramento para los samarios. Como se dijo, la catedral entregaba todos los Jueves Santos una arroba de cera para construir el monumento en honor al Santísimo Sacramento.

En 1681, con motivo de adelantar los días dedicados a las carnestolendas del año siguiente, el obispo doctor don Diego de Baños y Sotomayor, para diciembre, por los días de la Inmaculada Concepción, colocó en la catedral el Santísimo Sacramento, que se descubrió los días 8, 9 y 10 de diciembre. Aunque todos los 8 de diciembre se daban “los desagravios del Santísimo Sacramento, fiesta instituida en todos los reinos por la Majestad del rey nuestro Señor D. Felipe V”¹³¹.

Un hecho significativo fue cuando regía los destinos del gobierno eclesiástico el obispo doctor don Gregorio Agustín Jaimes Bazán y Pastrana. Por algunos problemas la visita que inició no pudo concluirla sino otro cura, el sacerdote don Juan Cuadrado de Lara, quien se desempeñaba como coadjutor de la catedral. Fue tan importante para la fe católica y la diócesis que De la Rosa comenta que tuvo en sus manos los documentos originales donde, con el propósito de eliminar de los pueblos de indios sus idolatrías, se mandó incinerar adoratorios e ídolos de estos, ello sucedió en plena plaza pública de la ciudad de Valledupar. En su reemplazo se instalaron templos decentes al Santísimo Sacramento, la contribución para ello se hizo por parte de la Real Hacienda, por ser la manera más indicada. Esta práctica se inició con la colocación de una cruz en señal de tierra conquistada para el rey y para Dios.

¹³¹ De la Rosa, José Nicolás. Floresta de la santa iglesia catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta. p 381.

Se sabe que todos los domingos primero de Pascuas de Flores, se realizaba por la ciudad una procesión con el señor Resucitado y en Patente del Santísimo Sacramento. En un ensayo publicado en el libro *Virgenes, máscaras y tambores. Religiosidad popular en el Caribe colombiano*, publicado en 2011, con el título de “El diablo y las cucambas en la Costa Caribe colombiana”, se dio cuenta de esta celebración en varias ciudades y pueblos de la antigua provincia de Santa Marta, incluyendo su capital. En el texto se dispone información documental de libros y periódicos del siglo XIX editados en Santa Marta y entrevistas a viejos lúcidos participantes de la fiesta de Corpus Christi. Pero como ilustración de la fuerza de la fiesta y la persecución contra ella, se transcribe una queja de un ciudadano “de bien” aparecida el 27 de mayo de 1847 en el periódico *El Samario Noticioso*. El quejoso en cuestión dijo que la danza representada por la compañía de diablitos, empañaba la verdadera intensidad de lo que era la celebración del Corpus Christi porque se mofaba su divinidad, por lo cual hacía una petición al jefe político para que no se volviera a consentir la salida de esta función el año venidero ni los próximos¹³². En ese mismo periódico se insistía en la denuncia cuatro días después, ya que el jefe político no había actuado y le dice: “Los Diablitos siguen sus ensayos. Por Dios no permita usted que salgan el día de Corpus a mofar la procesión y a escandalizar las calles. Si fuéramos nosotros los que únicamente los viéramos brincar, sería nada; pero hay tantos extranjeros en el país que se rían de esta costumbre”¹³³.

De tal manera que por lo menos un mes antes de la fiesta de Corpus Christi, se practicaba y se preparaba para el ritual las danzas de diablitos, que venían desde la Colonia y que en los primeros años de la República tenían presencia. Esta festividad era considerada como oficial en la catedral, porque había otra popular en la Plaza de San Miguel, donde sí se permitía todo tipo regocijos religiosos y profanos. Por lo tanto, la fiesta “oficial” de la catedral presidida por el señor obispo era perseguida en las expresiones festivas mundanas.

¹³² Citado por Édgar Rey Sinning. *Virgenes, máscaras y tambores. Religiosidad popular en el Caribe colombiano*, Cartagena de Indias: Ediciones Pluma de Mompox S. A, 2011, p. 54.

¹³³ Citado por Édgar Rey Sinning. Op. Cit. 2011, p. 55.

La elite naciente no estaba de acuerdo con las prácticas culturales profanas, por lo que eran perseguidas.

La persecución fue constante y los sectores sociales dominantes de la sociedad samaria lograban minimizar las manifestaciones populares, tanto que para el año siguiente en otro periódico se lee la siguiente nota:

Mañana es Corpus. Ya está pintada la calle Real, esto es, ya están cubiertas con tiernas de colores sus paredes; en cada bocacalle hay un altar, y de trecho en trecho se ven arcos en el fondo del trayecto. Cada día es más sencilla aunque no menos majestuosa y elegante la augusta procesión del Santísimo Sacramento; pues ahora no hay toda aquella farsa de mampuchos, tarascas y matachines; de ballenas, loros y piscos que hacían de la ceremonia una ridícula y detestable pantomima; sin que esto quiera decir que en los barrios no haya que dado todavía algún vestigio de costumbres tan impías¹³⁴.

Queda claro que la persecución fue implacable contra las danzas que participaban en la ceremonia de la catedral y que recorría las calles del centro de la ciudad, sobre todo la calle Grande, hoy 17, en el siglo XVIII, calle Real o también de La Veracruz. Pero a pesar de la policía y las prohibiciones, los sectores subalternos de la sociedad samaria se refugiaron en los barrios populares donde se vivía la fiesta en todo su esplendor, como lo comprobó el escritor Manuel José del Real en su pequeño libro *Rasgos históricos de Santa Marta*¹³⁵. El autor señala que la celebración en San Miguel en el mes de julio por los días de la fiesta de la Virgen del Carmen, fue una fiesta exclusivamente del pueblo, pero la ciudad en general participaba. Lo vigoroso de la fiesta se expresaba en muchos eventos profanos que se realizaban alrededor de la fiesta del Corpus.

¹³⁴ Citado por Édgar Rey Sinning. Op. Cit. 2011, p. 55.

¹³⁵ En su libro *Rasgos históricos de Santa Marta*, el autor Manuel José nacido en 1862 y murió en 1936, escribió sus recuerdos y aquellos hechos contados por sus padres y ancianos lúcidos. En el texto describe con mucha precisión la ceremonia que se celebraban en la Plaza San Miguel, a donde concurría una gran cantidad de samarios y de los pueblos vecinos a disfrutar de los juegos (el gallo, vara de premio), igualmente describe los vestidos que utilizaban los diablos y las cucambas que se convertían en la principal atracción profana. Era una danza de adoración al Santísimo Sacramento.

Pero la aristocracia samaria, ejerciendo su hegemonía y con el acompañamiento del obispo doctor José Romero, puso fin a la fiesta de Corpus de San Miguel y sólo se permitió la de la Virgen del Carmen. A pesar de que la celebración había transitado todos los periodos de la historia local y nacional, es decir, Conquista, Colonia y la República, con el correr de los años en 1873 fue reprimida, no permitida. No obstante, quedaron algunas celebraciones en la población cercana de Mamatoco, en pueblos más grandes como Ciénaga, Guamal, Chiriguaná, Atánquez, Villanueva (La Guajira) y la misma ciudad de Valledupar. Pero el continuador de la obra destructora de la fiesta la prolongó su sucesor, el obispo Rafael Celedón, quien persiguió a los participantes de las poblaciones cercanas hasta que la fiesta profana desapareció quedando solo los actos religiosos. Sin embargo, en poblaciones como Chiriguaná, Guamal, Santana, Atánquez y la ciudad de Valledupar se mantuvo hasta hoy. Sólo en Santana la fiesta profana desapareció recientemente porque no hubo continuadores del papel del diablo.

La danza de diablos y cucambas comenzó a salir en desfiles carnavalescos del Once de Noviembre en Cartagena de Indias a comienzos del siglo XX porque fue criticada, así que se le pidió a los organizadores de la fiesta que no se permitiera la presencia de los diablos espejos, como así comenzó a llamarse la danza¹³⁶. Esa misma transformación de danza de adoración al Santísimo Sacramento, en Sabanalarga, Atlántico, pasó a ser una danza carnavalesca con un nombre que expresa exactamente lo que hacen: *Los Diablos Arlequines*, participando desde hace varios años en los desfiles del Carnaval de Barranquilla. Danza festiva de goce, con saltos acrobáticos, juegos con el fuego, saltos sobre unas botellas, y todo eso se hace llevando cuchillos afilados en los tobillos (como unas espuelas) que producen cierta tensión entre los espectadores.

¹³⁶ Gutiérrez Sierra, Édgar. Republicanismos, fiesta, exclusión y ciudadanía en Cartagena de Indias. En: Revista Historia y Cultura, Año 1, no. 1, 2da. Época, 2004, pp. 199-202, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad de Cartagena, Cartagena.

3.5.2. Inmaculada Concepción

La fiesta a la Inmaculada Concepción se inscribe en las celebraciones cristianas que la Iglesia ha tenido necesidad de definir a través de la decisión del pontífice romano como máxima autoridad de la Iglesia católica. Desde siempre la Iglesia católica romana creyó que la Virgen María fue en todo tiempo limpia y pura, sin mancha original de pecado. Sin embargo, uno de los puntos a tener en cuenta, tema de discusión por muchos años y varios siglos, fue definir si su pureza incluía o no la de ser concebida sin la mancha del pecado original, que se supone tienen todos los seres humanos al nacer. Mancha que presume se elimina con el bautismo como primer sacramento. Los griegos católicos y otras comunidades cristianas comenzaron a celebrar con alborozo y devoción la fiesta de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, Madre de Jesús, con su “*amantísimo esposo*” José, elevado al santoral como san José.

Pero para la Iglesia no dejaba de ser un problema más de los tantos que le ha tocado afrontar y resolver a lo largo de su historia. En este caso la iglesia tenía la obligación de esclarecer la situación de la Inmaculada Concepción de María, el que estaba contenido en la Revelación. Esto fue ratificado en 1854 por el papa Pío IX, a petición del episcopado mundial, cuando proclamó la Bula *Ineffabilis Deus*¹³⁷. Dogma que se definió en el Breve Pontificio *Sollicitudo Omnium Ecclesiarum*, dado a conocer en 1661 por el papa Alejandro VII. La Bula era muy significativa para el mundo católico, dado que en ella estaba contenida en forma solemne la verdad revelada sobre el privilegio concedido a María de nacer sin el pecado original. Con la expedición del acto normativo de la bula, se envió al mundo católico el mensaje claro y preciso para que conociera mejor el privilegio de la *Madre de Jesús*. Tal determinación ratificó y aumentó la devoción que ya existía en el

¹³⁷ Esta bula establece que la “bienaventurada Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de pecado original en el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios Omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano”. Citada por José Cesáreo López Plasencia, en su artículo *La orden seráfica en la plástica Canaria. Iconografía franciscana del barroco en la pintura y el grabado de la Villa de los Realejos, Tenerife*, Tenerife: En: Tebeto. Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura, 2002, pp. 324-325, 358.

pueblo cristiano y que en varias ocasiones los papas habían salido a defender la fiesta en homenaje a la Virgen.

Poco tiempo después, 1665, pasados cuatro años desde la Proclamación del Dogma la Inmaculada, la Virgen se le aparece a la niña Bernardita Soubirous (santa Bernardita). La niña preguntó: “Señora, ¿tiene la bondad de decirme su nombre?”. Y la Virgen le contesta: “Yo soy la Inmaculada Concepción”. La otra aparición fue a la mujer portuguesa Beatriz Da Silva Meneses, luego santa Beatriz de Silva. Fue ella la que reveló la forma como la vio: con túnica blanca, manto azul y debajo de sus pies la Luna. Así la describió el pintor el sevillano Francisco Pacheco (1564-1654). Pero fue realmente otro sevillano, Bartolomé Esteban Murillo (1617-1682), pintor barroco, quien logró popularizar la imagen en España durante todo el siglo XVII, gracias al fervor mariano que caracterizó a ese país.

Ahora con la bula papal, se estableció la celebración el día 8 de diciembre, fecha que resultó de calcular los nueve meses antes del nacimiento de la Virgen, que se conmemora el día 8 de septiembre. Esto no quiere decir que no se dieran celebraciones a la Inmaculada porque ya en el siglo VII en extensas aéreas de Oriente se daban, como también en la parte septentrional de Italia sometida por los bizantinos. Pero fue en 1476 cuando se incluyó en el calendario romano, y casi un siglo después, en 1570, el papa Pío V publicó el nuevo oficio. No obstante, 138 años después (1708), la Iglesia, por medio de su papa Clemente XI, extendió la fiesta en homenaje a la Inmaculada Concepción a todo el mundo cristiano. Esto significó que la devoción por la Virgen aumentó vertiginosamente si se compara con las devociones del siglo VII, que se reducían a algunos territorios como los señalados arriba. Pero los festejos en su honor se remontan a los mismos orígenes del cristianismo, venerada como la “Toda Santa”.

Si bien en 1662, por medio de la Real Cédula de 26 de mayo, firmada en Madrid, el rey Felipe IV (1605-1665) proclamó el Dogma de la Inmaculada Concepción y así lo hizo

saber a sus vasallos en el Cuzco y tal vez a toda América¹³⁸, la llegada de esta festividad al continente se remonta al siglo XVI. Una leyenda encontrada menciona que hacia el año de 1562 el avilés don Lorenzo de Cepeda (1519-1580), quien viajaba al Perú, debió detenerse en las costas nicaragüenses (hoy El Realejo) por una tormenta tropical. Entre sus pertenencias llevaba la imagen de la Inmaculada, busto que llamó la atención a los nativos, quienes lo presionaron para que les regalara la efigie, lo que sucedió. Hoy es la patrona nacional de Nicaragua.

La llegada a Santa Marta no está clara hasta donde se conoce, ya que la mejor fuente que se tiene es el libro *Floresta de la Santa Iglesia Catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta* de la autoría del alférez real José Nicolás de la Rosa, escrito en la primera parte del siglo XVIII. El autor dijo que la imagen que se veneraba en la ciudad y que fue colocada en la catedral, no pudo haber llegado cuando reinaban los Reyes Católicos, específicamente por voluntad de la reina Isabel, ya que para el periodo de su reinado no “se había descubierto la provincia”¹³⁹. El alférez real, que había encontrado en la ciudad tal leyenda, revisó en los archivos buscando la real cédula que remitió las imágenes de la Virgen de la Inmaculada Concepción y los Remedios. Ésta debía quedarse en Santa Marta y la primera ir a Riohacha, pero las autoridades samarias abrieron equivocadamente el cajón donde iba la Inmaculada, les gustó y se quedaron con ella. Posiblemente al ver el color negro de la Virgen de los Remedios la rechazaron y se quedaron con la blanca, esto tal vez obedeció al racismo peninsular. De la Rosa señala el ingreso de la imagen de la Concepción, que es venerada en estas tierras y reverenciada en la santa iglesia catedral, y que es conocida en el Nuevo Reino de Granada. Se suministra gracias a la información de la reina doña Isabel la Católica por medio de una real cédula para que se festejase en su real nombre. Por lo tanto, se reconocieron como fiestas reales con toda su octava, de ahí que su celebración fuera más majestuosa que otras¹⁴⁰.

¹³⁸ Real Cédula 7 de febrero de 1686, firmada por Carlos II.

¹³⁹ De la Rosa, José Nicolás. *Floresta de la santa iglesia catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta*. p 193.

¹⁴⁰ *Ibíd.*

En la búsqueda de establecer la verdad sobre el origen y la fecha de remisión, el alférez real consultó algunos ancianos y patriarcas de la elite samaria como al arcadiano Julián Jiménez de Alarcón, quien le aseguró haber tenido en sus manos el documento (real cédula) en los años en que se desempeñó como secretario del cabildo el doctor Diego Fernández César. Sin embargo, De la Rosa, al comparar las fechas de los gobiernos con la llegada de las imágenes a Santa Marta, concluyó que fue en el reinado de Carlos V de Alemania o Carlos I de España. Si se acepta la hipótesis del alférez real, las imágenes llegaron a la ciudad entre 1518 y 1558 y no en la época de los Reyes Católicos. La explicación que se intuyó es que la reina abuela del Emperador Carlos V armó los bultos señalando que se enviaran a alguna ciudad que se fundara en las Indias y que ayudara a garantizar la conquista de los nuevos territorios para el rey y para Dios, por lo que debían propagar la fe católica. Lo anterior se deduce al revisar el testamento de la Reina Católica cuando en su segunda cláusula estableció que además de la pacificación y el poblamiento de las Indias, otra de las razones por las que había trabajado ella y su marido el rey había sido la conversión de los naturales a la fe católica. Por tal razón, envió a estas tierras comunidades religiosas para su instrucción y enseñanza de buenos hábitos, y era su voluntad que su hija, la princesa, así como el esposo de ella dieran continuidad a esta misión¹⁴¹. Queda claro que el interés de la Reina Católica era cumplir con la bula papal que se había expedido hacia 1493, en la que se comprometían a predicar la fe católica en los territorios conquistados.

La fiesta a la Inmaculada Concepción se realizaba con mucha veneración en España y en las colonias. Sin embargo, el rey Carlos II expidió la Cédula Real del 7 de febrero de 1686, dirigida al virrey de la Nueva España, para que se practicara en todos los pulpitos el elogio que debía de hacerse a la Inmaculada Concepción. Esta orden ya se había remitido a los provinciales de Santo Domingo de la provincia de Perú, Quito, Chile y Nuevo Reino de Granada. La real cédula estableció que los provinciales y demás religiosos debían elogiar a la Virgen Santísima con la expresión de que fue concebida sin pecado original al inicio de

¹⁴¹ *Ibíd.*

sus sermones. Luego de que se recibió la norma, fue importante que se dispusiera que en todos los conventos y las casas de Dios, desde el pulpito de todas las iglesias y todas las órdenes religiosas, se invocara la pureza de la Inmaculada Concepción¹⁴².

De todas maneras, en 1760 el rey Carlos III¹⁴³ de la dinastía borbónica obtuvo del papa Clemente XIII la Proclamación de la Inmaculada Concepción como patrona de España y de los territorios de Indias y “muy especial de esta ciudad”. La tradición religiosa de la ciudad confirma la devoción por la Inmaculada Concepción, así se desprende de los

¹⁴² Muro Orejón, Antonio. *Cedulario Americano del siglo XVIII*, Tomo I, p. 241-242. La Real Cédula del 7 de febrero de 1686, firmada por el rey Carlos II, señala en su encabezamiento que “por despacho de veinte y seis de mayo del año pasado de mil seiscientos y sesenta y dos, ordenó el Rey, mi Señor y Padre [Felipe IV] (que sea en gloria) a mi virrey de esas provincias y a su Audiencia, dispusiese que en esa ciudad y en las demás de gobierno se celebrase una fiesta con toda solemnidad en hacimiento de gracias de haberse Dios nuestro Señor servido que nuestro muy santo Padre Alejandro Séptimo, expidiese en declaración del Santo Misterio de la Inmaculada Concepción de la Virgen María Nuestra Señora, la bula cuya copia se le remitió, con cláusulas tan favorables como se deseaba, para mayor gloria, culto y veneración de él; y en esta conformidad se escribió a las demás Audiencias de esas provincias y a los Arzobispos y Obispos y prelados de las religiones para que también lo ejecutasen. Y después deseando adelantar el culto y exaltación de este Santo Misterio mandó que en las partes donde hubiese de concurrir cualquiera de mis Consejos, no permitiese que predicase ningún religioso de la Orden Santo Domingo, sin que precediese el asentar con él, que hubiese de decir en el sermón el elogio de la Virgen Santísima con la expresión de que fue concebida sin pecado original en el primer instante de su ser, conformándose en esto con las demás religiones y con la devoción de la Iglesia Católica...”.

¹⁴³ Real Cédula del 16 de abril de 1760: “El Rey: por cuanto conformándose mi religioso celo y devoción al misterio de la inmaculada concepción de la virgen santísima nuestra señora con el que igualmente han mantenido y conservado siempre mis reinos vine gustoso en condescender a la súplica que aquellos me hicieron juntos en las cortes celebradas con motivo al juramento que debían hacer y me hicieron a mi exaltación al trono de esa monarquía como a su rey y señor natural y al príncipe don Carlos Antonio mi hijo legítimo y sucesor en ellos, tomando como tomé desde luego por singular y universal patrona y abogada de todos mis reinos de España y de ellos a las indias y demás dominios y señoríos de esta monarquía a esta soberana señora en el referido misterio de su Inmaculada Concepción sin prejuicio del patrono que en ellas tiene el apóstol Santiago y habiendo en su consecuencia interpuesto mis humildes ruegos con su santidad para que sirviese de aprobar y confirmar este patronato y conceder el rezo y culto correspondiente ha venido su Beatitud en dispensar ambas gracias en los términos que contiene el trasunto incluso del breve expedido a este fin... Por lo tanto mando a mis virreyes de Nueva España, el Perú y Nuevo Reino de Granada, a los presidentes de las audiencias y gobernadores de mis reinos de las indias y ruego y encargo a los arzobispos, obispos y prelados de las religiones de ellos que cada uno en la parte que lo tocase observen, guarden y cumplan y hagan observar, guardar y cumplir el contenido del expresado trasunto sin contravenir ni permitir se contravenga a él, en todo ni en parte con ningún pretexto ni motivo por ser así mi voluntad y que del recibo y cumplimiento de este despacho me den cuenta en la primera ocasión que se ofrezca para hallarse enterado...cumplan y hagan cumplir el contenido del trasunto del breve de su Santidad que se les dirige sobre el patronato de estos y aquellos reinos rezo y culto del misterio de la Inmaculada Concepción de la virgen nuestra señora”. Hartmann, Hedwig y Velásquez, María Cecilia. *Cofradías, Rogativas y fiestas religiosas en Popayán*. p. 37

comentarios reseñados en los textos de la época que dan cuenta de las fiestas. Existía la Cofradía del Presidio y la “Hermandad del Vecindario”, que tenían la responsabilidad de mantener todo lo atinente a la solemnidad de la imagen y su devoción, la cual estaba ubicada al lado siniestro del altar mayor, como se dijo arriba. Por el hecho de haber sido ordenada la fiesta por el rey Felipe V, se le clasifica como “reales fiestas”. La celebración en la ciudad tenía una fuerza muy importante en la vida religiosa de los samarios, a tal punto que el cabildo de la ciudad le dio el título de “Gobernadora de la ciudad y capitana del puerto” en 1745.

En el año de 1728 se había solicitado un escudo de armas para la ciudad, aunque no tuvo eco en Madrid por algunas razones que se desconocen. Sin embargo, en 1744 el cabildo le solicitó, mediante un memorial, al rey Felipe V dicho escudo y que se le autorizara a colocar la imagen de la Inmaculada Concepción¹⁴⁴, el texto fue firmado por Juan Aristegui, Joseph Fernández Castro y Bermudo, Antonio Joaquín de Araujo, Juan Franco de la Guerra y Vega, y Salvador Munive. Leído el documento, el señor fiscal del consejo conceptuó que la Ley 1º, título 8, libro IV de la Recopilación de Indias reconocía como patrona a la imagen de Nuestra señora, por lo cual se autorizó al consejo para que su imagen fuera utilizada por armas y divisas en esta ciudad.

Inmediatamente después, el consejo, en la sesión efectuada el 22 de diciembre de ese mismo año de 1744, aprobó lo dispuesto por el señor fiscal, quedó así establecido que la ciudad “tendría por escudo de armas la imagen de la Inmaculada Concepción”¹⁴⁵. Se

¹⁴⁴ La carta en mención dice: “Señor: El Cavildo, Justicia y regimto. de esta leal ciud. De Santa Martha de Indias, con el maior rendimiento Informa a V. Mgt. como en la presente Guerra ha experimentado esta ciud. benebolo y milagroso el amparo de María SSma. de la Concepción q’ veneramos con fervorosa devoción pr. sus mchs. milagros como los que Emos experimentado en la presente guerra y q.’ son notorios; estando por dos veces y en distintas ocasiones ya pr. avanzar los navíos ingleses y pr. si SSma. Intercesión q’a implorado su vecindario se ha visto averse desaparecido sin aser mas que el hámago cuios milagros, sin otrs. mas mueven nro. celo a supar a V. M. concedernos lica pa qá no tener armas esta ciudad ni encontrarse en los archivos haverlas tenido pongamos pr. ellas dha Imagen de Nrt. Sra. de la Concepción q’en ello recibirá esta ciudad gran consuelo y rogara A la Soberana Señora pa’ los buenos progresos de V. M. como incesantemente hacen y rogándole prosperen con su intercesión la vida de V. M. los mas años q’la christiandad ha menester”. Restrepo Tirado. Historia... Tomo II. Op. Cit., p. 154.

¹⁴⁵ *Ibíd.*, p. 155.

procedió en el Pardo a redactar la Real Cédula, firmada por Felipe V, del 29 de enero de 1745, donde se comunicaba la decisión a la Real Audiencia de Santa Fe y demás autoridades del Nuevo Reino de Granada, incluidas las de la ciudad y provincia de Santa Marta. Esta decisión fue ratificada nuevamente por el rey Carlos III en 1774.

Si bien es cierto que el escudo fue modificado desde 1951, en la parte superior de él aparece la imagen de la Virgen. Tanto era (todavía se mantiene) la importancia de la Virgen que la primera piedra de la nueva catedral de la ciudad se colocó el 8 de diciembre de 1766, el evento contó con la presencia del obispo fray Agustín Manuel Camacho y Rojas, provincial de los predicadores en Santa Fe en 1765; el gobernador interino don Andrés Pérez Ruiz Calderón; don Manuel Herrera Leyva, capitán de una de las infanterías de la plaza samaria, otras autoridades provinciales, las elites conformadas por los peninsulares dedicados al comercio, a las haciendas, y mestizos y pardos en general ¹⁴⁶. De hecho, es importante señalar que el obispo en 1771 le solicitó al rey más recursos para continuar la construcción de la catedral, invocando la devoción del monarca “como tierno amante de la Concepción Purísima”. Entre las muchas reales cédulas recibidas por el obispo, una le solicitó que “para que en honor de la Concepción de la Virgen se agregase a las letanías la advocación de *Mater Immaculata*”¹⁴⁷.

Ahora bien la celebración anualmente se daba el 8 de diciembre, su fiesta era todo un acontecimiento religioso, social y político, que incluía la octava y su domingo de infraoctavo, adicionalmente se daban los desagrazos del Santísimo Sacramento. Los tres días antes de la festividad y en el mismo día se ponía patente su Majestad Sacramentada. La Cofradía del Presidio celebraba una fiesta a su protectora el día 15 de diciembre, la cual incluía procesión por la tarde que recorría toda la ciudad, con la asistencia de la sociedad samaria, sus autoridades civiles, eclesiásticas, militares, acompañados por las elites comerciales, peninsulares y los sectores populares. Es importante destacar que después de la misa y el sermón, por la mañana se reunían los dos cabildos (eclesiástico y secular) y

¹⁴⁶ AGI: (Sevilla). Gobernador y Obispo, 1768, f. 10.

¹⁴⁷ Restrepo Tirado. Historia... Tomo II. Op. Cit., p. 203.

elegían los cuatro mayordomos para la fiesta del año próximo, por esa razón estas festividades se llamaban “fiestas reales” e involucraban todas las funciones de iglesia que se realizaron durante la octava. Para 1679 el mayordomo de la fiesta de la Inmaculada fue don Juan Álvarez de la Peña, quien se desempeñó como cura del pueblo vecino de Concha. Más tarde, ocupó el cargo de tesorero de la catedral en 1683.

En 1681, conociendo las autoridades eclesiásticas la devoción de los vecinos a la Virgen, que se manifestaba con iluminación en las calles, las casas, con fuegos artificiales y otras expresiones lúdicas arrastradas desde España por los peninsulares, tomaron la decisión, en cabeza del obispo doctor Diego de Baños, de adelantar las carnestolendas para los días 8, 9 y 10 de diciembre, para complacer al nuevo gobernador y capitán general, el maestre de campo don Pedro Gerónimo Royo de Arce, quien gobernaba desde el mes de marzo de ese 1681. El obispo conocía perfectamente la devoción del gobernador por la Concepción.

Era tal la importancia de la fiesta de la Inmaculada Concepción que los samarios la consideraban mayor a todas, por esa razón las elites y las autoridades eclesiásticas invertían mucho más dinero que en las otras fiestas¹⁴⁸. Los gastos eran mayores, lo que conllevaba a la elección de cuatro mayordomos, cuando lo normal para otra fiesta era uno o dos. La elección era una disputa entre las autoridades eclesiásticas y seculares, se manejaban muchos recursos, la escogencia era rigurosa, se requerían funcionarios con capacidad para tener buen desempeño. Por ello, los dos cabildos hacían el esfuerzo por escoger a los mejores y tenían que tener el beneplácito de los vecinos de la ciudad, es decir, de las elites que controlaban el comercio y las pocas haciendas existentes cercanas a la ciudad.

¹⁴⁸ Según una tabla de los aranceles que se cancelaban por los Derechos Parroquiales que se exigían en la Catedral de Santa Marta con arreglo al sinodal de Caracas y costumbres del país hacia 1808, en lo que respecta a fiestas se encuentra que por todo concepto deben cancelarse: Corpus Christi \$22; para la Patrona Santa Marta \$17.4 reales; la Asunción de Nuestra Señora \$ 11.2 reales; para la Navidad \$27.4 reales; San Juan Bautista \$9, 2 reales; Santa Lucía \$ 9. 2 reales, mientras que para la Inmaculada Concepción \$50 de los cuales \$24 son para los mayordomos, adicionalmente los oficiales de Milicia al celebrar la Octava a Inmaculada, como se registró arriba, pagaban \$14 con dos reales. Es decir, que sumados los dos valores la fiesta en homenaje a la Inmaculada Concepción costaba \$64 pesos con dos reales. AHDSM: (Santa Marta). tomo 8 ff. 6-17).

No era para menos que los gastos dedicados a homenajear, anualmente, a la Reina de las Américas y segunda patrona de Santa Marta, fueran mayores. Los samarios de las elites vivían encantados, satisfechos con la presencia de la imagen de la Virgen. Sentían que cumplían un papel fundamental en la propagación de la fe cristiana y con ello se complacía a los reyes que tenían un compromiso con las autoridades romanas de difundir por el mundo la religión católica. De hecho, la Reina Católica, Isabel, “cuidó hasta la muerte de la propagación de la católica fe, pasando de los umbrales del sepulcro. La sed insaciable que en ella tuvo poniéndola por precepto a los reyes sus hijos y sucesores”¹⁴⁹.

Los samarios siempre estuvieron de acuerdo con que la Inmaculada Concepción era tan benévola con ellos que se hablaba de muchos sucesos milagrosos que se le adjudicaron a la Virgen. Uno por ejemplo, el milagro ocurrido en 1679, cuando los piratas en junio de ese año asaltaron la ciudad, saquearon las viviendas de los peninsulares, se llevaron joyas, prendas, arrasaron con todo lo que encontraron en su camino. Muchos samarios alcanzaron a huir a los montes y haciendas cercanas llevándose consigo algunas pertenencias para protegerlas, pero fueron sorprendidos por los forajidos, que guiados por prisioneros, los localizaron y les quitaron todo lo que escondían. Regresaron a la ciudad, saquearon la catedral, de donde sustrajeron los ornamentos utilizados en los oficios religiosos, así como las joyas y la corona de oro de la Inmaculada Concepción, incluyendo el fino manto que la cubría, elaborado con lana plateada. Hazaña que no lograron los piratas comandados por Francisco Coz, conocido como Golonzón. Esos piratas se llevaron el manto, en ese mes agosto de 1679, cuando era mayordomo de la fiesta de la Inmaculada el cura del pueblo vecino de Concha, don Juan Álvarez de la Peña.

Al acercarse la fiesta, la virgen no tenía un manto digno de la imagen y de lo que ella significaba para la feligresía samaria. Queriendo lucirse como todo mayordomo, De la Peña tomó la decisión de encargar finas y costosas telas importadas para coserle un manto a la altura de la Reina de las Américas. Fue así que solicitó a amigos de Cartagena de

¹⁴⁹ De la Rosa, José Nicolás. Floresta de la santa iglesia catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta. p. 194.

Indias y Maracaibo, a través de un compañero de Riohacha, que le adquirieran las telas y se las enviaran lo más pronto a Santa Marta. Cuando ya se procedía a vestir a la Virgen con un manto de tela de raso que una hermana de Álvarez de la Peña suministró por solicitud de éste, apareció un mensajero llevando un paquete con una nota enviada desde Riohacha en la que le informaba que como no conseguían la tela y que como se acercaba la fiesta, le enviaban esa mantilla que le habían comprado a un extranjero. La emoción se apoderó de todos los presentes, no lo podían creer: la mantilla resultó ser el manto que le habían robado los piratas a la Virgen.

No dudaron los vecinos de todos los pelambres atribuirle a la Inmaculada Concepción ese hecho como un milagro más de los tantos que había regalado a los samarios. El vecindario sin distinciones de clase social estaba convencido de que su verdadera protectora era la Inmaculada, tanto así que los corsarios siempre destacaron el papel de las mujeres al señalarlas que salían en las noches a defender la ciudad de los ataques de los piratas. Un corsario reconoció que alguna vez había visto en la noche escuadrones de mujeres en las colinas del Veladero y a las Abras de Santa Ana. En el imaginario colectivo de los samarios de la época –posiblemente hasta hoy–, la Inmaculada Concepción los había librado de muchos ataques propiciados por los corsarios y piratas. De ahí que los vecinos la invocaran cada vez que se sabía de la presencia de estos personajes y cuando se avecinaba la época de tempestades, huracanes y demás fenómenos naturales.

Cuando los samarios fueron avisados por las autoridades reales de la posible presencia de enemigos de España, conocida como la Liga contra la Corona española, tuvieron que resguardar las imágenes de la catedral y sus ornamentos. Las reales cédulas dando las instrucciones de prepararse para defenderse llegaron en 1702 y el obispo fray Juan Victores de Velasco, apoyado por el cabildo, trasladó las imágenes con sus alhajas y los ornamentos a varios templos y casas de los pueblos vecinos alejados del puerto, excepto la imagen de la Purísima Concepción, que fue llevada hasta la villa de San Sebastián de Tenerife, a orillas del río Grande de la Magdalena. Volvió al altar en la catedral dos años después. Dos años en que los samarios lloraban permanentemente por la ausencia de la imagen; se sentían desprotegidos, desconsolados.

Ahora bien, traerla no fue una acción simple, todo lo contrario, tuvo toda la complejidad del caso, dada la importancia de la imagen (la persona). La vecindad se preparó desde que se supo que volvería. Los samarios sacaron sus mejores trajes, prendas guardadas en los escaparates, las alhajas y demás accesorios fueron lucidos por las elites y sectores medios de la sociedad. Los preparativos para recibir la imagen arrancaron con la adecuación de los champanes que navegaban hasta el siglo XX por las aguas del río Magdalena, la embarcación en la que fue colocada la imagen se distinguía de las acompañantes, porque su decoración fue diferente. En medio de la rústica embarcación la Virgen lucía radiante, parecía que viniera alegre por volver a su nicho natural. Cuando la embarcación entró por el caño Clarín, atravesó las aguas cristalinas de la Ciénaga Grande de Santa Marta y llegó triunfante al puerto de Ciénaga, la emoción se apoderó de los habitantes del pueblo, que salió en masa a recibirla, vitoreando su nombre. Las gentes la tocaban en símbolo de devoción y respeto, algunos, casi todos, se arrodillaron y rezaron muchas avemarías.

Hubo una pausa, los hombres que la acompañaban desde Tenerife (nativos del pueblo y samarios que habían ido a buscarla) prepararon sus hombros al igual que cienagueros y una delegación que partió temprano a Ciénaga; en definitiva, muchos hombres y hombros estaban dispuestos para traerla por el camino viejo de Ciénaga a Santa Marta.

La Virgen fue escoltada por militares armados, previendo que los chimilas fuesen a interrumpir el viaje. Nada sucedió, la procesión llegó hasta la orilla del río Manzanares en las horas de la tarde. En ese lugar los samarios, encabezados por las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, con la participación activa de la cofradía, organizaron un camarín adornado de flores nativas, espermias y otros adornos elaborados para la ocasión.

Los testigos recuerdan que todo el vecindario, sin distingos de clases, se volcó al río con regocijo, lleno de alegría. Las campanas de la catedral y de las otras iglesias repicaron alegremente anunciando la llegada de la reina de la ciudad. Tanto los vecinos principales como la plebe demostraron su devoción y se postraron de rodillas con humildad, agradecidos con la Virgen por su regreso. En el lugar se oró largamente. Leyó un panegírico el reverendo fray José Manjarrez de Ludeña, guardián del convento de San

Francisco, natural de Santa Marta, descendiente del capitán don Luis de Manjarrez, conquistador de la primera generación (entre otros cargos ocupó la gobernación).

Avanzó la imagen en hombros y brazos de los samarios, la tarde fresca y el camino lleno de flores tropicales, olorosas y de varios colores formaron parte de la comitiva que acompañaba la solemne procesión. Durante el recorrido del río Manzanares hasta la catedral, en las pocas cuadras que las separaban, los cantos y alabanzas a su honor no cesaron, antes por el contrario, en la medida que se acercaba a su altar los devotos cantaban con más fuerza. Fue tanta la emoción que algunos lloraban, las campanas no cesaron de repicar, los fuegos pirotécnicos iluminaron la noche samaria, las casas fueron alumbradas totalmente, los balcones estaban adornados con mantos, mantillas y flores. La ciudad toda estuvo de fiesta durante parte de la noche. Los comentarios al día siguiente eran unánimes, todos conversaban el hecho religioso y social del día anterior.

La devoción a la Inmaculada Concepción en la ciudad se extendió durante todo el siglo XVIII, en el XIX se encuentran noticias en la prensa local sobre ceremonias en la iglesia de San Francisco, consagrada a la advocación de la Virgen. Hoy, 300 años después la fiesta, mantiene su espíritu cristiano, al que se le ha sumado el espíritu festivo alegre, tanto que arranca lo que en la ciudad y el Caribe se conoce como “Las cuatro fiestas”, es decir, Las Velitas, 8 de diciembre, Navidad, Año Nuevo y carnaval. A partir del 7 de diciembre, en la noche, el tiempo festivo abre sus puertas en el Caribe y cae el martes de carnaval, antes de iniciarse la Cuaresma con el Miércoles de Ceniza.

Pero en otros pueblos de la provincia samaria se daban fiestas en homenaje a la Inmaculada Concepción como el caso del pueblo ribereño Tamalameque, donde se celebraba el día 8 de diciembre, lo que corresponde a lo puramente religioso, pero se extendía hasta la octava acompañada de juegos, costumbres como los toros, la escenificación de comedias, naipes, dados, cañas y otros. Tanto en Santa Marta como en los pueblos ribereños del Magdalena fue costumbre (aún lo es) colocar en las vísperas o en la madrugada, cuando comienza a amanecer, faroles, mechones de manteca, más que de

petróleo, y quemar pólvoras y luces de bengala, todo eso animado por los tambores de los ribereños.

Otra población que festeja el día de la Inmaculada desde mediados del siglo XVIII es Plato; es su patrona. Los plateños llegaban masivamente desde varios puntos de la geografía regional y más allá a sus fiestas patronales. Los festejos se extendieron por toda la provincia de Santa Marta desde el siglo XVIII y se fortalecieron en el siguiente siglo. De hecho, en pueblos como Bahía Honda, corregimiento de Pedraza, son tradicionales los bailes de pajaritos, así también en Santa Bárbara de Pinto los chandés. En Remolino (Magdalena) y en otros pueblos ribereños, las fiestas populares/religiosas arrancan el siete de diciembre en las horas de la noche.

Sin duda, la veneración a la Inmaculada Concepción en la ciudad, en los pueblos del departamento del Magdalena y recientemente en ciudades como Barranquilla, la fiesta de Las Velitas, como la llaman popularmente, forma parte del calendario festivo de la nación.

CAPÍTULO 4

¡VIVA EL REY! ¡LARGA VIDA A SU MAJESTAD! FIESTAS DE FIDELIDAD AL MONARCA

El abordaje que se hace en este capítulo tiene que ver con las ceremonias que por orden de la monarquía debieron organizarse en Santa Marta, por el ascenso al trono del rey de España, por la preñez de la reina, el bautismo y demás eventos sociales y políticos que ameritaban celebrarse. En primer lugar se revisa el significado de las fiestas regias en el contexto de la vida colonial en Santa Marta, que por supuesto respondían a las exigencias de la monarquía y fueron respaldadas por la Iglesia.

Las celebraciones que se ordenaban desde España para homenajear el ascenso del rey al trono y otras expresaban cómo la familia real quería que se le reconociera, se le jurara fidelidad y lealtad por parte de los súbditos y vasallos. Pero también estas ceremonias le brindan la oportunidad a las autoridades civiles y a las elites locales para manifestarse y aparecer ante los otros sectores como los privilegiados, los superiores en la escala social. Son ellos los que financiaron el fasto, fueron dadivosos frente a los subalternos, la fiesta les servía para mostrarse las diferencias sociales y económicas. La fiesta regia era la oportunidad para que se consolidaran las diferencias de todo orden, pero también permitían aparecer ante la familia real como sus vasallos obedientes y serviciales.

En el capítulo se analiza esas fiestas en honor al rey distante, pero rey de todos los vecinos que viven en Santa Marta o en cualquier colonia ultramarina. No importa qué tan distante resida la casa del rey, lo importante es homenajearlo, avivarlo para que sea justo, no los olvide, que sea colmado de salud y bienestar él, su familia y allegados. El reconocimiento de estas fiestas en honor a los reyes borbónicos será el tema central del capítulo. De tal manera que se analizarán las ceremonias de fidelidad que se organizaron en Santa Marta desde Felipe V en el inicio del siglo XVIII hasta Fernando VII en el siglo XIX. Festejos

que tuvieron la pompa que exigía la ocasión, pero que los samarios en medio de dificultades organizaron como expresión de vasallos de Su Majestad. En los actos que se organizaban, de los cuales se informaba a la Corona oportunamente, se apreciaba la situación económica de la ciudad y sus habitantes, los festejos populares, los entablados, las parodias, las tardes de toros, regar medallas y monedas como recordatorio de los festejos, evidencias de cierta prosperidad en algunos momentos.

Aparte de estas fiestas de exaltación de los reyes al trono, se revisarán otras ceremonias festivas que por exigencia de la monarquía tuvieron que organizarse en medio de las limitaciones. Tales festejos se ordenaban a través de reales cédulas donde se solicitaban misas, oraciones, procesiones y alabanzas al Todopoderoso por la preñez de la reina, el nacimiento del infante, el bautismo, el ascenso como príncipe, el matrimonio de este o de una hermana. Estos agasajos no sólo cobijaban a la familia real, sino también a los amigos allegados a la realeza. Entonces, la sociedad cortesana y sus fiestas eran replicadas en Hispanoamérica con alborozo y beneplácito. De nuevo los peninsulares y las elites criollas, en compañía de las autoridades civiles y militares hacían alarde de su poder brindando francachelas, música, bebidas refrescantes y alcohólicas.

En las dos últimas partes del capítulo se da cuenta del poder simbólico del pendón real y la ceremonia del besamanos. Levantar el pendón real por parte del alférez real como representante del rey en las ciudades donde no residía la Real Audiencia o el virreinato, era una ceremonia de mucho valor simbólico. Era aceptar que el rey estaba presente en las ceremonias oficiales que se realizaban en la ciudad, sobre todo cuando se organizaba el ritual de la proclamación del nuevo rey y las exequias del rey fallecido. Todas las autoridades debían recurrir a la casa del alférez real, acompañarlo a la catedral y luego hasta la plaza donde se concentraban los actos culturales y políticos en homenaje a la exaltación del nuevo rey. Terminados los eventos, se regresaba, en compañía de las autoridades civiles, a la casa del alférez, donde permanecía el pendón. La situación cambiaba cuando se trataba de las exequias porque la compañía era de regreso de la

catedral a la casa, donde se procedía a expresar los sentidos pésames, aunque algunas personas lo hacían en el atrio de la iglesia al terminar la ceremonia.

El otro ritual fue el besamanos, algunas informaciones se pudieron documentar, dada la importancia que tenía para el reconocimiento de la autoridad civil en la ciudad y qué funcionarios estaban autorizados a recibirlo en representación del rey. Adicionalmente, quiénes eran obligados de asistir y besar la mano del funcionario habilitado para tal ceremonia real. Dos situaciones ilustran el valor simbólico del ritual y las confrontaciones conceptuales que se dieron al interior de las autoridades reales, casos en los que las consultas llegaron a las mismas Cortes en Madrid. De tal manera que fue un ritual de mucho valor para las autoridades samarias, que exigía de los vasallos del rey concurrir a la ceremonia en los días señalados como el cumpleaños de Su Majestad.

4.1. El significado de las fiestas regias

Es importante entender que al momento de recibirse la real cédula anunciando la muerte del monarca, se notificaba a las autoridades el nombre del sucesor, en algunos casos el mismo príncipe ascendido a rey escribía comunicando tal hecho y señalaba el nombre como debía llamársele. Así sucedió en el reemplazo de Felipe V por Fernando VI, por ejemplo. En la reunión del cabildo secular, al escogerse la fecha de las exequias, se definía igualmente la ceremonia para la proclamación del nuevo monarca.

Teniendo presente que al programarse tales celebraciones festivas se debían suspender los lutos, durante los días de regocijo popular, el duelo se suspendía de tres a cinco días. La suspensión de los lutos precisaba que al terminar los festejos con motivo de la proclamación, se debía volver a los lutos hasta cumplir los seis meses que normalmente exigía el protocolo. Se pasaba de la tristeza a la alegría, a la diversión y al entretenimiento, se bailaba, se jugaba, se consumía mucho licor y refrescos que ofrecían los sectores hegemónicos que financiaban la fiesta, el boato. El bando ordenaba iluminación total de

casas, edificios públicos, iglesias, plazas y las calles, de tal forma que la ciudad luciera lo mejor posible. La historiadora Salazar¹ afirma que la ciudad iluminada trastocaba la tranquilidad del pueblo, que por medio de las muchas luminarias instaladas aseguraban el inicio de las celebraciones. Este acontecimiento fue un requisito esencial en las festividades, cambiando la experiencia visual de la ciudad haciendo que se escucharan expresiones como la noche se hizo día o la noche compitió con el día en alusión a tan esplendoroso efecto.

En esa reunión se decidían todos los actos celebrativos para homenajear al nuevo monarca. Por ello, los miembros del cabildo asumían los roles definidos previamente, como el funcionario encargado de anunciarle al señor obispo la hora de la ceremonia religiosa. Porque antes de cualquier evento profano debía cumplirse con el sagrado deber de los oficios religiosos en la iglesia catedral. Igualmente se encargaba a la persona que debía mandar a fundir las monedas y medallas que se arrojaban a los pies de los “pobres de todos los colores”. La redacción del bando que debía leer a todo pulmón el pregonero, era una convocatoria cuya pretensión fue que ningún vecino de la pequeña ciudad de Santa Marta dejara de asistir argumentando que no estaba enterado. Es cierto que eran ellos los llamados para que aplaudieran los eventos organizados por la elite samaria, ellos, una vez más, debían reconocer la jerarquía de la sociedad y en el Gobierno. Por esa razón los sectores hegemónicos eran los más interesados en la organización de las celebraciones regias. En ellas lucían no solo sus mejores trajes y vestidos, sino también las insignias de la monarquía.

La elaboración del tablado donde se presentarían los números definidos para la ceremonia, fue, sin duda, muy importante. Además de los actores transitorios y espontáneos, subían las personalidades de las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, además se colocaba en un principio el pendón real, después se añadieron los retratos de los reyes de turno. El tablado se decoraba con alfombras, se colgaban telas de colores vivos utilizando la poca

¹ Salazar Baena, Verónica. *Fastos monárquicos en el Nuevo Reino de Granada*. 2013, p. 175.

seda que llegaba vía contrabando a la ciudad. Las sillas, los cojines o almohadas, la vara, el quitasol se convirtieron en símbolos de distinción social y política. La mayoría de los samarios que asistían era de los sectores subalternos, por lo que se podía apreciar las diferencias sociales sin mayor esfuerzo.

La tarima se adornó con grandes ramos de flores traídos a la ciudad desde las vecinas poblaciones de Bonda, Mamatoco, Masinga y Gaira. Todo el decorado guardaba concordancia con la literatura y los modelos conocidos en España. Nada sobraba, todo a la medida a pesar de la pobreza. Los actores escogidos para las comedias que se mostraban, las poesías que se leían y otros puntos concordaban con ese paradigma. Pero el tablado tenía una parte donde se celebraban las corridas de toros, se jugaba carnaval y se realizaban otros entretenimientos permitidos por las autoridades.

En el día y la hora señalada por el cabildo, todas las autoridades y los principales señores llegaban a la casa del señor alférez real, quien tomaba en sus manos el pendón real. Se iniciaba una procesión que recorría algunas calles y llegaba a la iglesia catedral, casi siempre a la iglesia de San Francisco. Durante el recorrido los vecinos mostraban su goce y alegría por la forma de adornar las casas, ventanas y puertas, aplaudían al paso del pendón como símbolo del rey, del poder político. La proclamación del nuevo monarca era un acto de consolidación del poder político de la monarquía y de las autoridades locales. En las bocacalles de la pequeña ciudad se agolpaban gentes del común, quienes como espectadores de la escena real aplaudían y avivaban al rey. “Viva el rey” se escuchaba repetidas veces. Fue el espacio urbano de la ciudad el apropiado para este tipo de festejos y desfiles, porque “esas procesiones a lo largo de las calles y de las plazas adornadas y enmascaradas con puentes de madera, arcos de triunfo de tela y bocetos de palacios, se desplazan como se desplaza el héroe del drama sacra. Algunas veces detienen su procesión, para asistir a una representación, espectáculo dentro del espectáculo, ofrecido sobre un estrado o en un carro. Después reanudan la procesión... Se trata de conquistar lentamente la

ciudad, de invadirla pacíficamente y penetrarla”². El desfile se detenía en algunas casas de las autoridades y de familias hegemónicas de la sociedad samaria; ahí arreciaban las hurras y vítores al rey, se ofrecían algunos refrescos o dulces y continuaba su recorrido.

Al llegar a la iglesia catedral, el alférez real y las otras autoridades se sentaban en los asientos de adelante. Los actos a partir de ese momento estaban bajo la responsabilidad del cabildo eclesiástico, por lo que ambos cabildos debían coordinar todos los actos del ritual católico dentro del espacio ceremonial de la iglesia catedral. Siguiendo ese ritual preestablecido y conocido por todos los integrantes de la sociedad y las autoridades, el alférez, los miembros del cabildo y el gobernador debían sentarse en el ala derecha; otros funcionarios, a la izquierda; de ahí hacia atrás, los miembros de las elites; de pie estaban los sectores populares, puesto que no estaban autorizados para sentarse. El pendón era bendecido por el señor obispo, se oficiaba la santa misa y se concluía con el canto del himno de las buenas noticias, *Te Deum laudamus*. Al respecto afirma Valenzuela Márquez: “[...] hay que recalcar el carácter extraordinario y glorioso que evocaba dicha acción ritual y el impacto legitimante que podía provocar al cubrir con este espíritu al personaje imaginario o real que era “investido” en sus nuevas funciones [...] El *Te Deum* se había configurado en la tradición eclesiástica como un himno litúrgico destinado específicamente a solemnidades triunfales [...]”³.

La iluminación estuvo acompañada de los juegos artificiales que constituyeron un atractivo muy vistoso para los samarios, esos relámpagos artificiales en el espacio fueron motivo de muchas alegrías y goce colectivo. El éxtasis y el paroxismo llegaban a los asistentes al tablado en el momento en que el castillo se prendía. Se aplaudía y se vitoreaba al rey. El derroche de juegos artificiales dependía mucho de la situación económica de la ciudad y de quienes asumían la responsabilidad de la celebración.

² Duvignaud, Jean. Sociología del teatro. Ensayo sobre las sombras colectivas. México: Fondo de Cultura Económica, 1981, p. 135.

³ Valenzuela Márquez, Jaime. Las liturgias del poder. p. 183.

Las campanas repicaban con toques alegres señalando la llegada del nuevo soberano de los españoles y de sus colonias en ultramar. Terminada la ceremonia, el alférez real agarraba el pendón real nuevamente y se dirigía a la plaza Mayor, donde estaba construido el tablado y se colocaba el pendón hasta que terminaba la ceremonia. Al salir de la iglesia catedral se producían descargas de fuego de artillería de las baterías y de los fuertes San Vicente, San Fernando y Santa Bárbara. Se turnaban al momento de disparar, buscando con ello que todos vieran y apreciaran la alegría y el goce que expresaban las armas de Su Majestad. Luego, el pendón se colocaba en la ventana de la casa del señor alférez real, en otros casos se llevaba al edificio donde funcionaba el cabildo secular; sin embargo, este órgano no siempre contaba con las oficinas apropiadas para cumplir sus funciones.

Interesante fue apreciar cómo la ciudad en su conjunto se preparaba para los actos oficiales, que si bien es cierto que no se dejaron de celebrar, mostraban cierta opulencia en la celebración cuando la situación socioeconómica mejoraba, lo que se expresaba arrojando monedas en el recorrido de la casa del alférez real a la iglesia, luego desde esta a la Plaza Mayor, e inclusive en los actos preparados para representar en el tablado.

La misma situación se presentaba con la organización de las corridas de toros, esta vieja herencia española llegó con los primeros conquistadores que organizaban pequeños encierros para divertirse en las fiestas patronales y otras. Durante los festejos de fidelidad a Su Majestad, el cabildo asignaba esta actividad al gremio de los comerciantes, quienes a pesar de la situación económica brindaban una tarde de toros. Al comienzo los que toreaban eran las elites montadas en hermosos caballos, pero luego el ímpetu de los mestizos, esclavos y otros sectores populares se apoderó del encierro. Fueron ellos, los plebeyos, quienes manteaban y lo siguen haciendo hoy en las corralejas del Caribe colombiano.

En estos festejos organizados por la exaltación de los monarcas también se apreciaban desfiles de a caballo y puesta en escena, un espectáculo que hacían los mejores jinetes de la ciudad. Caballos de paso traídos de Santo Domingo y de la misma Andalucía se criaban en

las haciendas cercanas a la ciudad y en el interior de la provincia. Ahora bien, poseer un caballo y montarlo con sapiencia era un símbolo de prestigio, por eso los hacendados no solo participaban con su ganadería vacuna, sino también con la caballar.

A todos estos actos los sectores hegemónicos de la sociedad samaria asistían luciendo las mejores prendas de vestir. El vestuario de las autoridades virreinales también constituía un punto importante de la ceremonia. Se vestían con mucha elegancia, imitando la moda francesa, se cuidaban los detalles, así como los materiales que se utilizaban para confeccionar los trajes. La seda daba el toque de máxima elegancia, los samarios la adquirían en los pocos almacenes existentes en la ciudad, pero sobre todo la compraban a los contrabandistas que la traían de Europa y de ciudades del Caribe. Todos se esmeraban a la escogencia de los materiales y de los colores, nadie quería lucir menos que otro. Había una competencia por lucir bien, por el papel que jugaba en el entramado social de la ciudad cada uno de los funcionarios y de los principales señores. Como afirma Gilles Lipovetsky, “la versatilidad de la moda encuentra su lugar y su verdad última en la existencia de las rivalidades de clase, en las luchas de competencia por el prestigio que enfrentan a las diferentes capas y fracciones del cuerpo social”⁴. Por eso se conservaban y se escogían con cuidado los detalles, los adornos, los sombreros, los zapatos y otros accesorios a pesar de la poca oferta existente en la ciudad. Por ello, en muchos casos se encargaban a Cartagena de Indias o a otras ciudades del Caribe. No era para menos, la etiqueta exigía un modelo a seguir en el ceremonial, se pormenorizaba cada elemento, convirtiéndose así una lucha por el prestigio, donde la conducta, el vestido, el gusto e incluso una buena conversación eran importantes; no solo estaba en juego el prestigio y el status sino también la gradación intelectual de las distancias⁵. Por tal razón las elites cuidaban su apariencia, no importaban las necesidades hogareñas, lo importante era participar en la ceremonia como actor y no como espectador.

⁴ Lipovetsky, Gilles. El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas. Barcelona: Anagrama, 1996, p. 9.

⁵ Elías, Norbert. La sociedad cortesana. México: Fondo de Cultura Económica, 2012, p.147.

Lucir bien fue un requisito para sostenerse en una sociedad pobre pero exigente a la hora de celebrar y jurar fidelidad al rey. Ahí se hacía todo el esfuerzo por mantener el estatus social, nadie quería bajar en la pirámide de la sociedad. Estar en los puestos de adelante en las ceremonias tenía el mayor valor social porque se formaba parte de una elite que aspiraba a sostenerse hegemonícamente y para lograrlo fue necesario mostrar o aparentar estar a la altura de las exigencias sociales del momento y las celebraciones regias fueron el espacio y el tiempo oportuno para mostrar en público el poder que se tenía. Es cierto que eran vasallos, pero estaban más cerca del rey o del poder político que otros, así que aparecer en la escena como protagonista era importante, porque los espectadores eran otros, los sectores subalternos, los marginados de la sociedad samaria.

Por otra parte, el atuendo dentro de las elites americanas cumplió una función esencial en lo que se podría llamar medio de comunicación no verbal atinente a la situación. Es decir, exteriorizar de manera fina, elegante, con muchos colores y adornos la clase social que se quería representar, es por esto que los señores importantes de la ciudad lo usaban para ostentar el buen gusto y la clase en las diversas ceremonias. Las fiestas les permitieron a las elites mostrar la jerarquización de la sociedad, el vestido no solo daba prestigio, sino también afirmación del poder que encarnaba en el engranaje de la sociedad colonial.

De todas maneras al interior de la sociedad samaria se fueron organizando a lo largo del siglo XVIII grupos sociales hegemonícos que llegaron hasta el siglo XXI, expresados en algunas familias que manejaban los principales renglones de la economía, de la política y del gobierno eclesiástico como la familia Díaz Granados, que estableció toda una red clientelar que se consolidó al crear un estilo de vida propio que se expresó en el deleite por las cosas más exquisitas que estaban al orden del día en la sociedad europea.

Los estilos de vida generados por las elites locales estaban en consonancia con los modos de vida que se estimulaban desde España, de donde llegaba la gran mayoría de los funcionarios coloniales. Empleados que eran portadores de los nuevos modelos de la moda imperante en el Viejo Mundo. Por ello, “la ropa a la francesa conservó el mismo corte

durante varios decenios desde mediados del siglo XVIII. Son ornamentos y perifollos, los tonos, cintas y encajes, los detalles de forma, los matices de ancho y largo, los que no cesaron de renovarse: el éxito de los peinados a la Fatianges bajo Luis XIV duró treinta años, pero las formas fueron variando”⁶.

El programa de la celebración regia incluía eventos de goce colectivo como la corrida de toros, refrescos, bebidas alcohólicas, mascaradas carnavales, los fuegos artificiales, el reparto de dulces, de monedas y medallas con la efigie del nuevo monarca y otros accesorios necesarios para que la fiesta quedara a la altura de una elite que pretendía mantenerse en el poder y una forma para lograrlo era financiando la fiesta, el boato general. Quienes financiaban la ceremonia y todos los eventos a su alrededor tenían claro que se podía lograr su permanencia en el cargo o seguir gozando de los privilegios como funcionarios, comerciantes, encomenderos y hacendados. Financiar la fiesta tenía unos costos mínimos que debían cubrirse por parte del cabildo secular, sin embargo, en algunos casos el cabildo se quejaba de la pobreza de sus miembros y reclamaron mejora salarial. Sin embargo, la fiesta se hacía, “*no ay pobreza donde ay leales vecinos*”, como escribieron en 1724 en ocasión a la proclamación de Luis I de Borbón.

La escasez de recursos no fue excusa para no organizar los rituales que imponía la ceremonia barroca exigida por la monarquía. Las elites locales también estuvieron interesadas en asumir los gastos de la fiesta, fue el tiempo propicio para mostrar su poder y prestigio, preocupación permanente de los peninsulares residentes en la ciudad. También lo fue de los blancos criollos y de los mismos pardos que aparecían formando parte de las milicias locales. Es entendible, en términos de Charles Wright Mills⁷ cuando afirma que con la misma ambición, diligencia y sacrificio que se anhela la riqueza y el poder, también sucedía con el prestigio, donde nunca iba a ser suficiente; entre más se va obteniendo, más

⁶ Lipovetsky, Gilles. El imperio de lo efímero. p. 33.

⁷ Mills, Charles Wright. La elite del poder. México: Fondo de Cultura Económica, 2013, p.27.

se va ambicionando. Así, el que va conquistando más fortuna se abre posibilidades para llegar al poder.

Las elites y los gremios siempre estuvieron dispuestos a ayudar a financiar las fiestas esperando una recompensa personal o familiar por tal hecho, pero también esperaban que a la ciudad en su conjunto se le tuviera en cuenta en alguna decisión que la beneficiara. En Santa Marta siempre hubo la aspiración de que la monarquía borbónica la apoyara en algunas de sus necesidades, como por ejemplo, que la flota de las naves que proveía a las ciudades de mercancías llegara de nuevo a la ciudad, con lo cual se evitaba comprar vía contrabando o a un alto costo vía Cartagena de Indias. Para las elites y las autoridades virreinales como para la monarquía católica,

Las fiestas oficiales de la Edad Media (tanto las de la Iglesia como las del Estado feudal) no sacaban al pueblo del orden existente, ni eran capaces de crear una segunda vida. Al contrario, contribuían a consagrar, sancionar y fortificar el régimen vigente... La fiesta oficial miraba sólo hacia atrás, hacia el pasado, del que se servía para consagrar el orden social presente. La fiesta oficial, incluso a pesar suyo a veces, tendía a consagrar la estabilidad, la inmutabilidad y la perennidad de las reglas que regían el mundo: jerarquías, valores, normas y tabúes religiosos, políticos y morales corrientes⁸.

Es por eso que este tipo de fiesta ayudaba a consolidar el poder, el sistema político en este caso, el poder local y provincial; en general, a la monarquía borbónica.

La fiesta oficial mantenía las diferencias sociales, o civil, como prefiere llamarla Jean Duvignaud, “parece aportar una reivindicación de desigualdad, hablar el lenguaje de una jerarquización social que corresponde a la distribución de los grupos en la sociedad...”⁹. Pero la fiesta oficial establecía diferencias; el carnaval liberaba los espíritus, simulaba la igualdad social, originaba una especie de “amnistía social”. A pesar de esa aparente amnistía, las tensiones se presentaban con varios protagonistas. Por un lado los celos institucionales; cada autoridad mantenía y defendía su espacio, también los blancos

⁸ Bajtín, Mijaíl. La cultura popular en el Medievo y en el renacimiento. Barcelona: Barral, 1974, p. 15.

⁹ Duvignaud, Jean. Sociología del teatro. p. 144.

peninsulares se enfrentaban entre sí en un afán por aparecer cada vez más en la escena. Las tensiones también se daban entre los blancos peninsulares con los blancos criollos, con quienes mantenían sus diferencias. Es cierto que todos se unían alrededor de la figura del monarca, nadie se quedaba por fuera de la ceremonia; empero, en Santa Marta hubo hasta dos celebraciones por no haber acuerdo total en una ceremonia.

Son varios los pensadores que se han dedicado a estudiar el papel de la fiesta, la ceremonia y su importancia para los gobernantes, desde el conocido libro *El Príncipe* del político Nicolás Maquiavelo hasta los textos de Norbert Elías¹⁰ han reflexionado sobre ellas. Maquiavelo¹¹ pensaba que el príncipe debía realizar fiestas anuales convenidas con toda la parafernalia requerida en cada acto, sin que se cause alteración ni humillación a su dignidad regia. La fiesta, según este autor, debe concebirse como una forma de entretener a los súbditos y vasallos para garantizar su fidelidad.

Naturalmente, la monarquía borbónica conoce el papel de las celebraciones regias, lo que ellas significaban para el sostenimiento ideológico de la monarquía y de todo el aparato virreinal. La sociedad colonial y sus instituciones civiles y eclesiásticas siempre patrocinaron fastos que agradaban a sus feligreses y súbditos. La iglesia siempre fue una aliada incondicional de la Monarquía española y participaba, igualmente, de las ganancias “espirituales” y materiales de la Conquista y la Colonia.

Las ceremonias regias fueron concebidas para fortalecer la imagen del rey y de su monarquía, así que se realizaron como una expresión de fidelidad al rey, como un acto de legitimación del poder monárquico, lealtad a la Corona. Por lo tanto, los representantes de la monarquía en Santa Marta se disputaban el derecho de participar y de estar cerca a la imagen del rey, es decir, cerca del pendón real o al retrato del rey. La ubicación en los puestos cercanos al símbolo real daba más prestigio y poder.

¹⁰ Elías, Norbert. *La sociedad cortesana*. México: Fondo de Cultura Económica, 2012. 368p.

¹¹ Maquiavelo, Nicolás. *El Príncipe*. Bogotá: Panamericana, 2005, p. 169.

Ese juego fue muy importante entre las elites samarias. A finales del siglo XVIII e inicio del XIX, la familia Díaz Granados, convertido en Díazgranados, se apoderaron de la mayoría de los cargos en el cabildo y en el gobierno eclesiástico.

No es posible dejar por fuera de esta reflexión de las ceremonias regias de la proclamación del nuevo rey la participación de los sectores subalternos. Se comentó el papel protagónico de las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, las elites comerciales y políticas, al igual que los pocos gremios existentes en la ciudad. Igualmente, de los paros que conformaban las milicias. Pero de los marginados, la escasa información que se tiene solo nos permite afirmar que su participación estuvo restringida a asistir a los eventos como espectadores de una fiesta que se organizaba justamente para ratificar el poder y el prestigio de las autoridades locales y provinciales, las virreinales de Santa Fe y la monarquía borbónica en la lejana España.

Con la fiesta y los actos programados, se demarcaba la distancia entre los actores principales de la sociedad samaria y los secundarios, los subalternos, es decir, los esclavos, nativos y los libres de todos los colores, vasallos también del rey, pero no cerca de él. Lejos, porque su participación era para vitorear vivas al rey, aplaudir cuando las autoridades lo solicitaban e incitaban a hacerlo. Algunos de ellos habían trabajado en la construcción del tablado, de la tarima, de la decoración y en otros menesteres, pero cuando iniciaba el acto, su lugar ya no estaba arriba, sino abajo como simples espectadores de su propia obra. Dentro de la participación de estos sectores, por algunas razones de acercamiento con la población de nativos de Mamatoco y de otros grupos cercanos a la ciudad, se destacó la presentación de sus danzas en la proclamación de Carlos IV en Santa Marta y días más tarde en la plaza principal del mismo pueblo, donde hubo invitados especiales.

También vale la pena señalar los actos de sublevación de los soldados de la infantería el día de la proclamación de Carlos III en 1760. Inconformes con la no paga de sus salarios en los

últimos catorce meses, protestaron, pero “su indisciplina” fue controlada rápidamente por el capitán don Andrés Joseph Pérez Ruiz Calderón, comandante de la plaza de Santa Marta. Su actuación le valió un aplauso y muchos reconocimientos por parte de las autoridades virreinales en Santa Fe y Santa Marta.

4.2. Fiestas en honor a un rey distante, pero rey de todos

La vida festiva de las monarquías europeas se constituyó en una forma simbólica de expresar el poder frente a sus vasallos y súbditos. Las fiestas y las grandes celebraciones que ordenaban los monarcas y organizaban con gusto sus funcionarios y personalidades locales o virreinales en el caso de América hispana, se convirtieron en el momento propicio de manifestar sus agradecimientos a los reyes. Fueron fiestas cívicas, ceremonias reales que no estaban contenidas en las fiestas de tabla, de las que ya se dio cuenta, pero debían obedecerse e informarse sobre la realización de las mismas.

Las celebraciones festivas donde los reyes eran los protagonistas fueron ceremonias autorizadas mediante real cédula, por medio de las cuales se definían, entre otras cosas, la asistencia obligada de todas las autoridades civiles, eclesiásticas y militares, quienes se apropiaban de ellas. Adicionalmente, asistían las elites conformadas fundamentalmente por peninsulares que ejercían cargos públicos, dedicados a la actividad comercial, agrícola, ganadera y de los pocos servicios que se ofrecían, especialmente transporte. También participaban en ellas los pardos, esclavos, indígenas y libres de todos los colores. Estas celebraciones les permitieron a las autoridades virreinales y sectores hegemónicos jugar un papel determinante en los festejos, dado a su papel protagónico en la sociedad colonial. Fueron las elites las más interesadas en asumir la responsabilidad de homenajear a la familia real. Además fue el tiempo y el espacio para lucir sus mejores prendas, demostrar el poder económico y social que se tenía. Todos aparecían con sus trajes nuevos, en algunos casos elaborados con telas adquiridas de contrabando, con accesorios igualmente traídos en los galeones que atracaban en Cartagena de Indias, Sotavento, Barlovento, La Habana y

otros puertos donde casi siempre llegaban de contrabando como el caso de Santa Marta y Riohacha.

Durante estas fiestas reales, los otros sectores sociales se expresaban jugando un papel de extras, actores secundarios o como simples espectadores. Dentro de las celebraciones monárquicas, la más grande de ellas, sin duda fue la proclamación de los reyes al trono del poder absoluto, puesto que permitían mostrar las diferencias sociales. Distinto al carnaval donde era posible, en algunos momentos, la convivencia socio-festiva de los integrantes de la sociedad colonial. En cambio, en las fiestas cívicas, políticas de fidelidad ordenadas por la Corona buscaban preservar las diferencias de la sociedad colonial, sociedad jerarquizada donde los hombres y mujeres de distinción, como lo plantea Pierre Bourdieu¹², asumieron papeles protagónicos, no solo en la vida cotidiana, sino también en la vida festiva, y para ratificarlo la ceremonia de exaltación de los reyes se constituyó en una buena oportunidad.

El ritual alimentó el sentimiento de pertenecer a un imperio, en este caso al español, sentirse que se pertenecía –así fuera en la distancia– a un Estado. La ceremonia fue una expresión de las relaciones de poder, lo cual se evidenció cuando recorrían las calles las autoridades encabezado el desfile acompañado con los peninsulares y el gobierno eclesiástico. Sin embargo, fue la presencia de los militares (infantería y milicias) lo que le dio ese toque de poder mostrando el carácter de mantener el monopolio de las armas de Su Majestad el rey de España.

Pero las proclamaciones de los reyes que se establecieron en la monarquía española desde el siglo XVI, se consolidaron en el siguiente siglo y cuando se inició el siglo XVIII, con los Borbones. Para el momento el ritual de la realeza estaba fortalecido, formaba parte del imaginario colectivo de los hispanoamericanos. Las juras en España se remontan a los tiempos del reino de Castilla y de Asturias, desde entonces los súbditos juran fidelidad y

¹² Bourdieu, Pierre. La distinción. Criterio y bases sociales del gusto, Madrid: Taurus, 1999. 597p.

obediencia al rey e inclusive a los príncipes herederos. Más tarde se estableció la costumbre de alzar el pendón real, del que se hablará más adelante.

La primera vez que se elevaron los pendones en la metrópoli fue cuando se honró a la reina doña Juana y el rey don Carlos en el año de 1516. Adelante, las diferentes ciudades y villas de Castillas representaban año a año el ceremonial, quedando desde ese momento estipulado como modelo celebratorio castellano de la proclamación de los nuevos sucesores de los Habsburgo hispanos¹³. Luego en el siglo XVII se ordenó que además de la representación simbólica del poder del rey en el pendón real, se colocaran los retratos de los reyes, lo que hizo que en todas las capitales virreinales, provinciales y en ciudades y villas de importancia se mantuvieran sendos retratos de sus majestades.

Con esa decisión se completó todo un ritual que se iniciaba desde el momento en que llegaban las cédulas reales anunciando, por un lado, la muerte del rey, y por el otro, indicando el sucesor en el trono real. Dolor y alegría en los vasallos peninsulares residentes en Santa Marta. Seguidamente, la convocatoria de los cabildos y demás autoridades para ponerse de acuerdo en la fecha de las ceremonias, determinar los gastos, escoger las personas dentro de los asistentes de las responsabilidades en la función definida; además de los oficios religiosos y políticos de proclamar al monarca de España y de las Indias. Continuaba con el ritual de la jura por medio del cual se expresó fidelidad, lealtad y vasallaje. Este acto, para que pudiera tener validez formal y simbólica, debía realizarse en la plaza pública y con todos los vecinos, que previamente se convocaban al son de caja. En Santa Marta fue la plaza Mayor, “durante los siglos del imperio, las ciudades americanas proclamaron a cada monarca hispano que ascendía al trono en sus respectivas plazas mayores”¹⁴. También en la plaza de San Francisco cuando esta iglesia fungía como catedral.

¹³ Rodríguez Moya, Inmaculada y Mínguez Cornelles, Víctor. Cultura simbólica y fiestas borbónicas en Nueva Granada. De las exequias de Luis I (1724) a la proclamación de Fernando VII (1808), Cali: CS. No. 9, enero-junio 2012, p. 135.

¹⁴ Rodríguez Moya y Mínguez Cornelles. Op. Cit. 2012, p. 134.

En esos dos escenarios los samarios y samarias asistían a los actos protocolarios orientados por los sectores hegemónicos de la ciudad.

Para el mayor lucimiento de la ciudad, sus autoridades y vecinos ordenaban la obligatoriedad de colocar iluminación en todas las casas, en las plazas, los juegos artificiales, los castillos preparados para la ocasión, las tardes de toros, los juegos, la música, las bebidas (refrescantes y alcohólicas), es decir, la función religiosa y la fiesta profana. Tanto en las exequias reales como en los actos de exaltación de los reyes y demás ceremonias reales, se apreciaba una rica tradición barroca. En las juras fueron tradicionales las obras arquitectónicas efímeras, así como en esculturas u otras demostraciones de poder para agradar a sus majestades. “El poder (plantea Cuño) se apropia a través de la fiesta del espacio público y lo usa como escenario. El poder real convierte además sus celebraciones personales en un asunto de estado que legitima su prevalencia...”¹⁵. Todo lo que se celebraba se informaba a los reyes por medio de comunicaciones detalladas y con precisiones que daban cuenta de la realización de la solemnidad política en homenaje al nuevo rey.

La obligatoriedad de informar de todos los actos cumplió una forma de controlar a las autoridades (civil y eclesiástica) y a la vecindad en general. Estos fastos estaban por fuera de las fiestas de tabla, se ordenaban fundamentalmente cuando ascendía un príncipe heredero al trono de rey, pero también en otras ocasiones como la preñez de la reina, el matrimonio de la hija o el del príncipe heredero, también cuando este se le reconocía como tal. Aunque estos eran menos rigurosos, no dejaban de ser importantes para la realeza porque les permitía mantenerse informados del grado de obediencia y fidelidad a la Corona. La casa de Borbón mantuvo un estricto seguimiento al cumplimiento de todos los aspectos: realizar la ceremonia e informar de ellas a Su Majestad lo más pronto posible.

¹⁵ Cuño Bonito, Op. Cit. 2013, p. 664.

Por otra parte, en una revisión bibliográfica sobre las proclamaciones de los monarcas de Castilla, son pobres, casi nulas las investigaciones sobre estos festejos en la ciudad de Santa Marta, esto demuestra el poco interés de la historiografía colombiana por los acontecimientos acaecidos en ciudades provinciales pequeñas. Pero cada vez más aparecen estudios sobre celebraciones borbónicas en poblaciones como San Gil o El Socorro, lo que indica que el tema ha cogido fuerza. Además, en los archivos históricos de Bogotá, Sevilla o Madrid, se encuentra información documental sobre estas celebraciones, como también de las exequias y honras fúnebres a la muerte de los reyes españoles.

Una rápida mirada a esos estudios muestra que se han realizado trabajos sobre Santa Fe de Bogotá, Cartagena, Cali, San Gil, El Socorro, Girón. Existe una investigación que abarca las ceremonias reales en la Nueva Granada entre 1760 y 1810, y un trabajo más reciente analiza las exequias de Luis I (1724) y la proclamación de Fernando VII (1808). A estos estudios sobre ciudades colombianas actuales se agregan algunos sobre Caracas, Panamá, Cartago (Costa Rica), México, Durango, Mérida, Guadalajara, Quito, Santiago de Chile y otras ciudades hispanoamericanas y españolas.

Sobre Santa Marta sólo se conocen referencias en los libros José Nicolás de la Rosa y Ernesto Restrepo Tirado, el artículo de Verónica Salazar Baena y su tesis doctoral publicada en 2013¹⁶. De tal manera que estudiar las celebraciones que en la ciudad se dieron durante las proclamaciones, exaltaciones, juras y fiestas populares, se convirtió en una necesidad para poder conocer cómo la sociedad samaria cumplió las cédulas reales y expresó su fidelidad a la monarquía borbónica y adicionalmente llenar un vacío sobre el tema. De ahí que este aparte describe y analiza la sociedad y la cultura samaria durante el

¹⁶ Consultar los trabajos realizados sobre ceremonias reales: José Nicolás de la Rosa. *Floresta de la santa iglesia catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta*. Biblioteca Departamental del Atlántico, Barranquilla, 1945; Ernesto Restrepo Tirado. *Historia de la provincia de Santa Marta Tomo I y II*. Ministerio de Educación Nacional, Bogotá, 1953; Verónica Salazar Baena. *Hacer presente al rey ausente. Ceremonias reales en la Nueva Granada. 1739-1800*. (Informe de investigación). Instituto Colombiano de antropología e historia-ICANH. Bogotá, 2010. Bajado de internet, www.icanh.gov.co.../ agosto, 2014 y de la misma autora: *Fastos monárquicos en el Nuevo Reino de Granada. La imagen del rey y los intereses locales. Siglos XVII-XVIII*. Tesis de Grado. Universitat de Barcelona, Barcelona: 2013.

siglo XVIII hasta la proclamación de Fernando VII a través de celebraciones católicas y fiestas de fidelidad definidas por las Cortes de España o los monarcas. Ceremonias reales, como las juras, se constituyeron en públicos y generalizados homenajes al nuevo rey, la expresión de la lealtad y fidelidad de todos sus vasallos, tanto las autoridades como la sociedad en su conjunto. La ceremonia se constituyó en el espacio propicio para expresar la adhesión al monarca y manifestar reconocimiento de legitimidad a la monarquía ibérica. Si bien era cierto que el rey estaba distante, era rey de todos. Ninguno vino a Hispanoamérica, pero a todos se les celebraron sus proclamaciones, se les exaltó como reyes de España.

El aparte está integrado por cuatro fragmentos y una conclusión. En el primer punto se describen los hechos acaecidos en la organización y realización de los festejos que las autoridades civiles en cabeza del gobernador encargado (ínterin) don Diego de Peredo y la autoridad eclesiástica, el obispo don Juan Víctor de Velasco. Las celebraciones estuvieron antecedidas de una serie de informes que desde Madrid se enviaron a las ciudades hispanas, dando cuenta del recorrido que había emprendido el rey Felipe V desde Versalles hasta la capital del reino, Madrid. En la segunda parte se da cuenta de las celebraciones por el ascenso al poder del segundo Borbón, Luis I, y las tensiones generadas por las desavenencias entre las autoridades civiles y eclesiásticas, agravadas por la ausencia de los dignatarios. Ellos, como era su obligación y costumbre, recorrían las villas y poblaciones visitando sus “ovejas”, sus “almas”, según la prédica de los obispos, y esto era la mejor oportunidad para recaudar los diezmos. Así mismo, los gobernadores salían a visitar a sus gobernados y aprovechaban la ocasión para cobrar los impuestos adeudados al rey.

El punto siguiente recoge las celebraciones reales del rey Fernando VI. Un aspecto importante es que los homenajes que se realizaron en Santa Marta no se conocían en las Cortes borbónicas, por lo que los informes sobre las exequias de Felipe V y la exaltación del sucesor, Fernando VI, hubo que rehacerlos. Los documentos de las autoridades samarias se extraviaron o en medio de las desavenencias se les olvidó enviarlos. De todas maneras, dos años después, en 1748, no se conocían los informes sobre los actos realizados, por lo que le solicitaron al gobernador recién nombrado y posesionado, De Alcalá, que

remitiera inmediatamente los informes de los actos realizados. Asunto que llevó al gobernador a iniciar un proceso de reconstrucción de los hechos, para lo cual convocó a reuniones a los involucrados. Al final, se rehicieron los documentos y se reenviaron de nuevo a España, se aclaró que los escritos se habían enviado, sólo que el barco que los llevaba se había perdido o hundido.

Inmediatamente se revisan y describen las dos últimas proclamaciones durante el siglo XVIII por el ascenso al trono de los reyes Carlos III y Carlos IV. Se destaca que los informes revisados dan cuenta explícita de la participación de nativos cercanos a Santa Marta, como también de celebraciones que se dieron en el pueblo vecino de Mamatoco. Al iniciarse el siglo XIX la situación económica de la ciudad había mejorado, lo que permitió a las autoridades y a la vecindad en general participar de los festejos, tanto los populares como los actos centrales del ascenso de Fernando VII.

4.2.1. Proclamación, jura y fiestas populares por el ascenso al poder de Felipe V: primer Borbón

En el siglo XVII hubo, por lo menos, dos festejos organizados por las autoridades samarias por el ascenso al poder de Felipe IV y Carlos II. A ellas asistieron los escasos pobladores de la ciudad dando cumplimiento a las exigencias de las autoridades monárquicas a la hora de hacer efectivas las órdenes reales para que se les reconociera como sus amos y señores. Ordenes que como vasallos y súbditos debieron acatar, no importando la situación precaria que vivía la ciudad de Santa Marta, que para estos años estaba a la merced de los piratas y bucaneros que la amenazaban, asaltaban, quemaban y robaban todo lo de valor existente en las casas, en las iglesias y la catedral. La zozobra era la constante, los pocos habitantes preferían vivir en el monte, en las fincas a su alrededor y familias pudientes habían emigrado al interior de la provincia e inclusive a ciudades en el Caribe como Cartagena de

Indias, La Habana, Portobello o Panamá. De todas maneras, las autoridades hicieron el deber de cumplir e invitar a los vecinos a concurrir a los festejos.

Sin embargo, a la muerte del rey Carlos II, al comunicarse este suceso a las autoridades virreinales en Hispanoamérica, se incluyeron dos cláusulas firmadas por el secretario, en ellas se señaló el sucesor y la forma de gobierno en ínterin, es decir, mientras llegaba de Francia Felipe V. Las órdenes que se dieron desde Madrid fueron que todo debía seguir igual, que posteriormente se expedirían otras normas que deberían ejecutarse y en ese sentido debían informarse a los súbditos del rey. Que por su amor, entrega y reverencia se acatara lo establecido, no se organizara ninguna clase de demostración ni levantar novedad sobre nada, sino dar continuidad, como hasta ese momento, a lo gobernado y anunciar esto mismo en los demás reinos y tribunales del imperio¹⁷.

La segunda cláusula es bien interesante al indicar la situación que se presentó para la continuidad de la monarquía, en cabeza de Felipe V. La muerte de Carlos II es el final de la familia Habsburgo, los Austrias, esta situación originó una pugna al interior de la familia real española y otras familias reales de Europa, puesto que Carlos II testa a Felipe V, su sobrino-nieto, iniciándose así la era de la casa de Borbón.

En 1701 las autoridades samarias civiles y eclesiásticas, en compañía de los peninsulares y demás vasallos residentes en la ciudad, organizaron los actos festivos de acuerdo a las reales cédulas que así lo exigieron, con motivo de la aclamación y exaltación de su majestad Felipe V desde el 16 de noviembre de 1700. Vivía donde había nacido, en Versalles (Francia), de donde partió para Madrid el 4 de diciembre, llegó a la raya o límite del reino de Castilla el 22 de enero de 1701. Por ello, el 31 de enero se envió un comunicado a todas las colonias americanas anunciando que el nuevo rey, Felipe V, venía desde Francia, que había entrado al territorio de su nuevo reino, por lo que el consejo

¹⁷Muro Orejón, Antonio. Cedulario Americano del siglo XVIII, Tomo I, p. 671-672.

consideraba que se le informara a todos sus vasallos dada la importancia de ese hecho¹⁸. También se les comunicó a las autoridades que el rey venía marchando con buena salud y que el deseo de todos los madrileños era que llegara para verle lo más pronto posible.

Seguir el camino que inició Felipe V hasta el juramento en la iglesia del Real Monasterio de San Jerónimo, es bien interesante si se tiene en cuenta que a pesar de las disputas internas de la familia real de Castilla, se presentaba un ambiente de regocijo y felicidad por la llegada del nuevo rey. Sentimiento que aumentaba cuando llegó al Buen Retiro (Madrid) el 18 de febrero de 1701, después cuando apareció en público y más tarde cuando el ocho de mayo juró y quedó en posesión de sus nuevos dominios y todos sus vasallos le debían obediencia y lealtad. Todo lo acaecido desde ese lejano 16 de noviembre de 1700 hasta el día de la jura, el Gobierno ínterin lo comunicó a las autoridades coloniales para que a su vez lo hicieran extensivo a sus súbditos. Interesante saber que la Corte le informó a sus autoridades y vasallos hispanoamericanos de algunos de los actos celebrados durante la toma de la posesión del rey francés a los reinos de Castilla y sus colonias. Felipe había cumplido 17 años el 19 de diciembre de 1700 y asumía la responsabilidad de iniciar la dinastía de la casa de Borbón, la cual llega hasta nuestros días en cabeza de Felipe VI, heredero del trono de su padre, Juan Carlos de Borbón.

Al ser proclamado el rey el 16 de noviembre, el 27 de ese mismo mes y año, la reina Mariana y sus Gobernadores proceden a enviar sendas reales cédulas para que se levantaran pendones en nombre de Felipe V. Atendiendo al despacho enviado al virrey del Perú y a todas las Audiencias, gobernadores y corregidores de la América española, señaló que estaban sabidos de todos los hechos y pormenores acaecidos a la muerte del rey Carlos II, por lo que es necesario que se levantaran pendones en las ciudades y villas de estos reinos como se acostumbraba y se realizaran las demás demostraciones que se requerían en estos casos con la pompa y la solemnidad necesaria que daba la ocasión¹⁹.

¹⁸Muro Orejón, Antonio. Cedulario Americano del siglo XVIII, Tomo II, p. 14.

¹⁹Muro Orejón, Antonio. Cedulario Americano del siglo XVIII, Tomo II, p. 3-4.

Felipe, duque de Anjou, era francés, nacido y residenciado en Versalles. Al conocerse la noticia del fallecimiento su tío abuelo Carlos II y que éste testaba a su nombre para que lo reemplazara, su abuelo Luis XIV de Francia lo proclamó como Felipe V de España, a pesar de los problemas que podían suscitarse al aceptar tal responsabilidad porque violaba los tratados de partición. Mientras esto acontecía en la península ibérica, en Santa Marta seguía la interinidad. Para estos años ejerció como gobernador interino de la provincia don Diego de Peredo, a él le correspondió como autoridad civil organizar las exequias del rey Carlos II con el obispo don Juan Víctor de Velasco, último rey de la casa de Austria, y el advenimiento al trono de su sobrino nieto Felipe V.

Como era costumbre, las autoridades destinatarias de las reales órdenes informaban la fecha en que las recibían. Muchas de ellas llegaban tarde a la ciudad, en razón de la distancia España-América y de otros inconvenientes. Por ello, sólo en abril de 1701 se realizaron los festejos y así lo hizo saber el gobernador cuando le dijo a don Manuel de Aperregui que recibió un pliego y carta de los secretarios de Su Majestad, Aperregui y además don Domingo López de Calo Mondragón. La reunión para escoger el día de los festejos se dio el 24 abril y a ella asistieron: don Diego de Peredo y Salcedo, gobernador general; los capitanes y alcaldes ordinarios don Domingo Pérez Ruíz y don Luis José Jiménez Manjarrez; el alférez real don Lucas Francisco Núñez Dávila, y el procurador general don Juan Álvarez de Ibarra, quienes acordaron celebrar los actos centrales el domingo 27 de abril, lo que comunicaron al obispo de la diócesis don Fray Juan Víctor de Velasco. Cabe anotarse que ya se habían levantado pendones en la ciudad al recibo de la real cédula.

La decisión de las autoridades civiles estableció que debían darse los festejos con júbilo y alborozo, puesto que era una feliz noticia y se le debía rendir lealtad y amor al rey Felipe V, los festejos debían ser con mucha solemnidad, lujos y pompa como corresponde a una

ciudad pequeña²⁰. La otra fecha escogida para los festejos populares fue el cuatro de mayo, cuando debían darse fiestas de coro y otras demostraciones de regocijos. Acordado lo anterior se encargó a los alcaldes ordinarios para que realizaran las provisiones necesarias, por ello, se publicó el bando al son de la caja de guerra en las esquinas y plazas de la ciudad. Todos los vecinos y moradores quedaron notificados de los eventos y rituales que se anunciaron; entre ellos que debían suspender los lutos y se vistieran de gala. Todos comenzaron a descolgar los elegantes vestidos, los lavaron, almidonaron, plancharon, quedaron como nuevos y los lucieron el día señalado. La celebración tuvo expresiones de gozo y regocijo, era el inicio de una monarquía que lleva más de tres siglos en el poder.

Tal como se programó, la primera ceremonia sucedió el domingo 27 de abril. Llegaron a las ocho de la mañana los miembros del cabildo, que saliendo de sus casas acompañados de la nobleza peninsular y toda su plebe, llegaron a la morada del señor alférez real don Lucas Francisco Núñez Dávila, quien los recibió con el estandarte real; y cuando todos los principales y sus vasallos llegaron, el alférez, pendón en mano, caminó en medio del gobernador don Diego de Peredo y Salcedo, el capitán don Domingo Pérez Ruíz y el alcalde más antiguo de la ciudad, don Fernando Gómez Gallego, por las calles principales de Santa Marta hasta llegar a la catedral nueva²¹. Inmediatamente, se celebró una misa pontifical y se cantó el conocido *Te Deum laudamus*. Terminado el oficio religioso de la iglesia, volvieron a las calles, pasando esta vez por los fuertes de San Vicente y San Juan, que saludaron con su artillería. Por su parte, la infantería se formó para abrir paso a la guardia principal por donde fue pasando el pendón. El alférez real, como era costumbre en estos casos, levantó y enarboló el estandarte real como símbolo de Felipe V en los sitios definidos para tal fin. Las autoridades, la nobleza peninsular, la plebe y en general los

²⁰ AGI: (Sevilla). Santa Fe 504, Carta del gobernador interino de Santa Marta de 10 de junio de 1701. Diego de Peredo a Manuel de Aperregui, da cuenta de haber recibido las órdenes en que se le mandó levantar pendones en nombre del rey nuestro señor Luis Felipe V, y de haberse celebrado este acto con la solemnidad que consta por el testimonio que incluye. Santa Marta, 1701, f. 2.

²¹ Me refiero a la catedral que abrió sus puertas a la cristiandad el 22 de marzo de 1617, obra del VIII obispo, el fray Sebastián de Ocando, de la orden de los franciscanos. Templo que posteriormente se derrumbó, fungiendo como catedral la iglesia de San Francisco y San Juan de Dios, hasta que en 1796 se inauguró la actual.

vecinos que acompañaron el levantamiento del pendón, lo aclamaron, con voces en alto vitoreaban a Su Majestad como rey y amo natural de la ciudad y provincia. Durante todo el recorrido se escuchó: “Viva el rey”. Después de pasear el pendón por las calles de la ciudad, volvió a la casa del señor alférez real²².

Todas las autoridades, la nobleza peninsular y acomodados suspendieron los lutos que guardaban por el sensible fallecimiento del rey Carlos II y en medio de la pobreza lucieron sus mejores prendas de gala, arreglados para la ocasión. Fastos que se iniciaron, como siempre, con la sagrada misa en la catedral y luego se entregaron a los festejos propios para el momento. Desde el 27 de abril hasta el cuatro de mayo hubo iluminación total de las casas y calles, fuegos artificiales; las casas fueron adornadas con flores y otros ornamentos, y el 28 hubo una tarde de toros. Al finalizar las celebraciones festivas de ese día de mayo, en homenaje a la proclamación del Felipe V, se volvió al luto, suspendido temporalmente en la celebración de los festejos populares²³. Interesante apreciar cómo las autoridades se acomodaban a las situaciones al autorizar la suspensión del luto por la muerte de Carlos II hasta esa fecha, pero precisando que al día siguiente, cinco de mayo, volverían a él. Y de hecho, así sucedió.

Todo lo que se organizó y se realizó en Santa Marta, fue comunicado a las autoridades de Castilla por el gobernador encargado De Peredo, y les recalcó que todos sus vasallos le juraron amor, lealtad y obediencia, por lo que las celebraciones y el regocijo general fue una expresión de ello. Le informaron que si no hubo mucha pompa y suntuosidad obedeció a la reducida vecindad de la ciudad “y suma pobreza”, por lo que se le pidió dispensa por la

²²AGI: (Sevilla). Santa Fe 504. Carta del gobernador interino de Santa Marta Diego de Peredo, 10 de junio de 1701, a Manuel de Aperregui, da cuenta de haber recibido las órdenes en que se le mandó levantar pendones en nombre del rey nuestro señor Luis Felipe V, y de haberse celebrado este acto con la solemnidad que consta por el testimonio que incluye. Santa Marta, 1701. f. 2.

²³AGI: (Sevilla). Santa Fe 504. Carta del gobernador interino de Santa Marta Diego de Peredo de 10 de junio de 1701, a Manuel de Aperregui, da cuenta de haber recibido las órdenes en que se le mandó levantar pendones en nombre del rey nuestro señor Luis Felipe V, y de haberse celebrado este acto con la solemnidad que consta por el testimonio que incluye. Santa Marta, 1701. F. 2.

sencillez de los actos, ya que la situación de estrechez económica²⁴ no permitió celebrar con la pompa que hubiesen querido, pero que eso se reemplazó con el amor y la lealtad que el pueblo de Santa Marta le profesaba²⁵.

4.2.2. Proclamación, jura, festejos populares por el ascenso del segundo Borbón, Luis I, y desavenencias entre las autoridades

El primer reinado de Felipe V terminó el 15 de enero de 1724, cuando abdicó en su hijo Luis I de Borbón, a quien le dirigió una carta el 10 de ese mismo mes y año exponiéndole la determinación tomada. Al explicarle la decisión de abdicar dijo que había pensado en apartarse del compromiso que le era ser el rey de esta monarquía, tal determinación había sido tomada después de haber sido reflexionada y consultada con la reina, su muy amada esposa. El deseo de Felipe V era dedicar su vida a otros cuidados por el tiempo que le quedara de goce a su vida, así como conquistar otros reinos²⁶. Es evidente que el monarca estaba muy agotado. Entre 1717 y 1718 estuvo muy enfermo, se la pasaba en su habitación, aislado de todo. Ya el Infante Luis Fernando había juramentado como príncipe de Asturias

²⁴ Sobre la situación socioeconómica de la ciudad y provincia consúltense: “*El Informe sobre la Provincia de Santa Marta y Río Hacha de 1778*”, elaborado por el Gobernador Don Antonio de Narváez y La Torre. En: Ensayos Costeños. De la Colonia a la República: 1770-1890. Colcultura. Bogotá, 1994; adicionalmente, entre otros, los trabajos de Ernesto Restrepo Tirado. *Historia de la provincia de Santa Marta. Tomo 2*. Ministerio de Educación Nacional. Bogotá, 1953; Alfonso Munera. *El fracaso de la Nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1810)*. Banco de la República-El Ancora, 1998; María del Carmen Borrego Plá. *Santa Marta a finales del siglo XVIII: “De la nada al ser”*, En: *Santa Marta, del olvido al recuerdo: Historia económica y social de más de cuatro siglos*. (Editor) Jorge Enrique Elías Caro. Universidad del Magdalena. Santa Marta, 2011, pp. 63-88; Dolcey Romero Jaramillo. *Esclavitud en la provincia de Santa Marta 1791-1851*. Instituto de Cultura y Turismo del Magdalena. Santa Marta, 1997 y Steinar Saether A. *Identidades e independencia en Santa Marta y Riohacha, 1750-1850*, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e historia, 2005, entre otros estudios.

²⁵ AGI: (Sevilla). Santa Fe 504. Carta del gobernador interino de Santa Marta Diego de Peredo a Manuel de Aperregui, da cuenta de haber recibido las ordenes en que se le mandó levantar pendones en nombre del rey nuestro señor Luis Felipe V, y de haberse celebrado este acto con la solemnidad que consta por el testimonio que incluye. Santa Marta, 1701. f. 2.

²⁶ Citado por John Lynch, Op. Cit. 2010, p. 76.

desde el siete de abril de 1709. Cuando eso aconteció los samarios festejaron, como lo testimonian los documentos encontrados en el Archivo General de Indias²⁷.

De tal manera que cuando se conoció la noticia en la ciudad de su exaltación al trono, los samarios volvieron a festejar, salieron a la calle y vitorearon al nuevo rey. Así lo comunicaron las autoridades civiles y eclesiásticas de la provincia a Su Majestad. Sin embargo, el cabildo eclesiástico al informar del júbilo que causó la noticia y la exaltación al trono del rey Luis I de Borbón, informó que existía desavenencia con el obispo, que además no estaba en la ciudad –según otro oficio firmado por el gobernador desde Tenerife, da cuenta de los regocijos y de las órdenes que impartió para los festejos–, y otras inconformidades que eran expresión de las constantes fricciones de las autoridades samarias. El informe permite ver con precisión que los samarios no escatimaban recursos para halagar a la familia real. De aceptar su condición de vasallos y súbditos de Su Majestad²⁸.

²⁷ AGI: (Sevilla). Santa Fe 518. Carta de Fray Luis, obispo de Santa Marta a su Majestad. Avisa el recibo de la Real Cédula de 19 de mayo de 1709 en que se le participó el juramento del serenísimo Príncipe de Asturias, nuestro Señor, diciendo es imponderable el regocijo que recibieron todos aquellos vecinos, Santa Marta, 1710, f. 2.

²⁸ José Nicolás de la Rosa, testigo de excepción de estos acontecimientos, los describe en su obra en los siguientes términos: “Gustoso vuelvo a humedecer la pluma, por haber llegado ya con sus limitados rasgos el tiempo en que la ciudad de Santa Marta, con júbilos y demostraciones públicas, celebró la coronación del rey nuestro Sr. D. Luis, primero de este nombre, a quien antes tenía jurado y reconocido Príncipe de Asturias, siendo en esta ocasión el verle coronado de mayor regocijo; porque para tal celebridad no fue nuncio el llanto, como suele acontecer, sino ejemplo y edificación que en retirarse a pensar en la muerte, dio a sus vasallos su religiosísimo padre el rey nuestro Sr. D. Felipe V, después de haber dominado en los corazones de todos desde la entrada en este decimoséptimo siglo dignamente, y con tan felices progresos de su corona y monarquía, para cuya defensa nació destinado. Recibióse la real cédula (11 de febrero de 1724) del Sr. D. Luis, al tiempo que nuestro ilustrísimo prelado andaba en su visita; y también en la de naturales el gobernador D. Juan Beltrán de Caizedo, a quienes lo participaron sus cabildos; y habiendo enviado sus obediencias y órdenes cada superior, se dio principio a la celebridad en las vísperas de S. Luis rey de Francia. Y habiendo procedido aquel día 24 de en la tarde la jura y aclamación en la plaza mayor y teatro público, levantándose el real pendón en nombre del Sr. rey D. Luis, con todas las acostumbradas ceremonias y repetidas salvas de artillería, pasaron el 25 por la mañana los capitulares, en forma de ciudad, a la catedral, acompañándole de gala los principales vecinos y concurriendo la mayor parte del pueblo y plebe, se celebró el santo sacrificio de la misa por el prebendado de semana, intermediando un panegírico muy del tesorero Dr. D. Feliciano Gonzalo de Mañas, estando patente a todo el acto el señor Sacramento, y terminándose con el himno *Te Deum laudamus*, y sucesivas salvas de artillería. Acababa la función con la posible solemnidad y aparato, prosiguieron luego las fiestas reales de toros, comedias, loas, estafermos, máscaras y otras invenciones, que a porfía se igualaban, si no se excedían, frecuentándose hasta el día de Septiembre,

Este informe desafortunadamente no dice quiénes asistieron y cómo transcurrió la reunión cuando se tomó la decisión, pero sí ofrece otros detalles de importancia para entender este espíritu festivo y gozón de los samarios. La primera parte es una exaltación y lisonja a la figura del nuevo rey. Es una introducción poética que escribe el deán y el cabildo, destacando la figura del príncipe convertido en rey por voluntad de su padre y rey Felipe V. Registró la dicha de los samarios y las súplicas al cielo por que el nuevo rey permaneciera mucho tiempo entre ellos y que creciera la fe católica; las aclamaciones durante la jura fueron un acto de fidelidad y obediencia²⁹. El cabildo, como una forma de expresar su papel de súbditos y vasallos de la monarquía, reconoció que no se explicaban cómo recibían tantas bendiciones celestiales al contar con un rey como Luis I y su padre-rey, de quien los samarios destacaban su gallardía al renunciar para que su hijo gobernara.

Pero como se señala arriba, a veces algunas de las autoridades no estaban en la ciudad, sino recorriendo el territorio, casi siempre buscando el pago de impuestos o los diezmos como en el caso del obispo, que era la autoridad que más viajaba por la provincia; esta vez su señoría fray Antonio de Monroy y Meneses estaba en Tamalameque. Al enterarse de lo sucedido, autorizó a su provisor para que participara en los actos celebrando una misa de acción de gracias en la fecha acordada por el cabildo. El provisor no hizo lo ordenado, lo que le permitió al cabildo informarlo a las autoridades virreinales y al rey³⁰. La desobediencia del provisor obedecía a las disputas entre el poder eclesiástico y el civil, que

derramándose monedas, dulces licores, y otros desperdicios, e iluminándose toda la ciudad todas quince noches, con cuyos esmeros acreditaron su lealtad estos vecinos y la de todos los provincianos, que a proporción fueron prosiguiendo en las demás ciudades sus festejos, los cuales necesitarían de mayor volumen, si se hubiesen de escribir por menor”. De la Rosa, José Nicolás. *Floresta de la santa iglesia catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta*. p. 155-156.

²⁹ AGI: (Sevilla). Indiferente 524. Carta del Cabildo eclesiástico de Santa Marta, el 9 de septiembre de 1724, a su Majestad, con noticia del singular júbilo que ha tenido en la exaltación del trono del Señor rey don Luis I. Santa Marta, 1724. f. 3.

³⁰ AGI: (Sevilla). Indiferente 524. Carta del Cabildo eclesiástico de Santa Marta, el 9 de septiembre de 1724, a su Majestad, con noticia del singular júbilo que ha tenido en la exaltación del trono del Señor rey don Luis I. Santa Marta, 1724. f. 4.

por estos años veinte de mil setecientos, se agudizaron, inclusive el obispo excomulgó al gobernador, así lo testimonia el cabildo.

El conflicto entre autoridades virreinales estuvo bien alto por estos años. Tanto nobles como los otros sectores sociales lamentaron la inasistencia del obispo, se sintieron maltratados y todos entraron en un estado de tristeza, a pesar de que el momento era para estar felices y llenos de regocijo. Esta situación les brindó al cabildo y a las autoridades civiles la oportunidad para informar de los desaciertos del gobierno eclesiástico y, sobre todo, la forma desafiante del obispo.

Pero ahí no terminó todo. Su Señoría informó que se organizarían los actos para el 15 de julio, mas tampoco llegó, se quedó en la población de Ciénaga, a pocas leguas de la capital, desde ahí le escribió al teniente de cura que levantase “el Cesario”, oficiara una misa, repicase las campanas y pusiera algunas luminarias; envió un peso para realizar toda la ceremonia. Los actos no quedaron a la altura acostumbrada, les faltó solemnidad, la ausencia del obispo tuvo el rechazo de todos porque consideraron que él era el primero que debía asistir porque él debía ser un modelo de lealtad y obediencia.

Los samarios participaron pero se sintieron desairados por Su Señoría, se consideraron menospreciados, pero a pesar de ello, el objetivo se logró al expresarse el cariño al rey, por lo que se ofició la misa, que estuvo a cargo del doctor don Feliciano de Mañas, quien fungía como tesorero de la Catedral. Sin embargo, el aplauso de agradecimiento no fue nada expresivo, más bien parco, lo que preocupó a muchos peninsulares³¹. No hay que esforzarse para comprender que el conflicto de intereses en la provincia era fuerte. La batalla por el poder fue una constante, las acusaciones mutuas fueron pan de cada día. Ese enfrentamiento era, según el cabildo, la razón para no haber celebrado con la pompa y suntuosidad que merecía la figura del rey. Las actividades religiosas quedaron reducidas a

³¹ AGI: (Sevilla). Indiferente 524. Carta del Cabildo eclesiástico de Santa Marta a su Majestad, con noticia del singular júbilo que ha tenido en la exaltación del trono del señor rey don Luis I. Santa Marta, 1724. f. 4.

una misa, unos repiques de campanas y algunas luminarias. Al final, los samarios no pudieron ocultar la tristeza por el poco brillo de los actos y oficios religiosos. No dudaron de culpar al obispo De Monroy y Meneses de tal situación.

A pesar del ambiente conflictivo con el obispo y parte de las autoridades eclesiásticas, el cabildo y el regimiento resolvieron organizar los actos de levantamiento del Pendón, cuyos gastos fueron sufragados por ellos, aludiendo que “*no ay pobreza donde ay leales vecinos*”. Por ello, estos festejos se dieron el Día de San Luis de Francia, el 25 de agosto, día especial para la honra del nuevo rey. Después de levantar el pendón por el rey Luis I de Borbón, los aplausos fueron fuertes. Inmediatamente se ofició una misa a cargo del arcediano don Julián Jiménez y el sermón lo pronunció el tesorero de la catedral, el doctor don Feliciano de Mañas, quien había celebrado la misa el 16 de julio, su voz y sus retóricos conceptos expresaron el sentimiento de amor de los vasallos samarios³². El informe que se envió a Castilla mostró que por encima de la pobreza de los vecinos, eran leales al rey y por lo tanto festejaron en medio de las vicisitudes. Interesante saber que quienes se colocaron al frente de los oficios religiosos no fueron ni el obispo ni el provisor.

Pero los samarios continuaron celebrando la aclamación y exaltación del nuevo rey Luis I de Borbón. Después de los actos centrales del 25 de agosto, siguieron otros festejos populares como demostración de amor y lealtad al nuevo rey Luis I. La ciudad fue escenario de comedias, de paseos, juegos de cañas y toros por las tardes. Fueron tantas las festividades que no parecía que la sociedad samaria atravesara por “tiempos tan calamitosos” y sobre todo por la actitud descalificadora del obispo. Los gastos fueron asumidos por el cabildo como una muestra de afecto y gratitud a Luis I y dándole agradecimientos, igualmente, a Dios por derramar tantas alegrías y parabienes por el nuevo rey Borbón. Por ello, se contrató para officiar la misa al chantre don Simón Labañino de Peralta y el panegírico lo pronunció, fiado, el predicador fray Cipriano Pantoja, de la Orden

³²AGI: (Sevilla). Indiferente 524. Carta del Cabildo eclesiástico de Santa Marta a su Majestad, con noticia del singular júbilo que ha tenido en la exaltación del trono del señor rey don Luis I. Santa Marta, 1724. f. 4.

de los Dominicos, cura de Gaira quien conocía el amor y fidelidad del deán don Antonio Barranco.

La voz fuerte y la oración del fraile fueron muy comentadas en la ciudad por el sentimiento expresado y las súplicas al cielo y al Todopoderoso por el bienestar de la salud del nuevo rey Luis I y toda la familia real³³. Entonces se organizó un nuevo oficio religioso como expresión de la lealtad y el amor de los samarios a su monarca. A pesar del carácter de los oficios, no aparecen ejecutándolos los máximos jerarcas de la Iglesia católica, sino sacerdotes con otros papeles en el orden eclesiástico. Nótese que el fraile de Gaira es el encargado de predicar en esa ocasión, pero dada la escasez económica dio un plazo para que le cancelaran sus servicios, sus honorarios.

Pero los festejos por el ascenso del segundo Borbón no se quedaron ahí, todo lo contrario, se realizó otro evento organizado por el cabildo. La fecha señalada fue el 28 de agosto, el día mayor de la Iglesia católica, fecha en que se conmemora a San Agustín³⁴. El argumento para escoger esta fecha lo expresó el cabildo eclesiástico y la sociedad samaria como una forma de provocar la ira en el obispo. Si la primera celebración se había realizado el día de San Luis de Francia para que entendieran que renacían en el nuevo rey las virtudes del progenitor y se renovaran las glorias y virtudes regias, la segunda celebración era el día del gran doctor de la Iglesia católica Agustín de Nipona porque con sus escritos (*Ciudad de Dios y otros*) ilustraba a toda la Iglesia.

Además de la música y otras expresiones de regocijo y obediencia, el cabildo y el regimiento convocaron a todos los vecinos, a las órdenes religiosas y al clero, quienes asistieron a pesar de las diferencias con el Gobierno civil. Los testigos de esta función no dudaron de comentar que lo realizado se había hecho con mucho amor y con el mayor

³³ AGI: (Sevilla). Indiferente 524. Carta del Cabildo eclesiástico de Santa Marta a Su Majestad, con noticia del singular júbilo que ha tenido en la exaltación del trono del señor rey don Luis I. Santa Marta, 1724. f. 4.

³⁴ Agustín de Hipona muere el 28 de agosto del 430 en Hippo Regius, cerca de la moderna ciudad de Bona (hoy Annaba), en Argelia. Había nacido el 13 de noviembre de 354 en Tagaste, Tunisia (África).

júbilo que hasta en ese momento del presente siglo habían experimentado los vecinos, porque el panegírico escuchado con atención describió los deseos y las esperanzas que tenía el pueblo samario del nuevo rey Luis I³⁵. Al mismo tiempo de los eventos religiosos se autorizaron festejos populares con música. Vecinos de todos los sectores festejaron con júbilo y alegría, se abrazaron todos como sinónimo de obediencia a Su Majestad. Nuevamente los blancos peninsulares lucieron sus mejores prendas y demostraron su poder adquisitivo al brindar refrescos, bebidas alcohólicas, comidas, música por doquier, fuegos artificiales e iluminación total. A los pardos, zambos y mulatos se les permitió sacar sus tambores y a los nativos, sus flautas y chirimías.

A raíz de los festejos y regocijos por el ascenso al poder del nuevo rey, el cabildo eclesiástico envió una carta al monarca sobre la noticia del singular júbilo que tuvo en la exaltación al trono del rey don Luis I de Borbón, recordando que proviene de la casa de Borgoña, de donde salió el gran Clodoveo, por lo tanto invocaron para que los amparara. En razón de ello, escenificaron una comedia en su homenaje con la actuación de los estudiantes. Adicionalmente se organizaron paseos por la ciudad y los pardos cumplieron sus funciones, es decir, participaron en símbolo de obediencia y fidelidad a Su Majestad. Como contraprestación pidieron clemencia, que pusiera sus ojos sobre la ciudad y la provincia, les ayudara a salir del estado de miseria y postración. En la carta resaltaron la complacencia de ser sus leales vasallos, quienes desde su pobreza no dudaban en exaltar en vuestra real orden su nombre. Conservando la confianza de que Vuestra Señoría gire su mirada al infortunio de sus vasallos, colocando su inutilidad donde libres de dominaciones se coja el fruto de sus afanes, tanto para sí como para sus predecesores, deseándole, finalmente, bendiciones a la casa de Vuestra Majestad³⁶. El final el texto es contundente al pedir al Todopoderoso por la salud de todos los seres amados y más cercanos al rey Luis I.

³⁵AGI: (Sevilla). Indiferente 524. Carta del Cabildo eclesiástico de Santa Marta a su Majestad, con noticia del singular júbilo que ha tenido en la exaltación del trono del señor rey don Luis I. Santa Marta, 1724. f. 4.

³⁶AGI: (Sevilla). Indiferente 524. Carta del Cabildo eclesiástico de Santa Marta, de septiembre 9 de 1724, a su Majestad, con noticia del singular júbilo que ha tenido en la exaltación del trono del señor rey don Luis I. Santa Marta, 1724. f. 4.

Resulta interesante destacar que hubo una escenificación de una comedia actuada por estudiantes y se organizó un paseo a los sitios de recreación como el río Manzanares o a una hacienda cercana. El texto informa de la participación de los sectores sociales y raciales cuando afirma: “Hasta los pardos han ejecutado sus desempeños”, es decir, los no blancos o españoles.

Con fecha 10 de septiembre de 1724, firmada en Tenerife (a orillas del río Magdalena), el gobernador de Santa Marta, don Juan Beltrán De Caicedo, le informó al rey que recibió la real cédula del 11 de febrero de ese mismo año, donde se le participó de la exaltación al trono del rey don Luis I de Borbón. Notificó que se hizo la publicación y aclamación en todas las ciudades y cabezas de partido de la provincia samaria, con las posibles demostraciones de singular júbilo. El gobernador De Beltrán, salvando su responsabilidad frente al tema con el obispo, aclaró que todos los samarios aplaudieron el acto por medio del cual Felipe V le cedió el poder a su hijo, pero que no pudieron celebrar en la capital de la provincia por el conflicto aludido arriba.

Sin embargo, como queda dicho, hubo alegría y júbilo desde el momento en que se les comunicó a los samarios y samarias la noticia. Además, como el gobernador también estaba por fuera, en Tenerife (el obispo en Tamalameque), se organizaron alegres festejos para la aclamación, ceremonia que se realizó en Tenerife el 3 de julio de 1724. En otras poblaciones se realizaron, donde él envió “despachos circulares”, y todos los vasallos concurrieron a celebrar la llegada al trono del nuevo rey Luis I. Se realizaron las ceremonias acostumbradas en las principales ciudades y villas. Se recalcó que se sintió por todas partes regocijos populares, que se entonaron alegres cánticos y se realizó el consabido *Te Deum*, todos los gastos fueron sufragados por el cabildo de la ciudad³⁷.

³⁷ AGI: (Sevilla). Indiferente 524. Carta del Cabildo eclesiástico de Santa Marta a su Majestad, con noticia del singular júbilo que ha tenido en la exaltación del trono del señor rey don Luis I. Santa Marta, 1724. f. 4.

En definitiva, a pesar de las desavenencias, los festejos de los samarios por la aclamación y exaltación de don Luis I duraron varios días si se tiene en cuenta que hubo festejos el 15 de julio por decisión del obispo, sin consultarle a nadie; el cabildo eclesiástico, no contento con esa celebración, organizó dos más: una el 25 de agosto y otra el 28 de agosto, tres días después. A estos festejos se le deben agregar aquellos que se dieron en las ciudades pequeñas como Tenerife y las otras poblaciones³⁸.

Se podría afirmar que los ruegos, las súplicas y las alabanzas al Todopoderoso pidiéndole salud y larga vida al monarca no llegaron al cielo, porque el 31 de agosto de ese mismo año murió el rey Luis I, es decir, que los samarios todavía gozaban y comentaban los sucesos de los festejos por la exaltación cuando España lloraba la muerte del rey y se preparaba para asumir de nuevo su padre Felipe V. Los samarios comenzaron muy tarde los festejos, por eso no les alcanzó el tiempo y los sorprendió la muerte del rey Luis I. Más tarde llegaron a la ciudad las reales cédulas comunicando el sensible fallecimiento de Su Majestad y los samarios se prepararon para las exequias.

4.2.3. Proclamación, jura y festejos populares por la aclamación al trono de su majestad Fernando VI de Borbón

No existen documentos que certifiquen que en el momento que volvió al trono Felipe V se realizaran festejos tanto en España como en sus colonias. Posiblemente no fueron convocados a los eventos acostumbrados por la tristeza que causó la sensible muerte del rey Luis I. Lo que sí sucedió años más tarde, cuando se exaltó y aclamó al rey Fernando VI en

³⁸ José Nicolás de la Rosa en la *Floresta de la santa iglesia catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta* confirma lo anterior, lo acontecido en Santa Marta con motivo de la jura y aclamación del nuevo rey, ya que tenía el honor de ser alférez real. Adicionalmente afirma que los festejos y juegos carnavalescos (máscaras, otros) llegaron hasta el 8 de septiembre, cuando ya el rey había muerto. De la Rosa, José Nicolás. *Floresta de la santa iglesia catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta*. 1945. p. 146-147.

1746, cuarto hijo de Felipe V y de su primera esposa, María Luisa Gabriela de Saboya. Pero por alguna razón los informes sobre las honras fúnebres de su padre nunca llegaron, tampoco habían llegado a España en 1748. No se sabía cómo habían celebrado los vecinos de Santa Marta y su provincia la aclamación del nuevo Rey. Hubo que esperar hasta 1748, cuando se posesionó el gobernador don Antonio de Alcalá Galiano, quien inició un proceso de reconstrucción de los hechos. Para adelantarlos solicitó informes y reunió a los responsables de los actos. Muchos de ellos habían asistido a los eventos en 1746. A las reuniones asistieron, con mucho gusto, los funcionarios del momento, menos el gobernador don Juan Aristegui y Avilés porque ya no estaba en la ciudad.

A Santa Marta llegaron las copias de las Reales Cédulas del 31 de julio de 1746, en las que el rey Fernando VI informó de la muerte de su padre y su ascenso al trono como rey de España, así lo hace saber desde El Buen Retiro. Si bien es cierto que existía un formato de reales cédulas que sufría algunas variaciones, en el cual se ordenaban las fiestas de fidelidad y obediencia, Fernando VI modificó un poco la forma y precisó que al morir su padre había recaído sobre sus hombros la responsabilidad de gobernar los reinos pertenecientes a la Corona española. Regencia que incluye, por supuesto, a las Indias.

Ordenó que se publicara la noticia toda la solemnidad acostumbrada, que llegara a todos sus vasallos y que estos lo reconocieran como su legítimo monarca, rey natural de estos reinos. De igual forma, para todos los efectos debían llamársele Fernando VI, por lo que estaban obligados a obedecerle todas las reales cédulas, para la conservación del régimen y se mantuviera la provincia de Santa Marta en quietud y buena administración de justicia, que era lo que convenía a Dios y a Su Majestad. Dispuso que se continuasen con las celebraciones y manifestaciones de honra que se tenían como costumbre como prueba de lealtad y fidelidad al monarca y sus predecesores, guardando siempre especial cuidado para que hicieran lo preciso para conservar la paz y tranquilidad en estas tierras³⁹. Esas fueron

³⁹AGI: (Sevilla). Indiferente, 447, L.47, ff. 134r-135v Real Cédula a la ciudad de los reyes participándole la muerte de Felipe V y ordenándole alce pendones en el nombre de Su Majestad con el de Fernando VI. Idem, a

las órdenes expedidas en 1746, pero las comunicaciones que partieron de Santa Marta rumbo a España nunca llegaron. Parece ser que la embarcación que las transportaba se hundió o se perdió.

El 22 de marzo de 1747 se solicitó que además de informar cómo se habían celebrado las honras fúnebres, se comentara cómo se habían dado las fiestas con motivo de la proclamación y exaltación al trono del nuevo rey. Debían enviar las medallas o monedas repartidas y arrojadas al pueblo que demostraran tal regocijo. Al gobernador no le quedó de otra que proceder: recogió los informes, organizó un expediente y lo envió con las pruebas que demostraba que se habían realizado celebraciones reales en Santa Marta y en otras poblaciones de la provincia. Se enviaron las muestras de las monedas que se repartieron a los vecinos y que se fueron arrojando por las calles por donde pasó la procesión del pendón real⁴⁰.

Efectivamente, a De Alcalá le entregaron cuatro monedas o medallas para que las enviara a Madrid, le aclararon que habían acuñado doce para que se duplicaran en alguna otra ocasión y que quedaron cuatro en las cajas del pocito por si era necesario repetirlas o elaborar una réplica, o si el navío que la transportaba sufría alguna avería ocasionada por las tempestades y demás contingencias del mar. Le encargó la elaboración de las monedas al señor regidor don Joseph Fernández de Castro y Bermúdez, el costo quedó a cargo de las rentas de la propia ciudad⁴¹. Resulta llamativo que los vecinos de la ciudad y las autoridades virreinales estuvieran en condiciones de acuñar estas monedas, práctica que se mantendrá por muchos años. Las monedas arrojadas al pueblo durante el recorrido por las

la ciudad de Santa Marta. El Buen Retiro, 31 de julio de 1746. Leg. 47. Cf. Muro Orejón, Antonio. *Cedulario Americano del siglo XVIII*, Tomo III, p 353-354.

⁴⁰AGI: (Sevilla). Indiferente, 447. Carta de Antonio de Alcalá Galiano al Marqués de la Ensenada. Sobre las exequias del rey Felipe V y la proclamación de Fernando VI. Santa Marta, 1748. Testimonio de lo ejecutado por el cabildo, justicia y regimiento de la ciudad de Santa Marta. f. 17.

⁴¹AGI: (Sevilla). Indiferente, 447, L.47, ff. 124v-126r Carta de Antonio de Alcalá Galiano, 4 de diciembre de 1748, al Marqués de la Ensenada. Sobre las exequias del rey Felipe V y la proclamación de Fernando VI. Santa Marta, 1748. Testimonio de lo ejecutado por el cabildo, justicia y regimiento de la ciudad de Santa Marta. f. 17.

principales calles de la ciudad (la Veracruz, Santo Domingo, la Acequia hasta llegar a la catedral y la plaza Mayor) fueron obsequiadas por don José Fernández de Castro y Bermúdez, de igual manera los refrescos y demás bebidas.

No era para menos el desconcierto de las autoridades samarias al enterarse de que los informes de todos estos eventos no se supieran en Madrid porque a las autoridades coloniales y a las elites les interesaba cumplir las órdenes que llegaban de la Corona española, sobre todo porque esa era una forma de mostrar fidelidad y obediencia a la Monarquía. Eso les garantizaba permanecer en sus cargos y seguir gozando de los privilegios que tenían los peninsulares que controlaban la escasa economía provincial, es decir, el comercio, la hacienda, la producción agrícola y pecuaria. Son los peninsulares los más interesados en organizar los actos tanto el central con las autoridades como los festejos populares para todos los sectores socio-raciales.

En la reconstrucción de los hechos que De Alcalá escuchó y leyó en los informes, quedó claro que las autoridades samarias se reunieron para leer las reales cédulas y procedieron a organizar los actos acordes al hecho de celebrar como era costumbre, en este caso los festejos por la aclamación y exaltación de don Fernando VI de Borbón. Fue así como el 7 de diciembre de 1746 se reunió el Cabildo de Justicia y Regimiento y estableció el día 21 del mismo mes, fecha en la que se dieron los actos por la coronación del nuevo rey y el alistamiento del real pendón en su nombre. A su vez, el cabildo colocó luminarias en la plaza Real durante tres noches seguidas, comenzando el día 21, lo mismo hicieron los vecinos que iluminaron sus ventanas y calles. Todos eran conscientes de que organizando y asistiendo a estos actos demostraban júbilo y lealtad.

Los actos centrales continuaron con la procesión cívico-política por las principales calles y callejones de la ciudad. Los festejos fueron autorizados hasta el día 30, y al día siguiente los samarios volvieron a vestirse de riguroso luto hasta el Sábado Santo de 1747. Para poder

autorizar estos festejos cívico-políticos, fue necesario suspender el riguroso luto que se guardaba por el fallecimiento de Felipe V⁴². Todos estos eventos fueron anunciados a los samarios a través de un bando que para tal efecto escribió e hizo leer el señor gobernador y así peninsulares, nobles, plebes, pardos, negros, indios y libres de todos los colores quedaron notificados de la obligación que tenían de asistir y así se hizo. Las calles estuvieron concurridas durante todos los actos y en las noches se hicieron festejos populares.

Las autoridades ordenaron festejos en medio del luto por la muerte del rey fallecido, luto que se suspendió para dar paso a los bailes, a la música y a las máscaras; luego volvieron a “guardar luto”, bastante largo, por cierto. La reconstrucción de los hechos del que los asistentes brindaron testimonio, confirmaron que se dieron los festejos por la coronación y proclamación de don Fernando VI el día 21 del mes de diciembre. Así mismo, se le deseó largos años de gloria, salud y que Dios lo guiara en su mandato para beneficio de todos sus vasallos y especialmente de los samarios⁴³. En los testimonios aseguraron los asistentes que el señor gobernador don Juan de Aristegui y Avilés, cuya credibilidad estaba en juego, se esmeró para que los actos estuvieran a la altura del personaje homenajeado y que se le vio muy diligente en los oficios, mostrando el amor que sentía por Su Majestad⁴⁴; es decir, estuvo atento tanto en las exequias como en la coronación del rey Fernando VI. Esa afirmación salvaría la responsabilidad del gobernador De Aristegui, a quien, al parecer, se le censuraba su nula o escasa participación en la organización en las liturgias cívicas y religiosas.

⁴²AGI: (Sevilla). Indiferente, 447, L.47, ff. 124v-126r, Carta de Antonio de Alcalá Galiano, 4 de diciembre de 1748 al Marqués de la Ensenada. Sobre las exequias del rey Felipe V y la proclamación de Fernando VI. Santa Marta, 1748. Testimonio de lo ejecutado por el cabildo, justicia y regimiento de la ciudad de Santa Marta. f. 18.

⁴³AGI: (Sevilla). Indiferente, 447, L.47, ff. 124v-126r, Carta de Antonio de Alcalá Galiano, 4 de diciembre de 1748, al Marqués de la Ensenada. Sobre las exequias del rey Felipe V y la proclamación de Fernando VI. Santa Marta, 4 de diciembre de 1748. Testimonio de lo ejecutado por el cabildo, justicia y regimiento de la ciudad de Santa Marta. f. 19.

⁴⁴AGI: (Sevilla). Indiferente, 447, L.47, ff. 124v-126r, Carta de Antonio de Alcalá Galiano, 4 de diciembre de 1748, al Marqués de la Ensenada. Sobre las exequias del rey Felipe V y la proclamación de Fernando VI. Santa Marta, 1748. Testimonio de lo ejecutado por el cabildo, justicia y regimiento de la ciudad de Santa Marta. f. 20.

Igualmente es destacable reconocer el aporte de otros personajes como el caso del arcediano de la catedral, don Francisco Antonio de Olalla y Morejan, quien agasajó a los principales vecinos y los nobles de la ciudad con varios refrescos, como también a la tropa de veteranos, a las milicias de blancos y pardos⁴⁵ asentados en la ciudad⁴⁶. Sin duda, don Francisco era un hombre adinerado, perteneciente a la elite samaria y entendía la necesidad de agasajar a la nobleza local y autoridades. Hacerlo le permitía mostrar su capacidad económica y recibir a cambio el reconocimiento y el respeto de los otros.

Las declaraciones que se rindieron en la reconstrucción de los hechos fueron firmadas en Santa Marta el 26 de julio de 1747. Se vieron signos de mejoría en las condiciones de vida de los samarios. Los militares seguirán colocando una cuota importante en los festejos durante muchos años, bien desfilando o haciendo las delicias de los vecinos, cuando más tarde se organizaron las bandas de músicos para los servicios militares, religiosos y cívicos. Estas bandas animarían los bailes de las autoridades y los distinguidos, los nobles peninsulares. La existencia de pardos en las filas de las fuerzas militares es bien diciente. Los gremios de artesanos y comerciantes fueron los más activos, más que los hacendados y terratenientes.

En esta reconstrucción de los hechos de 1746, en el marco de dos eventos exigidos por la Corona española de los que no se tenía conocimiento, las exequias de Felipe V y la coronación de su hijo Fernando VI de Borbón, aparece el gobernador don Antonio de Alcalá junto a personajes de las elites aristocráticas samarias confirmando las celebraciones

⁴⁵ Para 1765 se sabe que el Capitán de las Milicias de Pardo de Santa Marta José Antonio Barranco Solano, solicitaba al gobernador la necesidad que tiene de un tambor y un sargento para ese cuerpo militar.

⁴⁶ AGI: (Sevilla). Indiferente, 447, L.47, ff. 124v-126r, Carta de Antonio de Alcalá Galiano, 4 de diciembre de 1748, al Marqués de la Ensenada. Sobre las exequias del rey Felipe V y la proclamación de Fernando VI. Santa Marta, 1748. Testimonio de lo ejecutado por el cabildo, justicia y regimiento de la ciudad de Santa Marta, f. 20.

y certificándolas, como es el caso del escribano público y del cabildo, Joachin Joseph de Robles.

4.2.4. Proclamación, jura y festejos populares por el ascenso al trono de Carlos III y Carlos IV

El ascenso al trono de Carlos III y Carlos IV siguió la misma lógica de los anteriores y con una estructura similar. Es poca la información sobre las ceremonias reales en homenaje a los dos últimos reyes españoles en el siglo XVIII, no por ello, dejan de ser importantes, puesto que lo encontrado permite tener una visión de lo acontecido en Santa Marta durante dichas proclamaciones. Si bien es cierto que, respecto al caso de los festejos en honor a Carlos III, lo de Carlos IV fue poco, también es cierto que se encontraron dos hechos que sucedieron en la exaltación de Carlos III que vale la pena revisar y profundizar a futuro: el indulto general y la revuelta popular y de soldados.

Ahora bien, el reinado de Fernando VI finalizó el 10 de agosto de 1759 y lo asumió su medio hermano Carlos III, que era hijo de Felipe V con su segunda esposa, doña Isabel de Farnesio. Las celebraciones reales cívico-políticas se realizaron al año siguiente. Al tiempo que se desarrollaron los desfiles acostumbrados de los principales señores de la ciudad, las autoridades lucieron sus mejores prendas y reafirmaron su obediencia al soberano, se realizaron bailes y hubo regocijos en general, luminarias y fuegos artificiales. Por añadidura, se aplicó indulto general por orden del rey Carlos III⁴⁷. Sin embargo, cabe destacar que hacia 1757 la Corona española “ordenó la separación de las festividades religiosas de las de la monarquía, para diferenciar lo que compete a las fiestas de tabla con

⁴⁷ Restrepo Tirado. Historia... Tomo II. Op. Cit., p. 189.

las fiestas de su majestad”⁴⁸. Las celebraciones reales se habían convertido en una ocasión para las expresiones carnavalescas como la utilización de máscaras, como lo registró el alferez real José Nicolás de la Rosa⁴⁹.

La utilización de máscaras estaba acompañada de bailes, consumo excesivo de alcohol, diversos juegos y tardes de toros. En estos festejos populares en Santa Marta se dieron manifestaciones de sublevaciones de los sectores marginados de la sociedad aprovechando la inconformidad de los soldados, a quienes se les debía 14 meses de salarios, como se documenta. Estos hechos sucedieron en los días de las celebraciones reales por la exaltación de Carlos III en 1760⁵⁰. En la relación de méritos elaborada que solicitó el nombramiento en propiedad del capitán don Andrés Joseph Pérez Ruiz Calderón, comandante de la plaza de Santa Marta, nombrado interinamente como gobernador, por suspensión del titular don Gregorio Rosales, por el virrey don Pedro Messia de la Cerda, se señaló que fue él quien sofocó la sublevación. El informe dice: encontrándose como gobernador de las armas don Joseph Pérez Ruiz en el año de 1760, le correspondió lidiar con una situación de sublevación adelantada por parte de los soldados de esta Plaza, reclamando el pago de 14 meses que se les adeudaban, el día escogido para el asalto fue en la celebración de la proclamación del rey Carlos III⁵¹.

Sofocado el incidente por don Andrés Joseph Pérez Ruiz Calderón, capitán comandante de la plaza de Santa Marta, los samarios lucieron sus mejores prendas y reafirmaron su obediencia al rey Carlos III. El regocijo cobijó a toda la vecindad, sin distingos sociales, y por orden del soberano hubo indulto general, como mencionó⁵². Como puede apreciarse, en

⁴⁸ Salazar Baena, Verónica. Hacer presente al rey ausente. (Informe de investigación). Instituto Colombiano de antropología e historia-ICANH. Bogotá, 2010. Bajado de internet, www.icanh.gov.co.../ agosto, 2014. p. 38.

⁴⁹ De la Rosa, José Nicolás. Floresta de la santa iglesia catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta. p. 147.

⁵⁰ Salazar Baena, Verónica. Hacer presente al rey ausente. 2014. p. 38, y Legajo Santa Fe 1230, Documento: Virrey Santa Fe, f. 7.

⁵¹ AGI: (Sevilla). Legajo Santa Fe 1230, Documento: Virrey Santa Fe, f. 7; 27 de mayo de 1763.

⁵² Restrepo Tirado. Historia... Tomo II. Op. Cit., p. 189.

la ciudad se realizaron las ceremonias reales en homenaje del rey Carlos III, infortunadamente no se ha tenido acceso a un documento más explícito que indique la fecha de los festejos reales.

Debe decirse que el espacio y el tiempo de la fiesta han sido utilizados históricamente para expresar inconformidad frente al régimen, los diferentes grupos sociales encuentran el preciso momento para denunciar y luchar por el poder. La protesta social, la sátira y otras expresiones de descontento con los mandatarios de turno suelen hacerse en días de ferias y fiestas, inclusive en los días de mercado.

Para justificar la soberanía de los reyes borbones en las tierras hispanoamericanas y desaprobar muchos de los eventos políticos insurreccionales del siglo XVIII, como el Movimiento Comunero en 1781 o el movimiento de los indígenas wayuu en La Guajira en mayo de 1769⁵³, el fray capuchino Joaquín de Finestrada justificó la ausencia del rey en las provincias y tierras lejanas de la sede del Gobierno. Para ello, en una nota le dio su reconocimiento como rey legítimo a Carlos III. El fray De Finestrada ratificó la solemnidad que se debía tener a Vuestra Majestad por parte del pueblo americano así como el español. Aunque el rey esté distante de estas tierras, es rey de todos y su soberanía y lealtad se reconocía gracias a las diferentes exaltaciones, celebraciones religiosas y demás festejos dados en su nombre, al igual que con el cumplimiento de sus reales órdenes⁵⁴.

En esta nota, el capuchino ratificó que a pesar de la ausencia, los americanos debían rendirle pleitesía a un rey distante, pero rey de todos. Reconocerlo era una obligación para sus vasallos y súbditos. Y lo mejor era aprovechar las celebraciones reales para

⁵³ Aunque poco conocido y por lo tanto menos estudiado, los nativos guajiros (wayuu), cuando las políticas monopólicas de la Monarquía Borbónica, comenzaron a golpear la actividad del contrabando que se daba la costa Caribe colombiana, como única forma de vivir, los nativos al sentirse atropellados se reunieron el dos de mayo de 1769, decidieron armarse para defenderse. Los aborígenes propiciaron 82 bajas entre la tropa del ejército de Carlos III, y arrasaron e incendiaron varias poblaciones, los hatos, finas y hacienda sufrieron igualmente.

⁵⁴ De Finestrada, Joaquín. El vasallo Instruido en el Estado del Nuevo Reino de Granada y en sus respectivas obligaciones. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 2000. p. 343.

manifestarlo y ratificarlo. Las proclamaciones y otras ceremonias reales eran expresiones ideológicas de subordinación colonial inscritas en el discurso oficial de empleados y jerarquías eclesiásticas. A pesar de las disputas por el poder y las desavenencias entre sí, eran conscientes del papel que jugaban en cada jura y proclamación estos funcionarios coloniales.

Pocos años después, el rey Carlos III murió un 14 de diciembre de 1788 y el 24 de ese mismo mes y año se le comunicó al gobernador de Santa Marta don José de Astigarraga, quien acusó el recibo de las cédulas reales en el mes de marzo de 1789. A Carlos III lo sucedió Carlos IV, su hijo, fruto de la unión con su esposa doña María Amalia de Sajonia. Al conocerse la real cédula de la exaltación de Carlos IV de Borbón al trono, y siguiendo la tradición, los samarios organizaron festejos populares y oficios religiosos. El día dispuesto por las autoridades virreinales fue el 28 de julio de 1789. Ese día se proclamó con todos los honores a Carlos IV de Borbón, se expusieron los retratos del rey y la reina, vigilados por las Compañías Veteranas. Los samarios salieron en masa, atropellándose unos y otros, tanto hombres como mujeres y niños de todos los sectores sociales, para apreciar lo más cerca posible el retrato de sus amos y señores. Los miembros de la compañía de veteranos tuvieron que esforzarse a fondo para controlar a los samarios henchidos de alegría. Las vivas y alabanzas de los vecinos samarios fueron una constante mientras permanecieron expuestos al público los retratos de Sus Majestades.

Entre los regocijos populares se destacaron las carreras de caballo por parejas, los bailes, la explosión de la música popular. Se instalaron varias fuentes de vino y se construyeron carros triunfales. Por las calles principales desfiló una fragata de la Armada que llegó a la plaza principal, donde se prendió un castillo artificial levantado para tal efecto. “Así mismo todos los indios inmediatos, y demás pueblos de estas cercanías manifestaron su lealtad concurriendo a la ciudad, y divirtiéndose a todos con sus músicas y bailes heredados de sus

antiguos”⁵⁵. Significativa resultó la presencia de los indios mamatocos, bondas, masingas, gairas y tagangas que mostraron sus músicas y danzas propias, expresaron su regocijo como vasallos del rey Carlos IV. Las autoridades samarias saludaron y aplaudieron las expresiones culturales de los nativos. Cuando se comenta de bailes propios, podría entenderse como folclóricos, autóctonos de la ciudad o la provincia. No obstante, los nativos no se contentaron con participar en la celebración en la ciudad, días después realizaron su propio ritual en la población vecina de Mamatoco y como vasallos reconocieron al rey Carlos IV como su soberano.

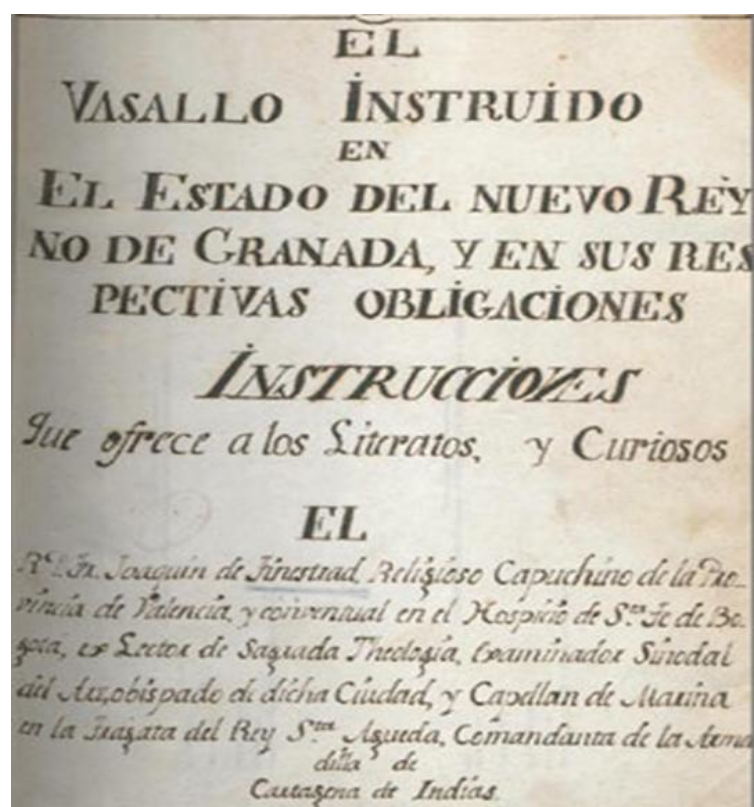


Figura 20. Portada de *El vasallo instruido en estado del Nuevo Reyno de Granada, y en sus respectivas obligaciones*, fray Joaquín de Finestrada, 1783.

Fuente: Biblioteca Nacional de Colombia. Libro, mapa.

⁵⁵ AGI: (Sevilla). Santa Fe 1181. Carta de José Astigarraga al rey informándole de haberse realizados las exequias del Carlos III y la Proclamación de Carlos IV. Santa Marta, 1790. f. 4.

Tal ceremonia se inició con todo el rigor para la ocasión, no tuvo la pompa como la de Santa Marta, pero lo que presentaron ante toda la comunidad, no dejó duda de la complacencia por el ascenso al poder de Carlos IV. Los festejos populares y diversiones en general invadieron a los habitantes de la vecina población indígena, hacia donde llegaron algunos samarios invitados por los caciques mamatoqueros y algunas autoridades, quienes no dejaron de agradecer y festejar con los nativos; el regocijo fue general⁵⁶. La complacencia de las autoridades fue generalizada. Porque después de tantas confrontaciones y batallas de las armas del monarca con los aborígenes, se gozaba de alguna tranquilidad. Fue tanto esta amistad y aceptación mutua aparente o real que años más tarde, en 1813, son los nativos mamatoqueros los que encabezaron una rebelión y expulsaron de la ciudad al invasor, el francés Pedro Labatut, al servicio de los patriotas cartageneros. Mérito que le sirvió a don Antonio Núñez, cacique del pueblo, para que el general Pablo Morillo le rindiera honores en representación de su majestad Fernando VII⁵⁷.

El gobernador Astigarraga informó al rey Carlos IV el día 14 de abril de 1790 que se habían dado regocijos como se tenía costumbre ante la proclamación de los monarcas, esta vez con ocasión de la exaltación de Don Carlos IV, para lo cual fue alzado con gran solemnidad y júbilo el real pendón por parte del alcalde mayor provincial don Rafael de Zúñiga por encontrarse vaco el alférez real. Tal gozo estuvo acompañado de la exhibición de retratos de su señoría, además de los festejos tradicionales y sus representaciones, estos actos se ofrecieron en las tres plazas de la ciudad⁵⁸.

La vacancia de algunos funcionarios coloniales no fue óbice para que las ceremonias reales se dejaran de realizar, existían mecanismos de ley o por costumbre que se ponían en

⁵⁶ AGI: (Sevilla). Santa Fe 1181. Carta de José Astigarraga al rey informándole de haberse realizados las exequias del Carlos III y la Proclamación de Carlos IV. Santa Marta, 1790. f. 4.

⁵⁷ Saether, Steinar A. Identidades e independencia en Santa Marta y Riohacha, 1750-1850, p. 15.

⁵⁸ AGI: (Sevilla). Santa Fe 1181. Carta de José Astigarraga al rey informándole de haberse realizados las exequias del Carlos III y la Proclamación de Carlos IV. Santa Marta, 1790. f. 3.

práctica ante la ausencia de una autoridad civil o eclesiástica. Era evidente que la ciudad no era la misma, la infraestructura física había mejorado, Carlos III impulsó algunas obras que dieron testimonio de ello en el capítulo primero. Para la época ya no están las ocho calles de las que informó De la Rosa, ahora eran 10, circunstancia que muestra una mejoría de la situación económica de los vecinos samarios. Los festejos son cada vez más lúcidos, así se reflejó en estas últimas coronaciones a los monarcas españoles.

Carlos IV abdicó en su primogénito Fernando el 19 de marzo de 1808 e inmediatamente fue coronado como Fernando VII, su hijo con doña María Luisa de Parma, que a la postre sería el último monarca con dominio sobre la Nueva Granada. El seis de junio de ese mismo año fue depuesto por José I Bonaparte, abogado y político francés, rey de Nápoles entre 1806 y 1808. Volvió al trono el 12 de diciembre de 1813 al ser expulsado el llamado rey intruso José I Bonaparte. Pero estos últimos sucesos se conocieron en la ciudad mucho más tarde; por eso, cuando llegó la noticia de su coronación a Santa Marta, nuevamente hubo festejos populares y de nuevo se repartieron medallas de oro y plata con jeroglíficos. El testimonio de estos eventos festivos alegres los dio a conocer a Su Majestad el gobernador de Santa Marta don Víctor de Salcedo y Somodevilla en oficio del 25 de agosto de 1808. En el escrito el autor expresó el profundo amor y lealtad al soberano.

4.2.5. Proclamación del último Borbón que gobernaría la Nueva Granada: Fernando VII

Al conocerse la abdicación del rey Carlos IV, las autoridades locales en Santa Marta, encabezadas por el señor gobernador don Víctor de Salcedo y Somodevilla, las otras autoridades y los samarios en general asistieron a los actos organizados al ser convocados días antes por medio del ran rataplán; tantarán; tantarantán del tambor cuando se leyó el bando anunciando la exaltación al trono del rey Fernando VII. La voz del pregonero se oyó en las principales esquinas de la ciudad, que eran puntos de encuentro de los vecinos; así

mismo en la plaza Mayor, en la plaza de la catedral actual y en la plaza de San Francisco, espacio de tertulias diarias. A la postre, los actos conmemorativos por la exaltación al trono en España de su majestad Fernando VII fueron los primeros y últimos que se celebraron en la catedral (que, como se dijo, se había inaugurado en 1796) y la plaza Mayor.

Todos los vecinos de la ciudad salieron a festejar ese 21 de agosto de 1808. Ese día se realizó la procesión con el pendón real. Los blancos peninsulares, los pardos y todos los sectores sociales asistieron haciendo demostraciones de júbilo y alegría. Unos a caballo, lujosamente adornados para la ocasión; los que iban a pie desfilaron con sus mejores vestidos. Las expresiones de regocijo fueron tantas que por doquier se brindaba por la salud de Fernando VII y le pedían al cielo y al Todopoderoso que su gobierno fuera largo y beneficioso para todos. Las calles y plazas de la ciudad fueron aseadas y decoradas con lujo de detalles, la iluminación fue general, se disfrutó de los juegos artificiales. Las casas, ventanas y balcones fueron decorados con flores traídas de las poblaciones cercanas a la Sierra Nevada de Santa Marta.

En opinión de muchos samarios, y en especial del gobernador Salcedo, no se había vivido en la ciudad un día más feliz que ese 21 de agosto de 1808, tanto que “se regaron monedas en las tres Plazas principales de la ciudad, unas del cuño común, y otras, del que descifraba la lealtad de Santa Marta”⁵⁹. Copia de estas últimas fueron remitidas a Madrid para que Su Majestad apreciara la fidelidad y lealtad de sus vasallos samarios. En 2009, siendo gobernador del departamento del Magdalena el arquitecto Omar Díaz Granados Velásquez, se elaboró una réplica de dicha medalla que se obsequió a personalidades de la nación.

⁵⁹ Saether, Steinar A. *Identidades e independencia en Santa Marta y Riohacha, 1750-1850*, p. 15.



Figura 21. Anverso de la moneda repartida en 1808 en Santa Marta por la exaltación al trono de España de su majestad Fernando VII

Fuente: Cortesía de la Gobernación del Magdalena 2008.

Sin duda que el fervor por la monarquía se sentía y vivía en la ciudad, condición que perduraría durante muchos años, lo que fue un factor que originó la guerra interregional con Cartagena de Indias. La opulencia de la ciudad se reflejó en el acto de regalar medallas (monedas) de oro y plata. Tres meses más tarde, el 20 de noviembre, llegó a la ciudad el obispo fray Miguel Sánchez Cerrudo, de la orden de san Francisco. Se complació al saber que los habitantes de la ciudad habían realizado los festejos, que aún se sentía el ambiente de alegría por el rey y lo registró al declarar que fue testigo del gran júbilo, amor, alegría, devoción, y regocijo con que se realizaron los honores por el nombramiento al trono de “Nuestro Rey Fernando VII”. Termina el escrito ofreciendo con especial deseo que Vuestra Majestad regrese a su trono una vez se libere de sus enemigos⁶⁰.

⁶⁰ AGI: (Sevilla). Indiferente 1247, Carta de Fray Miguel Sánchez Cerrudo Obispo de Santa Marta, 5 de junio de 1809, a Su Majestad. Dando cuenta de su llegada a ese obispado y de haberse jurado al rey Fernando VII la lealtad y amor que le profesan aquellos vasallos. Santa Marta, Indiferente 1247. AGI, Sevilla, f. 2.



Figura 22. Reverso de la moneda repartida en 1808 en Santa Marta por la exaltación al trono de España de su majestad Fernando VII.

Fuente: Cortesía de la Gobernación del Magdalena 2008.

Es preciso señalar que en las fiestas conmemorativas se autorizó producir medallas de oro y plata con jeroglíficos del rostro del recién ascendido rey; en ellas se grabó un perro, una paloma y un ramo de olivo como símbolo de amor, fervor y lealtad. Apartes de los detalles que suministró el obispo, permiten inferir que la situación de la ciudad había mejorado. Sin embargo, como el obispo escribe en junio de 1809, cuando aún España estaba invadida por Napoleón y gobernada por su sobrino José I Bonaparte, rogaba a Dios para que regresara al trono Fernando VII, lo que sucedió en 1813. Antes del regreso del monarca al poder, se dio una serie de hechos políticos y militares que igualmente fueron festejados con alborozo en Santa Marta y en general en las colonias españolas. Entre ellos la victoria en Bailen, la instalación de la Junta Central, entre otras celebraciones.

Por otra parte, se puede destacar el valor y lo que significaba para las autoridades samarias civiles y eclesiásticas el cumplimiento de las órdenes emitidas desde Madrid. En la medida en que se consolidaban las Fuerzas Armadas y contaban con el material suficiente, su participación fue determinante en la utilización de la pólvora para significar el respeto al

personaje exaltado. Igual referencia se puede hacer de las elites y otros sectores sociales de la sociedad samaria, cuya participación fueron expresión de la obediencia a las reales cédulas. En este trabajo se vio claramente cómo los samarios buscaban la forma de darle cumplimiento a las reales cédulas que se expedían en España, donde se ordenaban las celebraciones reales, y para ello las autoridades convocaban a los vecinos a través de la publicación y lectura de la determinación tomada. El pregonero recorría las calles de la ciudad, leía el bando en las principales esquinas y en las tres plazas de Santa Marta al son de la caja e invitaba a los vecinos a asistir a las ceremonias que se efectuarían en los días escogidos para tal fin.

Lo cierto es que la poca población asistía llena de respeto y alegría a los actos que se convocaban, dependiendo de los oficios religiosos, sean para las exequias del monarca fallecido o para el príncipe ascendido al trono como rey de España y de todos los territorios de ultramar. Para lograr la mayor participación fue necesario que las autoridades se mostraran unidas por un solo fin: Obedecer a Su Majestad. Cuando afloraban los conflictos y los obispos amenazaban con la excomunión, la situación era complicada y los vecinos asistían con desgano, según se lee en los informes de los gobernadores o de otras autoridades coloniales.

Destacable el celo que mantenían en las Cortes para que las autoridades de ultramar cumplieran sus órdenes organizando celebraciones reales. Eso explica los requerimientos que se le hicieron al recién nombrado y posesionado gobernador Antonio de Alcalá Galiano, quien tuvo que reconstruir los actos que se celebraron por la exaltación del rey Fernando VI. En las informaciones recogidas se evidenció que en la ciudad se habían dado fiestas con tal motivo, así que los samarios, en medio de las dificultades económicas, cumplieron con las órdenes emanadas desde España y dieron cuenta de ellas a las Cortes al rendir los informes correspondientes. Precizaron que los actos no tuvieron la pompa y ostentación propia por el significado del personaje, pero que se celebró como verdaderos súbditos de Su Majestad. Los samarios, al festejar la llegada al trono de Luis I, lo dejaron expresado al afirmar “no ay pobreza donde ay leales vecinos”. Como muestra del afecto y

reconocimiento de fidelidad a la Corona, enviaron pruebas de las monedas y medallas que se habían regado por las calles y plazas de la ciudad, desde los actos de Fernando VI hasta la proclamación de Fernando VII, pasando por los dos reyes Carlos.

4.3 Ceremonias festivas de la familia real y allegados

En el siglo XVIII se encontraron referenciadas varias fiestas con ese carácter, motivadas por noticias llegadas de España y en particular por el cumpleaños del rey, el nacimiento de un heredero al trono o una infanta, el casamiento de una infanta o un príncipe. Pero también la preñez de una reina o la exaltación de un príncipe al trono. Todos estos hechos constituyeron motivos más que suficientes para declarar días de fiesta político-cívica.

Estas ceremonias implicaban alzar el pendón real, bendecirlo, pronunciar discursos y oraciones que enaltecían las virtudes del exaltado. Del mismo modo, oficios religiosos solemnes y pomposos. Luego, sí, juerga total: regocijos populares, comida y bebidas en abundancia, refrescos, música, muchos de estos eventos financiados por el “mandamás de la fiesta”; en fin, un paréntesis en la vida cotidiana samaria llena de limitaciones y pobreza. Una condición para participar de estas celebraciones regias fue suspender toda actividad productiva para dedicarse de lleno al goce colectivo. Elías dice de esto: “Es un elemento inmediato de la vida social cortesana no tener ninguna ocupación en los días de fiesta”⁶¹. Estas fiestas repentinas estaban por fuera del calendario católico expresado en las fiestas de tabla y como las proclamaciones formaron parte de las fiestas barrocas ordenadas desde la monarquía borbónica.

De la información encontrada sobre estas celebraciones regias se destacan los matrimonios, los embarazos, los nacimientos y el juramento como príncipe. Sin embargo, los nacimientos se constituyeron en la mayor información llegada a Santa Marta, por lo que fueron el mayor

⁶¹ Elías, Norbert. La sociedad cortesana. p.147.

número de celebraciones reseñadas, especialmente en el caso de los hijos del príncipe Carlos Antonio, hijo de Carlos III y que luego ascendió al trono como Carlos IV; fue padre de 14 hijos. De los 24 embarazos de la reina María Luisa de Borbón-Parma, sobrevivieron siete hijos, uno de los cuales fue Fernando VII, rey de España. La mayoría de los nacimientos fueron celebrados en la ciudad y sus ciudades como Valledupar, Riohacha, Ocaña y en pueblos como El Banco, Pinto, Valencia de Jesús y otros.

Se debe entender que la monarquía borbónica se preocupó en algunos momentos por no tener un hijo varón como heredero del trono, por lo que en repetidas ocasiones la búsqueda del hijo se convertía en un problema de Estado. Un varón era garantía de continuidad de la Monarquía. Por lo tanto, las solicitudes que llegaron estaban dirigidas a oficiar misas que dieran gracias al cielo y al Todopoderoso para que el nuevo heredero o heredera y la reina madre gozaran de salud y larga vida. Los actos comenzaban con el anuncio a la población a través del bando, la iglesia se arreglaba lo más hermosa posible, tanto el altar mayor donde estaba la virgen Santa Marta como también el altar donde se había colocado la imagen de la Inmaculada Concepción. La ceremonia era presidida por el señor obispo y coordinada por los dos cabildos de la ciudad. Al final del oficio religioso se incluía el canto del himno *Te Deum laudamus*.

No fue un acto meramente católico y de implorar a Dios los beneficios y dones para el heredero: también las elites aprovechaban el momento para lucir sus mejores prendas, adornos, accesorios y vestidos a la moda que llegaban de la mano de los recién llegados funcionarios o comprados de contrabando. La puja por aparecer, por ocupar el sitio de honor en la iglesia catedral, las reuniones sociales que incluyeron bebidas alcohólicas, refrescos y comidas, fueron financiados por miembros del cabildo, por el mismo gobernador o por algún próspero comerciante. Las calles, las tres plazas adornadas como las ventanas y puertas de las casas, iluminación total por tres días, juegos pirotécnicos y los consabidos vivas al rey, larga vida a Su Majestad.

La otra ceremonia regia que se solicitaba celebrar era el matrimonio de alguno de los miembros de la familia real, sobre todo por el significado y el interés político o estratégico en el mundo europeo. Cuando se trataba de nupcias entre familias reales de países en conflicto y en busca de consolidar la paz y mejorar las relaciones internacionales con los vecinos, la boda debía cumplir un ritual que se iniciaba con la firma del compromiso y luego con la bendición del obispo escogido. Eran matrimonios por conveniencia como lo señaló el rey Felipe V al comunicarles a las autoridades virreinales que su hija amada, la infanta doña María Teresa Rafael de Borbón, se casaría con el serenísimo delfín Luis Fernando de Francia, ya que ambas monarquías se beneficiarían de la unión que evidentemente se celebró en febrero de 1745.

Los samarios, como se mostrará a lo largo de este trabajo, no perdían ninguna oportunidad para festejar y entregarse a los brazos de Baco. Bermúdez considera que los samarios guardaron tanta lealtad a la realeza que se hizo costumbre estar atento de los diferentes eventos que ocurrían al interior de la familia real. Así, al inicio del siglo XVIII, se conocieron peticiones efectuadas con el fin de que el nacimiento del príncipe de Austria llegara sin contratiempos, preparaciones de *Te Deum* para proclamar al nuevo heredero con el acompañamiento de toques de las campanas y asistencia del clero, el cabildo y los vecinos⁶².

En ese mismo sentido escribe Restrepo al reconocer que “en los años de 1710 y 1711 hubo grandes fiestas civiles y religiosas, tanto en Santa Marta como en las demás poblaciones de la provincia con motivo del juramento del príncipe de Asturias y de los triunfos de las armas de S. M.”⁶³. Antes en la ciudad se habían celebrado festejos por los triunfos de las armas del rey de España en Santa Marta, Tamalameque, Riohacha y Tenerife, en esa ocasión el marqués de Quintana exhortó a todos los pueblos de la provincia a festejar con

⁶²Bermúdez Bermúdez, Arturo E. Op. Cit. 1981, p. 131.

⁶³Restrepo Tirado. Historia... Tomo II. Op. Cit., p. 29.

júbilo esos triunfos de Su Majestad. No eran triunfos del pueblo español o del Ejército español, sino del rey de España.

Al quedar embarazada en 1707 la reina de España doña María Luisa Gabriela de Saboya, primera esposa del rey Felipe V, se le comunicó a todas las autoridades virreinales de las Américas la necesidad de elevar plegarias al Santísimo para que la gravidez de la reina fuera normal y su estado de salud se mantuviera firme al nacer el primogénito. Estas órdenes llegan a las máximas autoridades samarias: la eclesiástica y la civil.

El primero en hacer conocer a los súbditos de Su Majestad tal situación, fue el gobernador don Alonso Valera, caballero de la Orden de Santiago y así se lo hizo saber al rey al informarle que había recibido con complacencia las buenas nuevas de la preñez de la reina. La dio a conocer al público a son de cajas de guerras para que se prepararan las celebraciones en el mismo día, a las cuales asistieron sus leales y fieles vasallos. Las autorizó así por medio de circulares donde se manifestaba lo estipulado en real cédula para que se pusiera en conocimiento en todas las provincias. Se le indicó al cabildo que se empezara con ofrecer plegarias a nombre de Vuestra Majestad en la iglesia catedral y demás conventos⁶⁴. Entonces, como era costumbre, después de los protocolos virreinales, se permitieron festejos populares, la iglesia jugó su papel protagónico al convertirse en el centro de los rituales de súplicas por el bienestar de la reina, su hijo, el rey y todos sus súbditos. Pero estos festejos no se dieron sólo en la catedral de la capital de la provincia, sino en todas las parroquias bajo la jurisdicción de la diócesis de Santa Marta.

El electo obispo de Santa Marta, fray Luis Martínez de Gayoso, se encontraba recorriendo las parroquias de la provincia y escribió desde Tenerife el 9 de marzo de 1708, a orillas del río Magdalena, al secretario del Consejo de Indias, don Bernardino Tinajero de la Escalera. Le informó lo mucho que se celebró en aquella jurisdicción la noticia del preñado de la

⁶⁴ AGI: (Sevilla) Santa Fe, 504. Carta del gobernador de Santa Marta, Alonso Valera, a Su Majestad. Avisa el recibo de la Cédula en que se le participa el preñado de la Reina Nuestra Señora y de lo que se ejecutó en su virtud. Santa Marta 7 de agosto de 1707.

reina. Muy posiblemente la tardanza en la información a Su Majestad obedeció a la ausencia del obispo en Santa Marta. El prelado hizo referencia a las comunicaciones que había recibido fechadas en 1707, donde se le informó de tal hecho natural y la solicitud que se le hacía para que realizara rogativas y así se hizo en la capital de la provincia, como en otras parroquias de su jurisdicción. Igualmente se hicieron plegarias al Todopoderoso para que el bienaventurado nacimiento del heredero de estos reinos no tuviera ningún percance. Una vez conocida la noticia, en los diferentes obispados se elevaron oraciones en su nombre de forma pública como en privado, ofrecieron para él los mejores deseos de salud, sabiduría e iluminación⁶⁵.

Esa tardanza llevó al prelado a escribir una segunda carta desde el mismo lugar y en la misma fecha. Le escribe a Su Majestad que sintió alegría por el nacimiento del príncipe Luis I, quien nació en Madrid el 25 de agosto de 1707, era el hijo mayor de Felipe V y María Luisa de Saboya. Los que pertenecían a estos reinos como vasallos, obispos, autoridades civiles y eclesiásticas se regocijaron de la tan loable noticia del nacimiento del príncipe, para lo cual se levantaron con devoción y alegría ruegos en su nombre para una próspera salud y larga vida⁶⁶. Como puede inferirse, las autoridades eclesiásticas fueron celosas en el cumplimiento de las reales órdenes que se emitían en España, siempre y cuando las autoridades virreinales provinciales no invadieran sus dominios y les limitaran sus competencias y funciones.

Por su parte el Gobernador Valera, un poco más eficiente y gobernando desde Santa Marta, el 30 de enero de 1708, antes de ser reemplazado, le escribe al rey contando que ha sido informado del tan anhelado nacimiento del príncipe de Austria, hijo de la reina. Este nuevo príncipe representó para sus vasallos la prolongación real de estos dominios y freno a los rebeldes. Garantizaba la preservación de la conversión a la fe católica. Por tan glorioso

⁶⁵ AGI: (Sevilla) Santa Fe, 518. Carta de Fray Luis Martínez, electo obispo de Santa Marta, al Secretario del Consejo de Indias, Don Bernardino Tinajero De La Escalera. Dice lo mucho que se celebró en aquella jurisdicción la noticia del preñado de la Reina. Tenerife, 9 de marzo de 1708.

⁶⁶ AGI: (Sevilla), Santa Fe, 518. Carta de Fray Luis Martínez, electo obispo de Santa Marta, a Su Majestad, participándole que la noticia del Príncipe se había celebrado mucho en aquel obispado, repitiendo gracias a nuestro Señor. Tenerife, 9 de marzo de 1708.

acontecimiento se concede por medio de real cédula que la población de Santa Marta sea convocada a la iglesia catedral para que con gran regocijo se dé la promulgación del recién llegado a la vida. Para lo cual se adelantaron cantos de *Te Deum*, repiques de campanas, salvas de artillería y fusilería e iluminarias, acompañado además del manifiesto al Santísimo Sacramento, colocando de patente a la Virgen de la Concepción por el término de tres noches. Al mismo tiempo se realizaron novenarios en compañía de sus súbditos, dando gracias por el nacimiento del nuevo infante⁶⁷.

Los festejos populares e institucionales fueron grandes, ya no sólo porque la reina estaba preñada, sino por el nacimiento del nuevo heredero de la Corona. Una de las reales cédulas le ordenó al gobernador darle libertad a quienes estuvieran detenidos por algunos delitos. De esa medida se benefició a don Andrés del Barco y Quiroz, quien estaba detenido por estafa. Este tipo de decisiones fue una práctica permanente de la Corona heredada por los gobiernos americanos, incluido, por supuesto, el nuestro. Era una forma de mostrar generosidad a sus súbditos y vasallos por parte del monarca.

Los festejos continuaron años más tarde. El obispo de la ciudad fray Luis Martínez le comunicó al rey de los homenajes públicos, de los rituales católicos celebrados en la catedral con motivo del juramento del príncipe de Asturias (Luis I de Borbón), acaecido el siete de abril de 1709, como ya se comentó arriba, en las Cortes reunidas en el monasterio de San Jerónimo de Madrid. Por reales cédulas se le informó al mundo español de tal suceso histórico⁶⁸ y los vasallos acudieron convocados por las autoridades civiles y

⁶⁷ AGI: (Sevilla), Santa Fe, 504. Carta del gobernador de Santa Marta, Alonso Valera, a Su Majestad, dando cuenta de las demostraciones de regocijo con que se celebró en aquella ciudad la noticia del nacimiento del Príncipe. Santa Marta, 30 de enero de 1708.

⁶⁸ Con fecha de 19 de junio de 1709, el rey Felipe V a través de tres reales cédulas comunica a sus representantes en Hispanoamérica tal hecho: una dirigida al gobernador de Trinidad y Puerto de Buenos Aires, avisándole el juramento del Príncipe de Asturias D. Luis Fernando. Idem, al gobernador de Santa Marta. Madrid, 19 de junio de 1709. Indiferente 432, L. 46, F. 146r- 147r-148r; Una segunda con destino al arzobispo de Lima, avisándole el juramento del Príncipe de Asturias D. Luis Fernando. Idem, al obispo de Santa Marta. Madrid, 19 de junio de 1709 y la última al cabildo de la iglesia de Lima, avisándole el juramento del Príncipe de Asturias D. Luis Fernando. Idem, al gobernador de Santa Marta. Madrid, 19 de junio de 1709. La cédula dirigida al arzobispo dice: “Muy reverendo inscripto padre arzobispo de la iglesia metropolitana de

eclesiásticas a festejar, a expresar su júbilo por el heredero del trono a pesar de la corta edad del príncipe y por tal motivo a conocer el grato acontecimiento que fue informado por parte del cabildo eclesiástico. Por la prolongación de la real Corona por medio de la sucesión del juramento que se hizo al príncipe de Asturias, se adelantaron celebraciones y exaltaciones de regocijos de fidelidad por tal acontecimiento por parte de sus vasallos en toda la ciudad. Para estas conmemoraciones se ejecutaron cantos en la iglesia del *Te Deúm laudamus*, ruegos al cielo deseando larga vida a Vuestra Majestad y auxilio con el enemigo⁶⁹.

Hechos para festejar son los que no sobran en Santa Marta y por supuesto en toda la América española. Así volvió a suceder en 1712 cuando la reina de nuevo dio a luz otro infante, Felipe Pedro, el siete de junio. Escasos dos meses después, el primero de agosto de ese año, el monarca comunicó tal noticia a todas las gobernaciones, reales audiencias y virreyes en Hispanoamérica. Una real cédula, muy especial, dirigida al arzobispo de Lima con copia a las diócesis afirmando que el día 7 de junio del año anterior, la reina, su muy adorada esposa doña Luisa Gabriela, le había regalado a la Corona un infante que honraría la continuidad de esta monarquía. Por lo que el rey se complació de informar a sus vasallos, para que congregados en la iglesia catedral y demás templos del arzobispado se ofrecieran las gracias al Dios Omnipotente por tan venerable dádiva y se ruegue por su larga vida y salud⁷⁰. Así sucedió en todo el virreinato.

la ciudad de los reyes en las provincias de Perú habiéndose celebrado el día siete de abril de este año del juramento del príncipe de Asturias don Luis Fernando mi muy caro y amado y lo reconocido por legitimo sucesor de mi corona y correspondiendo mi amor a la constante fidelidad de los naturales de esos dominios. He resuelto daros este aviso para que hagáis saber a todos los súbditos de ese país digno y sean comprendidos para mi asesores en ese común regocijo”.

⁶⁹ AGI: (Sevilla). Santa Fe 518. Carta de Fray Luis, electo obispo de Santa Marta a su majestad. Avisa el recibo de la Real Cédula de 19 de mayo de 1709 en que se le participó el juramento del serenísimo príncipe de Asturias, nuestro señor diciendo es imponderable el regocijo que recibieron todos aquellos vecinos. Santa Marta, 24 de diciembre de 1710.

⁷⁰ AGI: (Sevilla). Indiferente 432, L. 46, ff. 337v-338r. Real Cédula al Arzobispo de Lima, anunciándole el nacimiento del infante. Idem, al obispo de Santa Marta. El Buen Retiro, 1 agosto de 1712.

Igualmente se envió otra real cédula a la orden de los franciscanos para que en todos sus monasterios pertenecientes al virreinato del Perú se orara por la salud del infante y de la madre⁷¹. Estas dos solicitudes del monarca no eran para cumplir una simple formalidad, sino todo lo contrario, Felipe V estaba muy preocupado porque el 2 de julio de 1709 la reina había parido al Infante Felipe y seis días después, el 8 de julio, había fallecido. Y un monarca tan católico creía profundamente en las oraciones, rezos, misas, procesiones y demás oficios divinos, los que según él eran necesarios para que tanto la reina como el nuevo infante vivieran sanamente. Pero a pesar de todas las oraciones, el infante Felipe Pedro murió siete años después, el 29 de diciembre de 1719.

Para ese año el rey Felipe V sólo tenía un heredero, el infante Luis, príncipe de Asturias. Es claro que uno solo no era suficiente para un imperio tan grande como el español, por ello, de nuevo quedó preñada la reina María Luisa Gabriela de Saboya. Esta vez fue el más tarde coronado como Fernando VI, quien nació el 23 de septiembre de 1713 en Madrid. Aunque no se conoce la real cédula del anuncio de su preñez ni del nacimiento, se sabe que su proclamación como príncipe de Asturias fue el 25 de noviembre de 1724. Cuando su padre volvió al trono en reemplazo de Luis I, muerto prematuramente, Fernando tenía once años y estuvo a punto de ser coronado como rey de España, pero la nueva esposa de Felipe le insistió que retomara el trono él.

La reina María Luisa Gabriela de Saboya murió meses después del parto de Fernando y el rey Felipe V se volvió a casar, esta vez con Isabel de Farnesio, boda que se realizó el 24 de diciembre de 1714. Estas noticias llegaron también a las ciudades hispanoamericanas. Meses más tarde, cuando quedó preñada, igualmente se le comunicó a las colonias para que elevaran plegarias al Todopoderoso y así se hizo. Las reales cédulas fueron dirigidas al virrey, a los gobernadores, a los arzobispos y a los obispos, por lo tanto hubo copia para Santa Marta y Cartagena de Indias. La orden al gobierno eclesiástico fue que se rogara a

⁷¹ AGI: (Sevilla). Indiferente 432, L. 46, ff. 336v- 337v. Real Cédula al Arzobispo de Lima, anunciándole el nacimiento del infante. Idem, al obispo de Santa Marta. El Buen Retiro, 1 agosto de 1712.

Dios como él lo estaba haciendo para que la reina se conservara con buena salud, por lo que les encarga que “lo hagas por lo que a vos toca, como corresponde, y lo espero de vuestro celo, virtud y doctrina, que en ello me serviréis”⁷². La orden del rey está firmada el 2 de agosto de 1715. Días después, el 25 del mismo mes, escribió otra real cédula, esta vez dirigida al virrey gobernador y capitán general de las provincias del Perú, es decir, se incluye el Nuevo Reino de Granada. En la cédula real se informa sobre el embarazo de la serenísima reina, amada mujer, de la cual espera que tenga un alumbramiento feliz. Les escribe a sus vasallos para compartir su felicidad y para que como fieles súbditos realizaran rogatorias al Altísimo por la salud y el bienestar de la reina, que es Vuestra Reina⁷³.

Felipe V insistió en buscar apoyo en las autoridades civiles y eclesiásticas, en la feligresía, buscando generar en todos sus vasallos y súbditos un sentimiento colectivo que se expresó en las plegarias a Dios, oraciones, rezos, misas y procesiones. Buscando que el alumbramiento de la reina fuera con éxito y que su nuevo heredero naciera bien, en perfecta salud para bien de él y de la Corona. Esta vez los rezos y demás tuvieron eco en el cielo porque el Todopoderoso permitió que naciera el 20 de enero de 1716 la criatura que recibió el nombre de Carlos, antes de ser coronado rey de España como Carlos III. Fue rey en Nápoles como Carlos VII y en Sicilia como Carlo VII, en italiano.

Otros hechos sociales y familiares que merecieron reales cédulas y algunos festejos en Santa Marta y su provincia fueron los nacimientos y matrimonios de los y las herederas del trono. Estas celebraciones tuvieron un matiz político, por ello no se duda en precisar que se constituyeron en verdaderas fiestas políticas que igualmente se le sumaron al calendario festivo cristiano. Como se dijo antes, esto es muestra de una sociedad que vive de festejo en festejo en medio de unas condiciones socioeconómicas difíciles. A pesar de esa situación,

⁷² AGI: (Sevilla). Indiferente 432, L. 48, f. 40r. Real Cédula al virrey del Perú, comunicándole hallarse encinta la reina Isabel de Farnesio. Ídem, al gobernador de Santa Marta. El Buen Retiro, 25 de agosto de 1715.

⁷³ AGI: (Sevilla). Indiferente 432, L. 48, f. 40v. Real Cédula al virrey del Perú, comunicándole hallarse encinta la reina Isabel de Farnesio. Ídem, al gobernador de Santa Marta. El Buen Retiro, 25 de agosto de 1715.

el rey Felipe V, el 29 de enero de 1745, escribió a los ministros eclesiásticos y seculares de la provincia del Perú comunicándoles su complacencia porque la infanta, su hija doña María Teresa, contraería nupcias con el delfín de Francia, el hijo primogénito de Su Majestad, para lo cual ya había firmado los capitulares matrimoniales en la Corte de Madrid⁷⁴.

El desposorio se celebró en la misma corte el 18 de diciembre, esperando el rey Felipe V de que fuera benéfico para Francia y España. Esto también era una exaltación de la fe católica, por lo que les participó a los virreyes del Perú y Nuevo Reino de Granada, presidentes, audiencias, gobernadores, muy reverendos arzobispos, y reverendos obispos, prelados de las religiones, ciudades de ambos reinos, incluida Santa Marta, para que supieran y organizaran fiestas y se regocijaran por las ventajas para ambas Coronas y de los vasallos y súbditos de la monarquía borbónica.

Felipe V ordena el 21 de febrero de 1745 que en todos sus dominios se publique que su hija la infanta doña María Teresa Rafael de Borbón y el serenísimo delfín Luis Fernando de Francia (Luis XV), hijo del rey cristianísimo Luis XIV de Francia, se casarían, por tal motivo otorgaba facultades para que con esa noticia se celebraran festividades en todos los distritos y su jurisdicción. Como una clara manifestación de júbilo, lealtad y amor, se debía brindar con gran bullicio como se acostumbraba, con la asistencia de sus fieles vasallos⁷⁵.

El matrimonio se efectuó el 23 de febrero de ese año, enlace que reconciliaba a los reinos. Fue más un matrimonio por conveniencia como se acostumbraba para la época. No se ha encontrado un documento que constate que en Santa Marta se realizaron eventos festivos, pero las autoridades samarias y las elites fueron complacientes y obedientes de este tipo de festejos, que, como se ha dicho en otro lugar, les permitía mostrarse ante sus subalternos

⁷⁴ AGI: (Sevilla). Indiferente 447, L. 47, ff. 60v- 61v. Real Cédula a los ministros eclesiásticos y seculares de la provincia del Perú. Con motivo del matrimonio de la serenísima Infanta de España Doña María Teresa con el delfín de Francia. El Pardo, 29 de Enero de 1745.

⁷⁵ Muro Orejón, Antonio. Cedulaario Americano del siglo XVIII, Tomo III p. 341-342.

como un sector hegemónico del cuerpo social samario. En carta del gobernador Antonio de Alcalá Galiano, fechada en Santa Marta el 26 de agosto de 1751, se informa a don Joaquín Vázquez y Morales que se habían dado grandes regocijos por el matrimonio de la infanta María Antonia con el príncipe Víctor Amadeo III de Saboya, boda que se había realizado en mayo de 1750 en Turín, Italia⁷⁶.

El 11 de noviembre de 1748 había nacido Carlos Antonio Pascual Francisco Javier Juan Nepomuceno José Januario Serafín Diego, conocido como Carlos IV, hijo de Carlos III con doña María Amalia de Sajonia. Se juramentó como príncipe de Asturias el 19 de julio de 1760, su tío Fernando VI no tuvo heredero, por lo tanto su padre, Carlos III, al asumir el trono como rey de España en 1759, le permitió a Carlos Antonio convertirse en Príncipe y heredero de la Corona a la muerte de su progenitor, lo que evidentemente sucedió. Años más tarde, en 1766, más exactamente el 15 de mayo, el gobernador interino don Andrés Pérez Ruiz Calderón notificó al rey Carlos III que había recibido la Real Cédula de 29 de septiembre de 1765, donde se le informaba sobre el desposorio del príncipe de Asturias y la hija del infante Duque de Parma, la princesa doña Luisa⁷⁷. Aunque no se encontró un informe al respecto, se puede intuir que se efectuaron festejos populares, misas y regocijo general, que era lo que normalmente se solicitaba y se realizaba por encima de cualquier situación económica precaria.

Carlos Antonio, príncipe de Asturias, luego Carlos IV, tuvo catorce hijos con su esposa María Luisa de Borbón-Parma, el primero de ellos nació el 19 de septiembre de 1771, bautizado con el nombre de Carlos Clemente Antonio, así lo notició a sus autoridades virreinales y eclesiásticas en Hispanoamérica, por ello el obispo de Santa Marta, el doctor Francisco Javier Calvo, recibió la Real Cédula del 28 de septiembre de 1771, donde se le anunciaba acerca de la bienaventurada llegada del infante don Carlos Clemente, quien sería

⁷⁶ Citado por Restrepo Tirado. Historia... Tomo II. Op. Cit., p. 170.

⁷⁷ AGI: (Sevilla). Tira. 10, Leg. Santa Fe 1188, Doc. Gobernación de Santa Marta, Fecha: 15 de mayo de 1766, f. 2.

el primero de los hijos del Príncipe de Asturias⁷⁸. A pesar de no encontrarse documento informando de los regocijos, sí es muy diciente la carta del Consejo de Indias al virrey de Santa Fe fechada el 23 de octubre de 1771 en que se le expresó taxativamente que “lo que las ciudades quisieran gastar en fiestas con motivo del nacimiento del Infante, nieto del Rey, lo invirtieran en dotes para doncellas pobres”⁷⁹. Se intuye que las órdenes expedidas en Madrid eran atendidas juiciosamente, tratando de no contradecir a las autoridades monárquicas y menos las decisiones del consejo, que concentraba todo el poder durante el mandato del rey Carlos III.

Cuatro años más tarde nació la infanta Carlota Joaquina, segunda hija del príncipe de Asturias, el 25 de abril de 1775, inmediatamente después, el 13 de mayo, se redactaron reales cédulas anunciando tal acontecimiento en la familia real. El monarca remitió esas cédulas, con otros documentos, a las autoridades civiles y eclesiásticas del Nuevo Reino de Granada, entre ellas al señor gobernador don Nicolás Díaz de Perea y al señor obispo doctor Juan Francisco Navarro de Acevedo, cartagenero, nombrado en reemplazo del obispo Francisco Javier Calvo, fallecido en Ocaña el 22 de diciembre de 1774. El señor gobernador dio cuenta de lo sucedido con los despachos que recibió y los que llegaron remitidos a Su Señoría. Las reales cédulas anunciaron que la criatura había nacido sanamente y que la madre se encontraba en perfecto estado.

El gobernador Díaz de Perea obedeció lo que le solicitaban, por lo que envió despachos a las otras ciudades y villas de la provincia. Hizo publicar el bando en todas las calles y plazas de Santa Marta al son de la caja, todos los vecinos quedaron notificados de las ceremonias que se realizaron en los días siguientes. Entre las medidas se incluyó la iluminación por tres noches seguidas; se cumplió. El día 28 de agosto de 1775, previo acuerdo con el provisor (el obispo⁸⁰ estaba en Cartagena de Indias), se celebró en la

⁷⁸ AGI: (Sevilla). Tira. 14, Leg. Santa Fe 1192, Doc. Obispo Santa Marta, Fecha: 14 de marzo de 1772. f. 2.

⁷⁹ Ots, José María. Instituciones de Gobierno del Nuevo Reino de Granada durante el siglo XVIII. pp. 26-27

⁸⁰ El obispo Navarro y Acevedo se encontraba en Cartagena de Indias, donde había viajado para ser consagrado por el obispo de esa ciudad. Por tal razón, el gobernador remitió los despachos recibidos de

catedral una misa solemne como lo ameritaba el personaje, se entonó el *Te Deum* con asistencia de las autoridades civiles, militares y el clero en pleno, igual que los sectores hegemónicos de la ciudad y demás vecinos. Terminada la misa siguió una salva de artillería, juegos pirotécnicos y regocijos populares⁸¹. El señor obispo acusó recibo de los despachos (22 de diciembre de 1775) y notificó lo que había ordenado al clero desde Cartagena de Indias, meses después volvió consagrado a su sede.

Los actos no pudieron tener el mayor lucimiento posible porque el cabildo eclesiástico expresó a Su Majestad del estado de pobreza de la ciudad y del clero en particular, por lo que comentó: “Con muchos motivos debe este cabildo tributar a Vuestra Majestad él para bien del feliz nacimiento de la nueva Infanta nuestra señora doña Carlota, que como fruto devino a tan excelsas plantas, damos las debidas alabanzas, nuestro Dios, prometiéndonos de tan florida sucesión, todos los pregones que colmen los altos pensamiento del religioso celo de vuestra católica majestad y a todo el orbe cristiano, de universal alegría”⁸². Así se expresaron los cabildantes don Francisco Muñoz Castellano, don Joseph Joaquín Merino, don Salvador del Real y Soto y don Luis Robles. Como puede verse, fue una respuesta muy florida y halagadora de la importancia del nacimiento de la infanta y la continuidad de la monarquía borbónica.

Pero los cabildantes aprovecharon la oportunidad para solicitarle a Su Alteza que les mejorara el salario, porque lo que percibían no era suficiente para vivir dignamente e inclusive para poder agradar a Su Majestad en las ceremonias pomposas que se les solicitaba, no lo pudieron hacer por la situación crítica que tenían, por lo que suplicaron a Vuestra Majestad que se contemplara el incremento a sus salarios por encontrarse en penurias manifiesta. Solicitaron un reajuste salarial que les permitiera obtener una cuota fija

Cartagena por conducto del gobernador de esa provincia vecina, don Juan Pimiento, para que Su Señoría estuviese enterado y procediera.

⁸¹ AGI: (Sevilla). Tira. 16, Leg. Santa Fe 1193, Doc. Gobernador de Santa Marta, Fecha: 4 de septiembre de 1775.

⁸² AGI: (Sevilla). Tira 23, Leg. Santa Fe 1194, Doc. Cabildo Eclesiástico, Fecha: 4 de septiembre de 1775, ff. 2-3.

según su parecer o igualar su salario al de los oficiales reales. Porque en ese momento se les estaba descontando los dos reales novenos estipulados para la fábrica de la iglesia catedral señalados en los diezmos⁸³. De tal manera que los mismos funcionarios del clero se quejaron de la precariedad de los salarios, lo que según ellos reflejaba la situación de “misericordia del país que habitamos” porque no hay actividad comercial importante. Todo lo gastaban prontamente por no tener nada en abundancia, las ropas y los comestibles escaseaban y cuando llegaban vía contrabando, no tenían con que adquirirlos. Frente al tema del aumento solicitado por los miembros del cabildo eclesiástico, existen varios documentos que no son pertinentes tratar en este trabajo⁸⁴.

Entonces así como se aprovechaban las ceremonias de exclamación de los reyes al trono, como fue el caso de Santa Marta con el ascenso de Carlos III, para los propósitos descritos anteriormente, las solicitudes de celebrar ceremonias a la familia real eran utilizadas para adelantar demandas salariales. Para mejorar las condiciones de vida de los empleados eclesiásticos, garantizar una vida digna y atender las demandas solicitadas desde Madrid que originaban gastos repentinos.

El tercer parto de María Luisa de Borbón-Parma ocurrió el once de septiembre de 1777, dio a luz a la infanta doña María Luisa Carlota. Por tal motivo, y siguiendo la tradición borbónica, se informó al cabildo secular y al señor gobernador sobre el “feliz nacimiento de la Infanta María Luisa hija de los serenísimos príncipes de Asturias nuestros señores”⁸⁵ en sendas reales órdenes⁸⁶. Inmediatamente después se procedió a organizar los actos y

⁸³ AGI: (Sevilla). Tira 23, Legajo: Santa Fe 1194, Doc. Cabildo Eclesiástico, Fecha: 4 de septiembre de 1775, f. 3.

⁸⁴ AGI: (Sevilla). Tira 23, Legajo: Santa Fe 1194, Doc. Cabildo Eclesiástico, Fecha: 4 de septiembre de 1775, ff. 5 al 19.

⁸⁵ AGI: (Sevilla). Tira 20, Legajo: Santa Fe 1193, Doc. Cabildo, Fecha: 20 de marzo de 1778, f. 2.

⁸⁶ Real Cédula del 9 de octubre del año de 1777. Dirigida a los virreyes, presidentes, reales audiencias, gobernadores de Hispanoamérica e islas Filipinas. “Habiéndose dignado conceder la Divina Misericordia, beneficio que con humildes ruegos, implorábamos del feliz y dichoso parto de la princesa, mi muy cara y amada nuera, dando a luz una infanta a las nueve y cincuenta minutos de la mañana el día once de septiembre de este año, a la cual se ha puesto el nombre de María Luisa, continuándolos en la salud, y buenas disposición en que se halla, obligo este suceso a mi debido reconocimiento a tributar a Dios las más rendidas

tributaron gracias a Dios, hicieron plegarias por la salud de la infanta en toda la ciudad. Previamente el gobernador, siguiendo el ritual predeterminado, cogió en sus manos la real cédula, se puso de pie y, destocado, procedió a besarla. Acto seguido la colocó sobre su cabeza, pronunció unas palabras afirmando que la obedecía, que el rey Carlos III era su señor natural. Al cumplir con todo lo ordenado, escribió de su puño y letra un bando que un pregonero al son de tambor publicó en todas las calles y plazas de la ciudad, indicando a los vecinos y visitantes que manifestaran su amor, celo y obediencia al soberano. Adicionalmente, le agradeció al Omnipotente Dios por tan gran beneficio. Atendiendo a la solicitud del gobernador capitán Antonio de Narváez y la Torre, los samarios expresaron su júbilo y alegría, iluminaron las puertas y ventanas de sus casas durante tres días seguidos, comenzaron el día 6 de enero de 1778.

A la seis de la mañana de ese día concurrieron las autoridades encabezadas por el señor gobernador, el cabildo secular y el eclesiástico a la santa misa pontifical en la iglesia del convento de San Francisco, que fungía como catedral. El oficio religioso estuvo a cargo del señor obispo doctor Juan Francisco Navarro y Acevedo, la ceremonia fue muy solemne y con mucha pompa, la situación de la ciudad tendía a mejorar, la acción de los piratas había casi desaparecido, menos la actividad del contrabando, con la que se convivía. El gobernador envió copia de la real cédula a los cabildos y demás autoridades en las otras ciudades y villas, para que celebraran con demostraciones de alegrías y solemnidad, tal cual había sucedido en la capital de la provincia⁸⁷. En la organización de estos actos, el gobernador siempre estuvo acompañado por el cabildo secular, integrado por el mismo Antonio de Narváez (gobernador), Pascual Díaz Granados, Juan Fersten y la Torre, Pedro Guerrero Zambrano y su hermano Josef Guerrero Zambrano, quienes además enviaron una

gracias por sus misericordias y benigna protección con que nos favorece; y siendo igualmente este beneficio de singular consuelo a mis Reynos y vasallo, he mandado que general, y particularmente concurren con el fervor, y devota disposición propia de su amor, y religioso celo, a rendir a su Divina Majestad las más debidas gracias...AGI: (Sevilla). Tira 21, Legajo: Santa Fe 1193, Doc. Gobernador Santa Marta, Fecha: 20 de marzo de 1778, ff. 4-5.

⁸⁷ AGI: (Sevilla). Tira 21, Leg. Santa Fe 1193, Doc. Gobernador Santa Marta, Fecha: 20 de marzo de 1778, ff. 7-8-9-10.

misiva el 2 de marzo de 1778, acusando el recibido de la real cédula y que cumplieron lo ordenado por Su Majestad.

El último de los hijos del príncipe de Asturias nació el 29 de marzo de 1788, meses antes que ascendiera al trono como Carlos IV. Este nuevo vástago fue bautizado con el nombre de Carlos María Isidro⁸⁸, días después como fue la costumbre, el 20 de abril, se les comunicó a las autoridades en el Nuevo Reino de Granada. Las copias llegaron al gobernador don José de Astigarraga y al cabildo secular de Santa Marta, remitidas el 28 de mayo de ese año. Siguiendo el proceso establecido por la Corona, el señor gobernador y el cabildo dieron aviso de que habían recibido sendas reales cédulas⁸⁹. Luego de ponerse de acuerdo en los actos obedeciendo las reales órdenes, se publicó un bando que leyó un pregonero al son de la caja en las calles y las tres plazas de la ciudad. Todos quedaron convocados a la santa misa que en acción de gracias ofició el obispo doctor Juan Francisco Navarro y Acevedo⁹⁰, quien en compañía de todo el gobierno eclesiástico cantó el *Te Deum laudamus*. Al frente de las autoridades, además del señor don José Astigarraga también estuvieron el Consejo de Justicia y Regimiento de la ciudad. Paso seguido se expresaron regocijos generales y el gobernador envió copias de la real cédula y participó de lo acontecido en la ciudad a las otras ciudades y villas de la provincia para que se hiciera lo posible con la solemnidad que lo ameritaban las funciones de iglesia.

A los pocos meses de asumir el trono el rey Carlos IV, nació su cuarta hija y su undécimo vástago, la infanta María Isabel, el 6 de julio de 1789. El 26 de agosto se remitieron a Santa Marta dos despachos. Uno con fecha del 28 de julio, comunicando el monarca que había nacido sana y salva la criatura, que su madre la reina estaba en buen estado de salud, por lo

⁸⁸ Cuando el 29 de septiembre de 1833 murió su hermano el rey Fernando VII, se proclamó rey de España con el nombre de Carlos V el primero de octubre de ese mismo año.

⁸⁹ AGI: (Sevilla). Tira 25bis, Leg. Santa Fe 1195, Doc. Gobernador Santa Marta, Fecha: 19 de agosto 1788, F. 2-3 y AGI: (Sevilla). Tira 26. Leg. Santa Fe 1195, Doc. Cabildo Santa Marta, Fecha: 4 de septiembre 1788, f. 4.

⁹⁰ Días más tarde murió en Santa Marta el 19 de septiembre de 1788. Fue uno de los últimos actos que presidió.

que solicitaba que se dieran las gracias a Dios con plegarias, oraciones y misas para que se conservaran bien tanto la heredera como la madre. El obispo don Anselmo José de Fraga y Márquez, recién posesionado como tal, asumió la organización de los oficios religiosos en coordinación con el cabildo secular, integrado por don Rafael Josef de Zúñiga, don Pablo Oligos, don Julián de Urueta, don José Ignacio de Astigarraga (gobernador), don Josef Rafael de Villar, don Julián de Urueta y el secretario don Manuel de Nestares⁹¹. Con la asistencia en pleno del cabildo secular se puso de acuerdo y se realizaron los rituales acostumbrados para la ocasión. Esta vez fue en la iglesia del convento de Santo Domingo, que para el momento cumplía la función de catedral. El obispo, además, transmitió a los vasallos del rey residentes en la provincia y su capital Santa Marta el beneplácito de la noticia, “de cuyo singular beneficio, haré inmediatamente se den a Dios solemnes gracias, así en esta iglesia Catedral”⁹² como en las parroquias de la provincia, para que con el amor profesado por todos los pueblos, expresaran su respeto y lealtad a la familia real.

Los oficios religiosos se celebraron en la iglesia catedral, comenzaron a las once de la mañana del domingo 22 de noviembre de 1789. Los actos los presidió el señor obispo, asistieron muy puntuales a la ceremonia el cabildo, el clero completo, el gobernador luciendo las prendas como comandante general de la provincia, los integrantes de los cuerpos militares y políticos y la vecindad en general, “quienes en sus alegres y festivas aclamaciones ostentaron el tierno y fiel amor que profesan a la Sagrada persona de Vuestra Majestad”⁹³. La misa solemne con todo el ritual acostumbrado terminó con el canto del himno de *Te Deum laudamus*, en acción de gracias por el feliz parto de la reina madre. Acto seguido todos se entregaron a festejos populares, la iluminación de la ciudad, en las casas y ventanas prosiguieron por otros días. La complacencia de la sociedad samaria en general era una muestra de la lealtad a la monarquía. La contestación del cabildo eclesiástico fue clara al precisar que “como leales vasallos de nuestro Soberano estamos

⁹¹ AGI: (Sevilla). Tira 25, Leg. Santa Fe 1195, Doc. Cabildo Secular, Fecha: 19 de noviembre 1789, ff. 2-3.

⁹² AGI: (Sevilla). Tira 24, Leg. Santa Fe 1195, Doc. Gobernación Santa Marta, Fecha: 15 y 17 de noviembre 1789, ff. 2-3-4.

⁹³ AGI: (Sevilla). Tira 28, Leg. Santa Fe 1196, Doc. Obispo Electo, Fecha: 15 de enero 1790, ff. 3-4.

prontos a concurrir con todo lo necesario para la solemnidad de la misa e himno de *Te Deum...*”⁹⁴. Firmaron don Josef Merino, doctor Salvador del Real, don Domingo José Díaz Granados y el doctor Luis de Robles.

El señor obispo, como se lo anunció al soberano, escribió de su puño y letra una misiva el 18 de noviembre de 1789, la envió en diferentes días a los curas de las parroquias de su jurisdicción para reportarles la noticia del nacimiento de la infanta y la obligatoriedad por parte de la Iglesia de elevar plegarias al Todopoderoso por la salud de la reina Madre y de la infanta recién nacida, María Isabel. El 1 de diciembre se distribuyeron las cartas al vicario de Ocaña y a los curatos de su partido: Aguachica, San Jacinto y Fernández, San Diego y Buena Vista, La Loma. Al final del mismo mes, el 28 de diciembre, se repartieron las comunicaciones al vicario de la ciudad de Riohacha, a los curas de su jurisdicción, a saber: Moreno, Sinamaica, Pedraza, Camarones, Boromata, Cototama, La Ramada y Garabuya. Al día siguiente salieron las circulares para el vicariato de Valledupar y los curatos sujetos a ese vicariato: Barrancas, Fonseca, San Juan del Cesar, Badillo, El Molino, Atánquez, Villanueva, Marocaso y Lupes. El mismo 28 de diciembre la correspondencia con la circular salió para el vicario de Valencia de Jesús y los curatos de su distrito: El Jobo, El Paso, Ariguaní, San Sebastián de Rabago, Becerril, Tuerto y Fernanbuco.

El 4 de enero el mensajero partió bien temprano para Tamalameque y sus curatos: San Bernardo, Simaña, Chiriguana, Chimichagua, Saloa, El Banco y Tamalamequito. Ese mismo día salieron las circulares para el cura de Guamal y los de Venero, San Zenón, San Fernando y Santa Ana. El 9 de enero las misivas partieron para Sitionuevo, Remolino, Guáimaro, Punta Gorda, El Piñón y San Antonio, para el clérigo de Tenerife y sus curas de Plato, Pinto y El Morro. También se enviaron a las cuatro parroquias de las inmediaciones de Santa Marta: Ciénaga, Pueblo Viejo, Gaira, Mamatoco, Taganga, Bonda y Masinga⁹⁵.

⁹⁴ AGI: (Sevilla). Tira 28, Leg. Santa Fe 1196, Doc. Obispo Electo, Fecha: 15 de enero 1790, ff. 9-10.

⁹⁵ La circular enviada a los curas de la provincia decía en alguno de sus apartes: “debiendo estado eclesiástico rendir y tributar a Dios las más solemnes gracias por el singular beneficio con que protege, y perpetua la posesión, y soberanía de los dominios católicos y consiguiente la más poderosa protección de la iglesia en la

Cada clérigo tenía la obligación de acusarle el recibido de la circular e informarle de las ceremonias celebradas en su parroquia.

Se infiere que en todos los pueblos, ciudades y la villa de Tenerife, de la provincia, con cura párroco se ofició solemne misa con *Te Deum laudamus* al final del oficio religioso. De tal manera que el obispo fue reiterativo en los documentos en la necesidad de dar gracias a Dios en cumplimiento del deber como católicos y vasallos de Su Majestad, para proteger al “*padre y protector de los pueblos*”, el rey de España. Esto garantizaba la permanencia de la monarquía borbónica y la expansión de la cristiandad.

Sin duda que la fecundidad de la reina estaba a toda prueba, porque a escasos dos años del nacimiento y festejos por la infanta María Isabel, de nuevo dio a luz el 16 de febrero de 1791 a una nueva heredera al trono, la infanta María Teresa. Siguiendo el protocolo acostumbrado, en común acuerdo el gobernador Astigarraga y el cabildo secular⁹⁶, organizaron los actos para el día 30 de junio de ese año para elevar plegarias al cielo “por sus misericordias y benigna protección con que nos favorece”⁹⁷. La misa pontifical y al final el canto del himno de *Te Deum laudamus*, ese día 30 de junio, fue en las horas de la mañana en la iglesia de San Francisco. Allí asistieron todas las autoridades virreinales existentes en la ciudad, lo mismo que los miembros del gobierno eclesiástico, los cuerpos militares, y la población en general, que habían sido convocados por medio del bando leído

augusta casa de Borbón de que se ha servido darnos una prueba gratísima en el feliz parto de la Reina nuestra señora...prevengo a Vuestra Majestad que el domingo inmediatamente al recibo de este se celebré misa solemne, concluyéndola con el himno *Te Deum laudamus*, para cuya función convidara Vuestra Majestad a los jueces Reales, personas distinguidas o que obtengan empleos de república, militares, o Real Hacienda, y si puede ser a todo el pueblo a fin de que a ejemplo nuestro concurren los que se glorian de ser fieles vasallos del Rey católico a dar a la Majestad Divina este religioso testimonio de su gratitud por las particular providencias con que favorece al que ha constituido padre y protector de sus pueblos, y a recogerle continúe sus celestiales beneficios hacia él y su Real familia para bien; aumento y mayor esplendor de la iglesia y de las monarquías...” Santa Marta, 18 de noviembre de 1789. AGI: (Sevilla). Tira 28, Legajo: Santa Fe 1196, Doc. Obispo Electo, Fecha: 15 de enero 1790, ff. 10-11-12.

⁹⁶ El cabildo secular estaba conformado para este año por los señores: Don José Astigarraga como gobernador, don Joseph Francisco Díaz Granados, don Julián de Urueta, don Pablo Oligos, don Julián Ramón Cataño, don Jorge Rodríguez y Abello y el secretario el señor don Silvestre Collar.

⁹⁷ AGI: (Sevilla). Tira 27, Leg. Santa Fe 1196, Doc. Cabildo Secular, Fecha: 27 de junio 1791, ff. 2-3.

en los días previos a la ceremonia. Durante los tres días previos hubo iluminación total de la ciudad, principalmente de las plazas; las casas con sus puertas y ventanas estuvieron no sólo iluminadas, sino que también adornadas con flores silvestres.

Después de estos alumbramientos vinieron dos más: el infante Felipe María Francisco, nació el 28 de marzo de 1792 y murió escasos dos años después, el 1 de marzo de 1794. No se tiene información de actos para dar gracias a Dios por el nuevo heredero, pero nueve días después de la muerte del infante Felipe, nació el último retoño del rey Carlos IV, el infante Francisco de Paula Antonio Juan, duque de Cádiz. Días más tarde llegaron los despachos reales solicitando festejos para dar “las gracias por el feliz alumbramiento de la reina, que había dado a luz al Infante Francisco de Paula Antonio Juan”⁹⁸. Este infante fue uno de los siete hijos del rey Carlos IV que llegó a la adultez, murió en 1865.

Estos acontecimientos familiares de la realeza borbónica se convirtieron en propios para sus vasallos y súbditos a través de la expedición de las reales cédulas. Los asumían como tales no sólo para congraciarse con la monarquía, sino también para ratificarse como sector hegemónico de la sociedad colonial samaria, dominante y detentadora del poder. Los acontecimientos familiares reales, igualmente, se transformaron en hechos sociales y políticos, por lo que las celebraciones no eran más que una muestra de fidelidad a la Corona. Por lo tanto, no se duda al afirmar que eran fiestas políticas, inclusive, por fuera del calendario católico de la tabla de fiestas.

4.3. El pendón, símbolo del poder real

En la colonia, una forma de representar la imagen del rey era el pendón real. Además, en las ciudades donde residía la Real Audiencia o el virrey, se representaba por el sello real.

⁹⁸ Restrepo Tirado. Historia... Tomo II. Op. Cit., p. 290.

Ambos símbolos fueron fundamentales para que las autoridades virreinales en la capital del virreinato y en las ciudades capitales de provincia se celebraran fiestas regias, en las que también participaban los sectores populares. De estas dos representaciones del cuerpo del rey en Santa Marta, se tenía el pendón real, que era la expresión

... del lucimiento público y ostentoso [del rey], la de la exposición regular y relativamente frecuente ante los ojos de los súbditos locales. El pendón real o estandarte real, si bien portaba una representación similar a la del sello, se constituyó en el símbolo monárquico más común en América. Ello no sólo por su mayor presencia en el espacio público, sino que, sobre todo, porque en principio debía encontrarse en prácticamente todas las ciudades del “Nuevo Mundo”, a diferencia del sello, limitado a la existencia de una Audiencia⁹⁹.

El pendón lo custodiaba el alférez real y lo transportaba a las ceremonias regias y católicas, como se explicará más adelante. Era elaborado con los mejores materiales que se encontraban en la ciudad, y como sucedió en Santa Marta en 1769, por su mal estado fue rechazado para una ceremonia e inmediatamente se hicieron los trámites para confeccionar uno nuevo, digno de Su Majestad y de la ciudad. El estandarte fue paseado por las calles de la ciudad por lo menos una vez al año, cuya procesión sin duda se convertía en una “*renovación*” de fidelidad y lealtad al rey. Era obligada su presencia en todos los actos públicos que se organizaban en la ciudad.

El pendón fue el símbolo que más representaba el poder real. Todas las ceremonias de la monarquía eran encabezadas por el pendón, que se constituyó en la imagen emblemática de las ceremonias reales sobre todo cuando se realizaban las exaltaciones de los reyes; las proclamaciones reales se constituyeron en el principal tiempo y espacio propicio para exponer en público el pendón. Encarnaba al rey, por eso el pendón era el objeto sobre el cual recaían todas las miradas y no era para menos, porque a él y solamente a él se le ofrecía todo el ritual y gestos que expresaban fidelidad como vasallos del monarca. Por eso

⁹⁹ Valenzuela Márquez, Jaime. Las liturgias del poder. p.322.

los samarios lo besaban, lo aclamaban, porque al hacerlo también lo hacían al nuevo monarca, al soberano recién exaltado a la dignidad máxima sobre la tierra, el rey de España.

El pendón como expresión de símbolo del soberano rey de España y de las Indias ocupaba el lugar más distinguido y visible. Por su importancia y significado para garantizar la obediencia de los súbditos al rey, las autoridades locales definían las calles por donde debía hacerse su recorrido hasta llegar a la catedral. Llevado por el alférez real hacía el recorrido y el vecindario arreglaba y adornaba el frente de sus casas con sus balcones llenos de flores nativas traídas de los pueblos vecinos de la ciudad, para que cuando pasara el pendón (el rey), su casa y la calle estuvieran a la altura del hecho político del momento. Era un momento y un tiempo lleno de alegrías, porque la proclamación de un nuevo rey así lo implicaba y el pendón era ese objeto que lo simbolizaba.

No cabe duda de que la importancia del pendón o el estandarte real en los días de la proclamación se iniciaba con la jura. El ritual se comenzaba un día antes de la ceremonia, ese día se bendecía el pendón real y se juraba fidelidad al rey. Al acto asistían las autoridades civiles y eclesiásticas, los peninsulares, los pardos y otros personajes de la sociedad samaria. El recorrido era presidido por el señor alférez real, portador del estandarte. A la casa del alférez asistieron el domingo 27 de abril de 1701 a las ocho de la mañana los integrantes de los cabildos eclesiástico y secular, como también otras autoridades, acompañados de la nobleza peninsular y samaria, los escasos gremios de comerciantes y la plebe. Todos juntos, reunidos en la edificación que servía de ayuntamiento, marcharon con sus mejores vestidos a la casa del alférez real, quien los esperaba luciendo sus prendas más elegantes, igual que sus familiares y esclavos.

Estandarte real en mano, caminaron solemnemente por las calles de la ciudad, el alférez estaba acompañado del gobernador y el alcalde más antiguo. A su paso fue vitoreado el rey Felipe V. Al llegar a la catedral, frente al mar se celebró una solemne misa pontifical, inmediatamente después se cantó un *Te Deum laudamus*. Terminada la función en la catedral, salieron los soldados de Su Majestad del castillo de San Vicente y San Juan, tanto

la artillería como la infantería sirvieron de escoltas y hacían honores al pendón real, y en su recorrido por la pequeña ciudad, el alférez real levantaba el pendón aclamando al rey Felipe V. La voz del alférez era cada vez más alta y mientras tanto todos los actores/espectadores, apostados en las aleras de las calles, asomados a los balcones, puertas y ventadas de las casas, daban una hurra al soberano. Terminado el recorrido todos acompañaron al alférez real hasta su casa, sede normal del estandarte real.

Levantar el pendón real en la ciudad de Santa Marta para la fecha era todo un acontecimiento que envolvía a la sociedad en su conjunto. La pobreza de los samarios y “la corta vecindad de la ciudad” no fue garantía para que las autoridades se lucieran con la pompa, la solemnidad y el decoro que solicitaban las autoridades españolas a sus colonias. La sociedad colonial samaria carecía de muchos accesorios para decorar los espacios como la misma catedral, la plaza y las calles. Los adornos que embellecían las calles no pasaban de unas flores nativas traídas por los indígenas de las tierras de las estribaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta, de poblaciones como Bonda, Masinga y otras veredas.

Esa pobreza se evidenció con los escasos recursos y los pocos gastos que demandó levantar el pendón real el 25 de agosto de 1724, cuando fue proclamado Luis I de Borbón. La situación económica era tan difícil que los samarios mismos lo reconocían y alguna autoridad virreinal samaria lo expresó delante de todo y así lo comunicó a la Corte: “no ay pobreza donde ay leales vecinos”. Y así fue en medio de las disputas reinantes entre las autoridades eclesiásticas y civiles.

El día 24 de agosto por la tarde se realizó la jura y la aclamación del nuevo rey en la plaza Mayor y teatro público de la ciudad. Se levantó el pendón en nombre del rey Luis I, salvas de artillería resonaban en los aires de la tarde fresca samaria, la ceremonia fue presidida por el alférez real acompañado de las demás autoridades civiles y el cabildo. Muy temprano por la mañana del día 25 de agosto los capitulares llegaron a la casa del alférez como también los principales vecinos. La sociedad colonial samaria lució sus prendas más elegantes. Con

la asistencia de la mayor parte del pueblo parda, mestiza y la plebe, caminaron solemnemente por las calles de la ciudad hasta llegar a la catedral.

Ahí, previa acomodación de los asistentes al acto religioso, las autoridades adelante, se celebró el santo oficio de la misa, celebrada por el prebendado de la semana. En esta ocasión el panegírico de acuerdo al momento estuvo a cargo del tesorero de la catedral doctor Feliciano Gonzalo de Mañas, quien con su tono ceremonial, su elegancia y docta erudición predicó durante la ceremonia. Seguidamente se entonó el himno *Te Deum laudamus*; en los castillos San Vicente y San Juan no se cansaban de hacer salvas de artillería. Es importante mencionar que el símbolo del pendón real estuvo durante toda la ceremonia acompañado del Señor Sacramentado en patente todo el acto. Cuando la función acabó, todos los participantes a la ceremonia salieron a acompañar al señor alférez real a su residencia, donde depositó el estandarte. A partir de ese momento la ciudad se dispuso a disfrutar de las fiestas reales de toros, comedias, loas, estafermo, máscaras y otras manifestaciones de regocijo. En medio de los festejos se oían vivas al rey Luis I de Borbón. Los siguientes días fueron de mucha felicidad y alegría para los samarios, pero una mala noticia los sorprendió cuando se conoció que el rey que habían alabado tanto falleció a escasos siete meses de su mandato como consecuencia de la viruela.

El 7 de diciembre de 1746 fue un día muy especial para la ciudad de Santa Marta, ese día se reunieron en convivencia el Cabildo de Justicia y Regimiento. Se tomó la decisión de celebrar la coronación, la exaltación y levantar el pendón real en honor al nuevo rey de la dinastía borbónica, Fernando VI. Pocos días después se escuchó por las calles, en las esquinas y en las plazas de la ciudad el toque de caja que indicaba que se leería un bando. Ese documento leído en voz alta invitaba a los samarios para que asistieran a los eventos programados para la proclamación del nuevo rey y las exequias del fallecido Felipe V.

Muy puntuales llegaron a levantar el pendón real las autoridades civiles en la tarde del 21 de diciembre de 1746. Ahí estaban todos los convocados por las autoridades: el gobernador don Juan de Aristegui y Avilés, el alcalde, los señores capitulares, los principales vecinos,

los gremios (incipientes aún), la plebe y algunos libres de todos los colores. Esa tarde del 21 de diciembre el desfile lo encabezó el señor don Joseph Fernández de Castro y Bermúdez como regidor más antiguo a falta del alférez real. Tomó el estandarte real y procedió a realizar las ceremonias del caso apeado de un hermoso caballo adornado para la ocasión. A su lado, el señor gobernador en un alazán, como los demás señores capitulares, a caballo también hicieron el recorrido alguno de los principales y distinguidos samarios hacendados que fueron invitados para tal ceremonia. Todas las bestias estaban apeadas para la ocasión con adornos y otros accesorios que hicieron parecer que el desfile se tomó con mucha seriedad, dado que la función era un homenaje al rey de España, a quien se le merecía obediencia y se le juraba fidelidad.

Durante el recorrido se pudo apreciar el esmero de los samarios al tener aseadas las calles, pintadas las casas, adornadas las ventanas y los balcones, iluminadas las puertas, alares y plazas. Era visible que los vecinos de Santa Marta expresaban el júbilo de su lealtad al nuevo monarca con todas esas acciones. Se puede afirmar que los samarios se lucieron en medio de las dificultades, sus expresiones de regocijo y alegría fueron testimonio de ese día decembrino con fuertes brisas. La opulencia de don Joseph Fernández de Castro y Bermúdez le permitió homenajear a Su Majestad obsequiando medallas a los asistentes a la jura y proclamación del pendón real. Estas fueron enviadas a Madrid como prueba de obediencia y fidelidad al monarca. Por si fuera poco, los asistentes de todos los sectores sociales recibieron presentes, refrescos y bebidas brindadas por el mismo Fernández de Castro. Al día siguiente continuaron los actos en la iglesia de San Francisco, que se utilizaba como catedral.

Poco se sabe de los eventos celebrados con motivo de la proclamación del rey Carlos III, pero indudable que los samarios fueron convocados para levantar el pendón real en su honor.

El 28 de julio de 1789 nuevamente el pueblo samario salió a vitorear la proclamación del pendón real en homenaje al rey Carlos IV. Su aclamación se realizó en las tres plazas de la

ciudad (San Francisco, Mayor y San Juan de Dios). Principalmente en la de la iglesia de San Francisco porque aún ese templo prestaba sus servicios como catedral, la nueva todavía seguía en construcción en medio de muchas dificultades.

Para la ocasión se levantaron unos tablados muy bien contruidos, adornados con mucha decencia y esmero; no era para menos, el homenajeado era Carlos IV. Se colocaron los reales retratos de Su Señoría, custodiados por las compañías de veteranos. A la cabeza de los actos, el pendón real, alzado por el alcalde mayor provincial don Rafael de Zúñiga por falta y vacante del alférez real, quien era la autoridad encargada de realizar los actos pertinentes. El alcalde mayor cumplió sus funciones con las voces acostumbradas, sus palabras conmovieron a los asistentes, quienes pronunciaron innumerables vivas de toda la nobleza samaria, inclusive de todos los vecinos que concurrieron a los actos donde se brindó en honor al nuevo monarca.

Los vecinos nativos de Mamatoco, Bonda, Masinga, Taganga y de otros territorios habitados por los descendientes de los taironas llegaron con sus músicas y bailes, aunque días después ellos organizaron su propia proclamación en el pueblo vecino de Mamatoco, donde hubo mucha diversión, fueron muchos los samarios que se animaron a asistir y viajaron en bestia, mula, burro y a pie. Estos pueden considerarse como festejos “reales”¹⁰⁰. La sociedad colonial samaria fue convocada por medio de un bando que a golpe de caja fue leído en las esquinas, plazas y en los atrios de las iglesias, incluyendo la catedral. Y así todos los vecinos fueron llegando en las primeras horas de la tarde de ese lejano 21 de agosto de 1808 al acto procesional de levantar el pendón real en honor al último rey de España con dominio sobre el territorio del Nuevo Reino de Granada, Fernando VII. Por toda la ciudad se respiraba júbilo y alegría, las expresiones y demostraciones de afecto a Su Alteza y a la familia real eran la tónica. No era fácil detenerse a apreciar un solo evento

¹⁰⁰ AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 1181, Carta del Gobernador de la Provincia de Santa Marta don José de Astigarraga, 14 de abril, 1790.

porque fueron tantas las expresiones de júbilo que se tuvo que tener ojos para todos los números preparados para la ocasión.

Esa tarde las familias “principales”, de distinción de la sociedad colonial samaria, concurrieron a la cita del acompañamiento del pendón real apeados de hermosos caballos magníficamente adornados para la ocasión, los que no lo tenían caminaron elegantemente luciendo sus más finas prendas. El recorrido se hizo por las principales calles: Santo Domingo, calle Grande o calle Real, la Acequia y por otras más, los vecinos vitoreaban al nuevo monarca de las “dos España”. Cuando el desfile llegó a las tres plazas de la ciudad (catedral actual, San Francisco, San Juan de Dios), se regaron monedas, unas del cuño común y otras del que demostraba la lealtad de Santa Marta¹⁰¹.

La ciudad estuvo a la altura de una digna capital de provincia: calles aseadas, adornadas con flores varias; las ventanas y los balcones coloniales lucieron con magnificencia. Los peninsulares y las autoridades virreinales se paseaban, se pavoneaban por las calles haciendo alarde de su poder. Incluso la plebe no desentonaba del comportamiento de la nobleza samaria. En todas las esquinas y rincones de la ciudad se escuchaban las exclamaciones de “Viva Nuestro Augusto Soberano y Rey Católico el Señor D. Fernando VII”. La noche arropó la ciudad y sus habitantes siguieron de largo en fiesta. Las

¹⁰¹ El testimonio de estos eventos festivos alegres lo dio a conocer a su Majestad el gobernador de Santa Marta, don Víctor de Salcedo, en oficio del 25 de agosto de 1808, destacando el profundo amor y lealtad al soberano. “Se hizo el acto procesional del Real Pendón en la tarde del 21 del presente, habiéndose anunciado antes, por Bando para la reunión de todo el Pueblo. Las demostraciones de júbilo y alegría se veían nacer de todos los puntos de vista sin ser posible detener la atención, en ninguno de ellos, porque casi en el momento de fijarla, la robaron los otros, pareciendo acaso objetos más interesantes. Todo lo principal de la ciudad concurrió al acompañamiento del Real Pendón, con caballos magníficamente adornados, y los que no lo tenían a pie, con no menos decencia. Se regaron monedas en las tres plazas principales de la ciudad, unas del cuño común, y otras, del que descifraba la lealtad de Santa Marta, como lo manifiestan las que acompaño. Las calles se asearon con delicadeza, las ventanas y balcones se adornaron con magnificencia. La plebe no degeneraba de los sentimientos de la nobleza, y en todas partes resonaban, vítores y aclamaciones, por Nuestro Augusto soberano y rey católico el señor D. Fernando VII. No puede haber un día más cabal satisfacción, para el gobierno de una Provincia, que el presente Santa Marta, en la tarde ya referida...”. Steinar A Saether. *Identidades e independencia en Santa Marta y Riohacha, 1750-1850*, p.151. Sin duda que el fervor por la monarquía se siente y vive en la ciudad, situación que perdurará durante muchos años y que, a la postre, será un factor que origina la guerra interregional con Cartagena.

celebraciones reales, si bien es cierto no formaban parte del calendario festivo de la ciudad, sí constituyeron un tiempo y un espacio para el disfrute colectivo.

Tanto las autoridades reales como la nobleza samaria fueron muy celosas por el cumplimiento de sus deberes en lo que respecta a aspectos que tenían que ver con el monarca español, y más cuando el símbolo de él lo constituía el pendón real como queda dicho arriba. Muestra de ello fue una situación que se presentó en Santa Marta en 1767.

Don Juan Antonio de Velasco y Peynado, comisario subdelegado de la Santa Cruzada en Popayán, quiso publicar una santa bula en Santa Marta y se encontró con la sorpresa que la Cruzada en Santa Marta no tenía un estandarte. El comisario se mostró molesto porque el pendón real y otras prendas necesarias para el buen gobierno de la monarquía, no existían o estaban en mal estado.

El símbolo real era una necesidad para hacer cumplir normas que al publicarse se conocían y aceptaban. Por supuesto los nativos aborígenes reconocían la importancia de las normas reales cuando la lectura cumplía todo el ritual que implicaba tener presente el pendón real, por ser éste una insigne del poder real que los naturales veneraban. La ausencia del pendón real en la ciudad hizo que muchas autoridades tanto en Madrid como en Santa Fe y Santa Marta se pronunciaran al respecto y terminaron aceptando que se confeccionara. El rey Carlos III ordenó su elaboración, el costo de los elementos necesarios y la elaboración salieran a cargo del Ramo Cruzada. Las autoridades samarias debían estar vigilantes de que los gastos fueran los necesarios. Se argumentó en Santa Marta que todas las ciudades de América debían tener iguales cosas para que semejante ministerio cumpliera sus funciones con decencia y autoridad. El pendón real simbolizaba esa autoridad.

El 15 de septiembre de 1769 se reunieron en la casa de gobierno provincial el gobernador don Manuel de Herrera Leyva, capitán comandante por Su Majestad de unas compañías veteranas del presidio de Santa Marta y superintendente de la Santa Cruzada; en representación del señor virrey don Pedro Messía de la Cerda, el señor don Juan Antonio de

Velasco y Peynado, presbítero, arcediano dignidad de la catedral y examinador sinodal de su obispado, juez apostólico y de la Santa Cruzada; los señores don Pedro Álvarez y Loya, tesorero y don Santiago López de Castilla, contador, oficiales reales por Su Majestad. Tomaron la decisión de mandar a elaborar el pendón, por lo que el estandarte se constituyó en una necesidad oficial.

Por lo tanto, se señalaron los elementos que debían conseguirse, tales como: un estandarte de género de seda doble, color rojo; unas varas de encaje de plata, para guarnecerlo; dos escudos en lienzo de un mismo tamaño, que uno tuviera las armas reales y el otro la Cruz de la Cruzada para colocarlos en el estandarte; un asta en que pendiera dicho estandarte y una cruz de plata para el remate. Adicionalmente se solicitaron dos sillas forradas en el mismo género de que fuere el estandarte con guarniciones verdes con flecos del mismo color, claveteados con tachuelas doradas, de tal manera que todos fueran iguales. Aparte de eso, dos cojines del mismo género con guarniciones y flecos verdes, debían llevar perlas en las esquinas; dos alfombras iguales para los cojines y las sillas; un sobremesa de seda de dicho género con flecos y borlas verdes; una silla sin vestidura para el señor tesorero; un tapete para ponerlo a los pies; la seda necesaria para cocerlo y para los flecos, borlas y cordón del estandarte. Cinta verde para las guarniciones solicitadas, forro para todo y tapa polvo para resguardarlo¹⁰².

El señor tesorero y el señor contador procedieron a adquirir lo solicitado. Al revisar los comercios existentes en la ciudad concluyeron que muy pocas cosas de las solicitadas se vendían en el mercado local o su precio era elevado, por lo que tomaron la decisión de encargar lo requerido al comerciante don Pedro Coral, quien viajaba a la vecina Cartagena y traía mercancías por encargo. El citado comerciante asistió a la notaría en cabeza de don Antonio Buenaventura Fernández de la Rosa y los encargados de conseguir las mercancías le solicitaron que debía buscar el mejor valor que le conviniera a las finanzas reales de los siguientes productos: damasco de tela torcida, las tachuelas doradas, el sangalete punta de

¹⁰² AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 1190; Documento: Comisario Santa Cruzada, ff. 1-34.

plata, cintas verdes, escudos de armas. Acto seguido le entregaron a Coral un dinero que los comisionados Pedro Álvarez y don Santiago López consideraron suficiente para la adquisición de lo solicitado.

Días después la diligencia continuó en el despacho del señor notario. Esta vez los citados fueron: Joseph Morqueta, maestro de carpintería; Joseph Antonio Barranco Solano, sastre; Eugenio Antonio de la Vega, platero; don Gregorio Ramos, “sujeto de inteligencia y curiosidad en todos los oficios”; Pedro Antonio Castañeda, mercader, y a Pedro Francisco Fernández, navegante y mercader del río Grande de la Magdalena. Al primero lo encargaron de construir las tres sillas; al segundo, que cosiera sus vestiduras, los cojines, el sobremesa, el pendón y demás anexo a ello; al tercero, la elaboración de la cruz en plata; a don Gregorio Ramos, el asta del pendón, ajuste de los escudos de armas y construcción del pie en que se había de poner el pendón; a don Pedro Antonio Castañeda, el crudo para los tapa polvos; a Pedro Francisco Fernández se le encargó la consecución de las dos alfombras y un tapete. Ninguno de los convocados se negó, todo lo contrario, se mostraron satisfechos por haber sido tenidos en cuenta para participar en la construcción del pendón real, lo que consideraban un privilegio y una inmensa responsabilidad. A todos ellos se les dio la orden de conseguir los elementos con precios bajos¹⁰³.

A finales del mes de noviembre se recibieron los géneros encargados a Cartagena y los trabajos realizados por los maestros artesanales vecinos de la ciudad. De nuevo el tesorero y el contador recurrieron al notario para certificar los gastos ocasionados en la confección del pendón real. Don Pedro Coral envió desde Cartagena las mercancías con el señor Pedro de Menoyo, quien trajo los siguientes géneros a la ciudad: veintiocho varas de damasco carmesí a veinticinco reales, para un total de \$87,4 reales; dos libras de seda torcida superior a \$13,00 pesos, para un total de \$26,00; cuarenta tachuelas doradas, cada una a ocho reales, para un total de \$4,00; media pieza de sangalete rosado con 14 y media varas a tres y medio reales, que suman \$6,2 reales, $\frac{3}{4}$ cuartillos reales; diez varas de punta de plata

¹⁰³ AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe 1190; Documento: Comisario Santa Cruzada, ff. 36-40.

con peso de cuatro onzas y quince darmes a 30 reales, que suman \$78,3 reales, y dos piezas de cintas de aguas verdes a \$4 pesos cada una. Para un total general de \$150,10 con $\frac{3}{4}$ cuartillos reales.

Por otra parte, el comerciante don Pedro de Menoyo entregó un recibo por \$10 en el que se certificaba que el señor Gervancio Antonio de Diana, vecino de Cartagena, pintó los dos escudos, uno de armas y el otro de la Santa Cruzada. Igualmente el maestro de carpintería Joseph Morqueta certificó que recibió \$12,00 por la fabricación de las tres sillas. El sastre Joseph Antonio Barranco Solano certificó que su trabajo costó \$34,5 reales, discriminados de la siguiente manera: por darle lustro a tres sillas, forrar y clavarlas, \$16,00 reales; por una colcha guarnecida de cinta, flecos y dos cojines en la misma forma: \$5,00 reales; por el pendón real guarnecido de punta de plata: \$2,00 reales, y treinta varas de flecos, cordones y bellotas, \$11,5 reales. El comerciante Pedro Antonio Castañeda certificó que vendió por \$5,8 reales ocho varas de crudo para tapar el polvo que resguardaban las sillas y las otras pertenencias de la Santa Cruzada.

Por su parte, el comerciante Pedro Francisco Fernández trajo las dos alfombras y un tapete para la Santa Cruzada por un valor \$19,5 reales. El mismo día 19 de diciembre de 1769 el platero Eugenio Antonio de la Vega certificó que le pagaron \$8,5 reales por su trabajo, que consistió en la hechura de la cruz y plata para el remate del real pendón. Don Gregorio Ramos no sabía escribir, por lo que lo certificó igualmente el notario mayor de la Santa Cruzada, don Antonio Buenaventura Fernández de la Rosa. Don Gregorio cobró \$12,00 por la hechura del asta para el real pendón, el ajuste de los dos escudos de armas y el arreglo del pie donde se ponía dicho real pendón, que estaba descompuesto.

Ahora bien, sumados todos los rublos gastados en la elaboración del real pendón y los otros elementos necesarios para mejorar las condiciones de trabajo de la Santa Cruzada, se invirtieron o gastaron \$241,4 reales y $\frac{3}{4}$ cuartillos reales. Las autoridades eclesiásticas quedaron conformes con el trabajo encomendado al tesorero y al contador. El gobernador estuvo vigilante para que las labores que se realizaron estuvieran a la altura del símbolo real

construido y así se lo comunicó al rey en 1770. A partir de ese momento las santas bulas que llegaron a la ciudad fueron leídas y atendidas con todas las comodidades que merecía una institución fundamental para garantizar la evangelización en la ciudad y su provincia.

4.4. La ceremonia del Besamanos

Además del pendón real y el sello real, y más tarde los retratos de los reyes, como expresión del cuerpo presente del monarca en las ciudades de Hispanoamérica, también existía la ceremonia conocida como besamanos, a la cual los vasallos del monarca debían asistir el día del rey, ritual encabezado por el gobernador de la provincia.

Esta tradición tuvo sus orígenes en las costumbres culturales y políticas de Oriente, Grecia y Roma, y en la Corona de Castilla se conoció una pintura del besamanos a Fernando el Católico en 1476. Es una ceremonia pública para reconocer la superioridad o respeto al rey y en algunos casos a personajes importantes. Pero aun estos deben besar la mano del monarca. El *Diccionario de Autoridades* lo define en los siguientes términos: “el acto y ceremonia de besar la mano. Dícese casi privativa y únicamente de la que se hace a los reyes y príncipes reales en diversas ocasiones y funciones públicas: como cuando se les jura y presta obediencia, o cuando se celebra el día de su nacimiento, o cosa semejante: y así se dice Es día de besamos, hay las dos voces Besar, y mano. *La Publicum officium Reges consulutandi, adbibito manus osculo*”¹⁰⁴.

Una definición más amplia explica por qué este ritual llega a las colonias americanas y a las mismas provincias españolas: “Es una solemnidad de corte, que consiste en concurrir a la real estancia los dignatarios de Estado, autoridades, cuerpos, y personas que tienen entrada para tales actos, a besar la mano al monarca, y a las demás personas de la real familia que

¹⁰⁴ Real Academia Española. Diccionario de la lengua Castellana, Madrid: 1726, p. 598

con él se sienta a recibir este homenaje...”¹⁰⁵. Más adelante la misma enciclopedia señala que existen dos tipos de besamanos: general y particulares, ratificando que el general es un ritual de las cortes, “pero hay cortes sin besamanos, como la que reciben en nombre del rey las autoridades de provincia”¹⁰⁶. Se conocen algunas ceremonias de besamanos en el caso de La Habana¹⁰⁷ y en otras partes de las ciudades hispanoamericanas.

Siguiendo las anteriores definiciones, en Santa Marta, como en todas las ciudades del Nuevo Reino de Granada, incluida su capital Santa Fe, se realizaba el ceremonial el día del cumpleaños de Su Majestad. Es importante revisar esta ceremonia en la ciudad porque se celebraba sagradamente cuando el rey en el trono cumplía años, sin embargo, como muchas otras situaciones conflictivas entre las autoridades samarias, se encontraron dos ceremonias frustradas por tensiones propiciadas por desavenencia entre quienes debían participar del ritual. Se encontraron dos hechos muy significativos sobre algunos problemas suscitados en la ceremonias de 1785 y 1794. Situaciones conflictivas que demostraron las tensiones permanentes entre las autoridades civiles y eclesiásticas por conservar sus respectivas competencias.

El primer caso sucedió el día del cumpleaños del rey Carlos III, el 20 de enero de 1785, estando encargado de la gobernación de Santa Marta el Teniente Gobernador, doctor Josef Munive y Mozo; el gobernador titular estaba en Riohacha, el ingeniero Antonio de Narváez y la Torre. Pues bien, cuando se realizó el ritual del besamanos, los miembros del cabildo eclesiástico y el deán se negaron a asistir alegando que esa ceremonia sólo debía realizarse con la presencia del gobernador en propiedad y no con uno interino. La negativa del cabildo eclesiástico integrado por don Josef Joaquín Merino, deán; doctor Salvador del Real y Soto, arcediano; don Domingo Josef Díaz Granados, chantre, y el doctor don Luis de Robles,

¹⁰⁵ Arrazola, Lorenzo. *Enciclopedia Española de Derecho y Administración o Nuevo Teatro Universal de la Legislación de España e Indias*. Tomo IV, Madrid: Imprenta de Díaz y Compañía, 1853, p. 395.

¹⁰⁶ *Ibíd.*, p. 396.

¹⁰⁷ Véase José María Zamora y Coronado. *Biblioteca de Legislación Ultramarina en forma de diccionario alfabético*, Tomo 2, letras B, C, 18. Madrid: Imprenta de Alegría y Charlain, 1844, pp. 40-41.

tesorero, sirvió para que el gobernador enviará un oficio muy fuerte al cabildo y al deán. El cabildo contestó, por lo que se presentaron argumentaciones de las partes hasta que se fue a consulta al Consejo de Indias y el fiscal dio su opinión. Los alegatos de las partes dejaban ver claramente la puja por mantener la autonomía de cada institución colonial.

La carta del teniente gobernador, firmada y recibida el mismo día 21 de enero de 1785, expone en la introducción las razones por las cuales él como teniente tiene todas las funciones propias del gobierno político en ausencia del titular, según las normas establecidas y amparado por conocimiento del virrey, por lo que la ceremonia de besamanos era de estricto cumplimiento para todos los miembros del clero y seculares. La no asistencia de los integrantes del cabildo, según Munive, había causado escándalo y mal ejemplo para los prelados de las órdenes religiosas¹⁰⁸, que se negaron acudir al ritual a pesar de que estaban obligados por ser vasallos de Su Majestad. El teniente gobernador recordó la gravedad de la inasistencia en las ceremonias dedicadas a festejar el día del rey y los que lo representaban en persona en Santa Marta, en este caso él, por lo que consideró que quienes faltaron a ese deber cometieron “*un ajamiento tan notorio a mi persona y empleo*”¹⁰⁹. Ya en los años anteriores de 1782, 1783 estando posesionado encargado de la gobernación, habían participado en la ceremonia, e incluso cuando gobernaban los alcaldes ordinarios todos participaban, sin reparo alguno.

Por esa razón el gobernador les solicitó que le dieran las explicaciones y justificaciones pertinentes por las cuales se negaron a asistir a expresar amor y lealtad a Su Alteza, el cual era su superior persona. Añadió que era quien erogaba de su real erario la asistencia necesaria en estas reales tierras para su provisión, así como ayudas espirituales que requerían las santas iglesias¹¹⁰. Así mismo les recordó que la obligación de asistir al ritual estaba contemplada en las Leyes de Indias, Título VI, libro I, y la Real Cédula del 21 de febrero de 1575; es decir, hacía 210 años se había regulado tal ceremonia. Les comenta que

¹⁰⁸ AGI: (Sevilla). Tira 22, Leg. Santa Fe 1194, Doc. Teniente Gobernador, Fecha: 4.2. 1785. f. 10.

¹⁰⁹ AGI: (Sevilla). Tira 22, Leg. Santa Fe 1194, Doc. Teniente Gobernador, Fecha: 4.2. 1785. f. 11.

¹¹⁰ AGI: (Sevilla). Tira 22, Leg. Santa Fe 1194, Doc. Teniente Gobernador, Fecha: 4.2. 1785. f. 12.

no conocía disposiciones contrarias y que si existieran debía “seguirse la costumbre de semejantes actos públicos”¹¹¹, según lo instituyó la Real Cédula del 9 de agosto de 1621. No se puede negar que la solicitud del teniente gobernador estaba documentada y así se lo hizo saber al deán y al cabildo. El funcionario civil exigió respuesta al comportamiento de los miembros del gobierno eclesiástico por negarse a participar del ritual de besamanos ante él como representante político del rey Carlos III en Santa Marta.

Días después, el 25 de enero, los destinatarios del oficio de Munive y Mozo consideraban que para contestar era necesario que el señor maestro de ceremonia de la catedral, don Lucas Josef Munive y Mozo, probable hermano del teniente gobernador, revisara los libros a su cargo y expusiera por escrito si existía una normativa que explicara la obligación que debían tener el vacante cabildo a la asistencia de la celebración del besamanos, al tiempo que se le pidió presentara una certificación donde eso se encontraba registrado¹¹². El maestro de ceremonia estaba obligado a expedir una certificación al respecto, el secretario del cabildo igualmente debía llevar los libros a la vista del cabildo si encontraba algún dato, según lo que se le solicitó el deán y el cabildo, de lo contrario debían presentar una certificación de lo hallado.

Sin perder tiempo, ese mismo 25 de enero el maestro de ceremonia entró a revisar los libros bajo su responsabilidad y certificó que la conmemoración del besamanos practicada en esta santa iglesia no se encontraba establecida en ceremonial ni rúbricas de estas leyes, (título 15, libro 3 de estas municipalidades) registrando, sí, otras festividades que se daban en la iglesia. No obstante, asevera que no es razón para desconocer la importancia y costumbre que tiene dicha celebración dada por vuestra señoría vacante¹¹³. Esta certificación la firmó don Lucas Josef Munive y Mozo el 28 de enero.

¹¹¹ *Ibíd.*

¹¹² AGI: (Sevilla). Tira 22, Leg. Santa Fe 1194, Doc. Teniente Gobernador, Fecha: 4.2. 1785. ff. 13-14.

¹¹³ AGI: (Sevilla). Tira 22, Leg. Santa Fe 1194, Doc. Teniente Gobernador, Fecha: 4.2. 1785. f.15.

Fue una respuesta muy débil, en el sentido que no estaba amparada sino por la costumbre. Por su parte, el secretario del cabildo sí fue taxativo al certificar el 29 de enero “que habiendo revisado los libros, cuadernos y demás papeles que son de mi cargo no he encontrado Real Orden, acta capitular, ni ninguna disposición, que trate acerca de la ceremonia del besamanos que se acostumbra en los días del soberano...”¹¹⁴. De tal manera que en el archivo del cabildo no existía un registro de la participación o de la obligación de asistir al besamanos del rey.

Con estas dos certificaciones se convocó la reunión del cabildo para el 1 de febrero de dicho año. En el acta capitular quedó constancia de que el cabildo no estaba obligado a pasar a la casa del teniente gobernador después de los divinos oficios en acción de gracias por el cumpleaños del Monarca, porque esa costumbre sólo les correspondía a los gobernadores por ser el verdadero representante de la real persona. Que fue cierto que la costumbre era con el gobernador y no con el teniente, “pues este empleo es tan moderno que apenas alcanza a cuatro años su creación por lo que no tiene lugar la expresión de que siempre se ha acostumbrado...”¹¹⁵. El cabildo reportó que el secretario no encontró nada en el archivo con respecto a lo solicitado, así que no estaba obligado, pero que estaba dispuesto a remediar la situación si el señor teniente gobernador le indicaba las órdenes existentes que lo obligara a asistir a la ceremonia. Lo anterior se dijo con el fin de enmendar cualquier agravio que se hubiera cometido, se comprometió el cabildo a asistir con el mismo placer que hacía presencia en otros actos, como lo son los urbanos y políticos¹¹⁶. El acta fue enviada al teniente gobernador el 3 de febrero, con la firma de los integrantes del cabildo, el deán y su secretario Pedro Josef de Luque y Gómez.

Con esta acta el teniente gobernador preparó una respuesta basada en las leyes antiguas sobre el besamanos. Les afirmó en su escrito “que es una de las más antiguas que se

¹¹⁴ AGI: (Sevilla). Tira 22, Leg. Santa Fe 1194, Doc. Teniente Gobernador, Fecha: 4.2. 1785. f. 16.

¹¹⁵ AGI: (Sevilla). Tira 22, Leg. Santa Fe 1194, Doc. Teniente Gobernador, Fecha: 4.2. 1785. f 18.

¹¹⁶ AGI: (Sevilla). Tira 22, Leg. Santa Fe 1194, Doc. Teniente Gobernador, Fecha: 4.2. 1785. f. 19.

conserva tanto en España, como en América...”¹¹⁷, luego les hizo un resumen de los aspectos concernientes a la ceremonia de besamanos en la Corona de Castilla consagradas en *Las Siete Partidas*¹¹⁸, sin mencionarlas, pero sí colocó algunas indicaciones en latín. Dijo que era una ceremonia con gran tradición donde era exaltado el Soberano por medio de la imitación de la sagrada púrpura y demás modos de veneración de los cuales se conocían registros de la época romana, de ahí la significación de dar continuidad a esta costumbre¹¹⁹.

Por lo tanto, era costumbre justificada que se realizara la ceremonia del besamanos en los días del cumpleaños, con honor y reverencia como vasallos, como dice la ley de las *Partidas*. Lo cierto es que el teniente gobernador les expresó que el hecho de haberse negado a asistir al ritual fue contrario a lo que aconsejaban las leyes y causa de escándalo y mal ejemplo al pueblo de Santa Marta.

El teniente gobernador continuó su escrito señalando una serie de aspectos atinentes a dejar claro ante la sociedad samaria y todos los sectores sociales que él era la máxima autoridad civil de la provincia por lo que es el representante del rey Carlos III, por ello no dudaba de acusarlos por su desobediencia. Que no cumplieron el besamanos porque era él y no el gobernador titular, por lo que se negaron de llegar hasta su vivienda al ritual obligado por las *Partidas*. Les argumentó que si fuera cierto que la ceremonia sólo es con el titular, los samarios no hubieran asistido, “todos los demás ciudadanos, que componen el pueblo pero lejos de introducir semejante novedad, no se han apartado de seguir la costumbre y si

¹¹⁷ AGI: (Sevilla). Tira 22, Leg. Santa Fe 1194, Doc. Teniente Gobernador, Fecha: 4.2. 1785. f. 23.

¹¹⁸ Conocido como *Partidas*, es un código escrito en Castilla en el reinado del rey Alfonso X (1252-1284), estructurado por siete partidas. Sobre el besamanos, señala: “Vasallo se puede hacer un hombre de otro según la antigua costumbre de España otorgándose por vasallo, é besándole la mano por reconocimiento de señorío... Al rey tan bien ricos hombres como los otros de su señorío son tenidos de besar la mano... Sepultado que sea el rey deben los principales personajes del reino venir al rey nuevo, besándole el pie é la mano en conocimiento de señorío y haciendo otra humildad según costumbre de la tierra... debe también besársela al rico-hombre. Pero al rey son todos obligados a besársela, así en dichos casos como en los de pasar de un lugar a otro y recibirle; y de volver a su casa y partirse de ella...”. Recuperado de Wikipedia, la enciclopedia libre, febrero 29 de 2016.

¹¹⁹ AGI: (Sevilla). Tira 22, Leg. Santa Fe 1194, Doc. Teniente Gobernador, Fecha: 4.2. 1785. f. 24.

vuestra señoría...”¹²⁰. Más adelante les recordó que él reconoce que era al gobernador a quien estaban obligados los vasallos y que él, Josef Munive y Mozo, era el gobernador por la ausencia del titular, así lo establecían las leyes, por lo que pensaba que no existían razones ni fundamento jurídico que los eximiera del deber de seguir la antigua práctica, puesto que cumplía funciones propias del gobernador político.

Pero Munive y Mozo, va más allá y les hizo otro recordatorio al cabildo y al deán: en 1778, aunque el gobernador titular Antonio de Narváez y la Torre viajó a Riohacha, el deán fue a la ceremonia del besamanos a la casa de los alcaldes ordinarios cuando ellos ejercían el cargo del gobierno político y a la casa del mismo Munive y Mozo, años después. Por ello no entendía por qué ese cambio de opinión tan repentino que le podía dar al pueblo elementos para que criticaran lo que se le antojara con el ejemplo dado, para que hicieran lo mismo: si el deán no estaba obligado tampoco ellos, por no ser inferiores en su condición social, porque si bien es cierto que el cuerpo eclesiástico tiene fuero, para aquellas políticas consagradas en las leyes antiguas se debía mirar el bien común y en este caso lo que favorecía a la monarquía era cumplir la norma real. El teniente gobernador siguió recordando los deberes que tenían los vasallos y súbditos del rey, así fueran del cuerpo eclesiástico, porque estaban obligados a observar las leyes “como los demás ciudadanos de la República”¹²¹.

Para Munive y Mozo, la ofensa no es sólo contra él, sino a la real persona, es decir, el rey, por lo que si siguen en esa postura de desconocer la autoridad civil, se verá precisado a informar de la situación a quien corresponda, por lo que espera que se entienda el respeto a las jerarquías políticas-administrativas¹²².

Días después, el 12 de febrero, Munive y Mozo solicitó a cinco miembros de la elite samaria que declararan ante el escribano de Su Majestad, Don Gaspar Antonio González, si

¹²⁰ AGI: (Sevilla). Tira 22, Leg. Santa Fe 1194, Doc. Teniente Gobernador, Fecha: 4.2. 1785. f. .25.

¹²¹ AGI: (Sevilla). Tira 22, Leg. Santa Fe 1194, Doc. Teniente Gobernador, Fecha: 4.2. 1785. f. 27.

¹²² Oficio firmado el día 7 de febrero de 1785.

les constaba que desde año de 1778, cuando se ausentó el gobernador titular a Riohacha, se realizaba la ceremonia del besamanos y si sabían por qué fueron suspendidas. Los personajes fueron: don Joaquín García Calero, vecino; don Pascual Díaz Granados, capitán comandante de milicias; don Manuel Josef de Zúñiga, administrador de la Real Renta de Aguardiente; don Josef Francisco Díaz Granados, vecino, y don Buenaventura de Arroyuelo y Resaval, contador de Su Majestad de la renta decimal del obispo. Todos juraron con la señal de la cruz decir la verdad, además el capitán Pascual Díaz Granados juró al estilo militar colocando la mano sobre la espada, prometió decir la verdad.

Las cinco declaraciones coincidieron en que la ceremonia se había realizado sin contratiempo como estaba estipulado, que habían asistido a ella igual que el pueblo en general. Un aparte de la declaración de don Joaquín García Calero, vecino, el mayor de los declarantes con 59 años, a la primera pregunta respondió que había sido vecino en dicha ciudad por 35 años, y por lo que le constaba siempre se habían llevado a cabo estas ceremonias del besamanos en los días del rey, a las cuales asistían tanto eclesiásticos como seculares. Declaró que le constaba que en el año de 1788 por real orden el señor gobernador se radicó en Riohacha para la pacificación de los indios, que siempre había estado el gobierno en armonía para la realización de este acto¹²³. Que evidentemente todos asistían a la ceremonia en la casa del alcalde ordinario y posteriormente en la morada del teniente gobernador. Frente a la segunda pregunta contestó que lo que se decía por las calles, plazas y esquinas de Santa Marta era que el cabildo eclesiástico tenía un profundo resentimiento porque Munive y Mozo había asesorado al titular de la gobernación en un asunto de diezmos y en el cumplimiento de una real cédula y otras disposiciones del señor Virrey del Nuevo Reino de Granada que los afectó. Eso lo sabían todos en la ciudad porque era “notorio pública voz”.

Por su parte, el contador de Su Majestad, De Arroyuelo, era contundente al indicar que desde su llegada a la ciudad en 1746, la ceremonia se realizaba y que cuando no había

¹²³ AGI: (Sevilla). Tira 22, Leg. Santa Fe 1194, Doc. Teniente Gobernador, Fecha: 4.2. 1785. ff. 30-31.

gobernador titular, se asistía a la casa de quien estaba encargado. En 1767¹²⁴, estando él encargado como alcalde ordinario y el regidor don Gabriel de Porras, encargado del gobierno político por muerte del titular de la gobernación, don Andrés Pérez Ruiz y Calderón, tanto él como su compañero de fórmula recibieron a los samarios en casa de De Porras. E inclusive hasta allá se dirigió el ilustrísimo señor obispo de la diócesis, fray Agustín Manuel Camacho y Rojas, con el deán y el cabildo eclesiástico en pleno. El declarante señaló que desconocía las razones de la suspensión de la ceremonia por parte del deán y el cabildo, lo que consideraba una conducta impropia porque era una ceremonia “propia del amor y lealtad, con que en tales días se manifiesta los vasallos del rey Nuestro Señor”¹²⁵. El declarante también era un hombre mayor de 52 años, quien había llegado en el año señalado con el contador oficial de las cajas de Su Majestad, don Diego Iñiques de Zuriano. Sin duda, una declaración de mucho peso a la hora de valorarla junto a las de los demás personajes citados a declarar, previo juramento.

Con este acervo probatorio, si vale la expresión, el teniente gobernador concluyó que leídas las declaraciones de los “cinco testigos veraces”, se demostraba, sin excepción alguna, que era costumbre la práctica de la ceremonia de besamanos en el día de cumpleaños del rey. Por lo tanto, la actitud del señor deán y el cabildo fue censurable, porque ellos debieron ser los primeros en dar ejemplo de ser buenos vasallos de Su Majestad.

Con base en las declaraciones y la no respuesta de una misiva enviada a los acusados desde el 7 de febrero, Munive y Mozo consideró que era necesario reportar todo lo acontecido al rey Carlos III y al Supremo Consejo de Indias para que ellos resolvieran. Esa decisión tomada el 1 de marzo de 1785, se concretó cuando tres días después escribió una carta al monarca, anexando todos los documentos del proceso, seguido por la no asistencia al besamanos del 20 de enero, día del cumpleaños de Carlos III. En ella le hizo un recuento de todo lo actuado, y al final le afirmó que esperando de los acusados que aceptaran sus

¹²⁴ Debe ser en 1768 porque el gobernador don Andrés Pérez Ruíz y Calderón murió el dos de enero de ese año.

¹²⁵ AGI: (Sevilla). Tira 22, Leg. Santa Fe 1194, Doc. Teniente Gobernador, Fecha: 4.2. 1785. f. 40.

argumentaciones, se habían negado con su silencio de no responderle y observaron la participación en dicha ceremonia, por lo “que todo se justifica de los autos originales que reverentemente paso a las Reales manos de Vuestra Majestad como se lo suplico declarar y mandar lo que tenga por conveniente y se dé su Real aprobación”¹²⁶. La correspondencia fue recibida en el Consejo el 1 de junio de 1785 e inmediatamente se procedió a evacuar, dando el Fiscal su concepto favorable al teniente gobernador, por lo que el 7 de agosto de ese mismo año el rey se pronunció diciendo que en este caso y otros su representante en Santa Marta era el teniente gobernador y era a él a quien se debía acudir a la ceremonia establecida por la costumbre y las leyes, por lo que estaban obligados a asistir a su casa.

Con esta sentencia del rey Carlos III se cerró este capítulo de las contradicciones permanentes entre las autoridades samarias, cada una de ellas defendiendo su fuero interior y sobre todo, en este caso, desconociendo al gobernador encargado como representante efectivo del rey y el gobernador, quien argumentó con razones de costumbre y de ley su jurisdicción. Puede pensarse que este conflicto de intereses fuera una actitud insignificante para las muchas situaciones críticas que debían atender las autoridades civiles, que fuera superfluo enfrascarse en una disputa por la inobservancia de una práctica anual por miembros de uno de los poderes fuertes en la sociedad colonial como lo fue el cabildo eclesiástico. Pero no puede verse así, el ritual del besamanos, como se comentó al comienzo de este aparte, era un segmento de las ceremonias regias que anualmente se realizaron en todas las ciudades donde residía un representante del rey, besar la mano de esa persona fue un acto de reconocimiento de vasallaje, sumisión, adhesión al monarca. Porque si no estaba el rey, estaba su representante real y en Santa Marta era el gobernador, no importando si era el titular o un encargado, sin tener en cuenta el cargo de este, podría ser el alcalde ordinario o el teniente gobernador como en este caso, que era una figura nueva en la estructura político-administrativa de la provincia.

¹²⁶ AGI: (Sevilla). Tira 22, Leg. Santa Fe 1194, Doc. Teniente Gobernador, Fecha: 4.2. 1785. f. 4.

El otro caso que vale la pena analizar fue muy parecido, pero esta vez el mismo gobernador titular don Antonio de Samper y González, por estar enfermo de una apostema, no pudo salir a la calle. Encima, no podía lucir el uniforme principal para recibir el besamanos en la catedral con motivo del juramento como príncipe de Asturias de don Fernando, más tarde rey Fernando VII. La fecha para tal ritual se realizó el 30 de mayo de 1794, un día antes el gobernador le comunicó al sargento mayor de milicias disciplinadas, don Juan del Gordo, que lo reemplazara en tal ceremonia, argumentando que para enaltecer a Vuestra Majestad con tan honorable ceremonia, se hacía necesario dar cumplimiento a la Real Cédula del 2 de agosto de 1789 y Real Cédula del 2 de abril de 1788. Por eso nombró como delegado de su persona al oficial de mayor graduación, por ser él a quien competía como sustitución de mando¹²⁷. Inmediatamente le comunicó a todos los cuerpos militares su decisión, por lo que debían asistir y besar la mano del sargento mayor Del Gordo. Para esta ceremonia el gobernador comisionó al teniente de gobernador doctor don Manuel Campuzano.

Esa misma tarde-noche al notificársele al coronel de milicias del cuerpo don Pascual Díaz Granados tal decisión, escribió un oficio al gobernador señalándole que no era acertada la designación de un sargento estando él en la ciudad, puesto que se desconocía la jerarquía militar. Para no atrasar la ceremonia se debía reversar la decisión, ya que se le estaba agravando en su persona y dignidad como superior inmediato del mando militar, porque no existía en la ciudad un teniente de rey; además, le recordaba que así estaba expresado en la Real Cédula del 2 de agosto de 1789. Puesto en conocimiento lo anterior, se hacía necesario anular la provincia ejecutada, en tanto recaería sobre su persona esta real ceremonia y al no hacerlo se estaba afectando los fueros: "... y esta contraria disposición perjudica los fueros y honores de mi empleo, de que no puedo prescindir"¹²⁸. Al mismo tiempo le recordó que así estaba establecido por real orden del 2 abril de 1788, que limitaba su mando si existieran coroneles vivos y efectivos, pero en Santa Marta no había en ese momento un militar con ese cargo.

¹²⁷ AGI: (Sevilla). Tira: 13, Leg. Santa Fe 1181; Doc: Gobernador Santa Marta, Fecha: 25. 8 de 1794, ff. 6-7.

¹²⁸ AGI: (Sevilla). Tira: 13, Leg. Santa Fe 1181; Doc: Gobernador Santa Marta, Fecha: 25. 8 de 1794, ff. 8-9.

Como se estilaba en el momento, don Antonio de Samper y González le contestó inmediatamente al coronel el oficio recibido a las ocho de la noche de ese mismo día. La respuesta muy lacónica y contundente le ratificó que quienes debían recibir el besamanos de la ceremonia del día siguiente eran las personas designadas y que Díaz Granados debía obedecer lo que él como gobernador de la provincia había decidido, de acuerdo a la Real Cédula del 2 de abril de 1788. Ahora bien, De Samper le dijo que si se sentía agraviado que usará los recursos a que tenía derecho. Y evidentemente así lo hizo, no se encontró en el expediente del coronel documentación alguna, pero sí se fue reseñada la documentación y todo lo acontecido que el gobernador envió al virrey don José de Ezpeleta Galdeano el 15 de junio de 1794. El gobernador finalizó su argumentación diciendo “... y para evitar en lo sucesivo semejantes disputas, suplico a Vuestra Excelencia se sirva prevenirle al referido Coronel de Milicias Don Pascual Díaz Granados, que cumpliendo con lo mandado por Su Majestad se abstenga de aprender el mando a menos que sea en los dos casos que le está declarado”¹²⁹.

Con esta argumentación el teniente coronel don Antonio de Samper y González, excapitán del regimiento de infantería de Guatemala, estaba completamente seguro de que el Virrey Ezpeleta le daría la razón y el coronel Díaz Granados recibiría una reprimenda y un llamado de atención para que cumpliera lo ordenado por su mayor superior, el gobernador. Pero no fue así, el virrey le dio la razón a Díaz Granados y llamó la atención a De Samper. Le dijo que las más recientes disposiciones contenidas en reales cédulas manifestaban que en ausencia de un teniente coronel vivo, correspondía el mando de las armas al coronel don

¹²⁹ AGI: (Sevilla). Tira: 13, Leg. Santa Fe 1181; Doc: Gobernador Santa Marta, Fecha: 25. 8 de 1794, ff. 15-16. En el mismo oficio, f. 15, De Samper dice que en los dos únicos casos debe tenerse presente es cuando “en la sucesión de mandos, siempre debe recaer en el oficial más antiguo con la calidad de vivo y efectivo y que los Coroneles de Milicias, aunque tengan grado de ejército no pueden pretenderlo ni incluirse en su mando a menos que no sean Brigadieres, en cuyo caso mandarán por el orden de antigüedad que se previene, a que los Regimientos de Milicias estén por entero sobre las Armas, y con el sueldo de empleados en el servicio...”.

Pascual Díaz Granados, en tanto no se concebía que el sargento mayor mandara a su jefe¹³⁰. La respuesta fue firmada en Santa Fe el 19 de julio de 1794.

Podría pensarse que todo había quedado resuelto, pero no, el gobernador armó un nuevo expediente anexando la decisión del virrey Ezpeleta y lo remitió al rey Carlos IV el 25 de agosto para que Vuestra Majestad “se sirva declarar lo conveniente”. El expediente revisado no contenía la respuesta, si la hubo o no, a la solicitud del gobernador.

La postura del gobernador don Antonio de Samper y González era explicable si se tenía en cuenta que mantenía una confrontación con la familia Díaz Granados. Cuando llegó tropezó con los cuatro albaceas que Antonio de Narváez había contratado para que terminaran la catedral, dos de ellos eran don Gabriel Díaz Granados y, justamente, don Pascual Díaz Granados, el coronel de milicias. Otro fue el arcediano y más tarde deán de la catedral don Domingo José Díaz Granados, con quien el Gobernador mantuvo enfrentamientos permanentes, el deán era de carácter dominante, y fue a él a quien tuvo en suerte entregarle las llaves de la catedral el 13 de julio de ese mismo año. Estos tres familiares tenían mucho poder en Santa Marta y su provincia. Y es bueno recordar que en Santa Fe, para los mismos años de 1794 y 1796, se desempeñaba como vicerrector del Colegio Mayor del Rosario el abogado Miguel Díaz Granados y Núñez, un miembro destacado de la elite samaria que se movió con mucha facilidad en los estrados judiciales, influyente en las instituciones coloniales con asiento en Santa Fe y con reconocimiento como intelectual.

Es claro que no era una batalla fácil la que tenía que vencer el gobernador De Samper y González, situación que se le complicó entre 1796 y 1797 cuando se enfrentó de nuevo al deán don Domingo José Díaz Granados. Más adelante, en 1804, cuando el doctor Miguel Díaz Granados fue nombrado como abogado de la Real Hacienda en Santa Marta, se

¹³⁰ AGI: (Sevilla). Tira: 13, Leg. Santa Fe 1181; Doc: Gobernador Santa Marta, Fecha: 25. 8 de 1794, ff. 17-18.

presentaron serias tensiones entre este y el gobernador y su asesor general, el doctor don Josef María de Avilés (suceso relatado en el capítulo dos).

Estos dos hechos políticos del ritual del besamanos fueron indicativos del papel que jugaban en la sociedad colonial, la importancia que tuvieron para garantizar la estabilidad de la monarquía. Pero también fue el momento para que las elites locales se lucieran y cada una en su respectivo lugar en la jerarquía política y social jugara el papel que le correspondía, por eso las elites samarias tenían pleno conocimiento de lo que significaba presidir el ceremonial, la importancia que tenía. Los informes que llegaban al Consejo de Indias daban cuenta de haberse celebrado con todos los honores el ritual y eso era significativo a la hora de algunas decisiones reales a favor de una ciudad, un funcionario o a una familia. Las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, al dar cumplimiento a lo normativizado en reales cédulas, garantizaban su propia sobrevivencia como empleados coloniales. En el caso particular de Santa Marta, las autoridades vivieron en constantes conflictos originados porque cada uno buscaba hacer respetar su fuero, nadie quería dejarse ignorar, todos defendían su territorio, cada autoridad representaba simbólicamente el poder. Como afirma Garavaglia: “El ejercicio de la dominación simbólica era mucho más complejo que el uso de la mera fuerza”¹³¹.

¹³¹ Garavaglia, Op. Cit. p.117.

CAPÍTULO 5

¡EL REY NUESTRO HA MUERTO! LA CIUDAD SE ENLUTA, LLANTO Y DOLOR

En este capítulo se quiere dar un panorama de las exequias que se celebraron en la ciudad de Santa Marta por la muerte de los reyes borbónicos y las honras fúnebres del último de la casa de Austria, Carlos II. El análisis que se presenta se hizo en orden cronológico partiendo del fallecimiento de Carlos II, en 1700, continuando con la desaparición temprana de Luis I, en 1724; el siguiente rey fallecido fue Felipe V en 1746, y más tarde, murió Fernando VI en 1759. El último rey Borbón fallecido en el siglo XVIII fue Carlos III en 1788. Lo anterior no quiere decir que antes del siglo XVIII no se realizaran exequias fúnebres en Santa Marta, sólo que la información que se posee es poca, sin embargo, se dará cuenta de por lo menos dos honras fúnebres que se organizaron: la primera a la muerte de Felipe III y la segunda al fallecimiento de su sucesor, Felipe IV.

En adición, se relatarán las manifestaciones de dolor y recogimiento que generaban las muertes de la familia real en los samarios, no importando el lugar de residencia. Se describirán algunas ceremonias religiosas que se celebraron a razón del fallecimiento de obispos y otros miembros del clero en la ciudad de Santa Marta. Los primeros fueron informados y exigidas sus las exequias por la Corona, además de otras manifestaciones de dolor y duelo, siguiendo la Pragmática del 22 de marzo de 1693; los segundos fueron organizados por las mismas autoridades provinciales con la participación de todos los sectores sociales. Unos obispos, por ejemplo, dejaron en sus testamentos orientaciones de cómo organizar sus exequias, que fueron cumplidas al pie de la letra por sus albaceas, entregando cuentas y excedentes a sus deudos como también a los jefes de la diócesis, tradición que existió por mucho tiempo en la época colonial.

5.1 Significado y obediencia a la Real Cédula del 22 de marzo de 1693

El hombre como ser sociocultural único tiene para cada una de sus actividades tiempo y espacio definidos. El trabajo diario que le permite producir y reproducir su vida material tiene un tiempo y un espacio. Por ello, donde el hombre ha aparecido como producto de la evolución humana o fruto de procesos migratorios, define sus quehaceres diarios y dedica un tiempo especial para el disfrute del cuerpo, de la vida y del espíritu a través del baile o la transformación del individuo. Así mismo máscaras, disfraces, juegos, colores, risa y música (que produce un variado grupo de instrumentos musicales y la misma voz humana) se funden en rituales que se acompañan con la abundancia de bebidas embriagantes y comidas. Se come y se bebe como si fuera la última vez, como si pronto se acabara el mundo o el individuo fuera a morir.

En contraste, también reserva un tiempo y un espacio para el recogimiento y el duelo causado por la desaparición de un ser querido y más cuando ese ser es su amo y señor, en el caso que se estudió un rey: el rey de Castilla, de Aragón o de España como se conoce modernamente ese territorio del Viejo Continente formado por catalanes, asturianos, aragoneses, gallegos, andaluces, extremeños, vascos y otras nacionalidades que existían para los siglos XV y XVIII, es decir, al descubrimiento de América. Lo cual no quiere decir que en algunas culturas milenarias el culto a los muertos, a la muerte, no fuera motivo de celebraciones que implicaran danzas o músicas. Max Gluckman, refiriéndose a las comunidades tribales de la costa noroccidental de Norteamérica, plantea que “ciertas ceremonias están prescritas por la costumbre para tiempos especiales o para funerales, cada grupo tiene intereses creados en su hombre importante para poder mantener su prestigio”¹. Lo que significa que en cada época de la historia de la humanidad la sociedad ha definido unas prácticas que trasmite de generación a generación y que les ha permitido permanecer en el tiempo.

¹ Gluckman, Max. Política, derecho y ritual en la sociedad tribal, Madrid: Akal, 1978, p. 86.

En el trabajo del profesor Javier Varela² se muestra esa evolución vivida en España desde 1500, es decir, ocho años después del descubrimiento de América. No sólo fue una práctica ibérica, sino de toda Europa. Según las palabras de Varela, fueron los acontecimientos más representativos en la vida de la realeza los que se conmemoraron con gran júbilo, donde participaba el conjunto de la población. Los nacimientos, bodas y muerte fueron los eventos más sobresalientes, reflejando fidelidad, amor, y ante la pérdida por el fallecimiento del rey se evidenciaba la tristeza y el desconcierto de la población en general al morir el rey como símbolo del poder encarnado en una persona, pero representando a todos sus súbditos y vasallos. A la final, es una “muerte” colectiva.

La participación de los súbditos y vasallos, en un principio, fue desordenada y espontánea, se asistía como un deber doble: primero, como un acto de solidaridad con la familia o los deudos del muerto, y en segundo lugar como expresión del dolor por la desaparición de la cabeza de la sociedad y por ende del poder político. Esa espontaneidad de los súbditos necesitaba ser regulada, organizada y normalizada; para lograrlo fue necesario recurrir a apreciar cómo se celebraba este ritual en otras Cortes por fuera de España (Castilla o Aragón). Se coincide que la influencia decisiva fue la de Borgoña.

Citando a J.C. Calvete y a Vicente Álvarez, Javier Varela señala al respecto: “La iniciativa para adoptar la etiqueta borgoñona partió de Carlos V. En 1548 vino desde Alemania el duque de Alba como mayordomo del príncipe Felipe, a la sazón residente en Valladolid, con la misión de adaptar el nuevo protocolo ‘a la forma y uso de la casa de Borgoña, como la tiene el emperador su padre’”³ y así comienzan a celebrarse las exequias reales siguiendo un orden preestablecido en cada circunstancia y ciudad. Y era precisamente la ciudad el sitio ideal para escenificar el ceremonial fúnebre, que simbolizaba el poder real en cabeza de Su Majestad. Se convertía en un rito de enaltecimiento dado por el individuo, rito del que se tenía registro desde el renacimiento y el barroco. El ceremonial de la muerte se

²Varela. Op. Cit., p. 13.

³ Ibíd.

quedó en el imaginario del pueblo como uno de los días festivos más importantes de España y América, bajo un contexto lúdico donde se mezclaban representaciones artísticas y religiosas en honor al fallecido perteneciente a la casa real como afirmación del poder⁴. En este caso no es cualquier persona, es el mismo rey, por ello el ritual convocaba a todos los miembros de la sociedad colonial. Sin embargo, era necesario rendirle culto a los más allegados a la familia real, por ello se encontraron cédulas reales que participaron la muerte de un “ser querido” de Su Majestad y la obligación de darle cumplimiento e informarle al rey.

Lo cierto es que el ritual de las exequias se había convertido en todo un espectáculo que desbordaba la imaginación y la creatividad en la península española. En él se ponía a prueba el diseño y elaboración de “túmulos en el interior de las iglesias principales, se organizaban procesiones, sermones, cánticos y lutos de los que toda la ciudadanía debía participar”⁵. Todos estos aspectos de los funerales los regulaba la Corona ibérica a través de la Pragmática del 22 de marzo de 1693, que ordenaba cómo debían constituirse los túmulos en el reino de los reyes de España a la hora de morir una persona de la casa real y cómo debían guardarle luto sus vasallos.

La decisión del rey Carlos II (reinó desde los cuatro años, es decir, desde 1665 hasta 1700) está claramente expuesta cuando afirmó que se hacía necesario moderar el gasto que estaba destinado para la celebración de las exequias, argumentando que esa decisión beneficiaría a la causa pública de los vasallos de sus dominios, en tanto se presentaban excesos que afectaban su economía⁶. Según el rey, los gastos que ocasionaban las exequias y los funerales en sus vasallos y súbditos eran desmedidos, por esta razón debía restringirlos, de manera que esa cédula real tiene la importancia expresada con fuerza de ley, como si

⁴ Mejías Álvarez, María Jesús. *Fiesta y muerte regia: Las estampas de túmulo reales del AGI*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 2002, p. 15-16.

⁵ Mejías Álvarez, María Jesús. *Fiesta y muerte regia: Las estampas de túmulo reales del AGI*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 2002, 16.

⁶ Muro Orejón, Antonio. *Cedulario Americano del siglo XVIII*, Tomo I, Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1956, p. 492.

formara parte de la recopilación realizada en 1680 y así lo ordenó: “He resuelto dar la presente (que quiero tenga fuerza de ley, como si estuviera incorporada en las de la Nueva Recopilación de Indias)”⁷. No queda duda de que el rey como soberano no sólo tenía derechos políticos incuestionables sobre sus vasallos, sino que se sentía con el suficiente poder para entrar a regular la vida privada y la libre decisión de sus súbditos a la hora de expresar sus sentimientos de dolor por la muerte de un noble, de alguien de la casa real o cercano a ella.

A partir del considerando y de la orden real que se convierte en una ley real (pragmática), dicha cédula entró a regular todo el ritual que debería seguirse cumplidamente en la América española. El documento fue minuciosamente elaborado y lleno de detalles con lo cual el rey consideraba que podía ser una solución a los problemas financieros que se vivían tanto en la península como en el Nuevo Mundo. Planteaba el mandato real: que desde este momento en adelante cuando hubiere ocasión de fallecimiento en la casa real, se ordenaba que en todos los reinos, incluyendo los del Perú y Nueva España e islas próximas, los súbditos hombres deberían portar capas largas y faldas caídas hasta los pies hasta el día de las exequias⁸.

Para poder cumplir ese mandato, se debía poseer alguna actividad económica lucrativa que permitiera a los súbditos americanos poder cubrir los gastos que generaba tal imperativo real. Esa condición era difícil que la cumplieran otros sectores diferentes a los peninsulares (funcionarios reales, comerciantes y hacendados), es posible que los mestizos intentaran hasta lo imposible lograr satisfacer las órdenes reales, mientras que los nativos, esclavos e inclusive “libres de todos los colores” no lo intentaban. Por esa razón la cédula real ordenaba “[...] que a las familias de los vasallos de cualquier estado, grado o condición que sean sus amos, no se les den, ni permitan traer lutos por muerte de personas reales”⁹ y a renglón seguido argumenta que “[...] bastante se manifiesta el dolor y tristeza de tan

⁷ Ibíd. p. 492.

⁸ Ibíd. p. 492.

⁹ Muro Orejón, Antonio. *Cedulario Americano del siglo XVIII*, Tomo I, p. 493.

universal pérdida con los lutos de los dueños”¹⁰. Era consciente el rey del estado de pobreza y de las limitaciones económicas que tenían los servidores de sus nobles residentes en América hispana.

La reglamentación también cobijaba a las mujeres, quienes “han de traer monjiles* de bayeta si fuera en invierno y en verano de lanilla, con tocas y mantos delgados que no sean de seda, lo cual también ha de durar hasta el día de las honras”¹¹, es decir, para protegerse del frío se debía usar la bayeta y en verano, la lana, que era el material que se usaba normalmente para este tipo de vestimenta antiguamente. La cédula real seguidamente señalaba que al terminar las horas fúnebres “se pondrán el alivio de luto correspondiente”.

Dentro de las decisiones de la Corona hispana frente a este tema, era evidente que deseaba controlar cada aspecto de la vida privada, en ese sentido entraba a regular cómo debían ser los lutos que guardarían los familiares y allegados cuando falleciera un pariente. Así mismo, demandaba a sus súbditos que sólo debían portar luto sus parientes más inmediatos en el grado de consanguineidad, así como con quienes presentaban afinidad con el fallecido, en este sentido hacían parte la hermana, hermano, abuela, abuelo, padre, madre, marido o mujer, etc. Estos deberían traer capas largas, calzones y ropilla de bayeta o paño, como decoro en sus cabezas debían llevar sombreros sin forro, para los criados de la familia no se autorizaba a portar tales ropas¹². Se hacía evidente que la vida privada de los deudos estaba sometida a un riguroso control por parte de las autoridades virreinales, quienes provistos de la Pragmática de 1693 buscaban hacerla cumplir para satisfacción de Su Majestad.

La norma iba más allá, y definía cómo debía ser el ataúd y de qué materiales debía estar elaborado. Para el caso de los infantes muertos, se autorizó que la tela doble podía ir de

¹⁰ Ibíd. p. 493.

* Monjil: una de las acepciones lo define como traje de lana que usaban por luto las mujeres.

¹¹ Ibíd. p. 493.

¹² Ibíd. p. 493.

color. Para el caso de los adultos, las telas, los colores relucientes y la seda fueron eliminados, en cambio sí se permitió el uso de bayeta, paño u holandilla negra y el galón de colores negros o morados como signo de desdicha por la pérdida del ser querido¹³.

La reglamentación continuaba con el escenario, la iglesia, donde debían celebrarse los oficios religiosos, levantarse el túmulo y realizarse las exequias y funerales. Después de definir cómo debía lucir el ataúd, la cédula estableció que en la iglesia únicamente debería ir en luto el pavimento donde reposaba la tumba y las hachas de los lados, y que se dispusiera para el entierro 12 cirios con cuatro velas en la tumba. Asimismo, por consideración del rey, en la casa del doliente se estaba permitido el luto del suelo donde las viudas fueren a recibir el pésame y el uso de cortinas negras. Quedó prohibido el luto en los coches, aunque este hubiese sido de la primera nobleza; en el caso de las viudas, podían usar sillas negras¹⁴. Como se puede apreciar, en todas y cada una de las partes de la cédula real aparecían normas que debían cumplirse con el fin de eliminar los excesos en el periodo de celebraciones de exequias reales o de un familiar.

El rey insistía en que se cumpliera lo normalizado y advirtió que la orden estaba dada para el cumplimiento de todos, sin excepciones, y el luto se debía llevar como quedó establecido y por el tiempo de seis meses solamente¹⁵. Ciertamente el monarca tenía razón al establecer que esta cédula real adquiriera la condición de pragmática, ya que era una norma que entraba a regular no sólo los lutos, sino la vida misma. Al establecer esta ordenanza el Rey fue consciente de lo que él significaba y el poder que encarnaba. El hecho de definir por el otro cuánto tiempo debería guardar luto un familiar y qué tipo de vestidos podría usar, era símbolo inequívoco de poder.

¹³ Ibíd. p. 493.

¹⁴ Ibíd. p. 493.

¹⁵ Muro Orejón, Antonio. Cedulario Americano del siglo XVIII, Tomo 1, pp. 493-494.

El principio universal de la obligatoriedad de la ley* establecía que el desconocimiento de la ley no era óbice para violarla o no cumplirla. Su majestad Carlos II al final de esta cédula real fue contundente al señalar que con el fin de atender y dar cumplimiento invariablemente a la cédula real en todo cuanto en ella quedó contenida, se publicara y autenticara por los gobernadores, regidores y alcaldes según correspondía, al tiempo que se pregonara para que no existiera excusa alguna de su desconocimiento, para lo cual disponía a virreyes y presidentes de las audiencias de los reinos de Perú, Nueva España e islas próximas para su cabal acatamiento. El que no la hiciera cumplir estaba expuesto a la “pena de privación de sus oficios, en la cual incurra el que fuere remiso o negligente y lo disimulase en cualquier manera”¹⁶. Esta cédula fue expedida en Madrid, residencia de su majestad Carlos II. El Rey estableció la norma y dio instrucciones a las autoridades coloniales para hacerla cumplir al precisar la mecánica que había de usarse para que todos sus vasallos y súbditos se informaran de las medidas que se establecían en esta cédula real.

Al revisar en su conjunto la norma, se entiende por qué el monarca insistía en su importancia, ya que al elevarla a la categoría de pragmática, buscaba generar un mayor cumplimiento al ser *norma de norma*. Por ello, cuando se expedían las reales cédulas que notificaban el fallecimiento del príncipe o del rey, se enviaba “*copia*” a los virreinos o a las autoridades españolas en cada capital de provincia. Santa Marta, Cartagena, Santa Fe de Bogotá, Lima y otras recibían el mismo documento, en él se indicaba a quiénes iba dirigida la comunicación y la obligación que tenían de dar cumplimiento a la misma, asimismo se exhortaba a informar a todos los súbditos y convocarlos a los oficios religiosos.

Es necesario precisar que la sociedad colonial controlada por la tradición judeo-cristiana sobre la muerte y el ritual que implicaba estableció normas (reales cédulas) a través de la Corona española. Era una regulación sobre las normas que debían cumplir los deudos al sobrevenir la muerte a un familiar, y cuando el hecho afectaba la familia real, los súbditos

* En Colombia lo establece el artículo noveno del Código Civil.

¹⁶ Muro Orejón, Antonio. Cedulaire Americano del siglo XVIII, Tomo 1. p.494.

debían observar un comportamiento igualmente regulado por la misma Corona. Los tres principales momentos del ritual eran: el funeral, los túmulos y el luto y se constituyeron en el mecanismo más importante de los súbditos de unirse a la aflicción que presuponía el fallecimiento del soberano como representación de su poder real. Así las cosas, estas ceremonias guardaban especial cuidado, en tanto sus simbolismos estaban dados, desde las ropas que se debía vestir hasta el toque de campanas de la iglesia catedral, el cual se estimaba que eran doscientos con la campana del Santísimo. Solo asistían a las honras y trazas de túmulos las familias reales, y a las exequias, los miembros del Gobierno¹⁷.

Al revisar los informes de los gobernadores, de los obispos y compararlos con el planteamiento, Leal Curiel observó que eran coincidentes en todos y cada uno de los actos. “Las órdenes religiosas con el color de los hábitos respectivos y sus cruces y ciriales. El clero secular con sotanas y sobrepellices en luto; las cofradías con el hábito de su ‘penitencia’, como le decían entonces y sus cruces y ciriales”¹⁸. Justamente, los reyes españoles, a partir de 1693 con la real cédula y la real pragmática, prohibieron los gastos de los funcionarios virreinales y de sus vasallos para guardar luto, puesto que afectaban los recursos de la Real Hacienda (como se verá más adelante, esta contravención cobijaría la elaboración de los túmulos), así que los gastos debían ser sufragados por los mismos vasallos y oficiales.

A partir de la expedición de esta real cédula, las exequias y lutos que se guardaba en los territorios gobernados por la monarquía hispana tuvieron un orden. Se celebraban y se informaban a Su Majestad. Por medio de informes de las autoridades virreinales, se pueden analizar los rituales que se organizaban en Santa Marta para dar cumplimiento a la pragmática. De ahí el significado y la obediencia que orientaba a las autoridades coloniales samarias y sus habitantes por dar estricto cumplimiento a la norma en medio de las dificultades económicas durante el siglo XVIII.

¹⁷ Leal Curiel, Carole. El discurso de la fidelidad. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1990. p. 120.

¹⁸ *Ibíd.*, p.120-121.

Parafraseando a la historiadora Ana María Henao Albarracín¹⁹, en esta pragmática se explica que si bien el luto fue una de las representaciones más importantes como simbolismo del real poder, este estuvo regulado por la pragmática establecida por Carlos II. En ella decretó que se tuviera medida en los gastos para las celebraciones, regulando de esta manera la festividad en general. En ella también dejó manifiesto que quienes estaban obligados a la guarda del luto eran amos de familia y sus cónyuges; en lo referente a las ropas a utilizar, estas debieron ser de tela o paño con colores sobrios; finalmente estimó que la duración para el luto se debía ofrecer por seis meses, los tres primeros eran de rigurosidad y los restantes, de “alivio”.

Esta orden fue respetada y las autoridades civiles y eclesiásticas se unían por un solo fin: obedecer a Su Alteza. Por eso era importante definir la forma como se realizarían los eventos para cumplir esta pragmática que entró a regular parte de la vida religiosa de los samarios y de toda la sociedad colonial de ambas Españas.

5.2. El rey, aunque ausente, duele su muerte

La muerte de un miembro de la familia real merecía todos los honores del caso, pero la muerte del monarca sobrepasaba todas las otras. Su importancia no era relativa sino absoluta porque la muerte del rey era muy significativa para la monarquía católica²⁰. Con la muerte del rey, sólo moría su cuerpo terrenal a causa de los designios de la vida, pero se consagraba con gran adoración lo virtuoso de su vida cristiana, entendiéndose así que la transformación del ciclo de la vida a la muerte trasciende a una dimensión espiritual, como

¹⁹ Henao Albarracín, Ana María. Ceremonias reales y representación del rey. Un acercamiento a las formas de legitimación y propaganda del poder regio en la sociedad colonial neogranadina. Cali S. XVIII. Recuperado internet, noviembre 15 de 2013

²⁰ Varela, Javier. La muerte del rey. El ceremonial funerario de la monarquía española (1500-1885). Madrid: Turner, 1990.

lo plantea Verónica Salazar²¹. La muerte regia representaba el dolor total de la familia real y de todos sus vasallos y súbditos. El sentimiento y el sufrimiento privado de la familia eran compartidos con los vasallos, quienes cumplían estrictamente las disposiciones reguladas por la Real Cédula del 22 de marzo de 1693.

En todas las exequias de los reyes fallecidos en el siglo XVIII, los samarios participaron a la distancia, meses después de los hechos, en razón de la tardanza de la correspondencia entre España y América. Pero igual los reyes hispánicos le comunicaban a sus autoridades virreinales y súbditas aquellos hechos luctuosos que consideraban debían guardarse. Las órdenes llegaban al virrey y a los presidentes de las audiencias y gobernaciones de la América hispana, desde Buenos Aires hasta México. Estas celebraciones tenían institucionalizados procesos que implicaban, entre otros aspectos, la reunión de las autoridades provinciales (civil y eclesiástica) para ponerse de acuerdo en la fecha (día y hora), la escogencia de las personas que cumplirían funciones particulares e individuales, tales como el clérigo que hiciera la oración central o la prédica, lo que implicaba unos costos, y la selección del diseño del túmulo que se construiría.

Todos estos preparativos confluían en la celebración central, la santa misa en honor al desaparecido, a su alma, que al morir el rey u otra persona se convertía en “un ser sagrado” y la misa cumplía un papel clave, no solo válido para la celebración de un matrimonio, sino que servía “para los entierros, rescata las faltas de los muertos, asegura a los vivos los favores de la divinidad”²². De tal manera que el ritual de la muerte de los reyes, de familiares de la realeza y miembros de las autoridades virreinales obedecía unos parámetros preestablecidos y no a un comportamiento individual.

²¹ Salazar Baena, Verónica. *Fastos monárquicos en el Nuevo Reino de Granada. La imagen del rey y los intereses locales. Siglos XVII-XVIII*. Tesis de Grado. Universitat de Barcelona, Barcelona: 2013, p. 42.

²² Durkheim, Emilio. *Las formas elementales de la vida religiosa. El sistema totémico en Australia*. Buenos Aires: Schapire, 1968. p. 393.

Las exequias de los reyes contemplaban un protocolo y una etiqueta predeterminedada que en el caso de la monarquía española tuvo su inspiración en las italianas, especialmente de Borgoña, como se dijo. Al recibirse la real cédula que informaba de la muerte del rey, las autoridades virreinales en Santa Marta tenían un plazo de treinta días para organizar y celebrar el ritual conforme a lo establecido por ley. Lo normal era que los miembros del cabildo secular, encabezado por el señor gobernador (con asistencia en algunos casos, dependiendo de las relaciones con el clero y su obispo), asistían a la apertura de las comunicaciones. Luego de leerlas, las colocaban en sus cabezas y besaban expresando con ello obediencia y fidelidad al monarca y a la familia real.

Al definir la fecha y hora para la realización de la ceremonia fúnebre, se procedía a nombrar a las personas que cumplían las funciones para organizar los detalles de las exequias. La responsabilidad iba, en algunos casos, desde contratar las personas que por su oficio jugaban un papel de importancia durante el ritual hasta la concertación con el obispo de la fecha y hora acordada por la autoridad civil. Porque las exequias y la proclamación de los príncipes al trono era responsabilidad de las autoridades civiles, sin embargo, en el caso de Santa Marta, por ser una ciudad con escasa población, sus autoridades también fueron reducidas, dado que cubrir una vacante no era nada fácil.

La escogencia del cura que debía dar la oración fúnebre era, sin duda, punto de la agenda del ritual que se definía en conjunto, la prédica de este sermón tuvo un valor significativo para la ceremonia. El escogido debía reunir algunas características, como ser un excelente orador, conocer la vida del rey de turno, porque la oración era la liturgia que simbolizaba las exequias reales, era el sumun del ritual que cumplió el papel ideológico del barroco. Este sermón concentraba toda la atención de los asistentes a las exequias porque el autor se esmeraba por reconstruir los aspectos más importantes de la vida del rey fallecido. Los elogios y exaltaciones a sus obras como benefactor regio, preocupado por el bienestar de sus vasallos, el carácter y el compromiso con la fe católica enaltecía a los samarios, las palabras persuadían a los creyentes y fieles súbditos de Su Majestad. Los mensajes del sermón estaban cargados de enseñanzas de una vida ejemplar con el fin de glorificar el

nombre del rey que pereció. Y el púlpito se convirtió en un lugar propicio para la persuasión de la fe²³. El sermón era escrito por el autor, que lo leía con una entonación ceremonial persuasiva, producía en los oyentes atentos emociones disímiles sobre el monarca y su paso a la eternidad.

El púlpito era el lugar en el que el afortunado seleccionado leía su escrito, copia del cual se enviaba a España con todo el informe de los actos realizados. Indiscutiblemente este documento tenía una fuerza, no sólo por las palabras pronunciadas por el religioso, sino que leerlo desde el púlpito le daba una mayor connotación por lo significativo de ese lugar dentro de la catedral y el carácter sagrado del mismo. Las palabras pronunciadas desde el púlpito cumplieron un papel socializador verbal del ritual y lo que significaba para la monarquía católica la pérdida del máximo representante de ella y la pérdida para la cristiandad de un baluarte y aliado clave en el papel de conquistar feligreses para Dios.

Otro punto de la agenda del ritual era la escogencia del túmulo que debía construirse dentro de la iglesia, definir el maestro de obra, su diseño, los lemas a dibujar y sus significados. Esta no era una tarea fácil, sobre todo porque muchos de los materiales no se encontraban en las escasas tiendas de abarrotes existentes en la ciudad, por lo que muchos elementos necesarios para la elaboración de la imagen se contrataban a comerciantes/intermediarios que por encargo traían los materiales de Cartagena de Indias o de las islas del Caribe, principalmente de Cuba.

El túmulo y otras imágenes que formaban parte del ritual se elaboraban con materiales efímeros, construcciones conocidas como arquitectura efímera. Dice la historiadora María Mejías:

²³ Valenzuela Márquez, Jaime. Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial, (1609-1709). Santiago, Chile: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana / LOM Ediciones, 2001, p.192.

El túmulo, convertido en el elemento más vistoso de las exequias, se construía de madera, lienzo y, en general de materiales poco consistentes, pero enriquecidos con pinturas que simulaban materiales ricos como podían ser mármol, jaspe u oro, completándose además con esculturas que aludían a las virtudes y a los éxitos del difunto, todo ello recubierto de ricas colgaduras negras e iluminado con multitud de cirios. Se colocaba, por lo general, en el centro de la iglesia mayor, y a su alrededor se oficiaban las honras²⁴.

De tal manera que en una ciudad tan pequeña como Santa Marta, escasa de información sobre los túmulos en el periodo estudiado, sólo uno se encontró descrito por la pluma del alférez real De la Rosa en 1724, construido para la ceremonia de la muerte de Luis I de Borbón, túmulo que no dista mucho de la estructura del descrito por Mejías. Aunque no se describen otros túmulos, se señala en los informes que se construyeron en la catedral o en la iglesia de San Francisco, que fungió como catedral por varios años. Inclusive en el caso del túmulo de las honras fúnebres de Felipe V, se elaboró una lista de los materiales que se utilizaron y los valores que se cancelaron a quienes participaron en su diseño y construcción, así como lo pagado a los proveedores de materiales y accesorios complementarios que fueron necesarios traer de otras ciudades.

Otras designaciones consistían en contratar la elaboración de poesías alusivas al monarca, sus virtudes, padecimientos y bienaventuranzas. Todo este ceremonial previo a las exequias tenían un fuerte contenido ideológico, concebido en la Corte española, vigilado igualmente por sus miembros, quienes eran celosos, no sólo de que se cumplieran las exequias, sino de conocer el contenido de la programación. No se puede desconocer que los túmulos y otros aspectos de las ceremonias que organizaban las autoridades virreinales en Hispanoamérica y en particular en Santa Marta, estaban pensadas, diseñadas y ejecutadas por los sectores hegemónicos del cuerpo social de la ciudad. Elites peninsulares o de origen, por lo que estaban en contacto con el mundo español. Conocían, en algunos casos por referencia, modelos peninsulares e inclusive de otras ciudades hispanoamericanas que tenían otros componentes influenciados por el contexto en que se vivía. Por ello, los significados de lo

²⁴ Mejías Álvarez, María Jesús. *Fiesta y muerte regia: Las estampas de túmulos reales del AGI*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos-CSIC, 2002, p. 35.

expuesto en el túmulo constituyeron un punto de mucho cuidado a la hora de definir su contenido conceptual.

El arte efímero tenía todo un valor no sólo para el barroco, sino para la familia real y la Corte porque el túmulo fue la representación del rey muerto. Pero si bien es cierto que la construcción del túmulo estaba en las manos del mejor maestro carpintero, orfebre o pintor, la responsabilidad de su contenido era de las elites, de los miembros del cabildo que debían aprobar las ideas propuestas por los escogidos. Dependiendo de lo que se construía y la apreciación de los feligreses, así se calificaba el valor estético por un lado y el contenido ideológico por otro.

Lo acordado en la reunión de la escogencia del día y la hora de las honras fúnebres, era comunicado a los samarios a través del conocido bando, que leído en las diferentes esquinas y las tres plazas existentes en la ciudad, invitaba a los samarios y samarias a orar por el alma del monarca. A lucir trajes color negro, mantener profundo silencio en casa y en los lugares de concurrencia cotidiana, como la plaza de mercado y las tiendas. Igualmente, a asistir a las exequias y a todo el ritual preparado para honrar la memoria de Su Majestad. Este documento era pronunciado con voz muy fuerte por el pregonero que acompañado de un tambor y caja, y más tarde de un clarín, llevaba el mensaje a todos los vecinos, nadie debía excusarse de no conocerlo, su lectura era todo un acontecimiento.

El bando por las exequias prohibía tocar los instrumentos musicales, abrir las tiendas, las pulperías, efectuar fiestas familiares o locales. Lo importante de estas medidas tomadas por las autoridades provinciales y locales era el estricto cumplimiento de las mismas, que los súbditos de Su Majestad entraban en un periodo de recogimiento total y de oración. La vigilancia y control formaba parte del papel débil pero persistente de actuar de las autoridades virreinales y sus aliados, las elites samarias, que no estaban dispuestas a “quedar mal” ante las autoridades en Santa Fe y España. Cumplir las órdenes y hacerlas cumplir fue una de las características de las elites peninsulares residentes en la ciudad,

como también de aquellos que se consideraban herederos de los que llegaron con don Rodrigo de Bastidas y sus continuadores.

Lucir un traje de color negro en la sociedad samaria fue sinónimo de guardar luto (hasta hace unos años, hoy es la moda). Esta expresión tenía una carga ideológica y simbólica muy importante en la colectividad. El luto, expresado fundamentalmente en el vestir, era una forma de expresar en público el respeto al muerto, en este caso a Su Majestad, cabeza del Gobierno, el padre protector de “sus hijos”, sus vasallos y súbditos, quienes le debían obediencia y fidelidad. El luto que se guardaba no era sólo por la persona del rey y sus familiares, sino por todo el aparato burocrático que él encabezaba, como expresión del poder político en él concentrado. Las autoridades civiles, las elites samarias, los pardos, los esclavos, los libres de todos los colores, todos estaban en la obligación de vestir de negro, unos más que otros, y debían vestirlo hasta seis meses. Otros lo lucían menos, en razón al costo de las telas con las que se confeccionaban los trajes, que en Santa Marta tenían un alto valor porque en su gran mayoría eran de contrabando.

Durante la casa de los Austrias, los trajes y otros accesorios de las exequias eran financiadas por la Corona mediante las Cajas Reales. Sin embargo, Carlos II, al regular los gastos en esta ceremonia, estableció que quienes debían financiar los lutos y demás eran los mismos funcionarios, sus súbditos y vasallos. Por lo tanto, en todas las reales cédulas de la monarquía borbónica que informaban la muerte del monarca, se remarcaba que eran los empleados los que debían financiar tales oficios religiosos y sociales.

El color negro como símbolo de tristeza y dolor, lucido en el vestuario de los samarios y samarias, se extendió más allá del ámbito personal y tuvo sus manifestaciones en la vivienda, en las oficinas públicas, las iglesias, la catedral, en todas aquellas edificaciones donde funcionaba una autoridad virreinal. La mejor expresión del luto fue cubrir las paredes –a veces el piso– de estos lugares con telas de color negro. Se puede afirmar que la ciudad en general entraba en luto y recogimiento total por la muerte del monarca.

Ese estado de tristeza y dolor de la ciudad y sus habitantes era acompañado —una forma de recordarlo— por el doblar las campanas²⁵. El toque de las campanas, el repique dominical y diario que invitaba a la santa misa con alegría, era reemplazado por un toque triste, solo, pausado, que dentro del lenguaje católico se conoce como doblar las campanas. Día y noche, turnándose las iglesias, las campanas no dejaban de sonar hasta el día de las exequias. Los miembros del cabildo, como representantes de la Corona, se encerraban en sus casas, donde recibían las condolencias de los miembros de otros cuerpos administrativos, de los principales señores, de los comerciantes y de todos aquellos que estaban obligados de hacerlo. Este ritual marcaba unas profundas diferencias sociales y políticas de jerarquización de la sociedad y las autoridades virreinales. El hecho de que todos tenían que ir hasta la casa de los miembros del cabildo, era una muestra de quién era el representante del rey en la ciudad, es decir, la autoridad. Existió un límite para que aparecieran los funcionarios en riguroso luto a dar el pésame, en las vísperas de las exequias.

Por otra parte, muchos funcionarios públicos y sectores hegemónicos de la ciudad también se abstendían de salir de sus casas, preferían quedarse en familia, expresando igualmente su solidaridad a los miembros del cabildo secular y, por supuesto, a la familia real. Y sólo salían fuera de sus viviendas el día de las honras. La fecha señalada para las exequias era un día muy especial. Todo lo organizado en días previos, un mes o más, se ponía en escena el día señalado para los funerales.

Todos los oficiales y la comunidad en general eran convocados a la casa del cabildo, de donde partía el recorrido hasta la catedral, el cual era encabezado por el cabildo, el gobernador y otras autoridades civiles. A ellos los seguían los principales señores con sus familias, luego, los otros sectores sociales. Al entrar a la iglesia catedral, cada uno buscaba

²⁵ Dice Jaime Valenzuela Márquez: “Las campanas cumplían un rol de verdadero medio de comunicación de masas, convocando a la comunidad no sólo para eventos religiosos, sino también para emergencias civiles, a través de códigos auditivos comprensibles por todos. Las de los conventos, por su parte, marcaban cotidianamente las horas canónicas, dominando el tiempo artificial de la vida urbana, marcando periódicamente el papel de referente esencial que cumplían para toda la comunidad”. Valenzuela Márquez, Jaime. *Las liturgias del poder*. 2001, p. 72.

el sitio que le correspondía en la jerarquización que estaba demarcada por el protocolo, que debía cumplirse al pie de la letra. La calle y la catedral enlutaban completamente, sus habitantes sin distingos sociales enmudecían y lloraban por el fallecimiento del rey. La oración fúnebre entristecía más por la significativa pérdida, pero eran reconfortados al conocer sus ejecutorias, los beneficios recibidos y la recompensa con el cielo ganado donde seguro el Todopoderoso le tendría un lugar preferencial a Su Majestad. Después de la ceremonia cristiana, se cantaba el himno del *Te Deum*, todos salían cabizbajos del templo. En el atrio de la iglesia catedral, los vecinos aprovechaban para abrazarse en expresión de dolor, de solidaridad colectiva. Todos volvían por la misma calle, acompañando al cabildo hasta su casa.

Al final de la ceremonia, la ciudad seguía sumida en una profunda tristeza, el llanto, los rezos y oraciones por el alma “bendita” de Su Majestad. Los cirios estaban encendidos en las iglesias y en las casas donde se mantenían imágenes sagradas; más tarde, hasta en el mismo retrato del rey la cera no faltaba. Las ventanas seguían, como el resto de la casa, cubiertas con telas negras. El luto continuaba, sólo se suspendía por unos días, cuando por medio de otro bando se invitaba a la proclamación y jura del nuevo monarca.

5.2.1 La muerte y las exequias por Carlos II

En Santa Marta, antes de la ceremonia que se organizó para dar cumplimiento a la aplicación de la pragmática de 1693, a la muerte de su majestad Carlos II, la ciudad preparó, con dificultades por la situación económica y las permanentes contradicciones con el clero, las honras fúnebres en homenaje a Felipe III (1578-1621), de la casa de Austria (Habsburgo) quien había fallecido en Madrid el 31 de marzo de 1621; asimismo, las honras fúnebres por la muerte de su majestad Felipe IV (1605-1665), igualmente de la casa de Austria (Habsburgo). Ceremonias que por su poca suntuosidad merecieron escasa información, aunque contó con los oficios religiosos requeridos, incluido el *Te Deum* acostumbrado para el caso, a pesar de que la vecindad estaba a la deriva, preocupada por

los constantes ataques de los piratas. La misma catedral estaba en condiciones críticas y la actividad económica social era escasa. No obstante, se cumplió en medio de las dificultades económicas, el luto fue general como el encierro de las autoridades civiles, quienes recibieron en sus casas los pésames del caso por parte de los principales de la ciudad. Estas dos ceremonias fúnebres del siglo XVII mostraron claramente que las ciudades, desde comienzos del establecimiento de la colonia, debieron asumir la responsabilidad de expresar su lealtad a la Corona, organizando estas formalidades que se constituyeron en una obligación. No se posee la información de la financiación de las exequias, pero como era tradición se piensa que los gastos corrieron por cuenta de las Cajas Reales, a pesar de lo exiguo de las mismas. Fueron esos gastos y el derroche de recursos los que se regularon con la llegada al trono de Carlos II.

Comenzando el siglo XVIII, el primero de noviembre de 1700 muere en Madrid el último rey de la casa de los Austrias (Habsburgo), Carlos II, conocido como el Hechizado, que no tuvo descendencia. Pero hizo testamento el 3 de octubre de 1700 en favor de Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV de Francia y de la infanta española María Teresa de Austria (1638-1683), la mayor de las hijas de Felipe IV y hermana de Carlos II. La muerte de Carlos II no sorprendió a nadie. Siempre se habló de su precaria salud y de que quien gobernaba era la reina Mariana de Neoburgo, su segunda esposa. Desde ese 1 de noviembre se dieron una serie de movimientos al interior de la Corte y entre los temas estuvo la sucesión del rey y la organización de las exequias no sólo en Madrid y la península ibérica, sino en las colonias del reino en ultramar, hecho que se informó mediante la redacción de las reales cédulas que se enviaron hacia allá.

El 13 de noviembre se expidieron varias reales cédulas, de ellas se conocen cuatro, en las que se participó de la muerte del rey a las autoridades virreinales de América, la obligación de guardar los lutos y hacer túmulos para la ocasión. En una de las cuatro cédulas dirigida al virrey del Perú y a otras autoridades coloniales en la América Hispana, se anunció que iban dos copias en las que se señalaba cómo sería la sucesión del rey y el gobierno interino que quedaba. La reina afirmó en su cédula que el 1 de noviembre, luego de una larga

convalecencia, la divinidad suprema llevó a su trono (cielo) al rey, dejando entre la sociedad cortesana el consuelo de que por tan infinita piedad, se le ofrezca el premio a todas sus virtudes²⁶.

En la parte introductoria de la real cédula, la reina, muy católica, aceptó la muerte con resignación esperando que Dios recompense al monarca por “sus virtudes” y por el sufrimiento padecido durante la enfermedad. Ya en el testamento de Felipe III, rey de España (1578-1621), había señalado que “no hay cosa más cierta que la muerte ni más incierta que la hora de ella”²⁷. Pareciera que la reina y la Corte estaban preparados y convencidos que dado el estado de salud del rey, la muerte podría sobrevenir en cualquier momento. En la segunda parte de la real cédula, se le informaba al virrey cómo se haría el proceso de sucesión y la interinidad del gobierno, asunto que se aborda más adelante. Durante la interinidad se puso al frente de la regencia la reina, doña Mariana de Neoburgo; el cardenal de Toledo, Luis Fernando de Portocarrero; fray Manuel Arias y Porres, presidente del Consejo de Castilla, el obispo e inquisidor general del Consejo de la Suprema Inquisición, don Baltasar de Mendoza y Sandoval; el presidente del Consejo de Aragón, don Rodrigo Manuel Manrique de Lara y el conde de Benavente. Esta regencia duraría hasta que llegara el nuevo monarca, Felipe V, designado sucesor en el testamento de Carlos II.

Siguiendo el orden de la presentación de cédulas reales que publicó Antonio Muro Orejón, la segunda orden va dirigida al arzobispo de Lima, en ella se le informó de la muerte del rey para que se hicieran las exequias y honras que se acostumbraban. Cédula real que en su primera parte era similar a las anteriores, pero cambiaba cuando notificó de la sucesión del poder en la monarquía y se ordenaban las exequias. En el documento se aclara que a pesar de la situación de interinidad todo debía seguirse realizando hasta tanto no se les comunicara otra decisión, por lo que “deis orden para que se hagan en esa iglesia, y en las

²⁶ Muro Orejón, Antonio. *Cedulario Americano del siglo XVIII*, Tomo I, p. 671.

²⁷ Varela, Javier. *La muerte del rey*. Op. Cit, p.63.

demás de vuestra diócesis, las honras y exequias fúnebres y demás sufragios que se acostumbran en semejantes ocasiones,”²⁸. Así como se le avisó a la autoridad civil del fallecimiento del monarca y la situación de interinidad en el poder, también se le dio a conocer a la autoridad eclesiástica que se debían realizar las honras fúnebres. Esto requería que se juntaran las autoridades coloniales para que se realizara una sola ceremonia. Asimismo, afirmó la necesidad de evitar los gastos desmedidos, recordó la moderación en los lutos, pero que a pesar de ello, no debía faltar solemnidad porque al no cumplirse tal orden, se considerará de grave falta.

Los otros dos despachos fueron dirigidos al virrey del Perú. En uno se le señaló lo que convenía observarse en cuanto a la moderación que debía tenerse en cuenta, con respecto a los lutos y los túmulos que eran necesarios construirse por la muerte del rey; la otra real cédula hizo referencia para que los lutos fueran sufragados por cuenta de los ministros. En el primer caso, la reina y los gobernadores que firmaban hicieron hincapié en el tema de limitar los gastos por los lutos y túmulos, precisaron que no debían realizarse gastos innecesarios. La monarquía va más allá y exige que les reporten de la aplicación correcta y oportuna de la real cédula.

El valor de los gastos de las exequias y de las proclamaciones de los reyes y de varios miembros de la familia real fue excesivo no solo para la Real Hacienda, sino para los súbditos y vasallos. Por ello, una de las medidas que tomó Carlos II en marzo 1693 fue comenzar a recortar dichos gastos y solicitarles a las autoridades que fueran moderadas en los gastos, igualmente los súbditos. Esta observación fue una constante y se solicitó celo en el cumplimiento para evitar el despilfarro, tanto así, que además de la regulación de la pragmática de 1693, las autoridades virreinales se vieron obligados a tomar medidas para que no se especulara con los accesorios que se utilizaban tradicionalmente en los lutos y los túmulos, tales como cera, lana, seda y otros.

²⁸ Muro Orejón, Antonio. Cedulario Americano del siglo XVIII, Tomo 1, p. 673.

En el cuarto despacho que se conoce está referido a cómo debían organizar las exequias y los lutos. La reina y los gobernadores insistieron en la forma ya mencionada, le precisaron que los lutos debían ser costeados por las autoridades virreinales y todos los funcionarios tal como se estaba haciendo en los tribunales de las Cortes en España. Este despacho ya no sólo previno que los gastos debían ser solo los necesarios, sino que quienes estaban obligados asumirlos eran los funcionarios de alto cargo y que no podían tomar recursos de la caja real. Es decir, la hacienda pública no seguiría financiando ni prestando dinero para sufragar los gastos que demandaban las honras y las exequias reales, práctica que fue tradicional en los anteriores siglos y que desangraba las arcas reales. Las reformas de la monarquía borbónica incluían minimizar los gastos de funcionamiento y aumentar los impuestos.

En estos despachos no se menciona que le envían copia ni a Santa Marta ni en general a las ciudades de la Nueva Granada, sólo se indicaba al virreinato del Perú²⁹ y la Nueva España. Sin embargo, a la ciudad llegaron el 10 de febrero de 1701 como lo comunicó el gobernador interino don Diego de Peredo³⁰ al dar las respuestas de obediencia en los asuntos de lutos y túmulos. Por ello, escribió dos cartas al rey Felipe V, una fechada el 4 de mayo; la otra, el 10 de junio del año 1701. En la primera acusó recibo de los despachos y el contenido de los mismos. En la carta de mayo manifestó que recibió la información que le participó de la muerte del rey Carlos II y la recomendación que debió observar en la celebración de los lutos y túmulos, que era la preocupación de las autoridades coloniales y su estricto cumplimiento por parte de sus vasallos³¹. El segundo oficio comunicaba al gobierno interino de España que los despachos recibidos en Santa Marta en febrero se

²⁹ Explicable, porque para la fecha el territorio del Nuevo Reino de Granada pertenecía al virreinato del Perú.

³⁰ Don Diego de Peredo, capitán de una escuadra de navíos, fue nombrado transitoriamente por la Real Audiencia en reemplazo de don Francisco García de la Barcés, que había muerto el 25 de junio de 1700.

³¹ Carta del Gobernador interino de Santa Marta, Diego de Peredo, dirigida al consejo acusando el recibo de tres despachos, uno en el que se le participó la muerte del rey, otro en cuanto a la moderación de túmulos y lutos, y el tercero sobre los celos con las naciones extranjeras, Santa Marta 4 de mayo de 1701. Santa Fe 504, A.G.I: (Sevilla). ff. 1-2.

publicaron, se enviaron copias a todas las ciudades y pueblos, a los gobiernos eclesiásticos y seculares. Por supuesto, todos al unísono correspondieron asistiendo a los oficios religiosos y a los rituales que para la ocasión el gobernador y el obispo conjuntamente organizaron con los dos cabildos, quienes acudieron con sus correspondientes vestidos a las exequias, donde reflejaron la tristeza por la pérdida de tan valiosa persona y destacaron su devoción y amor³².

La sociedad samaria participó en los oficios religiosos organizados con motivo de los funerales del rey Carlos II y se decretó luto general. Los blancos peninsulares, pardos, criollos y los sectores populares asistieron a todas las funciones de iglesia y demás celebraciones. Cada uno participó de acuerdo a sus posibilidades económicas; así, los ricos y acomodados sobresalieron luciendo sus mejores prendas para el momento y ayudaron a financiar algunos gastos de sus subalternos y servidumbre.

Empero, en medio del dolor, el recogimiento y el luto que guardaban los samarios y samarias por la muerte de Carlos II, fueron suspendidos, transitoriamente, para participar de los festejos religiosos y populares al tomar posesión el nuevo rey Felipe V, hecho que se analizó en el capítulo cuarto.

5.2.2. La muerte y exequias de Luis I de Borbón

Felipe V, con muchos problemas y un poco cansado, abdicó el 10 de enero de 1724 a favor de su hijo Luis. A pesar de su retiro se comentaba en toda Europa que seguía mandando y que su hijo era un títere. El reinado de Luis I fue muy corto, sólo duró escasos ocho meses, murió de viruela en Madrid el 31 agosto de 1724. Frente a este suceso comenta el historiador Domínguez Ortiz: “Luis I, rey a los dieciséis años, no tuvo tiempo ni

³² Carta del Gobernador interino de Santa Marta, Diego de Peredo, Santa Marta, 10 de junio de 1701. AGI: (Sevilla). f. 3.

oportunidad de mostrar sus posibles dotes de gobernantes; a los ocho meses de un reinado más bien nominal pereció víctima de la viruela, la peste siglo XVIII”³³. La noticia de la muerte cayó como un balde de agua fría a los nobles samarios, cuyo número había aumentado, y a las autoridades, que aún estaban festejando el ascenso al poder del rey muerto. La muerte del rey Luis I no produjo mayor problema en la casa real, simplemente Felipe V, padre del rey fallecido, quien había abdicado en su hijo, reasumió el poder, lo que significa que fue monarca por segunda vez.

Cuando llegó la noticia ya estaban de regreso en la ciudad tanto el Gobernador como el obispo³⁴, luego de su recorrido por los pueblos de la provincia recaudando impuestos para el rey y diezmos para la iglesia. A pesar de las diferencias procedieron a reunirse el señor obispo don Antonio de Monroy y Meneses y el gobernador don Juan Beltrán de Caicedo. No fue una reunión sencilla, el conflicto que se vivía en ese momento hizo que el encuentro fuera tenso; cada autoridad quería significar su lealtad y sentimiento al rey. Después de muchas discusiones, convinieron cuándo y cómo realizar los oficios religioso: el día martes, 8 de mayo de 1725, previa construcción del túmulo³⁵.

³³ Domínguez Ortiz, Antonio. Carlos III y la España de la Ilustración. Madrid: Alianza Editorial, 2007, p. 27.

³⁴ Por Real Cédula del 19 de julio de 1741, el rey Felipe V les ordena a los arzobispos y obispos de Nueva España, el Perú y Nuevo Reino de Granada, que deben rendirle cuenta de sus visitas a las parroquias de diócesis. El informe debía constar de: “instruir los nombres, número y calidad de los pueblos de sus diócesis y de sus vecindarios, de sus naturalezas y del estado y progresos de las misiones, de las convenciones vivas, y de las nuevas reducciones, y que con toda esta individualidad y la expresión de lo demás que conduzca al pleno conocimiento de tan importante asunto, me informen siempre que den cuenta de haber hecho sus respectivas visitas, por ser conveniente al servicio de Dios y mío...” Muro Orejón, Antonio. *Cedulario Americano del siglo XVIII*, Tomo 3, 1977 p. 292.

³⁵ La descripción que hace el alférez De la Rosa es la siguiente: “era una fúnebre pirámide, colocada de cuadro en la medianía del crucero de la Iglesia matriz. Fundose sobre el cuadrángulo que formaban cuatro gradas, cuyo alto igualó al del presbiterio mayor, descendiendo por las cuatro esquinas, hasta fijarse en el enlosado, cuatro proporcionadas barandas pobladas de cornucopias, con sus luces. Del extremo alto de cada una se levantaron dos columnas, que dejaban en perspectiva ochavada aquella principal planicie, y remataban con forma piramidal en sus cornisas, acompañadas de un lúcido barandaje, que iluminado, se comunicaba a todos los cuatro cuadros, rematando cada cornisa en una cúspide piramidal, cuyo chapitel era un funesto globo, que servía de pie a una hacheta, y semejantemente todo el barandaje, por entre cuyos matizados balaustres se descubría la media naranja, que servía de remate y sitial a toda la obra. En la planicie principal se levantaron dos cuerpos en proporcional disminución; el primero cubierto de un paño negro, guarnecido de plata; y el segundo de damasco carmesí, guarnecido de oro y borlones igualmente matizados, y en la eminencia de estos cuerpos se descubría el lugar del Castra Doloris, cubierto con paño damasco morado y una almohada de lo mismo, en que estaban las reales insignias de corona y cetro al pie de un divino Crucifijo, que

Al leerse la descripción que nos brinda De la Rosa, se aprecia que en medio de las dificultades económicas que tenía la sociedad samaria, era destacable el esfuerzo que hacían los nobles peninsulares, el clero y las autoridades civiles y políticas al elaborar el túmulo y rendir un póstumo reconocimiento a un rey que escasamente gobernó ocho meses y que sus ejecutorias poco se sintieron en sus colonias y casi nada en Santa Marta. Pero a pesar de ello, la condición de súbditos de los samarios, peninsulares, pardos, negros, indios y zambos les obligaba a asistir a los oficios religiosos y expresar el dolor que sentían por la partida prematura del rey Luís I, amo y señor de todos estos territorios.

De la Rosa nos informó quiénes asistieron a las exequias y en qué lugar estaban sentados, situación de mucha importancia a la hora de asistir a los eventos de la monarquía y que expresaba el poder de las diferentes autoridades coloniales en la ciudad. En cada uno de los ángulos de la pirámide estuvieron cuatro mitrados, tres de ellos samarios: don Julián Jiménez, que se desempeñaba como arcediano; el chantre era don Simón Labañinos y el tesorero era el doctor Feliciano de Mañas; en el cuarto ángulo estaba sentado el provisor, maestro Francisco Dueñas. Todos estaban con sus capas para la ocasión, mangas bordadas y “caudas sueltas”. La única iglesia que existía en la ciudad era la catedral construida frente al mar y toda ella estaba cubierta con paños y luces organizadas de tal manera que le dieron al cuerpo principal de la iglesia un toque ceremonial digno del ritual religioso “y del mismo modo las ofrendas al pie de la cruz parroquial, todo con la posible seriedad y ostentación”³⁶. El texto está entrecomillas en el libro de De la Rosa, mas no informa la fuente, defecto de toda la obra, pero debe ser el informe del gobernador o del obispo; de todas maneras es una fuente de primera mano.

era el alma de todo aquel vacío, descubriéndose por todos los del real túmulo el altar mayor, adornado de paramentos negros, e iluminado a proporción, sin que se incluyese el número de luces en las quinientas que iluminaban toda la pirámide...”, De la Rosa, José Nicolás. Floresta de la santa iglesia catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta. p. 158.

³⁶De la Rosa. Op. Cit., p. 158.

Siguiendo a De la Rosa, se deduce que el 7 de mayo de 1725 se celebraron las vísperas de las exequias. El día 8, por la tarde, concurrieron todos los sacerdotes, liderados por el señor obispo, el cabildo eclesiástico y los principales vecinos, los blancos peninsulares y el cabildo de justicia, todos vestidos con sus mejores trajes de luto, debido a la pérdida temprana y de repente del joven rey Luis I de Borbón. Llegados todos a la catedral, se inició la cantada vigilia, celebró el prelado la misa *in die obitus*, inmediatamente se rezaron cuatro responsos, uno en cada ángulo del túmulo, terminado con la oración *Absolve quaesumus*. Al finalizar la función, los asistentes tomaron asiento de acuerdo a la posición económica y el pago que se hacía por estar sentado en la nave lateral izquierda o en la nave lateral derecha, los principales tenían sus asientos definidos en el centro de la catedral. En seguida el reverendo padre predicador general fray Sebastián Antonio Pérez Píntelos, guardián de ese seráfico convento, fue quien pronunció un brillante sermón y una oración fúnebre por la muerte prematura del joven rey. Acto seguido se pasaron los pésames de uno a otro entre los capitulares y principales vecinos, “con modesto sentimiento fueron acompañando hasta sus palacios al prelado y al capitán general, continuándose en todos los funestos trajes hasta el destinado tiempo”³⁷. Desde las vísperas hasta el miércoles 9 de mayo, todas las noches se escucharon los sonidos tristes de las campanas.

Fueron días de recogimiento y dolor para los súbditos del rey Luis I, sobre todo para las autoridades y “principales vecinos”, aristócratas, porque parece ser que la participación de los sectores populares era menor en los oficios religiosos, cosa diferente en las proclamaciones y levantamientos del pendón real. Tal vez la vestimenta apropiada no la tenían todos y sólo algunos podían disponer de los recursos necesarios para adquirir los vestidos negros de paño para los hombres y seda u otra tela para el vestido de las damas de alcurnia. Eran mercancías importadas de contrabando que se compraban públicamente en las tiendas de la ciudad, en el mismo puerto o en las playas donde arribaban los barcos de los contrabandistas. Darse el abrazo como símbolo de pésame y dolor sigue siendo una

³⁷ *Ibíd.*, p. 158-159.

tradición aún vigente en la sociedad. Luego, la sociedad samaria, sobre todo los “principales vecinos”, entró en luto total por un tiempo.

Tanto el señor obispo fray Antonio de Monroy como el gobernador don Juan Beltrán de Caicedo le enviaron sendas comunicaciones al rey Felipe V, expresándole el sentimiento y agobio que le causó la muerte del rey Luis I, a la feligresía y a la comunidad en general. En el oficio enviado por el obispo el 13 de marzo de 1725, señaló que la feligresía experimentó agobio e hizo que por tan funesta falta del rey se perpetúe un profundo sentimiento de nostalgia entre los súbditos de la Corona. Estaban tan “lastimados y afligidos que no hallaron razón de consuelo que proponer a las muchas que tiene para sentir esta pérdida”³⁸. En la misma misiva el obispo le suplicó a Dios que mantuviera al rey Felipe V, que lo guardara para la “conservación de esta monarquía y de la Universal Iglesia”³⁹. De tal manera el obispo expresó el dolor que sintió él y sus feligreses samarios por la pronta desaparición del rey Luis I.

Por su parte, el gobernador don Juan Beltrán de Caicedo, el 14 de junio de ese mismo 1725, escribió al monarca de los españoles diciéndole que los vasallos samarios estaban en pleno júbilo por la exaltación del rey Luis I, pero que hicieron un paréntesis para expresar su devoción en las exequias manifestando la nostalgia que había causado tan lamentable noticia. Por la fidelidad y el amor que se le tributaba acompañaban con solemnidad y respeto a la representación de su sepulcro y túmulo, al tiempo que se levantaron ruegos por Su Majestad bendecida y con la misma benevolencia se hincaron a servirle y amarle de quien ya conocía sus heroicas virtudes⁴⁰.

Sin duda que estas comunicaciones expresaron el dolor que afectó a los súbditos y vasallos de Su Majestad, a pesar de la distancia, tal vez ninguno lo conocía, pero su muerte los

³⁸ Carta del obispo de Santa Marta Fray Antonio de Monroy, Santa Marta, 13 de marzo de 1725. Indiferente 524, AGI: (Sevilla). Sin foliar. Esta carta se recibió en Madrid el 3 de diciembre de 1725.

³⁹ *Ibíd.*

⁴⁰ Carta del Gobernador de Santa Marta don Juan Beltrán de Caicedo a Su Majestad, Santa Marta, 14 de junio de 1725. Indiferente 524, AGI: (Sevilla). Sin foliar. Esta carta se recibió en Madrid el 15 de diciembre de 1725.

entristecía. La muerte del rey era la muerte del padre, aquel encarnaba la cabeza visible del Gobierno, del poder, como tal tenía la obligación de proteger a sus súbditos. Por eso estos lloraban y sufrían su muerte, el duelo y el dolor era colectivo. Por eso la carta del gobernador terminaba rogando al señor Todopoderoso que conservara el rey con la lealtad de sus vasallos porque la cristiandad lo necesitaba para bien del imperio y de la fe católica.

Es verdad que la muerte prematura de Luis I, segundo Borbón en el trono, golpeó a los vasallos samarios, como se aprecia en lo descrito por el alférez José Nicolás de la Rosa y las comunicaciones enviadas por las autoridades civiles y eclesiásticas, encabezadas por De Caicedo y De Monroy, respectivamente, que por estos años mantuvieron una disputa por el control de la vida social, política y religiosa de los samarios.

5.2.3. La muerte y exequias de Felipe V

Felipe V reasumió su poder al morir su hijo el rey Luis I de Borbón en 1724 y falleció el 9 de julio de 1746. Muy posiblemente su estado de salud no era el mejor desde hacía muchos años, y tal vez el mayor problema que padecía era el mental. Frente a esa deficiencia Lynch considera: “La situación mental de Felipe V empeoró con el paso del tiempo, pero su peculiar comportamiento personal ya había asombrado a sus súbditos. Devorado por dos grandes pasiones, el sexo y la religión, pasaba las noches, y gran parte de los días, en tránsito constante entre su esposa y su confesor, desgarrado por el deseo y la culpa, componiendo una figura cómica fácil presa del chantaje conyugal”⁴¹.

No es este el lugar para escribir sobre el rey que inauguró la dinastía borbónica española, pero a pesar de las reformas que se iniciaron bajo este reinado, el monarca padeció de una enfermedad incurable: locura. Murió a los 62 años, había nacido en el palacio de Versalles el 19 de diciembre de 1683 y falleció en el palacio del Buen Retiro en Madrid el 9 de julio

⁴¹ Lynch, John. La España del siglo XVIII. Barcelona: Crítica, 2010. p.64.

de 1746. Según Domínguez Ortiz, quien debía suceder a Luis I era su hermano Fernando VI, sin embargo, Isabel Farnesio convenció a su marido para que olvidara “su solemne abdicación y empuñar de nuevo las riendas del gobierno, más resueltamente que nunca a instalar en Italia a su querido Carlos”⁴², fue impuesto contra su voluntad por su esposa, a Fernando le tocó esperar hasta la muerte de su padre Felipe V.

A pocos días de la muerte de Felipe V, el 31 de julio se les comunicó del hecho a todas las autoridades virreinales, comenzando por el concejo, justicia y regimiento, virreyes, presidentes, gobernadores, arzobispos, obispos y otras. Siguiendo la tradición les recordaron, que en lo referente a lutos y demás oficios religiosos, fueran realizados según la Real Cédula de 22 de marzo de 1693 y su pragmática. Al asumir el nuevo rey, Fernando VI, además de recordar el cumplimiento de la anterior real cédula citada, consideró que era oportuno y necesario expresar su amor, celo y fidelidad como sus vasallos, los peninsulares, pero también lo son los “naturales de estas provincias”. Su Majestad exigió finesa, decencia, puntualidad en los actos y que “se moderen en todo lo posible” para su beneplácito⁴³.

La normatividad establecida debe cumplirse, además informarse, tal como sucedan los hechos. Otro despacho les exigió a las autoridades civiles, entre otros, a las reales audiencias del Nuevo Reino de Granada y la Ciudad de los Reyes de Lima, a los virreyes del Nuevo Reino de Granada y del Perú, y los gobernadores de todas las ciudades de estos virreinos, entre ellas, Santa Marta, que expidieran órdenes convenientes para que se vigilara el cumplimiento. Sobre todo a los contadores, ministros y dependientes de la gobernación, ciudades, villas y poblaciones donde debía cumplirse, y que no se podía utilizar una cantidad superior a la necesaria, ni pagar a los oficiales reales, ni al tesorero, ni al mayordomo dinero alguno de la Real Hacienda⁴⁴. En conclusión, el rey fue celoso en el

⁴² Domínguez Ortiz, Antonio. Carlos III y la España de la Ilustración. p. 27.

⁴³ AGI: (Sevilla). Indiferente, 447, L.47, f. 139v-140v.

⁴⁴ Real Cédula al virrey del Perú, ordenándole lo que se ha de observar en cuanto a moderación de lutos y tómulos por la muerte del rey Felipe V, padre de su Majestad. Idem, al gobernador de Santa Marta, Buen

cumplimiento de sus órdenes, estricto para que los dineros de la Real Hacienda no se utilizaran para tal efecto; en otras palabras, los gastos que demandaban las honras fúnebres, el luto y los túmulos tenían que ser sufragados por los funcionarios y por los vasallos, decisión tomada en el reinado de Carlos II⁴⁵.

Similar cédula real se expidió para los señores arzobispos de ciudades como La Plata, en la provincia de Charcas, Santa Fe y “al obispo de la iglesia de la ciudad y Provincia de Santa Marta”. Fernando VI les informó de la muerte de Felipe V y les solicitó de manera exclusiva que pregonaran todas las órdenes que fueron expedidas para el buen cumplimiento de las celebraciones de las exequias en las iglesias y demás diócesis. Debían divulgar todo lo concerniente a los lutos, los túmulos y demás actos que se acostumbraban con el advenimiento del virrey y audiencias de estas provincias. Cada acto ofrecido debía darse con la solemnidad convenida⁴⁶.

Las autoridades estaban informadas, a cada una por separado les habían remitido la cédula real correspondiente. A cada una le asignaron las funciones que debían cumplir para que la ceremonia y todos los preparativos previos se coordinaran y nada fallara. Por ello las autoridades, sobre todo el gobernador y el obispo, debían definir el día y la hora, así como el túmulo y otros aspectos atinentes al ritual cristiano. Los samarios inmediatamente

retiro, 31 de julio 1746. AGI: (Sevilla). Indiferente, 447, L. 47, F. 129v-131r. En uno de sus apartes dice: “El día de 9 del presente mes (julio) a las dos de la tarde fue Dios servido de llevarse para sí el alma de mi amado padre y señor don Felipe V (que en santa gloria haya) cuyo funesto caso he resuelto participaros por mi Real decreto del mismo día, con todo el dolor que corresponde a la ternura de mi natural sentimiento tan lleno de motivos de quebranto por todas las circunstancias que en él han concurrido, ...” Cf. Muro Orejón, Antonio. *Cedulario Americano del siglo XVIII*, Tomo 1, Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1956, p. 353.

⁴⁵ La Real Cédula establece “que os encarga la posible moderación en los gastos de tumulares y lutos, por la muerte de mi muy amado Padre y señor Don Felipe V que tanta gloria haya, y habiendo resuelto, que los costos de los lutos pusieron los Ministros de las audiencias, presidentes de Cabildo de todas las ciudades, villas y lugares, contadores oficiales reales y demás Ministros y dependencias sean por ahora dé cuenta de cada individuo en consecuencia de lo practicado en estos reinos... y cumplan esta mi deliberación de forma que no se pueda librar cantidad alguna por esta razón, ni pagarla a oficiales reales ni a otro algún tesorero receptor, o mayordomo de caudales de Real Hacienda pena de cámara efectos extraordinarios propios, ni otros efectos ni discurrir medio o arbitrio, para su satisfacción” AGI: (Sevilla). Indiferente 447, L.47, ff. 131r-132v.

⁴⁶ AGI: (Sevilla). Indiferente 447, L. 47, ff. 138r-138v.

organizaron la ceremonia, a pesar de las diferencias entre el gobernador y el obispo. La vecindad asistió masivamente, las autoridades y los sectores hegemónicos de la ciudad participaron activamente en los preparativos y ayudaron con sus propios recursos a financiar los actos programados.

Sin embargo, todavía en 1748 no habían llegado los informes sobre la forma como se realizaron las exequias y como se celebró la aclamación del nuevo rey Fernando VI. En la reconstrucción que inició el nuevo gobernador don Antonio de Alcalá Galiano, el chantre de la iglesia catedral escribió una carta transcribiendo la oración fúnebre de ese día y al final comentó: “Y como he tenido cierta noticia que la embarcación, que conducía aquellas cartas se ha perdido lo reitero por esta...”⁴⁷. Otra de las razones pudo ser el desorden administrativo y político que existía en la ciudad, las autoridades no habían informado a la Corona de la realización de las honras fúnebres. Para los años de la muerte de Felipe V, los destinos de la provincia estaban en manos del gobernador Juan Aristegui y Avilés, aunque en 1741 había sido nombrado don Antonio de Alcalá Galiano, quien tuvo que esperar a que a Aristegui se le venciera el período para luego ser nuevamente nombrado en 1745 y posesionarse el 29 de febrero de 1748. Por su parte, la autoridad eclesiástica estaba en cabeza del obispo don Juan Nieto Polo del Águila, samario que llegó de Popayán, donde se desempeñaba como chantre.

Es por esta razón que la Corona ofició al gobernador para que le informara los hechos el 22 de marzo de 1747, pero nadie respondió. Sólo el cuatro de diciembre de 1748, ya en el poder don Antonio de Alcalá Galiano, este le dirigió un oficio al marqués de la Ensenada, sobre las exequias del rey Felipe V y la proclamación de Fernando VI. En este documento se anexó los testimonios que recogió de las autoridades y protagonistas de los mismos acontecimientos. En el encabezado del oficio remisorio de los testimonios se deduce que es un duplicado del original que se había enviado a la ciudad en marzo de 1747. El

⁴⁷ Carta de Francisco Muñoz Castellano a su Majestad, con referencia a las exequias del rey Felipe V y proclamación de Fernando VI, con testimonio de la oración fúnebre que dijo. Santa Marta, 3 de enero de 1749, Santa Fe, 1200. AGI: (Sevilla). f. 2.

gobernador, salvando su responsabilidad, le indicó al rey que era la respuesta a la misiva del monarca del 22 de marzo de 1747⁴⁸. De tal manera que el gobernador, además de cumplir otras reales cédulas, debió recoger los testimonios de los oficios religiosos celebrados en Santa Marta por la muerte de Felipe V y el ascenso al trono de Fernando VI. Para tal fin, solicitó información a las autoridades provinciales y asistió a algunas reuniones donde se reconstruyeron los hechos.

Son varios los testimonios y actas que fueron remitidas a Su Majestad de lo ejecutado por el Cabildo Justicia y Regimiento. Como era la costumbre, las autoridades se habían reunido para acordar todos los aspectos organizativos de los oficios religiosos. El 29 de noviembre de 1746 se congregaron en la casa de Gobierno los señores del Cabildo de Justicia y Regimiento de la ciudad; don Juan de Aristegui y Ávila, capitán de fragata de la Real Armada, gobernador de la ciudad y la provincia; el alférez de infantería don José Nicolás de la Rosa; el teniente de la ciudad; don Pedro Melchor de la Guerra y Vega, alcalde ordinario; don José Fernández de Castro y Bermúdez y don José de Zúñiga y Penagos, regidores anuales, y don José Javier de Pazos, procurador general. Leyeron las dos reales cédulas, una que notificaba de la muerte de Felipe V y la otra comunicaba el ascenso al poder de Fernando VI.

El acta informó que se agarraron de las manos del señor gobernador, les colocó sobre la cabeza de los asistentes las cartas reales, en símbolo de obediencia con el compromiso de cumplir los mandatos. Se acordó que las exequias se realizarían en la catedral vieja con la asistencia y participación del clero completo, dirigido por el prelado, el obispo estaba fuera de la ciudad, visitando las parroquias de su diócesis. Por ello, en la reunión se aprobó que el provisor y arcediano don Francisco Antonio de Olalla y Morejan determinara la fecha y hora de las exequias reales, para llevar el mensaje y coordinar lo pertinente. Fueron

⁴⁸ Carta de Antonio de Alcalá Galeano al Márquez de la Ensenada sobre las exequias del rey Felipe V y la proclamación de Fernando VI, Santa Marta, 4 de diciembre de 1748, Indiferente 447. AGI: (Sevilla). Leg. 47.

encargados para comunicarle los señores el alférez real, don José Nicolás de la Rosa y el regidor más antiguo don José Fernández de Castro y Bermúdez⁴⁹.

Tres días después se reunieron nuevamente con el objetivo de determinar el día de las exequias, esta vez estaba acompañados por el señor provisor y vicario general de esta ciudad y obispado, don Francisco Antonio de Olalla y Morejan, quien tenía las mismas reales cédulas, y le solicitaban que se reuniera con el gobernador. Así sucedió, acordaron que el lunes 19 de diciembre era el día apropiado para las honras fúnebres y que el sermón correría por cuenta del cabildo⁵⁰. La responsabilidad de organizar toda la función, quedó al cuidado de los señores regidores don José Fernández de Castro y Bermúdez y don José Zúñiga y Penagos.

La reconstrucción de los hechos del 19 de diciembre de 1746 la hizo don Francisco Muñoz Castellanos, chantre de la iglesia catedral y encargado de la oración ese día. En una carta dirigida a Francisco VI, fechada el 3 de marzo de 1749, dio cuenta del funeral, el túmulo y la oración. El mismo gobernador don Antonio de Alcalá Galiano se reunió con las autoridades, aclaró que tanto las exequias como la proclamación fueron realizadas. En una de esas reuniones, el procurador general don Bartolomé León Garavito explicó que se había oficiado una misa financiada por el gobernador de la provincia. En la reconstrucción de los hechos se le explicó al gobernador De Alcalá que se dieron varias reuniones y el procurador le informó lo que sucedió desde el 29 de noviembre de 1746, cuando se dio la primera reunión del cabildo, hasta la última, el 22 de diciembre, dando alcance de esta manera a la solicitud del gobernador. En esta última reunión, se aprobaron los gastos y la relación de ellos, que invirtieron en la elaboración del túmulo.

⁴⁹ Carta de Antonio de Alcalá Galeano al Márquez de la Ensenada sobre las exequias del rey Felipe V y la proclamación de Fernando VI, Santa Marta, 4 de diciembre de 1748, Indiferente 447. AGI: (Sevilla). Leg. 47, ff.124v-126r.

⁵⁰ Carta de Antonio de Alcalá Galeano al Márquez de la Ensenada sobre las exequias del rey Felipe V y la proclamación de Fernando VI, Santa Marta, 4 de diciembre de 1748, Indiferente 447. AGI: (Sevilla). Leg. 47, ff.124v-126r.

Todos coincidieron en las informaciones. Fue importante ver la explicación de los asistentes a la reunión del 28 de septiembre de 1748, cuando fueron convocados por el gobernador De Alcalá. En ella fueron claros los implicados en señalar que habían cumplido fielmente con las órdenes recibidas desde España y que todo se había realizado con el amor que le profesaban sus súbditos samarios al rey Felipe V y que diligentemente había solicitado el señor gobernador del momento, don Juan de Aristegui y Avilés, organizar los actos que contó con la participación de los cabildos y de la vecindad en general. Para esta década la población se había triplicado, por lo menos contaba con más de 150 habitantes. Muchos de ellos eran soldados que sólo recibían la mitad de su salario, el resto eran peninsulares blancos, pardos, esclavos y gente común, libres. Esa reunión fue aprovechada por los asistentes para expresar su inconformidad porque las noticias no hubiesen llegado a Su Majestad. De tal manera que cada autoridad o grupo de ellas, el cabildo sobre todo, dio las explicaciones del caso. Lo cierto fue que los testimonios mostraban que en la ciudad se realizaron las exequias.

Los documentos claves para comprobar la realización de la función de las exequias fueron: la relación de gastos y la oración fúnebre. La relación de gastos fue presentada y aprobada el 22 de diciembre de 1746, en la cuarta reunión del Cabildo. Recuérdese que los encargados para la organización de las exequias fueron: don José Fernández de Castro y Bermúdez y don José de Zúñiga y Penagos. El monto ascendió a 108 pesos y un real que habían salido de la renta de la ciudad y que se fueron cancelando en la medida que iban llegando a las arcas samarias. Lo primero que hicieron los que elaboraron el túmulo fue comprar doce haces de carrizos a dos reales cada uno y cinco octavos de caña a un real por cada una; luego, adquirieron un hilo de carreto y de carta por catorce reales; compraron veinte reales de papel blanco; cinco onzas de alumbre por diez reales; por siete pesos y cuatro reales, se adquirieron cuarenta libras de atona para el engrudo, el almidón; cien tachuelas costaron un peso; para la construcción se necesitaron doce cabillas, que costaron un peso y cuatro reales; a los maestros artesanos que construyeron el túmulo se les pagó por su trabajo dieciséis pesos, y a los peones que armaron y desarmaron, se les cancelaron siete pesos y cuatro reales.

Ahora bien, por otro lado estaban los gastos ocasionados para el día de las exequias: diez reales en velas de sebo; con doce pesos y cuatro reales se pagaron a los que labraron un quintal de cera, porque en la ciudad no había cera, por lo que por cada libra que se gastara se debió pagar doce reales. Un gasto bien significativo fue la importación de 34 libras y media de cera para la víspera y el día 19, día de las honras, por un valor de 51 pesos y seis reales.

En la reunión donde se aprobaron los gastos, los asistentes que firmaron expresaron que las sumas de las cuentas se encontraban registradas correctamente por un total de 108 pesos y un real, y en la forma que estaban relacionados, correspondían a los gastos que se sobrevinieron para estos rituales fúnebres, los cuales se encontraban bajo juramento ante Dios y que se presentó ante los cabildos de justicia⁵¹.

El documento en mención estaba en el libro de acta del cabildo, firmado por los dos personajes nombrados para tal fin, con fecha de 22 de diciembre de 1746, cuando se realizó la cuarta reunión del cabildo y donde se aprobaron los gastos. Se distingue en la relación de gastos los valores de los productos utilizados y el costo del trabajo de los artesanos que elaboraron el túmulo. Este documento escrito fue una de las pruebas fehacientes de las autoridades samarias para demostrarle al gobernador De Alcalá, que sí se realizaron los oficios religiosos por la muerte del rey Felipe V, según lo solicitado por la Corona española y lo aprobado en la primera reunión del cabildo (29 de noviembre de 1746).

⁵¹ Carta de Antonio de Alcalá Galeano al Márquez de la Ensenada sobre las exequias del rey Felipe V y la proclamación de Fernando VI, Santa Marta, 4 de diciembre de 1748, Indiferente 447. AGI: (Sevilla). Leg. 47.

maridaje del clero con el rey fue una constante a lo largo de la Colonia y su lastre llegó intacto a la vida republicana, hasta nuestros días.

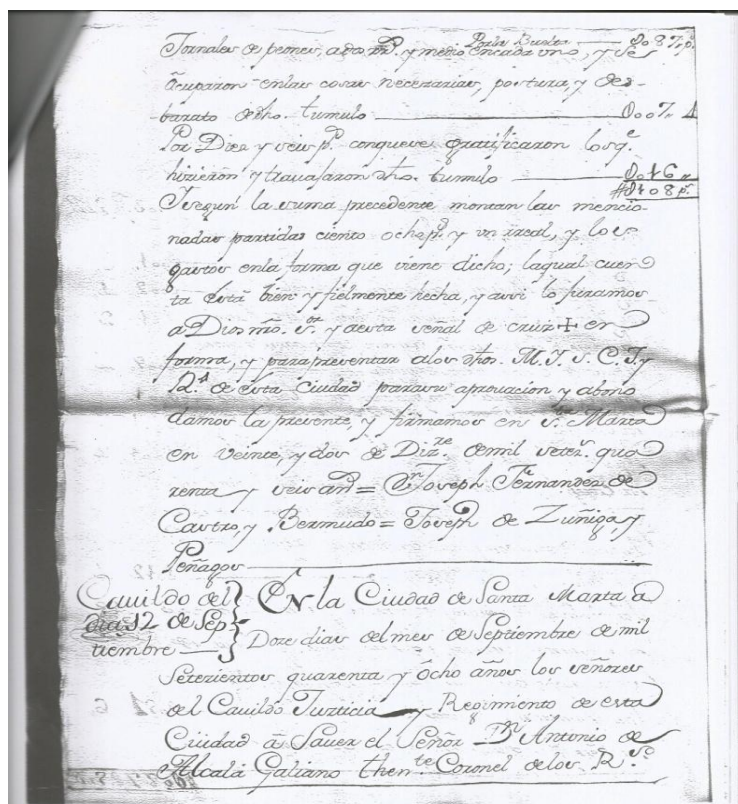


Figura 24. Presupuesto de gastos de la elaboración del túmulo por Felipe V, 1746.

Fuente: AGI. Indiferente 447, Leg. 47, ff. 124v-126r. Carta de Antonio de Alcalá Galiano al marqués de la Ensenada sobre las exequias del rey Felipe V y la proclamación de Fernando VI. Santa Marta, 4 de diciembre de 1748.

La relación de gastos del túmulo, de la cera y otros estipendios cancelados para las exequias (figuras 23 y 24) y la copia del discurso (figura 25) pronunciado por el chantre fueron dos documentos escritos, más que suficientes testimonios de las exequias fúnebres que organizaron las autoridades eclesiásticas y civiles de la ciudad y provincia de Santa Marta en obediencia a las reales cédulas de 1746. Al remitir todos estos documentos a las Cortes, el gobernador De Alcalá cumplió lo solicitado y las autoridades saldaban una deuda

importante para la Corona, saber si se habían realizado las exequias por motivo de la muerte de Felipe V.

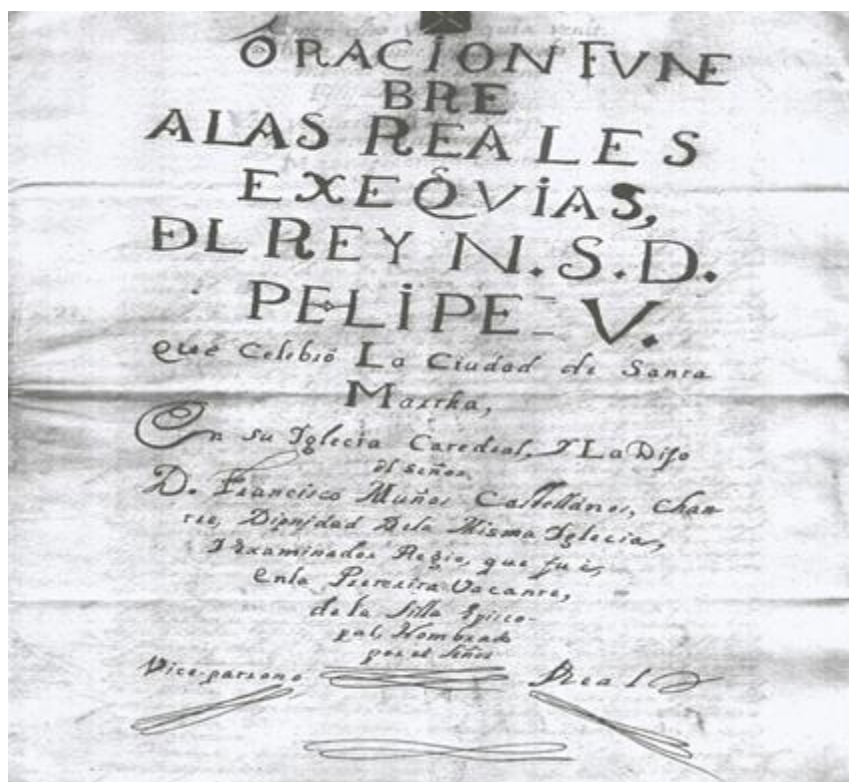


Figura 25. Oración fúnebre a las reales exequias al rey Felipe V, en Santa Marta en 1746.

Fuente: AGI. Santa Fe 1200, f. 9.

5.2.4. Exequias por la muerte del rey Fernando VI

Los rituales católicos celebrados en el marco de la muerte de los reyes de España fueron una constante en todas las colonias españolas, como se aprecia en el listado de las copias que se señalaba en cada real cédula. En ese listado aparecía siempre Santa Marta, aunque a veces no, pero llegaban en forma directa.

Fernando VI nació en Madrid el 23 de septiembre de 1713 y murió en Villaviciosa de Odón, el 10 de agosto de 1759. Reinó entre 1746 y 1759, periodo que John Lynch define como de “transición”, considerando que Fernando VI “como los demás Borbones españoles del siglo XVIII era indolente, lleno de buenas intenciones pero decidido a que otros las realizaran. La nueva coyuntura de paz, reforma y buena fortuna puso a su disposición sumas de dinero con las que ningún otro monarca había podido contar hasta entonces. Una parte de ese dinero la dedicó a satisfacer una serie de necesidades, otra a financiar las diversiones reales...”⁵², además fue muy caritativo con el pueblo español, un ejemplo de ello fue cuando en 1750 suprimió los impuestos a los andaluces por el intenso verano, por los padecimientos de la fuerte sequía. Fue un reinado corto comparado con el de su padre, quien reinó durante casi 46 años sumando los dos periodos; Fernando VI sólo alcanzó 13 años de gobierno.

A la muerte del rey Fernando VI, la cédula real que llegó a los despachos de las capitales de las provincias y de los virreinos hizo la observación de la necesidad de moderar los gastos que se causaban durante las exequias y las honras fúnebres. El entrante rey Carlos III exigió que no se sufragaran gastos a los oficiales de Su Majestad y que por el contrario fueran lo más cautos posibles a la hora de los consumos. Se insistió en la cédula real que se esperaba de sus vasallos y súbditos demostraciones de pena y dolor, y así sucedió.

En octubre de 1760, se celebraron en el templo de San Francisco, que fungía de catedral, y en todas las parroquias las honras fúnebres y exequias del rey Fernando VI⁵³. Las autoridades civiles, eclesiásticas y militares samarias recibieron con profunda tristeza la cédula real del cinco de septiembre de 1759, que publicaba el sensible fallecimiento de su majestad Fernando VI. El obispo, el ilustrísimo señor Nicolás Gil Martínez Malo, le informó al rey Carlos III, en carta fechada el nueve de octubre de 1760, que en la capital de la provincia, en su catedral, se realizaron las honras fúnebres y exequias en honor a

⁵² Lynch, Op. Cit. 2010, p. 142.

⁵³ Restrepo Tirado. Historia... Tomo II. Op. Cit., p. 188.

Fernando VI, a su “gloriosa memoria”. Notificó el prelado que dada la situación económica de la ciudad todo se “ejecutó, según la posibilidad de estos países”⁵⁴. Por añadidura, el obispo le comunicó al rey Carlos III que “mandé que en esta mi Catedral y en todas sus sufragáneas parroquiales, se hicieran las honras y exequias, debidas a Su Majestad, como así se ejecutó”⁵⁵. Relató el inmenso dolor que sintió la población por la muerte de su padre el rey Fernando VI. La mejor expresión del dolor se apreció en la población samaria, ya que todos los miembros de las elites peninsulares, de los gremios, las autoridades civiles y eclesiásticas convocaron a guardar riguroso luto por la muerte de Su Majestad, que en “Santa Gloria haya”.

Muy posiblemente el señor obispo, el gobernador y toda la feligresía samaria estuvieron sumidos en la tristeza de no tener una catedral digna para la ciudad. Los oficios religiosos y demás funciones eclesiásticas se celebraban en la iglesia y convento de San Francisco con muchas incomodidades. Pero de todos modos, el oficio que informó de la realización de las exequias en la provincia y su capital fue una muestra de la obediencia a las órdenes dadas por la monarquía borbónica.

5.2.5. Exequias por el último Borbón en el siglo XVIII: Carlos III

La corta población de 3598 personas, la mayoría de ellas libres de todos los colores, recibió la noticia de la muerte del último de los Borbón en el siglo XVIII: Carlos III. Nació el 20 de enero de 1716 en Madrid y falleció en esa misma ciudad el 14 de diciembre de 1788. A la edad de 72 años, había asumido el trono el 10 de agosto de 1759 y reinó hasta su muerte. Por su olfato político se le llamó el Político o el Mejor Alcalde de Madrid. Le gustaba cazar, lo que hacía todos los días exceptuando la Semana Santa. Se diferenció de otros monarcas Borbones porque asumió el poder ya entrado en edad adulta (53 años). Cuando

⁵⁴ AGI: (Sevilla). Leg. Santa Fe: 1185, Documento: Obispo de Santa Marta, 1760, f. 2.

⁵⁵ *Ibíd.*

asumió el trono contaba con una amplia experiencia en la administración de gobierno, había desempeñado cargos como el de duque de Parma y rey de Nápoles, donde aprendió a desenvolverse como un gobernante reformista y con criterio. A pesar de su edad aún conservaba mucha vigorosidad para gobernar⁵⁶. Sobre Carlos III se ha escrito mucho, ha sido considerado como un rey ilustrado. Como dice el historiador Domínguez Ortiz, su función fue direccionar procesos que ya se encontraban en considerable avance, como los conseguidos en la política social, liberación de tensiones y apoyo a los menos favorecidos. Aunque esto sirvió para minimizar algún impacto negativo que se tuvieran en estas tierras, no fue suficiente en tanto que el tema de abolición de jerarquías estamentales y estatutos de limpieza de sangre no se dio. Cuando su reinado acabó aún se conocían mestas, gremios e instituciones ya débiles⁵⁷. Sin duda, la caracterización realizada del gobierno de Carlos III hecha por el historiador español, sintetiza el pensamiento de varios historiadores y españoles en general.

Diez días después de su muerte, el 24 de diciembre del mismo año, se les envió a las autoridades samarias la cédula real que comunicaba el sensible fallecimiento del rey Carlos III⁵⁸. Como siempre, su sucesor, su hijo Carlos IV, orientó las normas que aplicaron al pie de la letra el gobernador don José de Astigarraga y el cuerpo eclesiástico. El obispo había

⁵⁶ Lynch, Op. Cit. 2010, p. 222.

⁵⁷ Domínguez Ortiz, Antonio. Carlos III y la España de la Ilustración. Madrid: Alianza, 2007. p. 362.

⁵⁸ La Real Cédula de ese 24 de diciembre, donde se comunicaba la noticia de la muerte del rey Carlos III y el ascenso al trono del hijo Carlos IV, dice: “El Rey. Consejo, justicia y regimiento, caballeros, escuderos, oficiales y señores principales de Santafé. El día catorce del presente mes, a la una menos cuarto de la mañana, fue Dios servido de llevarse para sí el alma de mi amado padre y señor don Carlos III (que Dios tenga en su gloria). Y por mi Real decreto del mismo día he resuelto participároslo con todo el dolor que corresponde a la ternura de mi natural sentimiento, tan lleno de motivos de quebrantos por todas circunstancias, y habiendo recaído por esta causa en mi real persona, todos los reinos, estados y señoríos pertenecientes a la corona de España en que se incluyen los de las Indias, y hallándome en posesión, propiedad y gobierno de ellos, he resuelto (como os lo mando) que luego que recibáis esta mi cédula real, y celebréis las exequias de mi padre y luego alcéis pendones en mi real nombre con el de Carlos IV y hagáis las demás solemnidades y demostraciones que en semejantes casos se acostumbra acreditando el amor y lealtad que siempre habéis manifestado al real servicio de los señores reyes, mis predecesores, lo cual espero continuéis en adelante teniendo”. Citado por Verónica Salazar Baena, Fastos monárquicos en el Nuevo Reino de Granada. La imagen del rey y los intereses locales. Siglos XVII-XVIII. Tesis de Grado. Universidad de Barcelona, Barcelona: 2013, p. 119. Archivo Central del Cauca, Cabillo, 1789-10. Tomo 35, ff. 11v, 47-50. Popayán.

muerto días antes el 19 de septiembre de 1788, el doctor Juan Francisco Navarro y Acevedo⁵⁹. De todas maneras, el gobernador José de Astigarraga estuvo al frente de los oficios y de su organización. Por ello, el 5 de marzo de 1789 envió dos comunicaciones al señor don Antonio Porlier, consejero de Estado del Gobierno del rey Carlos III, que confirmaron que había recibido las comunicaciones sobre la muerte del monarca, para que la noticia se conociera en todos los cabildos y cuerpos de la provincia. Que con solemnidad y fervor se acompañara en tal padecimiento, y se reconociera bajo el amparo y guía de la divinidad al nuevo rey⁶⁰.

En la otra carta le informó que atendería las órdenes sobre los lutos que debían guardar los Ministros y ser financiados por ellos mismos, que “a cuya soberana disposición daré puntual cumplimiento”⁶¹. Los actos que se convocaron para marzo 24 de 1789 iniciaron a la hora programada. Las funciones del funeral se realizaron observando la mayor economía en los gastos, los lutos se guardaron rigurosamente, todos lucieron elegantemente, sin vanidad y sin ostentación como lo solicitaba el rey Carlos IV. Los peninsulares blancos y los funcionarios compraron con su dinero los vestidos y pagaron los gastos que demandaron las exequias, igualmente los gastos por concepto de los oficios religiosos pertinentes.

Se rezó mucho por el alma del rey fallecido para que Dios lo tuviera en su “Santa Gloria”. Testigo de los funerales fue la iglesia de San Francisco, que cumplía el papel de catedral. Después que se acomodaron las autoridades, los blancos adelante y seguidamente los mandos medios, los gremios y atrás la plebe que asistió. En el altar mayor se realizaron las “solemnes exequias con salvas de artillería y de las milicias veteranas, y con presencia de cabildo”⁶² por la muerte de Carlos III. Por su parte el cabildo de la ciudad comunicó al rey

⁵⁹ Su reemplazo fue don Anselmo José de Fraga y Márquez, nombrado para ese cargo llegó a la ciudad el 26 de octubre de 1790.

⁶⁰ AGI: (Sevilla). Tira: 21. Leg. Indiferente 1608, Documento Santa Marta, 1789, f. 2.

⁶¹ AGI: (Sevilla). Tira: 22. Leg. Indiferente 1608, Documento Santa Marta, 1789, f. 2.

⁶² Restrepo, Op. Cit. Tomo 2, 1953, p. 267.

Carlos IV que recibió la “triste noticia del fallecimiento de nuestro amado rey...” y en obedecimiento a la misma procedió a celebrar las honras fúnebres⁶³.

En la relación de las exequias de Carlos III en Santa Marta, se informó por parte del gobernador que tanto niños como enfermos, hombres y mujeres se entregaron a oraciones, ruegos, llantos y todo despojo de sus emociones por tan difícil pérdida, todos ellos llegados de los diferentes sitios de estas tierras⁶⁴. De tal manera que la sociedad colonial samaria se volcó a orar, rezar y guardar lutos por la desaparición del rey Carlos III; pero también llegaron de las poblaciones vecinas, que en su mayoría eran los nativos mamatocos, gairas, masingas, tagangas, bondas y hacendados de poblaciones en el interior de la provincia. Para este momento los nativos estaban más integrados a la sociedad colonial, tanto que para la proclamación de Carlos IV no sólo asistieron a los actos realizados en Santa Marta, sino que organizaron una ceremonia donde los protagonistas fueron ellos, en la población vecina de Mamatoco, hoy un barrio de la ciudad.

Como se pudo apreciar, los rituales católicos celebrados en el marco de la muerte de los reyes de España durante el siglo XVIII eran una constante en todas las colonias españolas, como se comprobó al leerse el listado de las copias que señalaban las autoridades y las respectivas ciudades en cada real cédula. En efecto, la muerte de los reyes borbónicos tuvo su expresión de dolor y recogimiento en Santa Marta durante todo el siglo XVIII, los documentos revisados hasta el momento así lo indican. La muerte del rey, aunque ausente, dolía y así lo expresaban los samarios al participar en los oficios religiosos y demás eventos significativos, mostrando el respeto por la desaparición del monarca, el jefe supremo del imperio, la cabeza del cuerpo político del Estado colonial.

⁶³ Citado por Verónica Salazar Baena, AGI: Indiferentes varios 1608. Fastos monárquicos en el Nuevo Reino de Granada. La imagen del rey y los intereses locales. Siglos XVII-XVIII. Tesis de Grado. Universitat de Barcelona, Barcelona: 2013, p. 133.

⁶⁴ Citado por Verónica Salazar Baena, Hacer presente al rey ausente. Ceremonias reales en la Nueva Granada. 1739-1810, Bogotá: ICANH, 2010, p. 22.

Demostración de recogimiento, también se manifestaba cuando hombres y mujeres de las elites samarias guardaban los lutos, tal cual lo estableció la pragmática de 1693. El esfuerzo que debieron hacer las autoridades, las elites y otras personas que estaban obligadas a lucir los vestidos apropiados para el caso que la pragmática señalaba no era nada fácil. Las telas que debían utilizar para elaborar los trajes no eran comunes en el mercado local, dado al aislamiento en que vivía la ciudad, por lo que en un alto porcentaje eran adquiridas de contrabando compradas en las playas donde atracaban los barcos dedicados a tal actividad. De alguna manera la *pragmática sobre los lutos* cumplió su cometido en la medida en que la moderación fue una constante, por las condiciones de pobreza de sus habitantes, pero igual garantizaba que no todos estaban obligados a cumplir riguroso luto, por los costos altos de las prendas y accesorios. Los que estaban obligados o lo hacían por su propia cuenta no debían incurrir en gastos desmedidos, sino más bien parcos. De todas maneras, en medio de las dificultades económicas y de incomunicación, los samarios informaban al rey y a las cortes que habían levantado túmulo y se habían realizado las exequias.

Estos informes de las autoridades competentes (gobernador, cabildo, obispo y alférez real) eran obligatorios. Entonces, sucedió que en 1748, dos años después de la muerte de Felipe V, no se conocía el informe. Al gobernador del momento le solicitaron que en forma inmediata informara de los actos realizados, por lo que le tocó al recién posesionado gobernador De Alcalá iniciar un proceso de reconstrucción de los hechos. Luego de convocar a los involucrados y recibir sus testimonios, procedió enviar a Madrid los pliegos con las declaraciones de los implicados y así subsanar ese incumplimiento.

Los informes de las autoridades ejercían un control por parte de las cortes y sus instituciones que les permitían saber qué súbditos cumplían con celo y eficiencia estas cédulas reales que podrían verse como “menores” en medio de otras decisiones que se tomaban en la capital del reino, como aquellas que fueron redactadas con el objetivo de

mantener unos ingresos vía impuestos⁶⁵ y monopolio comercial que garantizara una estabilidad al gobierno colonial en ultramar. Ordenes que debieran cumplirse con eficacia, efectividad como la lucha contra el contrabando en el caso de Santa Marta y en general los puertos sobre la costa Caribe por ser una frontera muy grande y de difícil control.

Ahora bien, el cumplimiento de estas cédulas reales tenía tanta importancia como las otras. Además de cumplir lo ordenado, a las autoridades coloniales en la ciudad y en Hispanoamérica les permitía, por un lado, expresar su fidelidad y obediencia a la familia real, y por el otro lado, obtener su propio beneficio, ya que eran fiestas que les permitían mostrar poder. No sólo en lo económico y social, sino también desde el cargo que se ocupaba, bien sea como gobernador, alcalde, alférez real, obispo, cabildo, notario, tesorero; en fin cualquier otro dentro de las instituciones creadas para ejercer soberanía sobre estas tierras de ultramar.

Las ceremonias ordenadas desde la capital de la monarquía en esta centuria fueron cuatro de la casa de los Borbones y una de la casa de Austria; o sea, el último de la familia de los Habsburgo, Carlos II, y cuatro borbones: Luis I, Felipe V, Fernando VI y Carlos III. En todas y cada una de ellas las autoridades samarias y la población en general cumplieron como vasallos y súbditos de Su Majestad. De los actos y oficios religiosos, existen documentos que así lo prueban, en una más que otras, pero, en general, la documentación revisada mostró que los diferentes sectores sociales de Santa Marta y su provincia participaron de acuerdo a sus posibilidades en las ceremonias, tal vez no tan pomposas como en Cartagena de Indias o Santa Fe. Sin embargo, lo importante tanto para la Corona como para sus representantes en Santa Marta, era que se celebraban exequias reales porque con ello se garantizaba la obediencia y fidelidad de los vasallos samarios a Su Majestad, y a

⁶⁵ Afirma John Lynch: “Los Borbones se vieron enfrentados a un problema permanente, el de la manera de obtener rendimiento de sus inversiones americanas. Pasaron todo el siglo XVIII intentando elevar su participación del 2 al 40 por 100, gravando con impuestos a los colonos, reforzando el control y luchando contra los extranjeros. En ese proceso consiguieron elevar sus ingresos, pero perdieron un imperio”. John Lynch, *La España del siglo XVIII*. Barcelona: Crítica. 2010, p.23.

las autoridades y sectores hegemónicos de la ciudad les permitió mostrar las diferencias sociales existentes en el interior de la sociedad colonial samaria.

5.3. Exequias de otros miembros de la realeza

Así como se ordenaba organizar y realizar los actos fúnebres por la desaparición del rey, la monarquía española informaba de la muerte de un familiar cercano o el fallecimiento de un miembro de la realeza europea con la cual la casa de Austria o la de los Borbones tenían buenas relaciones de negocios, afectiva o familiaridad. Como se dijo, el rey Carlos II publicó la Real Pragmática del 22 de marzo de 1693, que intentó regular los desmedidos gastos que ocasionaban los lutos y las exequias que se realizaban en España y todas sus colonias. Tres años más tarde, esta norma se hizo efectiva a la muerte de la madre del rey, doña Mariana de Austria, el día 17 de mayo de 1696, hecho que fue notificado a las colonias por real cédula del 28 de junio de ese mismo año. El rey Carlos II, además de recordar el cumplimiento de la pragmática, agregó “he resuelto se observe rigurosamente lo que se previene y dispone en la cédula citada, y que respecto de ser tan corto este gasto para los que se los han de poner y tan crecido el todo del para mi Real Hacienda, sea por cuenta de los ministros de esa Audiencia y sus dependientes;...”⁶⁶, De tal manera que la norma se comenzó a aplicar rápidamente. El rey finalizó su real orden solicitando se le confirme el recibo y su aplicación.

Igual solicitud sucedió a la muerte de Luis de Borbón en 1711, príncipe heredero de Francia y padre de Felipe V de España, primer Borbón en el poder. La causa de la muerte del delfín de Francia fue la viruela, su fallecimiento se produjo en el castillo de Meudon, situado en la periferia sudoeste de París, el 14 de abril de 1711. Dos meses más tarde, el 19 de junio de 1711, el rey Felipe V redactó la real cédula que participó de tal hecho y le ordenó al virrey

⁶⁶ Muro Orejón, Antonio. Cedulario Americano del siglo XVIII, Tomo I. p. 580.

del Perú y a todas las autoridades del reino lo que debía observarse en la moderación de los lutos, reducir los excesos del uso de los mismos y qué se debía observar y practicar rigurosamente, como lo estableció la Pragmática del 22 de marzo de 1693.

Es claro no sólo el mensaje anunciando la muerte, sino señalando la necesidad de ceñirse a lo estipulado en la pragmática, de la que ya se dio cuenta anteriormente. Esto era clave tenerlo presente porque fue esa norma la que orientaba las exequias y su regulación. Más adelante, el rey Felipe V ordenó que dado a que el gasto es poco, que siempre los lutos habían sido financiados con los dineros de la Real Hacienda y que las arcas de ella andaban escasas, era necesario que esos gastos los realizaran los ministros de las Audiencias y sus funcionarios, que el dinero de la Hacienda Real no se tocara. El rey insistió en recordarles a los empleados el cumplimiento de la pragmática reseñada y les indicó que revisaran la real cédula como una prevención, que debían acusarle recibo de dicha cédula. Solicitó que se lo comunicaran “en la primera ocasión”. Así lo repitió en cada una de las reales cédulas que informaban de la muerte de alguien de la casa real y exigían la realización de las exequias⁶⁷.

Once meses después de haber enviado la Real Cédula de junio de 1711, no había llegado el informe sobre la realización de las exequias o acusando recibo de esa norma, por ello, en mayo de 1712, el rey les recordó a las autoridades samarias la necesidad de ejecutarla. En dicho comunicado les recordó la obligación de los lutos y túmulos que debían darse y otros aspectos atinentes al caso. En la real orden se aprecia cómo el Rey no sólo ordenaba los actos religiosos que debían realizarse, sino que prevenía que los gastos los asumieran las autoridades locales y los vecinos y que por nada convenía afectar excesivamente su Real Hacienda porque los costos ocasionados por la guerra de sucesión española⁶⁸ habían sido excesivos. La Real Cédula fue fechada el día 3 de mayo de 1712 en Madrid⁶⁹.

⁶⁷ AGI: (Sevilla). Indiferente 432, Leg.46, f. 228v-230v.

⁶⁸ El 1 de noviembre de 1700 murió Carlos II (el último rey Habsburgo) sin dejar heredero al trono. Este hecho histórico desató una guerra dinástica entre las potencias europeas y una guerra civil en territorio español. Finalizada la guerra en 1713 a favor de los Borbones, accedieron a la Corona de España con su

Sin embargo, antes de esa fecha, en diciembre 2 de 1711, el gobernador y capitán general de la provincia, don Cristóbal Vélez Ladrón de Guevara y Guzmán Lasso de la Vega, marqués de Quintana de las Torres, le avisó a Su Majestad que en la provincia gobernada por él se cumplió lo ordenado en la Real Cédula de 19 de junio de 1711. El funcionario le informó al rey de las demostraciones de dolor con que se manifestó el sentimiento de la noticia por la muerte del serenísimo señor delfín de Francia y se realizaron las funciones de pésame que se acostumbraban por la época. Los cabildos, todas las autoridades civiles y militares, como los vecinos de la ciudad y provincia en general guardaron los lutos señalados⁷⁰.

Los peninsulares fueron los más acuciosos en el cumplimiento de los deberes de los pésames y demás actos por la muerte del delfín, e inclusive la plebe mostró su dolor participando al lado de los gremios de la ciudad. La escasa población residenciada en Santa Marta participó (según Bermúdez, para 1703 sólo quedaban 20 vecinos blancos, muy pocos pardos y gente común). La población había huido a residenciarse en las haciendas y montes atemorizados por los constantes ataques de los piratas, sólo aumentó la población en 1733, cuando había aproximadamente 150 habitantes, la mayoría eran soldados que ganaban muy poco sueldo y se les adeudaba⁷¹.

Años después, durante el gobierno de don Juan Toribio de Herrera y Leyva se recibió una real cédula en la que se indicaba “lo que se había de observar con motivo de la celebración de lutos por la muerte de la reina doña María Bárbara de [Braganza] Portugal, y que estos habían de ser por cuenta de los ministros”⁷². Era la reina consorte de Fernando VI, fallecida el 27 de agosto de 1758. Al recibirse la comunicación se dieron las orientaciones necesarias

candidato Felipe V, quien con la firma del Tratado de Utrecht en ese año legitimó la presencia británica en Gibraltar.

⁶⁹ AGI: (Sevilla). Indiferente 432, Leg.46, f. 303r-304v.

⁷⁰ AGI: (Sevilla). Santa Fe 518.

⁷¹ Bermúdez Bermúdez, Arturo E. Materiales para la historia de Santa Marta. p. 33.

⁷² Restrepo Tirado. Historia... Tomo II. Op. Cit., p. 176.

para garantizar la ceremonia por el sensible fallecimiento de la reina y que estuviera a la altura de la ciudad, en lo que se esmeró el señor gobernador y el señor obispo, el licenciado Nicolás Gil Martínez Malo, aunque para el momento las relaciones entre el gobernador y el cabildo eclesiástico no eran las mejores. Al año siguiente de la muerte de la reina falleció el monarca Fernando VI, como se dijo arriba.

El fallecimiento de Isabel de Farnesio (10 de julio de 1766) fue una muerte muy sentida en la sociedad colonial española y en todas las colonias de la Corona borbónica. Segunda esposa del rey Felipe V, había nacido en Parma (Italia) el 25 de octubre de 1692. Fue la madre de Carlos III de España y Felipe I de Parma. El obispo de la diócesis, fray Agustín Manuel Camacho y Rojas, le escribió al rey informándole de las exequias y funerales que se celebraron en Santa Marta por la muerte de la reina madre tan amada⁷³.

Al recibir la real cédula, el obispo se dirigió al gobernador interino don Andrés Pérez Ruiz Calderón y al cabildo secular para informarlos y organizar los actos que ameritaba el personaje. El obispo reflexionó que tenía la obligación de celebrar las honras fúnebres, por lo que debió hacer demostraciones de solemnidad y misericordia por el doloroso fallecimiento de Vuestra Majestad la reina, por lo cual sus más fieles vasallos asistieron a los eventos programados como expresión de amor y lealtad, pero agobiados por el dolor⁷⁴. El obispo se puso de acuerdo con el gobernador interino y el cabildo secular y organizaron los oficios divinos, para lo cual colocó los medios necesarios para celebrar las reales exequias.

La ceremonia estuvo muy lúcida, no correspondió “a las débiles fuerzas con que se sostiene esta vuestra capital de Santa Marta sino al celo y amor”⁷⁵. Los sectores hegemónicos de la ciudad, las autoridades civiles y eclesiásticas fueron minuciosos al momento de los rituales, con lo cual expresaron su respeto y vasallaje, buscando sobresalir con su presencia en los

⁷³ AGI: (Sevilla). Tira 11, Leg. Santa Fe 11 89, Doc. Obispo Santa Marta, Fecha: 18, 7. 1767. f. 2.

⁷⁴ AGI: (Sevilla). Tira 11, Leg. Santa Fe 11 89, Doc. Obispo Santa Marta, Fecha: 18, 7. 1767. ff. 4-5.

⁷⁵ AGI: (Sevilla). Tira 11, Leg. Santa Fe 11 89, Doc. Obispo Santa Marta, Fecha: 18, 7. 1767. f. 6.

rituales fúnebres destinados a Vuestra Majestad la reina. Era en las ciudades donde con mayor benevolencia se enaltecía su nombre, por eso en estos lugares las celebraciones se dieron con mayor suntuosidad⁷⁶. El fray que preparó y leyó la oración fúnebre⁷⁷ fue el prior del convento del patriarca Santo Domingo, fray Joaquín Rafael Vélez, por caracterizarse como buen predicador, y no el señor obispo; él mismo reconoció que engrandeció el ritual mostrando en su prédica la grandeza de la reina. La oración se le envió al rey Carlos III.

El obispo fray Agustín Manuel dedicó los próximos oficios religiosos y oraciones a encomendar a la reina Isabel de Farnesio “al Señor para que se digne goce de sus moradas...”, igual dijo plegarias para que protegiera al rey por muchos años de salud para el buen gobierno porque la cristiandad lo necesitaba⁷⁸.

Como se pudo apreciar, la muerte de la reina madre impactó tanto como la de un rey, se debió entender que su fallecimiento en el mismo momento en que el rey Carlos III, su hijo, ejercía el poder, simbolizaba para los vasallos y súbditos la segunda persona en importancia de la familia real, posiblemente por encima de su esposa.

Estas demostraciones de dolor y duelo asumidas por las autoridades samarias (civil y eclesiástica) fueron compartidas por los blancos peninsulares y blancos criollos, quienes tenían el deber de cumplir el riguroso luto que imponía la monarquía borbónica. Sin embargo, los otros sectores sociales subalternos estaban excluidos del luto y de otros rituales por la situación económica que padecían, por lo que no podían asumir los costos que demandaban los trajes y accesorios apropiados que debían lucir, así otros aspectos implícitos en el tiempo del duelo, que podría ser de seis meses.

⁷⁶ AGI: (Sevilla). Tira 11, Leg. Santa Fe 11 89, Doc. Obispo Santa Marta, Fecha: 18, 7. 1767. f. 6.

⁷⁷ El documento consultado señala que el sermón se anexó a la carta que el obispo envió el 18 de julio de 1767 y recibida en el Consejo de Indias el 23 de febrero de 1769, certificando que llegó el “*sermón que, en ellas dijo Fray Joaquín Rafael Vélez*”. AGI: Tira 11, Leg. Santa Fe 11 89, Doc. Obispo Santa Marta, Fecha: 18, 7. 1767. f. 10.

⁷⁸ AGI: (Sevilla). Tira 11, Leg. Santa Fe 11 89, Doc. Obispo Santa Marta, Fecha: 18, 7. 1767. f. 9.

Sirvan estos ejemplos para mostrar que las autoridades civiles y eclesiásticas y los habitantes de Santa Marta tenían un compromiso de fidelidad a las órdenes borbónicas. Como ciudad debió asumir las mismas responsabilidades que se demandaban desde España a las otras urbes de Hispanoamérica, algunas en mejores condiciones económicas y mejor atendidas. La ciudad no fue inferior a los compromisos asignados y estuvo, por el contrario, a la altura de ciudades como Cartagena de Indias, Santa Fe, México, Buenos Aires, La Habana, entre otras.

5.4. Exequias por la muerte de autoridades eclesiásticas samarias

Así como la monarquía española, especialmente la casa de Borbón, ordenaba la celebración de exequias por el fallecimiento de los reyes, sus familiares y el círculo más cercano a la familia real, reguló sus gastos que en la mayoría de los casos eran financiados por la Real Hacienda, a través de la figura de préstamo. Las ciudades y sus gobiernos eclesiásticos organizaban similares ceremonias a la muerte de una autoridad religiosa, sobre todo de arzobispos y obispos. Muchas de las costas generadas por estos rituales religiosos estaban garantizadas por los bienes que dejaba el personaje al morir, en muchos casos tenían destinación específica. En sus testamentos quedaban establecidos importantes aportes para la iglesia catedral, para los pobres e inclusive para que durante algunos años se les oficiaran misas, lo que se cumplió sagradamente en Santa Marta. Para este trabajo se han escogido algunas exequias, honras fúnebres y otros rituales en homenaje a varias autoridades eclesiásticas.

En primer lugar, la información que se encontró se refiere al obispo fray Juan Espinar y Orozco, religioso perteneciente a la Orden de los Predicadores. El padre Zamora asegura que era dominico, llegó a la ciudad consagrado en 1643. Lo cual no dejaba de ser un hecho importante, dado que muchos obispos nombrados entraban sin dicho requisito y mucho más tarde tenían que viajar a Cartagena de Indias, Santa Fe o Santo Domingo a recibir la consagración. Murió Su Señoría un 26 de octubre de 1651, dejando en la memoria de los

samarios muchas y loables acciones en favor de la ciudad y su feligresía. No se conoce una referencia sobre las honras fúnebres que se realizaron en la ciudad a su muerte, pero lo que sí se sabe es que cada año se celebraban tres honras fúnebres por su memoria durante más de 80 años, ceremonias que incluyeron misas cantadas.

De la Rosa destacó que era tanto el amor por este obispo que todavía en su tiempo de alférez real de la ciudad, en el siglo XVIII, se hacían las honras fúnebres en “la catedral cada año, una en el día de la Santísima Trinidad, otra en el San Juan y San Pablo Mártires, a 26 de junio, y otro el día 10 de octubre, fiesta de San Luis Beltrán, las cuales se aplican en la forma que se halla en una memoria de los gastos anuales de la iglesia...”⁷⁹. Fueron muy recordadas las honras fúnebres en homenaje a este obispo, tanto que estaban asociadas a una fiesta dentro del santoral. No era para menos, Su Señoría dejó una herencia bastante grande a la catedral, compuesta por objetos muy valiosos para los oficios divinos, la casa e inclusive cuatro negros esclavos que tocaban perfectamente la chirimía.

Otro miembro del clero samario fue el deán don Antonio Barranco, nacido en Santa Marta, perteneciente a la Orden Franciscana. Fue arcediano y dos veces obispo encargado. Le correspondió coordinar la celebraciones por la proclamación del rey Luis I de Borbón. Tuvo que transferir la responsabilidad de los actos al capitán don Luis José Jiménez Manjarrés, que se desempeñaba como regidor decano, quien tuvo la responsabilidad de levantar el real pendón. El deán Barranco estaba muy enfermo, salió de la ciudad en busca de cura al sitio de Barranquilla, donde residía un médico amigo, pero definitivamente no obtuvo mejoría y falleció el 10 de septiembre de 1724. Cuando la noticia llegó a Santa Marta, tres días después, la feligresía y las autoridades eclesiásticas y civiles lloraron su partida.

Según de De la Rosa, testigo de los hechos, los llorosos samarios expresaron su dolor con expresiones como: “Ya se acabó nuestro querido patricio, acreedor de la estimación que

⁷⁹ De la Rosa, José Nicolás. Floresta de la santa iglesia catedral de la ciudad y provincia de Santa. p. 92.

siempre nos tuvo”, otros exclamaban: “Ya nos faltó nuestro padre”, otros más gritaban: “Ya quedamos sin amparo en nuestros trabajos, sin remedio en nuestras necesidades” y hasta los forasteros se lamentaron y exclamaron: “ya murió aquel hijo de esta piadosa Santa Marta, que en su casa nos acogía, nos regalaba y asistía”. Y los samarios al unísono exclamaron: “Ya nos desbarrancó la muerte el torreón de nuestra esperanza, cortando la vida al deán Don Antonio Barranco, cuya caridad, amor y prudencia y don especialísimo de gobierno nos tenía vivo”⁸⁰. Los lamentos por su fallecimiento fueron generalizados, los dobles de las campanas les recordaban a los samarios que la muerte se había llevado para siempre a su protector y amigo, la tristeza embargó los corazones de los vecinos y todos fueron convocados días después a las honras fúnebres que se celebraron en la iglesia de san Francisco, por pertenecer a esa orden.

La prédica estuvo a cargo del reverendo guardián, el fray Sebastián Píntelos, fue una oración fúnebre muy sentida, la feligresía recordó por muchos años al deán Barranco, que murió a los 60 años de edad. Dentro de los cargos que ocupó, además de arcediano, deán y obispo encargado, se destacaron: miembro del cabildo, comisario de los tribunales de la Inquisición y de la Cruzada que funcionaron en la ciudad, subdelegado para el recaudo de un millón pesos eclesiástico, que la Santa Silla concedió al rey Felipe V, y por último se desempeñó como examinador sinodal del obispado.

La muerte del obispo don Nicolás Gil Martínez Malo, el autor de las reglas y constituciones de la catedral y otras obras benéficas en favor de la feligresía católica, fue otra de las desapariciones muy sentidas en la ciudad. Falleció el señor obispo el 4 de abril de 1763, en la villa de Honda, a orillas del río Grande de la Magdalena. La noticia a la ciudad llegó un mes más tarde, por medio de una carta que, el 10 de abril, escribió en dicha villa el secretario de cámara del ilustrísimo del señor obispo.

⁸⁰Ibíd. pp. 159-160.

Se reunieron los señores del cabildo y el venerable deán don Francisco Muñoz Castellano; don Juan Antonio de Velasco y Peinado, arcediano; don Pedro Regalado García Peñate, chantre y el señor don Joachin Merino, tesorero, únicos capitulares, estando juntos, congregados en la sacristía de la iglesia de san Francisco, que cumplía la función de catedral, lugar destinado para dichas reuniones. El deán tomó la palabra y leyó la carta enviada desde la villa de Honda⁸¹. Días más tarde se recibió otra carta que corrobora la noticia de la muerte, esta misiva estaba firmada por el señor arzobispo de Santa Fe, doctor José Javier Arauz y Rojas⁸², con fecha del 16 de abril, dirigida al señor deán, para que procediera, según las normas, declarar vacante la sede episcopal. Adicionalmente, comunicara a través de cartas y circulares a los vicarios del obispado, para que los sacerdotes realizaran los sufragios debidos al difunto prelado, igualmente se le solicitó que se fijara la fecha de las honras fúnebres en la catedral.

El día señalado fue el 13 de mayo de 1763, día en el cual todos concurrieron. La ceremonia estuvo dirigida por el mayordomo de la catedral, quien tuvo la responsabilidad de contratar el túmulo, comprar la cera y otros trabajos necesarios; todo lo anterior fue costeadado por la catedral y los oficiales reales de Santa Marta. El notario, en nombre de Su Señoría venerable y real voluntad, pasó al recaudo político para todo cuanto se requería, así como para el cobro de expolio y el real sínodo, todo de propiedad de la iglesia⁸³.

Estas ceremonias estuvieron conducidas por los miembros del cabildo y el deán que participó en la reunión del 7 mayo, cuando se tomaron las decisiones al respecto. En las parroquias de la provincia, igualmente, se organizaron los rituales católicos en medio de algunas dificultades económicas. La muerte del obispo fue muy sentida en la ciudad, sobre todo porque Su Señoría fue un animador del proceso de construcción de la catedral.

⁸¹ AGI: (Sevilla). Tira: 2, Leg. Santa Fe 1187, Doc., Cabildo Eclesiástico, f. 2, Fecha: 12.6. 1763. Sevilla.

⁸² Don José Javier Arauz y Rojas, obispo en Santa Marta desde 1746, promovido a arzobispo de Santa Fe en 1753, asumió su cargo en 1754, lo ocupó hasta febrero de 1764.

⁸³ AGI: (Sevilla). Tira: 2, Leg. Santa Fe 1187, Doc., Cabildo Eclesiástico, f. 5-6, Fecha: 12. 6. 1763. Sevilla.

El último obispo y autoridad eclesiástica del siglo XVIII fue el doctor fray Diego de Santa María Ceballos y Escobedo, quien se posesionó como obispo el 31 de agosto de 1799 y falleció a los cuarenta días de haberse posesionado, el 10 de octubre, “a las doce y diez de la madrugada, en el Hospicio de San Francisco, donde tenía su vivienda”⁸⁴. Con él se inició el último periodo de los franciscanos que gobernaron la diócesis de Santa Marta, los otros fueron: fray Miguel Sánchez Cerrudo, fray Manuel Redondo y Gómez y fray Antonio Gómez Polanco. Santa María Ceballos era natural de Palma de Mallorca, vivía en su convento cuando recibió el nombramiento para reemplazar al obispo don José Alejandro de Egues y Villamar, que murió en Cartagena de Indias el 22 de octubre de 1796, cuando iba camino a su diócesis. Santa María duró muy poco, por lo tanto no dejó una obra que permitiera expresar mayor opinión; sin embargo, en el Archivo General de la Nación se encontró un expediente que contiene las cuentas de los gastos generados durante su enfermedad y las honras fúnebres celebradas días después de su fallecimiento.

Muchos de los problemas suscitados en Santa Marta y en otras ciudades hispanoamericanas se originaron en las competencias que cada funcionario debía cumplir, como en el caso del obispo De Monroy, el cual invadía la esfera del poder del gobernador. Este caso ilustra una situación similar que tuvo una serie de inconvenientes para poder legalizar los gastos que originó la muerte del señor obispo De Santa María. porque en la aprobación de la relación de gastos participaban varios funcionarios y cada uno hizo respetar sus funciones. Todo comenzó cuando, al morir el obispo De Santa María en las primeras horas el 10 de octubre, el tesorero de la catedral y albacea del obispo, el señor Don Josef Vicente Troviño, fue designado por el deán doctor Domingo José Díaz Granados, encargado del gobierno eclesiástico (obispo encargado), para que contratara y pagara los gastos acarreados por la muerte del obispo.

Pero esta función no le correspondía sino al prebendado que eligiera el cabildo de la ciudad, según la Real Cédula del 31 de marzo de 1796. Era esa persona la que tenía la

⁸⁴ Restrepo Tirado. Historia... Tomo II. Op. Cit., p. 277.

responsabilidad, el que debía asistir llevando consigo a quienes formalizarían el nombramiento del ministro real, para que, una vez expirado el prelado, se dieran relaciones de las cuentas de gastos. Una vez aprobado se debía llevar a revisión con el vice patrono, sin embargo tales gastos no habían sido revisados por el tesorero, quien era el comisionado. Ante la delegación de este cumplimiento se sugirió deducir las objeciones que en ellas se pudieran hallar⁸⁵.

Con este oficio firmado por el tesorero oficial real fiscal de la Real Hacienda, don Pedro Rodríguez, se rechazó el informe presentado por el deán don Domingo José Díaz Granados (deán) y los cabildantes don Luis Robles y don Pedro Gabriel Díaz Granados, quienes lo enviaron al señor gobernador, vicepatrono don Antonio de Samper. El informe en cuestión recogió todas las cuentas pagadas y gestionadas por el señor tesorero dignidad Troviño, quien fue la persona encargada por el deán Díaz Granados. El oficio en cuestión tiene fecha del 22 de noviembre de 1799.

Al día siguiente se le notificó al tesorero Troviño y se le entregó el expediente de 19 hojas al deán don Domingo José Díaz Granados, quien se tomó unos días para responder. Después de analizar la situación, se pronunció el 5 de diciembre en los términos siguientes al señor gobernador: que aceptaba el hecho irrevocable de su culpabilidad, en tanto se envió la solicitud de relaciones de gastos de las exequias sin las previas aprobaciones. Argumentaba que no fue su intención alterar la armonía que hay en su persona y en los procesos, considerando que estaba el señor tesorero facultado para este proceder, convencido que, acto seguido a estos informes, se daría conocimiento por el tribunal o a quien fuere de pertinencia⁸⁶.

Puede inferirse que el deán Díaz Granados, integrante de la familia que controlaba los principales cargos del clero, reconoció su responsabilidad. Pero, a renglón seguido,

⁸⁵ AGN: (Bogotá). Miscelánea: SC. 39, 70, D.1, Imag. 039, f. 20.

⁸⁶ AGN: (Bogotá). Miscelánea: SC. 39, 70, D.1, Imag. 041, f. 21.

aprovechando su investidura, apoyado por su pariente Pedro Gabriel, miembro del cabildo, le planteó al gobernador que, a su juicio y consideración, las cuentas de gastos estaban acertadas. Sin embargo, tenía objeción solamente en el valor del entierro de pozas, honras, y los gastos de cera que eran asumidos por la Iglesia. Sin embargo dio su aprobación para que obrara en los expedientes de mortuoria del ilustrísimo Ceballos⁸⁷. Entonces el deán aceptó el error y propone que se siga el trámite excluyendo los gastos de la cera que pertenecían a la catedral.

Sin embargo, el tema no quedó ahí. Dos días después, el 7 de diciembre, el tesorero oficial real fiscal de la Real Hacienda, don Pedro Rodríguez, le expresó al gobernador que si bien el deán reconoció lo imprudente que fue el envío del informe de gastos de las exequias del obispo De Santa María sin previa autorización, no lo excusaba de la falta incurrida, ya que la ejecución personalísima del prebendado electo por parte del cabildo “la exige como esencial la Real Cédula de la materia, evacuada pues la cuenta en términos formales por el expresado señor Deán y separado, o mejor decir, reprobadas aquellas partidas que ahora se conoce deben ejecutarse, como son las correspondientes en las de entierro al ramo de fábrica, caso merecer la aprobación del Tribunal, y entonces agregada a la causa principal para cortar tantas vistas que insensiblemente se van aumentando determinara Vuestra Señoría lo más conforme a justicia”⁸⁸.

Después de este cruce de oficios, las cuentas las aprobó el señor gobernador don Antonio de Samper y su asesor don Manuel Campuzano, quienes expresaron que se exceptuaron las partidas referidas al entierro, pozas y honras, dando por concluido el proceso y listo para ser remitido a la Real Audiencia.

En el expediente en mención se encontraron otros detalles que no son del caso enumerar, pero que muestran la lucha que debió dar el tesorero Troviño para que le pagaran los

⁸⁷ AGN: (Bogotá). Miscelánea: SC. 39, 70, D.1, Imag. 041, F. 21.

⁸⁸ AGN: (Bogotá). Miscelánea: SC. 39, 70, D.1, Imag. 042-043, Sin foliar-f.22.

gastos. Igualmente reposan los recibos de pago de los diferentes trabajos y otros menesteres necesarios para las honras fúnebres. El documento contiene el listado de los peones, curas, los recursos pagados por manutención, entre otros⁸⁹. De todas maneras, después de tantas correcciones y aclaraciones, el 5 de abril de 1800 se aprobaron definitivamente los gastos y se cancelaron 530 pesos más uno, “y mayor reales que quedan líquidos, de los intereses correspondientes al espolio...”⁹⁰. A pesar de la corta presencia del obispo en la ciudad, su muerte, los posteriores oficios religiosos, todo lo que conllevó la ceremonia, el ritual de sepelio y demás tuvieron un impacto en la sociedad. La ceremonia, las 51 misas que se oficiaron y demás protocolos que se cumplieron expresan la importancia que la sociedad samaria de finales del siglo XVIII les dio a los obispos, como máxima autoridad del papa y de Dios sobre la tierra samaria.

Las ceremonias religiosas católicas para honrar la memoria de reyes, familiares de la realeza y autoridades eclesiásticas fueron una demostración de obediencia y fidelidad a la corona y un respeto por las autoridades civiles y eclesiásticas. Es claro que los samarios no escatimaban esfuerzos para lograr cumplir con lo ordenado, no importando la crítica

⁸⁹ Algunos aspectos cancelados “de los gastos impedidos en su entierro, honras, exequias y demás como también de los hechos en su familia; y en la forma siguiente... Primeramente por once pesos pagados a Juan Joseph Barranco por el trabajo hecho en la tumba para el día del entierro; Por sesenta y uno peso cinco reales pagados por hacer el sepulcro, o bóveda para enterrar el cuerpo, como por menor consta de su recibo fecha de 12 de octubre del Maestro Vicente Hebrar; Por quince pesos pagados al Maestro Casimiro de Mier, por la hechura del ataúd, como consta de recibo de 12 de octubre; Por dos pesos pagados a Marcos Dame por su asistencia y cuidado que tuvo en el hospicio de San Francisco desde la hora en que murió, hasta la de su entierro; Por un peso pagado a Pedro Pablo Gómez por el cuido que tuvo con la cera en el entierro; Por cincuenta y siete pesos por distribuidos por Don Nicolás Cardama Provisor en las misas que se le aplicaron en los tres días siguientes a su muerte, consta de su recibo fecha de 12 de octubre; Por ocho pesos de ocho reales de cera consumidas en ocho hachas, y suplidas por el mayordomo Don Felipe Marti; Por nueve pesos dos reales pagados a Gabriel Angulo por los gastos y trabajo que hizo en las honras, consta de recibo de 19 de octubre; Por dos pesos pagados a los que repartieron las papeles para el convite de las honras; Por dos pesos pagados a Pedro Pablo Gómez por el cuido de la cera el día de las honras; Por cincuenta y un pesos pagados por la limosna de cincuenta y una misas que se le aplicaron el día de las honras fúnebres y siguientes. Como consta de recibo...” AGN: Miscelánea: SC. 39, 70, D.1, Imag. 031, f. 16. Estos gastos sumaron 219 pesos y siete reales. Estos apenas es parte de los gastos, hay otros como derechos parroquiales, la alimentación que hubo de suministrarles a la familia del difunto obispo, gastos del médico, del alquiler de paños negros, compra de ladrillos y muchos más.

⁹⁰ AGN: (Bogotá). Miscelánea: SC. 39, 70, D.1, Imag. 059, f. 30.

situación socioeconómica que se vivió. Esta fidelidad mostraba a la ciudad como leal a la Corona a pesar del olvido a que fue sometida durante todo el periodo colonial.

En este capítulo es claro el papel que jugaban los actores políticos, el poder de la Iglesia católica a la hora de decidir los actos que conllevaba a la organización y realización de las ceremonias religiosas. En las exequias y honras, en la oración central del ritual, era un discurso que tenía como objetivo exaltar y valorar el personaje, “buscaba resaltar las virtudes que caracterizaban al monarca, relatando sus triunfos militares, sus habilidades políticas, las características destacables de su personalidad y su vinculación con la fe católica”⁹¹, sobre todo cuando se trataba del rey. Era un sermón fúnebre predicado a lo largo de los oficios religiosos, quien tenía tal responsabilidad de predicarlo lo escribía y era acompañado a España con el informe de la realización de las exequias. El sermón en memoria del rey Felipe V, predicado por el cura Francisco Muñoz Castellano, así lo ratifica⁹².

No era para menos: los poderes reales y eclesiales debían lealtad infinita al monarca, por ello su muerte causaba un dolor y un duelo colectivo que cobijaba a todos sus vasallos y súbditos. Por lo tanto, todos tenían la obligación de asumir; la figura del rey era expresión de la unicidad terrenal del poder y su desaparición ocasionaba profunda tristeza en sus súbditos, que lo consideraban como su padre por ser la cabeza visible del Gobierno. Al respecto afirma Michel Foucault recordando a Kantorowitz: “Ha hecho del ‘cuerpo del rey’ un análisis notable: cuerpo doble según la teología jurídica formada en la Edad Media, puesto que lleva en sí además del elemento transitorio que nace y muere, otro que permanece a través del tiempo y se mantiene como el soporte físico y sin embargo intangible del reino”⁹³. Para lograr esa presencia intangible en el tiempo se ordenaba “todo un ritual que encuentra en la coronación, los funerales, las ceremonias de sumisión, sus

⁹¹ Mújica Muñoz, Samuel H. Exequias Reales: Representaciones del Barroco imperial en sus súbditos. Recuperado de internet, viernes, 14 de junio 2014. p. 2.

⁹² La portada de la oración se anexa.

⁹³ Foucault, Michel. Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión. México: Siglo XXI, 1996, p. 35.

tiempos más vivos”⁹⁴. Este ritual empezaba con los bandos leídos al son de caja o tambor en las esquinas principales de la ciudad y las plazas, los cuales comunicaban a los samarios que las exequias se realizarían tal día, a tal hora; se indicaban los actos y por último se solicitaba que todos debían concurrir en expresión de solidaridad y fidelidad a la familia real. Y al tratarse de eso, nadie faltaba, a pesar de la situación social de los sectores subalternos.

⁹⁴ *Ibíd.*

CONCLUSIONES

A manera de conclusión, queremos reafirmar el valor trascendental de la información revisada en los archivos de Sevilla, Bogotá y Santa Marta y de la escasa literatura existente sobre el periodo estudiado referente a la ciudad. Con base en esa documentación de archivo, de fuentes impresas y la bibliografía consultada, logramos acercarnos a la vida social, cultural, religiosa, política y económica de Santa Marta en el siglo XVIII.

En el periodo estudiado salta a la vista la impresionante riqueza natural y paisajística de la ciudad y su provincia, marco que todavía mantiene parte en su poder de atracción, pero, al igual que entonces, el factor natural no es suficiente para generar riqueza y sostenerla en el tiempo. Se necesita más que eso: la construcción de ventajas competitivas como efecto de la adopción de un proyecto político y social por parte de las elites samarias. El entorno de la ciudad es rico y abundante en algunos productos que brinda la naturaleza; pero en medio de ella, existió una población pobre y amedrentada por la presencia de los piratas y los filibusteros que la saquearon durante gran parte de la Colonia. Adicionalmente, a pesar de poseer un puerto natural con grandes ventajas frente a otros, la ciudad fue abandonada a forjar su propio destino: olvidada y sometida a un ostracismo absurdo y arrastrada por orden tácita de la Corona española a vivir del contrabando, como se puede apreciar en las mercancías que los escasos pobladores adquirían a contrabandistas que las ofrecían en las playas de la ciudad y a la vista de las mismas autoridades. Los samarios tuvieron que arreglárselas estableciendo ciertas alianzas con los muchos contrabandistas que la visitaban frecuentemente. Vivir del contrabando o morir fue la alternativa que la ciudad de entonces debió afrontar.

Sin embargo, las vicisitudes, el olvido y las angustias económicas no fueron impedimentos para que los samarios nacidos en ese territorio, los peninsulares blancos, los esclavos, los

libres de todos los colores y los nativos que con el correr de los años fueron incorporándose a esa nueva sociedad que se fortalecía por momentos y que decaía en otros, no consolidaran una ciudad o un núcleo urbano que garantizara sobrevivir en medio de las penurias. Así se comprobó en el primer capítulo al describir y analizar que la ciudad, desde sus inicios, tuvo una serie de dificultades que debió vencer para consolidarse como tal. No fue fácil para las autoridades locales y los pocos peninsulares que resistieron a las adversidades de la naturaleza, de la piratería y del olvido de la Corona, mantener a la ciudad en pie. A pesar de ello, la estructura básica de la ciudad se mantuvo hasta finales del siglo XVIII, cuando se dieron algunos desarrollos de ordenamiento urbano importantes. Fue justamente el tesón de los samarios lo que a la postre mantuvieron las calles y los callejones delineados, desde el mismo siglo XVI, como se aprecia en las imágenes planimétricas referenciadas en este estudio. Indudablemente, estos primeros habitantes fueron el sustrato jerárquico de la conformación social samaria. Se reclamaron pertenecer a los hijos de los primeros conquistadores, y como tales, se consideraban con privilegios, por lo que apelaban constantemente a los abolengos y a la alcurnia ibérica.

El círculo del poder se fue consolidando con el transcurrir de los años, y los primeros conquistadores dejaron a sus generaciones futuras las pocas fortunas atesoradas en años. Los mismos herederos se reclamaban hidalgos viviendo en las casas edificadas alrededor de la plaza y en las ocho calles de la ciudad; mientras que en los suburbios, se fueron agolpando sectores marginados de la sociedad colonial. Las elites en el centro, conformadas por grupos hegemónicos: blancos peninsulares y criollos, dueños de los pocos comercios existentes en la ciudad, hacendados que se habían apoderado de tierras baldías o entregadas por los primeros gobernadores, todos ellos con sus esclavos, se consolidaron como expresión de la sociedad cortesana. Se comprobó que, a pesar de las condiciones socioeconómicas de sus pobladores, de una vida llena de limitaciones, zozobra y pobreza extrema, y de una escasa población, se fue conformando una jerarquía social, que se mantuvo hasta hoy. Mientras que en la periferia los subalternos de siempre, sin tierra, sirviendo como libres de todos los colores, pobres y desarraigados. Más allá, en el campo,

los dueños centenarios de la tierra: los nativos, expulsados de su territorio, pero integrados a la sociedad colonial, como productores de algunos alimentos que vendían por las calles de la incipiente ciudad.

Como conclusión se puede afirmar que la ciudad sobrevivió, se mantuvo y se consolidó gracias a la tenacidad de los samarios. Tal vez eran más pobres que sus similares de Cartagena de Indias, Santa Fe, Popayán o Mompox, pero lograron conformarse, organizarse y al final del siglo XVIII prepararse para competir por los cargos públicos más importantes en la jerarquía del aparato colonial. Como se comprobó, la ciudad avanzó, por supuesto, comparándola con la ciudad de los siglos XVI y XVII, pero no como hubiera podido. Sin duda fueron muchos los obstáculos para lograr cotejarse con su vecina Cartagena de Indias o Santafé, pero se sostuvo a pesar de la adversidad.

El segundo capítulo permitió comprobar cómo esas elites borbónicas que se conformaron a lo largo del siglo XVIII, son el resultado de una evolución de familias que se asentaron en la ciudad y la provincia, desde el siglo XVI con la llegada de los primeros conquistadores, y sobre todo con la presencia de labradores que con el tiempo se fueron consolidando como grandes hacendados y comerciantes. En el siglo XVIII la situación mejoró un poco, y los funcionarios públicos, los hacendados y el pequeño grupo de comerciantes se mantuvieron. Sin embargo, a partir de la segunda mitad del siglo, se comenzaron a sentir las reformas borbónicas, y el apoyo de Carlos III a mejorar la infraestructura física de la ciudad, lo que permitió un proceso urbanístico que lentamente se fue afianzando. Al final del siglo, la ciudad mostraba ya algún desarrollo arquitectónico que mejoró las condiciones de vida de los samarios, que entendieron que podían permanecer con mayor tranquilidad en la ciudad.

Los samarios se sintieron más a gusto con algunos funcionarios llegados de España, pero la elite naciente se le convierte en un contradictor de primer orden. La disputa por cargos de importancia en la jerarquía administrativa causará algunas dificultades. Bien interesante

resultó comprobar que muchos funcionarios contraen matrimonio con mujeres nacidas en estas tierras con grandes propiedades. Desde ese momento se inició un proceso de conformación de unas redes clientelares alrededor de algunas familias como la Díaz Granados, que al finalizar el siglo, fueron protagonistas como miembros del clero, como funcionarios coloniales y/o como terratenientes. El protagonismo de las elites y las redes clientelares en la sociedad samaria no sólo se manifestaban en la ciudad, sino también en la provincia, donde residían hacendados que controlaban a las autoridades locales y mantenían gran influencia sobre las autoridades provinciales asentadas en Santa Marta.

Cuando en el Nuevo Reino de Granada se consolidó la enseñanza a nivel superior, y gracias a que la familia Díaz Granados disponía de los medios para enviar a sus hijos hacia Santafé para que estudiaran en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario; privilegio que los habilitó para competir de igual a igual con los funcionarios peninsulares. Esa elite intelectual, comercial, social y política, entendió que tenía que prepararse, y así sucedió. Esa preparación tuvo sus frutos, como quedó demostrado. Este estudio muestra las relaciones que establecieron los Díaz Granados, ejemplifica el valor de esas dinámicas clientelares que fueron propias de la sociedad colonial, hoy estudiadas como caso significativo de la ciudad. Sin duda, fue una elite borbónica que se consolidó con el correr de los años: la mejor expresión de la jerarquización social de la sociedad samaria y provincial.

Al analizar el papel de algunas familias que mantienen el poder local y departamental, como la familia Díazgranados, encontramos en el siglo XVIII al doctor Miguel Díaz Granados, vicerrector del Colegio Mayor del Rosario, entre 1794-1796. Al inicio del siglo XXI siguen en la vida pública con mucha fuerza en la ciudad, el departamento y la Nación. En estos niveles se destacan: Sergio Díazgranados Guida, representante a la Cámara en dos periodos consecutivos en 2002 y 2006, más tarde viceministro de Desarrollo Empresarial. Entre 2010 y 2013, ministro de Estado y, como tal, durante unos días del gobierno de Juan Manuel Santos fue ministro delegatario, con funciones presidenciales. Actualmente se

desempeña como director ejecutivo por Colombia y Ecuador en el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). En estos últimos años otros familiares han ocupado cargos por elección popular tales como: el gobernador Omar Díazgranados Velásquez (2008-2011) y el alcalde Juan Pablo Díazgranados Pinedo (2008-2011). El representante a la Cámara por el Magdalena Eduardo Agatón Díazgranados Abadía lleva dos periodos ocupando la curul y Juan Pablo fue nombrado viceministro de Agricultura. Sin duda que no es coincidencia. En el siglo XVIII se encuentran como alcaldes, alférez real, deanes, arcedianos, aspirantes a obispo, coroneles y otros cargos y rangos significativos dentro de la sociedad samaria. Lo mismo sucederá en el siglo XIX y en el XX. Los cargos han cambiado pero la familia sigue siendo la misma, antes controlaban el gobierno eclesiástico, hoy, el gobierno político.

Las fiestas religiosas tuvieron una influencia social decisiva en la vida de los samarios, como quedó demostrado en el capítulo tercero. Los samarios como todos los hombres tenían sus espacios y tiempos para trabajar y otros para celebrar. Las celebraciones fueron definidas por la monarquía española, comunicadas a sus súbditos y vasallos a través de la tabla de fiestas. Esas fiestas definieron la vida social de los samarios durante la centuria estudiada: la feligresía en general, es decir, toda la población asistía puntualmente a los festejos ordinarios. Los domingos era obligación la de participar de la sagrada eucaristía y durante las fiestas patronales se volcaban a la catedral para asistir a los oficios religiosos, tales como: la novena, las vísperas, el día consagrado a las patronas Santa Marta y Santa Ana. Igualmente, la participación masiva a las procesiones, la estética de la población en el vestir y la ciudad misma cambiaba su aspecto, sobre todo por aquellas calles, callejones y plazas por donde desfilaban los feligreses cantando salves y llevando en hombros a las imágenes sagradas.

Los rituales de la cristiandad llegados con los conquistadores y celebrados con pompa en sus colonias por sus vasallos y autoridades tenían mucha fuerza en la cultura religiosa dominante en el siglo XVIII. La catedral, las iglesias y conventos de las órdenes religiosas con asiento en la ciudad, así como el hospital San Juan de Dios jugaron un papel

fundamental en la evangelización de los nativos y esclavos, así como también garantizaban brindar el “pasto espiritual” a todos los vecinos. La sociedad samaria se fue estructurando sobre la base, por un lado, de la política de la monarquía borbónica, y de la vida religiosa definida por la Iglesia católica, por el otro. Para lograr esta última, se recurrió a una variedad de estrategias y normas de estricto cumplimiento de la feligresía, tales como: la aprobación de las reglas y constituciones para los miembros del gobierno eclesiástico; la organización de cofradías que tenían responsabilidades en la preparación y celebraciones de sus santos patronos; la preponderancia de fiestas paradigmáticas muy significativas para el espíritu religioso samario; y sobre todo, la obligación de cumplir un calendario que mantenía a los creyentes pensando en prácticas religiosas, que vivían ocupados y preocupados por salvar el alma y ganar el cielo. Sin duda, la monarquía española armó un “aparato ideológico” con mucha fuerza como lo fue la religión católica, y los samarios, como buenos súbditos de Su Majestad y creyentes en Dios, aceptaron.

Al revisar los documentos se entiende la importancia del calendario festivo en sus funciones como regulador de la vida social, como legitimador de las relaciones de dominio y como constructor de elementos de identidad para la ciudad y la misma provincia de Santa Marta. El calendario es un objeto científico, pero también cultural y religioso “pero, en cuanto organización del cuadro temporal, la que rige la vida pública y cotidiana, el calendario es, sobre todo, objeto social”¹. De tal manera que ese calendario judeocristiano impuesto por la corona española en sus colonias cumplirá al pie de la letra su objetivo. Los samarios no sólo serán fieles devotos de su santa patrona, sino de todo el calendario que regulaba su vida.

El calendario que establecía la monarquía fue aceptado inicialmente, pero con el correr de los años, se convirtió en un obstáculo para el eficiente funcionamiento de la administración

¹ Le Goff, Jacques. El orden de la memoria. El tiempo como imaginario. Barcelona/Buenos Aires/México: Paidós, 1991, p. 184.

de justicia y de los negocios de Su Majestad. Debido a ello, la administración se paralizaba, el comercio no abría las puertas, el campo no se atendía, el artesano cerraba su taller, en fin, se detenía la producción y comercialización de los escasos productos que se daban localmente. Esto sin duda, afectó la dinámica socioeconómica de la sociedad samaria. Esa situación, como se evidencia en los documentos revisados, produjo la necesidad de considerar el número de fiestas de guardar, y se optó por reorganizar, suprimiendo algunas de ellas. Aunque en algunos casos, a la Corona le tocó ceder por solicitud de las órdenes religiosas establecidas en el Nuevo Reino de Granada, el número de fiestas de guardar fue disminuyendo.

En todas estas celebraciones de carácter religioso la elite samaria participaba activamente, eran sus principales animadores y financiadores. Comprendieron el papel que les correspondía jugar y así lo hicieron. Indudablemente, eran unos auténticos representantes de la monarquía borbónica, por esa razón fueron, en algunos eventos celebrativos, más protagónicos que las mismas autoridades. Era tanto el poder de las autoridades eclesiásticas que se enfrentaban constantemente con las civiles, y en muchos casos, se decretaron excomuniones. Esta situación producía en la feligresía tristeza y consternación. Conocedores del papel clave que cumplían las autoridades eclesiásticas como un contrapoder a las autoridades civiles, las elites samarias se fueron acomodando en los principales cargos del clero. Nunca fue nombrado por Su Majestad un obispo perteneciente a la familia Díaz Granados, pero no lo necesitó, de hecho, uno de sus miembros, don Domingo José Díaz Granados, estuvo encargado de la mitra durante varios años.

Avanzando hacia el capítulo cuarto, observamos que este permitió comprobar lo que se planteó como hipótesis: los samarios del siglo XVIII organizaban y celebraban en medio de las dificultades económicas las ceremonias regias de proclamación y exaltación de los reyes, como lo realizaban en Cartagena de Indias, Popayán, Cali, Santa Fe y otras ciudades hispanoamericanas. Esas celebraciones cuyo propósito fue demostrar cómo la religiosidad, las fiestas de fidelidad en los tiempos de la monarquía borbónica fueron determinantes en el

proceso de formación de la sociedad samaria. Esa misma documentación ofrece la idea de cómo entender el papel del poder, de las fiestas, de la religión y de las normas en una sociedad que se estaba consolidando. Por ello, en este capítulo y el siguiente nos dedicamos a evidenciar lo anteriormente señalado.

Estas celebraciones, especiales, se autorizaban a través de reales cédulas que se recibían desde la península ibérica, donde se ordenaban las fiestas para homenajear a la monarquía española, fueron fiestas repentinas, “las cuales estaban directamente relacionadas con la vida y acontecimientos de la corte, no tuvieron una duración determinada”². Fiestas políticas en las que se expresaba la obediencia y fidelidad a la Corona. Fiestas que consolidaban las ideas de súbditos y vasallos del rey, reglamentadas por reales cédulas, por lo que eran de estricto cumplimiento, no sólo por las autoridades virreinales (civiles) sino también por las autoridades eclesiásticas (religiosas) y los vecinos de las ciudades y pueblos. La organización generaba ciertas tensiones entre esas autoridades, por las disputas permanentes entre sí, sin embargo, lograban ponerse de acuerdo para cumplir las disposiciones reales. Fueron constantes los forcejeos en las relaciones de poder de la ciudad y provincia durante el periodo estudiado. Durante estos rituales, las autoridades civiles y militares expresaban todo su poder, al ser ellos los protagonistas, mientras que las autoridades religiosas lo asumían de manera un poco más rutinaria, los otros sectores sociorraciales ocupaban un rol de expectación. Sin embargo, las elites criollas debían asumir algunas responsabilidades que dada la escasez de recursos en las Cajas Reales, ellos mismos decidían adjudicarse con gusto.

Se trató de festejar con mucha pompa y alborozo la coronación de los reyes del siglo XVIII, como lo demuestran los documentos citados. Inclusive al inicio del XIX se siguió festejando a Fernando VII, retenido y depuesto por Napoleón Bonaparte, a través de

² Polanco, María Ximena. Fiestas políticas en Cartagena de Indias 1740-1810. En: González Pérez, Marcos. Fiesta y Región en Colombia. Bogotá: Editorial Magisterio, 1998. p. 53.

celebraciones que aumentaron cuando retornó al trono. Es más, la ciudad juró fidelidad a las nuevas Constituciones al inicio del siglo XIX, periodo marcado por expresiones festivas y religiosas de fidelidad derivadas de la formación de la Junta Provincial –opuesta a la ruptura total con España– y las juras a la Constitución de Cádiz. Toda esta tradición festiva y colectiva migró hacia la República y las nuevas elites, en la que los patriotas también celebraron, fieles hijos de España.

Si bien es cierto que los festejos tenían un protocolo que debían cumplir las autoridades civiles, los responsables directos de las celebraciones se apoyaban en las elites que cada vez aumentaban su caudal económico y que les permitía financiar parte de los eventos oficiales y populares que se brindaban. Todo lo que se organizaba se registraba en el libro de actas para que quedara constancia de lo actuado y definido. Luego se elaboraba un informe que se enviaba a Madrid, dando cuenta de todo lo acontecido. En algunos se señalaba que hubiesen querido programar más eventos, con más lujo y suntuosidad, pero que la situación socioeconómica de la ciudad no lo permitió. De todas maneras, estos fastos repentinos no estaban incluidos en la tabla de las fiestas, por lo que se interrumpía intempestivamente la vida cotidiana para festejar. Los festejos populares, religiosos y políticos estarán al orden del día, originando una cultura festiva rica en expresiones culturales espirituales que involucraron a todas las clases sociales. A estos festejos populares se sumaron los nativos vecinos a la ciudad, tanto así que durante la proclamación del rey Carlos IV, organizaron en la población indígena de Mamatoco su propia celebración con danzas y bailes tradicionales a donde asistieron las autoridades civiles y eclesiásticas, además de algunos miembros de la elite samaria.

En estas ceremonias regias se expresó toda la fidelidad de los vasallos samarios a los borbones. Pero esa fidelidad fue más allá, tanto que otros hechos sociales de la familia real ameritaron que los súbditos samarios le rindieran pleitesía, homenajes y alabanzas al Todopoderoso por solicitud expresa del monarca. Es decir, todo aquello que la monarquía consideraba digno de festejarse y rendir fidelidad por parte de sus vasallos se ordenaba y

los súbditos cumplían al pie de la letra, a pesar de las vicisitudes económicas, como en el caso de Santa Marta.

La fidelidad a la monarquía tuvo dos eventos en los cuales la sociedad samaria en su conjunto debía demostrar que eran fieles a los reyes: Levantar el pendón real y la ceremonia del besamanos. El primero —el pendón real— fue por su propia naturaleza política y simbólica, expresión del poder. Por su parte, la ceremonia del besamanos expresaba con toda claridad recordar a los súbditos la necesidad de renovar permanentemente el reconocimiento del poder del rey besando la mano de su representante en las capitales provinciales. Esos dos eventos se sumaron a las proclamaciones y otras ceremonias regias, con lo cual se demuestra en este capítulo (cuarto) que la Corona estructuró un aparato legal que les recordara a los súbditos hispanoamericanos que le debían obediencia y fidelidad. Esas formas de manifestarse el poder monárquico, mantenían a los samarios en permanentes tensiones por cumplir estrictamente las órdenes reales y jurar permanentemente lealtad eterna a los reyes españoles.

El último capítulo se destinó a revisar y documentar las pesquisas que se tenían sobre las exequias que se realizaban en Santa Marta a la muerte de los reyes en España, igual que en las ciudades de Cartagena de Indias y las otras ciudades donde también organizaban las ceremonias reales de proclamación y exaltación de los reyes. En este capítulo es claro el papel que jugaban los actores políticos y el poder de la iglesia católica a la hora de decidir los actos que conllevaba a la organización y realización de las ceremonias religiosas, en las exequias y honras, en la oración central del ritual que era un discurso que tenía como objetivo exaltar y valorar el personaje. A pesar de que el muerto era el monarca, la autoridad civil representada por el virrey o el gobernador, en el caso de una ciudad como Santa Marta, se debía conciliar con la autoridad eclesiástica a través de las exequias simbólicas, es decir, los poderes conciliaban en medio de las tensiones, dadas por las continuas intromisiones de una autoridad en el fuero de la otra. El celo institucional fue una constante en estas ceremonias, que igualmente se reflejaban en el orden que ocupaban las

autoridades en las exequias durante los oficios religiosos en la catedral. Unos iban a la derecha, otros a la izquierda, unos adelante otros atrás. Encabezaban la ceremonia el obispo y el gobernador, el deán, el cabildo y otros oficiales; en la mitad, los sectores hegemónicos y dominantes de la sociedad samaria; y por último los pardos, esclavos, los nativos y los libres de todos los colores. A pesar de conocerse el lugar que le correspondía a cada uno, las disputas que se presentaban al momento de tomar asiento en las sillas de la catedral fueron constantes. Siempre se presentaban inconformidades porque alguien se sentaba a donde no le correspondía, situación que generaba amargas discusiones públicas, no bien vistas por la población que asistía y que mayoritariamente no se sentaba, escuchando los oficios religiosos de pie en la parte de atrás del templo como subalternos.

Lo cierto fue que la muerte de los reyes en España enlutó a las ciudades hispanoamericanas, y Santa Marta no era la excepción. A pesar de la distancia y de que Su Majestad no vino a estas tierras, los súbditos se afligían por tal suceso real. El evento más importante de las exequias fueron los oficios religiosos que se realizaban en la catedral, espacio que se transformaba al elaborarse y adornarse con un túmulo. La elaboración de esta arquitectura efímera se convertía en un hecho significativo para la ceremonia religiosa, puesto que previamente se presentaba la propuesta del armazón y el cabildo de la ciudad, en coordinación con todas las autoridades samarias, escogía el túmulo más apropiado.

En la ceremonia religiosa se evidencia el importante papel de las jerarquías virreinales, porque cada una de las instituciones que tenían mayor participación en estos rituales de exequias, estaban constituidas por un orden interno, de las cual hacían parte el cabildo, la Real Audiencia y la Iglesia católica, que a su vez, estaban administradas por un grupo reducido de eruditos para que hicieran parte de las ceremonias en honor al fallecido con la solemnidad acostumbrada.

Es claro, entonces, concluir que las autoridades samarias, no sólo debieron rendirle culto a sus santos y vírgenes protectores, sino que también celebraron exequias en honor a los reyes y a sus allegados, siempre y cuando se dieran las órdenes reales. Las exequias a los reyes tuvieron un componente importante como la elaboración y exposición de los túmulos, por lo que las autoridades coloniales debieron organizar con mucho esmero los actos. Con menos pompa se realizaron otras exequias a miembros de la familia real y a otros integrantes de las realezas de naciones amigas de España. Para estos casos el rey lo solicitaba, igualmente, a través de la publicación de reales cédulas, y los samarios, en el caso estudiado, realizaban ceremonias modestas, pero llenas de obediencia y resignación, oraban por el fallecido, aunque no guardaban el luto como cuando fallecía el monarca. Estas demostraciones de obediencia fueron expresión de lealtad y fidelidad a la monarquía española. El duelo se extendía también al fallecer una autoridad eclesiástica local; se asistía con resignación a las exequias. La feligresía samaria, sin ser obligada, participaba puntualmente, y guardando el luto requerido, en los actos religiosos que se organizaban. Sin duda, esta fue una forma de manifestar públicamente su compromiso como cristiano y su lealtad a la religión católica.

Se demostró a lo largo del capítulo que los samarios tuvieron que cumplir al pie de la letra la Real Cédula de marzo de 1693, reglamentando cómo debían organizarse las exequias reales y señalando a quiénes correspondía realizar los gastos que demandaba tal evento fúnebre. Es decir, asumieron los costos de toda la ceremonia sin afectar las Cajas Reales y fueron fieles al aceptar la obligación que se estableció cómo debía procederse a la hora de guardar lutos y cómo debían vestirse, asimismo los límites que se definió de estricto cumplimiento.

Como conclusión general, la hipótesis de trabajo que se planteó, se logró comprobar: que la distintiva conformación de la jerarquía social samaria; la disposición de los cuerpos que articulaban dicha sociedad; el orden interno y sus redes clientelares; la norma legislativa externa, su aplicación en este contexto social y el grado de cumplimiento, según las

coyunturas sociales y económicas propias, son caracteres definibles a través de una historia cultural que se centró específicamente en la investigación y análisis de las reales cédulas, que ordenaban organizar exequias, guardar lutos por la muerte del rey y celebrar fastos por la exaltación y proclamación del nuevo monarca. A lo largo del trabajo, ese fue el horizonte que se siguió y a fe que se consiguió, porque se pudo conocer el entorno samario y la relación de la religiosidad, la festividad, el poder de la monarquía borbónica en las tierras americanas. Los temas abordados fueron desde la preocupación de los conquistadores por los hospitales y las iglesias, pasando por comprender las relaciones de las jerarquías sociales de la sociedad samaria, las incursiones de los piratas, el papel de las elites borbónicas durante el siglo XVIII, los conflictos entre gobernadores y religiosos, las celebraciones católicas hasta las fiestas de fidelidad de la monarquía borbónica en la conformación de la sociedad samaria durante el siglo XVIII.

Es admirable la prolija documentación sobre los hechos que sirvieron de base y, además, confiables porque provienen de fuentes históricas de gran prestancia como bibliotecas y archivos prestigiosos nacionales e internacionales. Información valiosa que permitió la reconstrucción de los hechos sociales, políticos y culturales que llevan a confirmar que la sociedad samaria históricamente estuvo atenta a cumplir las exigencias de la monarquía borbónica y la mejor forma de mostrar fidelidad, fue a través de obedecer fielmente a los mandatos que desde España llegaban en las reales cédulas que indicaban la obligación de organizar ceremonias reales, que sin duda, los más interesados eran las autoridades coloniales y las elites de comerciantes, hacendados, y hacia el final del siglo XVIII, de ilustrados samarios que se prepararon para asumir la administración del virreinato. Fue esa elite el resultado de una evolución normal de blancos nacidos en la ciudad, pero con abolengos y linajes peninsulares, los que fueron organizando desde finales del siglo XVII una red clientelar, que tuvo su expresión, como ejemplo, la familia Díaz Granados (reconvertido al final del siglo XIX como Díazgranados), que como se demuestra en varios apartes del texto mantuvieron el control de una institución clave en la consolidación de la colonia: la iglesia. Situación que se extendió a los inicios del siglo XIX en el manejo de la diócesis y en lo político, hasta hoy.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

ARCHIVO GENERAL DE INDIAS, SEVILLA

Legajos revisados

- SANTA FE 504. Cartas y expedientes de gobernadores de Santa Marta. 1707-1713.
- SANTA FE 505. Cartas y expedientes de gobernadores de Santa Marta. 1714-1718.
- SANTA FE 506. Cartas y expedientes de gobernadores de Santa Marta. 1719-1724.
- SANTA FE 507. Cartas y expedientes de gobernadores de Santa Marta. 1725-1727.
- SANTA FE 508. Cartas y expedientes de gobernadores de Santa Marta. 1728-1734.
- SANTA FE 509. Cartas y expedientes de gobernadores de Santa Marta. 1734-1737.
- SANTA FE 510. Cartas y expedientes de gobernadores de Santa Marta. 1738-1759.
- SANTA FE 511. Cartas y expedientes del cabildo secular de Santa Marta. 1701-1748.
- SANTA FE 512. Cartas y expedientes de oficiales reales de Santa Marta. 1707-1755.
- SANTA FE 518. Cartas y expedientes del obispo de Santa Marta. 1702-1719.
- SANTA FE 519. Cartas y expedientes del obispo de Santa Marta. 1720-1724.
- SANTA FE 520. Cartas y expedientes del obispo de Santa Marta. 1724-1726.
- SANTA FE 521. Cartas y expedientes del obispo de Santa Marta. 1727-1733.
- SANTA FE 522. Cartas y expedientes del obispo de Santa Marta. 1734-1737.
- SANTA FE 523. Cartas y expedientes del obispo de Santa Marta. 1738-1759.
- SANTA FE 524. Cartas y expedientes del Cabildo eclesiástico de Santa Marta. 1714-1759.
- SANTA FE 1200. Expedientes e instancias de partes de Santa Marta. 1730-1785.
- SANTA FE 1247. Cartas y expedientes del obispo y Cabildo de Santa Marta. 1749-1817.

SERIE DE REGISTROS CEDULARIOS DE LA SECCIÓN INDIFERENTE

SANTA FE 504. Dos cartas del gobernador interino de Santa Marta, Diego de Peredo, a Domingo López de Calo Mondragón. Acusa el recibo de tres despachos, uno en que se le participó la muerte del rey, cláusulas del testamento, forma de sucesión y gobierno en ínterin, otro en cuanto a la moderación de túmulos y lutos, y el tercero sobre los recelos con las naciones extranjeras. Santa Marta, 4 de mayo y 10 de junio de 1701. (1 folio y 2 folios – 3 copias).

SANTA FE 504. Carta del gobernador interino de Santa Marta, Diego de Peredo, dirigida al Consejo. Acusa el recibo de tres despachos, uno en que se le participó la muerte del rey, otro en cuanto a la moderación de túmulos y lutos, y el tercero sobre los recelos con las naciones extranjeras, diciendo lo publicó inmediatamente en aquella ciudad y que los brazos eclesiástico y secular manifestaron su sentimiento en las fúnebres exequias que se celebraron en la iglesia de aquella ciudad. Santa Marta, 10 de junio de 1701. (2 folios – 3 copias)

SANTA FE 504. Carta del gobernador interino de Santa Marta, Diego de Peredo, a Manuel de Aperregui. Da cuenta de haber recibido las órdenes en que se le mandó levantar pendones en nombre del rey nuestro Señor D. Felipe V, y de haberse celebrado este acto con la solemnidad que consta por el testimonio que incluye. Santa Marta, 10 de junio de 1701. (2 folios – 3 copias)

Adjunta:

1. Carta del gobernador interino de Santa Marta, Diego de Peredo, a su Majestad, noticiando la celebración de fiestas de aclamación de Su Majestad tras el acuerdo del Cabildo. Santa Marta, 10 de junio de 1701. (1 folio – 2 copias)

2. Copia del Acta del Cabildo para la aclamación de Su Majestad y fiestas. Santa Marta, 24 de abril de 1701. (2 folios – 3 copias).

SANTA FE 504. Carta del gobernador de Santa Marta, Alonso Valera a su Majestad. Avisa el recibo de la cédula en que se le participó el preñado de la Reina nuestra Señora, y dice lo que en su virtud se ejecutó. Santa Marta, 30 de agosto de 1707. (2 folios-3 copias).

INDIFERENTE 431, L.45, F.335r-356r. Real Cédula al marqués de Castelldosrius, virrey del Perú, avisándole el nacimiento del Príncipe. Ídem, al gobernador de Santa Marta. Madrid, 3 de septiembre de 1707. (2 folios – 3 copias)

SANTA FE 504. Carta del gobernador de Santa Marta, Alonso Valera, a su Majestad, dando cuenta de las demostraciones de regocijo con que se celebró en aquella ciudad la noticia del nacimiento del Príncipe. Santa Marta, 30 de enero de 1708. (2 folios-4 copias).

SANTA FE 504. Carta del gobernador de Santa Marta, Alonso Valera, a su Majestad. Avisa el recibo de las dos cédulas que se le remitieron para efecto de que en hacimiento de gracias del nacimiento del Príncipe, diese libertad a los presos que no tuvieran delito que excluyesen dichas cédulas, y da cuenta de haberlo ejecutado con diferentes, y remitiendo testimonios de dichas cédulas a toda la provincia. Santa Marta, 30 de enero de 1708. (2 folios-3 copias).

SANTA FE 518. Carta de fray Luis, electo obispo de Santa Marta, a Su Majestad, participándole que la noticia del nacimiento del Príncipe se había celebrado mucho en aquel obispado, repitiendo gracias a nuestro Señor. Tenerife, 9 de marzo de 1708. (2 folios – 2 copias)

SANTA FE 518. Carta de fray Luis, electo obispo de Santa Marta, al secretario del Consejo de Indias, D. Bernardino Tinajero de la Escalera. Dice lo mucho que se celebró en aquella jurisdicción la noticia del preñado de la reina. Tenerife, 9 de marzo de 1708. (2 folios – 2 copias)

INDIFERENTE 432, L.46, F.146r-147r. Real Cédula al gobernador de Trinidad y Puerto de Buenos Aires, avisándole el juramento del Príncipe de Asturias D. Luis Fernando. Ídem, al gobernador de Santa Marta. Madrid, 19 de junio de 1709. (2 folios – 3 copias)

INDIFERENTE 432, L.46, F.147r-148r. Real Cédula al arzobispo de Lima, avisándole el juramento del Príncipe de Asturias D. Luis Fernando. Ídem, al obispo de Santa Marta. Madrid, 19 de junio de 1709. (2 folios – 3 copias)

INDIFERENTE 432, L.46, F.148r-149r. Real Cédula al Cabildo de la iglesia de Lima, avisándole el juramento del Príncipe de Asturias D. Luis Fernando. Ídem, al cabildo de Santa Marta. Madrid, 19 de junio de 1709. (2 folios – 3 copias)

INDIFERENTE 432, L.46, F.149r-150v. Real Cédula a la ciudad de Lima, avisándole el juramento del Príncipe de Asturias D. Luis Fernando. Ídem, a la ciudad de Santa Marta. Madrid, 19 de junio de 1709. (2 folios – 4 copias)

SANTA FE 518. Carta de fray Luis, obispo de Santa Marta a su Majestad. Avisa el recibo de la Real Cédula de 19 de mayo de 1709 en que se le participó el juramento del serenísimo Príncipe de Asturias, nuestro Señor, diciendo es imponderable el regocijo que recibieron todos aquellos vecinos. Santa Marta, 24 de diciembre de 1710. (2 folios – 2 copias)

INDIFERENTE 432, L.46, F.228v-230v. Real Cédula al virrey del Perú, comunicándole la muerte del Delfín de Francia, y dándole instrucciones para el luto. Ídem, al gobernador de Santa Marta. Corella, 19 de junio de 1711. (3 folios – 5 copias)

SANTA FE 518. El Coronel de la Caballería, Marqués de Quintanar de las Torres, gobernador y capitán general de las provincias de Santa Marta, informa a su Majestad de las demostraciones que ha ejecutado con la noticia de la muerte del serenísimo señor Delfín de Francia. Santa Marta, 2 de diciembre de 1711. (2 folios – 2 copias)

INDIFERENTE 432, L.46, F.303r-305v. Real Cédula al virrey del Perú, comunicándole la muerte de los Delfines de Francia, y ordenándole lo relativo a los lutos. Ídem, al gobernador de Santa Marta. Madrid, 3 de marzo de 1712. (3 folios – 6 copias)

INDIFERENTE 432, L.46, F.336v-337v. Real Cédula al arzobispo de Lima, anunciándole el nacimiento del Infante. Ídem, al obispo de Santa Marta. El Buen Retiro, 1 de agosto de 1712. (2 folios – 3 copias)

INDIFERENTE 432, L.46, F.337v-338v. Real Cédula a la ciudad de Cartagena, anunciándole el nacimiento del Infante. Ídem, a la ciudad Santa Marta. El Buen Retiro, 1 de agosto de 1712. (2 folios – 3 copias)

INDIFERENTE 432, L.48, F.40r-41r. Real Cédula al virrey del Perú, comunicándole hallarse encinta la reina Isabel de Farnesio. Ídem, al Gobernador de Santa Marta. El Buen Retiro, 25 de agosto de 1715. (2 folios – 3 copias)

INDIFERENTE 524. Carta del Cabildo eclesiástico de Santa Marta a su Majestad, con noticia del singular júbilo que ha tenido en la exaltación del trono del señor rey D. Luis I. Santa Marta, 9 de septiembre de 1724. (4 folios – 8 copias)

Corre unido a:

1. Carta del gobernador de Santa Marta Juan Beltrán De Caicedo a su Majestad. Avisa el recibo de la Real Cédula de 11 de febrero del mismo año, en que se participaba la exaltación al trono del señor D. Luis I, y da cuenta de haberse hecho la publicación y aclamación en todas las ciudades y cabezas de partido de aquella provincia, con las posibles demostraciones de regocijo. Tenerife, 10 de septiembre de 1724. (2 folios – 4 copias)

2. Carta de fray Antonio, obispo de Santa Marta, haciendo expresión del sentimiento que le ha causado la muerte del rey nuestro señor, D. Luis I. Santa Marta, 13 de marzo de 1725. (2 folios – 2 copias)

3. Carta del gobernador de Santa Marta Juan Beltrán De Caicedo a su Majestad. Pondera el sentimiento que ha causado en aquella provincia la muerte del rey D. Luis I. Santa Marta, 14 de junio de 1725. (2 folios – 3 copias)

INDIFERENTE 447, L.47, F.60r-61r. Real Cédula a los ministros eclesiásticos y seculares de las provincias del Perú, con motivo del matrimonio de la serenísima Infanta de España Doña María Teresa, con el Delfín de Francia. El Pardo, 29 de enero de 1745. (2 folios – 3 copias)

INDIFERENTE 447, L.47, F.124r-126r. Real Cédula al virrey del Perú, participándole la muerte del rey D. Felipe V, padre de su Majestad, y ordenando lo que hay que hacer con este motivo. Ídem, al Gobernador de Santa Marta. El Buen Retiro, 31 de julio de 1746. (3 folios – 5 copias)

INDIFERENTE 447, L.47, F.129v-131r. Real Cédula al virrey del Perú, ordenándole lo que se ha de observar en cuanto a moderación de lutos y túmulos por la muerte del rey Felipe V, padre de su Majestad. Ídem, al Gobernador de Santa Marta. El Buen Retiro, 31 de julio de 1746. (3 folios – 4 copias)

INDIFERENTE 447, L.47, F.131r-132v. Real Cédula al virrey del Perú, sobre los lutos que pongan por la muerte del rey Felipe V, sean por ahora por cuenta de los ministros. El Buen Retiro, 31 de julio de 1746. (2 folios – 3 copias)

INDIFERENTE 447, L.47, F. 134r-135v. Real Cédula a la ciudad de los reyes, participándole la muerte de Felipe V y ordenándole alce pendones en el nombre de Su Majestad con el de Fernando VI. Ídem, a la ciudad de Santa Marta. El Buen Retiro, 31 de julio de 1746. (2 folios – 3 copias)

INDIFERENTE 447, L.47, F.137v-139r. Real Cédula al arzobispo de Lima, participándole la muerte de Felipe V para que se hagan las exequias y honras que en tales casos se

acostumbran. Ídem, al obispo de Santa Marta. El Buen Retiro, 31 de julio de 1746. (3 folios – 4 copias)

INDIFERENTE 447, L.47, F.139v-140v. Real Cédula a la ciudad de los reyes, ordenándoles lo que han de practicar en cuanto a lutos y exequias por la muerte de Felipe V. Ídem, a la ciudad de Santa Marta. El Buen Retiro, 31 de julio de 1746. (2 folios – 3 copias)

SANTA FE 1200. Carta de Antonio de Alcalá Galiano al Marqués de la Ensenada sobre las exequias del rey Felipe V y la proclamación de Fernando VI. Santa Marta, 4 de diciembre de 1748. (2 folios – 3 copias)

Adjunta: Testimonio de lo ejecutado por el cabildo, justicia y regimiento de la ciudad de Santa Marta, en las fúnebres exequias que se hicieron por el ánimo de nuestro rey y señor D. Felipe V, de que Dios goce, y de las festivas demostraciones con que se celebró la aclamación y gloriosa exaltación al trono de nuestro y señor D. Fernando VI. Año de 1748. (20 folios – 38 copias)

Nota: incluye varias actas del Cabildo sobre la materia y relación de gastos, entre otros documentos.

SANTA FE 1200. Carta de Francisco Muñoz Castellanos a su Majestad, con referencias a las exequias del rey Felipe V y proclamación de Fernando VI, con testimonio de la oración fúnebre que dijo. Santa Marta, 3 de enero de 1749. (2 folios – 3 copias.)

Adjunta:

1. “Oración fúnebre a las reales exequias del rey nuestro señor, don Felipe V, que celebró la ciudad de Santa Marta, en su iglesia catedral, y la dijo el señor D. Francisco Muñoz Castellanos, chantre, dignidad de la misma iglesia”. (5 folios – 9 copias)
2. Carta de Francisco Muñoz Castellanos al secretario de Estado Marqués de la Ensenada, con referencias a las exequias del rey Felipe V y proclamación de Fernando VI. Santa Marta, 3 de enero de 1749. (1 folio – 2 copias)

SANTA FE 523. Carta de Joseph Xavier, obispo de Santa Marta a S.M., dando cuenta del recibo del Real Despacho de Aranjuez, a 23 de junio de 1749, con que se acompañaron los Decretos de su Santidad, en que concede el rito doble de segunda clase con octava en la festividad de Santa Isabel, reina de Portugal, y el mismo rito primera clase con octava, en la de San Fernando, rey de España. Santa Marta, 22 de abril de 1750. (2 folios – 3 copias)

Adjunta: Testimonio de las diligencias que justifican su puntual cumplimiento. (2 folios – 3 copias)

INDIFERENTE 1247. Carta de fray Miguel, obispo de Santa Marta, a su Majestad. Dando cuenta de su llegada a ese obispado y de haberse jurado al rey D. Fernando VII la lealtad y amor que le profesan aquellos vasallos. Santa Marta, 5 de junio de 1809. (2 folios – 4 copias)

INDIFERENTE 539, L.YY12. FOL. 128v130r. Real Cédula al arzobispo de México y a los demás arzobispos y obispos, participándole haber muerto el señor D Felipe V, a fin de que haga las exequias y honras que en tales casos se acostumbran. El Buen Retiro, 31 de julio de 1746 (2 folios).

SANTA FE 1185. El obispo de Santa Marta. Da cuenta de haber celebrado en todo su obispado las honras y exequias del rey Fernando VI. Santa Marta, 9 de octubre de 1760. (2 folios).

INDIFERENTE 1608. Carta del gobernador D Josef de Astigarraga a D. Antonio Porlier. Contesta a la que se le comunicó del fallecimiento del señor D. Carlos III y exaltación al trono de Carlos IV, Santa Marta, 5 de marzo de 1789. (2 folios).

INDIFERENTE 1608. Carta del gobernador D. Josef de Astigarraga D. Antonio Porlier. Recibo de Real Orden de 24 de diciembre último sobre muerte del rey. Santa Marta, 5 de marzo de 1789. (2 folios).

IIINDIFERENTE 1608. Carta del gobernador D. Josef de Astigarraga D. Antonio Porlier. Enterado de la orden de 24 de diciembre último que manda que los lutos que se pongan los ministros de aquella provincia por la muerte del rey sean de su cuenta. Santa Marta, 5 de marzo de 1789. (2 folios).

SANTA FE 1181. Carta del gobernador de Santa Marta, José de Astigarraga, al D. Antonio Porlier, sobre exequias por el alma de Carlos III. Santa Marta, 14 de abril de 1790. (2 folios).

SANTA FE 745. Copia de carta de Víctor de Salcedo a D. Antonio Vacaro. Lealtad a la suprema Junta de Gobierno establecida en Sevilla. Santa Marta, 17 de agosto de 1808. (1 folio).

SANTA FE 1182. Carta del cabildo eclesiástico de Santa Marta a don Silvestre Collar. Juramento de Fidelidad al rey. Santa Marta, 5 de febrero de 1809. (1 folio).

SANTA FE 1182. Carta del cabildo de Santa Marta al secretario Supremo Consejo de Indias. Real Pendón en nombre de Fernando VII e instalación de Junta Central. Santa Marta, 15 de marzo de 1809. (1 folio).

SANTA FE 1182. Carta de Fr. Miguel, obispo de Santa Marta, a D. Martin de Garay, sobre la entrada a su obispado y juramento de de lealtad a Fernando VII. Santa Marta, 3 de junio de 1809. (2 folios).

SANTA MARTA 1188. Carta del Gobernador de Santa Marta. Avisa haber recibido los tres Reales Despachos, uno de ellos para que se publique el matrimonio del príncipe de Asturias con la princesa Doña Luisa. Santa Marta, 15 de mayo de 1766. (4 folios).

SANTA FE 1189. Carta de fray Agustín Manuel, obispo de Santa Marta. Celebración de exequias de la reina Isabel de Farnesio. Santa Marta, 18 de julio d 1767. (12 folios).

SANTA FE 1192. Carta del obispo de Santa Marta. Avisa el Recibo de Real Despacho en que se le participa el nacimiento del infante D. Carlos. Santa Marta, 14 de marzo de 1772. (3 folios).

SANTA FE 1193. El Gobernador de Santa Marta. Participa las gracias y regocijos por el nacimiento de la infanta Carlota. Santa Marta, 4 de septiembre de 1775. (4 folios).

SANTA FE 1194. Carta del Cabildo eclesiástico. Sobre el plausible nacimiento de la Infanta Carlota y fábrica de la Iglesia Catedral. Santa Marta, 4 de septiembre de 1775. Adjuntos. (19 folios).

SANTA FE 1193. El Gobernador de Cartagena. Noticia del nacimiento de la Infanta Carlota, Santa Marta, 19 de noviembre de 1775. (4 folios).

SANTA FE 1193. El obispo de Santa Marta. Recibo de los despachos sobre nacimiento de gracias por el nacimiento de Infanta Carlota. Cartagena, 22 de diciembre de 1775. (3 folios).

SANTA FE 1193. Carta de cabildo secular avisando recibo de Real Cédula en que se le participa feliz nacimiento de Infanta María Luisa. Santa Marta, 20 de marzo de 1778. (3 folios.).

SANTA FE 1193. Carta del Gobernador avisando recibo de Real Cédula en que le participa feliz nacimiento de Infanta María Luisa. Santa Marta, 20 de marzo de 1778. Adjuntos. (11 folios).

SANTA FE 1194. Carta del teniente de Gobernador de Santa Marta. Sobre haber suspendido el cabildo de aquella catedral concurrir al besamanos el día del cumpleaños de Su Majestad. Santa Marta, 4 de marzo de 1785. Adjuntos. (25 folios).

SANTA FE 1195. Carta del Gobernador de Santa Marta. Avisa el recibo de Real Despacho sobre agradecer el nacimiento del Infante D. Carlos María. Santa Marta, 19 de agosto de 1788. (3 folios).

SANTA FE 1195. Carta de la ciudad de Santa Marta. Avisa recibo de Real Despacho sobre el nacimiento del Infante D. Carlos María, 4 de septiembre de 1788. (4 folios).

SANTA FE 1195. Carta del Gobernador de Santa Marta, Avisa el recibo de Reales Despachos. Gracias por el parto de la reina. Santa Marta, 15 y 17 de noviembre de 1789. (5 folios).

SANTA FE 1195. Carta del cabildo secular de Santa Marta, avisa el recibo de Reales Despachos. Gracias por el parto de la reina. Santa Marta, 19 de noviembre de 1789. (4 folios).

SANTA FE 1196. Carta de Anselmo, obispo electo de Santa Marta a Antonio Porlier. Da cuenta de la solemnidad con que se han dado las gracias por feliz parto de la reina. Santa Marta, 15 de enero de 1790. Adjuntos. (13 folios).

SANTA FE 1196. Carta del cabildo secular. Avisa recibo de Real Despacho y haber dado a Dios las debidas gracias por el feliz parto de la reina. Santa Marta, 27 de junio de 1791. (4 folios).

SANTA FE 1181. Carta de Antonio Samper a S. M. Da cuenta con documentos de lo ocurrido en la sustitución de mandos en la ceremonia de besamanos de nuestro Príncipe el señor D. Fernando. Santa Marta, 25 de agosto de 1794. Adjunto (9 folios).

SANTA FE 1198. Carta del gobernador José Díaz Granados. Avisa recibo de Real Despacho para que se publique haberse celebrado los matrimonios de la Infanta doña María

Amalia con el infante don Antonio, y el del príncipe don Luis con la infanta María Luisa. Santa Marta, 25 de abril de 1796. (1 folio).

SANTA MARTA 1187. El cabildo eclesiástico de Santa Marta informa a su Majestad de la muerte del obispo D. Nicolás Gil Martínez Malo. Santa Marta, 12 de junio de 1763. Principal y adjunto. (4 folios).

SANTA FE 1198. Carta del gobernador de Santa Marta Antonio de Samper a S. M. acompaña fe de muerte del obispo Alexandro de Euges. Santa Marta, 25 de noviembre de 1796. Adjunto. (4 folios).

SANTA FE 1233. Carta del gobernador Antonio Alcalá Galindo a S. M. Participa haber tomado posesión de aquel gobierno. Santa Marta, abril 3 de 1748. (7 folios).

SANTA FE 1187. Carta de los oficiales reales y del obispo de Santa Marta sobre las rentas y emolumentos de prebendados. Santa Marta, 16 de julio y 15 de septiembre de 1760, respectivamente. (9 folios).

SANTA FE 1233. Carta del virrey de Santa Fe D. Pedro Messía De La Cerda a D. Julián de Arriaga. Falta de respeto y subordinación de D. Gregorio Rosales. Cartagena, 22 de enero de 1763. (5 folios).

SANTA FE 1233. Carta de Gregorio Rosales Troncoso y Osoreo a S. M. Santa Marta, de 13 de marzo de 1763. (20 folios).

SANTA FE 1233. Carta del virrey de Santa Fe D. Pedro Messía De La Cerda a D. Julián de Arriaga. Expresa con relación de méritos de D. Andrés Pérez Calderón los motivos que tuvo para nombrarle Gobernador interino. Cartagena, 27 de mayo de 1763. (4 folios).

SANTA FE 1233. El gobernador Marqués de Sobremonte al Bailío D. Pedro Messía De La Cerda. Remite testimonio de los autos seguidos contra D. Gregorio de Rosales sobre inobediencia. Cartagena, 1 de agosto de 1763. (92 folios).

SANTA FE 1187. Informe del fiscal relativo a la prisión del gobernador Gregorio Rosales. Madrid, 20 de septiembre de 1764. (11 folios).

SANTA FE 1187. Carta del obispo de Santa Marta. Dando las gracias a S. M. por la elección como obispo. Santa Fe, 24 de octubre de 1764. (3 folios).

SANTA FE 1187. Carta del obispo de Santa Marta a S. M., da cuenta con documentos de haber tomado posesión de la mitra. Santa Marta, 20 de mayo de 1765. Principal y adjuntos. (10 folios).

SANTA FE 1233. Varios documentos relacionados con el gobierno de Andrés Joseph Pérez Ruiz Calderón. Año de 1765, entre ellos: (24 fol.).

SANTA FE 969. Real Cédula para concluir las fabricas de la Iglesia Catedral de Santa Marta y de aquel Colegio Seminario. El Pardo, 14 de enero de 1774. (4 folios).

SAANTA FE 1181. Carta del gobernador de Santa Marta, José de Astigarraga, a D. Antonio Porlier. Nueva población en la provincia. Santa Marta, 4 de mayo de 1789. (2 folios).

SANTA FE 1181. Carta de don José de Astigarraga, gobernador de Santa Marta, a D. Antonio Porlier, noticiando la llegada del obispo Anselmo Fraga. Santa Marta, 16 de noviembre de 1789. (1 folio).

SANTA FE 1181. Carta de Antonio de Samper, gobernador de Santa Marta, S. M. Da cuenta de haberse concluido la obra material de la Catedral. Santa Marta, 25 de noviembre de 1795. (5 folios).

SANTA FE 1182. Carta del Cabildo secular de Santa Marta, sobre misas que se celebraron con motivo de la instalación de las Cortes Generales. Santa Marta, 22 de enero de 1811. Adjunto. (3 folios).

SANTA FE 1188. Carta del gobernador de Santa Marta Antonio de Alcalá Galiano. Sobre el estado deplorable de la fábrica de aquella catedral. Santa Marta, 14 de octubre de 1752. (13 folios).

SANTA MARTA 1188. Carta de fray Agustín Manuel, obispo de Santa Marta. Reedificación de la catedral. Santa Marta de 25 de abril de 1752. (7 Folios).

SANTA MARTA 1188. Carta de fray Agustín Manuel, obispo de Santa Marta. Méritos del Doctor Josepf Francisco Mozo. Santa Marta, 20 de julio de 1765. (6 folios).

SANTA FE 1190. El comisario de la Santa Cruzada, sobre la necesidad de Pendón Real. Santa Marta, 2 de marzo de 1767. Varios adjuntos. (60 folios).

SANTA FE 1190. Ejecutoriales del obispado de Santa Marta al doctor D. Francisco Xavier Calvo. Fechadas en 24 de mayo de 1771. (12 folios).

SANTA FE 1192. Carta del obispo que fue de Santa Marta. Informa de los méritos del gobernador interino D. Manuel de Herrera Leyva. Santa Marta, 16 de octubre de 1770. Varios adjuntos. (11 folios).

SANTA FE 1193. Carta del virrey don Manuel Guirior, sobre el nombramiento del Primer Auditor de Guerra. Santa Fe, 7 de junio de 1774. Adjuntos. (53 folios).

SANTA FE 1197. Cámara de Indias. Nombramiento del obispo D. José Alejandro de Euges y Villamar. Fechado en 22 de septiembre de 1794. Adjuntos. (18 folios).

SANTA FE 1198. Carta del deán de la Santa Iglesia de Santa Marta. Sobre la falta de prelado en esa Iglesia. Santa Marta, 24 de diciembre de 1796. (3 folios).

SANTA FE 1199. Carta del virrey de Santa Fe, don Manuel Antonio Flórez a S. M., entre otros asuntos que se suprima la mitra de Santa Marta. Santa Fe, 31 de marzo de 1777. Adjunto. (26 folios).

SANTA FE 1199. Carta de Anselmo, obispo gobernador de Santa Marta al Excmo. Señor D. Antonio Porlier. Estado Eclesiástico de su diócesis. Santa Marta, 15 de noviembre de 1789. (6 folios).

SANTA FE 1199. Carta del obispo de Santa Marta a D. Antonio Porlier. Erección de un colegio seminario. Santa Marta, 15 de enero de 1790. (5 folios).

SANTA FE 1199. Carta del Gobernador y del obispo a S. M., informa haberse consumido lo dispuesto para la fábrica material de aquella iglesia. Santa Marta, 1 de septiembre de 1768. Adjunto. (19 folios).

SANTA FE 1199. Carta de fray Agustín Manuel, obispo de Santa Marta, sobre el estado de la obra de su catedral. Santa Marta, 4 de enero de 1771. (12 folios).

SANTA FE 1199. Carta del virrey de Santa Fe, B. Fray Pedro Messía De La Cerda a S. M. Reedificación de la Catedral de Santa Marta. Santa Fe, 28 de junio de 1772. (8 folios).

SANTA FE 1199. Representación del Cabildo eclesiástico de Santa Marta, sobre la reedificación de la iglesia. Santa Marta, 3 de febrero de 1790. Adjunto. (27 folios).

SANTA FE 1199. Carta del gobernador Antonio de Samper a S. M., dando cuenta de haberse concluido la fábrica de aquella iglesia. Santa Marta, 25 de noviembre de 1795. (13 folios).

SANTA FE 1248. Carta del gobernador Domingo José Díaz Granados a S. M. Fundamentos que ha tenido para no continuar en la vacante de arcediano al prebendado interino D. José Gregorio De Las Bastidas. Santa Marta, 25 de agosto de 1796. Adjunto. (16 folios).

SANTA FE 1248. El Cabildo eclesiástico de Santa Marta a su Majestad. Abandono y mala conducta en la administración de la fábrica de aquella iglesia y sobre lo obrado con motivo del fallecimiento del obispo de esa ciudad. Santa Marta, 25 de diciembre de 1796. Adjunto. (36 folios).

SANTA FE 1199. Carta del Cabildo eclesiástico a S. M. Representa que por el fallecimiento de tres obispos no se han dado a la iglesia los Pontificales que corresponden. Santa Marta, 25 de diciembre de 1796. Carta y expediente adjunto. (214 folios).

SANTA FE 1202 A. Carta de la Audiencia. Hace presente a S. M. haber dispensado al Gobernador de su comparecencia para prestar juramento. Santa Fe, 19 de enero de 1805. Adjunto (12 folios).

SANTA FE 1181. Informe del gobernador de Santa Marta don José Ignacio de Astigárraga, sobre el estado de la provincia, Santa Marta, 22 marzo 1789, fs 27.

SANTA FE 1258, Documento Domingo José Díaz, 1796-1797. Folios 1- 150.

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

Fondo Miscelánea: SC.39; Legajo Juicio de sucesión, causas criminales, diezmos; Título y Signatura Santa Marta: Cuentas gastos defunción y entierro de obispo.- Miscelánea; SC. 39, 70, D.1, Folio, 1-31, 1799.

Fondo Miscelánea: SS. 39, 58, D.25. Título y Signatura: Solicitud Cabildo no participe en Procesiones. Legajo Litigios por Tierras, Esclavos, Minas. 1676.

Fondo Miscelánea: SC. 39, 5, D.8. Título y Signatura pugna entre abogado de la Real Audiencia y asesor Santa Marta. Títulos universitarios, abolengo, apelación sentencias. 1804.

Fondo Miscelánea: SC. 39, 62, D 40. Título y Signatura preparativos Cabildo Santafé para recibir al Virrey. Legajo: Asuntos criminales, causas civiles, pleitos, indagatorias, 1750.

Fondo Eclesiástica: SC. 30. Título y Signatura Historia Eclesiástica- Historia. 1689-1690.

Fondo Poblaciones Varias: SC, 46, 4, D.6. Título y Signatura: Asuntos administrativos Cabildo de Santa Marta al Virrey. 1794.

ARCHIVO HISTÓRICO DE LA DIÓCESIS DE SANTA MARTA

Tomo 7, Folio 109-115. Sobre dineros provenientes del Seminario y Uso que se debe hacer de ellos, 1806.

Tomo 8, Folio 6-17. Arancel de los derechos parroquiales que exigen en la iglesia catedral de Santa Marta con arreglo al sinodal de Caracas y costumbres del país, 1808.

Tomo 1, Folios 19-20, Reedificación Catedral. Santa Marta, 18 de septiembre de 1777.

Tomo 1, Folio 22, Adelantamiento de la Catedral. Santa Fe 27 de agosto de 1777.

Tomo 3, Folios 1-11, Real Seminario, Santa Marta, 15 de enero 1790.

Tomo 1ª. Administración del Ilustrísimo Real Cédula de la Catedral de Santa Marta, Folios 1-56. 1757.

Tomo 1, Folio 35. Mayordomía de la Cofradía de Nuestra Señora del Rosario. Santa Marta, 7 de diciembre de 1773.

Tomo 1. Folio 39. Escritura de reconocimiento de 500 pesos a favor de las Banditas ánimas a censo y tributo remitíósele. Santa Marta, 30 de septiembre de 1767.

FUENTES IMPRESAS

ALARCÓN, José Concepción. Compendio de historia del departamento del Magdalena (1525 hasta 1895). Bogotá: El Voto Nacional, 1963. 456p.

ÁLVAREZ SANTALÓ, C.; BUXÓ, María José y RODRÍGUEZ BECERRA, S. La religiosidad popular III hermandades, romerías y santuarios. Barcelona: Anthropos, 1989. 669p.

----- . La religiosidad popular I Antropología e historia. Barcelona: Anthropos, 2003. 621p.

ALZATE ECHEVERRI, Adriana María. “Cuerpos bárbaros” y vida urbana en el Nuevo Reino de Granada (Siglo XVIII). En: Historia de la vida privada en Colombia. Tomo I. Las fronteras difusas Del Siglo XVI a 1880. Bogotá: Taurus, 2013. pp. 255-282.

AMARIS MAYA , Rafael. La Junta Patriota de 1810. Fotocopia: 17p.

AMORES CARREDANO, Juan B. Historia de América. Barcelona: Planeta, 2012. 959p.

ANDERSON, Benedict. Comunidades Imaginadas, Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. México: Fondo de Cultura Económica. 2005. 315p.

ANTOLINEZ CAMARGO, Rafael. El papel periódico de Santafé de Bogotá. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1991. 122p.

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN. Pensar el pasado. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Historia., 1997. 192p.

ARRAZOLA, Roberto. Documentos para la historia de Santa Marta. Cartagena: Bolívar, 1974. 224p.

ARRAZOLA, Lorenzo. Enciclopedia Española de Derecho y Administración o Nuevo Teatro Universal de la Legislación de España e Indias. Tomo IV, Madrid: Imprenta de Díaz y Compañía, 1853, 741p.

ARES QUEIJA, Berta. Las danzas de los indios: Un camino para la evangelización del virreinato del Perú. En: Revista de Indias, Madrid: CSIC, Vol. 44, No. 174, 1984. pp. 445-463.

ARÓSTEGUI, Julio. La investigación histórica: Teoría y Método. Barcelona: Crítica. 2001. 460p.

AVELLANEDA NAVAS, José Ignacio. La jornada de Jerónimo Lebrón al nuevo reino de Granada. Santafé de Bogotá: Banco de la República, 1993. 322p.

-----, La expedición de Alonso Luis de Lugo al Nuevo Reino de Granada. Santafé de Bogotá: Banco de la República, 1994. 408p.

-----, La expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada al Mar del Sur y la creación del Nuevo Reino de Granada. Santafé de Bogotá. Banco de la República, 1995. 370p.

BAJTÍN, Mijael. La Cultura Popular en el Medioevo y en el Renacimiento. Barcelona: Barral, 1974. 345p.

BAENA GALLE, José Manuel. Exequias reales en la catedral de Sevilla durante el siglo XVII, Sevilla: Diputación Provincial de Sevilla, 1992. 174p.

BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique. España. En: Enciclopedia Temática Oxford, Vol. 15, Barcelona: 62 Difusión, 2004. pp. 155-226.

BANCO DE LA REPÚBLICA. Palabras que nos cambiaron: Lenguaje y Poder de la Independencia. Bogotá: Banco de la República, 2010. 151p.

-----, Museo del Oro Tairona. Casa de la Aduana. Bogotá: Banco de la República, 2014. 108p.

BAUMAN, Zygmunt. Fundamentos de Sociología marxista. Madrid: Alberto Corazón, 1975. 506p.

BENNASSAR, Bartolomé. La América española y la América portuguesa (Siglo XVI-XVIII). Madrid: Sarpe, 1986. 239p.

BERGER, Peter L. y LUCKMANN, Thomas. La construcción social de la realidad. Buenos Aires: Amorrortu, 2008. 233p.

BERMÚDEZ BERMÚDEZ, Arturo E. Materiales para la historia de Santa Marta. Bogotá: Canal y Asociados, 1981. 339p.

-----. Piratas en Santa Marta. Santa Marta: Kimpres Ltda., 1991. 160p.

-----. Don Rodrigo de Bastidas, Adelantado de Santa Marta Santafé de Bogotá: Fondo Mixto de Promoción de la Cultura y las Artes del Magdalena “FONCULTURA”, 2000. 224p.

BERMÚDEZ GUTIÉRREZ, Venancio Aramis. Migrantes y Blacamanes en la Zona Bananera del Magdalena. Santa Marta: Gobernación del Magdalena, 2012. 564p.

-----. Endogamia, poder y administración pública en el Magdalena Grande. Fundación: Inédito, 2014. 60p.

BERNABÉU ALBERT, Salvador. Real espejo no ojos ano. Una lectura de la monarquía española según documentos del obispado de Durango (1761-1819). Torreón: Universidad Iberoamericana Torreón, 2002. 90p.

BLOCH, Marc. Introducción a la historia. México: Fondo de Cultura Económica, 2010. 202p.

BONNET CORREA, Antonio. La arquitectura efímera del barroco en España. Internet. sf. 48p.

BONNETT VÉLEZ, Diana; GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Nelson Fernando y HINESTROZA GONZÁLEZ, Carlos Gustavo. Entre el poder, el cambio y el orden social en la Nueva Granada Colonial. Bogotá: Universidad de los Andes, 2013. 294p.

BONILLA, Heraclio. (Ed.) El sistema colonial en la América Española. Barcelona: Crítica, 322p.

BOTERO RESTREPO, Juan. Breve historia de la Iglesia Católica. Sc. se., 1983. 233p.

BOURDIEU, Pierre. Sociología y Cultura. México: Grijalbo, 1990. 317p.

-----, La Distinción. Criterio y bases sociales del gusto. Madrid: Taurus, 1999. 597p.

BRAUDEL, Fernand. El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II. México: Progreso S.A., 2010. 858p.

BRENES TENCIO, Guillermo. La fidelidad, el amor y el gozo. La jura del rey Fernando VII (Cartago, 1809). En: Ciencias Sociales, San José: Universidad de Costa Rica, 119, 2008. 55-81.

-----, Lealtad y Fidelidad: La proclamación del rey Fernando VII en Cartago, provincia de Costa Rica, 1809. En: Fronteras de la historia, Bogotá: ICANH, Vol.14, no. 1, 2009. pp. 66-97.

BRONX, Humberto. Historia de las costumbres navideñas. El niño de Belén y el adolescente de Nazaret. Medellín: Copiyepes, sf. 168p.

BURCKHARDT, Jacob. La Cultura del Renacimiento en Italia. Madrid: Biblioteca Edaf. 1982. 456p.

BURKE, Peter. La cultura popular en la Europa Moderna, Madrid: Alianza, 1991. 445p.

BUSHNELL, David. Colombia una nación a pesar de sí misma. Nuestra historia desde tiempos precolombinos hasta hoy. Bogotá: Planeta, 2007. 485p.

CABRALES JIMÉNEZ, Luis Eduardo. Mompox, historia y tradición religiosa. Medellín: Lealón, 2008. 165p.

CAILLOIS R. El Hombre y lo Sagrado. México: F. C. E., 1986. 331p.

CALVO, Thomas. La jura de Fernando VI en Guadalajara (1747): de la religión real a la festividad. En: Takwa, No. 8, 2005, pp. 67-92. Internet.

CAMPANA, Víctor A. Fiesta y poder. La celebración de rey de reyes en Riobamba. Quito: Abya-Yala, 1991. 187p.

CAMPO MIER, Enrique y PADILLA PINEDO, Wilfredo. Historia del Hospital San Juan de Dios. Dentro de la dinámica colonial de Santa Marta. Santa Marta: Gobernación del Magdalena, 2014. 130p.

CANDAU CHACÓN, María Luisa. La carrera eclesiástica en el siglo XVIII. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1993. 427p.

CANTERLA, Cinta (Ed.) Nación y Constitución. De la Ilustración al Liberalismo. Sevilla: Junta de Andalucía, 2006. 604p.

CÁRDENAS GUTIÉRREZ, Salvador. De las Juras Reales al Juramento Constitucional: Tradición e Innovación en el Ceremonial Novohispano, 1812-1820, www.bibliotecajuridica.org (Consultado el 13/12/2011).

CARDOSO, Ciro F. S. Introducción al trabajo de la investigación histórica. Barcelona: Crítica, 1981. 218p.

CARMAGNANI, Marcello y otros (Coordinadores). Para una historia de América I. Las Estructuras. México: F. C. E., 2005. 570p.

-----, Para una historia de América II. Los nudos (1). México: F. C. E. 1999. 463p.

-----, Para una historia de América III. Los nudos (2). México: F. C. E. 1999. 516p.

CARR. E. H., ¿Qué es la historia? Barcelona: Seix Barral. S.A., 1981. 217p.

CARRILLO, José Domingo. Cuadros coloniales: el conflicto social en el siglo XVIII en Guatemala. Internet. Ponencia presentada en el X Congreso Centroamericano de Historia, Managua: Julio 2010. 21p.

CASTELLS, Manuel. La cuestión urbana. México: Siglo Veintiuno, 1980. 517p.

CASTORIADIS, Cornelius. Figuras de lo pensable, México: Fondo de Cultura Económica, 2002. 302p.

CASTRO CARVAJAL, Beatriz. Historia de la vida cotidiana en Colombia. Santafé de Bogotá: Norma, 1996. 445p.

CENTRO DE ESTUDIOS E INVESTIGACION DE LA RELIGIOSIDAD ANDALUZA (Dir. José Sánchez Herrero). Las fiestas de Sevilla en el siglo XV. Otros estudios. Madrid: Universidad de Sevilla, 1991. 463p.

COLLADO, Francisco Gerónimo. Descripción del túmulo de Felipe II. Sevilla: Área de Cultura. Ayuntamiento de Sevilla, 200. 229p.

COLMENARES, Germán. Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada. Tomo I. Bogotá: Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular, 1989. 515p.

-----, Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada. Tomo II. Bogotá: Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular, 1989. 331p.

-----, Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada. Tomo III. Bogotá: Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular, 1989. 367p.

CUÑO BONITO, Justo. El retorno del rey: El restablecimiento del régimen colonial en Cartagena de Indias (1815-1821). Castello de la Plana: Universitat Jaume I, 2008. 481p.

------. El Consulado de Comercio. Cartagena de Indias y su papel económico y político en el conflicto de Independencia (1795-1821). En: *Stvdia Histórica - Historia Contemporánea*: Salamanca: Universidad de Salamanca. cont. 27, 2009, pp. 331-348.

------. Ritos y fiestas en la conformación del orden social en Quito en las épocas coloniales y republicanas (1573-1875), En: *Revista de Indias*, 2013, Madrid: CSIC, vol. LXXIII, no. 259, pp. 663-692.

CRUZ ZÚÑIGA, Pilar. La fiesta barroca en Quito. Elementos simbólicos, poder y diferenciación social en las celebraciones efectuadas en 1766. En: *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, No. 17, Quito (segundo semestre), 2001. Pp.35-60.

------. La fiesta barroca: Poder, jerarquía y representación social en Quito, 1766. En: *Procesos*, No. 17, Quito: Corporación Editora Nacional, 2001. Pp.35-60.

DA MATTA, Roberto. Carnavales, malandros, y héroes. México: Fondo de Cultura Económica, 2002. 352p.

DE ALCEDO, Antonio. Diccionario Geográfico-Histórico de las Indias Occidentales Ó América, Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1967. vol. II, 499p.

DE ASTIGARRAGA, Luis. Disertación sobre la agricultura. Dirigida a los habitantes del Nuevo Reyno de Granada. En: *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*. Bogotá: *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*. Núm. 55, 2 de marzo de 1792 y Núm. 56, 9 de marzo de 1792.

DE FINESTRAD, Joaquín. El vasallo Instruido en el Estado del Nuevo Reino de Granada y en sus respectivas obligaciones. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 2000. 343p.

DE LA HORTA, Fray Manuel. Fiestas en honor a un rey Distante: Proclamación de Fernando VII en Cartago, En: Umbral, San José: Colegio de Licenciados y Profesores en Letras, Filosofía y Artes, No. 22, 2008, pp.3-25.

DE LA ROSA, José Nicolás. Floresta de la santa iglesia catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta. Barranquilla: Biblioteca Departamental del Atlántico, 1945. 362p. y Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1975, 391p.

DE LA TORRE MOLINA, María J. Música y ceremonial en las fiestas reales de Proclamación de España e Hispanoamérica (1746-1814). Internet, tesis doctoral, sf. sc. su. 613p.

DELGADO, Álvaro. La Colonia. Bogotá: Fondo editorial Suramérica, 1976. 232p.

DEL CAMPO, Alberto y CORPAS, Ana. El mayo festero, ritual y religión el triunfo de la primavera. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2005. 551p.

DEL REAL, Manuel. Rasgos históricos de Santa Marta. Bogotá: Kimpres, Vol. 1, 1992. 116p.

DE MIER, José M. Historia de Colombia según sus protagonistas. Siglo XVIII, Tomo I Bogotá: Presencia Ltda., 1987. 363p.

-----, Historia de Colombia según sus protagonistas. Siglo XVIII, Tomo II Bogotá: Presencia Ltda., 1987. 419p.

DE MIER, José M. Historia de Colombia según sus protagonistas. Siglo XVIII, Tomo III Bogotá: Presencia Ltda., 1987. 414p.

DE SANTA GERTRUDIS SERRA, Fray Juan. Maravillas de la naturaleza. Bogotá: Biblioteca V Centenario Colcultura. Viajeros por Colombia. 1970, 3 tomos.

DE NARVAEZ Y LA TORRE, Antonio. Relación o Informe sobre la Provincia de Santa Marta y Río Hacha de 1778. En: MUNERA, Alfonso. Ensayos Costeños. De la Colonia a la República 1770-1890, Bogotá: Colcultura, 1994. pp. 27-73. y Relación o Informe de la Provincia de Santa Marta y Río Hacha, por lo que respecta al estado actual de su comercio, haciendas y frutos, los pocos que se cogen ahora y los que pueden cultivarse y fomentar para aumento de su comercio y agricultura, las causas de su decadencia y medios para adelantar estos importantes objetos con beneficios de la provincia y de todo el reino. En: BASILIO CUERVO, Antonio. Colección de Documentos inéditos sobre la geografía y la historia de Colombia. (Comp.) Bogotá: Casa Editorial de J.J. Pérez, 1892, Tomo II, pp. 175-202.

DE SOLANO, Francisco (Coordinador). Estudios sobre la ciudad Iberoamericana, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Instituto "Gonzalo Fernández de Oviedo", 1983. 941p.

DE VARGAS, Pedro Fermín. Pensamientos políticos. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1968. 110p.

DIEZ BORQUE, José María (Comp). Teatro y fiesta en el barroco. Madrid: Serbal, 1986. 188p.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio. Carlos III y la España de la Ilustración. Madrid: Alianza, 2007. 371p.

DURÁN Y SANPERE, Agustín. La fiesta del Corpus. Barcelona: Aymá, 1943. 79p.

DURKHEIM, Emilio. Las reglas del método sociológico. Buenos Aires: La Pleyade, 1976. 157p.

----- . Las Formas elementales de la vida religiosa. Argentina: Schapire S.R.L., 1968. 457p.

DUVIGNAUD, Jean. Sociología del teatro, ensayo sobre las sombras colectivas. México: Fondo de Cultura Económica, 1981. 519p.

----- . El sacrificio inútil. México: Fondo de Cultura Económica, 1979. 229p.

ECHEGOLLEN GUZMÁN, Alfredo. Cultura e imaginarios políticos en América Latina, En: Metapolítica, México: Instituto de Investigaciones Jurídicas UNAM, Vol. 2. No. 7, 1998. 495-511.

ELIADE, Mircea. El Mito del eterno retorno. Madrid: Alianza/Emecé, 1992. 174p.

----- . Lo Sagrado y lo profano. Barcelona: Labor/Punto Omega, 1988. 185p.

ELÍAS CARO, Jorge Enrique. Santa Marta, del olvido al recuerdo: Historia económica y social de más de cuatro siglos. Santa Marta: Unimagdalena, 2010. 264p.

ELÍAS, Norbert. La sociedad cortesana. México: Fondo de Cultura Económica, 2012. 368p.

ELÍAS ORTIZ, Sergio. A propósito de un gran economista colonial don Antonio de Narváez y La Torre. En: Boletín Cultural Bibliográfico Vol. V, No. 9, 1962, Bogotá: Banco de la República, pp. 1130-1150.

ESCANDÓN VEGA, Marcela. Frustración y Abandono Versus Riquezas-El Drama de la Perla de América en el Siglo XVIII. En: En: Tertulia Samaria. Historia de Santa Marta en el siglo XVIII, Edgar Rey Sinning (Comp.), Santa Marta: Cajamag, 2016. pp. 173-200. (En impresión).

-----, Dios y el soberano preocupados por la Perla. Representaciones sobre la Provincia de Santa Marta en el siglo XVIII. Bogotá: Tesis de Grado, Universidad de Los Andes, 2009, 61p.

-----, Orden divino y gobierno racional: representaciones sobre la provincia de Santa Marta en el siglo XVIII. En: Entre el poder, el cambio y el orden social en la Nueva Granada Colonial. Estudios de Caso. Diana Bonnett et tal. Coords). Bogotá: Universidad de Los Andes, 2013. pp. 43-73.

ESCOBAR, Luis Antonio. La música en Cartagena de Indias. Bogotá: Intergráficas Ltda., 1983. 120p.

EZQUERRA, Ramón. La crítica española de la situación de América en el siglo XVIII. En: Revista de Indias, Vol. 22. Madrid: CSIC, 1962. pp. 159-286.

FALS BORDA, Orlando. Historia doble de la Costa Tomo I. Mompox y Loba. Bogotá: Carlos Valencia Editores. 1980. 324p.

FERNÁNDEZ CHRISTLIEB, Pablo. El emplazamiento de la memoria colectiva: Crónica Psicosocial. En: Aprendizaje, México: UNAM. Vol. 6, No. 2, 1991, pp. 161-177.

FIDALDO, Joaquín Francisco. Derrotero y cartografía de La Expedición Fidalgo por el Caribe Neogranadino (1792-1810). Bogotá: El Ancora editores, 2011. 430p.

FILORAMO, Giovanni; MASSENZIO, Marcello; RAVERI, Massimo y SCARPI, Paolo. Historia de las religiones. Barcelona: Crítica, 2000. 445p.

FLÓRES HERNÁNDEZ, Benjamín. Organización de corridas de toros en la Nueva España del siglo XVIII y primeros años del siglo XIX. En: Internet, t. LXI, No. 2, 2004. pp. 491-515.

FONTANA, Josef. Introducción al estudio de la historia. Barcelona: Crítica, 1999. 318p.

----- . La historia después del fin de la historia, Barcelona: Critica, 1992. 155 p.

FOUCAULT, Michel. Vigilar y castigar, nacimiento de la prisión. México: Siglo XXI, 1996. 314p.

FRIEDE, Juan. Fuentes documentales para la historia del Nuevo Reino de Granada, desde la instalación de la Real Audiencia en Santafé. Tomo I. 1550-1552. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, vol. 89, 1975. 308p.

----- . Fuentes documentales para la historia del Nuevo Reino de Granada, desde la instalación de la Real Audiencia en Santafé. Tomo II. 1553-1555. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, vol. 90, 1975. 371p.

----- . Fuentes documentales para la historia del Nuevo Reino de Granada, desde la instalación de la Real Audiencia en Santafé. Tomo III. 1556-1559. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, vol. 91, 1975. 398p.

----- . Fuentes documentales para la historia del Nuevo Reino de Granada, desde la instalación de la Real Audiencia en Santafé. Tomo IV. 1560-1562. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, vol. 92, 1975. 374p.

----- . Fuentes documentales para la historia del Nuevo Reino de Granada, desde la instalación de la Real Audiencia en Santafé. Tomo V. 1563-1567. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, vol. 93, 1975. 417p.

----- . Rebelión Comunera de 1781 documentos Tomo I. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 198. 390p.

FRIEDMANN, Susana. Las fiestas de junio en el Nuevo Reino. Bogotá: Kelly, 1982. 208p.

GALEANO MARÍN, María Eumelia y VÉLEZ RESTREPO, Olga Lucía. Investigación cualitativa. Medellín: Universidad de Antioquia, 2002. 88p.

GARAVAGLIA, Juan Carlos y MARCHENA, Juan. América Latina de los orígenes a la Independencia. Tomo II. La sociedad colonial ibérica en el siglo XVIII. Barcelona: Crítica, 2005. 499 p.

GARAVAGLIA, Juan Carlos. La cruz, la vara, la espada. Las relaciones de poder en el pueblo de Areco. En: Barrera, Darío (Comp.) Justicias y Fronteras. Estudios sobre historia de la justicia en el Río de la Plata. (Siglos XVI-XIX). Murcia: Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones. Red Columnaria, 2009, pp. 89-117.

GARCÍA BENÍTEZ, Luis. Reseña histórica de los obispos que han regentado la Diócesis de Santa Marta. Bogotá: Pax, 1953. 902p.

------. Acta de la conformación de la asociación (cofradía) de la Virgen Santa Marta. Santa Marta: Archivo Personal de la señora Antonia Magri de Guerrero, 1934. 13p.

GARCIA BERNAL, José Jaime. El fasto público en la España de los Austrias. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2006. 764p.

------. Poder, imagen, opinión pública y propaganda en la Edad Moderna. En: Obradoiro de Historia Moderna, Sevilla: USC, No. 20, 2011. pp. 73-104.

------. Velas y estandartes: imágenes festivas de la Batalla de Lepanto. En: Información y Comunicación, Sevilla: Universidad de Sevilla, 2008, pp. 178-217.

GARCÍA CANCLINI, Néstor. Culturas híbridas. México: Grijalbo, 1989. 363p.

GARCÍA FIGUEROLA, Miguel. La Plaza Mayor y el barroco en Salamanca. Salamanca: Turismo y Comunicación de Salamanca, 2005, 63p.

GARRIDO ARANDA, Antonio. Organización de la iglesia en el Reino de Granada y proyección en Indias. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos del CSIC-Universidad de Córdoba, 1980. 385p.

----- (Comp). El mundo festivo en España y América. Córdoba: Universidad de Córdoba, 2005. 430p.

GARRIDO ASPERO, María José. Las fiestas celebradas en la ciudad de México. De capital de la Nueva España a Capital del Imperio de Agustín I. Permanencias y Cambios en la legislación festiva. En: México: Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, 1999 pp. 49-64.

GIL, Juan. Marineros y mercaderes en Indias (1499.1504), Sevilla: Anuario de Estudios Americanos, Vol. 42, (1985) pp. 297-499.

GIL NOVALES, Alberto. Política y Sociedad. En: Historia de España Tomo VII (Dirigida: Manuel Tuñón de Lara). Barcelona: Labor, 1981. pp. 177-309.

GLUCKMAN, Max. Política, derecho y ritual en la sociedad tribal. Madrid: Akal, 1978. 381p.

GOENAGA, Ramón. Informe a la Asamblea Departamental en 1890, Tipografía La Voz, Santa Marta, s.f. p. 88-89-98.

GÓMEZ HOYOS, Rafael. La iglesia de América en las leyes de Indias. Madrid: Orbe, S.L.-Padilla, 1961. 243p.

GÓMEZ-SALVAGO SÁNCHEZ, Mónica. Fastos de una boda real en la Sevilla del quinientos (Estudios y Documentos), Sevilla: Universidad de Sevilla, 1998. 281p.

GÓMEZ URDAÑEZ, José Luis. Fernando VI. El Rey. Tomo I. Madrid: Instituto de Historia y Cultura Naval. Principios de reinado de Fernando VI. Sf. pp. 339-353.

------. La biografía de Fernando VI como medio para reflexionar sobre el poder en el despotismo ilustrado español. Internet.

GONZÁLEZ MORA, Felipe. Reales fábricas de aguardiente de caña en el Nuevo Reino de Granada. Arquitectura industrial siglo XVIII. Bogotá: Ceja, 2002. 213p.

GONZÁLEZ PÉREZ, Marcos. El orden espacial: virreyes en Santafé de Bogotá. En: GONZÁLEZ PÉREZ, Marcos (Compilador). Fiesta y Nación en Colombia. Bogotá: Magisterio, 1998. pp. 23-49.

------. Juras Borbónicas en Santafé de Bogotá. En: Revista Memoria, Archivo General de la Nación, Segundo Semestre de 1997. pp. 54-81.

------. (Compilador). Fiesta y Región en Colombia. Bogotá: Magisterio, 1998. 253p.

------. El calendario festivo. En: Los imaginarios y la cultura popular. Bogotá: Cerec, 1993. pp. 23-34.

------. Bajo el Palio y el Laurel. Bogotá: Fondo de Publicaciones Universidad Distrital Francisco José de Caldas. 1995. 100p.

----- y RUEDA E. José Eduardo. (Compiladores) Urdimbres y tramas. Bogotá: Magisterio, 1998. 226p.

GONZÁLEZ PÉREZ, Marcos. Ceremoniales. Fiestas y Nación. Bogotá: Un escenario. Bogotá: Intercultura, 2012. 366p.

-----, Bajo el Palio y el Laurel. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 1995. 100p.

GONZALBO AIZPURU, Pilar. Hacia una historia de la vida privada en la Nueva España. En: Historia de México, Vol. XLII; No. 2, 1992, México: UNAM. pp. 353-377.

GRUZINSKI, Serge. La colonización de lo imaginario sociedades indígenas y occidentalización en el México español. Siglos XVI-XVIII. México: Fondo de Cultura Económica, 2007. 312p.

GUILLÉN DE IRIARTE, María Clara. Los estudiantes del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario 1773-1826. Bogotá: Javegraf, 2006. 568p.

GUTIÉRREZ S, Edgar J. Fiestas: Once de noviembre en Cartagena de Indias. Medellín: Lealón, 2000. 272p.

GUTIÉRREZ, Jairo y MARTÍNEZ G., Armando. La visión del Nuevo Reino de Granada en las cortes de Cádiz (1810-1813). Bogotá: Guadalupe, 2008. 275p.

HAMILTON, John Potter, Viajes por el interior de las provincias de Colombia. Bogotá: Biblioteca V Centenario-Colcultura, 1993, 369p.

HARDOY, Jorge E. La forma de las ciudades coloniales en la América Española. En: Estudios sobre la ciudad Iberoamericana, Francisco de Solano (Coord.), Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1983, pp.315-344.

HARTMANN, Hedwig y VELÁSQUEZ, María Cecilia. Cofradías, Rogativas y fiestas religiosas en Popayán. Bogotá: Archivo General de la Nación de Colombia, 2004. 98p.

HELLER, Agnes. Historia y vida cotidiana. México: Grijalbo, 1985, 167p.

HERNÁNDEZ OSPINO, William José. Historia de la Catedral de Santa Marta. Bogotá: Universidad del Magdalena, 2003. 81p.

----- y BATEMAN CAMPO César. Patrimonios Históricos Restaurados Indios del Pueblo de Gaira piden al virrey la restitución de sus tierras, Año de 1772. Santa Marta: Diócesis de Santa Marta/ Olímpica, 2015. 50p.

-----y HERNÁNDEZ DE DEL VILLAR, Carmen. Archivo Histórico Eclesiástico de la Antigua Provincia d Santa Marta, índice analítico 1719-1942. Bogotá: Servigraphic Ltda. 1990. 297p.

HERRERA ÁNGEL, Marta. Ordenar para controlar, ordenamiento espacial y control político en las Llanuras del Caribe y en los Andes Centrales Neogranadinos Siglo XVIII. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional- Ministerio de Cultura, 2002. 344p.

HUIZINGA, Johan. Homo Ludens. Buenos Aires: Alianza /Emecé, 1984. 271p.

JIMÉNEZ MENESES, Orián. El Frenesí del vulgo. Fiestas, juegos y bailes en la sociedad colonial. Medellín: Universidad de Antioquia, 2007. 157p.

JIMÉNEZ MOLINARES, Gabriel. Los Mártires de Cartagena de 1816. Ante el Consejo de Guerra y ante la Historia. Cartagena: Imprenta Departamental, 1947. 433p.

JULIÁN, Antonio. Perla de la América. Bogotá: Academia Colombiana de Historia. Fascimilar de la edición de Madrid de 1787, 1980. 280p.

JURADO JURADO, Juan Carlos. Forasteros y transeúntes en América, siglo XVIII el caso de Francisco Fernández de la Fuente. En: Revista de Indias, Madrid: CSIC, Vol. LX, no. 220, 2000. pp. 651-662.

KÖNIG, Hans-Joachim. En el camino hacia la Nación, nacionalismo en el proceso de formación del estado y de la Nación de la Nueva Granada, 1750- 1856. Bogotá: Banco de la República, 1994. 562p.

LATASA, Pilar. La corte virreinal peruana: perspectivas de Análisis (Siglos XVI y XVII). Internet. Publicación digital de la Universidad de Navarra autorizada por el servicio de publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, sf. 18p.

LAVALLE, Bernard. ¿Estrategia o coartada? El mestizaje según los disensos de matrimonio en Quito (1778-1818). En: Procesos, No. 12, Quito: Corporación Editora Nacional, 1998. pp. 5-23.

------. Amor, Amores y desamor en el sur peruano (1750-1800). En: Escritura de la historia de las mujeres en América Latina. El retorno de las Diosas, Sara Beatriz Guardia (Comp.). Lima: Centro de Estudios La Mujer en la historia de América Latina CEMHAL 2005, pp. 215-236.

LEAL CURIEL, Carole. El discurso de la fidelidad. Construcción social del espacio como símbolo del poder regio (Venezuela, siglo XVIII), Caracas: Academia Nacional de la historia, 1990. 334p.

LE MOYNE, Augusto. Viaje y estancia en la Nueva Granada, Bogotá: Biblioteca Schering Corporation U.S.A, Serie Viajes No. 92. 1969, 243p.

LIPOVETSKY, Gilles. El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas. Barcelona: Anagrama, 1996. 325p.

LYNCH, John. España bajo los Austrias. Imperio y absolutismo 1516-1598, Tomo I, Barcelona: Península, 1973. 462p.

------. España bajo los Austrias. España y América, 1598-1700, Tomo II, Barcelona: Península, 1972. 400p.

------. La España del siglo XVIII. Barcelona: Crítica, 2010. 408p.

LOCARNO, Antonio *Policía*. El Amigo del País, Octubre 30 de 1835, No. 6, 4p.

LOMNÉ, Georges. “La Revolución francesa y la “simbólica de los ritos bolivarianos””, En: Historia Crítica, no. 5, Bogotá: Universidad de Los Andes, 1991. pp. 5-18.

------. El “Espejo roto” de la Colombia bolivariana (1820-1850). En: Inventando la Nación. Iberoamérica. Siglo XIX, ANININO, Antonio y GUERRA, Francois-Xavier (Coordinadores); México: Fondo de Cultura Económica, 2003. pp. 475-500.

LÓPEZ CANTOS, Ángel. Juegos, fiestas y diversiones en la América Española. Madrid: Mapfre, 1992. 332p.

LÓPEZ DE VELASCO Juan. Geografía y descripción universal de las Indias, Madrid, Real Academia de la Historia, 1894. 808p.

LÓPEZ., Mercedes. Tiempos para rezar y tiempos para trabajar. La cristianización de las comunidades muiscas durante el siglo XVI. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2001. 215p.

LÓPEZ PLASENCIA, José Cesáreo. La orden seráfica en la plástica Canaria. Iconografía franciscana del barroco en la pintura y el grabado de la Villa de los Realejos, Tenerife, Tenerife: En: Tebeto. Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura, 2002. pp. 320- 358.

LÓPEZ, Roberto J. Entre la tradición y la modernidad. Las ceremonias públicas gallegas en el reinado de Fernando VII. En: Espacio, Tiempo y Forma, serie IV, Ha. Moderna, t. 10, Madrid: UNED 1997, pp. 375-4034.

LÓPEZ PÉREZ, María del Pilar. La vida en casa en Santa Fe en los siglos XVII y XVIII. En: Historia de la vida privada en Colombia. Tomo I. Las fronteras difusas Del Siglo XVI a 1880. Bogotá: Taurus, 2013. pp. 81-107.

LÓPEZ SEGRERA, Francisco. Sociología de la Colonia y Neocolonia Cubana 1510-1959. La Habana: Ciencias Sociales, 1989. 206p.

LUNA, Lola G. Resguardos coloniales de Santa Marta y Cartagena y resistencia indígena. Bogotá: Fondo de promoción de la cultura del Banco de la República. 1993. 318p.

LYNCH, John. La España del siglo XVIII. Barcelona: Crítica, 2010. 408 p.

MANTILLA, Luis Carlos. Desolación y fidelidad. Los Franciscanos en Santa Marta (1597 – 1997), Bogotá: Editorial 1997. 161p.

MANZO, Silvia. Los usos políticos del cuerpo. Los dos cuerpos del rey en la filosofía política de Francis Bacon. En: Kriterion, Belo Horizonte, No. 117, 2008, pp. 177-199.

MAQUIAVELO, Nicolás. El Príncipe. Santa Fe de Bogotá: Panamericana, 1999. 230p.

MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan. El poder de las piedras del rey. El impacto de los modelos europeos de fortificación en la ciudad barroca americana. Recuperado de internet, marzo 7 de 2016. p. 1063.

MARÍN LEOZ, Juana María. Gente decente, La elite rectora de la capital 1797-1803. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2008. 276p.

MARQUÍNEZ ARGOTE, Germán. Filosofía de la ilustración en Colombia. Bogotá: El Buho, 1982. 201p.

MARTÍNEZ FERRO, Hernán. Los principios de la legitimidad política (Ferrero y los genios invisibles de la ciudad). En: Diálogos de Saberes, Bogotá: Universidad Libre, Jul.-Dic., 2009. pp. 201-211.

MARTÍNEZ SHAW, Carlos y ALFONSO MOLA, Marina. Europa y los nuevos mundos en los siglos XV-XVIII. Madrid: Síntesis, 1999. 218p.

MARTÍNEZ-BURGOS GARCÍA, Palma y RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Alfredo (Coord.) La fiesta en el mundo hispánico. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 2004. 436p.

MARTÍNEZ, Carlos. Apuntes sobre urbanismo en el Nuevo Reino de Granada. Bogotá: Banco de la República, 1967. 180p.

Mc EVOY, Carmen. Funerales republicanos en América del Sur: Tradición, Ritual y Nación 1832-1896. Santiago: Centro de estudios Bicentenario, 2006. 258p.

MEDINA, Álvaro. El arte del Caribe colombiano. Cartagena de Indias: Fondo Mixto para la promoción de la cultura y las artes de Bolívar, 2000. 146p.

MEISEL ROCA, Adolfo. (Editor) Historia económica y social del Caribe Colombiano. Bogotá: Uninorte – ECOE, 1994. 370p.

----- y CALVO STEVENSON, Haroldo (Editores) Cartagena de Indias en el siglo XVIII. Cartagena: Banco de la República, 2005. 474p.

MEJÍAS ÁLVAREZ, María Jesús. Fiesta y Muerte Regia. Las estampas de túmulos reales del AGI. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos-CSIC, 2002. 132p.

----- . Pyras Philipicas. Los túmulos de Felipe III y Felipe IV erigidos en la ciudad de Ecija. En: Laboratorio de Arte, No. 18, Sevilla: Universidad de Sevilla, 2005. pp. 193-200.

MELÉNDEZ SÁNCHEZ, Jorge. Los borbones y la región. Bogotá: Códice Ltda., 2007. 133p.

MELO, Jorge Orlando. Historia de Colombia Tomo I, el establecimiento de la dominación española. Medellín: La Carreta, 1977. 442p.

----- . La coca, planta del futuro: Un texto del siglo XVIII. En: Revista Credencial. Historia No. 158, Bogotá, Febrero 2003. Recuperado Biblioteca Virtual, Biblioteca Luis Ángel Arango.

MENA GARCÍA, María del Carmen. Santa Marta durante la guerra de sucesión española. Sevilla: Escuela de estudios Hispano-americanos de Sevilla, 1982. 135p.

MILLS, C. Wright. La elite el poder. México: Fondo de Cultura Económica, 2013. 495p.

MÍNGUEZ CORNELLES, Víctor M. reyes absolutos y ciudades leales y Las proclamaciones de Fernando VI en la Nueva España, En: Tiempos de América, Castellón de la Plana, no. 2, 1998, 19-33.

-----, Efímero mestizo. En: internet, sf. sc. pp. 49-65.

MIRANDA VÁZQUEZ, Trinidad. La Gobernación de Santa Marta (1570-1670). Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos-CSIC, 1976. 188p.

MOLINO GARCÍA, María Teresa. La encomienda en el Nuevo Reino de Granada durante el siglo XVIII. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos-CSIC, 1976. 206p.

MONTAGNE GONZÁLEZ, Gaspar y RAMÍREZ CALZADILLA, Jorge. Formas religiosas populares en América latina. La Habana: Mosquito, 1995. 121p.

MORALES FOLGUERA, José Miguel. El arte al servicio del poder y de la propaganda imperial. La boda del Príncipe Felipe con María Tudor en la catedral de Winchester y la solemne entrada de la pareja real en Londres. En: Protestas, Grupo europeo de Investigación Histórica: Religión, Poder y Monarquía, Facultad de Ciencias Humanas y Sociales, Universitat Jaume I, Castellón, No. 2, 2009. pp. 165-189.

MORENO FRAGINALS, Manuel. La historia como arma y otros estudios sobre esclavos, ingenios y plantaciones. Barcelona: Crítica, 1999. 178p.

MORENO Y ESCANDÓN, Francisco Antonio. Indios y mestizos de la Nueva Granada a finales del siglo XVIII, vol. 124. Bogotá: Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular, 1985. 596p.

MOYA PONS, Frank. Historia del Caribe. Santo Domingo: Búho, 2008. 540p.

MUIR, Edward. Fiesta y rito en la Europa moderna. España: Complutense, 1997. 389p.

MUJICA PINILLA, Ramón. Rosa Limensis. Mística, política e iconografía en torno a la patrona de América. México: Fondo de Cultura Económica, 2005. 497p.

MÚNERA C., Alfonso. Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano. Bogotá: Planeta, 2005. 225p.

------. El Fracaso de la Nación. Región, clase y raza en el Caribe Colombiano (1717-1810). Bogotá: Banco de la República/El Áncora, 1998. 253p.

------. (Compilador). Ensayos Costeños. De la Colonia a la República 1770-1890, Bogotá: Colcultura, 1994. 477p.

------. Prólogo. Los ensayistas costeños y la formación de la Nación. En: Ensayos costeños. De la Colonia a la República 1770-1890 (Comp.) Alfonso Múnera. Bogotá: Colcultura Vol. 2, 1994, pp. 11-25.

MURIEL, Andrés. Historia de Carlos IV, Tomo I. Madrid: Atlas, 1959. 332p.

------. Historia de Carlos IV, Tomo II. Madrid: Atlas, 1959. 437p.

MURO OREJÓN, Antonio. Cedulaire Americano del siglo XVIII. Tres tomos. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos-CSIC, (tomo I, 1956), (tomo II, 1969) y (tomo III, 1977).

MURO ROMERO, Fernando. El "beneficio" de oficios públicos con jurisdicción en Indias. Notas sobre sus orígenes. En: Anuario de Estudios Americanos, Vol. 35. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1978, pp. 1-67.

NAVARRO GARCÍA, Luis. Las reformas borbónicas en América. El plan de intendencias y su aplicación. Sevilla: Rosso, S. A. L., 1995. 140p.

NAZOA, Aquiles. Caracas física y espiritual. San Martín: Panapo de Venezuela, C.A., 2004. 202p.

NOGUERA BARRENECHE, Rodrigo. Rodrigo de Bastidas. Santafé de Bogotá: Institución Universitaria Sergio Arboleda, 1995. 110p.

OCAMPO LÓPEZ, Javier. Música y Folclor de Colombia. Bogotá: Plaza & Janés, 1988. 142p.

----- . Las Fiestas y el Folclor en Colombia. Bogotá: El Ancora, 1985. 273p.

----- . Historia Básica de Colombia. Bogotá: Plaza & Janés, 1994. 435p.

OLLERO LOBATO, Francisco. Cultura Artística y Arquitectura en la Sevilla de la Ilustración (1775-1808). Sevilla: Caja San Fernando, Obra Social, 2004. 535p.

ORTEMBERG, Pablo. El origen de las fiestas patrias, Hispanoamérica en el área de las independencias. Rosario (Argentina): Prohistoria, 2013. 259p.

OTS Y CAPDEQUI, José María. Las instituciones del Nuevo Reino de Granada al tiempo de la independencia. Madrid: CSIC. Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1958. 396p.

----- . Las instituciones de Gobierno del Nuevo Reino de Granada durante el siglo XVIII. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1950, 385p.

PACHECO S. J., Juan Manuel. Ciencia filosofía y educación en Colombia (Siglo XVIII). Bogotá: Ecoe, 1984. 184p.

PÁRAMO, Pablo y CUERVO PRADOS, Mónica. Historia social situada en el espacio público de Bogotá desde su fundación hasta el siglo XIX. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2006. 227p.

PEIRE, Jaime. La manipulación de los capítulos provinciales, las elites, y el imaginario socio-político colonial tardío. En: Anuario de Estudios Americanos, Vol. 50, No. 1. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1993. pp. 11-54.

PHELAN, John Leddy. El pueblo y el rey, la revolución comunera en Colombia, 1781. Bogotá: Universidad del Rosario, 2009. 376p.

PÉREZ MURILLO, María Dolores. El sistema de Juntas de Gobierno en Santa Marta durante la emancipación. En: Temas Americanistas No. 3. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1983. pp. 26-29.

----- . Santa Marta durante la emancipación (1810-1820), Sevilla: Tesis para optar la Licenciatura en Historia, Universidad de Sevilla, 1981. 200p.

PIEPER, Renate. La real hacienda bajo Fernando VI y Carlos III (1753-1788). Repercusiones económicas y sociales. Madrid: Ministerio de Economía y Hacienda, Instituto de Estudios Fiscales, 1992. 390p.

PINTO RODRÍGUEZ, Jorge. La fuerza de la palabra. Evangelización y resistencia indígena (Siglos XVI y XVII). En: Revista de Indias, Madrid: CSIC, Vol. 53, No. 199, 1993, pp. 677-698.

PITA PICO, Roger. Tahúres, chicherías y celebraciones monárquicas en el Santander Colonial. Bucaramanga: CEP-Banco de la República- Biblioteca Luis Ángel Arango, 2014. 191p.

POLANCO, María Ximena. Fiestas Políticas en Cartagena de Indias 1740-1810. En: GONZÁLEZ PÉREZ, Marcos (Compilador). Fiesta y Nación en Colombia. Bogotá: Magisterio, 1998. pp. 51-70.

PORRAS TROCONIS, Gabriel. Historia de la cultura en el Nuevo Reino de Granada. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos-CSIC, 1952. 555p.

POSADA GUTIÉRREZ, Joaquín. Memorias históricas políticas. Bogotá: Imprenta Nacional, 1929.

POUNDS, Norman J.G. La vida cotidiana: Historia de la cultura material. Barcelona: Crítica, 1992. 572p.

PRIETO MOLANO, Carolina. Hasta la tierra es mestiza. Bogotá: Banco de la República, 1994. 168p.

QUINTERO GUZMÁN, Miguel Wenceslao. Díaz Granados- (Genealogía). En: Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. LXVI, Abr., May. y Jun. 1979, No, 725, Bogotá: Academia Colombiana de Historia. p. 251-266.

RAMOS SOSA, Rafael. La fiesta barroca en ciudad de México y Lima. En: Historia, Vol. 30, Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile, 1997. pp. 263-286.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, Vigésima Primera Edición, Madrid, 1992, Tomo I. 1077p.

REAL DÍAZ, José J. El Sevillano Rodrigo de Bastidas. Sevilla: Imprenta Provincial, Separata de Archivo Hispalense, 2da. Época, Nos. 111-112, 1961, 40p.

RECLUS, Eliseo. Colombia. Bogotá: Sol y Luna, 1965. 253p.

-----. Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta, Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Tomo 112, sf. p. 49.

RESTREPO TIRADO, Ernesto. Historia de la provincia de Santa Marta Tomo I y II, Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, 1953.

REYNA, María Soledad. La historia de frente, arquitectura de Santa Marta. Bogotá: Letrarte, 2011. 213p.

REY SINNING, Édgar. El Carnaval. La segunda vida del pueblo. Bogotá: Plaza & Janes, 2000. 221p.

-----. Proclamaciones, exaltaciones y celebraciones en el Caribe Colombiano Siglos XVIII-XIX. Bogotá: Ediciones Pluma de Mompox S. A., 2008. 205p.

-----. Poblamiento y Resistencia. Los Chimilas frente el proceso de ocupación de su territorio. Siglo XVIII, Santa Marta; Gobernación del Magdalena, 2012. 379p.

-----. Las Celebraciones Católicas y las Fiestas de Fidelidad de la Monarquía Borbónica en la Conformación de la Sociedad Samaria durante el Siglo XVIII. Sevilla: Tesis de Maestría, 2013. 145p.

-----. De la Liturgia Católica a la Liturgia Republicana: Fiestas de imaginarios políticos en la Santa Marta del siglo XIX. Cartagena: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia – Universidad de Cartagena, Tesis de Maestría. 2010. 290p.

-----. Actores políticos en el Magdalena Grande (Sublevación Militar Política: Dos Momentos). En: Patrimonio documental del Caribe colombiano. Memorias Primer Encuentro (Barranquilla -14 y 15 de octubre de 1994). Bogotá: Archivo Histórico de la Nación, 1996. pp. 153-160.

-----, Celebraciones en Santa Marta durante el Siglo XVIII para honrar la Entronización de los reyes de la Casa de Borbón. En: Tertulia Samaria. Historia de Santa Marta en el siglo XVIII, Edgar Rey Sinning (Comp.), Santa Marta: Cajamag, 2016. 37p. (En impresión).

-----, Vírgenes, máscaras y tambores. Religiosidad popular en el Caribe colombiano, Cartagena de Indias: Ediciones Pluma de Mompox S. A, 2011, 112p.

-----, Apuntaciones para un estudio del carnaval samario. Santa Marta: Asociación de Escritores del Magdalena-Fondo Mixto de Promoción de la cultura y las Artes del Magdalena-FOMCULTURA, 1997, 54p.

-----, El carnaval de Santa Marta, la fiesta de todo. En: Textos Escolhidos de cultura e arte populares, Rio de Janeiro: Universidade do Estado do Rio de Janeiro. V. 6/Outubro, 2009, pp. 31-49. y

-----, La elite samaria y el disfrute de su carnaval (1930-1960). En: Cultura, ciudades y economía en el Caribe: Una mirada al litoral. Memorias II Conferencia Internacional de la Asociación Colombiana de Estudios del Caribe Compiladores: Jorge Enrique Elías-Caro y Raúl Román Romero. Barranquilla: ACOLEC. 2016. pp. 99-119.

RIVERA GARCÍA, Antonio. La realeza medieval según Ernst H. Kantorowicz. Apuntes sobre los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política Medieval. Internet, sf. sc. 5p.

ROBINSON, David J. Mil Leguas por América, de Lima a Caracas 1740-1741. Santafé de Bogotá: Banco de la República, 1992. 323p.

RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco. Fiesta, comedia y tragedia. Madrid: Alianza S. A., 1983. 624p.

RODRÍGUEZ CASADO, Vicente. Iglesia y Estado en el reinado de Carlos III. En: Estudios Americanos, Escuela de Estudios Hispano Americanos, Sevilla: Vol. I, No. 1, Sept. 1948, pp. 5-57.

RODRÍGUEZ ENNES, Luis. Apuntes históricos en torno a la evolución del Protocolo desde la Roma imperial hasta finales del Antiguo Régimen. Recuperado de Internet.

RODRÍGUEZ MOYA, M. Inmaculada. Los retratos de los monarcas Españoles en la Nueva España. Siglos XVI-XIX. En: Anales del Museo de América, 9, Madrid, 2001, pp. 287-301.

RODRÍGUEZ MOYA, Inmaculada y MÍNGUEZ CORNELLES, Víctor. Cultura simbólica y fiestas borbónicas en Nueva Granada. De las exequias de Luis I (1724) a la proclamación de Fernando VII (1808), Cali: CS. No. 9, enero-junio 2012, pp. 115-143.

RODRÍGUEZ-MIAJA, Fernando E. Luces y sombras de la conquista, el barroco y la Ilustración. En: Estudios Políticos, No. 21, Novena época, Sep.-Dic., 2010, pp. 11-37. México: Centro de Estudios Políticos, UNAM.

ROMERO JARAMILLO, Dolcey. Esclavitud en la provincia en Santa Marta 1791-1851. Santa Marta; Gutenberg Ltda., 1997. 188p.

ROMERO, José Luis. Latinoamérica las ciudades y las ideas. Buenos Aires: Siglo veintiuno, 2001. 396p.

ROMERO, Mario Germán. América de lo real maravilloso. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, en Yerbabuena, 1992. 239p.

RUEDA ENCISO, José Eduardo. (Compilador-Editor) Los imaginarios y la cultura popular. Bogotá: Cerec, 1993. 223p.

SAETHER, Steinar A. Identidades e independencia en Santa Marta y Riohacha, 1750-1850, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e historia, 2005. 300p.

SALAZAR RAMOS, Roberto. Filosofía de la conquista en Colombia. Bogotá: El Buho, 1983. 287p.

SALAZAR BAENA. Verónica. Fastos monárquicos en el Nuevo Reino de Granada. La imagen del rey y los intereses locales. Siglos XVII-XVIII. Tesis de Grado Doctoral. Universitat de Barcelona, Barcelona: 2013, 432p.

----- . Hacer presente al rey ausente. Ceremonias reales en la Nueva Granada. 1739.180. (Informe de investigación). Instituto Colombiano de antropología e historia-ICANH. Bogotá, 2010. Bajado de internet, www.icanh.gov.co.../ agosto, 2014.

SANTACILIA, Jorge Juan, y DE ULLOA, Antonio. Noticias secretas de América. Madrid: Dastin, 2002. 716p.

SCHAFF, Adam. Historia y verdad. México: Grijalbo, 1981. 382p.

SGARBOSSA, Mario y GIOVANNINI, Luis. Un santo para cada día. Santa Fe de Bogotá: San Pablo, 1994. 503p.

SIGAUT, Nelly. La fiesta de Corpus Christi y la formación de los sistemas visuales. Internet. IV Encuentro Internacional sobre Barroco, sf. 12p.

SILVA, Renán. Universidad y Sociedad en el Nuevo Reino de Granada. Bogotá: Banco de la República, 1992. 476p.

----- . Saber, cultura y sociedad en el Nuevo Reino de Granada, siglo XVII y XVIII. Medellín: La Carreta, 2004. 240p.

------. La ilustración en el virreinato de la Nueva Granada, estudios de historial social. Medellín: La Carreta, 2005. 243p.

------. Los ilustrados de Nueva Granada 1760-1808. Medellín: Banco de la República-Fondo de editorial Universidad EAFIT, 2008. 710p.

SOCIEDAD ESTATAL PARA LA ACCION CULTURAL EXTERIOR DE ESPAÑA. Teatro y Fiesta del siglo de oro en tierras europeas se los Austrias. Internet, sf. sc. 157p.

SOLANO ALONSO, Jairo. Salud, cultura y sociedad en Cartagena de Indias, siglos XVI y XVII. Barranquilla: Universidad del Atlántico, 1998. 365p.

SOTO HERNÁNDEZ, Jairo Enrique. El diablo en la cultura popular del Caribe colombiano, del Corpus Christi al Carnaval de Barranquilla. Barranquilla: La Iguana Ciega, 2012. 208p.

TAYLOR, Charles. Imaginarios sociales modernos, Barcelona: Paidós, 2006. 226p.

TOVAR PINZÓN, Hermes; TOVAR M., Camilo y TOVAR M., Jorge. Convocatoria al poder del número, censo y estadística de la Nueva Granada 1750-1830. Bogotá: Archivo General de la Nación, 1995. 587p.

TOVAR ZAMBRANO, Bernardo (Compilador). La historia al final del milenio, ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, vol. 1, 1995. 431p.

------. (Compilador). La historia al final del milenio, ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, vol. 2, 1995. 792p.

TUÑON DE LARA, Manuel. Historia de España, Vol. XVIII. Centralismo, Ilustración y Agonía del Antiguo Régimen 1715-1833, Barcelona: Labor, 1981. 488p.

TURNER, Bryan S. La religión y la teoría social. Una perspectiva materialista. México: Fondo de Cultura Económica, 1997. 339p.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO. El arte efímero en el mundo hispánico. México: UNAM, 1983. 390p.

URIBE-URAN, Víctor M. Vidas honorables. Abogados, familia y política en Colombia 1780-1850. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT-Banco de la República, 2008. 442p.

URQUIZA, Fernando Carlos. Etiquetas y conflictos: El obispo, el virrey y el cabildo en el Río de la Plata en la segunda mitad del siglo XVIII. En: Anuario de Estudios Americanos, Vol. 50, No. I, Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos-CSIC, 1993. pp. 55-100.

VALENZUELA MÁRQUEZ, Jaime. Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709). Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana / LOM Ediciones, 2001. 472p.

----- . Rituales y "fetiches" políticos en Chile colonial: entre el sello de la Audiencia y el pendón del Cabildo. En: Anuario de Estudios Americanos, Vol. 56, No. 2. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos-CSIC, 1999. pp. 413-440.

VACA DE OSMA, José Antonio. Carlos III. Madrid: Rialp, 1997. 389p.

VANEGAS USECHE, Isidro. Plenitud y disolución del poder monárquico en la Nueva Granada documentos 1807-1819. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2010. 294p.

VARELA, Javier. La muerte del rey. El ceremonial funerario de la Monarquía española (1500-1885). Madrid: Turner, 1990. 228 p.

VARGAS, Marco Tulio. Anotaciones históricas del Magdalena. Bogotá: Lumen, 1949. 222p.

VÁSQUEZ DE ESPINOSA, Antonio. Compendio y Descripción de las Indias Occidentales. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1969. 801p.

VÁZQUEZ VARELA, Ainara. “De la primera sangre de este reino” Las elites dirigentes de Santa fe (1700-1750). Bogotá: Colección textos de Ciencias Humanas, 2010. 383p.

VEGA UMBASIA, Leonardo Alberto. Pecado y delito en la Colonia. Santafé de Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1994. 125p.

VELASCO PEDRAZA, Julián Andrei. “Fiesta y poder: Persistencia y significaciones de las representaciones sobre el poder en la ciudad de Panamá a través de las juras, 1747-1812”. En: Boletín Afehc No. 48, Bogotá: Asociación para el Fomento de los Estudios Históricos en Centroamérica, 2011, 1-12.

VIDAL ORTEGA, Antonino. Representaciones de la Provincia de Santa Marta pensada en el siglo XVIII. En: Tertulia Samaria. Historia de Santa Marta en el siglo XVIII, Edgar Rey Sinning (Comp.), Santa Marta: Cajamag, 2016. 23p. (En impresión).

----- . Comercio y mercado regional en la gobernación Santa Marta a finales del siglo XVIII: informe de José Astigarraga. (1789). 2016, 22p. Inédito.

VIQUIERA, Juan Pedro. Diversiones públicas y cultura popular en la ciudad de México durante el siglo XVIII. Madrid: En: Anuario de Estudios americanos, no. 44, 1987, pp. 195-228.

VILAR, Pierre. Historia de España. Barcelona: Crítica, 1978. 177p.

VILORIA DE LA HOZ, Joaquín. Empresarios del Caribe colombiano: Historia económica y empresarial del Magdalena Grande y del Bajo Magdalena, 1870-1930. Bogotá: Banco de la República, 2014. 231p.

----- . Empresarios de Santa Marta: El caso de Joaquín y Manuel Julián de Mier 1800-1896. Cartagena: Banco de la República, Cuadernos de Historia Económica y Empresarial, No. 7, 2000. 83p.

WEBER, Max. Ética protestante y el espíritu del capitalismo. Barcelona: Península, 1969. 263p.

ZAPATERO, Juan Manuel. Historia de las Fortalezas de Santa Marta y Estudio Asesor para su restauración. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 1980. 454p.

ZUGASTI, Miguel. La alegoría de América en el barroco hispánico: Del arte efímero al teatro. Valencia: Pre-Textos-Fundación Amado Alonso, 2005. 198p.

ZUIDEMA, R. Tom. El encuentro de los calendarios andino y español, En: BONILLA, Heraclio, Los Conquistadores, Quito- Bogotá: Tercer Mundo, FLACSO, Libri Mundi, 1992. pp. 297-316.